

**PAOLO BACIGALUPI**

AUTOR DE *LA CHICA MECÁNICA*

# Cuchillo de agua



Lectulandia

LÉELA ANTES DE QUE LA REALIDAD SUPERE LA FICCIÓN.

Cuando el río Colorado se seca, el sur de Estados Unidos se convierte en el escenario desértico de una guerra por el agua.

Una escalofriante aventura futurista que arroja nueva luz a nuestra forma de vivir, Cuchillo de agua es la primera novela adulta de Paolo Bacigalupi después de la aclamadísima, multipremiada e internacionalmente exitosa *La chica mecánica*.

«Épico... Visionario.» *Publishers Weekly*

«Un thriller espectacular, brillantemente imaginado y escrito, que te hará reflexionar mientras lo devoras.» *Lee Child*

«Bacigalupi entreteje acción trepidante con temas de actualidad.» *Los Angeles Times*

«Una mezcla entre Chinatown y Mad Max.» *NPR*

«Las páginas se pasan prácticamente solas en una trama tensa, llena de traiciones y dobles traiciones, a la que unos personajes fascinantes añaden mayor profundidad.» *Library Journal*

«Bacigalupi imagina con gran realismo los aterradores detalles de cómo el mundo podría sufrir una sequía de dimensiones catastróficas.» *Kirkus Review*

**Lectulandia**

Paolo Bacigalupi

# **Cuchillo de agua**

ePub r1.1

Titivillus 11.11.16

Título original: *The Water Knife*  
Paolo Bacigalupi, 2015  
Traducción: Manuel de los Reyes

Editor digital: Titivillus  
Corrección de erratas: Castroponce  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Anjula*

# 1

El sudor contenía historias.

En nada se parecía el sudor de una mujer que se tiraba catorce horas con el espinazo encorvado mientras recogía cebollas en los cultivos, bajo un sol de justicia, al del hombre que le rezaba a la Santa Muerte para que los enemigos de los que huía no tuvieran en nómina a los federales que lo aguardaban en uno de los puestos de control en la frontera con México. El sudor de un niño de diez años tras el cañón de una SIG Sauer era distinto del de la mujer que se arrastraba por el desierto, elevando plegarias a la virgen para que la reserva de agua que buscaba resultara estar exactamente donde indicaba el mapa que le había proporcionado un coyote.

El sudor contenía la historia del cuerpo comprimida en forma de gemas, perlada en la frente, condensada en manchas salobres en las camisas. Conocía todos los detalles que explicaban por qué alguien había acabado en el lugar menos indicado en el momento más inoportuno, y si ese alguien iba a llegar con vida al día siguiente.

A Angel Velasquez, que desde su atalaya en lo alto de la torre de perforación principal de Cypress 1 observaba el fatigoso ascenso de Charles Braxton por Cascade Trail, el sudor que destilaba el ceño de ese abogado en concreto lo que le decía era que algunas personas distaban de ser tan importantes como creían.

Quizá a Braxton le gustara pavonearse por su conjunto de oficinas y desgañitarse con sus secretarias. Quizá estuviera acostumbrado a merodear por los juzgados como un asesino al acecho de nuevas víctimas para su hacha. Pero por mucho garbo que el abogado imprimiera a sus pasos, a la hora de la verdad Catherine Case lo tenía bien agarrado por las pelotas, y cuando Catherine Case te pedía que hicieras algo lo antes posible, no es que corrieras, pendejo, sino que te dabas con los pies en el culo hasta quedarte sin aire con el corazón reventado en el pecho.

Braxton caminaba agachado para esquivar los helechos, trastabillando con las enredaderas que estrangulaban a los banianos, mientras seguía la tortuosa vereda que se elevaba paulatinamente alrededor de la perforadora, todavía caliente. Se abrió paso a empujones entre los grupos de turistas que posaban para autorretratarse frente al telón de fondo que formaban las cataratas entrelazadas y los jardines colgantes que se desparramaban por los distintos niveles de la arcológia. Aun con el rostro congestionado y resoplando sin resuello, estaba decidido a seguir adelante. No dejaban de adelantarlo deportistas uniformados de pantalón corto y vientres al descubierto bajo camisetas ceñidas al cuerpo, con la música de sus auriculares y el martilleo acompasado de sus robustos corazones retumbando en los oídos.

Se podían aprender muchas cosas del sudor de una persona.

El de Braxton anunciaba a gritos que aún tenía miedo. Y, para Angel, eso significaba que todavía podían fiarse de él.

Braxton divisó a Angel en lo alto del puente arqueado que cruzaba la amplia extensión de la torre de perforación principal. Agitó una mano, cansado, para

indicarle que descendiera y se reuniese con él. Angel le devolvió el gesto sin moverse de su posición, con una sonrisa, haciendo como si no lo hubiera entendido.

—¡Baja aquí! —lo llamó Braxton.

Angel se limitó a saludar otra vez con la mano, sin perder la sonrisa.

El abogado se dio por vencido y, con los hombros hundidos, se dispuso a lanzar el último asalto sobre la atalaya de Angel.

Este se apoyó en la barandilla, disfrutando de las vistas. La luz del sol que se filtraba sobre su cabeza jaspeaba el bambú y los tamarindos, se reflejaba en el plumaje de las aves tropicales y proyectaba destellos sobre los frondosos estanques de koi como si alguien los estuviera apuntando con un espejo de bolso.

Muy lejos, a sus pies, las personas se veían más pequeñas que hormigas. No se distinguía ninguna persona, en realidad, sino tan solo las siluetas de los turistas, los residentes y los empleados del casino, como en las maquetas de los biotectos que se había encargado de desarrollar Cypress 1: figuritas humanoides a escala que se tomaban a pequeños sorbos sus cafés con leche a escala en las terrazas de los locales a escala. Niños a escala que perseguían mariposas por los senderos agrestes mientras los jugadores a escala duplicaban o dividían sus cartas en las mesas de blackjack a escala de las grutas subterráneas de los casinos.

Braxton llegó al puente arrastrando los pies.

—¿Por qué no has bajado? —jadeó, sin aliento—. Te pedí que bajaras. —Soltó el maletín en las tablas del suelo, derrengado, y se arrumbó contra el pasamanos.

—¿Qué me has traído? —preguntó Angel.

—Papeles —resolló Braxton—. Carver City. El juez acaba de dictar sentencia. —Señaló la valija con un gesto exhausto—. Los machacamos.

—¿Y?

Braxton intentó decir algo más, pero no le salieron las palabras. Tenía las facciones hinchadas y congestionadas. Angel se preguntó si no estaría a punto de sufrir un infarto, primero, y acto seguido se entretuvo sopesando hasta qué punto le importaría que lo sufriera.

Angel y Braxton se habían conocido en el bufete del abogado, sito en la sede de la Autoridad Acuífera del Sur de Nevada. El hombre disfrutaba de toda una pared de cristal con vistas a Carson Creek, el río para la pesca con mosca de Cypress 1, donde el caudal se precipitaba de forma escalonada por los distintos niveles de la instalación arcológica antes de que un nuevo ciclo de depuración lo bombeara de regreso a lo alto del sistema. Un gigantesco y caro mirador desde el que contemplar las truchas arcoíris y la infraestructura acuática, así como un recordatorio inmejorable de por qué era Braxton el que representaba a la AASN en los tribunales.

Braxton se había dedicado a mangonear a sus tres asistentes (todas ellas, casualidades de la vida, esbeltas muchachitas reclutadas directamente en la facultad de Derecho con la promesa de obtener el permiso de residencia que les permitiría convertir Cypress en su domicilio permanente) mientras hablaba con Angel casi sin

prestarle atención. Solo era otro de los pit bulls de Catherine Case, nada más, tolerable siempre y cuando Angel continuara dejando un rastro de chuchos más grandes muertos a su paso.

Angel, por su parte, se había pasado la reunión intentando dilucidar cómo era posible que alguien como Braxton estuviese tan gordo. Sus dimensiones solían estar fuera del alcance de la gente fuera de Cypress. En toda su vida anterior Angel no se había tropezado jamás con un ser como Braxton, quien le fascinaba y a quien admiraba con su carnosa fachada, propia de alguien que se sentía seguro.

Si el fin del mundo llegaba a producirse tal como predecía Catherine Case, Angel pensó que Braxton daría para llenarse bien la barriga. Lo cual hizo que le resultara un poquito más fácil perdonarle la vida cuando el pendejo de la Ivy League arrugó la nariz al reparar en los tatuajes pandilleros y en la cicatriz de cuchillo que surcaba el rostro y la garganta de su interlocutor.

«Sí que cambian los tiempos», pensó Angel mientras veía caer las gotas de sudor que resbalaban por la nariz de Braxton.

—Carver City ha perdido la apelación —jadeó Braxton, al cabo—. Los jueces iban a emitir su veredicto esta mañana, pero efectuamos reservas contradictorias de las salas en cuestión y conseguimos entorpecer el proceso hasta que se acabó la jornada. Carver City tendrá que correr de lo lindo para solicitar otra apelación. —Recogió el maletín y lo abrió con un chasquido—. No lo conseguirán.

Le entregó un fajo de documentos holografiados con láser.

—Los mandamientos judiciales que querías. Dispones de tiempo para hacer valer nuestros derechos legales hasta que los juzgados abran mañana. Una vez Carver City solicite la apelación, será otro cantar. Entonces tendrás que vértelas con responsabilidades civiles, como mínimo. Pero mientras el tribunal no haya abierto de nuevo sus puertas, solo estarás defendiendo los derechos a la propiedad privada de los ciudadanos del gran estado de Nevada.

Angel empezó a revisar los documentos.

—¿Esto es todo?

—Todo cuanto necesitas, siempre y cuando selles el acuerdo esta noche. Mañana, en cuanto se haya reanudado el horario de oficina, volveremos a los aplazamientos judiciales y a los «él dice esto», «ella dice lo otro».

—Y tú habrás sudado la gota gorda en vano.

Braxton apuntó a Angel con un dedo rollizo.

—Más te vale que no lleguemos a eso.

La amenaza implícita consiguió que Angel se carcajeara.

—Yo ya tengo mis permisos de residencia, cabrón. Vete a amedrentar a tus secretarias.

—Que seas la mascota de Case no significa que no pueda hacerte la vida imposible.

—Que seas el perro de Case —replicó Angel, sin levantar la vista de los



mandamientos— no significa que no te pueda tirar de este puente.

Todos los sellos y lacres de los documentos parecían estar en orden.

—¿Qué tienes con Case para creerte tan intocable?

—Su confianza, eso es lo que tengo.

A Braxton se le escapó una risita de incredulidad mientras Angel recolocaba los mandamientos judiciales.

—A las personas como tú os gusta ponerlo todo por escrito porque creéis que todo el mundo miente. Así funcionáis los picapleitos. —Golpeó a Braxton en el pecho con el fajo de documentos legales, sonriendo de oreja a oreja—. Por eso Case confía en mí mientras que a ti te trata como a un perro. El encargado de apuntar las cosas.

Dejó a Braxton fulminándolo con la mirada desde lo alto del puente.

Mientras bajaba por Cascade Trail, Angel sacó el móvil y marcó un número.

Catherine Case respondió al primer tono, seca y formal.

—Case al habla.

A Angel no le costaba nada imaginársela, la Reina del Colorado, acodada sobre su escritorio, rodeada de paredes empapeladas de arriba abajo con mapas del estado de Nevada y la cuenca del río Colorado, con sus dominios expuestos en fuentes de datos que se actualizaban en tiempo real; las venas de cada afluente, al parpadear en rojo, en ámbar o en verde, indicarían el caudal en metros cúbicos por segundo. Las cifras intermitentes sobre las distintas cuencas hidrográficas de las montañas Rocosas — rojo, ámbar, verde— darían cuenta del espesor de las capas de nieve restantes y de las desviaciones de la norma provocadas por su derretimiento. Más datos, índices de profundidad de presas y diques, desde la reserva de Blue Mesa en el Gunnison a la de Navajo en el San Juan, pasando por la de Flaming Gorge en el Green. Superpuesto a todo ello, los precios de compra de última hora de los distintos caudales, más las cotizaciones de los mercados de futuros que proporcionaba el índice NASDAQ, más las opciones de compra en el mercado abierto disponibles por si necesitaba aumentar la profundidad del lago Mead, más... Aquellos eran los despiadados números que gobernaban su mundo tan implacablemente como gobernaba ella el de Angel y Braxton.

—Acabo de hablar con tu abogado favorito —empezó Angel.

—Dime que no has vuelto a meterte con él, por favor.

—Ese pendejo es un personaje.

—Tampoco tú eres ningún regalo del cielo. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Bueno, Braxton me ha dado un montón de árboles muertos, eso seguro. — Sopesó el fajo de documentos legales—. No sabía que todavía quedara tanto papel.

—Lo importante es que después no haya nada que leer entre líneas —replicó Case, desabrida.

—Aquí hay como cincuenta o sesenta hojas llenas de líneas, como para tener que leer entre ellas, encima.

—Es la primera regla de la burocracia —se rio Case—: cualquier mensaje que merezca la pena enviarse merecerá la pena hacerlo por triplicado.

Angel salió de Cascade Trail y continuó bajando por el sinuoso camino que conducía a los ascensores que habrían de transportarlo al aparcamiento central.

—Me imagino que estaremos listos dentro de una hora, más o menos —dijo.

—Estaré atenta.

—Esto va a ser coser y cantar, jefa. Los papeles que me ha pasado Braxton tienen como cien firmas distintas que dicen que puedo hacer lo que me dé la gana. La clásica orden de cese y desista de toda la vida. Hasta el Camel Corps podría hacerlo sin ayuda de nadie, me apuesto lo que sea. Servicio de mensajería es lo que es esto.

—No. —La voz de Case se endureció—. Diez años de tira y afloja en los tribunales, eso «es lo que es esto», y me gustaría ponerle punto final. De una vez por todas. Ya estoy harta de repartir permisos de residencia en Cypress entre los sobrinitos de uno u otro juez tan solo para poder seguir apelando por algo que en realidad es nuestro por derecho propio.

—Fuera preocupaciones. Cuando terminemos, Carver City ni siquiera sabrá de dónde ha salido ese golpe.

—Bien. Avísame cuando se haya acabado.

Sonó un chasquido cuando colgó. Angel montó en un ascensor exprés cuyas puertas ya habían empezado a cerrarse. Afianzó los pies en el suelo de cristal mientras la cabina iniciaba su vertiginoso descenso. Aceleró, cayendo a plomo por los numerosos niveles de la arcología. A su alrededor, la gente no era más que una mancha borrosa: madres empujando carritos de dos plazas; novias por horas colgadas del brazo de novios de fin de semana; turistas de todos los rincones del mundo, sacándose fotos y enviando mensajes a casa para informar de que ya habían visto los Jardines Colgantes de Las Vegas. Helechos, cascadas y cafeterías.

Abajo, en las plantas dedicadas al ocio, los camellos estarían cambiando de turno. En los hoteles, los fiesteros veinticuatro horas estarían despertando, tomándose los primeros chupitos de vodka y rociándose la piel con purpurina. Las doncellas, los camareros, los botones, los cocineros y el personal de mantenimiento estarían deslomándose en su esfuerzo por conservar el empleo y, con este, los permisos de residencia que les permitían quedarse en Cypress.

«Todos estáis aquí gracias a mí», pensó Angel. «Sin mí seríais como arbustos rodantes. Sacos de huesos con la piel tan fina como el papel. Ni dados que lanzar, ni prostitutas que contratar, ni carritos que empujar, ni bebidas en bandeja, ni nada que hacer.»

«Sin mí no sois nada.»

Un suave tintineo anunció que el ascensor había llegado abajo del todo. Sus puertas se abrieron al Tesla de Angel, que lo esperaba con el aparcacoches.

Media hora después sus largas zancadas cubrían una de las pistas en ebullición de la Base Aérea de Mulroy, de cuyo asfalto se elevaban ondulaciones de aire caliente,

mientras el sol poniente bañaba de sangre las montañas Spring. Cuarenta y ocho grados, y el sol únicamente estaba empezando a dar la jornada por finalizada. Los focos de la base, que comenzaban a encenderse, contribuían a elevar la sofocante temperatura.

—¿Traes los papeles? —preguntó Reyes a gritos, imponiendo su voz al aullido de los Apaches.

—¡Los federales nos besarán el culo, aunque lo tengamos lleno de arena! —Angel sostuvo los documentos en alto—. ¡Durante las próximas catorce horas, al menos!

Reyes esbozó una sonrisita a modo de respuesta, se volvió y comenzó a impartir las órdenes para el despegue.

El coronel Reyes era un negro enorme que había estado en Siria y en Venezuela con una unidad de reconocimiento de los marines antes de que lo destinaran a las operaciones encubiertas del Sahel, primero, y a las de Chihuahua, después, antesala de la bicoca de puesto que ostentaba ahora en la guardia de Nevada.

El estado de Nevada pagaba mejor, decía.

Por señas, Reyes le indicó a Angel que montara en el chopper de mando. A su alrededor, las aspas de los demás helicópteros de combate continuaban ganando revoluciones y quemando un barril de combustible sintético tras otro (la Guardia Nacional de Nevada, alias el Camel Corps, alias los putos guripas de Las Vegas esos, dependiendo de quién fuera el último al que acabaran de encajarle en el culo un pepino del tamaño y la forma de un misil Hades), preparándose para descargar la voluntad de Catherine Case sobre sus adversarios.

Uno de los guripas le lanzó un chaleco antibalas a Angel, que se embutió en el kevlar mientras Reyes se instalaba en el asiento de mando y comenzaba a impartir órdenes. Angel conectó un juego de gafas y auriculares militares al sistema de comunicación del chopper para no perderse ni un detalle del cruce de conversaciones.

El vehículo de combate se elevó con una sacudida. Ante los ojos de Angel se desplegó un torrente de información como la que veían los pilotos, un mural de pintadas estratégicas cuyas cegadoras etiquetas coloreaban Las Vegas: cálculos de objetivo, estructuras relevantes, marcas de amigo/enemigo, cargas de misiles Hades, detalles de la munición del calibre 50 que transportaban en el nido de ametralladoras, indicadores de combustible, señales de calor en el suelo...

*Treinta y siete.*

Seres humanos. De los objetos más fríos que había ahí fuera. Todos ellos con su respectiva etiqueta, todos ellos ajenos a ella.

Una de las guripas estaba comprobando que Angel se hubiera abrochado bien las correas. Angel sonrió mientras la señorita tiraba de ellas. Morena de piel, con el pelo negro y los ojos como tizones. Leyó su nombre en una chapa: Gupta.

—Sé abrocharme el cinturón yo solito, ¿vale? —gritó para imponer su voz al estruendo del rotor—. Yo también me dedicaba a esto antes.

Gupta ni siquiera esbozó una sonrisa.

—Órdenes de la señora Case. Quedaríamos de pena si nos pegáramos un panzazo y la diñaras por llevar el cinturón mal ajustado.

—Un panzazo y aquí la diñamos todos.

La mujer terminó de cerciorarse como si no hubiera oído nada. Reyes y el Camel Corps eran muy meticulosos. Se guiaban por una serie de rituales propios, elegantes y refinados, diseñados a lo largo de muchos años y pulidos hasta sacarles brillo.

Gupta dijo algo, dirigiéndose al comunicador, y se abrochó las correas a su vez en el asiento que había tras la pantalla del nido de ametralladoras del chopper.

El estómago de Angel dio un vuelco cuando el vehículo de combate describió un brusco giro para sumarse a la formación de otros depredadores aéreos. Las actualizaciones de estado que resbalaban en cascada por su visor militar resplandecían como el paisaje nocturno de Vegas:

AASN 6602, fuera.

AASN 6608, fuera.

AASN 6606, fuera.

Más números y alertas en veloz sucesión. La confirmación digital de aquel enjambre de langostas que, prácticamente invisible, ocultaba el firmamento nocturno y ponía ahora rumbo hacia el sur.

La voz de Reyes crepitó en el comunicador:

—Operación Panal de Rica Miel activada.

A Angel se le escapó la risa.

—Pero ¿a quién se le ha ocurrido ese nombre?

—¿Te gusta?

—Prefiero la jalea real.

—¿Y quién no?

Volaban en dirección sur, como exhalaciones, hacia el panal de rica miel en cuestión: el lago Mead, antes treinta y cinco kilómetros cúbicos de agua embalsada, ya menos de la mitad por obra y gracia de la Sequía Padre. Un lago optimista, fruto de una época igual de optimista, mermado ahora y, para colmo de males, cada vez más lleno de sedimentos. Un salvavidas, siempre amenazado y siempre vulnerable, siempre al filo de hundirse por debajo de la Toma n.º 3, el gotero de emergencia que posibilitaba que el corazón de Las Vegas continuase bombeando.

A sus pies se despleaban las luces del corazón de Vegas: los neones de los casinos y las arcologías de Cypress. Balcones y hoteles. Cúpulas y granjas verticales empañadas por la condensación, frondosas de vegetación hidropónica y encendidas de resplandeciente espectro completo. Geometrías luminosas que se desparramaban por el suelo desértico, sobreimpresas con las pintadas electrónicas del idioma de combate del Camel Corps.

Los visores militares tamizaban los carteles que prometían espectáculos, fiestas, alcohol y dinero, transformándolos en puntos de ataque y entrada. Los arracimados

barrancos urbanos, diseñados para canalizar el viento del desierto, se convertían en callejones para los francotiradores. Las azoteas iridiscentes, cubiertas de pintura fotovoltaica, eran zonas de desembarco. Las instalaciones arcológicas de Cypress, ventajosas atalayas y objetivos de penetración prioritarios gracias al modo en que dominaban el contorno de Vegas y señoreaban sobre todo lo demás, mayores y más ambiciosas que cualquier otra incursión en el reino de la arquitectura fantástica que desde su fundación hubiera podido realizar la Ciudad del Pecado.

Vegas terminaba en una fina línea negra.

El software de combate comenzó a detectar seres vivos, manchas frías entre las sombras térmicas de aquel milenario esqueleto suburbano: un kilómetro cuadrado tras otro de edificios que solo servían como depósitos de madera y cables de cobre porque Catherine Case había decidido que ya no merecían seguir recibiendo agua.

Perforaban la oscuridad solitarias fogatas dispersas, balizas que señalaban la posición del puñado de tejanos y zonales disecados sin el dinero necesario para acceder a la arcología de Cypress ni otro destino al que huir. La Reina del Colorado había triturado esos barrios: sus primeros cementerios, creados en cuestión de segundos cuando cortó el agua que corría por sus tuberías.

«Que beban polvo si no son capaces ni de administrar sus puñeteras reservas de agua», había dicho Case.

La señora seguía recibiendo amenazas de muerte a cuento de aquello.

Los helicópteros atravesaron el último tramo de la devastada zona de búfer residencial y salieron a mar abierto. Un mar de arenas primigenias, tan antiguo como el Antiguo Testamento. Arbustos de creosota. Solitarios árboles de Josué erizados de espinas. Erupciones de yuca, riberas áridas, pálida grava arenosa, guijarros de cuarzo.

El desierto, pintado ya por entero de negro, comenzaba a enfriarse, oculto por fin el último vestigio solar, fino como el corte de un escalpelo. Habría animales ahí abajo. Coyotes prácticamente calvos. Lagartos y serpientes. Búhos. Todo un mundo que solo se activaba con la puesta de sol. Un ecosistema entero que emergía de sus guaridas bajo las rocas, la yuca y la creosota.

Mientras observaba los marcadores termales de aquellos supervivientes de las arenas, Angel se preguntó si el desierto estaría devolviéndole la mirada, si algún coyote raquíptico levantaría la cabeza al oír el amortiguado tuc-tuc-tuc-tuc de los vehículos de combate del Camel Corps que lo sobrevolaban y se maravillaría ante esa carga de humanidad aerotransportada.

Transcurrió una hora.

—Estamos cerca —dijo Reyes, rompiendo el silencio, en tono casi de veneración.

Angel se inclinó hacia delante y aguzó la vista.

—Allí está —señaló Gupta.

Una negra cinta de agua cuyos meandros atravesaban el desierto contorsionándose entre las aserradas crestas montañosas.

El resplandor de la luna le arrancaba destellos plateados a su superficie.

El río Colorado.

Se deslizaba como una serpiente por la pálida orografía del desierto. California aún no había metido esa parte del río en una pajita, pero lo haría. Toda aquella evaporación... No se podía consentir que el sol continuara robando tanta agua durante toda la eternidad. Pero por ahora el río aún seguía fluyendo al aire libre, expuesto al firmamento y al solemne escrutinio de los guripas.

Angel admiró el río mudo de asombro, como siempre. El parloteo que crepitaba en la radio cesó, enmudecidos los guripas ante la aparición de tantísima agua.

Aun reducido por las sequías y las recanalizaciones, el río Colorado despertaba apetitos reverenciales. Ocho kilómetros cúbicos y medio al año, cuando había transportado hasta veinte, pero, así y todo, toda aquella agua discurriendo por la tierra, sin más...

«No me extraña que los hindúes adoraran los ríos», pensó Angel.

En su momento de mayor esplendor el río Colorado se extendía a lo largo de más de mil quinientos kilómetros, desde las Rocosas nevadas hasta el Pacífico azul, pasando por los rojos cañones de Utah, arrollador, veloz y sin obstáculos. Y a su paso dejaba un reguero de vida.

Si algún campesino podía utilizarlo para alimentar sus acequias, o si algún arquitecto podía colocar un pozo en sus márgenes, o si el dueño de algún casino podía hundir una bomba en sus aguas, la gente podía beber hasta hartarse de su infinito caudal de oportunidades. Los organismos se desarrollaban aunque las temperaturas superasen los cuarenta y cinco grados centígrados. Las ciudades florecían en el desierto. Aquel río impartía más bendiciones que la Virgen María.

Angel se preguntó cuál habría sido su aspecto cuando aún fluía raudo y en libertad. De un tiempo a esa parte sus aguas se habían vuelto lentas y torpes, retenidas por diques inmensos. La reserva de Blue Mesa, la de Flaming Gorge, la de Morrow Point, la de Soldier Creek, la de Navajo, la de Glen Canyon, la de Hoover y más, muchas más. Y allí donde estas presas contenían el río y sus afluentes se formaban lagos en los que se reflejaban el cielo y el sol del desierto: el lago Powell. El lago Mead. El lago Havasu...

Ni una sola gota de agua llegaba a la frontera con México en la actualidad, daba igual cuánto protestara el país contra el Pacto del Río Colorado y la Ley de Ríos. Los niños de los Estados de los Cárteles crecían y morían pensando que el Colorado no era más que otra leyenda, como el chupacabras de las historias que le contaba a Angel su abuela. Diablos, pero si hasta la mayoría de Utah y Colorado tenía prohibido tocar el agua que llenaba el cañón bajo el chopper de Angel.

—Contacto en diez minutos —anunció Reyes.

—¿Crees que presentarán batalla?

Reyes sacudió la cabeza.

—Los zonales no tienen con qué defenderse. Casi todas sus unidades siguen estando desplegadas en el Ártico.

Gracias a Case, la cual había sobornado a un puñado de políticos de la costa Este a quienes les traía sin cuidado lo que ocurriera a este lado de la División Continental. Tras cebar a esos puercos malnacidos a base de putas, coca y generosas inyecciones de dinero en efectivo procedente del Super PAC, cuando la Junta de Jefes se vio en la perentoria necesidad de defender los oleoductos de arenas bituminosas del norte descubrieron, menuda casualidad, que los únicos que podían encargarse de ello eran las ratas del desierto de la Guardia Nacional de Arizona.

Angel recordaba las imágenes de su despliegue en las noticias, el incesante ra, ra, ra con que los informativos celebraban la actuación de las fuerzas de seguridad energética. Se lo había pasado bomba viendo cómo todos aquellos correveidiles aporreaban los tambores del patriotismo al son del aumento de sus índices de audiencia. Consiguiendo que los ciudadanos se sintieran otra vez como auténticos machotes de pelo en pecho. Para eso sí que servían los correveidiles, al menos. Siquiera por un segundo, los americanos pudieron volver a sentirse como si no les cupiera la polla entre las piernas.

«Solidaridad, hay que ver lo bonita que es.»

Al adentrarse en el cañón, las dos decenas de chopperes del Camel Corps descendieron hasta rozar las negras aguas fluviales. Siguieron su serpentina trayectoria, encajonada entre laderas rocosas, trazando a gran velocidad los acuosos meandros del Colorado hasta su objetivo.

La sonrisa de Angel comenzaba a ensancharse, poseído como estaba por el familiar subidón de adrenalina que sentían los jugadores cuando se cerraban las apuestas y lo único que restaba era averiguar qué les deparaba la baraja del crupier.

Estrechó los mandamientos del tribunal contra su pecho. Todos aquellos lacres y sellos holográficos. Todo aquel ritual de pleitos y apelaciones que desembocaban en un momento en el que por fin podían quitarse los guantes.

Arizona ni siquiera vería venir el golpe.

Se le escapó la risa.

—Mira que cambian los tiempos.

Gupta, instalada en el nido de ametralladoras, lo miró de reojo.

—¿Decías algo?

Era joven, se percató Angel. Joven, como él cuando Case lo asignó a los guripas y consiguió que su permiso de residencia quedase aprobado de una vez por todas. Pobre y desesperado, un deportado más que intentaba encontrar la manera —como fuese— de quedarse en el lado correcto de la frontera.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó—. ¿Doce?

La muchacha lo fulminó con la mirada y volvió a concentrarse en los sistemas de selección de objetivo.

—Veinte. Carcamal.

—No te pongas arisca. —Angel apuntó al Colorado—. Eres demasiado joven para recordar cómo era antes. Antes nos sentábamos todos con un hatajo de abogados

y papeles, burócratas con protectores de bolsillo...

Dejó la frase flotando en el aire mientras rememoraba sus inicios, cuando en calidad de guardaespaldas de Catherine Case la acompañaba a sus reuniones: calvorotas trajeados, responsables municipales de la gestión del agua, la Oficina de Reclamaciones, el Departamento del Interior. Todos ellos venga a hablar de kilómetros cúbicos y de directrices de reclamación y cooperación, de la eficiencia en el control de las aguas residuales, de reciclaje, de presas, de reducir la evaporación y recubrir los ríos, de eliminar tamarindos, sauces y álamos. Todos ellos venga a jugar a las sillas a bordo de su inmenso y obsoleto *Titanic*. Empeñados en respetar las normas, convencidos de que existía una manera de complacer a todo el mundo, fingiendo ser capaces de colaborar y compartir con los demás su solución al problema, solo había que analizarlo bien desde todos los ángulos.

Hasta que a California le dio por romper el manual con las reglas y elegir otro juego.

—¿Decías? —lo presionó Gupta.

—Bah, nada. —Angel meneó la cabeza—. Que el juego ha cambiado, eso es todo. A Case el viejo se le daba de maravilla. —Se agarró al asiento cuando recuperaron altura para rebasar el filo del cañón y se abalanzaron sobre su objetivo—. Pero a nosotros el nuevo tampoco se nos da nada mal.

El objetivo, un complejo inmenso y solitario en medio del desierto, refulgía en la oscuridad frente a ellos.

—Ahí lo tenemos.

Empezaron a parpadear unas luces.

—Saben que nos acercamos —dijo Reyes, antes de comenzar a emitir instrucciones de combate.

Los chopperes se desplegaron, seleccionando objetivos probables a medida que se situaban a su alcance. Su helicóptero descendió de golpe, seguido de un par de drones de refuerzo. El visor militar de Angel le desveló otro grupo de chopperes que se habían adelantado para despejar el espacio aéreo. Rechinó los dientes cuando se dejaron caer en picado, en zigzag, ejecutando una serie de maniobras aleatorias a la espera de ver si intentaban abatirlos desde la superficie.

A lo lejos, sobre el horizonte, distinguió el resplandor anaranjado de Carver City. Brillantes hogares y negocios resplandecientes, un halo urbanístico que iluminaba el firmamento nocturno. Todas esas luces artificiales. Toda esa corriente.

Toda esa vida.

Gupta disparó un par de salvas. Algo centelleó a sus pies, un surtidor llameante. Los vehículos de combate efectuaron un vuelo rasante sobre el perímetro de las instalaciones de abastecimiento y saneamiento de aguas. Se veían depósitos y cañerías por todas partes.

Los Apaches de color negro se posaron en terrazas y aparcamientos, tocaron el pavimento y vomitaron sus tropas. Descendieron más aeronaves, atronadoras, como



gigantescas luciérnagas acorazadas. La acción de los rotores levantó una tormenta de granos de arena de cuarzo que abofetearon a Angel.

—¡Comienza el espectáculo! —Reyes llamó por señas a Angel, que volvió a comprobar el estado de su chaleco antibalas y se ajustó la correa del casco en la barbilla.

Gupta lo observaba con una sonrisa.

—¿Quieres un arma, abuelo?

—¿Por qué? —preguntó Angel mientras desmontaba de un salto—. Para eso habéis venido conmigo.

Los guripas formaron a su alrededor y, como un solo hombre, corrieron hacia las puertas de la central.

Se estaban encendiendo cada vez más focos; los empleados de las instalaciones, presintiendo lo que ocurría, huían en desbandada. Los miembros del Camel Corps empuñaron sus rifles y apuntaron a los blancos que corrían delante de ellos mientras reverberaban las órdenes de Gupta, amplificadas por su comunicador:

—Todo el mundo al suelo. ¡Al suelo! ¡AL SUELO!

Los civiles se tiraron al suelo.

Angel se acercó trotando hasta una mujer, aterrada y hecha un ovillo, y esgrimió sus papeles.

—¿Hay un tal Simon Yu por aquí, en alguna parte? —preguntó, levantando la voz para imponerse al alarido de los chopperes.

La mujer tenía demasiado miedo para decir nada. Blanca, rechoncha, con el pelo castaño. Angel sonrió de oreja a oreja.

—A ver, señora, que solo le quiero entregar unos documentos.

—Dentro —jadeó por fin la mujer.

—Gracias. —Angel le dio una palmadita en la espalda—. ¿Por qué no se va corriendo de aquí y se lleva a todos sus compañeros? Por si acaso se caldean los ánimos.

Los soldados embistieron las puertas de la planta de tratamiento, un ariete marcial con Angel protegido en su centro. Los civiles se aplastaban contra las paredes al paso en estampida del Camel Corps.

—¡Vegas ha llegado! —entonó Angel—. ¡Chicos y chicas, agarraos los tobillos!

Apagaron sus palabras las órdenes amplificadas de Gupta.

—¡Salid de ahí ahora mismo! ¡Todos! ¡Tenéis treinta minutos para evacuar las instalaciones! ¡Transcurrido ese tiempo consideraremos que nos estáis obstruyendo!

Angel y su equipo llegaron a la sala de control principal, repleta de monitores cuyas pantallas planas controlaban la afluencia y la calidad del agua, los niveles químicos, la eficiencia de las bombas... junto con toda una recua de sorprendidos ingenieros hidráulicos que se levantaron de sus mesas con cara de pasmarotes.

—¿No hay ningún supervisor por aquí? —preguntó Angel—. Simon Yu se llama el que busco.

Uno de los técnicos enderezó la espalda.

—Yo mismo. —Delgaducho y moreno, con cortinilla para disimular la calva incipiente y las mejillas picadas de añejas marcas de acné.

Angel le lanzó los papeles mientras el Camel Corps se desplegaba y aseguraba la sala de control.

—Esta planta queda cerrada.

Como pudo, Yu atrapó los documentos al vuelo.

—¡Y una porra! Habíamos presentado un recurso.

—Presentad lo que os salga de las narices —replicó Angel—, pero mañana. Esta noche tenéis órdenes de apagarlo todo. Comprueba las firmas.

—¡Abastecemos a cien mil personas! No podemos cortarles el agua sin más.

—Los derechos sénior nos pertenecen, según los jueces. Deberíais alegraros de que os permitamos conservar lo que haya en las tuberías. Si vuestra gente va con cuidado aguantará un par de días a base de cubos, hasta que se hayan marchado todos.

Yu estaba ojeando los documentos.

—¡Pero si este decreto es una farsa! Conseguiremos un aplazamiento y esto quedará anulado. La orden judicial esta... ¡pero si es que solo existe de puro milagro! ¡Mañana será historia!

—Sabía que dirías algo por el estilo. El problema es que mañana y ahora no son lo mismo. Estamos a día de hoy. Y hoy los jueces dicen que ya podéis ir dejando de robarle el agua al estado de Nevada.

—¡Pero deberíais ser razonables! —balbució Yu—. Ambos sabemos lo serio que es esto —continuó, realizando un esfuerzo titánico por tranquilizarse—. Lo que ocurra con Carver City pesará sobre vuestra conciencia. Tenemos cámaras de seguridad. Todo esto saldrá a la luz. No querrás ser responsable de esto cuando empiecen a llover las denuncias.

Angel decidió que medio le caía bien aquel burócrata calvorota. Se notaba que Simon Yu era una persona entregada. Daba la impresión de tratarse de uno de esos tipos que entraban a trabajar para el gobierno porque aspiraban a crear un mundo mejor. Un auténtico funcionario de la vieja escuela, dedicado en cuerpo y alma a la obsoleta causa de luchar por el bien de la ciudadanía.

Y ahí estaba ahora el buen hombre, intentando engatusar a Angel. Jugando al no nos precipitemos, vamos a ser razonables.

Lástima que el juego no fuera ese.

—... Se va a cabrear un montón de gente influyente —estaba diciendo Yu—. No os saldréis con la vuestra. Los federales no van a permitir que algo así quede impune.

Era un poquito como encontrarse con un dinosaurio, pensó Angel. Vale que resultaba estimulante, de acuerdo, pero a ver: ¿cómo diablos había conseguido sobrevivir tanto tiempo?

—¿Gente influyente? —Una candorosa sonrisa curvó los labios de Angel—.

¿Tenéis algún acuerdo con California del que yo no me haya enterado? ¿Será que toda esta agua es suya y nadie me había dicho a mí nada? Porque, tal como yo lo veo, lo que estáis haciendo es explotar el cutre derecho júnior de segunda mano que le comprasteis a vete a saber qué agricultor del oeste del Colorado, y a esa baraja ya no le quedan más cartas. Esta agua debería haberse venido con nosotros hace tiempo. Como corroboran los documentos que te acabo de dar.

Yu encajó las palabras de Angel con expresión torva.

—Venga ya, hombre. —Angel le dio un golpecito con el puño en el hombro—. No pongas esa carita de pena. Los dos llevamos tiempo de sobra en esto como para saber que siempre hay alguien al que le toca perder. La Ley de Ríos estipula que los derechos sénior se lo llevan todo. ¿Los júnior? —Se encogió de hombros—. No tanto.

—¿A quién habéis sobornado? —preguntó Yu—. ¿A Stevens? ¿Arroyo?

—¿Acaso tiene importancia?

—¡Es la vida de cien mil personas!

—Pues no habéroslo jugado con unos derechos sobre el agua tan endeble —comentó Gupta desde la otra punta de la sala de control, donde estaba comprobando las luces intermitentes de los monitores de las bombas.

Angel disimuló una sonrisita mientras Yu le lanzaba una mirada asesina.

—La soldado tiene razón, Yu. Ahí tienes la orden. Os daremos otros veinticinco minutos para que desalojéis las instalaciones antes de empezar a bombardearos con misiles Hades y Hellfire. Así que ya sabes, andando, si no quieres que se enciendan todas las luces.

—¿¡Seríais capaces de bombardearnos!?

Sus palabras arrancaron una carcajada a varios de los soldados.

—Nos habéis visto llegar con los helicópteros, ¿no? —replicó Gupta.

—No pienso irme de aquí —anunció con voz glacial Yu—. Matadme si os da la gana. A ver si os atrevéis.

—Más terco que una mula —suspiró Angel—, me lo figuraba.

Antes de que Yu pudiera responder nada, Angel lo agarró y lo tiró de bruces al suelo. Enterró una rodilla en la espalda del burócrata, le apesó un brazo y se lo retorció.

—Destruiréis...

—Que sí, vale, si ya lo sé. —Angel inmovilizó la otra mano de Yu a su espalda y lo maniató con una cintilla de plástico—. Toda una puta ciudad. Cien mil vidas. Más algún que otro campo de golf, seguro. Pero, como te habrás percatado, los cadáveres suelen complicar un montón las cosas, así que vamos a llevarnos tus calvas posaderas de aquí. Ya nos pondrás una denuncia mañana.

—¡No podéis hacer esto! —se desgañitó Yu, con la mejilla aplastada contra el suelo.

Angel se arrodilló junto al hombre indefenso.

—No sé por qué, pero me da que te lo estás tomando como si fuese algo personal, Simon. Nada de eso. No somos más que engranajes en la vieja maquinaria de siempre, ¿te das cuenta? —Levantó a Yu de un tirón—. Esto a ti y a mí nos supera. Nos dedicamos a cumplir con nuestro deber, eso es todo. —Sacó al burócrata de la sala de un brusco empujón y, dirigiéndose a Gupta, añadió—: Registrad el resto de las instalaciones y cercioraos de que todo esté despejado. ¡Quiero ver este sitio ardiendo a la de diez!

Reyes, que lo esperaba en pie junto a la puerta del chopper, gritó:

—¡Los zonales vienen ya de camino!

—Vaya, menuda contrariedad. ¿Tiempo?

—Cinco minutos.

—La puta que los parió. —Angel usó el dedo para trazar unos círculos en el aire—. ¡Pues venga, a volar! Ya tengo lo que quería.

Las aspas del chopper cobraron vida con un alarido ensordecedor. Su chirrido ahogó las siguientes palabras de Yu, pero su expresión bastó para que Angel percibiera el odio del hombre.

—¡No te lo tomes como algo personal! —exclamó a su vez Angel—. ¡Danos un año y te contrataremos en Vegas! ¡Tienes demasiado talento para desperdiciarlo aquí! ¡En la AASN siempre hay sitio para los buenos profesionales!

Angel intentó tirar de Yu para meterlo en el chopper, pero el hombre se resistió. Observaba a su captor con expresión furibunda, entornando los párpados para protegerse del polvo que levantaban las aspas. Los helicópteros de los guripas comenzaron a despegar como un enjambre de langostas que estuviera alzando el vuelo. Angel tironeó de Yu una vez más.

—Hora de irse, viejo.

—¡Y una mierda!

De improviso, haciendo gala de una fuerza asombrosa, Yu se zafó y salió corriendo en dirección a la planta de tratamiento de aguas, tambaleándose, sin que las manos inmovilizadas aún a la espalda le impidieran buscar con absoluta determinación el edificio del que huían los últimos de sus compañeros.

Angel intercambió una miradita afligida con Reyes.

Cochino abnegado. Más terco que una mula, el muy chupatintas, hasta el final.

—¡Nos tenemos que ir! —gritó Reyes—. Como los zonales se presenten aquí con sus chopperes, acabaremos intercambiando balazos, y entonces sí que los federales van a darnos por culo. Para según qué cosas no se andan con hostias, y las acciones de guerra entre estados definitivamente son una de ellas. ¡Hay que salir de aquí!

Angel siguió con la mirada a Yu, que continuaba batiéndose en retirada.

—¡Dame un momento!

—¡Medio minuto!

Angel respondió a las palabras de Reyes con un gesto de contrariedad y emprendió la persecución de Yu.

Los chopperes continuaban despegando a su alrededor, elevándose como hojas sacudidas por el abrasador viento del desierto. Atravesó un torbellino de polvo y tierra a la carrera, con los ojos entrecerrados frente a los agujonazos de la arena que volaba en todas direcciones.

Alcanzó a Yu en la puerta de la depuradora.

—Eres cabezota, eso hay que reconocerlo.

—¡Suéltame!

En vez de eso, lo que hizo Angel fue derribarlo con todas sus fuerzas. El impacto dejó a Yu sin aliento, y Angel aprovechó su parálisis para inmovilizarle los tobillos con otra cintilla.

—¡Que me sueltes, joder!

—En circunstancias normales —gruñó Angel mientras se lo cargaba al hombro, como haría un bombero que intentara rescatar a alguien atrapado en un edificio—, te trocearía como a un cerdo y me olvidaría del tema. Sin embargo, como estamos haciendo esto de forma legal y a la vista de todos, esa opción queda descartada. Pero no me provoques. En serio. —Dirigió sus tambaleantes pasos hacia el único chopper que quedaba.

Los últimos operarios de la planta de tratamiento de aguas de Carver City estaban terminando de montar en sus vehículos para alejarse de las instalaciones a toda velocidad entre inmensas nubes de polvo. Como ratas abandonando el proverbial barco que se hunde.

Reyes fulminó a Angel con la mirada.

—¡Date prisa, cojones!

—¡Ya estoy aquí! ¡Nos largamos!

Angel soltó a Yu dentro del helicóptero. Despegaron con Angel encaramado a uno de los patines del tren de aterrizaje, desde el que consiguió llegar al interior del vehículo arrastrándose.

Gupta, de nuevo en su puesto en el nido de ametralladoras, comenzó a abrir fuego mientras Angel se abrochaba el cinturón de seguridad. Las estadísticas del asalto iluminaron el visor militar de Angel, que se asomó a la puerta abierta mientras el software de inteligencia militar dividía la planta de tratamiento de aguas en porciones: torres de depuración, bombas, suministro eléctrico, generadores de emergencia...

Los cañones de los chopperes escupían una andanada de misiles tras otra, silenciosos arcos de fuego que surcaban el aire antes de enterrarse, entre estampidos atronadores, en las entrañas de la infraestructura hidráulica de Carver City.

La noche se pobló de hongos flamígeros que bañaron el desierto de naranja, iluminando las negras siluetas de los chopperes que, como langostas en suspensión, no dejaban de bombardear las instalaciones.

Simon Yu, impotente a los pies de Angel e incapacitado para evitar la devastación, vio cómo desaparecía su mundo, engullido por gigantescas columnas de

fuego.

A la oscilante luz de las explosiones, Angel distinguió las lágrimas que surcaban el rostro del hombre. Agua salobre que le desbordaba los ojos, tan elocuente a su manera como el sudor de cualquiera: Simon Yu lloraba por el lugar que tan desesperadamente había intentado salvar. El muy cabrón tenía hielo en la sangre, eso seguro. Quizá aparentara otra cosa, pero sí que tenía hielo.

Lástima que no le hubiera servido de nada.

«Es el fin del mundo», pensó Angel mientras los misiles continuaban aporreando la planta de tratamiento de aguas. «El puñetero fin del mundo.»

Y pisándole los talones a ese pensamiento, por generación espontánea, apareció otro.

«Supongo que eso me convierte en el diablo.»

## 2

El sonido de la lluvia despertó a Lucy. Una bendición, aquel repiqueteo tan delicado. Por primera vez en más de un año, su cuerpo se relajó.

La liberación de tensión se produjo tan de repente que, por un momento, se sintió como si estuviera llena de helio. Liviana. Toda la tristeza y el horror se desprendieron de su figura como la piel de una serpiente, demasiado ceñida, seca y resquebrajadiza para seguir conteniéndola, y se levantó.

Sintiéndose renovada, limpia y más ligera que el aire, se le escapó un sollozo de alivio.

Hasta que terminó de despertarse del todo y vio que no era la lluvia lo que acariciaba las ventanas de su hogar, sino el polvo, y la insoportable carga que era su vida se volvió a abatir sobre ella con todo su peso.

Se quedó tumbada en la cama, temblando de rabia por el espejismo que había sido su sueño. Enjugándose las lágrimas.

La arena rompía contra los cristales en un ejercicio de desgaste imparable.

El sueño le había parecido tan real: las fuertes precipitaciones, la suavidad del aire, la fragancia de las plantas en flor. Sus poros sellados y las compactas arcillas del desierto se abrían de par en par para recibir aquel regalo, la tierra y su cuerpo, absorbiendo el milagro del agua que caía del cielo. El agua de Dios, la llamaban los pioneros americanos durante su paulatina invasión de las praderas del Medio Oeste, antes de internarse en los áridos territorios que limitaban con las montañas Rocosas.

El agua de Dios.

Agua que caía por voluntad propia, directamente del cielo.

En su sueño había sido tan sutil como un beso. Cataratas de bendición y absolución cuyas fuentes bebían del mismísimo paraíso. Y ahora todo se había desvanecido. Lucy tenía los labios rotos y agrietados.

De una patada, se quitó de encima las sábanas empapadas de sudor y se asomó a la calle. Las pocas farolas que las bandas todavía no habían destrozado a disparos se erguían como lunas mortecinas, embozadas en una neblina rojiza. La tormenta se intensificaba a ojos vista, sumiéndolas en la oscuridad, sustituyéndolas por la mancha residual de fulgores imaginados en la retina. La luz que se iba del mundo... Lucy pensó que debía de haber leído eso en alguna parte, no sé qué antigua leyenda cristiana. La muerte de Jesucristo, a lo mejor. La luz que se iba, para no regresar.

«Cristo se apaga y la Santa Muerte se enciende.»

Lucy volvió a la cama y se estiró encima del colchón, escuchando los vientos que azotaban la noche. Fuera, en alguna parte, un perro aullaba pidiendo cobijo. Callejero, seguramente. Estaría muerto por la mañana, otra víctima más de la Sequía Padre.

Sonó un gemido procedente de debajo de la cama, como un eco de las súplicas del exterior: Sunny, encogido y tiritando por culpa de los cambios en la presión

atmosférica.

Lucy volvió a salir de la cama, a regañadientes, y fue a llenar un plato con el agua de su dispensador. Comprobó el nivel de forma automática, sabiendo sin necesidad de ver ningún número que todavía le quedaban setenta y cinco litros, pero, al mismo tiempo, incapaz de no echarle una ojeada al pequeño contador LED y confirmar su recuento mental.

Se puso en cuclillas junto a la cama y empujó el plato hacia el perro.

Sunny se quedó observándola desde la profundidad de las sombras, con cara de pena. No quiso salir a beber.

Si Lucy fuera supersticiosa, sospecharía que el desgredado pastor australiano sabía algo que ella ignoraba. Que presentía algo malévolo flotando en el aire, tal vez, o que oía el batir de las alas del diablo sobre sus cabezas.

Los chinos creían que los animales eran capaces de predecir los terremotos. Los empleaban para anticiparse a las catástrofes naturales. En cierta ocasión, los comunistas de la antigua China llegaron a evacuar a unas noventa mil personas de la ciudad de Haicheng antes de que un terremoto de gran intensidad la arrasara, adelantándose en varias horas al desastre. Salvando innumerables vidas porque confiaban en que los animales sabían cosas que los seres humanos desconocían.

Esto se lo había contado a Lucy uno de los biotectos que trabajaban en Taiyang International. Según él, la anécdota ilustraba a la perfección el porqué de que los chinos vieran el mundo con tanta claridad y pudieran planificar sus pasos en consecuencia, debido a lo cual su país hacía gala de una capacidad de adaptación extraordinaria en comparación con esta versión rebelde e indómita de Estados Unidos a la que lo habían destinado.

Cuando un animal hablaba, era aconsejable prestarle atención.

Sunny se acurrucó bajo la cama con el pelaje estremecido por los temblores que lo atenazaban, emitiendo un incesante gañido plañidero, apenas audible.

—Sal de una vez, hombre.

Ni se inmutó.

—Venga ya, que la tormenta está fuera, no dentro de casa.

Nada.

Lucy se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, sosteniéndole la mirada. Por lo menos las baldosas estaban fresquitas.

¿Por qué no dormía directamente en el suelo, por cierto? ¿Para qué se molestaba en echarse en la cama durante el verano, con su sábana y todo? O en primavera y en otoño, ya puestos.

Lucy se tumbó boca abajo sobre las baldosas de barro, presionando contra el frío con toda su piel. Estiró los brazos bajo la cama en dirección a Sunny.

—No pasa nada —murmuró, deslizando los dedos por el pelaje del animal—. Ea, ea. Ya está. No pasa nada.

Intentó obligarse a calmar los nervios, pero el desasosiego no dejaba de



provocarle escalofríos que hormigueaban bajo su piel. Un presentimiento incómodo, insistente.

No era de extrañar que el perro prefiriera quedarse debajo de la cama.

Por mucho que Lucy intentara convencerse de que Sunny estaba loco, en el fondo su cerebro reptiliano la impelía a fiarse del instinto del can.

Había algo ahí fuera, algo siniestro y voraz, y Lucy no lograba sacudirse de encima la sensación de que aquel algo espantoso estaba volcando toda su atención sobre ella; sobre ella, sobre Sunny y sobre el modesto islote de seguridad con forma de decrepito refugio de adobe que era su hogar.

Lucy se levantó y comprobó los cerrojos de todas las puertas, hasta los de la sala antipolvo.

«Estás volviéndote paranoica.»

Sunny volvió a gimotear.

—Que te calles ya, hombre.

El sonido de su propia voz la dejó preocupada.

Dio otra vuelta de reconocimiento por la casa para cerciorarse de que todas las ventanas estuvieran selladas. La sobresaltó su reflejo en la de la cocina.

«¿No la había dejado tapada?»

Tiró del visillo guatemalteco para cubrir el cristal, medio esperando que al otro lado, en la oscuridad, apareciera algún rostro de un momento a otro. Era absurdo y supersticioso pensar que pudiera haber alguien espiándola ahí fuera, en medio de aquella tormenta, pero así y todo decidió ponerse unos vaqueros; no se sentiría tan expuesta con algo de ropa encima. Pese a notarse ya un poco menos desprotegida, siquiera psicológicamente hablando, renunció por completo a seguir durmiendo. De ninguna manera conseguiría volver a conciliar el sueño. No con esa ansiedad fruto de la tormenta deslizándole sus sarmentosas zarpas entre las paletillas.

«Debería ponerme a trabajar, ya que estamos.»

Lucy abrió el portátil y dejó que el panel táctil escaneara sus huellas dactilares. Introdujo las contraseñas mientras el vendaval continuaba azotando su hogar. El nivel de las baterías domésticas era demasiado bajo para su gusto. En teoría tenían veinte años de garantía, pero Charlene siempre estaba venga a decirle que eso eran chorradas. Lucy tan solo esperaba que el amanecer se llevara la tormenta lejos de allí, así podría desplegar las placas solares y recargarlas.

Sunny emitió otro gañido.

Lucy no le hizo caso y entró en sus rastreadores de ingresos.

Había publicado un reportaje nuevo, con fotografías originales de Timo. Las imágenes hablaban por sí solas, la verdad: un camión cargado de enseres y objetos personales, hundido en el polvo hasta los ejes, fracasando miserablemente en su intento por alejarse de Phoenix. Lo último en pornografía del colapso. El reportaje estaba circulando por toda la red, acumulando enlaces, miradas e ingresos, pero a Lucy le sorprendió descubrir que no había obtenido la repercusión que esperaba.

Revisó los agregadores de noticias en busca de algo que explicara por qué su cuota de atención no terminaba de despegar. Había ocurrido algo a orillas del río Colorado: un tiroteo o un atentado.

#CarverCity, #RíoCo #HelicópterosNegros...

Los grandes grupos informativos ya estaban sobre la pista. Lucy reprodujo uno de los primeros vídeos que encontró y se topó con un responsable municipal de la gestión del agua despotricando contra Las Vegas. Lo habría tomado por un lunático si no fuera por los escombros y las llamas que servían de telón de fondo a sus declaraciones y prestaban credibilidad a la teoría de que Las Vegas se había puesto seria y había entrado a matar con sus cuchillos de agua, repartiendo tajos a diestro y siniestro.

El alopécico hombrecillo estaba farfullando algo así como que los guripas de Nevada, tras secuestrarlo, lo habían abandonado en mitad del desierto para que volviera a patita a las ruinas de su propia planta de tratamiento de aguas.

«¡Fue obra de Catherine Case! ¡Se ha limpiado el culo con nuestra apelación! ¡Tenemos derechos!»

«¿Interpondrá alguna denuncia?»

«¡Pues claro que sí, pienso ponerle una demanda que se va a enterar! Esta vez se ha pasado.»

Cada vez eran más las páginas que se hacían eco de la noticia. Los medios y algunas de las personalidades más prominentes de Arizona se dedicaban a aporrear los tambores de la indignación regional, traduciendo las imágenes del campo de batalla en visitas e ingresos publicitarios al tiempo que alimentaban la llama del odio interestatal. El caudal de ingresos continuaría aumentando conforme las secciones de comentarios se desbordaran y la gente volcase la noticia en las redes sociales.

Lucy dejó la historia marcada en sus rastreadores, pero entre la tormenta y la distancia ya se le había escapado la oportunidad de llevarse ningún mérito ni hacer gran cosa aparte de ir a rebufo de los demás correveidiles.

Introdujo la noticia en sus agregadores de todos modos, siquiera para que sus lectores supieran que estaba al corriente del despanzurramiento de Carver City, y se concentró en sus fuentes principales a la caza de cualquier posible indicio que flotase a la deriva en el tumultuoso mar de los medios sociales, historias a las que poder echarles el guante antes que nadie y reclamar para sí sola.

Encontró decenas de comentarios nuevos, con la etiqueta #PhoenixAlCarajo:

Hoy tendría que haberme ido otra vez, pero no me deja esta asquerosa tormenta. #Depresión #PhoenixAlCarajo

Cómo saber que has tocado fondo: beberte lo meado  
mientras te imaginas que es agua mineral.  
#PhoenixAlCarajo #VivaElClearsac

¡Conseguido! ¡Nos vamos al norte! #LoteríaDelRC  
#QueOsDen

Chopperes en el cañón. ¿Sabe alguien de quiénes son?  
#RíoCo #HelicópterosNegros

¡Todavía los tengo al otro lado de la puerta! ¡¡¿Dónde está  
la puta caballería?!! @PhoenixPD

No toméis la ruta 66. #MiliciaCali #EnjambreDeDrones  
#MM16

¿WTF? ¿Desde cuándo está cerrado el bar de Samm?  
#NecesitoUnTrago #PhoenixAlCarajo

Foto: cartel de RENACE PHOENIX empapelado de  
Clearsac. LOL. #PhoenixAlCarajo #PhoenixConElArte  
#RenacePhoenix

Llevaba años siguiendo a los residentes de Phoenix, sus etiquetas y sus comentarios. El barómetro demoscópico de la implosión de la ciudad. Ecos virtuales de un desastre físico y natural.

Phoenix, en su imaginación, se había convertido en una dolina cuyas inclinadas paredes lo atrapaban todo, edificios, vidas, calles e historia, arrastrándolo y precipitándolo hacia las voraces fauces de la catástrofe. Los saguaros vencidos por su propio peso, las subdivisiones territoriales, incluso la mismísima arena: todo acabaría desapareciendo.

Y Lucy pensaba estar allí, merodeando por las inmediaciones del abismo, para documentarlo.

Sus detractores la acusaban de no ser más que otra pornógrafa del colapso, y cuando tenía el día malo lo cierto era que les daba la razón: nada más que otra correveidile sedienta de escenas truculentas, como los buitres que se abalanzaron sobre Houston después del Cat 6, o como las sensacionalistas imágenes de un Detroit en las últimas, engullido por la naturaleza. Pero el resto del tiempo a Lucy le daba la impresión de que lo que hacía, más que erotizar el declive de una ciudad, era excavar en el futuro mismo que se abría a sus pies. Como diciendo: «Así somos. Así va a ser nuestro fin. Solo queda una salida, y la vamos a tomar todos».

Cuando llegó a la ciudad, periodista novata como era, nunca le pareció que nada de aquello fuera especialmente personal. Por aquel entonces todavía contaba chistes que denigraban a los zonales, disfrutando de la abundancia de noticias fáciles y de las microtransacciones que estas le reportaban. Dinero rápido merced al afán voyerista que impulsaba el mayor número de visitas.

#Clickbait

#PornografíaDelColapso

#PhoenixAlCarajo

Los residentes de Phoenix y sus suburbios eran los nuevos tejanos, esos ingenuos adoradores de Merry Perry, y tanto Lucy como sus colegas de la CNN, de Xinhua, del *Kindle Post*, de la Agence France-Presse y del *Google/New York Times* accedían encantados a seguir alimentando el cadáver. El país había visto cómo Texas se hacía pedazos, así que todo el mundo sabía de qué iba la cosa. Phoenix era como Austin, solo que más grande, más peor y más todo.

Así funcionaba el colapso 2.0: Negación, Colapso, Resignación, Refugiados.

Lucy estaba en el lugar indicado para ver cómo los zonales se estampaban contra la pared, en primer plano y con todo lujo de detalles. Para practicarle la autopsia al fiambre con un microscopio de alta resolución en una mano y una Dos Equis bien fría en la otra.

#MejorEllosQueNosotros

El caso es que luego había conocido a unos cuantos zonales. Había echado raíces en la ciudad. Había ayudado a destripar la casa de su amigo Timo, arrancando las tuberías y los cables de las paredes, como quien deshuesa un cadáver.

Habían quitado las ventanas del edificio como si quisieran arrancarle los ojos, dejándolo ciego frente a los también desfigurados hogares del otro lado de la calle, y había relatado toda la experiencia: una residencia familiar que, tres generaciones después, había perdido todo su valor porque el agua del suburbio se había secado y Phoenix les había denegado un enganche.

#PornografíaDelColapso pura y dura, solo que ahora Lucy formaba parte del reparto junto con Timo, su hermana Amparo y su hijita de tres años, la cual no paró de llorar ni un segundo, desconsolada, mientras los adultos destrozaban el único hogar que había conocido en su vida.

Sunny volvió a lamentarse debajo de la cama.

—Pasaré —lo consoló Lucy, distraída, antes de preguntarse si sería verdad.

La gente del tiempo decía que podría batirse el récord de tormentas de polvo. Ya se habían registrado sesenta y cinco, hasta ahora, y había más en camino.

Pero ¿y si las tormentas no tuvieran límite?

Todos los meteorólogos hablaban como si los récords pudieran establecerse y romperse sin más, como si se pudiera discernir una pauta. En los partes se utilizaba la palabra «sequía», pero si se producía una «sequía» era porque la «sequía» también se podía acabar. Era un fenómeno pasajero, no algo habitual.

Cabía la posibilidad, sin embargo, de que estuvieran abocados a vivir inmersos en

una tormenta continua, azotados permanentemente por el polvo, el humo de los incendios y la sequía, sin más récord a batir que el de los días seguidos que llevaran sin tan siquiera entrever el sol.

La pantalla de Lucy se iluminó al dispararse una notificación. El escáner con el que escuchaba las emisoras de la policía se activó a su vez, con un crepitar de voces entremezcladas. Había algo en ellas que le daba mala espina. Algo que también se reflejaba en los agregadores de las redes sociales.

@Hilton6 se ha infestado de polis. Seguro que ha muerto alguien.  
#PhoenixAlCarajo

Estaban llamando refuerzos.

Aquello no iba de ninguna prostituta o empleada de la fábrica de paneles fotovoltaicos a la que alguien hubiera violado antes de deshacerse de ella en el fondo de alguna piscina reseca. Aquello iba de alguien importante. Alguien de quien ni siquiera el Departamento de Policía de Phoenix podía pasar.

Alguien con gancho.

Lucy suspiró, lanzó una última mirada de envidia a Sunny, que seguía escondido bajo la cama, y apagó el ordenador. Aunque no pudiera acercarse hasta Carver City, eso estaba demasiado a mano para dejarlo correr, con tormenta o sin ella.

Una vez en la sala antipolvo, se puso una mascarilla con filtro y unas gafas de seguridad, modelo Desert Adventure Pro II, todo ello de REI; el equipo de protección era un regalo que le había hecho su hermana Anna el año anterior. Aspiró una última bocanada de aire limpio y se zambulló en la tormenta, con la cámara recubierta de plástico para evitar cualquier desperfecto.

El viento intentó arrancarle la piel a tiras mientras corría hacia donde recordaba haber dejado la camioneta aparcada. Hubo de bregar con la manija de la puerta, forzando la vista en la oscuridad, antes de conseguir que se abriera. La cerró de golpe a su espalda y se quedó sentada un momento, encorvada, notando los martilleos del corazón en su pecho mientras el viento zarandeaba el vehículo.

La arena siseaba contra el cristal y el metal.

Al encender el motor se materializó un remolino de motas de polvo en el interior de la camioneta, un velo rojizo frente al resplandor de los pilotos del tablero de mandos. Aceleró, intentando recordar cuándo había cambiado los filtros de las tomas por última vez, esperando que no se ahogase y se apagara. Activó los proyectores para la arena y comenzó a circular, traqueteando por la calzada plagada de baches más por intuición que porque realmente pudiera ver nada.

Conducir resultaba poco menos que imposible, aun con los enormes proyectores para la arena refulgiendo en la parte baja de la camioneta. Frente a ella, una muralla de polvo arremolinado engullía la carretera. Pasó junto a varios vehículos cuyos conductores habían decidido aparcar y esperar a que amainase. Gente más lista que

ella.

Lucy continuó avanzando despacio, recorriendo las callejuelas centímetro a centímetro, preguntándose para qué se molestaba siquiera, si sabía que con semejante tormenta sería imposible sacar una foto decente, pero impelida a continuar a pesar de todo, aunque los vientos amenazaran con sacar la Ford de la calzada. Persistió en su empeño de seguir por los bulevares de seis carriles de Phoenix, las optimistas y vacías avenidas de una cultura automovilística tan cubierta ahora de polvo que los vehículos desfilaban en fila india entre las dunas, pegados a los faros traseros del de delante mientras sorteaban los altozanos de una ciudad devorada por el desierto.

Divisó al fin el tenue parpadeo de las luces de una torre de pisos, el resplandor centinela del Hilton 6, y los destellos aún más intensos del alumbrado de construcción de la creciente Arcología Taiyang, la monstruosidad a medio nacer que se cernía sobre todo cuanto había en Phoenix.

En medio de la polvorienta neblina, los andamios de la Taiyang relucían como un esqueleto espectral.

Lucy subió la camioneta a lo que le pareció que era una acera y aparcó sin apagar las luces, con las de emergencia parpadeando. Sacó la linterna frontal de la guantera y empujó contra la puerta, obligándola a abrirse pese a la resistencia del viento huracanado.

Mientras caminaba, recortada contra el resplandor de sus propios faros, encontró varias bengalas esparcidas por la carretera. Siguió la ristra de destellos de magnesio hasta que, frente a ella, de la oscuridad surgieron unas siluetas humanas. Hombres y mujeres de uniforme, con los haces de sus linternas ondeando vigorosamente a su alrededor, estroboscópicas las luces rojas y azules de sus coches patrulla.

Lucy se acercó un poco más, con su respiración atronando en los oídos, empapada la mascarilla sobre su rostro a causa de la humedad de sus pulmones, abriéndose paso entre los policías que, en vano, pugnaban por evitar que el vendaval barrierá el escenario del crimen.

Los ríos de sangre y polvo se entremezclaban en el bulevar, un fluctuante yermo de asesinato en miniatura, embarrado y coagulado.

La linterna frontal de Lucy iluminó un par de cadáveres. «Más fiambres, eso es todo», pensó, hasta que la luz incidió sobre uno de los rostros, enmascarado por las postillas de sangre y polvo, y enterrado casi por completo bajo una montaña de arena.

Se quedó sin respiración.

La marabunta de agentes y sanitarios rugía a su alrededor, pero todos estaban ocupados enfrentándose a la tormenta, esforzándose por ver algo tras las mascarillas y los filtros aprobados por el ayuntamiento. Lucy continuó aproximándose, intentando demostrarse a sí misma que las pesadillas no se habían hecho realidad y campaban a sus anchas. Sin embargo, aunque sus ojos hubieran desaparecido de las órbitas, lo reconoció de inmediato.

—Ay, Jamie —susurró—. ¿Qué haces tú aquí?

Una mano se cerró sobre su hombro.

—¿Y usted qué hace aquí? —gritó el policía, amortiguada su voz por la arena en suspensión y la mascarilla con filtro.

Sin esperar respuesta, tiró de ella hacia atrás.

Lucy apenas forcejeó antes de dejarse arrastrar al otro lado de la cinta de balizamiento, que no paraba de restallar y ondear conforme la desenrollaban:

CAUTION - CUIDADO - 危険 -  
CAUTION - CUIDADO - 危険 - CAUTION

La misma advertencia que ella le había reiterado a Jamie hacía apenas unas semanas, en el mismo bar del Hilton 6 donde ahora todo el mundo pegaba la cara a los cristales para no perderse ni un detalle de lo que ocurría con su cadáver, tirado ahí fuera, en esa calle azotada por la arena.

De cuánta confianza en sí mismo había hecho gala en aquella ocasión.

Estaban tomando algo en el bar del Hilton 6: Lucy, cochambrosa después de toda una semana sin ducharse; Jamie, tan acicalado que prácticamente brillaba en la oscuridad. Las uñas, arregladas. El cabello rubio, lustroso en vez de lacio y grasiento como el de ella, rebozado de arena por culpa del desierto que serpenteaba por las aceras justo al otro lado de las ventanas panorámicas.

Jamie podía permitirse el lujo de darse todas las duchas que quisiera. Le gustaba alardear de ello.

Mientras el camarero agitaba algo verde y helado en una copa de martini, la coctelera plateada repiqueteaba al son de las calaveras de oro que ensortijaban sus dedos morenos.

Los anillos le habían llamado la atención a Lucy, que levantó la vista de ellos para tropezarse con los ojos oscuros del barman, cuya mirada le informaba alto y claro de que, si no fuera por la atildada presencia de Jamie, hacía tiempo que ya la habría largado de allí. Incluso los trabajadores temporales tenían el detalle de asearse antes de bajar a la barra para ahogar el recuerdo de la agotadora jornada laboral. Por el aspecto que ofrecía, cualquiera habría podido confundir a Lucy con alguna refugiada tejana.

Jamie estaba contándole algo.

—Me refiero a que John Wesley Powell lo vio venir allá por 1850. Que no es que nadie nos lo hubiera advertido, vamos. Si el cabrón aquel pudo sentarse a orillas del Colorado hace ciento cincuenta años y darse cuenta de que allí no había agua para cubrir todas nuestras necesidades, lo lógico sería pensar que a nosotros también se nos podría haber ocurrido.

—Por aquel entonces no éramos tantos.

Los fríos ojos azules de Jamie la observaron de soslayo.

—Pues ahora vamos a ser todavía menos.

A sus espaldas, el murmullo de las conversaciones en voz baja de los trabajadores temporales y los observadores de Naciones Unidas se mezclaba con los surrealistas acordes de una composición fúnebre finlandesa. La USAID. El Ejército de Salvación. Especialistas en sequías de la Media Luna Roja. Médicos Sin Fronteras. La Cruz Roja. Y más: inversores financieros chinos de la Taiyang, aventurándose fuera de su arcología para visitar los barrios bajos. Ejecutivos de Halliburton e Ibis, encargados de realizar prospecciones de agua, insistiendo en que solo necesitaban que Phoenix aflojara la mosca para hidrofracturar los acuíferos hasta convertirlos en manantiales. Guardias de seguridad privados, tanto de servicio como de permiso. Burócratas de los narcos. Un puñado de ricachones refugiados de Merry Perry, cuchicheando con los coyotes que habrían de transportarlos al otro lado de los últimos controles fronterizos y conducirlos al norte. Una exótica combinación de almas lastimadas, corazones rotos y depredadores para los que las regiones más devastadas del mundo constituían su hábitat natural. Masilla humana en las grietas de la catástrofe.

—Buitres carroñeros —declaró Jamie, como si le hubiera leído el pensamiento—. Hasta el último de ellos.

Lucy bebió un sorbo de cerveza y presionó el vaso contra su mejilla encostrada de polvo, saboreando el frescor.

—No hace muchos años habrías dicho lo mismo de mí.

—No. —Jamie continuaba observando a los buitres—. Era inevitable que acabases aquí. Eres de los nuestros. Otra ilusa que se niega a ver adónde nos dirigimos. —Levantó el vodka en un brindis a su salud.

—Qué va, si adónde nos dirigimos está clarísimo.

—¿Entonces por qué te quedas?

—Porque aquí hay más vidilla.

Sus palabras consiguieron que a Jamie se le escapara la risa, un ladrido cargado de cinismo que reventó de golpe la plácida burbuja de penumbra y quietud en el bar, sobresaltando a unos clientes que únicamente fingían estar relajándose.

—Aquí uno solo puede vivir de verdad cuando se encuentra a las puertas de la muerte. Antes no hay nada que merezca la pena. Hundido en la mierda hasta el cuello, así es como se aprende a apreciar lo que es bueno.

Permanecieron un rato en silencio, hasta que Jamie añadió:

—Sabíamos que todo iba a irse a tomar por culo y preferimos quedarnos de brazos cruzados, a verlas venir. Deberían darnos un premio, por gilipollas.

—Quizá intuyéramos algo, pero teníamos fe en que no fuera tan grave —sugirió Lucy.

—«Fe», dice —resopló Jamie—. Ponme mil crucifijos en fila, que enseguida los beso. Fe de los cojones. —Al cabo, con resentimiento—: La fe es para Dios. Para el amor. Para la confianza. Tengo fe en ti. En el amor que sientes por mí. —Enarcó una ceja—. En que Dios nos está mirando ahora mismo, descojonándose.

Se tomó un trago de vodka, con la varita de martini apretada entre los dedos,



agitando la copa sobre la barra con gesto ausente mientras veía cómo las aceitunas daban más y más vueltas.

—La fe nunca ha pintado nada en todo esto. ¿Crees que alguien como Catherine Case de Vegas tiene fe en algo? Esto iba de fijarse bien y saber ver las cosas. Información pura. Si no tienes fe en la información, la contrastas. —Hizo una mueca—. Si tuviera que señalar el momento exacto en que la cagamos del todo, sin remisión, sería cuando decidimos que la información era algo en lo que se podía creer o dejar de creer.

Abarcó con un gesto la polvorienta avenida que se extendía tras las ventanas: un grupo de angustiadas bangbang tejanas intentaba atraer la atención de los vehículos que desfilaban frente a ellas con parsimonia, ocupados por juerguistas barriobajeros de California y pentas de la arcología que se dedicaban a deshojar la margarita de la desesperación.

—En vez de concentrarnos en realizar pruebas y confirmar los resultados, lo redujimos a una cuestión de «fe». Putos Merry Perry, rezando para que llueva —resopló—. No me extraña que los chinos nos la estén metiendo hasta atrás.

Volvió a quedarse callado un momento antes de continuar:

—Estoy harto de fingir que existe una salida. Estoy harto de llevar a juicio a insignificantes garrapatas de agua por meter sus bombas en nuestros acuíferos, y estoy harto de defender a unos idiotas de mierda.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Un destello iluminó los ojos azules de Jamie cuando la miró.

—Por supuesto.

—Gilipollices —se rio Lucy—. Estás metido en esto hasta el cuello, como todos.

—¿Zonal de vida? ¿Te refieres a eso?

—Si lo soy hasta yo, tú ya ni te cuento.

Jamie observó de reojo las demás mesas, se arrimó a Lucy un poco más y bajó la voz.

—¿En serio te piensas que voy a quedarme aquí? ¿Que voy a seguir trabajando para Agua de Phoenix o el Proyecto del Río Salt con la esperanza de que sean capaces de velar por mis intereses?

—¿Por qué no, te va a contratar alguien más? ¿Has recibido alguna oferta de la AASN o de San Diego?

La mirada que le lanzó Jamie denotaba su desilusión.

—¿Te refieres a un empleo? ¿Crees que lo que quiero es cambiar de trabajo? ¿Como si estuviera dispuesto a dejarme comprar por el Departamento de Recursos Naturales de California o algo por el estilo? ¿Te piensas que aspiro a representar los intereses legales de otra agencia hidrográfica? No tengo la menor intención de pasarme toda la vida enterrado bajo un montón de papeles.

—Lo que no tienes es otra elección. No veo yo que haya mucha gente ofreciendo billetes de avión para escapar de Arizona.

—¿Sabes, Lucy? A veces pienso que eres la persona más inteligente que conozco, pero entonces vas y sueltas cosas como esa, y me pregunto cómo es posible que seas tan lerda. No ves más allá de tus narices.

—¿Te había dicho ya que eres la simpatía personificada?

—Pues no.

—Mejor. Porque sería mentira.

Jamie, sin embargo, ni siquiera se dio por aludido. Lucía la exasperante sonrisa de un profeta que estuviera convencido de conocer hasta el último entresijo del paraíso, lo cual consiguió que Lucy se pusiera nerviosa, siquiera de forma subliminal, mientras seguían bebiendo e intercambiando puyas inofensivas.

Era la misma sonrisa que había visto cincelada en el rostro de los predicadores de las tiendas de congregación mientras les preguntaba qué los llevaba a pensar que Dios fuese a concederles la lluvia por la que rogaban cuando todas las predicciones meteorológicas anunciaban menos precipitaciones, no más.

«La lluvia anda cerca», decían, con gesto de complicidad. «La lluvia anda cerca.»

Ellos sí que sabían cómo funcionaba el universo. Habían desentrañado todos los secretos de Dios. Y ahora Jamie también, por lo visto.

—¿Qué tienes? —preguntó Lucy, desconfiada.

—¿Y si te dijera que he descubierto la manera de romper el Pacto del Río Colorado?

—Pensaría que me tomas por gilipollas.

—¿Cuánto estarías dispuesta a pagar con tal de acabar en la cima? —insistió Jamie.

Lucy se detuvo con la cerveza a medio camino de los labios.

—¿Hablas en serio?

—Serio de cojones. ¿Y si te concediera unos derechos sénior con los que podrías presentarte ante el mismísimo Tribunal Supremo? Derechos que los federales defenderían a capa y espada, te lo aseguro. Sin hostias. Nada de «él ha dicho», «ella ha dicho», nada de a ver cuánta agua pasa o deja de pasar por las bombas de Vegas, ni de que no sé qué agricultor ha desviado o dejado de desviar quién sabe cuántos metros cúbicos por sus sembrados. Nada de eso. Te hablo de la clase de derechos sobre el agua que podrían hacer que los putos marines se apostaran hasta en el último dique del río Colorado y garantizar que hasta la última gota derramada fuese a parar a tus manos. La clase de derechos que te permitiría hacer lo mismo que California hace siempre con las ciudades. —Jamie la observaba con intensidad—. ¿Qué pensarías de eso? ¿Cuánto estarías dispuesta a pagar por algo así?

—Pensaría que te drogas y no aflojaría ni un miserable yuan. Lo siento, Jamie, pero te conozco. Acuérdate de cómo te empeñaste en follar conmigo únicamente para comprobar si las mujeres valían la pena.

Una sonrisita impenitente afloró a los labios de Jamie.

—Pero ¿y si te hubiera contado la verdad?

—¿Sobre lo de tu orientación sexual o sobre lo de esos supuestos derechos sobre el agua?

—A ver, que fue un experimento de nada.

—Un gilipollas es lo que eres.

—¿No te has preguntado nunca —continuó Jamie, sin dar su brazo a torcer— cómo es posible que a una ciudad como Las Vegas, una ciudad que debería llevar como un millón de años reducida a polvo esparcido por el viento, le vayan tan bien las cosas mientras nosotros correteamos aleteando de acá para allá como pollos sin cabeza?

—Son mil veces más disciplinados que nosotros.

—¡Joder, ya lo creo! Los muy cabrones saben llevar una apuesta, ¿a que sí? Miran sus cartas, esos cero cuarenta kilómetros cúbicos de mierda de agua del Colorado, y se dan cuenta de lo jodidos que están. No van y se engañan, como hicimos nosotros. No intentan marcarse ningún farol, como si tuvieran mejor mano de la que en realidad tienen.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con los derechos de antes?

—Lo que intento explicarte es que aquí todos estamos jugando a lo mismo. — Jamie empezó a desclavar las aceitunas del palillo para comérselas—. Me paso el día rodeado de papeles. Sé de qué van. Desentierro los derechos ocultos. Archivo las mociones. Es lo que hacemos todos. Da igual que estés en California o en Wyoming. En Nevada o en Colorado. Todos estamos a ver hasta dónde podemos llegar sin que los federales se den cuenta y nos echen encima la ley marcial. Y si cuentas con alguien como Catherine Case de tu parte, te irá bien. Mejor que los ineptos de políticos que tenemos aquí, por lo menos. —Dejó de masticar aceitunas y observó a Lucy con expresión intrigante—. Pero ¿y si te dijera que todo el mundo está equivocándose de juego?

—Me gustaría saber a qué te refieres —se exasperó Lucy.

—He encontrado un comodín. —Jamie sonrió, se inclinó hacia atrás y adoptó la expresión de un gato complacido.

—¿Sabes?, hablas como los agentes inmobiliarios de Nueva Orleans.

—Será eso. O será que llevas tanto tiempo estancada en el polvo que ya ni aciertas a ver las cosas con perspectiva.

—Y tú sí.

De nuevo aquella sonrisita desquiciante.

—Ahora sí.

Solo que ahora Jamie era un cadáver tirado en el polvo, con los ojos arrancados de sus cuencas, y lo que fuera que hubiese creído ver con tanta perspectiva ya no existía. Buscó la manera de regresar junto a él, pero los policías estaban tomándose en serio el mantener a los curiosos a raya, y Lucy comenzó a asimilar la realidad de la situación. Recuperando la sensatez a destiempo, como de costumbre.

El cadáver de Jamie no tenía importancia. Los únicos que importaban eran los

vivos: los polis, la lenta procesión de conductores que esquivaban las bengalas, los sanitarios de urgencias, encorvados y con los ojos como platos tras las mascarillas, aguardando a que les dieran permiso para cargar los cuerpos en sus camillas. Los rostros del Hilton 6, pegados al cristal, observándolo todo.

Y entre ellos, en cualquier parte, podría haber alguien que no estuviera atento a la carnicería sino a ella.

Lucy empezó a alejarse, caminando de espaldas. Ese tipo de ejecuciones le sonaba. Lo había visto antes. Todo cuanto lo envolvía, todo lo relacionado con ello era como un bucle que se retroalimentaba sin cesar, convirtiéndose en algo mucho más grande y aterrador.

Se preguntó si la habrían detectado ya, si ya sería demasiado tarde para escapar. Se fue corriendo del escenario del crimen, preguntándose si al fin la ciudad iba a darle caza y devorarla, igual que había devorado a Jamie.

«¿Quién te ha hecho esto, Jamie?», se preguntó mientras huía.

Y luego, lo más importante: «¿Qué les has contado de mí?».

### 3

Un surco de bordes irregulares recorría la cara de la bomba de agua de la Cruz Roja/Camaradería China. Había algún tipo de herramienta hundido en la grieta, desgarrando la fibra de carbono tal como el arado de su padre había desgarrado la tierra de San Antonio en su día, solo que más hondo y con más violencia.

Para Maria constituía un misterio quién había saboteado el surtidor, o qué esperaban conseguir con ello. Hostia puta, pero si el chisme aquel estaba blindado. Había visto rebotar un buldócer contra sus defensas de hormigón. Esto no había quien lo moviera. Había que ser imbécil para intentar hacerle siquiera un rasguño, y sin embargo alguien había puesto todo su empeño.

Vio el precio serigrafiado en la escoriada superficie de plástico:

6,95 \$/litro—4 Y/*gong jin*.

*Gong jin* significaba «litro» en chino. La Y era de «yuan». Cualquiera que viviese en los alrededores de la Arcología Taiyang conocían esa cifra y esa moneda; en primer lugar, porque todos los trabajadores cobraban en yuanes, y en segundo, porque aquella bomba la habían construido los chinos. Para demostrar lo buenos «camaradas» que eran, claro.

Maria se había propuesto aprender algo de chino. Ya sabía contar hasta mil, y también escribir los caracteres. *Yi, er, san, si, wu, liu, chi, ba...* Había practicado la entonación. Estudiaba todo cuanto podía con las tabletas desechables que los chinos repartían entre quienes se las solicitaran.

El precio del litro refulgía en la oscuridad asfixiante, indiferente y azul, borroso por culpa de la cólera humana que había intentado desfigurarle, pero todavía legible a pesar de todo.

6,95 \$/litro.

Siempre que Maria veía la cara mutilada del surtidor, pensaba en la persona que había hecho aquello. Dios mío, pero si esa persona era ella. La poseía la rabia cada vez que contemplaba las frías cifras azules de la bomba. El azar nunca había puesto en sus manos ninguna herramienta que tuviera la menor oportunidad de provocar algún desperfecto, eso era todo. Se necesitaba algo especial para practicar un corte como aquel. No bastaba con un martillo, no. Ni con un destornillador, tampoco. A lo mejor con uno de esos sopletes Yokohama que utilizaban los obreros de la construcción en la Taiyang, cuando su padre aún trabajaba allí.

«Dejan las vigas chorreando, como si estuvieran hechas de agua», le había contado. «Convierten el acero en lava fundida, *mija*. Cuesta creerlo, aunque esté viéndolo uno con sus propios ojos. Te digo que es magia, *mijita*. Magia pura.»

Le había enseñado los guantes especiales que usaba para no cortarse los dedos, de un tejido reluciente que le concedería un segundo y medio antes de que su mano desapareciera envuelta en una nube de humo.

«Magia», había dicho. Ciencia a lo grande. ¿A quién le importaba la diferencia?

Los chinos sabían hacer las cosas a lo grande. Esos cabrones entendían de construcción. Los chinos tenían dinero, podían convertir la magia en realidad y estaban dispuestos a enseñar cómo operaba su tecnología a todo aquel que accediera a deslomarse en sus turnos de doce horas.

Cada mañana, cuando el sol abrasador comenzaba a pintar el firmamento de azul, el padre de Maria volvía junto a ella y le describía los milagros de los que había sido testigo la noche anterior mientras trabajaba en las vigas al aire de la arcología. Le hablaba de las gigantescas impresoras de construcción que producían sólidos con la forma indicada, del chirrido de los moldes de inyección, de las piezas ensambladas que las grúas transportaban al cielo.

Construcción en tiempo real.

Tenían planchas de silicio polivinilo con las que revestían las paredes y las ventanas para generar electricidad. Solo había que extenderlas, como una capa de pintura, y antes de darse uno cuenta el suministro de energía era autónomo. La epidemia de apagones que asolaba Phoenix jamás afectaría a la Taiyang. De ninguna manera. Aquellas personas generaban su propia energía.

Y daban de comer a sus empleados.

«Estoy trabajando en el cielo», decía. «Ya pasó todo lo malo, *mija*. Vamos a salir adelante. Y a partir de ahora vas a ponerte a estudiar chino, ya no hace falta que sigamos yendo hacia el norte. También podemos cruzar el océano. Los chinos... construyen cosas. Cuando acabe este encargo podremos ir a donde queramos.»

Aquel había sido su sueño. Papá estaba aprendiendo a cortar todo lo que se le pusiera por delante, y pronto sería capaz de traspasar las barreras que los atrapaban en Phoenix. Se abrirían paso a través de Vegas, o California, o Canadá. Diablos, surcarían el océano hasta Chongqing o Kunming, si hacía falta. Papá trabajaría en los inmensos diques del Mekong y el Yangtsé que abastecían de agua a los chinos. Iba a «construir cosas». Nada podría detenerlo con las nuevas habilidades que estaba aprendiendo: ni las vallas, ni los controles fronterizos de los guripas californianos, ni todas aquellas estúpidas leyes que regulaban el paso de un estado a otro y decían que uno debía quedarse en las zonas de ayuda humanitaria y perecer de inanición en vez de ir a donde Dios todavía dejaba caer el agua del cielo.

«Los sopletes Yokohama atraviesan lo que haga falta», decía, chasqueando los dedos. «Como mantequilla.»

Así que quizá fuera uno de aquellos oxicortadores lo que habían usado con el surtidor de la Cruz Roja. Pero ni siquiera esa herramienta les había conseguido un solo trago.

Uno podía abrirse paso hasta China, a lo mejor, pero obtener un vaso de agua fría en Phoenix era imposible.

Maria se preguntó qué precio habría impulsado a aquella persona a ir tras la bomba.

¿Diez dólares el litro?

¿Veinte?

O quizá no fueran más que 6,95 \$, como ahora, solo que para esas personas los 6,95 \$ les habrían parecido como el primer porrazo en los dientes propinado por la policía de Phoenix: algo sencillamente inaceptable. Quizá aquellas personas de antaño ignoraban que 6,95 \$ era el precio más asequible que iban a ver en sus vidas, por siempre jamás. Quizá no supieran que deberían estar considerándose afortunadas en vez de intentando perforar el surtidor.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó por quinta o sexta vez Sarah.

—Tengo una corazonada —dijo Maria.

—Ya, bueno —resopló Sarah—, pues yo estoy que me caigo.

Se tapó la boca con las manos para disimular una tos. La tormenta de la noche anterior le había dejado los pulmones peor que de costumbre, con todas aquellas motas de polvo obturando hasta el último callejón sin salida de sus vías respiratorias. Volvía a expectorar una mezcla de mocos y sangre. Esta última, de un tiempo a esa parte, estaba convirtiéndose en algo tan habitual que ya ni siquiera hablaban de ella.

—Quiero ver si pasa algo —murmuró Maria, sin apartar la vista en ningún momento de aquel precio irrecuperable.

—¿Es igual que cuando soñaste con aquel incendio y con un hombre que salía por su propio pie de entre las llamas sin chamuscarse? Como lo de Jesucristo caminando sobre las aguas, pero con fuego. Porque aquello también me dijiste que iba a pasar.

Maria no picó el anzuelo. Soñaba con cosas, eso era todo. Bendiciones, las llamaba su madre. Susurros de Dios. El aleteo de santos y ángeles. Solo que algunas de las cosas con las que soñaba le daban miedo, y algunas no tenían sentido, y otras solo podían interpretarse a la postre, como cuando soñó que su padre estaba volando y pensó que era algo positivo, que por fin iban a irse de Phoenix, para después descubrir que en realidad había sido una pesadilla.

—Que quiere ver si pasa algo, dice —refunfuñó Sarah, con resentimiento.

Su sombra no dejaba de moverse en la oscuridad, intentando encontrar algún trozo de cemento que no hubiera absorbido el calor diurno. Acabó dándose por vencida y, tras apartar las botellas de plástico que había recogido Maria, se sentó en la camioneta. Los envases entrechocaron con un tamborileo hueco.

—Así que ahora me toca apechugar con estas ojeras porque de repente te apetece pasar el rato con los de Texas.

—Tú eres de Texas —dijo Maria.

—Habla por ti, guapa. Estos *shagua* pendejos no saben ni bañarse. —Sarah escupió un salivazo negro en el pavimento mientras observaba el ir y venir de los refugiados que deambulaban por los alrededores—. Los puedo oler desde aquí.

—Tampoco tú sabías usar una esponja y un caldero hasta que yo te enseñé.

—Ya, bueno, pero aprendí. Esta gente es que es así de guarra —dijo Sarah—. Eso es lo que son, un hatajo de sucios tejanos de los cojones que no saben una mierda. Yo no tengo ni un pelo de Merry Perry.

En cierto modo era verdad. Sarah había empezado a perder el acento de Dallas, sacudiéndose tanto la forma de hablar de Tejas como su mugre, frotándose y restregándose tan vigorosamente como su delicada tez blanca lo toleraba. Maria no tenía estómago para decirle que daba igual lo que hiciera, la gente miraba a Sarah y veía a kilómetros que venía de Texas. Pero no valía la pena ponerse a discutir por eso.

Los tejanos que rodeaban la bomba, en cualquier caso, olían fatal. Apestaban a miedo y a sudor rancio, reseco y reblandecido una y otra vez. Al plástico de los Clearpac y a meados. Al hacinamiento de los guetos de contrachapado en los que vivían como sardinas en lata, adosados adondequiera que la Cruz Roja plantara sus surtidores de ayuda humanitaria en el suelo.

Los bloques que rodeaban la bomba de la Camaradería constituían un oasis rebosante de vitalidad y actividad en medio del páramo devastado por la sequía de los suburbios de Phoenix. Aquí, entre los chalets de lujo y los centros comerciales, los refugiados invadían las calles y los aparcamientos con sus tiendas para la oración. Aquí erigían sus cruces de madera y rezaban por su salvación. Aquí colgaban sus carteles con los números de teléfono, los nombres y las fotografías de los seres queridos que habían perdido en las espantosas carreteras que comunicaban con Texas. Aquí leían las octavillas que repartían los niños de la calle contratados por los coyotes profesionales para difundir su mensaje:

**¡ENTRADA GARANTIZADA!**

**¡En CALIFORNIA al TERCER INTENTO  
o le DEVOLVEMOS SU DINERO!**

**PRECIO ÚNICO, LOTE COMPLETO:**

**Camioneta hasta la frontera. Balsa y flotadores. Autobús o  
camioneta hasta San Diego o Los Ángeles.**

**¡COMIDA INCLUIDA!**

Aquí, junto al surtidor de ayuda humanitaria, había vida: fogatas alimentadas con tablones extraídos de los cadáveres disecados de viviendas de cinco dormitorios. Las tiendas de la Cruz Roja, arrumbadas contra el polvo acumulado por la reciente tormenta. Médicos y voluntarios que, con sus mascarillas con filtro para protegerse del polvo y de los hongos que provocaban la fiebre del valle, atendían a los refugiados que yacían en catres y se encorvaban para introducir goteros con suero en los consumidos cuerpecitos de infantes con los labios agrietados por la arena.

—Entonces —insistió Sarah— ¿de qué va todo esto? Explícame qué hago aquí fuera cuando debería estar con un cliente. Tendré que conseguir algo de pasta si



quiero pagar la renta del Vet...

—Chis —interrumpió Maria a su amiga, indicándole por señas que bajara la voz—. Está a precio de mercado, bonita.

—¿Y qué? No cambia nunca.

—A veces sí, me parece.

—Pues yo no lo he visto nunca.

La minifalda de Sarah emitió un nuevo susurro cuando se revolvió, intentando encontrar una postura más cómoda. Maria podía distinguir su silueta recortada a la tenue luz azul del panel de precios del surtidor: el destello de la cuenta de vidrio en su ombligo, la diminuta falda ceñida que realzaba la voluptuosidad de sus pechos y la lisa extensión de su vientre. La promesa de un cuerpo joven. Hasta la última pieza de su atuendo se esforzaba por convencer a Phoenix de que le prestase siquiera una pizca de atención.

«Todos estamos esforzándonos», pensó Maria. «Todos intentamos salir adelante.»

Sarah se rebulló de nuevo, apartando a caderazos los envases de Pure Life y Softwater, de Agua-Azul y Arrowhead. Una de las botellas se cayó de la camioneta y rebotó con un cascabeleo hueco en el pavimento cubierto de polvo. Sarah se agachó para recogerla.

—¿Sabes?, en Vegas te dejan coger agua gratis.

—*Fangpi* —replicó Maria, utilizando una expresión china que había aprendido de los capataces de obra con los que trabajaba su padre.

Chorradas.

—*Fangpi* porque tú lo digas, loca. Es verdad. Te dejan cogerla directamente de las fuentes que hay enfrente de los casinos. Fíjate si tendrán agua.

Maria intentaba no apartar la vista de la bomba y el precio.

—Eso solo pasa los Cuatro de Julio. Es una celebración patriótica o algo por el estilo.

—Qué va. En Bellagio te dejan cogerla cuando quieras. Todo el mundo puede ir y llevarse un vaso de agua. Nadie te pone ninguna pega. —Sarah tamborileó distraídamente con los dedos en la botella de Aquafina vacía que se tambaleaba al borde de la camioneta—. Ya lo verás. Cuando esté en Vegas, te lo enseñaré.

—Porque tu hombre va a llevarte con él cuando se vaya —dijo Maria, sin molestarse en disimular su escepticismo.

—Correcto —replicó Sarah—. Y te llevaría también a ti, si te congraciaras con él. Nos llevaría a las dos. Le gusta la fiesta. Lo único que hay que hacer es mostrarse agradable. —Tras un instante de vacilación, añadió—: Sabes que te dejaría ser amiga suya, ¿verdad? No me importa compartir.

—Ya sé que no.

—Es buena gente —insistió Sarah—. Ni siquiera pide cosas raras ni nada. No es como los calis de los bares. Además, no veas el apartamento tan chulo que tiene en la Taiyang. Es increíble lo bonita que se ve Phoenix desde las alturas, rodeada de filtros

de aire decentes. A los pentas les gusta lo bueno.

—Penta, sí. Por ahora.

Sarah zangoloteó la cabeza.

—De por vida, guapa. Aunque su empresa no lo mande a Vegas a continuación, como él dice, los cinco dígitos no habrá quien se los quite nunca.

Continuó hablando, barnizando de romanticismo el estilo de vida de su penta y los muchos planes que tenía para cuando saliera de Phoenix, pero Maria desconectó.

Sabía por qué Sarah creía que el agua era gratis en Vegas. Ella también lo había visto. *Hollywood Lifestyles* había estado siguiendo a Tau Ox, y Maria se había dedicado a observar desde la puerta de uno de los bares en los que Sarah intentaba que los hombres la invitaran a un trago.

La estrella de *Impávido* había aparcado su Tesla, de líneas sobrias y frías, frente a una de aquellas lujosas arcologías de Vegas. La cámara seguía a Tau Ox, pero Maria dejó de interesarse por el actor en cuanto vio la fuente.

Una fuente grande que te cagas que no dejaba de disparar inmensos chorros de agua por los aires. Arcos de agua danzarina. Agua rutilante, como diamantes al sol. Agua con la que un puñado de mocosos se salpicaban la cara. Derrochándola.

Era como las fuentes que había espiado en el interior de la Arcología Taiyang, solo que sin los guardias de seguridad que te impedían acceder a ella. Y al aire libre. Estaban dejando que toda aquella agua se evaporara. Que se perdiera para siempre, como si nada.

Cuando Maria vio aquella fuente allí expuesta, a la vista de todos, comprendió al fin el empeño de su padre por llevarlos a Vegas. Por qué estaba tan convencido de que aquella era la ciudad elegida.

Solo que sus planes no llegaron a fructificar. Habían tardado demasiado en salir de Texas, y al final la Ley de Independencia y Soberanía Estatal había erigido unos muros infranqueables en su camino. Hasta el último de los estados se había dado cuenta de que terminaría mal si seguía permitiendo la libre afluencia de gente.

«No es más que una medida provisional, *mija*», le había asegurado papá. «No se va a quedar así para siempre.»

Pero para aquel entonces Maria ya había dejado de creerse casi todo lo que decía su padre. Se había dado cuenta de que era un anciano. Un viejo que se guiaba por un antiguo mapa del mundo que ya no existía.

En la cabeza de papá, las cosas eran de una manera, pero Maria sabía por experiencia que no podrían ser más distintas. Según él, esto era América, y América era un país libre en el que uno podía hacer lo que se propusiera, solo que los escombros de la América por la que conducían, donde las vallas de Nuevo México estaban cubiertas de tejanos colgados a modo de advertencia, no guardaban la menor relación con la América que él recordaba.

Los suyos eran ojos de viejo. Su mirada, la de un anciano. Su padre era incapaz de ver lo que tenía justo delante de las narices. La gente no regresaba a sus hogares,

por mucho que él se empeñara en afirmar lo contrario. La gente no se quedaba en su ciudad natal, aunque él insistiera en que sí. Nadie volvía a ver a sus amigos de la escuela, a pesar de que él dijera lo contrario. Mamá no estaba allí para celebrar su decimoquinto cumpleaños con ella, como él le había prometido que ocurriría. Absolutamente nada era como él había dicho que sería.

Maria, no sabría precisar cuándo, se había dado cuenta de que las palabras de su padre no eran más que polvo. No lo corregía cada vez que se equivocaba, sin embargo, porque era evidente que al hombre le sentaba mal fallar más veces de las que acertaba.

Sarah manifestó su impaciencia con un carraspeo.

—¿Tendremos que esperar mucho más?

—Tú sabrás —la pinchó Maria—. Después de todo, fue tu penta el que me habló de esto.

Pero a Sarah lo único que le importaba era asegurarse de que su penta no le quitara las manos de encima y de que sus planes de fiesta orbitaran siempre en torno a ella.

Maria, en cambio, había prestado atención a las palabras del hombre.

«Está a precio de mercado», había dicho el penta. «De lo contrario, Phoenix no toleraría jamás esos surtidores de la Cruz Roja, los tejanos no harían más que chupar polvo en la I-10 y caerían como moscas en Chandler.»

El hombre estaba sirviendo salsa de chile habanero sobre cochinita pibil, un plato que no tenía nada de mexicano, según él, sino que era yucateco, lo cual a su parecer justificaba el hecho de que aquella cena sobre mantel blanco fuese a costarle más de que a Maria y a Sarah el alquiler de toda una semana.

«El precio de mercado lo controla todo.»

Había surgido el tema de los surtidores de la Cruz Roja porque estaban hablando de los Merry Perry y de todas las fruslerías religiosas que vendían en sus tiendas de congregación. Maria había dicho algo acerca de que los Merry Perry siempre montaban el campamento junto a las bombas de ayuda humanitaria porque el agua servía de cebo para que la gente se quedara a escuchar sus sermones.

Sarah la había recriminado con la mirada por recordarle al hombre que vivían en las inmediaciones de los surtidores, pero el penta se había animado de inmediato ante la mención del agua.

«Esas bombas y esos precios deben de ser la única cosa inteligente que haya hecho Phoenix con el agua», dijo. «Demasiado poco y a destiempo, pero, en fin, más vale tarde que nunca.» Le guiñó un ojo a Maria. «Además, mira, así a los Merry Perry no les faltan reclutas.»

El hombre deseaba a Maria. Se notaba en la avidez con la que se la comía con los ojos, sin prestar apenas atención a Sarah, aunque se mostraba educado al respecto. Por lo menos se tomaba la molestia de intentar impresionarla con sus conocimientos de cerebritito empollón sobre hidrología mientras se mordía la lengua para no dejar de

andarse con rodeos y preguntarle a Maria si estaba a la venta.

«Solo tienes que salir con nosotros, nada más», le había dicho Sarah. «Sonríe y déjalo hablar. Que se sienta importante. Le gusta... qué sé yo, el agua y mierdas de esas. Le chiflan las perforadoras y los acuíferos. Tú abre bien los oídos y haz como si estuvieras haciéndole caso.»

Para su sorpresa, sin embargo, Maria se había descubierto haciéndole caso de veras. Cuanto más hablaba aquel penta, más evidente era que los hombres como él veían el mundo con unos ojos que no se parecían en nada a los de su padre.

Para el padre de Maria el mundo estaba cubierto de nubes, pero ese hidrólogo lo veía totalmente despejado.

Michael Ratan, especialista en hidrología de Ibis, S. A., vivía en lo alto de la Arcología Taiyang y entendía lo que pasaba en el mundo. Su vocabulario estaba trufado de metros cúbicos, síndromes de fatiga crónica en las aguas de escorrentía y compresiones del manto nival, de acuíferos y de ríos. Y puesto que veía el mundo tal como en realidad era y lo aceptaba, en vez de vivir en un permanente estado de negación, nada lo sorprendía.

Le contó a Maria que la Tierra contenía cientos de millones de litros de agua enterrados a gran profundidad. Aguas primigenias que se habían ido filtrando al derretirse los glaciares. Le había descrito este mundo agitando las manos en el aire para dibujar el contorno de los estratos geológicos y las formaciones de arenisca, hablándole de los sondeos geotécnicos de Halliburton, de los acuíferos.

Los acuíferos.

Gigantescos lagos subterráneos. Cierto era que a esas alturas ya los habían dejado secos casi por completo, agotados, pero tiempo atrás había habido inmensas cantidades de agua allí abajo.

—Aunque ya no sea lo mismo —le había dicho el hidrólogo—, todavía puede sonar la flauta si se perfora lo bastante hondo y se fractura a conciencia. Aún sale agua de sobra. —Se encogió de hombros—. En muchos sitios, al menos, sigue habiendo uno o dos acuíferos de los que extraer algo si se desbloquean como es debido. Aquí abajo, sin embargo, la cosa está más complicada. Básicamente nos tenemos que conformar con los acuíferos secos que Arizona rellena con el agua del PAC.

—¿Agua del PAC?

—El Proyecto de Arizona Central, ¿no te suena? —La ignorancia de Maria le puso una sonrisita burlona en los labios—. ¿En serio?

Mientras Sarah le propinaba una patada por debajo de la mesa a Maria, Ratan apartó las copas de vino y puso su tableta encima de la mesa.

—Vale. Aquí está. Fijaos.

Abrió un mapa de Arizona y amplió el zoom sobre Phoenix. Señaló una fina línea azul que envolvía los límites septentrionales de la ciudad y la siguió con el dedo a través del desierto.

En contraste con los cúmulos de sierras y cordilleras que rodeaban Phoenix, la línea azul era tan recta como si la hubieran dibujado con regla. Pese a describir unas cuantas oscilaciones, se extendía por el terreno como si alguien hubiera deslizado un cúter por el desierto.

Al ampliarse la imagen, Maria distinguió el amarillo macilento del desierto y unas negras estribaciones rocosas. Unos cuantos saguaros dispersos, proyectando su sombra en el suelo, y de repente se abalanzaron sobre un caudal esmeralda que discurría por un canal revestido de hormigón.

Ratan deslizó el mapa hacia el oeste, siguiendo el rigurosamente recto río artificial hasta llegar a un amplio estanque azul que rutilaba al sol del desierto.

«Lago Havasu», ponía.

Y, alimentándolo, un zigzagueante rayón azul: «Río Colorado».

—El PAC es el gotero de Arizona —les explicó Ratan—. Extrae agua del río Colorado y la transporta a través de unos quinientos kilómetros por el desierto hasta Phoenix. Casi todas las demás fuentes de suministro de agua de Phoenix están agotadas. A la reserva de Roosevelt le falta poco para secarse. Los ríos Verde y Salt son poco menos que estacionales. En los acuíferos de los alrededores ya no cabe ni una bomba más. Si Phoenix todavía tiene algo de pulso es gracias al PAC.

Minimizó la imagen de nuevo para poner de manifiesto la extensión del canal, esa línea tan estilizada que atravesaba toda aquella extensión desértica. Dejó un dedo en suspensión sobre ella.

—Veis lo diminuta que es esa línea, ¿verdad? Hasta dónde tiene que llegar. Y, además, parte de un río que también quieren utilizar muchas otras personas. California también se surte del lago Havasu. Y a Catherine Case, en Nevada, no le gusta dejar que el agua baje a Havasu porque la necesita en el lago Mead.

»Después tenemos a todos esos lunáticos río arriba, en Colorado, Wyoming y Utah, los cuales no dejan de decir que se niegan a enviar ni una sola gota de agua más a los Estados de las Cuencas Bajas. Les gusta decir que es suya. Sus montañas. Sus aguas de escorrentía. —Volvió a dar unos golpecitos con el dedo sobre la delgada línea azul del PAC—. Mucha gente peleándose por muy poca agua. Sin olvidar lo vulnerable que es esa línea. Alguien puso una bomba en el PAC una vez, y Phoenix sobrevivió de milagro.

Sonrió de oreja a oreja mientras se repantigaba en la silla.

—Por eso contratan a personas como yo. Phoenix necesita alternativas de emergencia. ¿Que si a alguien le da por lanzar una ofensiva en serio? Puff. —Agitó una mano en el aire—. Se acabó lo que se daba. Pero ¿y si encuentro un acuífero decente? Phoenix se salvaría de la quema. Incluso se podrían relanzar los cultivos.

—¿Y lo vas a encontrar? —preguntó Maria.

—Seguramente no —se carcajeó Ratan—. Pero, cuando aprieta la sed, las personas están dispuestas a aferrarse a cualquier espejismo con tal de que este al menos dé la impresión de que podría salvarlas. De modo que salgo con mis mapas y

mis equipos de perforación, aparento estar atareado y me dedico a indicar dónde hacer unos cuantos agujeros en el desierto, y mientras tanto Phoenix no pierde la esperanza de que volvamos con una carretada de acuíferos que le permitirían olvidarse de su dependencia del Colorado y dejar de mirar por encima del hombro a ver qué hacen Vegas y California. Si descubro una nueva y mágica fuente de agua, están salvados. Supongo que podría ocurrir. Hay gente que todavía cree en los milagros. Los Merry Perry, sin ir más lejos. Dicen que Jesucristo caminaba sobre las aguas, así que a lo mejor también se da maña con los acuíferos.

El hombre se rio de su propia ocurrencia, pero después de aquello los sueños de Maria habían empezado a poblarse de acuíferos.

En ellos aparecían siempre unos lagos subterráneos inmensos, enterrados a gran profundidad, mucho más frescos y seductores de lo que ningún sótano abandonado podría serlo jamás, gigantescas cavernas repletas de agua. A veces soñaba que recorría aquellas húmedas catedrales a bordo de una barca de remos, con estalactitas que fosforescían sobre su cabeza como la pintura corporal con la que se embadurnaba Sarah cuando salía a pescar clientes en las discotecas de la Milla de Oro. El techo de la caverna resplandecía, y Maria surcaba aquellas lustrosas superficies oscuras sin rumbo, escuchando el goteo del agua, deslizándose los dedos por aquel bálsamo helado.

En ocasiones soñaba que su familia la acompañaba en sus travesías, y a veces incluso que era su padre el que, gobernando los remos, los transportaba hasta China.

Ahora Maria, sentada en la penumbra junto al oasis de la bomba de la Cruz Roja/Camaradería China, esperaba a averiguar si sería capaz de ver el mundo con la misma claridad que el hidrólogo de Sarah. Y si esta no lo entendía... en fin, habría que intentar echarle una mano para que lo consiguiera.

—Es el precio de mercado, bonita. La cifra que ves en este surtidor de aquí depende de la cantidad de agua que haya enterrada. Si baja el nivel del agua, su precio sube para que la gente vaya más despacio y reduzca el consumo. Cuando el acuífero está lleno, el precio baja porque el riesgo de escasez no es tan elevado. En ocasiones, las grandes granjas verticales que construyeron los chinos dejan de bombear agua para que la tierra se seque un poco y sea más cultivable. Como lo hacen todas de golpe, los monitores de los niveles de agua se vuelven locos y piensan que hay agua de sobra para todo el mundo, por lo que a veces el precio...

El resplandor azul de la bomba parpadeó y cayó hasta los 6,66 \$ antes de volver a marcar 6,95 \$.

Otro parpadeo. 6,20 \$. Y de nuevo 6,95 \$.

—¿Has visto eso? —preguntó Maria.

Sarah contuvo la respiración, asombrada.

—Hala.

—Quédate en la camioneta —le dijo Maria, mientras ella se arrimaba un poco más a la bomba.

Era tarde. No había nadie mirando. Nadie se había dado cuenta todavía. Maria no

quería que nadie se percatara. No quería que nadie viera lo que se disponía a hacer.

El precio cayó hasta los seis dólares y, acto seguido, subió un níquel cuando las bombas automáticas de alguien emitieron la orden de acceder al agua almacenada a gran profundidad bajo sus pies. Pero el precio daba la impresión de estar cayendo cada vez más antes de volver a elevarse.

Maria introdujo una mano en el sujetador y sacó el fajo de billetes empapados de sudor que guardaba a buen recaudo contra su piel.

En el surtidor, el marcador digital parpadeaba al son de la fluctuación en los precios.

6,95 \$... 6,90 \$... 6,50 \$.

Estaba bajando, de eso a Maria no le cabía la menor duda. Los agricultores seguían desviando el agua hacia los aspersores de sus regadíos, obteniendo el precio subvencionado. Pero las bombas de las grandes granjas verticales se habían detenido de repente, tal como el hidrólogo había dicho que ocurriría, anticipando una cosecha que solo se producía unas pocas veces al año.

Y aquí estaba ella, junto al surtidor, atenta a los números.

5,95 \$. 6,05 \$.

El precio estaba bajando, definitivamente.

Maria aguardó, con el corazón latiendo desbocado en su pecho. A su alrededor, la gente había empezado a percatarse de lo que sucedía y estaba acercándose cada vez más. 6,15 \$. La gente comenzó a correr, viendo al fin lo que estaba pasando. Se corrió la voz hasta las tiendas de los Merry Perry, que dejaron de poner velas en el altar de la Santa Muerte para salir a mirar, pero Maria ya estaba allí, en la más privilegiada de las posiciones.

Tenía las botellas preparadas. Su intuición no la había engañado. El precio de mercado descendía como un ángel enviado por el paraíso para besar sus negros cabellos y susurrarle al oído que aún había esperanza.

En picado.

5,85 \$.

4,70 \$.

3,60 \$.

Jamás había visto una cifra tan baja. Maria comenzó a introducir billetes en la ranura, comprando a medida que bajaban los precios. Daba igual. Los peces gordos se olerían algo en cuestión de segundos. Los sistemas automáticos detendrían la caída y empezarían a bombear. Siguió metiendo billetes. Era casi como comprar futuros.

Se gastó todo lo que llevaba encima, y aun así las cifras continuaban bajando.

—¿Tienes dinero? —gritó por encima del hombro, dirigiéndose a Sarah, sin importarle ya quién descubriera sus intenciones. Sin importarle absolutamente nada. Lo único que quería era exprimir esa oportunidad hasta la última gota.

—¿Lo dices en serio?

—¡Te lo devolveré!

Los curiosos acudían en tropel para contemplar el precio, boquiabiertos, y corrían a informar a los otros de ese milagroso descenso. La gente empezó a agolparse alrededor de los demás surtidores.

—¡Date prisa! —apremió Maria a su amiga, chillando de frustración. Era una ocasión de oro. El momento perfecto, y ella estaba allí para disfrutarlo.

—¿Y si luego el precio ya no vuelve a subir?

—¡Cómo no va a subir! ¡Ya verás tú si sube!

A regañadientes, Sarah le entregó un billete de veinte.

—Ahí va mi alquiler.

—¡Necesito billetes pequeños! ¡No me des tanto! ¡No te dejan comprar a lo grande!

Sarah rebuscó en su sostén, desenterrando el dinero que tantos polvos le había costado ganar.

Antaño, decía el hidrólogo, uno podía introducir cien dólares de golpe en la máquina y llevarse todos los litros que quisiera. Pero en la cima del sistema, algún burócrata armado con lápiz y papel se había dado cuenta de lo que pasaba, y ahora solo se podía comprar en incrementos de cinco dólares. De modo que Maria continuó metiendo billetes de cinco, vigilando el precio, acumulando litros. Una cantidad fija por cada incremento. 2,44 \$. Nunca lo había visto tan bajo. Maria introducía los billetes tan deprisa como le era posible.

La máquina se encasquilló. Intentó meter más dinero, pero el armatoste se resistía. Los curiosos, que formaban ya una auténtica multitud, se peleaban por ver quién podía introducir más dinero en los surtidores, pero el suyo se había quedado atascado. Maria masculló una maldición y le pegó un manotazo a la bomba. Había comprado agua por valor de cincuenta dólares, y con el dinero de Sarah sumaba más de ochenta. ¿Y ahora qué? Todos los demás surtidores estaban ocupados.

Maria se dio por vencida y empezó a llenar las botellas. El precio ya estaba volviendo a subir, aumentando conforme los sistemas domésticos automatizados de la gente rica detectaban la fluctuación y comenzaban a verter litros en sus cisternas. O quizá la Arcología Taiyang se hubiera inmiscuido ahora a su vez y estuviera acelerando la compra, percatándose de que merecía la pena atiborrarse con los excedentes. Las cifras no dejaban de parpadear: 2,90 \$... 3,10 \$... 4,50 \$... 4,45 \$...

5,50 \$.

6,50 \$.

7,05 \$.

7,10 \$.

Orden restaurado.

Maria recogió sus botellas, llenas a reborar, y las cargó en la camioneta roja. El agua que acababa de adquirir por cincuenta dólares valía ya 120 \$, y en cuanto se la llevara del oasis...

—¿Cuánto hemos ganado?



Tanto que a Maria incluso le daba miedo decirlo en voz alta. Cuando llegara con toda aquella agua al centro de la ciudad y se instalara junto a las obras de la Taiyang... Allí a la gente siempre le apetecía un vaso de agua fresquita. Y tenían dinero. Conocía bien aquel sitio, de cuando su padre trabajaba encaramado a las vigas. Todas aquellas cuadrillas de obreros al finalizar el turno... Y allí estaría ella, esperándolos. Ofreciéndoles alivio contra el calor. Los trabajadores tenían prohibido sacar nada de la fábrica, de modo que si querían agua fuera del horario laboral podían guardar cola ante cualquiera de las bombas de la Camaradería y pagar el precio que marcase el surtidor de ayuda humanitaria en ese momento, o podían darle el dinero a Maria y saciar su sed sin necesidad de irse más lejos.

—Doscientos —respondió Maria—. Para cuando hayamos salido de aquí con el agua, por lo menos doscientos.

—¿Cuánto me corresponde a mí?

—Noventa.

Maria vio que su amiga se había quedado impresionada. Sarah se pasó todo el trayecto de regreso a casa hablando por los codos, pensando en su parte, emocionada por no haber tenido más que acompañar a Maria en una excursioncita nocturna de nada para sacarse la paga de tres días.

—Eres igual que mi penta —llegó a decir la muchacha—. Se te da bien esto del agua.

—Para mí no es ningún juego.

Pero, para sus adentros, Maria se sentía adulada.

El penta de Sarah veía el mundo tal como en realidad era.

Y ahora Maria también.

Los Escalade negros que constituían el séquito de Catherine Case trituraban los cristales rotos y los fragmentos de planchas de Sheetrock a su paso, dejando un rastro arenoso.

El vehículo de cabeza ocupaba el retrovisor entero de Angel con su sonrisa de acero cromado. Una monstruosidad mate de color negro, grávida con el peso de su blindaje a prueba de bombas, ventanillas de espejo antibalas y baterías de alto rendimiento. Ningún logotipo lo identificaba como perteneciente a la Autoridad Acuífera del Sur de Nevada. Negro y anónimo. La piel fotovoltaica del Escalade de cabeza apenas resplandecía, ni siquiera bajo el sol abrasador del mediodía de Vegas.

Detrás de él aparecieron desfilando más Escalade, hasta bloquear el callejón.

Los equipos de seguridad de la AASN bajaron de los vehículos y se desplegaron, internándose en las polvorientas casas abandonadas y asomándose a todas las esquinas. Mercenarios, agentes de SwissExec armados con M-16, chalecos a prueba de balas y gafas militares de espejo.

Angel inclinó el retrovisor para observar mejor a los equipos que, sigilosos como espectros, entraban y salían de las ruinas que flanqueaban el callejón. Reconoció a unos pocos. Chisolm y Sobel. Ortiz. Productos de malogrados conflictos patrióticos. Excedentes militares sin ningún tipo de asistencia financiera por veteranía ni nada que se pareciera a la pensión prometida, encantados de seguir ganándose la vida haciendo lo que mejor se les daba.

Divisó a Sobel en lo alto de una terraza, comprobando los ángulos de tiro que podría utilizar un francotirador. Angel recordaba la última vez que se vieron, en un club de stripteis enterrado a gran profundidad bajo los casinos de Cypress 1, trasegando cerveza mientras una jovencita se contoneaba encima de él.

«¡Me pagan cinco veces más de lo que ganaba en el ejército!», había gritado Sobel, imponiendo su voz al martilleo de los graves. «¡Y no hay que salir del país para nada! ¡Además, se acabaron los drones que te revientan desde cinco mil metros de altura! Hazme caso, Velasquez, es una puta mina de oro. ¡Pásate al sector privado, que te vas a forrar!»

«¿Es fácil?», le había preguntado Angel.

«¿El curro? Joder, qué va. La última vez que vi algo parecido... no sé, sería con el presidente Sapienza en la ciudad de México, justo después de que intentara pegársela a los sinaloenses y a los Estados de los Cárteles a la vez para ponerse él por libre.»

«¿Os salió bien la jugada?»

Sobel puso los ojos en blanco mientras acomodaba a la muchacha en su regazo.

«Hombre, lo que es yo escapé con vida, eso sí.»

Angel aguardó sin impacientarse mientras los equipos de la AASN hacían su

trabajo. Una sutil brisa helada recorría el interior del Tesla, cuyo aire acondicionado funcionaba con la piel solar del vehículo. Otro equipo pasó frente a las ventanillas tintadas del Tesla, Ortiz y una mujer a la que Angel no conocía, recorriendo meticulosamente el perímetro de un tríplex descuartizado, abriéndose paso a puntapiés entre los montones de Clearac usados. Las paredes de estuco de los bloques de pisos estaban cubiertas de epítetos desteñidos por el sol e imágenes de Catherine Case, en las que los vecinos describían sin escatimar detalles por dónde iban a darle si se pensaba que iba a conseguir que abandonaran sus hogares.

La ilustración más ingeniosa consistía en un estilizado ataúd debajo del cual se podía leer: «Des-Case En Paz». Las demás eran mucho menos sofisticadas.

#### QUE TE J— PUT— DE MIE— EROSA

Los insultos y las amenazas sexuales pintadas con espray se veían interrumpidos por grietas y desgarrones en las fachadas, allí donde los saqueadores se habían dedicado a desmantelar los aparatos de refrigeración por evaporación y a destrozar las paredes para arrancar los cables y las tuberías de cobre. La urbanización de cuento de hadas se había transformado en una escombrera de manual.

A Angel le fascinaba lo mucho que se parecían todas las ciudades entre sí cuando se quedaban sin agua. En el nacimiento del Colorado o en su desembocadura, lo mismo daba. Tanto podría tratarse de Las Vegas como de Phoenix, de Tucson o de Grand Junction, de Moab o de Delta. Al final todo se reducía a lo mismo: semáforos ciegos que se mecían al viento en las calles invadidas por los arbustos rodantes; lúgubres centros comerciales con los escaparates rotos, rebosantes de ecos; campos de golf cubiertos de arena y erizados de arbolillos sarmentosos.

En estos instantes Carver City se dirigía al encuentro del mismo destino que se había abatido sobre las ruinas de aquí, otra simple víctima del penetrante olfato de Catherine Case y sus no menos penetrantes cuchillos de agua. Ortiz apareció en lo alto del tríplex, con la mirada fija en el callejón. A su espalda, las enrevesadas curvas de la última empresa de Catherine Case, Cypress 3, se recortaban imponentes contra el azul, turbio y difuminado, del cielo: el futuro, tan arrogante como resplandeciente, se cernía sobre los despojos de Las Vegas.

Los paneles solares de la arcología batían como alas gigantes siguiendo la trayectoria del sol, proyectando sombras sobre sus paredes, controlando la temperatura mientras acumulaban luz y calor. Detrás de Cypress 3 descollaban también sus hermanas, las arcologías 1 y 2, y hacia el oeste un faraónico entramado de grúas envueltas en banderolas por cuyos costados se podía leer **远大集团** en caracteres rojos y dorados señalaba la ubicación de los cimientos de Cypress 4.

Incluso a tres kilómetros de distancia, Angel podía leer los caracteres chinos. Yuan Da Ji Tuan. No se le daba bien pronunciar el idioma, pero reconocía esas palabras. El Grupo Broad, una empresa de construcción de las gordas, con sede en

Changsha. Se encargaba de todas las obras del marido de Case y su emporio inmobiliario.

Los chinos le echaban huevos al asunto, decía Case. Sabían cómo hacer que un proyecto conjunto resultara beneficioso para todas las partes. Con tres ejemplos de su concepto arcológico ya en funcionamiento, vender participaciones para los nuevos era coser y cantar. Cypress 4 ya estaba más que financiado, y Cypress 5 se encontraba en fase de desarrollo.

Angel aún podía acordarse del entusiasmo con el que la empresaria le había vendido la moto mientras paseaban por los atrios centrales de Cypress 1. Rodeados de saltos de agua y enredaderas, la mujer no dejaba de teclear en su tableta, enseñándole esquemas, explicándole lo fiables que eran aquellos sistemas de reciclaje, describiendo el modo en que Cypress podía funcionar con su propia agua durante tres meses seguidos sin necesidad de extraer ni una gota del Colorado. Intentando explicarle algo que el mismo Angel había contribuido a crear.

La gente tachaba a Catherine Case de asesina porque sus cuchillos de agua lo destrozaban todo en las márgenes del Colorado, pero cuando Angel aspiró la fragancia de Cypress, mezcla de eucalipto y madreselva, supo que sus detractores se equivocaban.

Allí fuera solo había muerte y desierto. Pero dentro, en aquel envoltorio de fronda selvática y lagos de koi, había vida; en realidad Catherine Case era una santa que ofrecía la salvación a su grey y velaba por su seguridad, sirviéndose para ello de los portentos tecnológicos que engendraba su visión de futuro.

Ortiz volvió a pasar junto al Tesla de Angel y se asomó para confirmar que no hubiera nadie más en el coche. Otro par de agentes de SwissExec se apostaron en la boca del callejón a modo de centinelas.

El Escalade de la propia Case llegó rodando con parsimonia, por último, y la Reina del Colorado desmontó del vehículo. Rubia y cimbrenña, con la falda ceñida a las caderas. Sus elevados tacones tamborileaban al chocar con las esquirlas de vidrio. Talle de avispa. Blazer azul marino sobre los destellos de su blusa dorada. Una sombra de maquillaje que realzaba sus ojos, grandes y penetrantes. Al calor asfixiante del sol, la mujer parecía demasiado delicada y menuda para tratarse de una mente maestra que ya había reducido a polvo ciudades enteras.

Angel recordaba con todo lujo de detalles el momento en que, delante de toda una multitud, con él frente a ella cubierto de prendas antibalas de la cabeza a los pies, la mujer había anunciado que pensaba rebanarle el pescuezo a ese suburbio. Una de sus primeras conquistas. Todavía resonaba en sus oídos el murmullo enfurecido de la muchedumbre, el modo en que sus gafas militares resaltaban el rostro de los activistas, un arcoíris de evaluación de amenazas y reconocimiento de objetivos, comparando patrones en pos de la pistola desenfundada que le indicara que había llegado el momento de recibir un balazo por su reina...

Aquel sí que había sido un encargo de tres pares de cojones.

Como su oferta.

«¿Preferirías quedarte?», le había preguntado Case cuando se conocieron.

Aquello había sido antes del adiestramiento. Antes de que Angel disfrutara de un documento de identidad y del permiso de residencia que le permitía vivir en Cypress. Antes de los guripas. Por aquel entonces apenas si era persona. Recordaba el calor y el terror de las jaulas. El hedor a amoníaco de los Clearpac usados una y mil veces. Treinta cuerpos hacinados en la misma celda. Todos los carteristas, las prostitutas, los pandilleros y los estafadores que no habían tenido la sensatez de ganarse la vida como Vegas esperaba de ellos. Así que ahora Vegas iba a encerrarlos en un tráiler de nueve ejes que se los llevaría al sur. El que consiguiera llegar a la frontera se salvaría. El que se tostara por el camino tostado se quedaría.

El camión de la basura, lo llamaban las bandas.

«Que no os pesquen, colegas, o fijo que acabáis en el camión de la basura.»

También aquel día Catherine Case había lucido unos zapatos muy caros, con correas y tacones de aguja que repiqueteaban en el hormigón resquebrajado de la prisión, contrastando estridentes con el recio compás de las botas de su escolta de guripas. Angel recordaba aquellos tacones porque anunciaban un cambio en la rutina de las jaulas y le animaron a echar un vistazo entre los barrotes. Recordaba haberse quedado mirando fijamente a aquella mujer tan extraña que parecía una muñeca, pensando que, si pudiera cerrar las manos alrededor de su cuello, todo aquel oro y aquellos diamantes lo convertirían en el cabrón más forrado de pasta del mundo. Recordaba cómo ella le había devuelto la mirada con aquellos ojos azules, intensos y fascinados, como si Angel fuese una bestia del zoo que suscitaba su curiosidad. Recordaba la pureza de su concentración, cómo parecía estar tras la pista de algo en concreto, y los deseos que lo asaltaron de abalanzarse sobre ella y darle una lección.

Y entonces ella lo sorprendió por completo, extendiendo un brazo entre los barrotes por voluntad propia para acariciar la humedad de su frente. Introdujo la mano sin más, pese al siseo de advertencia de sus guardaespaldas.

—¿Preferirías quedarte? —le preguntó, sin sombra de temor en sus firmes ojos azules.

Y Angel había asentido con la cabeza, presintiendo una oportunidad.

Los guardaespaldas lo sacaron de la celda y lo metieron en una habitación sin ventanas. Le obligaron a esperar, sin aire y sudando a mares, hasta que ella se dignara acudir a verlo.

—Tengo entendido que sabes lo que es recibir un balazo —dijo cuando por fin se hubo sentado enfrente de él.

Angel le lanzó una mirada desdeñosa y se levantó la camisa, todo machismo, para enseñarle las cicatrices con forma de cráter.

—Más de uno.

—Bien. El encargo que tengo para ti podría conllevar unos cuantos.

—¿Por qué iba a dejar que me pegaran un tiro por ti?

—Porque pago mejor que nadie. —Con una sonrisita, añadió—: Además, te proporcionaré un atuendo antibalas decente. Con un poco de suerte, a lo mejor hasta sales con vida.

—No me asusta morir.

Angel sonrió ahora, al rememorar sus palabras. No le asustaba nada. Ni morir en uno de los camiones de la basura de Vegas, ni Catherine Case. A esas alturas llevaba tanto tiempo enfrentándose a la muerte que se habían convertido en amigos inseparables. Esa señoritinga con pinta de muñeca no era nadie. Angel llevaba a la Santa Muerte tatuada en la espalda. Había dejado su vida en manos de la Flaca. La muerte y él eran novios.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Encajas con el perfil que busco. Eres agresivo, pero sabes controlar tus impulsos. Eres inteligente. Eres flexible y sabes amoldarte a las circunstancias. Eres obstinado. —Lo miró a los ojos—. Y por si fuera poco, además, eres también un fantasma. No tenemos ninguna documentación sobre ti. Encontramos unas cuantas huellas dactilares en un correccional de El Paso, pero ese sitio... —Se encogió de hombros—. Quizá en México sepan algo, pero aquí no eres más que un fantasma. Y los fantasmas pueden ser muy útiles.

—¿Qué necesitas que haga este fantasma?

También ella había sonreído antes de responder:

—¿Se te da bien cortar cuellos?

Hubo más reclutas, pero casi todos ellos terminaron evaporándose con el paso del tiempo. Algunos casi de inmediato, eliminados en los campos de adiestramiento de los guripas y los ejercicios policiales. Algunos tiraron la toalla por voluntad propia. Algunos no consiguieron satisfacer los requisitos de Case, cada vez más exigentes.

La primera vez que lo contrató, Angel pensaba que la mujer quería un tirador. Pero estaba obligándole a aprender todo tipo de cosas, desde interpretar contratos legales a plantar explosivos. Mucha gente se quedaba por el camino. Angel se superaba a sí mismo.

Y a cambio, la Reina del Colorado lo nombró caballero. Le concedió permisos de residencia en Cypress 1. Le concedió permisos de conducir y cuentas bancarias, placas y uniformes. El del Camel Corps primero, pero hubo más, y no todos le correspondía a ella entregárselos. La Patrulla Estatal de Colorado. La División de Investigaciones Criminales de Arizona. La Guardia Nacional de Utah. La Oficina de Reclamaciones. El Departamento de Policía de Phoenix. La Oficina de Gestión Territorial. El FBI. Las identidades, los vehículos, los uniformes y las placas iban y venían, dependiendo de dónde la Reina necesitara un cuchillo. Angel adoptaba los distintos papeles con una naturalidad camaleónica, cambiando de color para amoldarse a cada nuevo cometido, mudando de identidad como mudan de piel las serpientes.

Quienquiera que hubiese salido de aquella celda, hacía ya muchas pieles de eso.

Una oleada de aire caliente irrumpió en el coche al abrirse la puerta del Tesla. Ortiz, deferente, la sostuvo para su jefa. Case se sentó en el asiento del copiloto antes de recoger sus esbeltas piernas en el interior. Asintió con la cabeza para Ortiz. La puerta se cerró con un golpe seco, bloqueando la luz y el calor. Los envolvió el frescor del aire acondicionado.

—Qué paranoicos estamos, ¿no? —comentó Angel, rompiendo de repente el silencio.

Case se encogió de hombros.

—El número de amenazas se ha multiplicado —dijo—. Estamos en la fase final del Conducto Oriental.

—Creía que eso se había quedado parado.

—Al final Reyes ha conseguido ahuyentar a los rancheros que disparaban contra nuestras cuadrillas de excavación. Ahora tenemos drones que patrullan los cuatrocientos kilómetros de una punta a otra, así que como a alguien se le ocurra siquiera acercarse a husmear por las inmediaciones del conducto, se arriesga a que lo lapidemos con una lluvia de Hades y Hellfire. La región de las sierras y los valles está a punto de quedarse como la suela de una alpargata.

Solo entonces, al sonreír Case, distinguió Angel los primeros indicios del paso de los años. Cualesquiera que fuesen los tratamientos de Hollywood a los que debía de estar sometándose, daban buen resultado. Apenas la insinuación de unas patitas de gallo en las comisuras de los ojos, nada más. Ni un pelo fuera de su sitio. Su atuendo era siempre impecable. Su maquillaje, su información, sus planes... todo ello perfectamente analizado y organizado. A Case le gustaban los detalles, todos los detalles. Buscaba pautas, las hacía encajar y les daba la vuelta para utilizarlas en su propio provecho.

—Así que ahora vienen a por ti —dijo Angel.

—En Evaluación de Amenazas están siguiendo la pista de media docena de células. Según Ortiz, hay un par de ellas que parecen ir en serio. —Ladeó la cabeza para señalar las pintadas de los bloques de pisos que rodeaban el coche—. Casi te hacen echar de menos los viejos tiempos, cuando se limitaban a escribir editoriales y tirar de Photoshop para ponerle mi cara a alguna actriz porno.

—Así y todo —dijo Angel—, mucha seguridad por un puñado de rancheros cabreados, me parece a mí.

—Como Ortiz no deja nunca de recordarme, con una sola bala es suficiente. Y como no pueden abatir a los drones, se creen que les resultaría más fácil intentarlo conmigo.

—Peor para ellos.

—Me darían pena —se rio Case—, si no estuvieran empeñados en volarme la tapa de los sesos. Todas esas personas... enfervorizadas, llenas de... —Hizo una pausa, escogiendo sus palabras—. De «fe». Esa fe suya. —Asintió con la cabeza, complacida con el término empleado—. Como tienen tanta fe, se consideran con

derecho a desear que el mundo sea como a ellos les apetece. Pecan de inocentes, si te detienes a pensarlo. Todos esos chiquillos jugando con sus rifles en el desierto, fingiendo ser luchadores por la libertad. Inocentes, sí, como niños pequeños.

—Niños pequeños con armas de fuego.

—Un niño con una pistola, en mi experiencia, termina disparándose él solo. —Case decidió cambiar de tema—. Háblame de Carver City.

—Coser y cantar. —Angel se encogió de hombros—. Yu intentó regresar al interior. Quería suicidarse. Pero lo saqué a rastras.

—Te estás ablandando.

—Luego eres tú la que se queja de los pleitos por homicidio involuntario.

—Deberíamos captar a ese Yu. Siempre me ha gustado su dedicación. Preguntarle si le apetece trabajar a este lado del río.

—Cuando lo bajé del helicóptero, le dije que no se extrañara si recibía alguna oferta.

—No tendrías que haberlo dejado suelto. Ahora está en todos los noticiarios, venga a rajar de los cuchillos de agua de Las Vegas.

—¿En serio? ¿Un poblacho de nada como ese acapara los titulares?

—A los correveidiles les encantan los helicópteros negros.

—¿Quieres que presione a un par de personas? ¿Que la noticia pierda interés?

—No. —Case sacudió la cabeza—. Los correveidiles tienen la capacidad de atención de un mosquito. Mañana correrán detrás de algún supertornado en Chicago, o de la brecha en algún muro de contención en las costas de Miami. Nos quedaremos quietecitos, y pronto nadie se acordará de esto. Aunque Carver City gane una querrela colectiva dentro de un par de años, ya habrá dejado de existir como ciudad. Eso es lo único que importa. Carver City se quedará comiendo arena, y nosotros nos quedaremos con su agua.

—¿Por qué será entonces que no pareces contenta? —preguntó Angel—. Carver City está lista. Siguiendo. Habrá que cortar algo más, ¿no?

—Me temo que no es tan sencillo. —Case frunció el ceño—. Carver City tenía inversores que el buen hacer de Braxton no sacó a la luz. Un proyecto de desarrollo ecológico arrendaba los derechos sobre el agua de Carver City. Arcología terrestre sostenible. Granjas verticales, viviendas integradas, agua reciclada en un ochenta y cinco por ciento... una especie de versión económica de los Cypress. Resulta que había un montón de gente en el ajo.

—Conque «gente», ¿no?

—Gente con contactos —matizó Case—. Un senador del este. Un par de representantes del estado.

El modo en que lo dijo hizo que Angel la observara de soslayo, sorprendido.

—¿Representantes del estado? ¿Del estado de Nevada, quieres decir? ¿Nuestra gente?

—Montoya, Kleig, Tuan, LaSalle...



Angel no pudo reprimir una carcajada.

—Pero ¿en qué diablos estarían pensando?

—En que sabían cuál era nuestra postura con respecto a Carver City, por lo visto.

—La puta que los parió. —Angel sacudió la cabeza—. Así que Yu parecía tan desconcertado. El muy cabrón se imaginaba que tenía un seguro a prueba de bombas. Tenía a nuestra gente en el bote. Cuando estuve allí, no paraba de decir que iba a cabrear a un montón de personas influyentes.

—Todo el mundo se guarda las espaldas como puede hoy en día —dijo Case—. Justo después de que cayera la depuradora de Carver City, recibí una llamada del gobernador.

—¿Él también estaba involucrado?

—Dios, no. Husmeaba en busca de información, intentando averiguar si planeábamos dar otro golpe.

—¿Cuáles son sus inversiones?

—Y yo qué coño sé. Es demasiado listo para decir nada por una línea en la que podrían estar grabándolo todo.

—Pero aún cuentas con su respaldo, ¿verdad?

—Bueno, como no va a ganar votos es dejando que Vegas se seque. Mientras yo siga proporcionándole el agua que necesita, la Autoridad Acuífera del Sur de Nevada tendrá carta blanca. Podremos seguir imponiendo impuestos, construyendo...

—Cortando.

—... y planeando el futuro económico de Nevada —concluyó Case, imponiendo su voz a la de Angel—. Cada vez que me doy la vuelta, sin embargo, me tropiezo con algún... gilipollas... empeñado en nadar y guardar la ropa. ¿Sabías que hay corredores que aceptan apuestas sobre qué ciudad será la próxima en perder sus derechos?

—¿Y a cómo están esas apuestas?

Case le lanzó una miradita de reojo, sarcástica.

—Procuro no meter las narices ahí. Bastantes pleitos por conflictos de intereses tengo ya con los desarrollos de Cypress.

—Ya, pero yo podría forrarme.

—La última vez que miré, no vi que estuvieras en la miseria, precisamente. —Case observó el suburbio muerto con los párpados entornados—. Antes creía que, en nuestra gente, al menos, se podía confiar. Ahora, si no estoy mirando por encima del hombro por si algún paleta armado con un rifle intenta acercarse por la espalda, es porque tengo que vérmelas con algún chupatintas que se dedica a filtrar nuestra estrategia de pujas por el agua a cambio de un permiso de residencia en Los Ángeles. Una ya no puede fiarse de nadie.

—Fue Braxton al que se le pasaron por alto todos esos representantes estatales, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Nada, es solo que a él no suele escapársele nada. —Angel se encogió de hombros—. O no solía escapársele nada, al menos.

Case lo miró de soslayo, encrespada.

—¿Insinúas?

—Nada, que antes no la cagaba tanto, eso es todo.

—Joder. Y luego la paranoica soy yo.

—Solo hace falta una bala, ya sabes.

—Braxton no nos ha vendido. —Case miró a Angel con expresión amenazadora—. Y no necesito que mi mejor cuchillo de agua y el director de mi departamento legal empiecen a tirarse los trastos a la cabeza.

—Por mí, ningún problema. —Angel levantó las manos, sonriendo de oreja a oreja—. Mientras Braxton no me sople en la nuca, yo no le haré morder la almohada.

Case emitió un suspiro de irritación.

—Con lo fácil que era esto antes.

—Antes de que llegara yo.

—No tanto. Hubo un tiempo en el que bastaba con negociar un proyecto de intercambio de aguas con San Diego o desacreditar la productividad de una planta desalinizadora para quedar como un genio. Pero ¿ahora? —Case sacudió la cabeza—. Ellis dice que California ha apostado guripas a lo largo de todo el río, hasta Wyoming y Colorado. Ha visto sus chopperes en el nacimiento del río Green y el Yampa.

Angel la observó de reojo, incapaz de disimular su sorpresa.

—Ignoraba que Ellis estuviera trabajando tan lejos río arriba.

—Intentamos averiguar quién ostenta los derechos sénior allí. Por si acaso hace falta que comencemos a lanzar nuevas ofertas de compra. —La expresión de Case se crispó—. Y California ya está en posición, llevándose los derechos de la Cuenca Alta delante de nuestras narices. Creíamos que renegociar las transferencias de agua del Pacto jugaría a nuestro favor. Ahora resulta que me acojono solo de pensar en ello. Es como si fuéramos a rebufo de ellos. Como nos descuidemos, California podría hacerse con Colorado o con Wyoming de golpe. Canalizarían la parte baja del Colorado, reclamarían las reservas de evaporación y a continuación comprarían la parte alta del río.

—Las reglas están cambiando.

—O a lo mejor es que nunca hubo reglas. A lo mejor lo único que tenemos son meras costumbres. Cosas que hacemos sin saber muy bien por qué. —Case se echó a reír—. ¿Sabías que mi hija todavía tiene que recitar el juramento a la bandera en el cole? Tengo tres milicias distintas asignadas a abatir a todos los zonales y tejanos que crucen nuestra frontera, pero Jessie aún se pone la mano en el pecho y declama el dichoso juramento. Imagínate. No hay ni un solo estado que no disponga de su propia patrulla fronteriza, y mi pequeña todavía se considera ciudadana de Estados Unidos.

Angel se encogió de hombros.

—Eso del patriotismo nunca se me dio bien.

—No —se carcajeó Case—, no hace falta que lo jures. Pero algunos creíamos en él. Ahora solo enarbolamos la bandera americana para evitar que los federales se nos echen encima por no dejar de reclutar milicianos.

—Los países... —Angel dejó la frase flotando en el aire mientras rememoraba su antigua vida en México, antes de los Estados de los Cárteles—. Vienen y van.

—Y generalmente sin que nos demos ni cuenta —añadió Case—. Hay una teoría que sostiene que, si nuestro vocabulario no contuviera las palabras correctas, ni siquiera seríamos capaces de ver más allá de nuestras narices. Si no podemos describir nuestra realidad con exactitud, tampoco podremos verla. No al revés. De modo que seguimos hablando de «México» o «Estados Unidos», y quizá esos términos nos impidan ver lo que tenemos delante. Nuestras palabras son nuestra venda en los ojos.

—Solo que tú siempre ves más allá de tus narices.

—Bueno, a veces me siento como si estuviera volando a ciegas. —Case comenzó a contar con los dedos—. Aquel depósito de nieve en las Rocosas... como si nunca hubiera existido. Nadie supo preverlo. —Tic—. Las tormentas de polvo y los incendios forestales están cargándose nuestros sistemas de paneles solares. Nadie supo preverlo. —Tic—. Todo ese polvo está acelerando el derretimiento de la nieve, de modo que incluso en un año bueno, desaparece demasiado rápido o directamente se evapora. Nadie supo preverlo. —Tic—. Las centrales hidroeléctricas. —Soltó una carcajada—. Una ruina, menos en primavera, porque es imposible acumular una cantidad aceptable en los embalses. —Tic—. Por no hablar de California y todos esos derechos que asegura tener sobre el río.

Case se quedó contemplando la palma de su mano, extendida, como si pudiera adivinar el futuro en sus líneas.

—Ahora tengo a Ellis en el Gunnison, lanzando ofertas a diestro y siniestro, pero temo que también allí hayamos llegado demasiado tarde. Es como si no nos pudiéramos tomar un respiro. Como si siempre tuviéramos a alguien un paso por delante. Alguien que ve las cosas con más claridad que nosotros. Alguien cuyo vocabulario está mejor adaptado para describir lo que nos depara el futuro.

—¿Seguro que no quieres que investigue a Braxton?

—Que te olvides de él. Ya he ordenado que lo investiguen.

A Angel se le escapó una carcajada.

—¡Lo sabía! A ti tampoco te gusta.

—No es cuestión de gustos, sino de confianza. Además, tienes razón: antes no solía cagarla. —Case hizo una pausa—. Me gustaría que investigases otro asunto, no obstante. En Phoenix.

—¿Vas a pedirme que corte el PAC? Esta vez sería la definitiva.

—No. —Case sacudió la cabeza con vehemencia—. No volveríamos a salir impunes de algo así. No sin un respaldo legal en condiciones. Ahora los federales tienen drones de vigilancia, y lo último que necesitamos es una concentración militar

en el lado de Arizona. No. Lo que quiero es que bajas a Phoenix y husmees por ahí. Algo me da mala espina, pero no consigo precisar qué.

—¿Qué habría que precisar?

—Si lo supiera, no tendría que enviarte a ninguna parte. Sospecho que se me escapan los detalles de esta historia, sea cual sea. También de California están llegando rumores. Andan cabreados por algo.

—¿De dónde salen esos rumores?

Case enarcó una ceja en su dirección.

—Vayamos por partes, ¿de acuerdo? Límitate a husmear, de momento. Quiero otro par de ojos allí abajo. Un par de ojos independiente.

—¿Quién lleva Phoenix?

—Guzmán.

—¿Julio?

—El mismo.

—Es de los buenos.

—Ya, en fin, ahora está cagado de miedo y no para de implorar que lo saquemos de ahí. Se queja de que ha perdido a muchos hombres. Suena como un perro acobardado bajo la mesa la noche del Cuatro de Julio.

—Era de los buenos.

—Será que lo he dejado demasiado tiempo allí abajo. Todo apuntaba a que Phoenix tenía los días contados, así que lo mantuve en su puesto. Pero ahora resulta que están luchando con uñas y dientes. ¿Sabías que incluso han empezado a construir una arcología? Ya hay una parte lista y en funcionamiento.

—Un poquito tarde para eso.

—Narcodólares y yuanes de energía solar. Por lo visto con esa combinación no hay nada imposible.

—El agua fluye a donde está el dinero.

—Bueno, entre los Estados de los Cárteles y los desarrolladores de energía chinos...

—Estamos hablando de mucho dinero.

—Sospecho que Phoenix podría reincorporarse a la partida. Julio me contó hace unas semanas que le habían dado un soplo de los gordos. De repente, las cosas se tuercen, le entra el pánico y suplica que le ayudemos a cruzar el río. Quiero que averigües por qué estaba Julio tan emocionado antes de empezar a asustarse hasta de su sombra. No hay muchas personas en las que confíe ahora mismo, y esto... —Dejó la frase inacabada, flotando en el aire—. Me da mala espina, eso es todo. Quiero que me presentes los informes a mí, sin intermediarios. No utilices los canales de la AASN.

—¿No quieres que el gobernador fisgue por encima de tu hombro?

Case adoptó una expresión asqueada.

—¿Sabes?, hubo un tiempo en el que una se podía fiar de los suyos.

Continuaron hablando de temas insustanciales durante unos minutos, pero Angel sabía que la concentración de Case ya se había volcado sobre el siguiente de sus problemas. Él había recibido su encargo, encajaba en el mosaico que tenía ella del mundo, y ahora su mente inquieta podía ocuparse de otros menesteres. Case le deseó buena suerte un rato después y se apeó del Tesla.

Su séquito de vehículos suburbanos acorazados se alejó triturando más esquirlas de vidrio, dejando a Angel a solas, con la mirada perdida en el desolador panorama que Case había creado de un mero plumazo.

Había una camioneta estacionada en punto muerto en el callejón que se extendía tras la casa de Lucy, emitiendo un ronroneo de combustible depredador. Llevaba diez minutos refunfuñando allí fuera y no parecía tener la menor intención de marcharse.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Anna. La hermana de Lucy la observaba sin pestañear desde la pantalla del ordenador, con una expresión mezcla de frustración y compasión apenada. La fría luz gris de Vancouver entraba a raudales por los ventanales que ocupaban la pared a su espalda—. Si quieres irte, no pasa nada.

La camioneta no se largaba. Su motor aumentó las revoluciones, estremeciendo las ventanas de Lucy antes de reinstalarse en sus reverberantes gruñidos.

Lucy se refrenó para no salir a la calle y desafiar a aquellos capullos.

—... De decir que es espantoso —estaba contándole Anna—. No tienes que demostrarle nada a nadie. Te has quedado mucho más que ningún otro periodista asignado ahí abajo. Les has demostrado quién manda, así que márchate ya.

—No es tan fácil.

—¡Pero cómo que no! Sí que lo es, para ti. Eres ciudadana de Nueva Inglaterra. En estos momentos debes de ser una de las pocas personas capaces de salir de ahí sin que nadie le ponga ninguna traba. Pero, por el motivo que sea, no quieres irte. Papá dice que estás pidiendo a gritos que te liquiden.

—De eso nada. Créeme.

—Pero estás asustada.

—No estoy asustada.

—¿Entonces para qué llamas?

Ahí Anna la había pillado. Lucy no llamaba nunca, ese papel le correspondía a su hermana. Esta era la encargada de mantener la relación. Anna, que aún conservaba sus modales de la costa Este y seguía enviándole postales navideñas todos los años: postales de verdad, en papel de verdad, confeccionadas con tijeras de verdad y la ayuda de sus muy reales y adorables enanos. Intrincadas imágenes de copos de nieve y abetos para acompañar las cajas de regalo con lacitos rojos que contenían los microfiltros de recambio de REI para las mascarillas contra el polvo de Lucy. Anna siempre estaba ahí, buscándola. Manteniendo el contacto. Preocupándose.

—¿Lucy?

Lucy se fijó en que en las ventanas de Anna no había ni un solo barrote. Sus paneles de cristal estaban perlados de gotas de lluvia, y el jardín que se veía tras ellos era esmeralda, y no había ni un solo barrote que garantizara la seguridad de la familia de Anna.

—Ahora las cosas se han vuelto un poquito... complicadas —dijo al fin Lucy.

En su cabeza esto se traducía como: «Alguien le ha arrancado los ojos a un amigo mío antes de dejarlo tirado en plena Milla de Oro», pero Anna no podía descifrar sus palabras, lo cual posiblemente fuera lo mejor para ambas.

En la calle, el motor de la camioneta volvió a aumentar las revoluciones.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Anna.

—Un camión.

—¿Quién diablos sigue fabricando camiones así?

Lucy se obligó a soltar una risita.

—Forma parte de la cultura.

Stacie y Ant también se reían fuera del encuadre, jugando con sus Legos, maquinando alguna nueva creación de las suyas con la que perseguir al gato por toda la casa. Lucy reprimió el poco menos que irresistible impulso de extender la mano y tocar la pantalla.

—No tengo intención de mudarme. Me apetecía saludar, eso es todo.

—¡Mamá, mira! —chilló Stacie—. ¡El Huraño Pete se lo está comiendo! —Más carcajadas.

Anna se dio la vuelta para ordenarles a sus hijos que bajaran la voz, pero hasta Lucy podía darse cuenta de que no hablaba en serio.

Las risas de Stacie y Ant se redujeron a meros susurros durante un momento, antes de estallar en carcajadas de nuevo. Lucy vio al gato de refilón, montado en el capó del todoterreno que había construido la parejita. Stacie llevaba un casco de fútbol americano en la cabeza, y Ant lucía la máscara de luchador que le había regalado Lucy la última vez que estuvo allí de visita.

Era algo surrealista, sus dos realidades separadas por el fino velo de una pantalla de ordenador, tan cerca que Lucy se imaginó que, si agarrara un martillo, podría romper la distancia que los separaba y cruzar hasta aquel refugio frondoso.

Anna se puso seria otra vez.

—En serio, a ver, ¿qué pasa ahí abajo?

—Es... —A Lucy se le truncó la voz—. Es que os echaba de menos.

«Es agradable ver que aún queda un lugar donde los niños desconocen el miedo.»

Ver que Stacie y Ant estaban vivos y bien hizo que se acordase del primer cadáver que le había tocado cubrir cuando no era más que una muchacha, apenas unos años mayor que Stacie. Una niña hispana, preciosa, destrozada como una marioneta y desnuda en el fondo de una piscina. Lucy aún podía recordar a Ray Torres de pie junto a ella, dándole una calada al cigarro, diciéndole:

—No hace falta que escribas sobre los muertos.

Lucy recordaba a Torres como el clásico y juvenil poli bueno con la cabeza cubierta por un clásico y juvenil sombrero vaquero a juego con sus ceñidos Levi's lavados a la piedra. Un cinturón ancho con una hebilla enorme y un par de lustrosas botas camperas de color gris completaban su atuendo. Su mohín socarrón se escudaba tras unas envolventes gafas de espejo reglamentarias cuyo programa de reconocimiento facial estaba ejecutándose mientras hablaban.

—En esta ciudad hay carroña de sobra con la que cebarse —añadió.

Un puñado de médicos y policías merodeaban alrededor de la pequeña tirada en el

árido lecho de la piscina, pateando el polvo en torno al cadáver, esforzándose por comprender lo que tenían delante.

Al ver que Lucy hacía oídos sordos a sus palabras, Torres había vuelto a la carga.

—A un bellezón de Connecticut como tú no le conviene escribir sobre este tipo de cosas.

—No me digas qué es lo que me conviene o me deja de convenir —le espetó Lucy.

Al menos así era como lo recordaba ahora. En su cabeza se comportaba como la chica dura que le gustaría haber sido, plantándole cara a un poli condescendiente. Recordaba con total nitidez, eso seguro, que Torres se había tocado el ala del sombrero por toda respuesta antes de que sus piernas arqueadas lo condujeran a la ambulancia para reunirse con los demás agentes y los sanitarios.

Se habían deshecho de la pequeña como de una bolsa de basura. No debía de contar ni quince años de edad, pero ya estaba muerta en el fondo de un sucio socavón turquesa, más azul que el cielo sobre sus cabezas.

Los perros salvajes la habían encontrado allí abajo y se habían entretenido con ella, revolcándola en todas direcciones, sacándole las entrañas y dejando un rastro de fango ensangrentado al huir ante la llegada de la policía científica. La sangre de la muchacha se había coagulado. Los arañazos de sus rodillas estaban cubiertos de sangre negra y polvo gris. Una chiquilla con el pelo negro muy corto y corazoncitos de plata por pendientes que podría haber sido cualquiera, solo que ya no iba a ser nadie.

Torres y sus amigos se dedicaban a bromear entre ellos, fumando y lanzando ocasionales miraditas furtivas en dirección a Lucy. Diciendo cosas en español que a ella se le escapaban. Por aquel entonces el español de Lucy era una mierda. Se había obligado a acercarse al borde de la piscina y contemplar los brazos y las piernas destrozadas de la pequeña durante mucho más tiempo del que le habría gustado, sintiendo los ojos de los hombres puestos en ella, empeñada en demostrarse a sí misma que la mirada de Torres no la intimidaba.

Y entonces Torres había vuelto a su lado y, tras saludarla de nuevo tocándose el ala del sombrero, insistió:

—En serio. No escribas acerca de los cadáveres. Tienen la costumbre de causar demasiados problemas.

—¿Qué pasa con ella? —le había preguntado Lucy—. ¿No se merece que la recuerden?

—¿Ella? Ahora eso le importa un pimiento. Diablos, a lo mejor hasta se alegra de no estar aquí. A lo mejor hasta se alegra de haber encontrado una salida de este puñetero lugar.

—¿Ni siquiera vais a investigar?

El vaquero se carcajeó.

—¿Investigar qué? ¿Otra tejana muerta? —Sacudió la cabeza—. Joder. La ciudad



entera sería sospechosa. ¿Quién echa de menos a esta gente?

—Me repugnas.

—Oye. —Torres le agarró el brazo—. Lo de los cadáveres va en serio. Si quieres labrarte un nombre en la sección de sucesos, hay muchas cosas que ver. Pero algunos cuerpos —dijo inclinándose hacia la muchacha del fondo de la piscina vacía— solo dan quebraderos de cabeza.

—¿Qué tiene de especial esta chica?

—Hagamos una cosa. Te pondré en contacto con el editor del *Río de Sangre*. Puedes cubrir todos los asesinatos que te apetezca para ellos. Incluso podría enseñarte un par de escenarios en exclusiva, si quieres. Después de esta muchacha me esperan en Maricopa; dos cholobis, cosidos a balazos desde un coche en marcha. Y luego aún tengo que examinar a otros cinco piscineros, en cuanto vuelva mi socio.

—¿Piscineros?

Torres se echó a reír, exasperado.

—Hay que joderse, bonita. Pues sí que estás verde. —Se alejó mientras hablaba, sacudiendo la cabeza, sin dejar de reírse por lo bajo—. Como una panoja.

Por aquel entonces Lucy ignoraba lo fácil que era escribir lo que una no debía. Lo fácil que era acabar desplomada sobre el volante de tu propio coche, con una bala en la cabeza.

Por aquel entonces estaba verde como una panoja, sí; igual que lo estaba ahora su hermana.

—Podrías venirte a vivir con nosotros, ¿sabes? —estaba diciéndole Anna—. Arvind puede arreglarlo todo a través del Programa de Expertos Nacionales. Puedes venir a la universidad, primero. Con tus credenciales, te concederían todos los visados en un abrir y cerrar de ojos. Además, a Stacie y Ant les encantaría tenerte aquí en casa.

—Pero si eso está lleno de moho. —Lucy intentó que su risa sonara sincera—. Hasta a las bragas les sale verdín. No veas tú la de estudios que demuestran lo perjudicial que es eso para la salud.

—Ponte seria, Lucy, haz el favor. Te echo de menos. Y los niños. Ahí abajo estás sola. Y aquí los hombres son muy agradables.

—Agradables y canadienses.

—Agradables y canadienses, sí. Como Arvind.

Lucy observó a su hermana con expresión derrotada. No se le ocurría qué más añadir. Anna se la quedó mirando fijamente, sintiéndose igual de impotente; mordiéndose la lengua para no soltarle un sermón, todas las cosas que ardía en deseos de decirle pero no se atrevía.

«Estás loca.»

«Eres gilipollas.»

«No he visto nunca a nadie tan empeñado como tú en suicidarse.»

«La gente normal no hace esas cosas.»

Todo ello confinado al silencio porque ¿qué sentido tenía ponerse a discutir otra vez?

Por mucho que a Lucy le apeteciera atravesar el espejo y entrar en el mundo de su hermana, lo cierto era que no quería infectar el entorno de Anna con todas las cosas que anidaban en su interior ahora. Quería... no, necesitaba que ese cristal continuara interponiéndose entre ellas, protegiendo a Anna, a Arvind y a los pequeños. Significaba que todavía quedaba un lugar sobre la faz de la tierra que no se estuviera desmoronando.

Anna tiró la toalla, al cabo, y se obligó a decir entre risas:

—Ya sé que soy una pesada, pero no me retires el saludo por eso. Sabes que te quiero.

—Te quiero, por eso te pego.

—Ni más ni menos. —La sonrisa de Anna se ensanchó, atirantada por todas las cosas que ella misma se prohibía expresar en voz alta. Le dio la espalda a la cámara—. ¡Stacie! ¡Ant! Venid a hablar con la tía Lucy. ¡Os habéis pasado toda la semana diciéndome las ganas que teníais de verla y ahora vais y no le hacéis ni caso!

Los niños entraron en el encuadre, tan adorables como siempre, y Lucy pensó que con unas criaturitas tan maravillosas como Stacie y Ant sí que merecía la pena tener descendencia. También Arvind se dejó caer por delante del monitor, dirigiéndole una sonrisa, tan chocante como siempre su piel morena en comparación con la palidez de su esposa, para llevarse a los niños a que se lavaran las manos antes de sentarse a almorzar.

Anna apoyó las yemas de los dedos en la pantalla.

—Me preocupo por ti —murmuró—. Eso es todo. No puedo evitarlo.

—Ya lo sé —dijo Lucy—. Yo también te quiero.

Se despidieron y cortaron la conexión. Lucy se quedó contemplando la pantalla oscurecida sin parpadear, pensando en todas las advertencias, las recomendaciones y los consejos que la gente se callaba por miedo a estropear una relación, pese a ver cómo se cernía el desastre sobre el horizonte.

«Me preocupo.»

—Y yo —musitó Lucy. La verdad que no podía confesarle a Anna.

Fuera, en el callejón, el motor del camión ganó revoluciones de nuevo. Irritada, Lucy se levantó de la silla y agarró su pistola.

—De acuerdo, gilipollas. A ver lo valiente que eres.

La repentina agitación de Lucy provocó que Sunny agitara la cola, expectante.

—¡Quieto! —le ordenó Lucy.

Descorrió los cerrojos, introdujo un cargador en la recámara, respiró hondo y abrió la puerta de golpe.

Cruzó el patio, bañado por un sol de justicia, dando vigorosas zancadas. El camión aguardaba justo al otro lado de la valla de tela metálica, ronroneando. Pintura de color cereza, gigantescos neumáticos tuneados, ventanillas tintadas.

Lucy no podía ver al conductor a través del cristal, pero sabía que la estaba observando. Sostenía la pistola a la altura de la cadera, lista para levantarla y disparar, preguntándose si habría alguien apuntándola a ella desde el interior de la cabina. Preguntándose si no debería haber abierto fuego ya.

—¿Qué quieres? —preguntó a voz en cuello mientras seguía acercándose—. ¿Qué coño quieres?

El motor de la camioneta profirió un rugido. Sus neumáticos escupieron una estela de agua y salió disparada, devorando la escasa extensión del callejón, dejando un rastro de polvo y Clearlac usados ondeando a su paso.

Lucy asistió a la espantada del vehículo con el corazón martilleando en su pecho, envuelta en un lánguido remolino de etéreas motas de polvo. Tosió y se enjugó el sudor con el antebrazo, lamentando no haberse quedado con la matrícula.

«¿Estaré volviéndome loca de verdad?»

O bien alguien había empezado a acosarla, o bien acababa de estar a punto de disparar contra algún mocoso inocente por culpa de la paranoia que amenazaba con hacerle perder la cabeza. Fuera como fuese, se mascaba la tragedia. Prácticamente podía oír a Ray Torres y a Anna, pidiéndole a gritos que echara a correr como si su vida dependiera de ello.

Un coro griego enterito, atronando dentro de su cabeza.

Sunny se puso a ladrar en la casa, contrariado por el abandono del que había sido objeto. Lucy se acercó a la puerta y la abrió. El perro salió brincando, una ávida exhalación de chapas tintineantes y ondeante lengua rosada.

Trotó hasta su camioneta y se sentó en el suelo, esperando a que Lucy le abriera la puerta de la cabina.

—Ay, Dios. Tú también no.

Al son de los expectantes jadeos de Sunny, Lucy se embutió la pistola en la cinturilla de los vaqueros.

—No vamos a salir de paseo —advirtió al animal.

La expresión de Sunny denotaba su contrariedad.

—¿Qué pasa? Si quieres volver adentro, perfecto. O puedes quedarte fuera. Yo voy a barrer. Pero no esperes que salgamos ahora con la camioneta.

Sunny se arrastró debajo del vehículo y se dejó caer en el suelo. Lucy cogió la escoba. Los ojos del animal no se despegaban de ella, cargados de reproche.

—Tú y Anna —refunfuñó Lucy.

Comenzó a barrer las baldosas de arenisca del patio, aniquilando las pálidas dunas que se habían instalado en los ángulos de reposo que rodeaban la casa. No tardó en envolverla una nube de polvo que le provocó estornudos y toses. Casi podía oír a Anna, regañándola por ser tan descuidada con sus pulmones.

Al principio Lucy había utilizado religiosamente la mascarilla, cambiando los filtros cuando tocaba para resguardarse los pulmones del humo de los incendios forestales, el polvo y la fiebre del valle. Pero transcurrido un tiempo costaba seguir

preocupándose por los *Coccidioides* invisibles que flotaban en el aire. Este era su hogar. Esta era su vida. Las expectoraciones secas formaban parte del lote.

Recordaba el modo en que su reluciente mascarilla de REI colgaba alrededor de su cuello la primera vez que llegó a Phoenix. Recién salida de la escuela de periodismo y lista para desenterrar la noticia del siglo.

Dios, que si estaba verde.

Una vez limpio el patio, Lucy apoyó una escalera en la pared y se encaramó al tejado plano de la casa.

Desde la terraza, Phoenix se extendía ante ella: el tráfico y los suburbios, una polvorienta estepa de casitas bajas y viviendas unifamiliares abandonadas, arrumbadas a lo largo y ancho de la lisa cuenca desértica. Mesa, Tempe, Chandler, Gilbert, Scottsdale: los restos de un mar metropolitano que había inundado la cuenca abierta, llenándola de edificios y bulevares rectos como flechas hasta chocar con las montañas tachonadas de saguaros que demarcaban sus límites.

El sol caía a plomo, abrasador e implacable, llameando a través del turbio velo de tierra pulverizada que levantaban los coches. Incluso en los días despejados, como este, el cielo solo se mostraba azul de verdad si se miraba directamente hacia arriba.

Lucy se esparció el sudor embarrado por toda la frente y se preguntó si no se le habría olvidado ya cómo era el azul de verdad.

Cabía la posibilidad de que elevara la vista hacia el firmamento y lo calificara de azul, gris o anaranjado cuando en realidad no era de ninguno de esos colores. Aquí el polvo empañaba el aire de día y de noche, y cuando no era el polvo, era el humo ceniciento de los incendios forestales de California.

Quizá hubiera olvidado ya cómo era el color azul, y este ahora solo existía en su imaginación. Quizá llevase tanto tiempo en Phoenix que ahora se inventaba los nombres de todo tipo de cosas que ya no existían.

Azul. Gris. Despejado. Nublado. Vida. Muerte. Seguridad.

Podía calificar el cielo de azul, y quizá lo fuese. Podía calificar su vida de segura, y quizá sobreviviese. Pero, en realidad, quizá ninguna de esas cosas existiera ya. Quizá el azul no fuese más que otro espejismo, como Ray Torres y su sonrisita condescendiente. Nada duraba para siempre en Phoenix.

Lucy puso manos a la obra, quitando a paladas el polvo que la tormenta había depositado en sus colectores, exponiendo al sol las negras superficies de silicio de GE y Haier. Escupió en el cristal y frotó como pudo para eliminar el barro de las muescas y los arañazos, restregando más tiempo del necesario, sabiendo que estaba comportándose como una obsesa pero sin detenerse por ello, porque era más fácil limpiar la casa que afrontar lo que había visto la noche anterior y lo que eso significaba para ella ahora.

«¿Entonces para qué llamas?», había preguntado Anna.

«Para decirte que a un amigo mío le han arrancado los ojos, y me temo que yo voy a ser la siguiente», pensó.

No lograba quitarse de la cabeza el recuerdo de Jamie. Un cadáver desfigurado, abandonado justo delante del Hilton 6. Conservaba las fotos en su cámara. Ni siquiera se dio cuenta de que las había sacado cuando estuvo en el escenario del crimen. Puro reflejo.

La primera casi había resultado ser demasiado. Lucy dejó la cámara a un lado, abrumada por lo que había capturado, pero las imágenes seguían allí. El abrupto final de la historia que Jamie había intentado escribir para sí.

Lo recordaba sentado en el Hilton 6. Atildado y rebosante de confianza, diciendo: «Voy a convertirme en un puto pez gordo, Lucy. Tendré mi propia piscina, me rodearé de chulazos de los que quitan el hipo y, en cuanto me estampen el sello en el visado de Cali, por aquí no volveréis a verme el pelo en la vida».

Qué bien programada la tenía, esa vida.

Jamie era demasiado listo para echar raíces en un solo sitio. Demasiado listo para que le permitieran vivir.

Lo recordaba también la noche del acuerdo. Nervioso. Alisándose la chaqueta. Enderezándose la corbata. Sobrio, pero temblando de expectación. Lo recordaba sentado en su impecable habitación con un solo dormitorio, al que ella había acudido para inmortalizar el momento.

—Deberías dejarme ir contigo —le había dicho.

—Me caes bien, Lucy, pero no. Tendrás tu exclusiva cuando yo tenga el dinero.

—Temes que intente robarte tu parte —bromeó entonces ella, haciendo que él la mirara de golpe.

—¿Tú? No. —Jamie sacudió la cabeza—. Cualquiera otra persona en el universo, sí. Pero tú, no.

Lo recordaba arreglándose el nudo de la corbata una y otra vez, algo que normalmente hacía sin pensar pero que ahora le trabucaba tanto los dedos que al final a Lucy no le quedó más remedio que acercarse a echarle una mano.

—Gracias a Dios por las criptodivisas —había dicho Jamie—. Antes no podría haber realizado esta clase de negociaciones. No sin que saltaran las alarmas. Cuando todo esto acabe, debería ponerle una vela al santo patrón de Bitcoin y CryptGold.

—Habrías usado dinero en efectivo corriente y moliente.

Aquello hizo que a Jamie se le escapase una carcajada.

—¿Crees que se trata de ese tipo de acuerdo? —preguntó—. ¿Crees que esta es una de esas películas en las que el protagonista sale de su habitación de hotel con un par de maletas repletas de billetes de cien dólares bien planchaditos? Guapa... —Sacudió la cabeza—. No sabes pensar a lo grande.

—¿Cómo de grande es esto?

Jamie esbozó una sonrisita burlona.

—¿Cuánto estarías dispuesta a pagar con tal de mantener una ciudad entera con vida? ¿O todo un estado? ¿Cuánto estarías dispuesta a pagar con tal de evitar que la cuenca agrícola de Imperial Valley se convirtiera en un gigantesco tazón lleno de

polvo?

—¿Millones? —aventuró Lucy.

A Jamie se le escapó la risa de nuevo.

—Y por cosas así, Lucy, sé que no me traicionarás nunca. No sabes pensar a lo grande.

El ronroneo de un motor sacó a Lucy de sus cavilaciones. La misma camioneta de antes. El mismo gruñido depredador, sin nada que lo amortiguara. Empuñó la pistola.

Abajo, en el patio, Sunny se puso a ladrar. Corría de un lado a otro, a lo largo de la valla de tela metálica, mientras la camioneta roja circulaba con parsimonia por el callejón. Aminoró, una reluciente monstruosidad de color rojo, observando a Sunny, la casa y a ella.

Como un tiburón, nadando en círculos alrededor de su presa.

Lucy se agazapó y apuntó. Los ladridos de Sunny eran incesantes, estaba volviéndose loco. A Lucy le preocupó que saltase por encima de la valla y saliera corriendo detrás del vehículo.

La camioneta continuó circulando muy, muy despacio. Sin detenerse. Hasta que hubo pasado de largo.

Lucy se enderezó, viendo cómo se alejaba callejón abajo y dejaba atrás el campamento de okupas que había al fondo de la manzana.

Se preguntó si debería haber disparado.

El ruido del motor se apagó. Sunny dejó de ladrar y se retiró a la sombra del porche complacido consigo mismo, a juzgar por su expresión. Lucy siguió esperando, escuchando, pero la camioneta no dio media vuelta. La lección, sin embargo, estaba muy clara. No podía quedarse sentada, paralizada, más tiempo. Si no tomaba una decisión por sí misma, la tomarían otros por ella.

Lucy bajó de la terraza y se sacudió el polvo de la ropa. Se pasó los dedos por el pelo y cepilló a Sunny. Lo dejó dentro antes de ir a desnudarse a la sala antipolvo, con cuidado de dejar los residuos de la tormenta fuera de su hogar.

Sunny la observaba, expectante, cuando se puso la ropa de andar por casa antes de sentarse delante del ordenador.

Las primeras pulsaciones fueron titubeantes. Embriones lingüísticos. Un boceto, una historia. Y de improviso un torrente de letras, tecleando cada vez más deprisa, acompasado el movimiento de sus dedos, buscando la forma de su artículo, todas las palabras que se había abstenido de escribir durante más de una década porque estaba asustada. Todas las palabras, todas las acusaciones, brotaban de ella y se volcaban sobre la página, describiendo la forma del vórtice que amenazaba con devorarlos a todos.

Escribió acerca de los cadáveres. Escribió acerca de Ray Torres y de la piscinera sobre la cual la había advertido hacía ya tantos años. Escribió acerca de cómo había acabado, desplomado encima del volante de su camioneta, acribillado a balazos. Un hombre que sabía demasiadas cosas sobre demasiadas personas, que sabía dónde se

enterraban los cuerpos. Escribió acerca de Jamie y del cadáver abandonado en el que se había convertido. Subrayó su condición de persona, de individuo, con sus defectos, loco y apasionado. Un sátiro colérico y brillante. Lo describió como a alguien que bien pudiera sobrevivir a sus sueños y sus ambiciones, alguien cuya influencia no se dejaría borrar tan fácilmente como sus asesinos habían intentado borrarle la cara.

Cuando hubo terminado, Lucy publicó sus palabras junto con una foto del montón de polvo acumulado por la tormenta debajo del cual había acabado enterrado su amigo. Una lápida. Un recordatorio. Una oportunidad de que Jamie fuese algo más que otra pila de escombros entre los innumerables cascotes de Phoenix.

Se puso de pie, se desperezó y fue a sacar una cerveza de su diminuta nevera. Salió al porche y llamó a Sunny para que se reuniera con ella. Le sorprendió descubrir que el sol comenzaba a ponerse. Se había pasado el día escribiendo. Lucy brindó con la bola de fuego, roja como la sangre, que se hundía tras el horizonte sobre la urbe de Phoenix. Brindó por Jamie.

«No escribas acerca de los cadáveres. Tienen la costumbre de causar demasiados problemas.»

—A lo mejor es que los problemas nunca me han dado miedo.

Era agradable decirlo en voz alta. No buscaba sentirse a salvo. Buscaba la verdad. La verdad, siquiera por una vez.

Nada duraba toda la eternidad, así que, ¿por qué debería oponerse al destino? Phoenix caería, sin duda, igual que Nueva Orleans y Miami. Como habían caído Houston, Austin y San Antonio. Igual que había caído la costa de Nueva Jersey la última vez, sepultada bajo las aguas.

Todo moría. Las poblaciones sucumbían a los tornados, los incendios o las inundaciones, sucedía a todas horas. El equilibrio del mundo estaba cambiando. Ciudades enteras se tambaleaban cuando la tierra que las cimentaba se estremecía debajo de ellas y las tiraba al suelo de culo.

Quizá siguiera ocurriendo así siempre.

Quizá no fuera a acabar nunca.

Así que, ¿por qué correr? Si el mundo entero iba a ser pasto de las llamas, ¿por qué no afrontarlo con una cerveza en la mano, sin miedo?

Siquiera por una vez, sin miedo.

Lucy se pasó al tequila. Bebió en la oscuridad, agradeciendo el anochecer y el frescor de los treinta y ocho grados que este trajo consigo.

No pensaba encerrarse en casa, ni huir. Se quedaría aquí, cómodamente sentada en medio del humo, el polvo, el calor y los moribundos.

Formaba parte de Phoenix, igual que Jamie y Torres.

Este era su hogar.

No tenía la menor intención de abandonarlo.

## 6

La mañana le trajo a Maria una nueva colección de legañas, olor a humo en el pelo y la tos seca de Sarah.

Los rayos del sol del desierto cortaban la penumbra del sótano, revelando lánguidas motas de polvo, suelos de hormigón y agrietadas tuberías de plástico sobre sus cabezas, por las que alguna vez debieron de discurrir tanto el agua corriente como las fecales. Las venas de las arterias de una casa que llevaba años muerta.

A Maria no le hacía falta consultar el teléfono de Sarah para saber que se le habían pegado las sábanas. Era hora de despertar, hora de salir a la calle. Hora de vender el agua.

Las contadas prendas de vestir de Maria colgaban de sus clavos junto a los tops de tirantes y los pantaloncitos marcapapo que constituían el uniforme de trabajo de Sarah. Una rana disecada que Sarah había sacado de una casa abandonada para regalársela a Maria, justo después de que falleciera su padre, la observaba desde lo alto. Una repisa de cemento hacía las veces de tocador para el cepillo de plástico rosa de Maria, con el que se peinaban las dos, escrupulosamente ordenado junto a sus despeluchados cepillos de dientes, un puñado de desvencijados pasadores para el pelo y un par de tampones que Sarah reservaba por si acaso le tocaba trabajar la próxima vez que le bajara la regla.

Una maleta con ruedas, roja, rutilante de purpurina y cubierta de cicatrices, contenía el resto de su atuendo, en su mayoría procedente de Tammy Bayless, antes de que esta emigrara al norte con su familia. La muchacha usaba más o menos la misma talla que ellas, y había preferido regalarles la maleta llena de ropa antes de que su padre tuviera ocasión de venderla.

«Quedaos con ella y ya está», les había susurrado en la oscuridad.

Un día más tarde se había esfumado junto con el resto de su familia.

Maria rebuscó en la maleta y encontró un par de prendas que podrían pasar por limpias. A veces Sarah y ella las colgaban y las golpeaban con palos para sacudirles el polvo y la mugre. En ocasiones, Sarah se colaba con una bolsa llena de ropa interior en los hoteles en los que prestaba sus servicios y, si los hombres permitían que se duchase, aprovechaba para lavarla.

Maria se puso unos pantalones cortos y una camiseta de *Impávido* mientras relegaba al olvido los viejos tiempos, cuando su madre utilizaba una máquina para lavarle la ropa y después se la dejaba doblada encima de la cama.

Subió los escalones y giró la llave para abrir la puerta del sótano. El inesperado fulgor le cuajó los ojos de lágrimas. Una densa humareda flotaba en el aire, una neblina parduzca en el cielo sin nubes. Lo impregnaba todo un pegajoso olor a ceniza. El viento soplaba procedente de California y las sierras incendiadas, eso era innegable. Maria aguardó asomada a la puerta, atenta a todo cuanto la rodeaba.

Aún no había mucho movimiento. Tan solo el puñado de personas que tenían



empleo y sitios a los que ir: tejanos con la suerte de haber encontrado trabajo en la Arcología Taiyang, como su padre, profesionales con conocimientos de fontanería especializada, expertos en el manejo de sopletes cortadores o en el tratamiento de aguas residuales mediante cianobacterias. La familia Nguyen ya estaba arriba: hasta Maria llegaba el aroma del caldo de los fideos, y el humo de los tablonos en combustión se rizaba en volutas grises por encima de la valla de los vecinos, flotando lánguidamente en la atmósfera inmóvil del suburbio. La costa estaba despejada. Buen momento para ponerse en marcha.

Maria cerró la puerta otra vez y bajó la escalera sin hacer ruido para acuclillarse junto a Sarah. La zarandeó.

—Venga —le dijo—. Tenemos que irnos. Hay que llevar toda esta agua hasta el puesto de Toomie.

—¿Y por qué no la llevas tú sola? —refunfuñó Sarah.

—Te ganarás tu parte con el sudor de tu frente.

—Esta estafa del agua fue idea tuya, no mía. Yo soy una simple inversora.

—Ah, ¿sí? Dame esa sábana. —Maria tiró de ella para levantarla de la figura de Sarah, desvelando así la piel blanca y las braguitas de nylon rojo que tanto éxito cosechaban entre los hombres.

Sarah dobló las piernas flacuchas con fuerza contra su pecho y se hizo un ovillo, exhibiendo las marcas de bronceado que le ceñían los muslos como brillantes anillas.

—Venga ya, Maria, ¿por qué te pones así? Deja que me termine de despertar, por lo menos.

Maria le clavó un dedo en las costillas.

—La jugada solo está a medias, bonita. Arriba. Tenemos que convertir el agua en dinero. No podemos dormirnos en los laureles. Además, te necesito para acarrearla.

Maria imprimió un tono autoritario a su voz, fingiendo tener un plan y estar al mando de la situación cuando lo cierto era que el mero hecho de contemplar la tremenda cantidad de agua que habían acumulado, sabiendo el número de días de subsistencia en los que se traducía, bastaba para alterarle los nervios. Más de uno y más de dos se sentirían tentados de arrebátarsela sin más. Necesitaba ver esa agua convertida en efectivo. En billetes que luego podría embutirse en el sujetador con al menos un atisbo de esperanza de ser capaz de protegerlos.

—Los buitres nos sobrevuelan en círculos, guapa. Tenemos que hacerlo ya. Mientras todos duermen. Antes de que Toomie salga para el trabajo. Toomie es nuestro billete.

Sarah se sentó, recuperó la sábana y se la echó por la cabeza.

—Con lo dormidita que estaba.

A Maria le recordaba al gatito que se había encontrado una vez, maullando desconsolado dentro un cubo de basura cubierto de abollones. La cría era huérfana, seguramente porque algún yonqui la habría cazado para zampársela, así que allí estaba el pobre animal, encogido y suplicando por algo que no obtendría jamás.

Maria reconfortó como pudo a la diminuta criatura, comprendiendo su necesidad (la sed de una leche inaccesible, el desesperado afán de que alguien acudiera corriendo a tu lado y se ocupara de ti), pero uno no podía quedarse tirado sin más, rezando para que lo rescataran.

Sarah, sin embargo... La muchacha fingía ser dura, pero en el fondo no lo era. Incluso cuando salía a hacer la calle, lo que esperaba era que alguien se ocupara de ella. No dejaba de pensar que al mundo le importaba su miserable vida.

Sarah. Aquel gatito. Su padre. Todos eran iguales.

Maria le propinó un empujón a Sarah, con todas sus fuerzas.

—Que te levantes.

Sarah volvió a sentarse, alborotados sus rubios cabellos, guiñando los ojos.

—Ya voy, ya voy. —Empezó a toser. Los espasmos atenazaron todo su cuerpo, liberando el humo y la sequedad que se habían instalado en su pecho durante la noche. A tientas, buscó una de las botellas de agua.

—Te estás bebiendo nuestro dinero —le recordó Maria.

Sarah la miró con cara de pocos amigos.

—Querrás decir «mi» dinero.

Maria le devolvió el gesto, agarró su Clearzac y subió por la escalera del sótano.

A la turbia luz del amanecer, con las sandalias golpeteándole los talones, cruzó una explanada de grava roja hasta el emplazamiento de la letrina que excavara su padre, en el cobertizo que había detrás de la casa. «Retrete exterior», lo llamaba él, una pincelada de civilización en sus vidas, para no tener que irse a cagar a cualquier descampado como hacían todos los tejanos que no lograban encontrar un sanitario móvil a tiempo.

Maria cerró la puerta y la candó envolviendo un cordón alrededor de la cabeza del clavo dispuesto a tal efecto. Se acuclilló con los pies afianzados a los lados del hoyo, con la nariz arrugada por la peste, abrió el Clearzac y orinó dentro. Cuando hubo acabado, enganchó la bolsa en otra punta, terminó de vaciar la vejiga y se limpió con unos trocitos de papel de periódico que Sarah y ella habían arrancado del *Río de Sangre*. Se levantó los pantaloncitos cortos y se apresuró a abandonar el cubículo, con el Clearzac medio lleno en la mano, alegrándose de salir al turbio pero libre aire del amanecer.

—¿Cómo va eso del alquiler?

A Maria se le escapó un gritito y giró sobre los talones de golpe. A punto estuvo de que se le escurriera el Clearzac de entre los dedos cuando se le enredaron los pies y se quedó despatarrada en el suelo.

Vio a uno de los matones del Vet apoyado en la pared del retrete, oculto a medias por la puerta. Damien. Gruesas rastas rubias y un ojo vago con el que miraba torcido a todo el mundo, el rostro perforado de hueso y plata, y una tez pálida que se había quemado, bronceado y vuelto a quemar tantas veces que ya no era más que una despellejada colección de retales tostados, pardos y enrojecidos por el sol.

Maria lo fulminó con los ojos.

—Menudo susto me has dado.

Los agrietados labios de Damien se partieron en una sonrisita taimada. Orgullosa.

—Oooh, pero si no tienes nada que temer de mí, guapa. No quiero nada de ti... aparte del alquiler. —Hizo una pausa—. Entonces ¿qué pasa? ¿Lo tienes?

Maria se incorporó, sosteniendo con cuidado el ClearSac para que no derramar ni una gota. Resultaba sobrecogedor encontrarlo ahí plantado, como si nada, el frío recordatorio de que el hecho de que los Nguyen no dieran la voz de alarma no significaba que ella pudiera sentirse a salvo.

Quizá el padre de Maria les hubiera echado una mano llevando a la señora Nguyen a la tienda de la Cruz Roja en su camioneta después de que la mujer contrajera una sepsis durante el embarazo, pero eso no equivalía a que ahora estuviesen en deuda con Maria. No si así iban a enemistarse con alguien que podría aniquilarlos a todos.

—No me espíes de esa manera —dijo Maria—. No me gusta.

Damien soltó una carcajada por toda respuesta.

—Pobrecita tejana, que no le gusta que la espíen. —Se acercó a ella con paso arrogante—. Tómalo como una lección gratis, putita. A mucha gente se le da todavía mejor que a mí eso de espiar, y no hablemos ya de hacer daño. —Le levantó la barbilla con un dedo—. Las piscinas están llenas de chicas como tú. ¿Te doy un consejo? Este también es gratis: piensa como un conejo y levanta bien las orejas antes de salir de tu madriguera, ¿de acuerdo?

¿Por qué se fiaba de él?, se preguntó Maria. No eran amigos. La desalojaría sin contemplaciones como no reuniera el dinero necesario para pagar el alquiler, de eso no le cabía ninguna duda, o le sacaría toda la sangre y la vendería en el mercado negro, o prostituiría su culo hasta satisfacer la cuota del Vet.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, cuando rezaba suplicando protección, la mayoría de las veces lo hacía con el rostro de Damien en mente. Damien no era su amigo, cierto, pero tampoco odiaba a los tejanos. Cualesquiera que fuesen sus apetitos, no los satisfacía cebándose con personas como Maria. Menos daba una piedra.

—¿Has conseguido el dinero?

Maria vaciló antes de responder:

—Todavía tengo de tiempo hasta esta noche.

—Me lo tomaré como un «no».

Al ver que Maria no decía nada, Damien se echó a reír.

—¿Crees que conseguirás juntar el alquiler en las próximas doce horas? ¿Qué pasa, has empezado a vender ese culito tan prieto que tienes y no me lo habías contado?

Maria no contestó de inmediato.

—No tengo dinero, pero tengo agua. Un montonazo de litros. El alquiler está en

esa agua, hasta que la venda.

Damien sonrió con socarronería.

—Ah, claro. Cuentan que unas putitas hicieron saltar la banca en el surtidor de la Camaradería. Escaparon con una camioneta entera llena de agua de la Cruz Roja, por lo visto. Debería obligarte a pagar impuestos por ella, por el mero hecho de haberla traído.

—Tengo que venderla, si quieres el alquiler.

—A lo mejor me lo cobro en agua ahora mismo. Te ahorraría la molestia.

—¿Esta agua? —Maria levantó el Clearsac lleno de orín, turbio y amarillento.

—Yo no bebo esa mierda —se carcajeó Damien—. Eso es para los de Texas.

—Una vez exprimido, no es más que agua.

—Ya, tú sigue repitiéndote eso.

«Solo está poniéndome a prueba», pensó Maria. Pero, a pesar de todo, estaba asustada. Damien podría arrebatarle toda el agua, si se lo proponía. Toda aquella agua que tan barata había conseguido y de la que supuestamente iba a sacar tanta tajada.

—Si me la compras al precio que me darían por ella en la Taiyang, te la puedes llevar ahora mismo.

—¿Lo que te darían en la Taiyang? —se rio Damien—. ¿En serio te crees que puedes regatear conmigo?

Maria titubeó, esforzándose por evaluar la amenaza. Damien tenía que haberse presentado aquí porque había oído lo del agua. Pero si se la vendía, terminaría quedándose como estaba, de nuevo sin blanca, en vez de obtener algún beneficio.

Damien la observaba con una sonrisita cincelada en los labios.

—Por favor —dijo Maria—. Déjame venderla. Te pagaré en cuanto vuelva. Sabes que podré sacar más por ella en la Taiyang. Los obreros tienen dinero y no les importa gastarlo. Te daré una parte.

—Conque una parte, ¿eh? —Damien hizo visera con una mano para protegerse los ojos del sol, cada vez más alto en el cielo, abrasador incluso a través del humo y el polvo de la mañana—. Deja que me lo piense. Tendría que ser succulenta. Tanta sed que saciar, tantos bolsillos que vaciar... —Sonrió de oreja a oreja—. Vale, de acuerdo. Si te apetece sudar a lo tonto, tú misma.

—Gracias.

—Siempre he dicho que suelo ser razonable. Pero si lo que quieres es forrarte a lo grande, deberías trabajar para mí. Si te tiñéramos de rubia, podría encontrarte un hueco con los chinos de la construcción. Esos comprarían todo tu tiempo, seguro. O si no podríamos darnos una vuelta por las tiendas de la Cruz Roja, en plan visita de cortesía. A ver si conocemos a algún médico humanitario y apuesto. —Sonrió—. ¿No es el sueño de todas las chicas, casarse con un médico?

—Corta el rollo.

—Nada más fácil, bonita. Vete a la Taiyang a vender tu agua, si quieres. Pero antes asegúrate de comprar a Esteban, adelántate al Vet. —Enarcó una ceja—. Lo

encontrarás en la casa del Vet.

—¿No puedo pagarte aquí?

—Los vendedores no son mi jurisdicción. Aunque aceptara tu dinero, Esteban seguiría sin saber quién eres. Si le cuento que hay una tejana que va por ahí vendiendo agua, no sabrá cuál, ni si has pagado ya o no. Lo mejor es que lo hables directamente con él. No tengo ganas de que el hijoputa ese empiece a comerme la oreja. Bastantes quebraderos de cabeza está dándome ya.

Sarah apareció en lo alto de la escalera del sótano.

—Anda. Hola, Damien.

—¡Justo la güera que yo andaba buscando! —sonrió Damien—. ¿Se te ha dado bien la noche? ¿Tienes el alquiler?

Sarah titubeó y lanzó una miradita furtiva a Maria.

—Pues...

—Me cago en la puta, Maria —refunfuñó Damien—. ¿El dinero de mi chica también lo has metido en esto? Eres peor que un chulo, joder. Insaciable.

—Ya tenemos el agua —dijo Maria—. Conseguiremos tu dinero.

—Un alquiler que pagar, eso es lo único que tenéis ahora mismo. Más la parte que me debe esta. Así que no sé qué cojones hacéis ahí plantadas como dos pasmarotes, arreando. —Abarcó las calles con un ademán—. Y recordad que aquí yo soy de los buenos. Como deba recurrir a la fuerza para zanjar esta deuda, terminaréis en una de las fiestas del Vet, y ya sabéis que eso no iba a gustaros.

Maria prácticamente vio el escalofrío de pavor que sacudió a Sarah ante la mera mención de las fiestas del Vet.

—Aún no ha vencido el plazo —le recordó Sarah, al cabo.

—Procurad que no lo haga. La forma que tiene el Vet de cobrarse lo que le deben las bangbang tejanas como vosotras no es agradable. —Ya se había dado la vuelta, dispuesto a marcharse, pero se volvió de nuevo en el último momento—. Y pagad también el impuesto de Esteban. Aseguraos de obtener su permiso antes de lanzaros al mundo de los negocios. Ese no es mi territorio.

Maria apartó el rostro, sin decir nada, pero a Damien su expresión no le pasó inadvertida.

—Escúchame bien, guapa. Como te dé por ponerte a vender sin permiso, el Vet te crucificará en la pared por las tetas.

—Ya lo sé.

—Que ya lo sabe, dice. —Damien arrugó el rostro—. Pues claro que lo sabes. Por eso estás que no te llega la camisa al cuerpo. Recuerda: si yo os he pillado, eso significa que os habrá pillado más gente. Como los chicos del Vet os descubran vendiendo sin permiso por los alrededores de la arcología, os pasaréis el resto de vuestras vidas sonriendo de oreja a oreja. Con la ayuda de unos anzuelos y un cuchillo. No es broma. Sois demasiado lindas para que os corten de esa manera.

Sarah tiró del hombro de Maria.

—Ya lo sabemos, Damien. Recibirán su parte.

—Y yo también quiero la mía.

Maria empezó a protestar, pero Sarah le apretó la mano con tanta fuerza que sintió como si le estuviera triturando los dedos.

—También la recibirás.

Cuando Damien se hubo marchado, Maria estalló:

—¡Pero ¿qué dices?! ¿Tú sabes la de pasta que es eso?

Sarah ni siquiera levantó la voz.

—Seguirás ganando de sobra. Venga, vamos. Tenemos que pagar a Esteban y llevarle esta camioneta a Toomie antes de que empiece a despertarse la gente.

—Pero...

Sarah se limitó a sostenerle la mirada.

—Así están las cosas, bonita. Resistirse no sirve de nada. No puedes cabrearte por algo que ya sabías. Hala, paguemos nuestros tributos y vayamos a conseguir tu dinero.

Hablaba en voz baja y melosa, invitando a Maria a comprender que podía seguir maullando hasta quedarse ronca: allí no iba a aparecer nadie para darle ni una gota de leche.

Angel devoraba la distancia hacia el sur, como un halcón al acecho.

El Mojave se extendía árido y despejado ante él, un páramo de grava oxidada y pálida arcilla quemado y abrasado por el viento, encostrado de chaparrales y recurvados árboles de Josué. La temperatura alcanzaba los cuarenta y nueve grados a la sombra y el calor se elevaba en ondas del asfalto, generando ilusorias oscilaciones. El sol rugía en el firmamento, abrasador, y lo único que se movía en la interestatal era el Tesla de Angel, como una exhalación fulgurante.

Había sido un territorio desesperado antes, y era un territorio desesperado ahora. A Angel siempre le había gustado el desierto, por su ausencia de ilusiones. Aquí, las plantas extendían sus raíces en amplios abanicos, a ras de suelo, ávidas de la menor gota de agua. Sus brotes cristalizaban en formas duras y correosas, diseñadas para evitar la evaporación de todas sus moléculas de agua, y sus hojas levantaban los brazos al cielo inmisericorde, dispuestas a capturar y canalizar hasta la última limosna líquida que pudieran atrapar.

Gracias a las bombas centrífugas, lugares como Nebraska, Kansas, Oklahoma y Texas habían lucido las galas de la fertilidad durante un siglo, ostentando una fecundidad y una frondosidad impostadas merced a las aguas glaciales de unos acuíferos de diez mil años de antigüedad. Habían jugado a vestirse de verde, fingiendo que aquel vergel podía durar para siempre. Habían extraído el agua de las glaciaciones y la habían esparcido por toda la tierra, y durante algún tiempo habían conseguido que sus yermos proliferaran. Algodón, trigo, maíz, soja... inmensos cultivos de color esmeralda, todo ello gracias a que alguien sabía accionar una bomba. Aquellos lugares soñaban con transformarse en lo que no eran. Tenían aspiraciones. Hasta que, una vez agotada el agua, revirtieron a su estado original, comprendiendo demasiado tarde que su prosperidad era algo de prestado, y que allí de donde esta había salido sencillamente ya no había más.

El desierto era distinto. Siempre había sido nervudo y feral. Siempre en pos del próximo sorbo, por diminuto que fuese. El desierto no olvidaba nunca lo que era. Bastaba con un chaparrón invernal para que florecieran la yuca y la gobernadora. Si había más vida, esta crecía acobardada en las orillas de los estrangulados capilares que osaban discurrir por aquellas tierras abrasadoras, sin alejarse nunca mucho de ellas.

El desierto no daba por sentado que fuera a seguir habiendo agua mañana.

Angel revolucionó el Tesla. El vehículo se aplastó contra el asfalto y aceleró, surcando como una flecha el lugar más auténtico que Angel hubiera conocido en su vida.

Atravesó los puestos de control sin detenerse apenas, utilizando la radio para presentar sus credenciales por adelantado. Los guripas de Nevada, solemnes con sus chalecos antibalas, le indicaban por señas que continuara. Los drones volaban en

círculos sobre su cabeza, invisibles en el difuminado cielo azul.

De vez en cuando Angel atisbaba señales de las milicias. Reflejos del sol en las mirillas de largo alcance que seguían la trayectoria del Tesla mientras este corría como una bala por la autopista desierta, mormones y rancheros del norte de Nevada, organizados en rotaciones voluntarias: Merodeadores de la Frontera del Sur, Perros del Desierto y otra media docena de grupos reclutados a lo largo y ancho del estado; el segundo ejército de Catherine Case, donde todos arrimaban el hombro para evitar que los refugiados desbordaran su frágil tierra prometida.

Angel sospechaba que, si las tuviera delante, reconocería a algunas de las personas apostadas tras aquellas crestas rocosas. Recordaba sus rostros endurecidos por el odio y el brillo asesino de sus miradas. Hubo un tiempo en el que simpatizaba con aquella vana aversión. Él era su peor pesadilla: uno de los cuchillos de agua de Las Vegas, sentado en sus salas de estar, haciéndoles ofertas imposibles de rechazar. El diablo vestido de negro, invitándolos a firmar un acuerdo con sangre a cambio de su salvación. Se había sentado en sus divanes raídos y en sus tumbonas desvencijadas. Se había acodado en las desportilladas barandillas de sus porches y se había dejado envolver por la opresiva atmósfera de sus establos, siempre con la misma oferta en los labios. La había enunciado despacio, en tono conspiratorio, presentándoles el pacto que habría de salvarlos del infierno que Catherine Case se afanaba en construir para ellos mientras sus proyectos de canalización bombeaban el agua lo más lejos posible de sus tierras.

La oferta era sencilla: trabajo, dinero, agua... vida. Dejar de disparar contra Vegas y empezar a disparar contra los zonales. Todo era posible, solo debían plegarse a los dictados de la Autoridad Acuífera del Sur de Nevada. Quizá prosperasen incluso un poquito, cortesía de su nuevo aunque limitado acceso al Conducto de la Cuenca Oriental. Case les permitiría beber. Quizá les permitiera incluso distribuir unas pinceladas de agua por sus cultivos. Angel iba de casa en casa y de ciudad en ciudad, brindándoles una última oportunidad de escapar del abismo.

Y, tal como Case había predicho que harían, quienes lo escuchaban recibían sus palabras con los brazos abiertos.

La frontera se pobló de milicias emperchadas en el hombro del río Colorado, con vistas a las aguas en dirección a Arizona y a Utah. Las interestatales se jalonaron de cueros cabelludos colgados a modo de advertencia. Como cuerdas de presos, los zonales y los Merry Perry fueron obligados a desfilar hasta el río e invitados a cruzarlo a nado para llegar a la otra orilla. Algunos incluso lo consiguieron y todo.

Allá en el este, los senadores exigieron que Nevada desarticulara esas milicias ilegales, y el gobernador Andrews ordenó cumplidamente a los guripas que dieran caza a esos forajidos. Articuló melodramáticas detenciones frente a las cámaras de los noticiarios y llevó a los tribunales a decenas de desafiantes justicieros del pueblo. Pero los grilletes cayeron al suelo en cuanto se hubieron apagado las cámaras, y las milicias de Catherine Case no tardaron en volver a apostarse en las márgenes del río.



Angel cruzó la frontera a la altura del lago Mead. Los anillos de la reserva, como una bañera gigante, resaltaban chillones sobre el pálido telón de fondo de las piedras del desierto. En su día, mucho antes de que Angel obtuviera la permanencia en su puesto, las aguas que contenía el lago Mead ya casi desbordaban la presa de Hoover. Estaba lleno a rebosar. Ahora, sus embarcaderos se desperdigaban como juguetes abandonados por los fangosos bajíos del lago, y los guripas y los drones revoloteaban sobre la presa como enjambres de moscas, vigilando la mermada reserva de Vegas.

Todos los vehículos que pretendían atravesar el puente que cruzaba el cañón del río Colorado debían someterse a un registro. De un tiempo a esta parte nada se acercaba a la presa sin haber superado antes múltiples inspecciones.

En vez de pasar por todo ese engorro, Angel dejó el coche en la frontera, al cuidado de un empleado de la AASN, y recorrió el puente a pie, admirando las vistas del embalse junto con todos los demás turistas que acudían allí atraídos por las rutilantes aguas azules del lago Mead. El salvavidas de Las Vegas. El lago estaba cubierto en parte por una estructura a medio terminar, una telaraña de fibra de carbono que algún día abarcaría el lago en su totalidad. El último megaproyecto de la AASN, diseñado para reducir la evaporación.

Ya al otro lado del río, Angel pasó por el control fronterizo de Arizona, donde lo sometieron a uno de los cacheos arbitrarios que dictaba el estado. Se desentendió de la colérica expresión de los agentes de la Patrulla Fronteriza de Arizona mientras consentía en que lo registraran y examinaran sus credenciales falsificadas.

Ordenaron a sus perros que lo olisquearan y volvieron a registrarlo, pero terminaron franqueándole el paso. Los guardias fronterizos eran guardias fronterizos, y en el fondo los zonales querían que la gente siguiera visitando la cochambrosa colección de ruinas que ellos denominaban estado. Para que se dejaran ahí su dinero. Para que les devolvieran cuando menos un ápice de todo cuanto habían perdido.

Angel cruzó el último puesto de control y pisó legalmente el suelo de Arizona. Los refugiados habían plantado sus tiendas en lo alto de los diques. Ilusos empeñados en intentar cruzar el río llegada la medianoche, tan solo para caer en las fauces de las personas que el propio Angel se había encargado de reclutar para detenerlos.

Era un ritual que se repetía a diario. Los tejanos, los mexicanos y los zonales asaltaban el río. Unos cuantos llegaban al otro lado. La mayoría de ellos, no. Desde el nacimiento hasta la desembocadura, desde el lago Mead en el sur hasta el lago Havasu y aún más allá se extendían los campamentos como ese.

Pure Life, Aquafina y CamelBak habían erigido tiendas de ayuda humanitaria. El escenario perfecto para las fotografías de relaciones públicas que ilustraban lo mucho que les importaban los refugiados.

«Su compra nos ayuda a paliar el impacto del cambio climático sobre los colectivos más vulnerables del planeta.»

Angel deambuló entre las operaciones de ayuda humanitaria hasta encontrar una tienda para la oración atestada de Merry Perry. Entró.

La gente hacía cola para confesar sus pecados y comprar artículos de fe, arrojándose a un frenesí colectivo mientras rezaban al mismo dios que estaba castigándolos con la sequía para que les sonriera la suerte cuando intentasen cruzar el río.

Un hombre se acercó a Angel y le ofreció uno de sus souvenirs.

—¿La Marca de Dios, caballero?

Angel dejó una moneda de dólar en el bote de café para la colecta del hombre, que le entregó el eslabón de una cadena junto con una ficha de expiación antes de seguir su camino.

Angel salió de la tienda para la oración.

Junto a la autopista, otro brillante Tesla amarillo resplandecía al sol, aguardando obedientemente su llegada. La puerta deslizante del conductor se abrió.

Angel montó y examinó el contenido del vehículo. Había una SIG Sauer escondida en un compartimento, bajo el asiento, junto con tres cartuchos de munición. Cargó el arma y volvió a guardarla en su sitio. Comprobó la documentación. Un par de permisos de conducir de Arizona, con su foto en ellos. Mateo Bolívar. Simon Espera. Placas a juego con ellos. Departamento de Policía de Phoenix. División de Investigaciones Criminales de Arizona. FBI. Jurisdicciones distintas para distintas ocasiones pertinentes. En el maletero encontraría sus correspondientes uniformes. Trajes y corbatas. Chaquetas y vaqueros. También algún uniforme completo de la policía estatal, probablemente. La AASN era meticulosa.

Angel terminó de examinar sus alias y se metió a Bolívar en la cartera. Encendió el motor. Los filtros de alto rendimiento se activaron de golpe, provocando un torbellino de polvo en el interior del vehículo, girando al máximo de revoluciones para garantizar un entorno libre de infecciones. Ni el hantavirus ni la fiebre del valle, ni mucho menos un vulgar resfriado, tendrían nada que hacer.

Mientras el habitáculo se refrigeraba, Angel utilizó una línea encriptada para contactar con la AASN y confirmar que ya había tomado posesión del vehículo y se disponía a reanudar la marcha, en dirección a Phoenix. Arrancó.

Case tardó apenas unos minutos en devolverle la llamada.

—¿Sí? —preguntó Angel, desconcertado, mientras aceptaba la conexión.

La voz de Case, líquida y fría, se reunió con él en el interior del silencioso habitáculo del Tesla:

—¿Has cruzado ya la frontera?

—Bueno, las tiendas de la FEMA se extienden hasta donde alcanza la vista y acabo de dejar atrás un sanitario móvil volcado que juraría que se lo estaban intentando llevar unos críos, así que sí, esto tiene toda la pinta de ser Arizona. — Angel se carcajeó—. Aunque también podría ser Texas.

—Me alegra que te lo pases tan bien haciendo tu trabajo, Angel.

—Nada de Angel. —Angel echó una mirada de reojo al carnet que había dejado encima del asiento del copiloto—. Hoy es Mateo. Mateo.

—Mejor que hacerte pasar otra vez por Vikram.

—Mi hindi tampoco es tan malo.

Angel atajó entre una larga fila de coches con el techo sepultado bajo montañas de enseres sujetos con cuerdas y aceleró para tomar una salida hacia el este.

En el sentido contrario los carriles estaban atestados de tráfico, pero prácticamente nadie conducía en la misma dirección que él.

—Vaya —murmuró—. Es como si nadie quisiera ir a Phoenix.

Case respondió con una carcajada. Angel aceleró más aún, deslizándose por la desértica planicie amarilla como una flecha de fuego. Las ondulaciones de calor deformaban el horizonte. Los Clearacs usados ondeaban enredados en las matas de yuca y gobernadora, destellando como adornos de Navidad. Los escuálidos refugiados de Arizona, Texas y México volvían el rostro cuando se cruzaba con ellos como una exhalación, levantando remolinos de polvo a su alrededor.

—Me imagino que esta no es una llamada de cortesía.

—Quería preguntarte por Ellis —replicó Case—. Trabajaste con él hace unos años.

—Pues sí, organizando a los Merodeadores de la Frontera del Sur. Y el año pasado, con los mormones samoanos aquellos. Ahí sí que nos divertimos de lo lindo.

—¿Mencionó alguna vez, siquiera de pasada, que se sintiese molesto?

Angel se cruzó con un círculo de oración cuyos fieles, en pie y con la cabeza agachada, le rogaban a Dios que los condujera sanos y salvos al norte.

—La puta que los parió, esto está infestado de Merry Perry.

—Son como las cucarachas. Para cuando aplastas a uno han salido ya veinte más. Y ahora, deja de intentar ganar tiempo y cuéntame lo de Ellis.

—No hay nada que contar. Me cayó bien. —Angel hizo una pausa—. Espera. ¿Estás preguntándome que si es leal? ¿Qué pasa, que ha desertado para irse a Cali o algo por el estilo?

Las tiendas con logotipos de la Cruz Roja y el Ejército de Salvación se sucedían con un borrón informe, rodeadas de cadáveres enfundados en bolsas. Largas filas de personas cuyo viaje ya había llegado a su fin. Hileras y más hileras de muertos, esperando a que los guripas los enterraran.

—Ellis debía dar parte —dijo Case—. No sé nada de él. ¿Crees que podría haber aceptado dinero para esfumarse?

Angel silbó antes de responder:

—No me parece propio de él. Es un buen feligrés. Siempre me daba la murga con eso de que uno debe cumplir su palabra, portarse bien con el prójimo y cosas por el estilo. ¿Por qué? ¿De qué va esto?

—Pautas —dijo Case—. Esto va de pautas. Ándate con cuidado ahí en Phoenix.

—De acuerdo.

—A Julio se le está yendo la olla, y ahora va Ellis y abandona el redil.

—A lo mejor es una casualidad.

—No trabajo con casualidades.

—Ya —dijo Angel, rememorando las conversaciones que había mantenido con Ellis. Los dos tumbados al raso, contemplando las estrellas. Evitando los moteles para que nadie pudiera seguirles la pista, pateándose el río. Organizando milicias.

Case añadió algo más, pero la conexión crepitó y ahogó sus palabras.

—¿Me lo repites?

Otro chasquido de estática.

Angel divisó una mancha marrón sobre el horizonte.

—Oye, que te estoy perdiendo. Me parece que una tormenta acaba de tragarse el repetidor. Voy a tener que llamarte más tarde.

Lo único que obtuvo fue más estática por toda respuesta.

Se fijó en la mancha. Estaba elevándose, sin duda. Ascendiendo a gran altura. Ocupando todo el horizonte. Abalanzándose sobre él.

Angel abrió el Tesla al máximo, sin importarle cuánta batería se fuera a quemar, y aceleró todavía más por la autopista, echándole una carrera a la tormenta. Las tiendas de ayuda humanitaria llenas de refugiados y los centros de mando de los guripas desfilaban vertiginosamente a su alrededor. La tormenta continuaba cerniéndose sobre él. Una muralla de polvo de más de mil metros de alto que lo arrollaba todo a su paso.

Aparcó en el primer bar de camioneros que encontró y dejó propina para recargar el Tesla entre las paredes de chapa de un hangar antitornados, repleto ya de vehículos.

En el restaurante, la gente comía hamburguesas y evitaba asomarse a la calle mientras las ráfagas de viento sacudían las ventanas. Alguien puso en marcha un motor de biodiésel mientras el polvo envolvía los paneles fotovoltaicos. Los filtros de aire gruñían y siseaban.

Un camión de agua con el logotipo de PRESCOTT SPRINGS se detuvo en el aparcamiento. El conductor acopló una manguera a la cisterna de la estación, una tenue sombra encorvada, zarandeada por los pardos golpes de viento. Una capa oleaginosa cubría la superficie del café que contenía la taza de Angel. Agua mineral, en más de un sentido.

La tormenta arreció. El día se convirtió en noche. La arena y la grava abofeteaban las ventanas, estremeciéndolas. Las conversaciones sonaban amortiguadas e inanes, oprimidas por la furia desatada de los elementos.

Los preocupados murmullos de los viajeros le decían a Angel todo cuanto necesitaba saber sobre ellos. Casi todos venían de Phoenix, camino de cualquier otra parte. Algunos portaban permisos que les franquearían el paso hasta Nevada o California, otros no se detendrían hasta llegar a Canadá. Todos hablaban con melancolía de lo que dejaban atrás. Todos soñaban, desesperados, con que el destino que los aguardaba fuese mejor.

Una cascada de campanillas electrónicas señaló el amainar de la tormenta cuando los paquetes de datos por fin consiguieron colarse entre las motas de polvo y

encontraron la manera de llegar a los teléfonos de sus dueños.

La gente murmuró aliviada porque la tormenta no hubiera resultado ser de las gordas. Se sonreían los unos a los otros, sintiéndose afortunados, mientras las camareras les cobraban la cuenta.

Angel probó a llamar a Case otra vez, pero le saltó el contestador. Era una señora muy ocupada, enfrascada siempre en lo que fuera que hiciesen las personas ocupadas.

De nuevo en la nave para los vehículos, limpió los filtros de aire del Tesla lo mejor que pudo y sacudió el polvo que se había colado entre las paredes de chapa del edificio.

Minutos después volvía a surcar Arizona como una exhalación, siguiendo los difusos contornos de una interestatal medio enterrada bajo los montones de arena, levantando una gigantesca estela de polvo a su paso.

—A dos pavos el trago, un yuan la taza.

O «quien enseñe el billete la mete», que decía Sarah.

Maria estaba en su salsa, vendiendo tragos de agua junto al aceite chisporroteante en el que se freían las pupusas de la parrilla de Toomie. El dinero cambiaba de manos, fajos de pequeñas divisas chinas manchadas de sudor que ella se guardaba en el sostén. Utilizaba una botella de Aquafina para llenar las tazas de los obreros, atenta al nivel del agua. Era una experta a la hora de juzgar el volumen del líquido. Mejor que cualquier camarero de los locales de alterne que frecuentaba Sarah.

Toomie sudaba a mares mientras operaba el hornillo, sacando una pupusa tras otra de la plancha antes de envolverlas en hojas de *Río de Sangre*. Las imágenes de los asesinatos más truculentos se empapaban inmediatamente de grasa mientras servía la comida a los clientes que hacían cola delante de su tenderete.

Toomie. Negro, inmenso y calvo como una bola de billar. La frente perlada de sudor, los ojos fijos en la parrilla, bajo un gigantesco parasol rojo y blanco a juego con su delantal. Un tipo grande y fuerte, capaz de proteger su negocio, una torre imponente a cuya sombra Maria no dejaba de servir agua.

—A dos pavos el trago, un yuan la taza —informó Maria a un nuevo cliente. Agua barata, revalorizada por el simple hecho de haberla sacado del surtidor de la Cruz Roja para traerla a esta acera polvorienta, junto a las obras de la Arcología Taiyang.

Vació la botella de Aquafina en la taza de otro operario y la lanzó a la caja de la camioneta. Ya había vendido más de la mitad, y eso que todavía no había empezado la hora del almuerzo de los del segundo turno. Se puso a tararear mientras trabajaba, haciendo cuentas. Sustrayendo el alquiler y los comestibles. Lo que le debía a Damien. Lo que le costaría un coyote con garantías de poder llevarla al otro lado de la frontera.

Toomie saludó al siguiente comprador con una sonrisa.

—Tengo de carne y queso, judías y queso, o de queso sin más.

—¿Taza o trago? —preguntó Maria.

Sobre el tenderete flotaba una densa humareda. Muchas personas llevaban puestas mascarillas con filtro. Los ricos lucían sus Ralph Lauren y YanYan. Los pobres, American Eagle y Wal-Mart. Maria se preguntó si debería invertir una parte de sus ahorros en comprarse una ella también. Las genéricas no eran excesivamente caras, y quizá con una de ellas evitara que se le achicharrasen los pulmones. Quizá podría pillarle otra a Sarah. A lo mejor así se le aliviaba la tos.

La visibilidad se había reducido a unos cuatrocientos metros. Junto a ellos, la mole de la arcología a medio construir desaparecía envuelta en una neblina grisácea; el esqueleto de andamios, las secciones fotovoltaicas y las paredes de cristal se perdían de vista en el cielo dominado por el humo, el calor y la niebla. Según Sarah,

desde los últimos pisos se divisaba toda la ciudad. Maria supuso que hoy incluso los adinerados pentas que se alojaban allí arriba deberían conformarse con la misma humareda cenicienta de la que disfrutaba ella allí abajo.

En la cola había siempre seis o siete personas esperando a hacer su pedido. El emplazamiento de Toomie era inmejorable. Lo bastante cerca del escenario de las obras de la Taiyang para atraer a los obreros en el cambio de turno. Contaba además con algunos de los pentas que, aficionados a la comida rápida, se aventuraban fuera de las partes completas de la arcología. Lo mejor de ambos mundos.

Maria llenó otra taza mientras Toomie atendía a un capataz chino.

—*Ni yao shenma?*

El encargado sonrió ante la pregunta en su idioma, pero prefirió responder en inglés.

—Carne. Sin queso.

Toomie pasó al inglés a su vez. Lo que quisiera el cliente. Ese era su lema. Vendía las pupusas tanto en inglés como en español o en chino. Le gustaba decir que, si los klingon bajaran del espacio y aterrizaran allí, se esforzaría por aprender su lengua lo antes posible. Toomie convertía en cliente habitual a cualquiera. Freía sus tortas y utilizaba su papel de periódico para crear unos envoltorios de origami perfectos, elegantes y sofisticados, embutía las pupusas en su correspondiente paquetito de papel engalanado con los asesinatos de la jornada y se despedía de ellas con una floritura.

«Sonrisa y sin prisa, Maria», acostumbraba a decir. «Sonrisa y sin prisa. Unas cuantas palabras amables en la lengua materna del cliente, buena comida, constancia y siempre en el mismo sitio. Sin excepciones. Así se sostiene el negocio.»

Unas cuantas palabras amables.

Eso era lo que había conducido a Maria hasta él, a la muerte de su padre. Se había gastado el poco dinero que le quedaba en una de aquellas pupusas, como las que comía cuando la invitaba su padre a la hora del almuerzo. Buscaba desesperadamente el recuerdo y el consuelo de aquel negro enorme, con su delantal rojo y blanco y sus amables palabras. Una cara que le resultaba conocida y que, por el motivo que fuese, le inspiraba confianza.

Y Toomie, en vez de aceptar su dinero, le regaló una pupusa chamuscada que podría haberle dado a Spike, el escuálido perro callejero que merodeaba por los alrededores de la obra. Famélica como estaba, Maria se la zampó en dos bocados. Y ahora vendía agua a su lado, y él la llamaba su reinecita.

«Serás igual que Catherine Case», le dijo a Maria cuando esta le propuso ponerse a vender agua a su lado, ofreciéndole un porcentaje de lo que recaudara a cambio de la oportunidad de obtener algún beneficio. Ella se encargaría de conseguir y acarrear el agua, él no tendría que ir a buscarla y aun así recibiría su parte.

Reinecita. Catherine Case en miniatura. Toomie podría llamarla como le apeteciera, siempre y cuando le ofreciera un sitio donde vender su agua cerca de la

Taiyang.

Ubicación. Ubicación. Ubicación.

La Arcología Taiyang era el mejor emplazamiento con el que se podría soñar, eso seguro. Ya estaba habitada, en parte. La gente vivía en apartamentos dotados de un triple sistema de filtrado del aire. Aire puro, agua reciclada a la perfección, sus propios cultivos, todo cuanto necesitaban para subsistir, aunque en el exterior Phoenix se estuviera yendo a la mierda.

Sarah se lo había descrito todo a Maria: las fuentes y las cascadas. Las plantas que crecían por todas partes. El aire que no olía nunca a humo ni a gases de escape. Por lo que a Maria respectaba, era como si le estuviese hablando del paraíso perdido. Entrar en la Taiyang era casi tan complicado como entrar en California. Guardias de seguridad, tarjetas de acceso, huellas dactilares. Hacían falta amigos para colarse allí.

El humo y el polvo de la construcción, eso era algo que Maria conocía y comprendía a la perfección; el acogedor interior climatizado del estilo de vida de cinco dígitos por el que Sarah ponía el culo a la venta... eso era otro mundo.

Maria abrió otra botella y echó un vistazo a la cola. Si seguía a ese ritmo, el agua se agotaría dentro de una o dos horas, y ella acabaría con más dinero en los bolsillos del que hubiera tenido en un año. No podría haber empezado con mejor pie a comprarse su billete hacia una vida sin tantas penurias. La recaudación era incluso más suculenta de lo que esperaba. Sarah no se lo iba a creer.

—¿Taza o trago? —le preguntó al siguiente en la fila.

Un puñado de tejanos estaban montando en distintos autobuses en la acera de enfrente. Toda una hilera de ellos, mezclados con los habituales desesperados que solían congregarse alrededor de la obra.

—¿Adónde van esos? —le preguntó a Toomie.

Este apartó la vista de sus pupusas un momento para observarlos de reojo.

—Compañía eléctrica. Están cogiendo a todo el que sepa agarrar una escoba.

—¿Para qué?

—La tormenta ha hecho estragos con el parque solar que hay hacia el oeste. Ahora tienen varias hectáreas de paneles fotovoltaicos que lo único que hacen es tapar el desierto. No pueden obtener energía con sus paneles sepultados dos palmos bajo tierra. —Toomie se carcajeó—. Creo que nunca había visto a nadie alegrarse tanto de tener un puñado de tejanos sin oficio ni beneficio holgazaneando por los alrededores.

—A lo mejor me convendría acercarme a vender allí —musitó Maria, más que nada para sí misma.

Toomie volvió a reírse con ganas. Le propinó un codazo, con suavidad.

—Mi reinécita está volviéndose demasiado importante para trabajar con el viejo de Toomie, ¿a que sí?

Maria no se tomó a mal sus palabras. Toomie llevaba razón. Aunque estuviera tomándole el pelo, sabía que no lo hacía con mala intención.



Después de fijarse en el modo en que el hombre seguía cada uno de sus movimientos con la mirada, Sarah había declarado que Toomie estaba enamorado de Maria, saltaba a la vista que bebía los vientos por su culo.

Espoleada por Sarah, Maria había intentado darle un beso. Según su amiga, debería demostrarle lo agradecida que se sentía, amarrarlo a ella con todas sus fuerzas. Convertirse en su hembra. Y, por un segundo, Toomie le había dejado hacerlo. Sus labios devoraron los de ella con auténtica ansia, antes de que la apartara con delicadeza.

«No te creas que no me siento halagado», le dijo.

«¿Qué he hecho?»

«No es así como debería ser para ti.»

«¿Cómo se supone que tendría que ser?», había preguntado Maria.

Toomie dejó escapar un suspiro.

«Prueba a hacerlo por amor, cariño, en vez de por necesidad.»

Maria se lo había quedado mirando fijamente, desconcertada, esforzándose por comprender la forma que adoptaba el honor de aquel hombre. ¿Habría actuado ella mal? No entendía dónde encajaba en aquella matriz de parejas que lo mismo incluía a Sarah, vendiendo sus apretadas nalgas sin nada más que unos pantaloncitos y un top ajustado, como a cualquiera que fuese el romántico ideal que abrigaba Toomie en su pecho, según el cual uno no debía tocar a las chicas a no ser que hubiera amor de por medio.

Fuera como fuese, en realidad daba lo mismo. Maria le había hecho una oferta, Toomie la había declinado, y eso era casi tan bueno como ser su chica. Quizá incluso mejor.

«Como lo único que quiera hacer sea mirar, bonita, esto va a ser pan comido», había dicho Sarah. «Tú deja que mire hasta hartarse, y ese hombre te será fiel de por vida.»

El descanso para almorzar del primer turno tocó a su fin, y la cola se redujo hasta desaparecer.

Maria contó las botellas todavía llenas que quedaban en la camioneta. Toomie enderezó la espalda.

—Joder, y yo me creía que construir casas era malo.

—Todo es malo —dijo Maria—, hasta que encuentras algo peor.

—Supongo que sí —se rio Toomie.

—¿Cómo es que no vuelves a la construcción?

—Hoy en día el mercado se lo reparten la Taiyang y las otras arcologías. No hay mucha demanda de albañiles corrientes y molientes.

—Mi padre trabajaba en la Taiyang. Eso le costó la vida.

—En fin, ya nada es garantía de nada. Pero, en cualquier caso, deberías sentirte orgullosa de él. Tenía que ser bueno de narices para que los chinos lo contrataran. La construcción, tal como la entienden ellos, no es fácil. No se trata únicamente de juntar

tablones y planchas de Sheetrock. Hay tilapias, caracoles y saltos de agua, todo ello relacionado entre sí. Se trata de un trabajo muy complejo y delicado.

—Me parece que no era eso lo que hacía mi padre.

—Bueno, al menos pudo experimentarlo de primera mano —dijo Toomie, que había adoptado una expresión soñadora—. Cuando trabajas en algo así, estás construyendo el futuro. Las personas que hacen eso... Hay que fabricar un montón de maquetas: software, flujos de agua y población. Encontrar el equilibrio entre todas esas plantas y animales, cómo recoger los excrementos para transformarlos en fertilizantes que puedan utilizarse en los invernaderos, sin olvidarse de depurar el agua, claro. El agua más negra que te puedas imaginar pasa por toda una serie de filtros, hongos, juncos, nenúfares, estanques con carpas, granjas de caracoles, y para cuando sale por el otro lado, esa agua está más limpia que la que extraen las bombas del subsuelo. La naturaleza hace todo el trabajo, todos esos bichillos distintos cooperan como engranajes instalados en el mismo motor. Es su propia máquina. Un gigantesco mecanismo viviente.

—¿Cómo es que no trabajas tú en ella, si sabes tanto de eso?

—Joder, no te creas que no eché la solicitud cuando empezaron con la Taiyang. Pensé que tendría alguna oportunidad. Debían contratar a gente de aquí si querían que la ciudad y el estado les concedieran la licencia urbanística. Me dije, por qué no, a ver si me dan algún puesto. Después de todo, qué coño, experiencia en la construcción tenía de sobra, ¿no?

—Pero ¿no te cogieron?

—No, qué cojones me van a coger, ni de coña. Todo funciona de otra manera con ellos. Las partes más grandes son piezas prefabricadas. Se fabrican fuera y se ensamblan aquí. Rápido de narices, pero nosotros no construimos así. Es más bien como... como una cadena de montaje. Eso sin mencionar toda la parte biológica, que también tiene su intrínquis. —Toomie se encogió de hombros—. Tampoco te creas que aquello me quitó el sueño, en su día. En la construcción seguía habiendo trabajo de sobra para todos. Por aquel entonces todavía estábamos creciendo.

»Hasta que el PAC saltó por los aires, claro. Después de aquello, todas las casas que yo estaba levantando se convirtieron en una inversión de mierda.

Lanzó una mirada de soslayo a la Taiyang, donde algunas partes resplandecían ya, habitadas.

—Los únicos que no acusaron las consecuencias del PAC fueron estos. En la Taiyang se limitaron a activar los sistemas de reciclaje y dejaron toda el agua dentro. Ese sitio se conforma con que entre una gota de vez en cuando.

»Si fuera yo aficionado a inventarme conspiraciones, diría que los que sabotearon el PAC no fueron Vegas ni California, sino la Taiyang. Para quitarnos de en medio a todos los demás. De un día para otro, sus carísimos apartamentos y bloques de pisos se volvieron de lo más asequibles mientras la gente se volvía loca buscando un grifo de cocina del que todavía saliera al menos un reguerito de agua. —Hizo visera con la

mano para resguardarse los ojos mientras contemplaba la arcología sin parpadear—. También podrían haberse esperado a que yo vendiera las diez primeras casas con las que me proponía especular, la verdad. Me habría comprado el pase a California sin que nadie me pusiera ninguna pega, te lo aseguro, solo con que hubiera conseguido colocar esas casas.

—Claro, y si mi abuela tuviera ruedas...

Toomie sonrió de oreja a oreja.

—Hoy te has levantado con el pie cínico.

Maria se encogió de hombros y balanceó las piernas, con la mirada fija en sus chanclas.

—Lo que no entiendo es por qué será que los ricos siempre salen de rositas, pase lo que pase, mientras que los pobres nos tenemos que llevar la peor parte.

—¿Así crees que funcionan las cosas? —se carcajeó Toomie—. Reinecita, yo era rico. Me levantaba en torno al medio millón, tranquilamente. Me iban bien las cosas. Estaba construyendo casas, tenía un plan... —Se encogió de hombros—. Me salió mal la apuesta, eso es todo. Pensé que podríamos seguir haciendo siempre lo mismo que habíamos hecho hasta entonces.

Maria se quedó sentada, repasando mentalmente esas palabras. Sopesando sus implicaciones. Toomie se había engañado a sí mismo, igual que su padre. De alguna manera se las habían apañado para no ver algo que estaba más claro que el agua, pese a tenerlo delante de las narices.

Alguien había volado el PAC, y eso había acabado con Toomie. Pero los chinos estaban preparados. Habían sido precavidos. Habían previsto cualquier contingencia. La Taiyang entera estaba diseñada para sobrevivir al desastre.

Mientras todo el mundo se dedicaba a corretear de acá para allá como pollos sin cabeza, la Taiyang se había limitado a activar sus sistemas de reciclaje y seguir adelante, contra viento y marea.

Había personas que se las sabían apañar en el mundo. Personas que sabían dónde colocar sus apuestas.

«Pero ¿cuál es su secreto?»

Toomie la sorprendió al decir:

—Joder, ojalá lo supiera. No estoy seguro de que haya ninguno.

—No sabía que estuviera hablando en voz alta.

—A lo mejor es que puedo leerte el pensamiento.

Maria esbozó una sonrisa.

—A la Taiyang le va bien, en cualquier caso. Aquí se lo olieron. Igual que en Vegas. Allí también tienen arcologías.

—¿La Ciudad del Pecado? —replicó Toomie, sonriendo a su vez—. No veas la fiesta que montaron cuando se enteraron de que todo se iba al garete. Estaban listos para el infierno, porque ese es su origen. Para la gente de Catherine Case es como volver a casa.

Maria levantó la vista hacia la Taiyang.

—Ojalá lo fuera también para mí.

—Lo mismo digo, bonita. Lo mismo digo.

Se quedaron sentados en silencio unos instantes, observando a los obreros de la arcología, cuadrillas enteras de ellos montadas en elevadores descubiertos que las transportaban al cielo, relucientes sus rígidos cascos amarillos, perdiéndose de vista entre el humo que dominaba las alturas.

—He visto una madriguera de coyotes —dijo Toomie de improviso, cambiando de tema—, se han mudado a un par de puertas de la mía.

Maria se espabiló de repente.

—¿Ayudan a la gente a cruzar la frontera?

—No —se rio Toomie—. No son de esos. Me refiero a los animales, bonita. Con colmillos y cola, ya sabes. De la misma familia que los perros.

Maria intentó ocultar su desilusión.

—Ah.

—La madriguera es nueva.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco el vecindario, supongo. Hay que saber quién es quién. Los coyotes son como los Merry Perry. Al principio, todos los tejanos te parecen iguales. —Le dio un golpecito en el hombro—. Hasta que empiezas a fijarte en ellos uno por uno. Este tiene la punta de las orejas de color gris. Ese tiene la cola más esponjosa. Terminas familiarizándote con ellos.

—¿Dónde crees que consiguen el agua?

—Ni idea. A lo mejor les basta con la sangre. A lo mejor hay una cañería con fugas en alguna parte.

Maria se aguantó la risa con un bufido.

—La olerían, en cualquier caso. A los animales estas cosas se les dan mejor que a nosotros. Los seres humanos somos idiotas en comparación con cualquier coyote.

Se quedaron callados un momento, reponiendo fuerzas, esperando a que bajaran los trabajadores del nuevo turno. La zona que rodeaba las obras poseía su propio ritmo, y Maria se sentía cómoda con él, le traía recuerdos de cuando su padre aún estaba en activo.

Los capataces chinos se dirigían a sus hombres en la políglota mezcla de chino, inglés y español con la que se hacían las cosas en Phoenix cuando uno trabajaba en las vigas. Un par de zonales con sombreros de cowboy acarreaban rollos de conductores eléctricos rescatados de alguna parte, con la esperanza de revenderlos.

La gente hacía cola frente a las letrinas públicas que la Taiyang había instalado alrededor de la arcología en aras de la salud pública. Toomie le había contado que, más adelante, la Taiyang bombearía las aguas fecales en el interior del edificio, donde se someterían a un complejo sistema de reciclaje de metano y compostaje. Eran listos. Nunca tiraban nada. Cocían los gases, destilaban el agua y transformaban el resto en

nutrientes para las extrañas plantas que crecían en el edificio y se convertían en árboles.

Ocurría igual con los sanitarios móviles que tenían circulando por toda la ciudad. Eran muy listos. Siempre andaban metiendo cosas en la arcología. No se les escapaba nada. Eran unos expertos a la hora de conseguir los nutrientes que necesitaban.

El sol caía a plomo. Comenzó la pausa para el almuerzo del segundo turno. Maria reanudó la venta de agua.

«¿Taza o trago? ¿Taza o trago? ¿Taza o trago?»

La recaudación aumentaba gota a gota.

Apareció una camioneta gigantesca, quemando combustible. Un monstruoso y sofisticado Ford híbrido de color negro, tuneado con unos neumáticos bulbosos que eran casi tan altos como Maria. Los sicarios del Vet, Cato y Esteban, sonriendo de oreja a oreja mientras cruzaban la calle en dirección a ellos. Toomie, que ya tenía el dinero preparado antes de que llegaran, se lo dio mientras le daba la vuelta a una pupusa. Esteban cogió los billetes y usó el pulgar para contarlos, con la rapidez que le confería la práctica. Mientras lo hacía, su mirada se deslizó sobre la camioneta de Maria.

A esta se le encogió el estómago al comprender la estupidez que había cometido. Había dejado demasiadas botellas a la vista. La mitad de ellas vendidas, la mitad de ellas vaciadas en las tazas de los obreros. Y ella, allí plantada como un pasmarote. Había sido una imbécil por no pensar en la atención que podría atraer aquella fortuna.

Esteban inclinó la cabeza en dirección a Toomie.

—Ponme tres, de cerdo con queso.

Cato las quería de judías con queso. Toomie empezó a freír. Cato le dio un codazo a Esteban, sin dejar de observar a Maria.

—A la chica del agua le van bien las cosas.

—Se estará forrando —replicó Esteban.

—¿Queréis agua? —preguntó Maria, esforzándose por fingir que no sabía lo que estaban pensando. Esforzándose por no pensar en el dinero que guardaba en el sujetador, deseando que los cholobis la dejaran en paz, que se lo tomaran como si fuera cualquier otro día. Que le permitieran confundirse con el entorno y desaparecer. Tan solo otra irrelevante mota de arena tejana, depositada accidentalmente en la ciudad por el viento.

—Aquí hay impuestos que pagar, me parece —le dijo Cato a Maria.

La muchacha tragó saliva con dificultad.

—Ya se los he pagado a él —respondió, sacudiendo la cabeza en dirección a Esteban—, antes de venir aquí.

—No sé yo. Para mí que te estás montando tu propia reserva de agua. En plan emporio particular o algo por el estilo. Venga a comprar, vender, negociar... Tiene pinta de ser muy lucrativo, bonita.

—No es para tanto.

—No te hagas de menos, Texas. Da la impresión de que te van bien las cosas.

—Ya he pagado el impuesto.

Cato miró a Esteban de reojo, sonriendo.

—Ya, bueno. Me apuesto lo que sea a que Esteban no te ha dado permiso para montar este pedazo de negocio. Cuando fuiste a verlo, debió de pensarse que querías montar algo más modesto, como aquí el bueno de Toomie. Un hombre del pueblo que trabaja para el pueblo, ¿a que sí?

Empezó a contar las botellas.

—Pero esto tiene toda la pinta de ser algo distinto por completo. Así que, como soy amigo tuyo, y de Esteban, y me gusta que la gente se entienda, voy a portarme bien y te voy a dar la oportunidad de arreglar las cosas. Voy a dejarte que pienses en lo que nos debes, aproximadamente. Para que puedas hacer las paces con el hombre que te permite vender en su territorio.

Toomie guardó un silencio sospechoso durante toda la conversación. El gigantón se limitó a no perder de vista las pupusas que se estaban haciendo en la plancha. El aceite salpicaba, chisporroteante. A sus espaldas solo se oía el discreto susurro de los vehículos eléctricos.

Maria era consciente de los otros clientes que, sin decir nada, aguardaban su turno tras los cholobis. Un puñado de tejanos harapientos y zonales de los suburbios, todos ellos observando sin abrir la boca. Un par de capataces chinos se habían apostado a cierta distancia de la fila, contemplativos, intercambiando impresiones en su idioma. Sin inmiscuirse en lo que para ellos era un conflicto extranjero.

—¿Entonces qué, Texas, cómo lo ves?

Maria reprimió el intenso impulso de tirarle a Cato el agua a la cara. En vez de eso, lo que hizo fue meter la mano en el sujetador y sacar el fajo de billetes grasientos. Comenzó a contar dólares verdes y yuanes rojos. Cato extendió la mano, expectante. Mientras Maria seguía contando, el hombre estiró el brazo y le arrebató todo el fajo. Incluyó la cabeza hacia la fila de nuevos clientes.

—Lo recuperarás.

—Pero si ya había pagado el impuesto —protestó Maria, con un hilo de voz.

Cato recogió sus pupusas envueltas en crímenes de sangre y agarró una botella de agua medio llena.

—Ahora sí lo has pagado.

Esteban se limitó a encogerse de hombros y tocarse el ala del sombrero. Mientras regresaban a su camioneta, Cato le entregó el dinero que acababan de recaudar. Ambos se reían cuando montaron en el vehículo. Maria vio que Cato le pegaba un trago a su agua. Levantó la botella en su dirección, a modo de brindis, mientras se alejaban.

—¿Tú qué quieres, que me asesinen? —preguntó Toomie, con un susurro feroz.

—¡Lo que acaban de llevarse era el dinero de mi alquiler! Todavía tengo deudas con Damien.

Maria examinó el agua que le quedaba, intentando cuadrar de nuevo las cuentas en su cabeza. Calculando cuánto le debía a Sarah, cuánto debía de alquiler. Le dieron ganas de llorar. Todos sus planes, toda la información que había recabado sobre las granjas verticales... todo en vano, al final. Se quedaría con menos que nada como Sarah no asumiera las pérdidas con ella.

Toomie sacudió la cabeza.

—Los tienes bien puestos, bonita. Eso lo reconozco. Mira que salirles con tecnicismos a esos sicarios. Terminarás siendo pasto de las hienas del Vet como sigas así, y lo peor es que yo iré detrás.

—Había pagado el impuesto.

—Y una mierda, lo habías pagado. —Toomie se acuclilló y movió a Maria para mirarla a los ojos—. Deja que te explique una cosa. Esteban trabaja para el Vet, hace todo lo que este le pida. Mientras el Vet esté contento con él, Esteban podrá ir y venir a su antojo. El Vet no va a ponerle ninguna pega. Mientras Esteban se cargue a quien el Vet quiera ver muerto, mientras los negocios de su jefe no se resientan, el Vet no se entrometerá en sus asuntos.

—Ellos también se benefician del dinero que gana.

—El dinero que gana, dice —resopló Toomie—. Imagínate que ahora el Vet va y castiga a Esteban. Que le suelta, «oye, la chavalita aquella que iba por ahí con una camioneta roja llena de agua, ¿qué fue de ella?», y Esteban, «¿quién? Ah, ¿la putita tejana esa tan flaca? Pues nada, resulta que me la tiré y después se la pasé a los colegas para que montaran una fiesta, solo que la cosa se nos fue de las manos y terminamos follándonosla hasta que se le cayeron los brazos y las piernas a trozos, así que al final le reventamos la cabeza a balazos y la tiramos a la piscina. ¿Por qué lo preguntas?», momento en el que el Vet chasquea los dedos, contrariado, porque eras su linda princesita del agua, tan emprendedora, venga a pagar impuestos como una niña buena de Texas.

»¿Y sabes qué? Que a lo mejor a Esteban le toca pagar una multa de doscientos pavos porque, la verdad, para el Vet eso es lo que vales. A lo sumo. En el mejor de los casos. Si es que sabe siquiera que existes.

Toomie sacudió la cabeza.

—Mierda. La amiguita esa tuya que se dedica a ir por los bares es igual de sustituible, pero por lo menos a ella cargársela no saldría rentable. El Vet cuenta con sus ingresos, eso seguro. Todavía puede sacarle rendimiento a ese culo. Joder. Cuanto más lo pienso, menos me extrañaría que el Vet ni siquiera fuese a castigar a Esteban si te liquidara.

Toomie le apretó el brazo con fuerza, clavando los ojos en los de la muchacha.

—A ver si te entra en la cabeza, Maria. Como sigas preocupándote tanto por lo que está bien y lo que está mal, acabarás tan muerta como tu papá. A él también le gustaban los tecnicismos. No paraba de decir que el Tribunal Supremo iba a reabrir la interestatal al tráfico y cosas por el estilo.

»Se te calienta la sangre hablando de lo que está bien y lo que está mal, pero es que toda esa mierda solo está en tu cabeza. Las reglas son las que los peces gordos dicen que sean. El motivo de que pagues impuestos es para que se olviden de matarte por hoy. Eso es lo que compras con tus impuestos. ¿Lo pillas?

Sus dedos atenazaban el brazo de Maria con tanta fuerza que la muchacha temió que le fueran a dejar marca.

—Me haces daño.

Toomie aflojó su presa, pero la ferocidad de su expresión no se redujo ni un ápice.

—No eres más que un ratoncito diminuto en un desierto viejo e inmenso —dijo—. Pensaba que a estas alturas ya te habrías dado cuenta de eso. El desierto está infestado de halcones, búhos, coyotes y serpientes, y a todos les encantaría zamparte. Así que hazme un favor cuando te tropieces con hombres como Cato y Esteban: recuerda quién es el ratón. Ponte a cubierto y hazte un ovillo. Porque como se te olvide, siquiera por un segundo, te devorarán desde la punta de la nariz hasta la de la cola, casi sin darse cuenta de lo que hacen. No les saldrá ni un eructo. No van a indigestarse contigo. Para ellos no eres más que un aperitivo de camino a la mesa con el menú de verdad. ¿Entendido?

Esperó a que Maria asintiera con la cabeza y entonces, por fin, su rostro se suavizó.

—Bien. —Le dio un golpecito cariñoso en la barbilla y se incorporó—. Bueno, pues hale. A ver si conseguimos vender un poco más antes de que termine la hora del almuerzo. Tenemos clientes.

Se volvió hacia el primero de la fila, haciendo como si toda aquella conversación no hubiera tenido lugar. Como si no se hubiera cabreado como una mona con ella.

—Tengo cerdo, tengo judías, tengo queso. ¿De qué se la pongo? —Y directamente a continuación—: ¿Agua para acompañarla? —lanzándole una miradita elocuente a Maria.

La muchacha siguió vertiendo agua en las tazas y en las cantimploras que le tendían.

Sabía que Toomie llevaba razón. Sabía que no debería haberse rebelado. Esteban y Cato estaban tan amaestrados como las hienas del Vet. Se abalanzarían sobre ella a la menor ocasión. Entonces ¿por qué no había tenido la sensatez de cerrar la puta boca?

—Eso es —dijo Toomie, dirigiéndose a ella con una sonrisa—. Todavía te queda género que vender. La niña del agua es como una Catherine Case en miniatura.

Maria frunció el ceño.

—Si yo fuera como esa señora, no dejaría que unos gilipollas me robaran el agua, sino que les cortaría el pescuezo, exprimiría su sangre con un montón de Clearzac y después vendería también esa agua.

La sonrisa de Toomie se evaporó.

Maria siguió atendiendo a los clientes, contando el dinero para sus adentros



mientras intentaba averiguar la mejor manera de explicarle a Sarah que había perdido tanto el alquiler como lo que le había prestado.

Llevaba en la cabeza una imagen de cómo debería funcionar el mundo, en teoría, y se había equivocado de medio a medio; tanto como papá al pensar que los estados no iban a levantar muros en sus fronteras. Tanto como Toomie al imaginarse que podría seguir construyendo eternamente.

Esteban y Cato eran deslumbrantes carteles de neón en los que Maria podía leer hasta qué punto ignoraba cómo funcionaban las cosas.

Siguió sirviendo agua, pero daba igual a cuánto ascendieran sus beneficios. Jamás sería bastante.

Las fogatas llameaban en la noche tras las ventanillas del coche de Angel, los primeros indicios de Phoenix. Refugiados y operaciones de reciclaje que salpicaban la zona oscura de aquella ciudad que se autoconsumía alimentándose de la grasa acumulada en sus antiguas épocas de prosperidad.

Al frente: las luces traseras de un tráfico cada vez más denso, cutres escúteres eléctricos que zigzagueaban entre las negras siluetas de camionetas propulsadas con gasoil Flex y suburbanos Tesla Machete. Contornos informes embozados en el polvo de la interestatal.

Imágenes fantasma: una mujer de paquete en la parte trasera de una motocicleta, zarandeada por el viento, abrazada a la cintura de su chico, con los ojos y la boca cerrados a cal y canto para protegerse del polvo. Otro escúter, combado bajo el peso de un bidón de agua de veinte litros sujeto con cuerdas elásticas, con el piloto encorvado sobre el manillar, ocultos sus rasgos bajo una brillante mascarilla azul con filtro de Sparkle Pony.

Más tráfico. Más vida. Cabezas y rostros envueltos en bufandas y máscaras contra el polvo. Faros delanteros, túneles de luz en la niebla. Los arcenes atestados de personas que, armadas con palas, despejaban los restos de otra tormenta, desenterrando más vehículos. Hacendosas hormigas que trabajaban en la sombra.

El asfalto comenzó a sembrarse de baches. Angel aminoró la marcha en un intento por aliviar el martirio que suponía rodar por aquella tabla de lavar para la suspensión baja de su vehículo. Capas y más capas de polvo, acumuladas unas sobre otras. En el interior del Tesla, los filtros HEPA del aire acondicionado emitían un siseo uniforme. Angel se sentía aislado del mundo exterior. Envuelto en el plácido resplandor rojo y azul de los instrumentos. Por las susurrantes conversaciones que sonaban en la radio.

«KFYI, tenemos una llamada.»

«¿Sabéis lo que es esto? Esto es Pompeya. Cuando termine, estaremos sepultados bajo quince metros de polvo.»

«Claaaro que sí. Siguiendo llamada...»

Las luces de Angel iluminaron a una figura que se erguía entre los arcenes de la autopista, con la cabeza oculta bajo las gafas y la mascarilla con filtro que llevaba puestas. El barrido de las largas arrancaba destellos a sus ojos de insecto. Un monstruo mudo, inexplicable, que no tardó en perderse en la oscuridad.

«Pues yo lo que digo es que deberíamos enviar tropas a Colorado. A ver, que esa agua que guardan con tanto celo nos pertenece. Deberíamos plantarnos allí, reventar todos los diques y dejar que la puñetera agua llegara hasta aquí.»

La zona oscura tocó a su fin. Phoenix, lóbrega e inerte hacía tan solo un instante, cobró vida de golpe y se transformó en un deslumbrante hervidero de luces y actividad. Como si alguien se hubiera paseado por el perímetro de la ciudad,

quemándolo y ennegreciéndolo con un soplete hasta no dejar nada más que el humeante corazón de neón, una urbe rebosante de vitalidad que se impulsaba hacia las alturas desde las cenizas de los suburbios.

«Saldríamos adelante si no desperdiciáramos tanta agua con los cultivos. Habría que cortarles el suministro a todas las granjas. Me importa un bledo lo señores que sean sus derechos. Me parece un derroche.»

«A propósito de lo que decía el imbécil de antes. Si se les corta el suministro a las granjas, tendremos más tormentas de polvo. Así de sencillo. ¿De dónde cojones se cree que sale todo este...?»

Zonales, siempre apuntándose con el dedo los unos a los otros, pero nunca a sí mismos. Según Case, así sabía uno si alguien era de Arizona. Nunca se hacían responsables de sus problemas. Le gustaba eso de ellos. Así resultaba más fácil despanzurrarlos.

«Los hohokam están enterrados justo debajo de nuestros pies. Caminamos sobre sus tumbas. ¡También ellos se quedaron sin agua! Y míralos ahora. Extinguidos. ¿Sabes lo que significa hohokam? “Todo agotado.” Dentro de cien años nadie se acordará de nosotros. Nadie recordará ni siquiera lo que era Phoenix.»

Más luces. Atascos. Bares y tiendas de armas. Chicas con ganas de marcha en las esquinas, refugiados tejanos en busca de alguien que los acogiera. Máquinas que barrían las calles, aspiraban el polvo y se lo llevaban quién sabe adónde. Gorilas uniformados de negro como antidisturbios a la puerta de un club. Vehículos de ocasión y centros comerciales en miniatura. Sanitarios móviles patrocinados por el ayuntamiento que transportaban su cargamento de heces y orines a las pocas plantas de tratamiento de aguas que quedaban, esforzándose por minimizar el impacto de las epidemias ahora que el sistema de alcantarillado era historia.

Y sobre todo ello, un cartel luminoso con la última campaña publicitaria de la Junta de Desarrollo de la ciudad: la imagen de un ave en llamas que desplegab las alas tras un collage de sonrisas infantiles, parques solares y la Arcología Taiyang.

#### RENACE. PHOENIX.

Al pie del cartel, un escuadrón de seguridad escoltaba a un grupo de hombres trajeados, con abrigo y corbata, y mujeres enfundadas en vestidos de tirantes al interior de un suburbano negro con la suspensión baja. Chalecos de CK Ballistic, mascarillas antipolvo de Lily Dei y M-16. Lo que se entendía en Phoenix por chic.

Pasó junto a otro letrero, este hecho jirones: ¡\$U CA\$A E\$ DINERO! Montones de billetes rojos de cien yuanes caían formando una cascada desde el marco del cartel. Este debía de haber sido luminoso en su día, pero al parecer alguien había robado los tubos de neón que tendrían que haber iluminado el dinero.

Otro cartel.

IBIS INTERNATIONAL. HIDROLOGÍA. PERFORACIONES.  
EXPLORACIÓN.  
GARANTÍA DE FUTURO. DESDE HOY.

Más ciudad. Más vitalidad. Refugiados agazapados en los cruces, atentos a los coches que circulaban sin detenerse. Cartones garabateados de mensajes en los que se mendigaba trabajo o algo de suelto, aceptando monedas de los californianos que habían cruzado la frontera para jugar a lo que fuera que jugasen los ricos mientras una ciudad se hacía pedazos.

«Esto es un ciclo natural, eso es todo. Ya volverá el clima húmedo. Hace diez mil años esto era una selva.»

«Noticia de última hora para el gilipollas de antes. Nuestro clima no ha sido húmedo en la vida. Ni cuando todavía teníamos piscinas.»

El Tesla de Angel circulaba plácidamente entre el gentío, deslizándose por la Milla de Oro, otro intento de la Junta de Desarrollo de Phoenix por atraer al turismo: una Vegas en miniatura, diminuta, desangelada y hortera en comparación con el original.

Frente a él relucían los enrevesados contornos de la Arcología Taiyang, un remedo de la magia que había obrado Case en el norte con el diseño de su Cypress. Propiedad de extranjeros, construida con el dinero de las inversiones solares de China y, casi con toda seguridad, con más probabilidades de sobrevivir que cualquier creación de los nativos.

Todo ofrecía peor aspecto que la última vez que Angel estuvo aquí. Más negocios dilapidados y cubiertos de polvo. Más cristales rotos. Más centros comerciales abandonados y avenidas desiertas: PetSmart, Parties-to-Go, Wal-Mart, concesionarios de Ford... todo ello se veía vacío, destrozados sus escaparates, saqueado. Mujeres en las esquinas. Muchachos embutidos en pantalones ceñidos que hacían señas a los coches en las intersecciones, asomándose a las ventanillas, haciendo lo que fuera necesario con tal de conseguir un poco de dinero, de comprar una poca de agua, de vivir para ver un nuevo día.

Si Angel quisiera, supuso que podría elegir a alguien por el precio de una comida o de una ducha, o incluso por la mera oportunidad de lavar la ropa en la bañera de su habitación de hotel.

¿Diez dólares? ¿Veinte, con propina?

El logotipo rojo del Hilton 6 refulgía en las alturas más adelante, un faro con el brillo velado por la neblina que arrojaba su luz desde el corazón del racimo de torres de oficinas que persistían en seguir funcionando tras la implosión. Una tabla de salvación en pleno apocalipsis. La colina a la que huir cuando las olas comenzaran a romper contra la puerta de casa.

Angel se adentró en la glorieta del Hilton. El Tesla atravesó una cortina de aire a presión, diseñada para mantener el polvo lejos de sus clientes. Dejó la llave en manos

del aparcacoches y traspuso la puerta que daba al vestíbulo.

Lo golpeó una ráfaga de aire climatizado, una muralla de hielo tan limpia y glacial que, de la impresión, a punto estuvo de quedarse paralizado en el sitio. Angel hubo de obligarse a seguir caminando, a catalogar el rostro de los hombres y las mujeres que lo rodeaban. Empleados de los grupos de ayuda humanitaria, especuladores de los yacimientos de agua, constructores fronterizos con los dientes forrados de oro... Aquellas eran las personas que prosperaban en pleno corazón del desastre.

En el interior del Hilton 6 reinaba un silencio reverencial, roto tan solo por el amortiguado repiqueteo de los tacones de aguja. Zapatos de piel italianos. El ronroneo grave de la música procedente del bar que había al fondo del atrio.

Pero incluso a este lugar le estaba pasando factura el apocalipsis. Desde su última estancia habían desactivado la fuente central, reconvertida ahora en peana para un camello disecado.

El animal lucía un cartel colgado del cuello:

ANTES ME TOMARÍA UN TEQUILA.

Una tarjeta de crédito y un documento de identidad falsos más tarde, Angel estaba en su habitación, aislado del mundo exterior por una empalizada de humidificadores, filtros HEPA y ventanas con doble acristalamiento rellenas de argón.

Se asomó a aquel desastre de ciudad mientras los presentadores del telediario de la localidad peroraban en el televisor. La mayor parte del centro de la ciudad permanecía aún intacto; la campaña de RENACE PHOENIX se esforzaba por no desmentir su propio eslogan. Pero justo en la acera de enfrente, una torre de oficinas entera había apagado sus luces desde la última visita de Angel. Alguna agencia inmobiliaria debía de haberse cansado de ser incapaz de captar los clientes que necesitaba; de afrontar los gastos, no solo los de la calefacción y el aire acondicionado, sino también los de la protección policial que impedía que vandalizaran sus instalaciones.

Angel atisbó el destello furtivo de unas cuantas linternas frontales Petzl en la torre, a oscuras por lo demás; saqueadores que merodeaban por su interior a la caza de materiales. Ratas del apocalipsis que se dedicaban a roer las entrañas del desarrollo y la promoción urbanística.

Desbloqueó el teléfono y deslizó otra vez el dedo por la pantalla para abrir la interfaz del Departamento de Aguas de la AASN, tras la cual se ocultaba un sistema operativo encriptado. Envío un mensaje para informar de que había llegado.

A su espalda, el televisor dio paso a las noticias nacionales. Un puñado de agricultores de Colorado se habían atrincherado en lo alto de la presa de Blue Mesa con sus rifles y amenazaban con hacer lo que cojones solieran amenazar con hacer los agricultores de Colorado cuando se les agotaba la suerte y se les cruzaban los cables.

Angel cambió de canal.

«Según el Río de Sangre podría haber más de cien víctimas mor...»

Los presentadores se mostraban ávidos y expectantes. Las imágenes mostraban un montón de cadáveres que habían aparecido en el desierto.

«Se dice que los cadáveres suman ya más de doscientos...»

La imagen de un agente de la policía estatal, con su sombrero de cowboy y su placa enganchada en el cinturón.

«Lo único que sabemos en estos momentos es que el equipo lo formaban un hombre y su esposa. Ignoramos a cuántas personas les prometieron llevarlas al otro lado de la frontera.» Se encogió de hombros en señal de impotencia. «Continúan las excavaciones.»

Sonó un golpe en la puerta.

Angel se acercó a ella mientras desenfundaba la SIG. Abrió el pestillo y la dejó entreabierta. No apareció nadie.

Dio un paso atrás, a la espera. Instantes después entró un hombre en la habitación, barrigudo pero con las piernas y los brazos muy flacos, envejecido desde la última vez que Angel lo viera. Julio, pistola en ristre a su vez.

—Pum —susurró Angel.

Julio pegó un respingo, asustado, pero luego sonrió de oreja a oreja. Bajó la mano de la pistola y dejó caer los hombros en un inconfundible gesto de alivio.

—Me cago en la puta, ese, cuánto me alegro de verte —dijo—. Joder. —Se guardó la pistola en el abrigo y cerró la puerta. Envolvió a Angel en un abrazo de oso—. Qué alegría verte, la hostia.

—Tengo entendido que ha sido una odisea —murmuró Angel mientras se separaban.

—Este sitio... —resopló Julio, sacudiendo la cabeza—. Cuando trabajábamos juntos no era fácil, ¿verdad? Bien lo sabes tú. —Abarcó a Angel con un ademán—. No hay más que verte. Recibiste una cuchillada en el cuello, vale, pero por lo menos sabías exactamente cuál era el rancho cabreado en cuestión. Pero ¿aquí abajo? De eso nada. Aquí lo mismo te pueden rebanar el pescuezo porque a alguien le pareció ver que llevabas una bandera con la estrella solitaria en la hebilla del cinturón. Es una puta lotería, joder.

—Cuando supe que te habían destinado aquí, me imaginé que lo tendrías chupado.

—No iba a ser todo pasta gansa y putas tejanas. A ver, sí, Phoenix todavía tiene un pase si consigues un apartamento en la Taiyang. Ya sabes, donde tomarte un expreso mientras dejas que te salpique el agua de las cascadas. Por no hablar de todas esas chinitas tan monas, venga a pasearse en minifalda por la oficina. —Sacudió la cabeza—. Pero ¿en la zona oscura? ¿Ahí fuera? Eso es un puto desastre. Cada vez que salgo a echar un vistazo a cualquiera de nuestros pisos francos, voy con el miedo de que me llenen la sesera de plomo.

—Así que Phoenix, lo que es renacer, más bien poco, ¿verdad?

Julio le lanzó una mirada sombría antes de ir y ponerse a rebuscar en el minibar.

—Irse al carajo, eso es lo que está haciendo Phoenix. Este sitio se tambalea al puto filo del abismo. Si la puta situación entera no fuese tan deplorable, hasta le daría gracias a Vos por darle motivos a Case para que me lleve al otro lado del río.

—¿Vos?

—Vosovich. Alexander Vosovich. Zonal, uno de mis reclutas. Menudo avispero ha revuelto el muy hijoputa.

—¿Qué le encargaste que hiciera?

Julio regresó del minibar con una Coronita en la mano.

—La misma mierda de siempre. —Julio se acarició el cuello con la botella, disfrutando de su frescor—. Ingeniero hidráulico dentro del Proyecto del Río Salt, era perfecto. Así que le pedí que hiciera amigos. Que repartiera dinero cuando la gente lo necesitase para pagar las deudas acumuladas apostando en la Milla de Oro, chorradas por el estilo. A veces me presentaba a sus nuevos contactos. Teníamos gente en el PAC y en Agua de Phoenix. En la Oficina de Reclamaciones. Pero no se dedicaba a nada por lo que mereciese la pena perder la vida, eso seguro.

Julio dejó de usar la botella como si fuera una bolsa de hielo y empezó a gesticular con ella.

—A ver, de vez en cuando desenterraba alguna estrategia del PRS para comprar a los granjeros. O se enteraba de cuánto pagaba Arizona por invalidar los derechos sobre el agua de alguna tribu india. Cosas así. Hasta que metió la nariz donde no lo llamaban. —Se arrodilló y empezó a hurgar en la nevera de nuevo, sacando una botella tras otra de Coronita, Five Star y Yanjing—. Alguien dentro de Agua de Phoenix empezó a interesarse por él. Que si tenía algo que quizá a Vos le gustaría comprar, decía. Algo muy valioso.

—¿Y quién era ese alguien?

Julio interrumpió el saqueo del minibar y torció el gesto.

—Vos era muy reservado. Un «abogado del agua», eso era lo único que decía. No me quiso desvelar nada más.

—¿Y tú se lo permitiste?

—Supuse que lo que quería el muy pendejo era exprimirme. Cargarme un plus por intermediario, qué sé yo, alguna mierda de esas. Los zonales siempre están a ver cómo pueden sacar tajada de todo. Es la puta cultura que impera aquí abajo. Hay una corrupción que te cagas.

—Bueno, ¿y para qué hacía de intermediario?

—A lo mejor no era nada. Personalmente, opino que los del contraespionaje de Arizona nos estaban troleando. Todo este asunto me huele a chanchullo.

Se levantó con una lata de Tecate. La abrió, pegó un trago, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Dios, esto está que te cagas. Se pasa uno tanto tiempo en la zona oscura que al

final tomarse algo frío te parece un puto espejismo. —Miró a Angel de reajo—. ¿Te apetece una?

—Estoy bien así.

—¿Seguro? —Julio inclinó la cabeza hacia el minibar—. Todavía les queda otra. Luego ya no hay más que Coronitas y cosas de esas que beben los chinos.

—¿Crees que tu chico, Vosovich, te podría haber delatado?

Julio observó a Angel con el ceño fruncido.

—Hombre, después de ver su vídeo en la morgue, como que algo tuvo que hablar, eso está claro.

—¿Y crees que eso podría dejarte en una posición vulnerable?

—Si se tratara de cualquier otro, no me preocuparía. —Julio se encogió de hombros—. Guardo bien las distancias con casi toda la gente que uso. Recogidas anónimas. Emails encriptados. De puta madre, todo. Pero ¿con Vos? Joder. —Sacudió la cabeza—. Llevábamos trabajando juntos, qué sé yo, como diez años.

—Así que corres peligro.

—Alguien interrogó a Vos, eso seguro. El pobre desgraciado parecía uno de esos zonales que a los Perros del Desierto les gusta colgar a lo largo del río a modo de advertencia. Estaba hecho una puta hamburguesa. Habló, ya lo creo, y como le hicieran las preguntas adecuadas, no seré yo el único que esté en el punto de mira. Estaba ayudándome a reclutar, ¿entiendes?

—¿Cuántas personas?

—¿Vulnerables? Una veintena, lo menos. Más toda la gente con la que negociara él por su cuenta, sin tenerla yo en nómina. Me compadezco del que reciba el encargo de barrer toda esta mierda. El pobre hijoputa se va a tirar años a ciegas.

—Y ahora tú coges y te largas, sin más.

Julio lo fulminó con la mirada.

—La pasma identificó a mi hombre por los empastes. Así me enteré de lo que había pasado. Su nombre saltó en los rastreadores que habíamos instalado en los servidores del Departamento de Policía de Phoenix. Eso es todo lo que quedaba de Vos, un par de dientes. —Julio pegó otro trago de la lata de cerveza—. Este sitio saca lo peor que llevamos dentro.

—¿No cabría la posibilidad de que tu chico, Vosovich, estuviera metido en algo más por su cuenta? —preguntó Angel—. ¿Narcotráfico, a lo mejor? Los Estados de los Cártels están intentando hacerse hueco. Quizá no tuviera nada que ver con lo nuestro.

—Lo único que sé es que, si no estoy seguro de algo, no apuesto por ello. —Julio apuntó a Angel con la cerveza—. Y eso, amigo, es por lo que todavía no me ha matado este juego.

—¿No ha movido ficha nadie más? ¿Nada sospechoso? ¿Algún indicio sobre quién pudo cargárselo?

—Qué va, tío. —Julio bebió otro trago—. Todo está en silencio, no se oye ni un



pedo. Nadie suelta ni prenda. Mi chico acapara la primera plana de todos los diarios de sucesos, hecho una mierda, y aquí todos a callar como putas. Te digo que me acojo... —Julio dejó la frase inacabada flotando en el aire, con la mirada puesta en las imágenes del televisor—. Pero ¿tú has visto esa mierda?

Se acercó al aparato y subió el volumen.

El televisor mostraba, en directo, la detención de una pareja de traficantes a los que la policía estaba escoltando fuera de su casa en los suburbios, un extraño castillo rodeado de vallas de alambre de espino que contaba con sus propios generadores y cisternas. La cámara del interior dio paso a unas imágenes que ponían de manifiesto el opulento estilo de vida del que había disfrutado el matrimonio mientras ambos se dedicaban a engatusar tanto a zonales como a tejanos sin nada que perder para pegar el salto hacia el norte.

—Eso es un huevo de cadáveres —musitó Julio—, incluso para este pozo del averno. Las probabilidades de la lotería se habrán desmadrado. Y yo que creía que me estaba arriesgando cuando aposté trescientos yuanes a que salían más de ciento cincuenta a lo largo de la semana. Ojalá hubiera puesto algo más.

—¿Lo has visto ya? —preguntó Angel.

—¿A quién, a Vos?

—Sí, a Vosovich —insistió Angel, exasperado—. El hombre hamburguesa.

—Pero ¿cómo que si lo he visto? ¿Quieres decir en persona?

—Sí.

Julio apartó la mirada del televisor.

—Lo vi en el servidor de la policía. Se me quitaron las ganas de arrimarme.

—¿Asustado?

—«Asustado», joder, pues claro que sí. ¿Por qué te crees que salí de mi apartamento en la Taiyang al amparo de la puta noche? Cuando le han apretado las tuercas a Vos de esa manera, imagínate si me iban a apretar a mí las putas pe... —Se interrumpió al ver la cara de Angel—. Ay, mierda. —Empezó a sacudir la cabeza—. ¿En serio que quieres que vaya a verlo?

—Hay que ser concienzudos.

Julio hizo una mueca.

—Las personas inteligentes procuran pasar cuanto más tiempo fuera de la morgue, mejor, que lo sepas.

—Conque empastes, ¿no?

—Es una pasada —dijo Julio—. O sea, vale que Phoenix sea un estercolero de barbarie, pero es que no había visto nada parecido en mi vida.

—¿Tú no eras de Juárez?

Julio apuró la cerveza y aplastó la lata entre los dedos.

—Precisamente por eso estoy tan cagado de miedo. Ya conseguí escapar una vez del apocalipsis. No me apetece repetir la experiencia.

Lucy tuvo que abrirse paso a codazos a través del tropel de gente que se hacinaba en la morgue. Vociferantes sanitarios y agentes de policía de Phoenix, del FBI y de las tropas del estado. Históricos familiares de las víctimas, empleados del tanatorio y técnicos forenses.

Era como si la ciudad hubiese ordenado hacer horas extraordinarias a todo el mundo para identificar los cadáveres que se amontonaban en los pasillos, apilados encima de las camillas y arrumbados contra la fachada del mismo edificio. Mirara a donde mirase, Lucy solo veía más y más cuerpos sin vida. Iluminaba los pasillos el destello estroboscópico de las cámaras de los correveidiles que, al servicio de sus respectivos hemopasquines, pugnaban por inmortalizar el caos reinante.

Una nueva tromba de camillas cargadas de cadáveres irrumpió de improviso y empujó a Lucy a un lado. La muchacha estiró un brazo para apoyarse en la pared, por encima de una víctima disecada, cubierta apenas por una sábana. El hedor a carne podrida, cada vez más intenso, se mezclaba con la peste a sudor de los empleados de urgencias. La muchacha se esforzó por reprimir una arcada.

—¡Lucy!

El grito reverberó por encima del clamor general.

Timo, tan flaco y risueño como siempre, haciéndole señas con la mano mientras se abría paso a codazos entre la multitud, aferrado a su cámara. Una cara conocida. Un rostro amigo.

Timo había sido uno de los primeros nativos en acogerla bajo su ala cuando llegó a Phoenix. Los había presentado Ray Torres cuando Lucy se interesó por el funcionamiento de los hemopasquines, y desde entonces Timo y ella habían establecido una relación profesional cauta, al principio, que a la larga había derivado en algo mucho más fuerte.

Ahora, cada vez que a Lucy le encargaban un artículo y necesitaba acompañarlo de imágenes de primera, lo embarcaba a él en el proyecto. Y cuando Timo se veía con alguna exclusiva gráfica necesitada de texto y acceso a las revistas más prestigiosas y a los agregadores de noticias, la llamaba a ella.

Simbiosis.

Amistad.

Un simulacro de estabilidad en las arenas movedizas de los innumerables desastres de Phoenix.

Timo se zambulló entre los sollozantes familiares de las víctimas y, tras agarrar a Lucy del brazo, la arrastró hacia el corazón del caos.

—¡No sabía que estuvieras cubriendo esto! ¡La última vez que hablamos me dijiste que ya estabas harta de perseguir fiambres!

—¿Qué diablos pasa? —preguntó a voces la muchacha.

—¿No lo sabes? ¡Se han encontrado con media Texas enterrada en mitad del

desierto! ¡No paran de salir cada vez más cadáveres!

El fotógrafo le enseñó su cámara, apartó de un manotazo el amuleto de la Santa Muerte que amenazaba con eclipsar la pantalla y, utilizando el pulgar, comenzó a pasar las imágenes mientras la aglomeración de personas los zarandeaba.

—¡Fíjate, es una pasada!

Fotos y más fotos de cadáveres exhumados, uno tras otro, en interminable sucesión.

—Los coyotes se quedaban con el dinero de estos pobres incautos y después los enterraban en el desierto —le explicó Timo—. Nadie sabe cuántos van a encontrar.

Consternada, Lucy observó de reojo el caos que los rodeaba.

—No me imaginaba que fuera algo tan gordo.

—No, ¿verdad? ¡Y yo que no sabía si merecería la pena cuando me lo chivaron! Esto se va a convertir en viral —sentenció Timo, regocijándose—. Están llegando correveidiles de medio mundo para cubrir esta historia, y las mejores fotos son todas mías. Pagué por la exclusiva en el yacimiento. La pasma no va a dejar que se acerque nadie más, únicamente yo. La Santa Muerte se está portando este año. —Besó el amuleto—. La Flaca vela por los suyos. —Le pegó un codazo a Lucy—. ¿Y tú qué? ¿Te apuntas? Las imágenes ya las tenemos.

—Eso parece.

—¡Que te lo digo en serio, bonita! Mi teléfono está que echa humo ahora mismo, todas las grandes se mueren por mis huesos, pero a ti te dejaría elegir la primera. No voy a pasarle este material al primer gilipollas de fuera que aparezca recién apeado del avión. ¡A los de casa les doy a elegir!

—Gracias. Ya te contaré.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas cualquier otra cosa?

—No te comas la cabeza. Se trata de algo personal.

—Bueno. —Timo no parecía muy convencido—. En cualquier caso, llámame por lo de las fotos. Lo que tenemos aquí no va a olerlo nadie más en semanas. —Levantó la voz ante la aparición de otra tromba de camillas repletas de cadáveres, empujadas por sanitarios de urgencias, que les obligaron a separarse so pena de acabar arrollados.—. ¡Con esto lo petamos, ya verás!

—Vale, tú no te preocupes. Te llamo.

—¡No te lo pienses más de la cuenta!

Lucy le aseguró que no con un gesto y continuó abriéndose paso a través del gentío, siguiendo la estela de los sanitarios.

—¿Sabe dónde está Christine Ma? —le preguntó al primer policía que encontró.

—¿Y usted qué hace aquí?

—Me han pedido que identifique a alguien —mintió Lucy—. ¡Christine me llamó para que viniera!

El agente miró a su alrededor, angustiado.

—¡Lo mejor será que se vuelva usted a su casa! ¡Este sitio es un caos!

—No se preocupe. —Lucy lo apartó de un empujón—. Ya daré yo con ella.

El policía ni siquiera la oyó. Ya estaba abriéndose paso entre la multitud.

—¡Usted! ¡Caballero! ¡No toque las pruebas! —gritó al ver a un anciano tejano que no dejaba de lamentarse a voz en cuello, abrazado a un cadáver encostrado de polvo.

A codazos, Lucy siguió adentrándose en el pasillo y en el helor de la morgue. Más cuerpos. En cada rincón. Reconoció a la forense y la llamó con la mano.

Christine Ma estaba encarándose con un grupo de sanitarios de urgencias en ese preciso momento.

—¡Que no hay sitio para tantos! —gritó—. ¡Me gustaría saber a qué imbécil se le habrá ocurrido autorizar el traslado de todos estos cadáveres! ¡Deberían haberlos dejado donde los encontraron!

—En fin, ahora no nos los podemos llevar otra vez —replicó uno de los enfermeros—. A menos que alguien cargue con los gastos del viaje de vuelta.

—¡Pero si yo no he autorizado nada de todo esto!

—Lo dicho, si quiere que nos los llevemos, páguenos.

—A ver, me cago en la puta, pero ¿aquí quién está al mando?

«Nadie», comprendió Lucy. «Aquí nadie está al mando de nada.»

Mientras contemplaba fijamente los cadáveres y al desbordado personal de urgencias, se sintió como si el mundo entero estuviera desmoronándose a su alrededor. Había empezado despacio, al principio, pero ahora iba cada vez más deprisa. Demasiado para librarse. A Lucy le costaba encajar la tremenda cantidad de víctimas que se exhibían ante sus ojos. Sabía, después de todos los artículos sobre movimientos migratorios que había escrito, que los refugiados se contaban por cientos de miles, pero, así y todo, ¿cómo era posible que una sola pareja de depredadores sin escrúpulos hubiera conseguido echarle el guante a tantísima gente?

Esos cadáveres amontonados que solo habían intentado comprar un billete hacia el norte, hacia algún lugar en el que hubiera agua, trabajo y esperanza, impactaban a Lucy mucho más que cualquier estadística sobre desplazados por los tornados, los huracanes y el crecimiento del nivel del mar. Cuando ya creía haberse vuelto inmune al sufrimiento de sus congéneres, venía algo como eso y la estremecía de la cabeza a los pies, dejándola más afectada y conmovida que nunca.

Sintiéndose a la deriva en medio del caos que la rodeaba, se abrazó con fuerza a sí misma y reprimió un escalofrío.

«Cada vez es peor.»

Christine, empeñada en que se llevaran los cuerpos de allí, seguía desgañitándose con los sanitarios, pero estos ya habían comenzado a alejarse.

Era como si una pleamar hubiera entrado en la morgue para dejarla sembrada de cuerpos, como los restos de un naufragio, apilados de cualquier manera en todas las mesas, desperdigados por el suelo.

Dios, pero si prácticamente podría escribir toda la historia al dictado. Timo tenía

razón: aquello era muy gordo. Podría venderles la exclusiva a la Fox y a la CNN. Al Google/*New York Times*. Redondearlo con las visitas a su canal de noticias personal, con la etiqueta #PhoenixAlCarajo, más una edición en epub para el *Kindle Post*.

Si jugaba bien sus cartas, quizá consiguiera incluso sacar el contrato para un libro. Sin poder evitarlo, empezó a sumar todas las fuentes de ingresos en potencia que se le ocurrían. Aunque vendiera esa historia de siete formas distintas, ni siquiera así agotaría todas las posibilidades.

Timo estaba fotografiando el altercado de Christine, más carnaza para sus hemopasquines. Reparó en Lucy y levantó los pulgares con gesto triunfal.

—¡Dicen que se van a batir todos los récords!

Pues claro que sí, esto era algo sin precedentes. De lo contrario, ¿qué pintaba en Phoenix aquel aluvión de correveidiles? Todos sabían que la ciudad estaba en las últimas, pero las muertes lentas no le llamaban la atención a nadie. El mayor asesinato en masa de la historia, en cambio... Aquello hacía que a los directores de todas las agencias de investigación del país se les hiciera la boca agua y que cualquier equipo de periodistas perdiese el culo por montar en el primer avión que estuviera disponible.

Aquello podría darles de comer a Timo y a ella durante meses.

Timo seguía fotografiándolo todo. Lucy lo observó, impresionada por la desenvoltura con la que se inmiscuía en los momentos más íntimos y dramáticos de todas aquellas vidas ajenas. Tan pronto se ponía en cuclillas junto a unos afligidos padres tejanos que habían enviado a su hija al norte, con la esperanza de que allí encontrase una vida mejor, como se colaba en el corazón de una discusión entre más sanitarios de urgencias, empeñados en seguir descargando cadáveres, y Christine, desesperada por imponer aunque solo fuera un ápice de control.

Nadie se metía con Timo. Era tan cercano que casi parecía de la familia. Dentro y fuera, sin parar de sacar fotos en ningún momento. Se movía como una bolita de mercurio. Al anoecer, las imágenes que estaba capturando ahora circularían por toda internet, y Anna estaría colgada del teléfono, suplicándole otra vez a Lucy que volviera al norte. Que reconsiderara esa extraña necesidad suya de hacer de voyeur en el ojo de este huracán.

«Me preocupo por ti», le había dicho. «Eso es todo. No puedo evitarlo.»

Ahora sí que tendría motivos para estar preocupada. Esto no era algo a lo que Lucy pudiera restarle importancia achacándolo al afán sensacionalista de los medios de comunicación. Era demasiado grande. Eran demasiados cadáveres. Incluso Anna, guarecida en la exuberante y frondosa Vancouver, se daría cuenta de que esto era demasiado espantoso.

Esto era el apocalipsis, ni más ni menos. El mundo después de que de todas sus leyes ya no quedara ni rastro.

¿No era esto por lo que Jamie había decidido que merecía la pena arriesgarlo todo? ¿Para disfrutar al menos de una porción de la buena vida antes de que todo se

desmoronara? Había vivido inmerso en el horror y necesitaba una salida. Como todos.

Interrumpió sus cavilaciones la llegada de Timo, que apareció a su lado escurriéndose entre la multitud.

—En serio, ¿qué buscas? —le preguntó—. A lo mejor te puedo echar una mano.

—Esperaba hablar con Christine.

—Pues vuelve el año que viene —resopló Timo—. Mira esta. —Levantó la cámara y le enseñó una pantalla llena de cadáveres humeantes—. Hay familias enteras ahí dentro. Esas personas pagaron una fortuna para cruzar hasta California, ¿sabes?, y mira dónde han terminado. Seguro que esto te vale. No sé, podrías darle un enfoque como de interés humano, una historia en plan lacrimógena o algo. —Pasó las fotos con el pulgar—. También he sacado unos cuantos primeros planos. Fíjate en esta... todavía se distingue la marca del anillo de boda.

Entró otro cadáver transportado en camilla.

—Chicos, a ver, esperad un momento.

Timo consiguió que los sanitarios se detuvieran y le permitieran bajar la cremallera de la bolsa para sacar una foto del interior. Otra imagen de un cadáver en descomposición. Lucy vio que tenía el pelo largo, pero no sabría decir si se trataba de un hombre o de una mujer.

—¡Estupendo! ¡Gracias! —Timo subió la cremallera y sujetó a Lucy, que había empezado a darse la vuelta—. Me avisas, ¿vale?

—Claro que sí, Timo. Te llamaré antes que a nadie si se me ocurre una historia.

—¡Pero no te duermas en los laureles! ¡A la gente no le gustan los desastres que duran más de una semana! ¡Tenemos que exprimir esto a fondo ahora que las visitas están a tope!

Lucy le dio una palmadita en el hombro y se las apañó para interceptar a Christine, que regresaba de librar otra batalla con los sanitarios de urgencias.

—¡Lucy! —exclamó la forense—. ¿A ti también te atrae esto?

—No. —Tras unos instantes de vacilación, Lucy añadió—: Quería ver a Jamie. James Anderson.

—¿El del Departamento de Aguas? ¿El abogado?

—El mismo.

—No estarás escribiendo nada acerca de él. —La expresión de Christine denotaba preocupación.

—Qué va. Me estoy documentado, eso es todo. —Lucy se obligó a sonreír—. No estoy tan loca.

Christine frunció los labios mientras paseaba la mirada por las montañas de cuerpos. Sus ojos se veían hundidos y amoratados a causa del agotamiento.

—A saber dónde lo habrán metido, ni idea. —Sacó una tableta y utilizó un lápiz óptico para navegar por sus contenidos. Frunció el ceño. Levantó la cabeza—. ¿Seguro que quieres ver esto?

Lo incongruente de la situación estuvo a punto de arrancarle una carcajada a Lucy. Allí estaban ellas, rodeadas de cuerpos en descomposición que no dejaban de seguir llegando a cada instante que pasaba, y a la forense le preocupaba que viera uno más.

—Seguro.

Christine se encogió de hombros y condujo a Lucy a otra sala.

—Ha tenido suerte. Llegó antes de que nos quedáramos sin camas. —Se acercó a una camilla—. El caso es que estábamos a punto de sacarlo de aquí. No tenemos sitio para todos. Son demasiados.

Esa era la historia, comprendió Lucy.

Ese era el enfoque que atraería a los consumidores de los grandes medios: no que hubiera mil historias lacrimógenas de las que Timo podría documentar, sino el hecho de que alguien como Christine Ma pudiera sentirse abrumada.

Cuando llegó a Phoenix, Lucy se sentía tan desconcertada por aquella ruina de ciudad que había noches en las que pensaba que iba a perder la cabeza. Pero entonces conoció a Christine y se dio cuenta de que podía encajarlo. A Christine nunca la superaba nada. Dirigía la morgue como si de una unidad médica de combate destinada en el Ártico se tratara. No se dejaba apabullar por nada. Nada la sacaba de sus casillas. No le afectaba nada.

Ahora, sin embargo, la tensión imprimía a sus facciones una expresión cadavérica.

—Me parece que es este. —Christine titubeó, con los dedos crispados sobre la sábana sucia—. Lo han torturado —advirtió a Lucy, que le lanzó una miradita irritada mientras le aseguraba:

—Podré superarlo.

Se equivocaba.

Los verdugos de Jamie habían tallado una historia en su anatomía desfigurada, y envuelta en el helor de la morgue, sin el filtro amortiguador de la tormenta desatada y la vapuleada mascarilla de Lucy, la tortura a la que lo habían sometido se exhibía en todo su esplendor, íntima y descarnada. Mil veces peor de como la recordaba.

Lucy tragó saliva con dificultad y se esforzó por adoptar una expresión lo más indiferente posible.

—Presenta marcas de quemaduras por corriente eléctrica en los genitales — señaló Christine con una mano enfundada en un guante de látex—. Le inyectaron adrenalina en el cuerpo. Se aprecian indicios de traumatismo rectal. Lo violaron con algo romo, con una porra o algo por el estilo.

—¿Una porra... de policía?

Christine captó las implicaciones de la pregunta en cuanto esta hubo abandonado los labios de Lucy. Se le ensancharon ligerísimamente los ojos antes de que le diera tiempo a encubrir su indignación tras una fachada de neutralidad. Christine echó un vistazo furtivo a los agentes que se arremolinaban al fondo de la sala, en torno a un

nuevo cargamento de cadáveres, y fulminó a Lucy con la mirada por expresar de viva voz lo que todos murmuraban: que el cuerpo de policía de Phoenix no era más que un hatajo de matones de alquiler.

—Podría haber sido un atizador.

Continuó con la descripción:

—Sospecho que lo mataron y lo reanimaron más de una vez, como sugiere la cantidad de adrenalina acumulada en su sistema. La extracción de los ojos fue premortem. En cuanto a las demás partes del cuerpo, solo las manos y los pies le fueron amputados en vida. Las piernas y lo demás se lo arrancaron cuando ya estaba muerto. Parece que intentaron practicarle un torniquete en las extremidades para prolongar todo el proceso.

Lucy se obligó a acompañar la respiración y encajar la información conforme la recibía. Se sentía como si la habitación estuviera balanceándose bajo sus pies. Se agarró a la camilla para estabilizarse. Por muy desapasionadamente que describiera Christine las distintas etapas de los abusos sufridos por Jamie, para este el proceso no había tenido nada de desapasionado. Habría llorado y balbuceado, implorado y chillado, con la cara cubierta de saliva, mocos y lágrimas. Enronquecida la voz de tanto gritar...

Lucy se agachó para contemplar su rostro desfigurado.

Se había mordido la lengua.

Todavía tenía sangre en los dientes.

Enderezó la espalda, combatiendo una arcada. Durante algún tiempo habría sido frenético, hasta que los agresores de Jamie perdieran la habilidad de acceder a él. Aquello los habría enfurecido, pues para eso lo habían sacado de su sitio en el cielo o en el infierno, para continuar ensañándose con él.

Una y otra vez.

Que Christine enumerase cuanto quisiera las distintas etapas del descuartizamiento de Jamie; aquello ni siquiera empezaba a describir el terror que debía de haberlo atenazado mientras sus agresores lo hacían pedazos. Dios, qué tonto había sido. Tan pagado de sí mismo. Tan complacido con sus ardidés, con todos sus planes para enriquecerse y salir de rositas.

—¿Llevaba encima sus artículos personales? —preguntó Lucy.

La forense no respondió de inmediato.

—Sí. No le robaron.

—¿Puedo mirar?

Christine titubeó.

—Lo conocías, ¿verdad?

Lucy asintió con la cabeza.

—Sí.

—Se nota —suspiró la forense—. Ponte unos guantes.

Así lo hizo Lucy, y Christine le permitió revolver el contenido de la bolsa donde



estaban las pertenencias de Jamie. Su ropa, empapada de sangre. Su cartera. La abrió y echó un vistazo dentro. Encontró tarjetas de crédito, unos cuantos yuanes. Recibos. Los examinó. Tíquets de puestos de comida escritos a mano, como los que extendían los Merry Perry que vendían churros. Jamie siempre se preocupaba de que le reembolsaran los gastos efectuados en horas de trabajo, pero eso era absurdo. Un par de tarjetas de visita. El Proyecto del Río Salt. La Oficina de Asuntos de los Nativos Americanos. La Oficina de Reclamaciones. Souvenirs de su trabajo.

Mientras revisaba las tarjetas de crédito, Lucy se tropezó con una de chip y pin, sin distintivos. Laminada de oro, con un relámpago escarlata: *Apocalypse Now!*

Lucy le dio la vuelta a la tarjeta. Era como las que se utilizaban para almacenar el valor que uno quisiera. Se recargaba a través de Bitcoin o mediante cualquier otro tipo de criptomoneda y se utilizaba sin temor a que la relacionaran con uno. Ideal cuando uno no quería que sus operaciones financieras dejaran ningún rastro. Y también para que alguien más les echara dinero. Se trataba de un método tan sencillo como anónimo de que le pagaran a uno.

Se dio unos golpecitos en la palma de la mano con la tarjeta, pensativa. Le daba mala espina. No era propio de Jamie. Él tenía más estilo.

—Fea manera de morir —dijo alguien detrás de ella.

La voz provocó que Lucy diera un respingo y se apresurara a guardar los papeles y la tarjeta en la cartera de Jamie.

A su espalda se había situado una pareja de detectives vestidos de paisano. Latinos, con los pulgares enganchados en el cinturón y la chaqueta abierta, dejando al descubierto los revólveres y las placas.

Uno de ellos era bajito, con algo de tripa, perilla recortada y una mueca socarrona en los labios. El otro era alto. Serio, de rasgos angulosos y piel curtida por el tiempo. Los dos observaban a Jamie.

—Joder —dijo el de la perilla—, se ve que alguien quería que el desgraciado este sufriera con ganas.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó secamente Christine.

—Departamento de Investigación Criminal. —El más alto de los dos les enseñó su placa durante una fracción de segundo y se sumó a su compañero en el examen del cuerpo, agachándose para estudiar más de cerca el rostro de Jamie—. Pues sí que tuvo que sufrir, sí. Parece que se cortó la lengua con los dientes, él solo. —Sus fríos ojos oscuros se posaron en Lucy—. ¿Son esas sus cosas?

Le arrebató la cartera de Jamie de las manos sin darle tiempo a responder.

—Los cadáveres de los Coyotes Asesinos están por ahí —observó Christine, desabrida.

El poli serio se enderezó.

—No buscamos viejos fiambres desenterrados —dijo—, sino otros más recientes. Como este de aquí. —Clavó la mirada en el cuerpo de Jamie—. ¿Tiene nombre?

—James Sanderson —dijo Christine.

—Ah. —El detective se encogió de hombros—. No es el que quería. Buscamos a un tal Vosovich. —Adoptó una expresión pensativa—. También está hecho mierda, como este, pero resulta que es otro.

A Lucy no le hacía gracia el modo en que se conducían los polis, la forma en que sus ojos saltaban del cadáver de Jamie a ella, pasando por Christine.

La tracería de lo que parecía ser el tatuaje de una serpiente se deslizaba por el dorso de la mano del agente de la perilla. El alto lucía una cicatriz en la cara y el cuello, un surco aserrado, como si alguien le hubiera incrustado una botella en la garganta antes de arrastrarla por todo su pecho. El bajito se dedicó a fisgar en la cartera de Jamie mientras Christine los conducía hasta otro cadáver y retiraba la sábana que lo tapaba.

—¿Es este el que buscan?

Lucy los siguió, picada por la curiosidad. El poli de la sonrisita y la perilla sostenía aún los efectos personales de Jamie. Lucy ardía en deseos de volver a mirar los recibos, la tarjeta del club... pero se olvidó de todo en cuanto vio el otro cadáver. Estaban relacionados. Los dos cuerpos se parecían como dos gotas de agua, pese a los distintos matices de sus respectivas torturas.

—Fíjate —dijo el bajito—. Vosburguesa. Apocalipsis Chihuahua 3.0. No me negarás que es como si se hubieran desatado todos los demonios.

—El mundo se acaba, está claro —resopló el alto, antes de ladear la cabeza hacia atrás, en dirección al cadáver de Jamie—. Tiene un hermanito gemelo.

—Casualidades de la vida, seguramente —bromeó el de la perilla.

—Tengo entendido que existen.

Los dos sonreían ahora, taladrando a Lucy con la mirada.

—¿Conoce usted a este? —preguntó el de la cicatriz. Apuntaba con el dedo al nuevo cadáver, el que habían llamado Vosovich.

El cuerpo destrozado del difunto guardaba tal parecido con el de Jamie que ni siquiera el policía más estúpido del mundo podría pasar por alto la conexión.

Lucy negó con la cabeza.

—No lo había visto en mi vida.

El de la cicatriz señaló a Jamie.

—Pero a ese sí, ¿no? ¿Amigo suyo? —Le arrebató la cartera a su compañero y buscó el carnet de conducir de Jamie—. ¿Quién es este tal James Sanderson?

—Consejero legal de Agua de Phoenix —dijo el bajito—. O eso pone en su tarjeta de visita, al menos.

—¿Sí? —le preguntó a Lucy el más alto—. ¿Se dedicaba a eso Sanderson? ¿Agua? ¿Legal?

A Lucy no le gustaba el modo en que la observaba aquel policía. Aparentaba tranquilidad, pero sus preguntas estaban cargadas de suspicacia y sus ojos oscuros la inmovilizaban clavada en el sitio como dos alfileres.

—Y yo qué coño sé —se obligó a replicar Lucy, fingiendo desinterés—. Para mí

no es más que otro piscinero. —Apuntó con el pulgar en dirección a Timo, que continuaba sacando fotografías—. Trabajamos para el *Río de Sangre*. Se nos había ocurrido que el cadáver este era lo bastante bueno para salir en portada.

—Ah. No la tenía por buitre. —El agente de la cicatriz inclinó la cabeza hacia Jamie y el nuevo cadáver—. ¿Ha visto más fiambres como estos últimamente? Así, digo, torturados. ¿Piscineros, a lo mejor? ¿O colgados de algún puente? No sé, cosas por el estilo.

Lucy se encogió de hombros.

—A veces los narcos hacen cosas así. —Dejó que la conversación se desarrollara por inercia, como si le costara soportar el tedio, aprovechando todo cuanto le había enseñado Ray Torres para desviar la atención de la policía—. Timo, ese de ahí, dispone de todo un catálogo gráfico, por si les interesa echar un vistazo. A lo mejor tiene algo parecido a lo que buscan.

—Seguro que sí. —El agente se dio la vuelta y llamó a Christine, la cual se había alejado en su afán por seguir supervisando aquel desbarajuste—. ¡Oiga! ¿Llevaba algo encima este hombre?

—A lo mejor —replicó Christine—. Si lo encuentran, todo suyo.

—«Si lo encuentran», dice —refunfuñó el bajito mientras paseaba la mirada por el caos que los rodeaba. Regresó junto al cadáver de Jamie.

Lucy se devanaba los sesos intentando establecer qué tipo de relación mantenían aquellos dos polis, y si podría sonsacarles algo. «Vosovich», había dicho el más alto de la pareja. Ojalá pudiera preguntarles cómo se deletreaba, para poder empezar a indagar. Estaba convencida de que así averiguaría algo más sobre la muerte de Jamie. Al menos este asesinato no debería permanecer envuelto en el misterio, para variar.

La imagen de Ray Torres afloró de improviso a su mente, agitando un dedo en señal de advertencia. «No escribas acerca de los cadáveres.»

—¿Tienen alguna pista? —les preguntó a los policías.

La pareja intercambió una sonrisa.

—Mala gente —dijo el de la perilla—. De la peor.

—¿Puedo citar sus palabras? —contraatacó Lucy.

—Cómo no. Adelante. —El de la cicatriz la observaba con una intensidad preocupante. La atención de Lucy se desvió hacia su cicatriz, la cual se descolgaba por el cuello desde el mentón hasta perderse de vista debajo de la camisa, un tajo zigzagueante en la caoba curtida de su piel, perforada y rasgada. Con violencia—. Hábleme de este hombre —dijo, tamborileando con los dedos en la camilla sobre la que yacía Jamie—. ¿Qué relación mantenía con él?

—Me... —Lucy titubeó antes de recuperar la compostura—. Ya se lo dicho. Buscaba algo de carnaza, eso es todo. Para los diarios.

—Ya. —El hombre asintió con la cabeza—. Los diarios.

Sobrevino a Lucy el incómodo presentimiento de que lo había visto antes, en alguna parte.

«Son sus ojos», pensó. Había algo en la intensidad con que lo observaba todo. Fríos y oscuros. Ojos que habían presenciado demasiados horrores y ya no albergaban ninguna esperanza. Veía las cosas del mismo modo que ella.

Se le secó la boca.

Timo a veces hablaba de cómo alguien acababa de pasar sobre tu tumba. Si prestabas atención, según él, podías sentir las alas de la muerte batiendo sobre tu cabeza, momento en el que lo mejor sería buscar el altar de la Santa Muerte más próximo y hacerle una ofrenda generosa de cojones. Si se daba uno prisa, quizá la Flaca te protegiera... si le caías en gracia. Si la ofrenda en cuestión le gustaba.

Lucy siempre se había reído de esa superstición, propia de los zonales. Pero ahora, de golpe y porrazo, creer en ella no le costaba ni pizca.

Ese hombre era la muerte.

—No me he quedado con su nombre —continuó el agente. Lucy tragó saliva con dificultad. No quería decirle cómo se llamaba. Lo que quería era que se la tragase la tierra. Escapar—. Porque tendrá usted nombre, supongo —insistió con una sonrisa.

La estudiaba con la cabeza ladeada, como un cuervo que estuviera examinando un pedazo de carroña. Diseccionándola con los ojos. Desgarrándole la piel y la carne, los músculos y los tendones. Abriéndola en canal. Lucy se dio cuenta de que venir a ver a Jamie había sido una imprudencia. Una insensatez, empeñarse en investigar la historia de la muerte de su amigo.

—Tú no eres policía.

Se le antojó evidente nada más decirlo. Quizá llevase encima una placa, pero aquel hombre no pertenecía a ningún departamento.

Confirmó sus sospechas la sonrisa tirante del hombre, que replicó:

—¿No? ¿Tú crees?

Lucy se preguntó si sería ese el mismo que había torturado a Jamie. Si habría dejado su cadáver y el otro cuerpo en la morgue para atraerla a ella. Las bandas de cholobis empleaban ese ardid en ocasiones. Asesinaban a alguien y esperaban a que los amigos de la víctima se acercaran para asesinarlos a ellos también. Un truco ingenioso. Uno de sus preferidos. La mejor manera de exprimirles aún más muerte a sus víctimas, como quien extrae hasta la última gota de zumo de una lima gastada.

El hombre la agarró del brazo cuando Lucy intentó dar un paso atrás. Sus dedos se le clavaron en la piel. La atrajo hacia él de un tirón y agachó la cabeza hasta rozarle la oreja con los labios.

—Me parece que todavía no me has dicho tu nombre.

Lucy tragó saliva mientras registraba la morgue con la mirada en busca de ayuda. No vio a Christine por ninguna parte. A Timo, tampoco. Aflojó la presa de aquellos dedos que la inmovilizaban y se obligó a adoptar una expresión indignada.

—Te estás pasando de la raya.

—¿Tú crees?

—Apártate de mí si no quieres que te eche encima a la policía de verdad.

Supuso que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de convencer a la gente que había por allí de que aquel hombre era un impostor. Con Christine presente en la sala, las cosas habrían sido distintas.

Volvió a pasear la mirada por la habitación, buscando a la forense. Pero ¿dónde se había metido?

El de la perilla y el brazo tatuado se acercó a ellos.

—¿Tienes algo? —Desenganchó las esposas de su cinturón—. ¿Esta va a darnos alguna pista?

El de la cicatriz miró a su compañero, primero, y después nuevamente a Lucy.

Para sorpresa de esta, la soltó.

—No, nada —dijo—. Qué va. La niñata esta de los hemopasquines no sabe una mierda. —La observó de soslayo, cargados de advertencia sus ojos oscuros—. Porque los correveidiles de medio pelo nunca tienen ni puta idea de nada, ¿a que no?

Lucy tardó un segundo en recuperar el habla.

—No —susurró.

—Hala, pues largo de aquí. —El hombre ladeó la cabeza en dirección a la puerta—. A correr. Vete a rapiñar a otra parte.

El hombre de la cicatriz no tuvo que decírselo dos veces. Lucy salió huyendo, despavorida.

Angel se quedó observando cómo se alejaba la correveidile.

Había algo en ella que le daba mala espina, pero no le había gustado que Julio se entrometiera en su conversación. Con Julio, las probabilidades de que cualquiera al que interrogasen acabara hecho trizas se disparaban. Así que Angel había dejado que la mujer se marchara. Y ahora se arrepentía de ello.

«Me estoy ablandando».

—Eh. —Julio le agarró el codo—. Que tenemos compañía, cabrón.

Dos hombres estaban abriéndose paso a empujones entre la multitud, acosando a los sanitarios de urgencias, placa en ristre. Tenían toda la pinta de ser policías del estado.

—¿Los conoces?

—Calis. —Julio se volvió para darles la espalda y murmuró—: Como me vean siquiera un pelo del culo, seguro que me reconocen. Phoenix es una ciudad demasiado pequeña para toda esta mierda.

Angel les echó un vistazo disimuladamente. Decidió que daban el tipo. Mientras que Catherine Case sacaba a su gente de la cárcel y la desesperación, California tenía su propio proceso de reclutamiento e invertía sus ingentes reservas de dinero de otra manera. Los dos que seguían abriéndose paso entre las camillas ofrecían el atildado aspecto de los ricachones graduados de Stanford. Sin tatuajes visibles. Cortes de pelo decentes. Auténticos privilegiados.

—¿Seguro que son calis? A ver si van a ser DIC de verdad.

Julio le propinó un codazo, impaciente.

—Seguro que sí, claro. Qué cojones. Tengo cámaras en Ibis, y esos dos se pasan el día entrando y saliendo de la sede.

—Esa empresa parece una embajada californiana.

Julio ya estaba explorando las salidas.

—Sabía que debería haberme negado a acompañarte aquí abajo.

—Tranquilízate, ese. A ver qué hacen. Lo mismo averiguamos algo interesante.

—Tu ese y tú podéis comerme la polla. —El terror había crispado las facciones de Julio hasta convertirlas en una máscara mortuoria—. Diez a uno a que las placas que lleven encima esos hijos de puta superarían cualquier examen. Podrían arrestarnos, si les da por ahí. Podrían investigar nuestros antecedentes hasta volvernos el culo del revés. ¿Eso es lo que quieres?

—¿En serio? ¿Podrían jodernos así?

—Los calis nos llevan la delantera en todo. Aquí estás viéndotelas con los perrazos, «ese» —declaró Julio, recalcando con retintín la última palabra. Tiró de la manga de Angel—. Pero ¿te quieres dar prisa?

Angel decidió que Julio ya no era el mismo de antes.

Hubo un tiempo en que el hombre que tenía a su lado habría dejado que un

ranchero le metiera una escopeta en la boca, sin pestañear. Julio les habría dicho al paleta y a su escopeta que Vegas pensaba quedarse con su agua, pasara lo que pasase, así que ya se podían ir despidiendo. Sin inmutarse, joder. Julio habría entregado sus papeles y se habría quedado esperando a que le reventaran la cabeza en medio de una nube de sesos y esquirlas de hueso.

Y ahora un par de calis conseguían que el pobre desgraciado se cagara por la pata abajo.

—Como prefieras —dijo Angel—. Creo que yo voy a quedarme un poco más. A ver qué se traen entre manos nuestros amigos.

Julio titubeó, visiblemente dividido entre el impulso de huir y el deseo de conservar el respeto de Angel.

—Tú mismo —refunfuñó, al cabo, antes de abandonar el escenario apretujándose entre la aglomeración.

Angel continuó deambulando entre los cadáveres, levantando las sábanas de vez en cuando, fingiendo estar en misión oficial mientras vigilaba a los calis por el rabillo del ojo, ocupados con su propio tour entre los muertos.

Pese a las palabras de Julio, a Angel le parecían DIC de verdad. Tendría sentido que el Departamento de Investigación Criminal se personara allí, habida cuenta de la cantidad de tejanos que se amontonaban como planchas de corcho en la morgue. Hasta Arizona tenía que demostrar que las cosas le importaban un huevo de vez en cuando, siquiera para que a los turistas no les diera por pensar que su estado aspiraba a convertirse en el nuevo abanderado de las limpiezas étnicas.

El flash del reportero de los hemopasquines, que seguía sacando fotos, no dejaba de emitir fogonazos. Angel vio cómo trabajaba con los cadáveres, profesional y discreto. Su presencia le hizo pensar una vez más en la periodista que había salido por patas. Le daba mala espina esa mujer.

«Entonces ¿por qué he dejado que se marchara?»

Sin perder de vista a los calis, Angel se situó junto al fotógrafo, que en esos momentos buscaba el mejor encuadre para otro cadáver, manejando la cámara con una sola mano mientras sujetaba la sábana de la camilla con la otra.

Angel agarró la tela y se la sostuvo para que pudiera desenvolverse mejor.

—Parece que los negocios van viento en popa.

El fotógrafo le dio las gracias con un cabeceo mientras ajustaba la configuración de la cámara.

—Buf, tío. Ni que lo digas. —Se asomó al objetivo—. ¿Te importaría levantarla un poco más? Gracias. —Sacó una serie de fotos—. Quiero que se vea su dentadura mellada. Le han arrancado todas las piezas de oro, pero...

Angel elevó un poco más la tela, servicial.

—Oye —dijo—, la amiga esa tuya que estaba aquí antes. Una señorita que trabaja para los diarios.

—¿Quién? ¿Te refieres a Lucy? —El reportero sacó otra fotografía y retrocedió

un paso, estudiando los ángulos—. Esa no tiene nada que ver con los hemopasquines. Si hasta ha ganado el Pulitzer y todo.

—No jodas. —Para sus adentros, Angel se maldijo de nuevo por haberla dejado escapar—. Tendría que haberme dado cuenta de lo buena que era. Hacía las preguntas pertinentes, ya sabes.

—Sí. —El fotógrafo asintió con la cabeza, distraído, concentrado aún en las imágenes.

—Quedamos en que le pasara algo de información, pero... —Angel abarcó el caos que los rodeaba con un ademán—. Con toda esta mierda, al final no me he quedado ni con su nombre ni con su teléfono.

—Búscala en Google. Lucy Monroe. —El fotógrafo recitó su número de teléfono de memoria, sin dejar de pulsar el disparador—. ¿Te importaría levantarla un poco más?

Otra conmoción procedente del pasillo. Los dos se volvieron, esperando ver otra oleada de cadáveres desenterrados, pero en vez de eso se encontraron con una tromba de familiares, toda una avalancha de gente, y no solo de Texas. También había nativos, al parecer. Un crisol de tonos de piel. Negro, blanco, marrón, amarillo... Todos ellos unidos por la pérdida, todos ellos arrollando a la policía, desbordada por la situación, farfullando en español, en inglés o con acento de Dallas. Todos ellos sonaban prácticamente igual, homogeneizados por el dolor.

—¡Ay, Dios, esto va a ser la bomba! —exclamó el fotógrafo, que acto seguido se zambulló en el corazón de la marabunta.

Angel se aplastó con disimulo contra una pared, vigilando a los calis, que continuaban haciendo su ronda.

«Lucy Monroe. Ganadora del Pulitzer.»

Los calis se detuvieron junto al cadáver de James Sanderson y llamaron a la señorita china que dirigía la morgue. Dos tipos trajeados, metidos en su papel; el mismo que acababan de representar Angel y Julio hacía apenas unos minutos.

«Esto se pone interesante.»

La forense gesticulaba, discutiendo con ellos, que le enseñaron sus placas, y ahora ella se dio la vuelta, cambiando la cara, escudriñando la confusión...

Señalando a Angel con el dedo en cuanto lo vio.

«Gracias mil, guapa.»

Angel esbozó una sonrisita mordaz y se tocó el ala de un imaginario sombrero de cowboy mientras silabeaba para los calis:

—Demasiado tarde.

Echaron mano de las pistolas, como cabía esperar, pero para entonces Angel ya se había zambullido en el maremágnum de afligidas familias.

Volcó una camilla cargada de cuerpos sobre la marcha, dejando una estela de cadáveres desperdigados.

Cuando los calis emprendieron su persecución, embistiendo contra el gentío, los



familiares perdieron los papeles al ver a sus seres queridos tirados por el suelo de cualquier manera. Exigiendo sangre y venganza a gritos, se abalanzaron sobre los calis.

Angel agarró al primer policía con el que se cruzó y le enseñó fugazmente su placa.

—¡Saque de aquí a esos cretinos! ¡Esto es el escenario de un crimen, me cago en la puta!

Lejos de detenerse, continuó abriéndose paso entre la muchedumbre antes de que los calis pudieran zafarse de los familiares enfurecidos y de los guardias.

Eran buenos. Uno de ellos consiguió escapar de la pasma.

Angel siguió atravesando la multitud, nadando contra la corriente de cadáveres, familiares y personal médico. Tiró de la sábana que cubría otra camilla, sin detenerse, exponiendo el cadáver de otro tejano, y se introdujo en un pasillo que encontró a su izquierda.

El cali dobló la esquina, pisándole los talones. Angel le echó la sábana por encima de la cabeza. El hombre profirió un grito, pero Angel lo atrajo de golpe hacia él y le descargó un codazo en la nariz. Interceptó la pistola con la que el cali intentaba apuntarle y la aplastó contra la pared, arrebatándosela de entre los dedos. Giró al hombre sobre sus talones, le retorció un brazo a la espalda y empezó a llevárselo a rastras por el pasillo.

El hombre no dejaba de forcejear, desgañitándose a través de la sábana que amortiguaba sus gritos.

—¡Policía! —informó Angel a los curiosos que lo observaban, atónitos.

Golpeó al hombre de nuevo y le aplicó una presa en el cuello. Segundos después, el cuerpo del cali se quedó inerte.

Angel lo volteó y le puso las esposas, consciente de todas las miradas que estaban puestas en él, antes de reanudar la marcha y llevárselo de aquel caos a rastras.

De un empujón, metió al hombre debajo de una camilla, examinó las placas y la cartera que llevaba encima, y le echó la sábana por encima. Regresó al pasillo principal y buscó a su socio.

El otro cali seguía enzarzado con los policías y los familiares, los cuales se dedicaban a apuntarse mutuamente con dedos acusadores, cabreados porque el chiquillo de alguien había acabado desmontándose en medio de la refriega.

Angel agachó la cabeza y se abrió paso hasta las puertas de acero, que traspuso para sumergirse en el asfixiante bullicio de policías, ambulancias y refugiados tejanos. El sol de Arizona caía a plomo, reblandeciendo el asfalto. Angel se introdujo en medio de la marabunta, medio esperando que le dieran el alto pero sin que nadie lo persiguiera.

Se reunió con Julio en el aparcamiento. El hombre estaba tan nervioso que parecía estar a punto de hacérselo encima.

—Tenías razón —dijo Angel. Le lanzó la cartera mientras montaba en la

camioneta de Julio—. Eran calis de verdad.

Julio aplastó la billetera contra su pecho, capturándola al vuelo.

—Chinga a tu madre, mira que te lo dije.

—Fueron directos a por Vosovich y el otro fiambre.

—Estupendo. Estás hecho un auténtico Sherlock Holmes. —Julio puso en marcha la camioneta y activó el aire acondicionado a plena potencia—. Y ahora, por favor, ¿te importa que nos vayamos de aquí de una putísima vez?

—Sí, vamos. —Angel se puso el cinturón de seguridad—. A continuación me gustaría investigar a la correveidile esa.

—¿La de los hemopasquines?

—No trabaja solo para ellos, al parecer. Es una auténtica periodista. Casi seguro que conocía al otro cadáver, el que estaba tan hecho picadillo como Vos.

—¿El abogado del agua?

—El mismo. Puesto que al picapleitos le ha comido la lengua el gato, a ver si ella canta mejor.

—Antes habrá que dar con ella.

Angel se rio mientras Julio salía del aparcamiento de la comisaría.

—Los correveidiles son fáciles de encontrar. Les encanta la atención.

Julio condujo sorteando los montones de polvo que las cuadrillas de barrenderos dejaban en los arceles. Se dirigían al centro, con la camioneta rebotando sobre el resquebrajado asfalto de la autopista.

—No como a nosotros.

—No. —Angel contempló la ciudad disecada que se deslizaba ante sus ojos tras las ventanillas—. Los correveidiles... no sé, es como si les gustase coquetear con la muerte.

Julio cambió de carril y aceleró para adelantar a una pareja montada en un escúter. Sus mascarillas antipolvo integrales y los cascos que las recubrían les conferían el aspecto de tropas de asalto del *Fallout 9*.

—Ahí había un mogollón de fiambres —observó Julio.

—¿Y?

—Y nada, que estaba pensando en invertir un poco más en eso de la lotería. Todavía no han terminado de sacarlos a todos, ni de coña.

—¿Eso es a lo que dedicas el tiempo aquí abajo?

—No te rías. La pasta está bien. Dinero en criptodivisas, para que nadie pueda seguirle la pista. Beneficios libres de impuestos. Bueno, ¿entonces qué? —Julio se quedó aguardando una respuesta, expectante.

—¿Qué de qué?

—Que si quieres apostar conmigo. En esos pasillos debía de haber por lo menos cien cuerpos, más la cosecha de fiambres habitual repartida por toda la ciudad. Lo que intento decirte es que la cifra final puede ser estratosférica.

—¿No te enseñó tu madre que en la vida las cosas nunca son gratis?

—Joder. —A Julio se le escapó una carcajada—. Aquí eso de pagar es que se lo dejamos a la gente de Texas.

Maria oyó a las hienas mucho antes de verlas. Los ecos de sus estridentes risitas resonaban por toda la subdivisión abandonada.

El Vet había ocupado un barrio entero para convertirlo en su propiedad vallada particular. Un cerco doble de tela metálica con alambre de espino delimitaba el conjunto de viviendas de estuco y cubiertas de tejas.

«Voy a morir», pensó. Pese a lo cual siguió caminando mientras el macabro parloteo de las hienas se transformaba en un coro.

El clamor de las bestias dio paso a sus siluetas. Surrealistas monstruos encorvados tras un muro de tela metálica, corriendo por la tierra de nadie que discurría entre las dos vallas. Gañían y le enseñaban los dientes sin dejar de observarla, todo pelaje jaspeado y cabezas oscilantes, trotando a su par, acompañando su marcha a la de Maria mientras esta recorría la sinuosa avenida.

Sentada con Sarah después de aquella jornada fatídica, aferrada al puñado de yuanes y dólares que había ganado, Maria había contemplado la posibilidad de escapar. El dinero era una ridiculez. Ni siquiera alcanzaba para cubrir sus propias necesidades, menos aún también las de Sarah. Un patético montoncito de billetes encima de sus sábanas espolvoreadas de arena.

—Podemos irnos —había dicho Sarah, al cabo.

Solo que no era cierto. En realidad no. Como Sarah dejase de trabajar en la Milla de Oro, podría darse por muerta. Y Maria también, como no pudiera vender su agua junto a la Taiyang. Sería una solución temporal, a lo sumo.

—Hablaré con Damien —dijo Maria—. A ver si nos concede un aplazamiento.

—Yo no puedo ir allí. —Sarah hablaba sin mirar a Maria a los ojos, acariciándose el tobillo, donde las correas de sus zapatos de tacón le laceraban la piel—. No...

—No va contigo —la tranquilizó Maria—. Hablaré yo con él.

—No puedo... —A Sarah se le truncó la voz—. Por las noches abre las jaulas. Las he visto. Abre las jaulas y las deja correr por las casas. —La sacudió un escalofrío—. No puedo volver allí.

—Ya me lo habías contado —dijo Maria.

Solo que no lo había hecho. Al menos no con palabras.

En vez de eso, Sarah había vuelto de una noche de fiesta con el Vet y se había acurrucado contra Maria, temblando entre el revoltijo de sábanas pese al calor sofocante que reinaba en el sótano. La muchacha que se había puesto sus mejores galas para acudir a la fiesta: un elegante vestido negro, bonito y sofisticado, regalo de uno de sus pentas, que la trataba como a una princesa. Había ido con la esperanza de conocer a alguien que fuese amigo del Vet. Con la esperanza de encontrar su billete dorado. La misma que había vuelto a casa tambaleándose al amanecer para hacerse un ovillo contra Maria, como si esta pudiera protegerla de lo que fuera que hubiese visto.

—No podían correr lo bastante rápido —balbuceaba una y otra vez Sarah.

Después, por boca de otros testigos, Maria se enteraría de que el Vet había ordenado que soltaran a las hienas en el interior del complejo. Doña Arroyo y el rubio de su novio, Franz, habían muerto. Las hienas les habían dado caza y se habían cebado con ellos, un festín carente de mérito; aquellos animales estaban acostumbrados a abatir y descuartizar presas más difíciles que un par de simples zonales que, en su ingenuidad, habían intentado estafar al Vet.

Pero incluso antes de conocer las historias que circulaban sobre ellas, a Maria le daban miedo las hienas. Sus ojos amarillos denotaban una inteligencia ancestral, como si los conocimientos sobre la precariedad, la sequía y la supervivencia contenidos en su memoria colectiva fueran muy superiores a los de Maria. Ahora, mientras caminaban a su par, era como si quisieran decirle que no tardaría en morir, mientras que ellas tenían la supervivencia eterna garantizada.

Los gruñidos se intensificaron cuando su rastro llegó a otro grupo de hienas. Gañendo y silbando, parloteando y riéndose, salieron de las viviendas desalojadas que les había concedido el Vet. Convergieron con el resto de la manada y, de repente, esta se alejó en estampida, corriendo en pos de una nueva atracción.

Frente a Maria se elevaban los barrotes del acceso principal al complejo. Tras ellos, un hombre con el pelo blanco arrojaba goteantes trozos de carne a las hienas. Las bestias se agolpaban y forcejeaban, carcajeándose sin dejar de brincar, abalanzándose sobre los sanguinolentos pedazos que volaban sobre la tela de malla y el alambre de espino.

Las monstruosidades, que sumaban más de una docena, eran inmensas. Tan altas algunas de ellas que podrían mirar a Maria directamente a los ojos. Con el pelaje cubierto de polvo, feroces y rápidas, capturaban un bocado y se retiraban para devorarlo encorvadas, correteando sin cesar de un lado para otro junto a la valla, atentas y ansiosas, concentradas por entero en la carne que el Vet continuaba lanzándoles.

Los animales arqueaban el lomo y saltaban.

Maria se esforzaba por encajar el movimiento de las hienas en algún tipo de categoría que le resultara comprensible. Le gustaría ser capaz de decir que retozaban como los perros o se agachaban como los gatos. Algo con una equivalencia contrastable, en su experiencia. Pero su comportamiento era demasiado exótico y singular.

Otro pedazo de carne ensangrentada voló sobre los rollos de alambre de espino. Una de las hienas lo esperaba ya, erguida sobre las patas traseras. Chasquearon sus fauces. Unas fauces en las que habría cabido entera la cabeza de Maria.

El Vet, con los brazos teñidos de rojo hasta el codo, celebró con una carcajada la astuta acción de la bestia. Tras él, un grupo de hombres se pasaba una cajetilla de tabaco, fumando sin dejar de vigilar la calle mientras las hienas gañían y le suplicaban a su amo que las alimentara. Esteban se contaba entre ellos. Al ver a

Maria, esbozó una sonrisa mordaz y llamó a Damien.

—Eh. Que ha venido la puta del agua.

El Vet metió la mano en su cubo y sacó de él un objeto rígido. Un brazo. Las hienas cayeron sobre él con avidez, desgarrándolo entre macabras risitas.

Damien se acercó a la puerta, pavoneándose.

—Pensaba que ya habrías cruzado la frontera a estas alturas, como tenías tanto dinero.

Maria frunció el ceño sin poder evitarlo.

—Eso pregúntaselo a Esteban. Lo tienes ahí mismo. Me lo quitó todo.

—Vaya... ¿Y qué quieres que haga? ¿Me siento con él y le regalo una rosa para hacer las paces? ¿Lo hablamos tranquilamente, como niños buenos en el cole? —La sonrisa de Damien... ni siquiera le había sorprendido descubrir que Maria estuviera pasando apuros económicos. Lo sabía de sobra.

Lo había organizado todo con Esteban. Ese era su plan.

—Ya tienes el dinero.

Damien sonreía ya sin disimulo, disfrutando de la farsa.

—¿Tienes alguna queja? —Inclinó la cabeza hacia el Vet, que seguía arrojando trozos de carne a sus mascotas por encima de la valla—. Pues preséntala ahí.

Maria lo fulminó con la mirada. Era una conjura. Una conspiración en su contra. No querían que tuviera dinero. No querían que saliera de allí. Lo que querían era que Sarah y ella continuaran sudando, follando y dejándose la vida hasta que no quedase ni rastro de ellas. ¿Y después?

Después buscarían a otras dos pardillas tejanas y repetirían todo el proceso.

Vio el mundo con nitidez. Comprendió que, para variar, estaba viendo el mundo tal como en realidad era. Ahora entendía que papá hubiera preferido engañarse a sí mismo.

—¡Eh! —gritó de repente—. ¡Míster Vet! —Empezó a hacer aspavientos con los brazos—. ¡Míster Vet!

Sus palabras consiguieron que el Vet se volviera.

Damien se quedó de piedra. Sus ojos saltaron de Maria al Vet y de nuevo a ella, furtivos, mientras se obligaba a esbozar una sonrisita crispada. Masculló:

—No te imaginas la que te espera.

El Vet dejó el cubo en el suelo y, por señas, indicó a otro par de sus cholobis que se lo llevaran. Utilizó el trapo que le dieron para limpiarse distraídamente los brazos empapados de sangre mientras, a grandes zancadas, se acercaba a Maria.

Esta se esforzó por disimular el temor que la atenazaba cuando el Vet llegó a la reja y se asomó a los barrotes.

—¿Esta quién es?

—Nadie —respondió Damien—. Una que se ha retrasado con el alquiler.

Los ojos de Vet saltaron de Damien a Maria.

—¿Y eso a mí qué me importa? —Se quitó más porquería de las manos y los

brazos. El trapo había quedado cubierto de grasa, carne y sangre reluciente y espesa.

—Tenía el dinero. Me dedico a vender agua en la Taiyang —dijo Maria—. Tenía el dinero, pero me lo quitó. Ordenó a Esteban que se lo llevara.

—Y ahora acudes a mí. —El Vet esbozó una sonrisa—. No entiendo por qué se empeña tanta gente en venir a verme directamente.

Era un hombre fornido, de constitución recia y ancho de espaldas, con una mata de cabello blanco y los ojos azules muy claros, fríos y distantes como los cirros del cielo, con negras cabezas de alfiler por pupilas. La observaba a través de la tela metálica con la misma avidez que sus hienas. Como una criatura famélica que estuviera pensando en todo lo que le gustaría hacer si pudiera llegar al otro lado de la valla.

Maria comprendió de repente que había cometido un error. El Vet ni siquiera era una persona, sino otra cosa. Un demonio, tal vez, surgido de las entrañas de la tierra. Un ente voraz e insaciable cuyos ojos, ahora, no se separaban ni por un segundo de ella. Relamiéndose. Como barrera, aquella valla no significaba nada en absoluto. El Vet podría atravesarla y llevársela cuando quisiera.

—Acércate.

Alargó un brazo teñido de sangre con la sucia palma de la mano vuelta hacia arriba, extendida y expectante, invitándola.

—Déjame verte.

Horrorizada, Maria se sorprendió obedeciendo la llamada de aquellos dedos goteantes.

La mano del Vet le acarició la mejilla y se cerró bajo su mentón, sujetándolo.

—¿Cómo te llamas?

—Maria.

Tiró de ella para atraerla un poco más hacia él, con un brillo intenso en la mirada. Ferales y hambrientos sus ojos.

—¿Qué veo? —murmuró, fascinado, mientras aquella mano cubierta de sangre movía el rostro de Maria a un lado y a otro—. ¿Qué es lo que veo?

—No podré pagarle el alquiler si me quita el dinero —susurró Maria, casi sin voz, mientras el Vet seguía sujetándole la barbilla. Se sentía como si hubiera abandonado su cuerpo y estuviera observándolo todo a distancia.

—Maria —musitó el Vet—, Maria... no soy imbécil. ¿Me tomas por imbécil?

—No —consiguió responder la muchacha, a duras penas.

—¿Entonces por qué vienes a contarme lo que ya sé? —Imprimió más fuerza a su presa, oprimiéndola como un cepo—. ¿Te crees que no estoy al tanto de todo lo que ocurre en mis dominios, Maria? ¿Piensas que podría haber prosperado si estuviera tan ciego?

Le acarició la mejilla de nuevo, deslizando el dorso de los dedos por su cara.

—Ya sé que vendes agua en la Taiyang. También sé que te gustaría ganar más dinero. Lo sé todo acerca de ti. Tengo visiones, ¿entiendes? La Santa Muerte me

susurra al oído y me avisó de que vendrías. Tú y tu camionetita roja le caéis bien a la Flaca. —Sus enloquecidos ojos azules barrieron el callejón cubierto de polvo—. Pero aquí no hay ninguna camioneta. Te he visto con ella, cargada de botellas que brillaban al sol. Ahora, en cambio, solo te veo a ti. Las visiones varían, sospecho. ¿No opinas lo mismo?

Maria tragó saliva con dificultad. Asintió con la cabeza.

—¿Entonces por qué no trabajas para mí, Maria?

—Lo único que quiero es vender mi agua, eso es todo.

—Damien podría ponerte a hacer la calle, Maria. Hora punta. Dinero fácil. O podrías servirme de mensajera. Eres más lista que esa amiguita tuya, la que se esconde de mí. Me vendría bien una chica como tú. Te saldría rentable. Podrías vivir más cerca de algún surtidor de ayuda humanitaria. Podrías ahorrar dinero para contratar los servicios de algún coyote. Jamás llegarás al norte como sigas conformándote con migajas. Lo que cuenta es el dinero a lo grande. El dinero no conoce fronteras.

—Soy una simple vendedora de agua.

—No estarás yendo por libre, ¿verdad? —Aquellos ojos como alfileres se clavaron en ella—. Guardándote el dinero que deberías estar pasándole a nuestro amigo Damien.

A Maria se le formó un nudo en la garganta, aterrada por la posibilidad de que el Vet, de alguna manera, supiera lo de aquella vez que había ido a ver al penta con Sarah. De que había cenado con él mientras escuchaba sus historias de acuíferos y cómo enriquecerse gracias a ellos.

—No soy tan estúpida —respondió.

—Si lo fueras, no te lo preguntaría. Solo a las listas se les ocurre instalarse por cuenta propia. —A sus labios afloró la misma sonrisa vacía de antes—. Solo a las listas se les ocurre que son capaces de labrarse su propio hueco en el seno de la bonita familia que tenemos aquí. Nuestro ecosistema particular.

Sus ojos se posaron en las hienas durante una fracción de segundo.

—Esas también piensan que sabrían apañárselas fuera de estos muros, por supuesto. —Volvió a observar a Maria—. Sueñan con ser libres. Con correr y cazar. Se fijan en nosotros, tan enclenques, blandos y desorientados, y ven su oportunidad. No estamos tan evolucionados como ellas. No estamos adaptados a los rigores del comer o ser comido con los que se ha curtido su especie. Míralas. —El Vet le ladeó el rostro para que pudiera ver bien a las hienas, que los vigilaban atentamente a los dos.

Maria tragó saliva con esfuerzo. El Vet sonrió.

—Lo entiendes, ¿verdad? Los dos vemos cosas, sospecho.

Mientras las hienas estudiaban a Maria con sus penetrantes ojos amarillos, la muchacha supo que el Vet tenía razón. Podía leer los pensamientos que anidaban en aquellos cerebros ancestrales. Le pareció ser capaz incluso de escuchar sus sueños, fantasías en las que podrían conquistar el mundo solo con que el Vet les permitiera



salir a cazar más allá del cercado.

«Este es su reino», comprendió Maria. Los devastados suburbios de Phoenix eran su tierra prometida. No temían la escasez de agua. Se limitaban a aguardar tras las vallas, esperando el momento en que heredarían la tierra.

«No somos como tú, hermanita. No necesitamos agua. Con la sangre nos basta.»

—Si las dejara en libertad —dijo el Vet—, creo que prosperarían. ¿Tú no? Quizá suceda algún día, y toda esta ciudad se convertirá en sus dominios.

La soltó.

—Dispones de un día de gracia —anunció mientras le daba la espalda—. Págale a Damien lo que le debes.

—Pero si ya tiene el dinero.

—La Santa Muerte me ha dicho que no debería organizar ninguna fiesta contigo. No ha dicho nada de que deba renunciar a mis negocios. —El Vet lanzó una mirada de soslayo a su esbirro—. Salda tus deudas y Damien no volverá a entrometerse de nuevo. —Sus ojos se clavaron en ella, tan enloquecidos como los de sus hienas—. Paga. De lo contrario, la próxima vez que vengas, te veré vestida de gala.

Maria dio un paso atrás y se pasó una mano por la mejilla. La retiró pringosa, teñida de rojo.

—Ya has oído al jefe —dijo Damien, con una sonrisita burlona—. Más te vale empezar a ahorrar algo. Y no olvides que tu amiguita también me debe dinero.

Maria se dio la vuelta, intentando no pensar en la sangre que le manchaba la piel. Intentando no pensar de dónde habría salido.

«No es más que agua», se dijo. «Agua roja, eso es todo.»

Las hienas se situaron a la par de Maria y la siguieron mientras se alejaba del complejo del Vet, carcajeándose y sacudiendo las vallas, recordándole a cada paso que, cuando la miraban, lo que veían era una presa.

Angel plantó las botas encima del mullido colchón de la cama del Hilton 6, se recostó en los suntuosos almohadones, encendió el televisor y sintonizó el nuevo episodio de *Impávido*.

Se colocó la tableta en el regazo y buscó información sobre la periodista que había dejado escapar. Su amigo, Timo, estaba en lo cierto: no costaba nada encontrarla.

Lucy Monroe, correveidile de primera especializada en remover mierda, parecía estar muy atareada haciendo lo que mejor se le daba.

#### ABOGADO DEL AGUA DE LA CIUDAD DE PHOENIX ASESINADO

#### ABOGADO DEL AGUA TORTURADO DURANTE DÍAS ANTES DE MORIR

Se la había dado con queso, vaya que sí. De chica de los hemopasquines, nada. Lucy estaba mil veces más loca que cualquier buscacadáveres de tres al cuarto y, había que reconocerlo, la muchacha tenía cojones. U ovarios, como acostumbraba a decir Catherine Case cada vez que a Angel se le escapaba alguna observación de las que, según ella, apestaban a machismo.

Ya fuera por sus cojones, sus ovarios o su lisa y llana carencia de sentido común, lo cierto era que Lucy estaba agitando los avisperos más poderosos de las Cuencas Bajas. Se metía con California, con Las Vegas, con Case... incluso con Agua de Phoenix y el Proyecto del Río Sal. Al ritmo que iba, a Angel no le habría extrañado ni un pelo verse mencionado él también, con nombre y apellidos.

Un abogado de Agua de Phoenix había acabado hecho trizas, y todo el mundo hacía como si no hubiera pasado nada. Así que ahora a Lucy Monroe le había dado por pisotear todos los hormigueros que le salían al paso con la esperanza de animar el cotarro, lanzando acusaciones a diestro y siniestro sin obtener más que un «sin comentarios» tras otro por parte de todos los aludidos, desde el Departamento de Policía de Phoenix al Ministerio de Justicia.

Angel pensó que, como siguiera así, la señorita tenía los días contados. Tarde o temprano alguien se cabrería y la quitaría de en medio.

En la tele, Tau Ox, que acababa de cargarse a tiros a una pareja de cholobis que se dedicaban a aterrorizar a los refugiados tejanos, le metió la pistola en la boca a un tipo rubio al que empezó a interrogar acerca del Hombre Quemado.

A Angel le gustaba el personaje de Tau Ox en *Impávido*: Relic Jones, antiguo marine de reconocimiento, llegado de una excursión por el Ártico a su hogar en la costa de Texas tan solo para descubrir que, tras el paso de un huracán, su familia se hallaba en paradero desconocido.

Relic Jones se había pasado toda la primera temporada buscando a su mujer y a sus hijos en las cúpulas antitornados de la FEMA que salpicaban el sur de Texas, removiendo detritos humanos y peinando las sumergidas costas del golfo de México, esquivando inundaciones y huracanes. Pero ahora Relic Jones se había echado a la carretera, y su búsqueda continuaba.

La puta que lo parió, pero mira que Tau Ox hacía bien el papel. Lo bordaba.

Tau sabía lo que era perder a alguien, así que el personaje de Relic le sentaba como anillo al dedo. Antes de *Impávido*, el pobre diablo no se comía ni los mocos. Se había esfumado tras un par de éxitos en pelis de acción y comedias románticas. Se enganchó a la coca y a las pompas, llegó a rumorearse que se había metido a gigoló, y al final a los tabloides les dejó de interesar por completo. A nadie le importaba una mierda. Había estrellas de sobra jodiéndose la vida de forma espectacular. Tau Ox estaba acabado.

Hasta que, de golpe y porrazo, alguien lo rescató del olvido para darle este papel. Ahora Tau Ox era un hombre de mediana edad curtido por la vida, no la simple cara bonita de antaño. El muy mamón las había pasado tan putas que prácticamente parecía tejano.

Sonó la cisterna del váter. Julio salió del cuarto de baño abrochándose la hebilla del cinturón.

—¿Todavía ves esa mierda?

—Me gusta —replicó Angel—. El cabrón tiene alma. —Tau Ox tenía cicatrices. Había tenido problemas—. Tiene profundidad.

No abundaban los actores que a Angel le parecieran auténticos; en el mundo del espectáculo no había nadie que conociera los sórdidos ambientes por los que él se desenvolvía, eso por descontado, pero Tau Ox... Cuando hacía de tejano, Angel lo sentía. También él las había pasado muy putas. Cuando Catherine Case lo sacó del infierno, Angel necesitaba un renacimiento, y ella se lo había concedido.

Segundas oportunidades. Quizá por eso le gustara ese cabrón.

—¿Qué has averiguado acerca de la pibita esa de la morgue? —preguntó Julio.

—Pues que no se limita a los hemopasquines —respondió Angel—. Se dedica al periodismo de verdad. Ha escrito un montón de artículos.

Omitió decir que había algo en ella que le sonaba. Al verla en la morgue había notado una punzada de reconocimiento que lo estremeció y, lo más preocupante de todo, había permitido que se marchara cuando lo que debería haber hecho era retenerla e intentar sonsacarle algo más. La había dejado escapar, como un cretino, y para colmo de males ahora tenía que darle caza de nuevo.

Menudo bochorno.

—Trabaja para las grandes. El Google/*New York Times*. La BBC. *Kindle Post*. *National Geographic*. *The Guardian*. Chorradas medioambientales. *High Country News*. Otro par más. Está obsesionada con que Phoenix es un lugar que devora a la gente. También usa etiquetas. Publica un montón de cosas con la de

#PhoenixAlCarajo. En esa es la reina.

—¿Ella es la que lleva lo de #PhoenixAlCarajo? —preguntó Julio, interesado por unos instantes—. Pues está muy bien. Como la de #SumaDeCuerpos. ¿Has leído alguno? Es la caña. Mejor que los hemopasquines, en serio.

En la tele, Tau Ox descerrajó un tiro al último de los pandilleros. Un estampido amortiguado. Sangre en el suelo.

—Cuerpos sobre los que escribir hay de sobra —observó Angel.

—Ya te digo. Esto va a ser más gordo que lo de Nueva Orleans. —Julio levantó el móvil—. Malas noticias con lo de la lotería, me temo. Creo que nos hemos sacado quinientos yuanes con lo del más de ciento cincuenta, pero todavía no me lo han confirmado. Y ahora los muy hijos de puta se niegan a contar todos los cadáveres. Que no saben muy bien cómo computarlos, dicen, cuando en el desierto ni siquiera han terminado de desenterrarlos a todos.

Miró la pantalla del teléfono con expresión asesina.

—Así se sabe que ha llegado el momento de cambiar de aires, cuando hasta la puñetera lotería es un fraude. —Se guardó el móvil en el bolsillo—. A tomar por culo. ¿Necesitas algo más antes de que salga hacia el norte?

—¿Cogiste los efectos personales del otro individuo?

—Sí. —Julio se acercó al rincón donde había tirado el contenido de las bolsas para pruebas de los cadáveres—. Aquí no hay nada. —Sonrió y levantó una tarjeta dorada—. A menos que te apetezca visitar el Apocalypse Now! y comprobar a cuánto ascienden los ahorros anónimos de nuestro fiambre. A lo mejor dan para correrse una juerga.

—Paso.

Julio adoptó una expresión exasperada.

—Si piensas quedarte una temporada aquí abajo, más te vale empezar a aprender a pasártelo bien. Cualquier bangbang tejana hará prácticamente todo lo que le pidas a cambio de un ratito en la ducha.

—¿Te suena el nombre de Lucy Monroe? —Angel levantó la tableta para enseñarle una foto.

—¿Se llama así la correveidile? —Julio se guardó la tarjeta del club.

—Está venga a escribir acerca de James Sanderson, el tío que se cargaron igual que a Vos.

—Más mierda sensacionalista para los hemopasquines, seguro.

—No. —Angel sacudió la cabeza—. Lo que pasa es que no se traga lo de los narcos y las torturas, eso es todo. Va directa a por lo del agua. El menda ese, Sanderson, estaba metido en Agua de Phoenix. Les hacía de abogado o algo de eso.

—¿Como Braxton?

—No tan importante, sospecho. Lo suyo era más bien papeleo. Debía de ser en plan el tío que hurga en los archivos del condado hasta dar con los documentos que después utiliza Braxton en los juzgados. —Angel frunció el ceño—. Sanderson y tu

chico, Vosovich. Dos cadáveres desfigurados de la misma manera, no puede ser ninguna coincidencia. No con los calis interesados también en el cuerpo.

Giró la tableta para enseñarle a Julio el rostro del abogado de Agua de Phoenix, una imagen diáfana, la antítesis del amasijo sanguinolento que habían visto en la morgue.

—¿Lo reconoces? ¿No tendría tratos con Vosovich? Estaba pensando que a lo mejor tu chico lo había reclutado para que le pasara información o algo.

Julio estudió la imagen y sacudió la cabeza.

—No lo había visto en mi vida, te lo aseguro. Pero, lo dicho, Vos llevaba un par de semanas mostrándose muy reservado conmigo. No dejaba de repetirme que andaba metido en algo que le iba a reportar un montón de dinero, aunque sin entrar en detalles. —Observó la imagen de nuevo—. Supuse que Vos intentaba sacarse un sobresueldo. —Se rio—. Me cabreaba pensar que pudiera forrarse mientras yo seguía atascado aquí abajo, llorándole a Case para que me aumentase la paga. Y míralo ahora, tieso, mientras que yo me piro a Las Vegas. ¿No tiene gracia?

—Es para mearse de risa.

Julio le lanzó una miradita elocuente.

—No seas tonto y vente conmigo.

—Tengo trabajo pendiente.

—Joder. Trabajo, dice —refunfuñó Julio, irritado—. A ver si te crees que vas a montártelo en plan Relic Jones aquí abajo, venga tiros y persecuciones. Hiciste acto de presencia. Investigaste. Pondré la mano en el fuego por ti ante cualquiera que me pregunte. —Inclinó la cabeza en dirección a la puerta—. Larguémonos juntos. Tampoco es que Case vaya a pedirnos que le enseñemos los deberes ni nada por el estilo. Cuando lleguemos a casa le contamos que lo que fuese que le costó la vida a Vosovich fue un espejismo y a correr, caso cerrado. Y de paso nos evitamos el acabar hechos Vosburguesas nosotros también.

Angel levantó la mirada de otro de los artículos de Lucy Monroe, mil palabras que destilaban bilis contra el Departamento de Policía de Phoenix y mencionaban a un agente que había recibido un balazo hacía un par de años. Cuando de remover mierda se trataba, aquella mujer no se andaba con chiquitas.

—¿Qué pasa, te comió los güevos el gato? —preguntó Angel—. Porque antes tenías. Como mi puño de grandes, más cojones que un puto toro. Tío, qué mal. ¿Qué hostias te ha pasado?

—Demasiado tiempo hundido en este estercolero, eso ha pasado. No te quedes mucho aquí abajo o te infectarás tú también. Aquí la gente... la gente se muere sin más, joder, sin razón aparente. Hazme caso, esto no es como en las heroicas gilipollices de Tau Ox que echan por la tele. Aquí los cholobis reciben sus colores después de cargarse a un tejano. Los Merry Perry cuelgan de los pasos elevados como adornos de Navidad. Los niños caen acibillados a tiros porque siempre hay alguien que pierde los estribos cuando se desencadena una puta tormenta.

»Tan pronto estás comprando una botella de tequila en la zona oscura como tienes a un macarrilla tejano con la nariz pelada por el sol empujándote a punta de navaja en dirección al cajero más próximo. Es una puta locura, joder.

»Incluso los dirigentes zonales se bajan los pantalones. Lo veo un día sí y otro también en la información que me pasan. Los políticos se dedican a aceptar sobornos con los que costearse esas casas de campo tan bonitas que tienen en California, cuando no están pidiéndoles directamente a los polis que se lleven a dar un paseo por el desierto a todo aquel correveidile que haya empezado a hacer más preguntas de la cuenta. Te lo digo en serio, tío, la mitad de los representantes del estado tienen residencias de “tiempo libre” en Vancouver o en Seattle, con lo que se aseguran los visados especiales que les permiten salir de aquí cuando les apetece.

»Este sitio se cae a pedazos, la gente carece incluso de lo más esencial, y tú aquí, preguntándote qué motivo podría haber para que haya aparecido otro cadáver.

—Dos cadáveres, en realidad.

—Bah, chinga tu madre... —Julio sacudió la cabeza—. No, mira. Da igual. Diez a uno a que Vos y tu Jay-jay Samsonite o como hostias se llame le tocaron los cojones a algún cholobi en un club y acabaron tiesos por eso. Aquí da igual los huevos que tengas. No es más que una cloaca en la que flotan las drogas más baratas de Juárez, las putas más baratas de Texas y las balas más baratas de Irán.

—Para el Julio que yo conocía esa habría sido la definición del cielo en la tierra.

Julio arrugó el entrecejo.

—Te burlas porque todavía no te has visto atrapado en ningún fuego cruzado entre un puñado de milicianos de Arizona y esos subnormales de los Merry Perry. De lo contrario, tú también verías las cosas de otro modo.

Angel levantó las manos en señal de rendición.

—Que no juzgo a nadie, ¿eh?

Julio profirió una risotada mordaz.

—No te jode, anda que no. —Eché un vistazo al móvil y volvió a guardárselo en el bolsillo—. Ah, por cierto. Que te pueden dar mucho por culo, por si te pensabas que me importa una mierda lo que opines o dejes de opinar.

—Entonces ¿ya está? ¿Vas a irte así, sin más? ¿Sin un besito de despedida ni nada? ¿Ningún otro soplo que debería saber?

—No, claro, si información tengo sobre toda clase de mierdas. Bonitos partes semanales sobre quién ha recibido qué ascenso en Agua de Phoenix. Expedientes para dar y tomar sobre quién ostenta los derechos prioritarios sobre qué aguas. Informes sobre el plan municipal de depuración química y desalinización de los acuíferos, con su soñado conducto de los cojones. Dossieres sobre la inminente reubicación de la planta embotelladora de Coca-Cola, que ha descubierto que importar desde California le trae más cuenta y se pasa por el forro todos los incentivos para quedarse que Phoenix rinde a sus pies. Más informes, según los cuales el río Verde ahora resulta que es subterráneo. Tengo discos USB repletos de

información para ti, pero te aseguro que en ninguno de ellos hay nada que justifique la muerte de Vos. Gilipollices de chupatintas, nada más.

—Entonces ¿no crees que esos derechos sobre el agua a los que estaba siguiendo la pista sean reales?

—Lo que creo es que me importa una mierda. Este lugar está muerto, y yo me largo de aquí. Si he aguantado tanto es únicamente porque te considero mi amigo.

—Ya —dijo Angel—. Vale.

Ver a Julio transformado en alguien tan diferente de su antiguo yo le producía una sensación extraña. Habían colaborado en el Pecos y en el río Red, en Oklahoma. Habían trabajado juntos en el Arkansas, asegurándose de que las ciudades orientales de Colorado prosperaran y no tuvieran que volver a intentar robar el agua del otro lado de las montañas, de las que dependía Las Vegas. Habían hecho un montón de cosas juntos. Pero ahora Julio era como un perro apaleado, propenso a acobardarse y huir con el rabo entre las piernas.

Angel decidió que no le daba ninguna pena despedirse de él.

Cuando Julio se hubo marchado, Angel abrió la tableta de nuevo y reanudó la investigación de su correveidile, empeñado en comprender sus motivaciones. Había escrito un par de libros, incluso, como buena periodista con ambiciones.

El primero no tenía nada de especial. La clásica pornografía del colapso, el seguimiento del declive de un barrio. Los pozos se habían quedado secos, Phoenix se había negado a extender el suministro de agua hasta ellos, el PAC había saltado por los aires y la ciudad entera se había quedado sin agua durante una temporada, con el consiguiente pánico generalizado de la población. Y Lucy Monroe había estado allí para documentarlo todo.

Angel había visto hacer lo mismo a un montón de correveidiles; alimentar el interés de la gente de fuera por una metrópoli que se desmoronaba no tenía mérito. Las lágrimas fluían baratitas y en abundancia. Material pajero para los survivalistas.

Lo único que distinguía a Phoenix de otra docena de comunidades moribundas cualquiera de Texas o Alabama y de cualquier población costera del mundo era el hecho de que Phoenix no solo había sido víctima del cambio climático, las tormentas de polvo, los incendios y las sequías, sino también de una ciudad rival.

A Angel le hacía gracia que el acusador dedito de Lucy se pasara tanto tiempo apuntando hacia el norte, a Las Vegas. Dedicaba un capítulo entero a Catherine Case, junto con la Autoridad Acuífera del Sur de Nevada y las sospechosas circunstancias que rodeaban el atentado del PAC.

Nada excesivamente profundo. Mucha gente se metía con Case. La Reina del Desierto del Oeste, la Reina del Colorado, cosas así. También mucha gente se había percatado de que, en cuanto el PAC saltó por los aires, Las Vegas dejó de abastecerse del lago Mead para mantener el nivel de agua de la reserva justo por encima de la Toma n.º 3.

Le complació que Lucy hubiera desentrañado ese pequeño misterio de su mundo

secreto, pero investigadores de la pornografía del colapso en realidad los había a patadas.

Ahora bien, el segundo libro... Eso ya era harina de otro costal. El segundo libro sí que era profundo.

Iba de asesinatos. De cadáveres.

Lucy se había pasado años sin publicar nada después de su lacrimógeno debut, y había evolucionado como escritora. Esto era Phoenix después de que a todo el mundo hubiera dejado de importarle una mierda. Esto era Phoenix con una tasa de homicidios equiparable a la de natalidad en los Estados de los Cárteles. Phoenix, donde la gente tiraba la toalla y ponía en venta a sus hijos. Esto era pornografía de la implosión elevada a la máxima potencia y, por lo que podía ver Angel, Lucy estaba metida en ella hasta las cejas.

Antes veía las cosas desde fuera, se limitaba a informar. Ahora era algo personal. Más parecido a un diario que se dedicase a escribir por las noches. Rebosante de amargura. Descarnado. Íntimo y personal. Destilaba enfado, pérdida y desilusión. La clase de diario que llevaría alguien que estuviera tambaleándose al filo de la locura, alternando entre trago y trago de Tecate y tequila.

Lucy se ahogaba. Angel podía verlo en sus páginas. Se había sumergido tanto que la corriente de aquel lugar la arrastraba. Julio aún conservaba la sensatez necesaria para irse de allí y no morir en Phoenix, pero esa correveidile...

Lo asaltó el presentimiento de que podría seguir su rastro de historias hasta el mismísimo infierno.

Y ahora Lucy había volcado toda su atención sobre James Sanderson. A juzgar por los artículos que estaba publicando, era como si planeara luchar hasta su último aliento por resolver el caso de aquel abogado del agua.

Angel estudió las imágenes.

Piel bronceada por el sol, estriada. Grises y ferales sus ojos. Se había convertido en nativa. De un modo indescriptible, inefable, había asimilado por completo el espíritu de Phoenix. Estaba volviéndose loca. Se había perdido en territorio inexplorado. Eso era lo que había visto cuando la conoció en la morgue: Lucy lo había mirado, y Angel había notado la conexión de inmediato. Alguien que había visto demasiado. Exactamente igual que él.

Por eso la había reconocido.

Como lo había reconocido también ella a él.

Angel se levantó, se acercó a la ventana y se asomó a la ciudad moribunda. Contempló el gentío y los clubes de aquel remedo de avenida de Vegas. Personas que fingían tener vida, porfiando y rezando por un futuro que ya jamás volvería a estar a su alcance.

Sobre todas ellas resplandecía otro cartel de la Cámara de Comercio: RENACE. PHOENIX.

Cuando Lucy Monroe escribió su primer libro, apenas si entendía qué era



Phoenix, o Vegas, o perder a alguien. Ahora lo sabía. Lo conocía.

—Y si te conoce a ti —murmuró Angel—, cabe la posibilidad de que sepa un huevo de cosas.

A Lucy la dorada tarjeta sin distintivos de la cartera de Jamie le había llamado la atención como el resplandor de un faro en la noche. Jamie era un fiestero, pero no iba a la Milla de Oro. No se habría acercado a un tugurio como *Apocalypse Now!* ni con un palo. Le gustaban el jazz y los bares de chicos de iluminación tenue, no el estruendo y los destellos horteras de la escena de clubes y casas de apuestas de la Milla de Oro. Y menos algo arquetípicamente posmoderno como lo que representaba el *Apocalypse Now!*

*Apocalypse Now!* era la clase de club al que acudían los calis y los pentas para liarse con las desesperadas muchachas de Texas. Jamie no se habría rebajado nunca hasta esos extremos.

—Pero si hasta tiene un puto signo de exclamación y todo en el nombre —se había lamentado en cierta ocasión.

—A lo mejor pretende ser irónico o algo —había sugerido Lucy.

—Qué va. Esto es lo que pasa cuando uno deja que los impuestos de Phoenix y los narcodólares follen y se reproduzcan.

Estaban paseando por la Milla de Oro una noche, sin rumbo, esquivando prostitutas tejanas mientras buscaban a alguien que estuviera dispuesto a venderle pompas a Jamie.

—Y no, esto que no conste en acta —había dicho él—. La postura de la junta es que el desarrollo económico es necesario, y que una oferta turística que atraiga los dólares de fuera es prioritaria para asignar el reparto de agua. Así que no me cites ni una puta palabra.

La Milla de Oro había sido el intento de Phoenix por construir su propia Las Vegas al sur del río. Por desviar siquiera una parte de los ingresos de la capital del juego y hacer con Vegas lo que esta había hecho con el PAC.

El resultado había sido un estrepitoso fracaso, pero, aunque Phoenix no hubiera conseguido absorber los dólares de las apuestas de la ciudad rival, al menos se habían abierto bares, restaurantes, casinos y clubes, por lo que sí que se notaba un aumento en la entrada de ingresos; a los pentas les gustaba aventurarse fuera de la Taiyang para visitar los bajos fondos, y a los calis les gustaba cruzar la frontera los fines de semana que salían de fiesta. A los de fuera les gustaba turistar por el apocalipsis durante el día y pasarse las noches de juerga hasta perder el sentido.

Los locales como *Apocalypse Now!* proliferaban.

—A lo mejor en la Junta de Desarrollo también deberíamos empezar a usar más signos de exclamación —refunfuñó Jamie—. ¡RENACE! ¡PHOENIX!

Por todo ello para Lucy, mientras revolvía los últimos efectos personales de Jamie en la morgue, aquella tarjeta anónima había resplandecido como los desesperados carteles de neón de la Junta de Desarrollo de Phoenix, cubierta tanto de llamativos signos de exclamación como de interrogantes.

Aparcó la camioneta y agarró la mascarilla. El viento volvía a arreciar por la noche. No creía que se estuviera gestando otra tormenta, pero más valía prevenir que curar.

Ante las puertas del club, unos porteros con el cuello como un toro, chalecos de CK Ballistic y mascarillas antipolvo grabadas con el logotipo de Apocalypse ondeaban sus varitas metálicas sobre las personas que hacían cola mientras el vendaval arremolinaba la arena de la calle a su alrededor en torbellinos en miniatura. Los gorilas presionaban sus auriculares de botón con los dedos, escuchando instrucciones, con los párpados entrecerrados a causa de la polvareda. Las chicas enfundadas en vestidos ceñidos se ponían de puntillas, susurrando promesas, ofreciendo sobornos para cruzar los cordones de terciopelo, mientras los acaudalados pentas y calis trasponían las puertas con la credibilidad que les conferían sus trajes confeccionados a medida.

En cuanto los porteros se fijaron en Lucy, sin embargo, cumplieron con su obligación y la echaron para atrás. Todo su atuendo, desde su mascarilla de campaña hasta sus pantalones vaqueros y su camiseta, proclamaba que estaba fuera de su elemento.

En la otra cara del club encontró gente más receptiva, propensa a entablar conversación y aceptar dinero en efectivo. Terminó en el callejón de la parte de atrás, compartiendo un cigarrillo electrónico aderezado con un cartucho extra de costo, conversando con una camarera que se estaba tomando un descanso y observando con los ojos entrecerrados a los diablos de polvo que volaban de un lado a otro.

Para sorpresa de Lucy, la camarera identificó a Jamie cuando le enseñó su foto. Frunció los labios al reconocerlo.

—Claro. Lo veo cada dos por tres —dijo. El resplandor morado de la punta LED del cigarrillo se intensificó mientras la mujer aspiraba una bocanada de humo.

—¿Estás segura?

La camarera dejó escapar el humo con parsimonia.

—Te lo acabo de decir, ¿no? Para codearse con quienes se codea, deja unas propinas de mierda.

Típico de Jamie.

—¿Con quién se codeaba?

—Pentas, por lo general. Gente de la Taiyang. —La mujer se encogió de hombros—. Coleguitas dadong.

—¿Dadong?

—¿No lo habías oído antes? —La camarera se echó a reír—. Ya sabes... *da dong*. «Mete hoyo», ¿lo pillas? —Ensayó el gesto universal con los dedos—. Es chino, ¿no?

Adoptó una actitud exasperada ante la cara de perplejidad que se le había quedado a Lucy.

—Venga ya, no me fastidies. Es lo que les dicen a los ejecutivos chinos todas esas chicas bangbang que vienen de Texas. Los hombres hablan mandarín y poco más, así

que ahí las tienes a todas, venga a repetirles «*da dong, da dong*» a los pentas chinos. Dan ganas de vomitar. Ni siquiera les sale bien el acento.

—¿Esa es la clase de chicas que trabajan ahí dentro?

La camarera zangoloteó vigorosamente la cabeza.

—¿Esa escoria? Ni de coña. Esas que hagan la calle. Solo dejamos pasar a las que saben comportarse. Pero todas buscan lo mismo, que les toque la lotería de los cinco dígitos. —Inclinó la cabeza hacia el norte, a las torres y las grúas que se recortaban contra el horizonte—. La Taiyang, guapa. Lo más parecido al paraíso cuando se está atascado en el infierno.

—Entonces ¿veías a Jamie con chicas? —El desconcierto de Lucy iba en aumento.

—Qué va. —La camarera repasó la fotografía—. A este no le iba ese juego. Se codeaba con pentas. Ellos ponían las chicas. —Exhaló una bocanada de vapores dulzones—. El amigo tuyo era un poco rarito. Al principio pensé que le ponían los pentas, que esperaba enrollarse con alguno de ellos, aunque por aquí a los gais casi no les vemos el pelo. No es lo que se dice su escena. Pero era como si lo impulsara ese afán, ¿sabes? Como si lampara por que alguien le dejase caer siquiera unas miguitas. Ni siquiera rozaba a las chicas, pero no se separaba de sus pentas.

—¿Cómo eran esos pentas con los que iba?

—Expatriados, en su mayoría. Ya sabes, tarjetas de crédito de la empresa y bonificaciones por lo ingrato de su destino, cosas por el estilo. Solares chinos. Calis. Narcos de Juárez y los Cártels. —Se encogió de hombros—. Cualquiera que tuviese dinero.

—¿Recuerdas algún nombre?

La camarera sacudió la cabeza.

—No.

—Podría pagarte.

La mujer adoptó una expresión calculadora antes de negar nuevamente con la cabeza.

—No me quiero quedar sin empleo.

—Podría pagarte —insistió Lucy.

La camarera volvió a chupar el cilindro. Exhaló otra bocanada de vapor.

—Mira. Si quieres, hay uno dentro ahora mismo. Uno de esos pentas, de juega. Tu amigo salía mucho con él. Podría indicarte quién es, pero nada más. No soy de las que van por ahí dando nombres.

—¿Cuánto?

—Joder. ¿Por ser tú? Cincuenta, si tienes.

Lucy terminó apostándose al filo de la penumbra del club mientras el penta dejaba que un par de *bangbang* tejanas se restregaran contra él en la pista de baile, una rubia, la otra latina, ninguna de las dos con edad suficiente para hacer lo que estaban haciendo.

Quienquiera que fuese aquel hombre, para Lucy tenía pinta de no ser más que otro gilipollas con pasta.

—¿Seguro que Jamie se veía con ese? —gritó Lucy, imponiendo su voz al estruendo del local.

La camarera levantó la vista del Negroni rojo que estaba sirviendo.

—Sí, ya lo creo. Muchísimas veces. El tío no deja nada a deber. Y deja buenas propinas. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Los que pagan bien se me quedan aquí grabados.

—¿Derrochador? —preguntó Lucy, observando al hombre de reajo.

—De cojones, sí. —La camarera sonrió de oreja a oreja—. Ibis no impone limitaciones a sus ejecutivos. Si ves el azul y blanco, ya sabes que el dinero va a correr a raudales.

—¿Ibis? —Lucy volvió la cabeza de golpe—. ¿Has dicho Ibis?

—Eso es. De las grandes. Habrás visto sus carteles por todas partes. «La fracturación hidráulica es el futuro» o algo de eso. —La camarera empezó a agitar una coctelera llena de tequila y Cointreau—. No deja de alardear sobre no sé qué pozos nuevos que están perforando y que supuestamente convertirán a Phoenix en un vergel. —Se carcajeó—. Todos sabemos que es una chorrada, pero a la hora de gastar no hay como las tarjetas corporativas de Ibis.

—Gracias. —Lucy deslizó un billete de cincuenta dólares por encima del mostrador—. Me has sido de muchísima ayuda.

La camarera contempló el dinero como si de una cagada de perro se tratase.

—¿No tienes yuanes?

Lucy se reunió con Timo en la azotea del Sid, en pleno centro de los antiguos Estados en Flor de Sonora, una subdivisión que se había ido al traste dejando el suelo tachonado de viviendas a medio construir, con el Sid irguiéndose como un faro en medio de la devastación. Los habituales estaban ocupados disparando al azar contra los perros de las praderas, pasándose un viejo 22 de mano en mano y prorrumpiendo en vítores cada vez que fulminaban a alguno de los animalillos en la creciente oscuridad. Lucy subió por la escalerilla haciendo equilibrios con un par de Dos Equis y le dio una a Timo.

—Venga, Timo, échame un cable.

En ese preciso momento sonó el móvil de Timo. Casi antes de que contestara, Lucy oyó que su hermana, Amparo, empezaba a ponerlo de vuelta y media.

—¿Que te eche un cable? —preguntó Timo, incrédulo, mientras colgaba—. ¿Cómo quieres que te lo eche? Me salen las fotos de tejanos muertos por las orejas, pero todavía necesito palabras. ¿Vas a hacer esto conmigo o qué pasa? El novio de Amparo ha vuelto a dejarla, así que me las estoy llevando por todos los frentes. Tengo obligaciones con las que cumplir.

—Es solo que no quiero seguir con esto de la pornografía del colapso —dijo Lucy.

—Cuando te servía para pagar las facturas no te parecía tan desagradable.

—Vale. De acuerdo. A ver si consigo escribir un par de artículos rápidos. —Lucy hizo una pausa—. Pero es que también tengo otra cosa. Algo gordo.

—¿Como para ganar un premio de gordo? —preguntó Timo, picado por la curiosidad contra su voluntad.

—No te prometo nada. —Pero lo dejó flotando en el aire con la intención de que el fotógrafo se imaginara la credibilidad que podría reportarle una historia realmente importante.

—¿Qué tienes?

—El nombre de un tío. Michael Ratan. Trabaja para Ibis.

—¿Está muerto?

A Lucy se le escapó una carcajada.

—No. Me parece que está aquí, trabajando para California. He dedicado un montón de tiempo a peinar todas sus bases de datos corporativas en busca de fotos, y creo que se trata de este. —Le enseñó la imagen que tenía en el móvil—. Estoy casi segura de que se trata de un penta, pero no logro averiguar nada más acerca de él. Ni la dirección de su despacho, ni la de su residencia en la Taiyang. Me preguntaba si no podría seguirle la pista alguno de esos amigos tuyos.

—¿Qué más sabes de él?

—Poca cosa. Trabaja para Ibis Exploratory. Eso lo he confirmado, pero solo porque el relaciones públicas de la empresa anunció una reestructuración. Lo destinaron aquí en calidad de hidrólogo responsable del proyecto Acuífero Verde. Interpretaciones sísmicas, exploraciones hidr...

—Vale, ya. Me parece perfecto. ¿Qué más?

—Eso es todo, a grandes rasgos. Ha eliminado sus informes de los buscadores públicos, y las averiguaciones que he hecho por mi cuenta ni siquiera han sido capaces de ubicarlo en Arizona. Lo sitúan todavía en algún lugar de San Diego.

—Bueno, si está forrado, será más difícil, eso por descontado. Esa gente paga por permanecer en el más estricto anonimato.

—Podría invertir algo de pasta en la investigación.

—¿Sí? —se animó Timo—. ¿Nos patrocinaría alguien? Porque con una buena cuenta de gastos se podría apañar algo.

Lucy sacudió la cabeza.

—No van por ahí los tiros, así que no te emociones. Esto lo hago a título personal. Pagaría los costes de mi bolsillo. —Lucy bebió un trago de cerveza. Restalló un estampido, un perro de las praderas brincó por los aires y rodó por el polvo hasta quedar totalmente inmóvil.

—Vaya. —Timo adoptó una expresión pensativa—. Bueno, si estás dispuesta a poner algo de dinero por adelantado, conozco a una señora que lleva los registros de

los servicios públicos de la Taiyang. Si tu chico, Ratan, tuviera alguna cuenta a su nombre, en vez de pagarlo todo la empresa, quizá podríamos tirar de ese hilo.

—¿Cuánto tiempo llevaría algo así?

Timo arrugó el entrecejo.

—No sé, primero tendría que cortejarla, invitarla a cenar...

Lucy abrió su cuenta bancaria y tecleó una cantidad.

—Puedo darte hasta trescientos yuanes si con eso consigues acelerar el proceso.

Timo sonrió de oreja a oreja, sacó el móvil y lo acercó al de Lucy, aceptando la transferencia.

—Algo me dice que ya tengo plan para esta noche.

—¿Seguro que esto dará resultado? —preguntó Maria, levantando la voz para imponerla al estruendo ensordecedor de la música.

Tiró del dobladillo de la falda de tubo, sintiéndose dolorosamente expuesta en aquel vestido prestado que apenas si alcanzaba a taparle el culo. Sarah le lanzó una mirada de aliento, gritó algo que se perdió en el bullicio del *Apocalypse Now!* y tiró de Maria para internarse en la multitud. Los destellos mostraban el rostro de los bailarines cubiertos de relieves y sombras, colores estroboscópicos, depresiones óseas, pinceladas de sangre, pómulos como aristas de hielo. Ritmos graves, vertiginosos. Una opresiva tenaza de cuerpos.

Maria se dejó conducir. Ese era el mundo de Sarah; Maria no estaba familiarizada con él. Para ella todo era nuevo y abrumador: el compás machacón, la aglomeración de cuerpos, la presión de otras pieles contra la suya, el roce de su vestido ceñido, la exhibición de sus formas. Lo percibía todo en un estado de sublimación, consciente de la carne ajena, el aliento de los demás, los otros ojos abiertos de par en par. Azules los dientes a la luz negra...

Sarah rebuscó en el bolso y depositó algo en la mano de Maria.

—¡Coge esto! —exclamó por encima del ruido.

Maria levantó un dosificador minúsculo, un botecito parecido al de las lágrimas artificiales que utilizaba la gente para limpiarse los ojos cuando los vientos se cargaban demasiado de arena.

—¿Qué es?

—¡Pompas!

Maria sacudió la cabeza e intentó devolvérselo.

—No lo quiero.

Sarah se encogió de hombros y se lo introdujo en la nariz. Apretó y aspiró. Jadeó y buscó a tientas el hombro de Maria, clavándole los dedos mientras surtía efecto la droga.

Meneó la cabeza con un estremecimiento, riéndose. Sus uñas se hundieron en la piel de Maria. Se tambaleó un momento antes de recuperar el equilibrio, brillantes los ojos, observando a Maria tras el velo de sus cabellos.

—¿Seguro que no? —insistió—. Lo vuelve todo más fácil. Hace que sea más divertido.

Maria titubeó.

—Bueno, vale.

Sarah sonrió de oreja a oreja, complacida, y sacó otra ampolla del bolso.

—¡No te preocupes! Son buenas. —Dicho lo cual, sujetó la cabeza de Maria con una mano mientras apretaba el dosificador contra su nariz.

Una vaharada de plástico barato, como vinilo.

—¡Dale!



Maria inhaló, y Sarah disparó la dosis. Las pompas cosquillearon en las fosas nasales de Maria, cuya cabeza saltó hacia atrás de súbito mientras sus párpados batían sin cesar sobre los ojos llorosos, descontrolados. Sintió calor, primero, luego frío, después como si estuvieran restregándole wasabi justo detrás de las cuencas oculares, y más. Se tambaleó.

Sarah la envolvió en un abrazo mientras los temblores la sacudían de la cabeza a los pies.

—Calma, bonita. Tranquila.

Aquello no hacía que nada fuera más «fácil»; nada en absoluto. Maria se sentía como si un millón de serpientes microscópicas estuvieran retorciéndose y deslizándose por toda su piel. Enroscándose, reptando, trazando sinuosas curvas que latían y se convulsionaban al compás desbocado de su corazón, el palpitar de su sangre, el ritmo del club. La droga componía una melodía que aporreaba en su interior, inundándola, dilatándola y diluyéndola hasta eclosionar en un estallido de salvaje vitalidad.

De repente Maria podía percibirlo todo. Se rio, sorprendida. Su cuerpo estaba vivo. Por primera vez se sentía viva de veras. Miró fijamente a Sarah, con los ojos desorbitados.

—¡Esto es genial!

El asombro que destilaban sus palabras provocó que Sarah se carcajeara.

Todo lo sentía Maria. Cada pulso de luz. Cada golpe de bajo. Era hiperconsciente de la tela que se ceñía a sus formas, pero donde antes le había parecido extraño, opresivo y revelador en exceso, ahora le parecía sensual. El vestido la acariciaba cuando se movía. Todo era una caricia. La mano de Sarah en su cintura era un punto de apoyo, algo que paladear, en lo que arrojarse.

Maria extendió una mano y la deslizó por la mejilla de Sarah, fascinada por el tacto de la piel de su amiga bajo la yema de sus dedos. Podría pasarse días acariciando aquella piel tan suave y nunca, jamás, perdería ni un ápice de interés.

—Qué bien —musitó Maria, titubeante.

—¡Te lo dije!

Sarah no se quedó esperando a que Maria encajara por completo el subidón, sino que la agarró de la mano y la arrastró hacia el corazón de la multitud.

La aglomeración ya no le parecía intrusiva ni claustrofóbica. Era más bien como un patio de recreo. Maria no dejaba de estirar el brazo para tocar a la gente al pasar. Sus manos se deslizaron por la camisa de seda que cubría la espalda de un hombre. Acariciaron una cadera de mujer. Aprovechaba la menor ocasión para presionar contra todas las personas con las que se cruzaba, y sentía las manos ajenas que la exploraban a ella a su vez. Había dedos y manos por todas partes, tocándola, estrujándola, pellizcándola. Cada nuevo contacto provocaba un burbujeo en su interior. Se percató de lo cachonda que estaba. Desesperadamente salida. Se sentía como una bestia voraz, desfallecida de atávica inanición, hambrienta de sexo y

proximidad.

Una parte de ella se sentía abochornada, horrorizada por lo que la droga estaba haciendo con ella. Maria no era así. Ella no hacía esas cosas. Pero al resto de su ser le traía sin cuidado. Se dejó engullir por la placentera necesidad que le inspiraban los bailarines, las luces, las manos, los cuerpos...

—Pero ¿te quieres mover?

Sarah seguía tironeando de su mano. Maria se sentía demasiado bien para discutir. Se dejó arrastrar, sin dejar de tocar a todo el que se ponía a su alcance. Amándolos a todos. Riéndose con el contacto de todas aquellas manos sobre su cuerpo.

De improviso, Sarah soltó la mano de Maria, que se volvió, desconcertada.

Sarah se había abalanzado sobre un hombre y estaba devorándolo a besos. El que le había hablado de los acuíferos... Ratan, el hidrólogo. El que las quería a las dos. El que, según Sarah, pensaba llevársela al norte con él cuando se marchara de la ciudad. El motivo de que ambas estuvieran allí.

Maria perdió el interés. La música era demasiado buena. El DJ estaba mezclando Los Sangre con Daddy Daddy, y la multitud era enteramente de ella. Que Sarah se dedicara a lo suyo. Maria comenzó a bailar, extasiada. Sintiéndose libre por primera vez en toda su vida. Sin ninguna preocupación en absoluto. Sin nada que temer.

Quizá mañana no pudieran pagar el alquiler y eso les costase la vida. Quizá esto fuese la última cosa agradable que iba a sucederle jamás. Mañana traería el polvo, la necesidad y los ruegos a Toomie para que se compadeciera de ella y le concediera un préstamo que casi con toda seguridad ni siquiera podía concederle, pero esta noche pensaba bailar como una guarra con este hombre, y con esta mujer, y sola, deslizando las manos por sus caderas, sintiendo el ritmo en cada uno de sus movimientos. Recogiendo la tela de su vestido ceñido en los puños crispados, disfrutando del cosquilleo que le producía en la palma de las manos mientras se contoneaba al compás de la música. La música, que ya no era estridente, sino que bombeaba dentro de ella. Se dejó llevar, toda martilleos y pulsaciones. Un segundo corazón palpitaba en su seno, inundándola de vitalidad.

Maria atisbó a Sarah con su hombre por el rabillo del ojo. Los dos la observaban a ella. Sarah ofrecía un aspecto mil veces mayor con su minifalda, sus tacones altos y su maquillaje. Idéntico al que había ayudado a aplicarse a Maria, adecentándola para que pudiera recuperar todo el dinero que había perdido con su lamentable argucia del agua.

Sarah le indicó que se acercara.

Maria le tendió la mano al hombre. Coqueteando. Presentándosela como si esperase que él la besara y disfrutando de la sensación. Disfrutando también cuando el hombre se resistió a soltarle la mano. Disfrutando del modo en que se arimaba ahora Sarah, de la calidez de su aliento en la oreja.

—Dice que sí. Pagará. Quiere pasárselo bien.

—¿Cuánto?

—Más que de sobra. Se lo quiere montar a lo grande.

Sarah se abrazó a Maria. Empezaron a bailar juntas. Las pompas no dejaban de bullir en su piel, efervescentes. El hombre llamó por señas a una camarera con tacones de aguja, unos pantaloncitos ajustados y los jirones de una blusa por toda indumentaria. La mujer regresó con chupitos de tequila para los tres. Bebieron. Sarah llevaba más pompas en el bolso.

Maria no opuso resistencia cuando Ratan le colocó una de las ampollas bajo la nariz. Se le doblaron las rodillas, pero él la sostuvo. Notó cómo se le clavaba su erección en el vientre, sondeándola, exigiéndole más. Una promesa. Maria le dedicó una sonrisa, enganchada a su tacto, al vigor que desprendían las manos que la aferraban. No era de extrañar que a Sarah le gustase su trabajo. Maria estaba volando. Estaba viva. Antes estaba muerta, quizá hubiera estado muerta toda su vida, pero ahora se sentía con vida.

Maria y Sarah bailaron para él, juntas, pegadas. Los labios de Sarah aterrizaron sobre los suyos, y a Maria le sorprendió descubrir que no le importaba. La lengua de Sarah, húmeda, extraña y caliente sobre sus labios, desesperada. Maria permitió que su boca se abriera y, sin que aquel burbujeo dejase de chisporrotear en su seno, le devolvió el beso.

Ratan se situó detrás de ella, apretándose contra su culo. Maria gimió entre los dos, emparedada por su abrazo y por el son de la música, sintiéndose oprimida por todo cuanto la rodeaba, abrasador y veloz. Las manos del hombre recorrían todo su cuerpo, tanteando en pos de sus pechos. A Maria le importaba un bledo que hubiera gente mirando. Le importaba un bledo saberse expuesta.

Estaba besando a su amiga de nuevo, con ansia, abalanzándose sobre su boca, necesitada de los labios de Sarah. Crecía en su interior un apetito, una desesperación tan poderosa que ni siquiera alcanzaba a entenderla. Lo único que sabía era que el deseo que sentía por Sarah, por los besos de Sarah, amenazaba con reducirla a cenizas.

Salieron del club para derramarse en la noche cálida, cargada de humo. A su alrededor se arremolinaban las cenizas de los bosques que ardían a lo lejos y el polvo de las plantaciones desiertas.

Un muchacho con un abrigo blanco y la nariz perforada por un aro negro y nacarado surgió de entre la neblina, llamando a un coche por señas. Subieron todos en él, un amasijo de risas y cuerpos entrelazados que echó a rodar por las calles, atravesando la espesa penumbra.

Lo único que sabía Maria era que se alegraba de haber descubierto esta droga y esta sensación, y de que Sarah estuviera con ella. Se alegraba de que Sarah estuviera sujetándola otra vez, atrayéndola hacia sí y bajándole los tirantes del vestido ajustado, dejándole los senos al descubierto.

Maria arqueó la espalda, tan ansiosa por sentir los labios de Sarah sobre su cuerpo como desesperada por hacer lo mismo, por exponer los pechos de Sarah, pequeños y

lustrosos, por devorar aquellos pezones sonrosados que tan distintos eran de los suyos, desesperada y hambrienta por probar la carne de Sarah.

Ratan podía hacer lo que se le antojara, siempre y cuando Maria tuviese a Sarah. Sarah importaba. Solamente Sarah. La mano de Sarah se deslizó entre los muslos de Maria, cuyas piernas se separaron, ávidas de contacto.

Ahí.

Maria se sentía como si sus ojos fuesen tan grandes como la luna, prendidos en la mirada de Sarah, ferales y azules. Aquello era más que electrizante. Era como si estuviera precipitándose al vacío y surcando las nubes al mismo tiempo.

El apetito que la poseía la sobrecogió de repente. Apenas si reparó en que ya habían bajado del coche, en los porteros y los ascensores privados, en que estaban elevándose por el cielo. Lo único que quería Maria era tocar a Sarah. Quería que el burbujeante poder de la droga y el tacto de Sarah durasen eternamente. La aterraba que aquella sensación pudiera desvanecerse. Que aquel instante pasara y la dejase desfallecida, sola y sin Sarah.

En la cama de Ratan había sitio de sobra para los tres. El cuerpo de Maria, resbaladizo de sudor y necesidad mientras se apresuraba a quitarse la ropa, cayó una vez en los brazos de Sarah. Maria sintió las manos de Ratan en las caderas, sintió la polla dura contra su culo, sintió los dedos que sondeaban su sexo, empujando, abriéndose paso, hundiéndose cada vez más. Lastimándola.

Aunque Maria forcejeó por unos instantes, el hombre no desistió, pero ya las manos de Sarah enmarcaban su rostro y lo atraían hacia el de ella. Un destello de comprensión iluminaba los ojos de su amiga.

Sarah atrajo a Maria hacia ella y le besó los labios, las mejillas, los párpados, sin dejar de susurrarle al oído mientras el hombre la embestía una y otra vez.

El murmullo de Sarah, reconfortante, acompasó su cadencia a la de las arremetidas del hombre.

«Nos va a pagar, va a pagar, va a pagar...»

Lucy Monroe vivía en una casita achaparrada, de una sola planta. Gruesos muros de barro y paneles solares personales asegurados al tejado por recias cadenas, como pacientes de un psiquiátrico susceptibles de fugarse en cualquier momento. Diseño ambiental de la vieja escuela con traviesas de junípero en el porche, todo ello arropado por una flácida lona alquitranada, azul y dorada, que parecía sustraída de una de las Comic-Con de antaño, allá por cuando Phoenix aún se las apañaba para atraer festivales de los de verdad.

Frente al patio principal se atravesaba una Ford destartada, toda tapacubos oxidados y neumáticos tuneados, una bestialidad de camioneta con pinta de haber recorrido como un millón de kilómetros por el desierto y todavía ser capaz de continuar devorando el asfalto hasta llegar al mismísimo averno.

El Tesla de Angel ahuyentó a un par de gallinas que se desbandaron cacareando, asustadas. Detuvo el vehículo, desmontó y se apoyó en la carrocería. Casi todas las demás propiedades que rodeaban el hogar de la correveidile estaban protegidas por muros de bloques de hormigón que resguardaban de miradas indiscretas a quienesquiera que viviesen tras ellos.

Callejón abajo, a Angel le pareció distinguir las chabolas de tejavana y contrachapado y los iglús de un campamento okupa. Se preguntó si alguien habría conseguido perforar algún tramo de la antigua arteria principal de Phoenix. La presencia del campamento resultaba tanto más extraña por cuanto no había ningún surtidor de ayuda humanitaria en los alrededores. Case jamás toleraría algo así en Vegas. No se podía consentir que la gente fuera por ahí robando el agua. Otro de los motivos por los que Phoenix estaba en las últimas.

Se puso las gafas de sol y aguardó.

Si Lucy se encontraba en el interior, supuso que ahora estaría observándolo, decidiendo qué paso dar a continuación. No le habría hecho gracia reconocerlo. Así que se dispuso a esperar, dándole tiempo a acostumbrarse a la idea de que tenía visita. Había representado tantas veces el papel de convidado sorpresa que ya disponía de toda una serie de rituales para el proceso. Se requería una sensibilidad especial para darle a la gente la mala noticia de que estaba a punto de quedarse sin agua. Tropezarse con según qué reacciones fruto de la incredulidad conllevaba sus riesgos.

Catalogó los tejados de los edificios cercanos por costumbre, en busca de cámaras y francotiradores, pero no vio nada digno de mención.

La maraña negra y gris de una mezcla de pastor australiano yacía recostada bajo la camioneta de Lucy, con la lengua rosa colgando y pinta de estar pasando demasiado calor para que la intrusión de Angel le importara un pimiento. Un pollo se puso a picotear el suelo justo delante de los morros del chucho, que ni siquiera se tomó la molestia de soltar un ladrido.

Angel decidió que ya le había concedido tiempo más que de sobra a Lucy

Monroe. Al abrir la puerta del patio, con su gesto barrió un montón de polvo a un lado. El perro atiesó las orejas; no por Angel, sino por la puerta de la casa, que se había abierto simultáneamente.

La correveidile salió al porche, una sombra que emergió de debajo de la lona alquitranada al sol de justicia para detenerse en actitud relajada, proyectando una cadera hacia fuera, con las manos en los bolsillos de atrás. Su voz sonó firme cuando preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

En la morgue ofrecía otro aspecto. Más profesional. Vestida para granjearse el respeto de la pasma y los sanitarios. Ahora realzaban sus caderas unos pantalones vaqueros, tan desgastados como ceñidos, y una camiseta con el cuello de barco colgaba vaporosa sobre las modestas dimensiones de su busto. Informal, como si la hubiera pillado haciendo cualquier tarea doméstica.

—Se me ocurrió que podríamos charlar un rato.

La mujer inclinó la cabeza en dirección al coche de Angel.

—Sabía que no eras policía.

—No.

—Pero te hacías pasar por uno.

Se mostraba desconfiada, pero, así y todo, para Angel era exactamente igual que la vez anterior. La señorita podía vestirse como le diera la gana, que su mirada siempre sería la misma. Aquellos ojos grises habían visto demasiado. Sabían demasiado.

Para Angel, sus ojos eran como estanques inexplorados, descubiertos por casualidad entre las sombras más oscuras de un cañón de arenisca. Salvación y quietud, todo en uno. Aguas heladas que, cuando te arrodillabas para beber de ellas, aprovechaban tu reflejo para devolverte la mirada desde sus distantes profundidades. Reconocimiento puro. Algo en lo que uno podía ahogarse sin lamentaciones.

—Me da la impresión de que hemos empezado con mal pie —dijo Angel.

—¿Tú crees?

Las manos de la periodista salieron de los bolsillos traseros de su pantalón. En uno de sus puños relucía una pistola. Una cosita negra, mate, apenas más grande que la palma de su mano. Poco más que un cargador acoplado a un cañón muy corto, pero no por ello menos letal.

—Porque a mí me da la impresión de que sé todo cuanto necesito saber acerca de ti.

—Hala. —Angel levantó las manos—. No he sabido explicarme. Quería hablar, eso es todo.

—¿Igual que hablaste con Jamie? ¿Metiéndome un atizador por el culo mientras me aplicas descargas eléctricas? —La mujer levantó la pistola.

Angel descubrió que no podía dejar de mirar la diminuta boca negra del cañón.

—Te equivocas de hombre.

—Lo dudo.

«Está muerta de miedo», comprendió Angel.

Aunque la pistola lo apuntara con firmeza, su propietaria estaba aterrada. La ausencia glacial de su expresión... Ya se daba por muerta.

«Me cago en la puta. Se piensa que esta es la última batalla que va a librar en su vida.»

—No busco problemas.

Angel retrocedió y se sentó en un murete de adobe, rebajando intencionadamente su nivel de amenaza. Mostrándose lo más pasivo e inofensivo posible.

—Ni tú ni nadie —replicó la mujer, observándolo tras la mirilla del arma—. Tienes cinco segundos para largarte de aquí y procurar que nunca volvamos a vernos. Alégrate de haber llegado con vida hasta aquí.

—Quiero hablar, eso es todo.

—Cinco.

A Angel no le parecía que la mujer fuese una asesina nata. Había rebasado su límite, eso era todo. Estaba más allá del bien y del mal. No era la primera vez que veía esa expresión. Conocía la desesperación. También él la había experimentado de primera mano.

—Escucha...

—Cuatro.

La había visto en los refugiados tejanos, interceptados por los salteadores de Nuevo México en mitad del largo camino que los alejaba de su hogar. La había visto en los mulos cargados de droga, torturados hasta que renunciaban a todo y solo les quedaban ganas de lastimar a alguien antes de morir. La había visto en los rancheros de Nevada, empeñados en defender con uñas y dientes las compuertas de sus acequias cuando la AASN amenazaba con cortarles el agua.

Lucy no vivía para matar. Por otra parte, cuando la gente perdía la esperanza, en ocasiones también perdía su humanidad. Las personas desesperadas emprendían acciones desesperadas, se transformaban en insospechados avatares de la tragedia.

—En realidad no quieres hacerlo...

—¡Tres!

—¡Venga ya! —protestó Angel—. ¡No tiene por qué ser así! ¡Lo único que quiero es hablar!

Ya estaba planeando cómo acercarse, y deprisa. Podría darse la vuelta. Dejar que la chaqueta antibalas encajara el impacto del primer proyectil y seguir avanzando. Podría cargársela. Por los pelos, pero podría, sin la menor duda.

—Si me escucharas...

—¡Dos!

Desoyendo todos sus instintos, extendió los brazos en cruz. La chaqueta antibalas se abrió, volviéndolo todavía más vulnerable.

—¡Yo no maté a tu amigo! ¡Si estoy aquí es solo porque los dos queremos

averiguar lo mismo! ¡Solo quiero hablar! —Cerró los ojos y se preparó para recibir la bala, con los brazos estirados a los costados, crucificado.

«Ahí está.»

Contuvo la respiración, odiándose a sí mismo por haberse colocado en esa posición, deseando habérsela cargado antes, sin más, en vez de tener que estar así ahora, rezando para que su interpretación del carácter de la mujer no anduviera demasiado desencaminada. «Jesús, María, Santa Muerte...»

Ningún impacto de bala.

Angel entreabrió un ojo.

Lucy aún lo apuntaba con el arma, pero no estaba apretando el gatillo.

Angel se obligó a esbozar una sonrisa.

—¿Has terminado con esa pistola? ¿Ya podemos hablar?

—¿Quién eres en realidad? —preguntó Lucy.

—Alguien interesado en hablar con la correveidile que está detrás de todas esas etiquetas relacionadas con los asesinatos, Phoenix y el agua. #PhoenixAlCarajo, ¿verdad? Esa la exprimes con ganas. —Angel imprimió una nota de vacilación a su voz, concediéndole a Lucy una falsa sensación de poder. Quería que pensase que la que estaba al mando era ella.

«Es que la que está al mando resulta que es ella, pendejo», matizó una vocecita mordaz en el interior de su cabeza. «Por muy mala puntería que tenga, hoy no te libras de llevarte un balazo en el ojo.»

—No se trata únicamente de la paliza que le dieron a tu amigo, ¿verdad? —presionó Angel—. Es algo más lo que huele a podrido por aquí abajo, y los dos lo sabemos. Esperaba que pudieras orientarme un poquito. Eso es todo. Hablar, nada más.

—¿Te crees que me importa lo que tú quieras o dejes de querer? Gilipollas, haciéndote pasar por agente de policía... ¿Qué te hace pensar que iba a querer ayudarte?

—A lo mejor podríamos hacer una especie de trueque —replicó Angel, conciliador—. Ayudarnos el uno al otro. No estarías apuntándome a la cara con esa pistola si no tuvieras miedo de algo, ¿verdad? Pero no soy yo el que debería preocuparte, lo juro. Podríamos echarnos un cable el uno al otro.

La carcajada que profirió Lucy rezumaba amargura.

—Tendría que estar loca para fiarme de ti.

—Vengo en son de paz.

—Más en paz te quedarías con una bala en el cuerpo.

—Los cadáveres no pueden compartir lo que saben.

—También podría disparar a las piernas —dijo Lucy—. A ver si te quedan ganas de seguir sonriendo con las rodillas destrozadas a tiros.

—Podrías, pero no creo que tú seas de esas. Verás, conozco a esa clase de personas, y tú no eres una de ellas. Alguien como tú no jugaría así a este juego.



—Yo no seré una de ellas, pero tú sí, ¿me equivoco? Eso es lo que eres, ni más ni menos.

Angel se encogió de hombros.

—No voy a dárme las de santo a estas alturas. Lo que digo es que podríamos tener algún interés en común, eso es todo.

—Debería disparar de una vez, la verdad.

—No. No te gustaría ser alguien capaz de matar a sangre fría. Créeme.

Para sorpresa de Angel, Lucy bajó los hombros y la pistola.

—Ya no tengo ni idea de qué clase de persona soy. —Por un momento, la expresión de la mujer denotó un cansancio y una desilusión tales que fue como si acabaran de caerle encima mil años de golpes.

—Sospechas que alguien viene a por ti.

Lucy respondió con una risita truncada.

—No se puede escribir sobre los cadáveres y durar eternamente. Aquí no. —Giró sobre los talones y regresó a la casa, caminando a largas zancadas. Una vez en el porche, volvió la vista atrás por encima del hombro. Hizo un gesto con la pistola, impaciente—. ¿Y bien? Venga. Probemos a hablar.

Angel sonrió sin poder evitarlo. Había acertado de pleno con ella. La conocía. Había sabido quién era nada más verla.

Quizá siempre hubiera sabido quién era.

Siguió a Lucy al interior de la casa. Al pasar junto al perro, que continuaba haraganeando debajo de la camioneta, Angel sonrió al animal.

—La conozco —dijo.

Era agradable expresarlo de viva voz.

El perro bostezó por toda respuesta y se tumbó de costado, sin dar muestras de sentirse impresionado en absoluto.

En el hogar de Lucy hacía fresco, estaba limpio y era espartano. Baldosas de terracota en los suelos, cortinas de ganchillo guatemaltecas, unas cuantas vasijas con motivos navajos en las estanterías. El clásico batiburrillo kitsch típico del sudoeste.

Encima de una mesa de madera rústica vio una tableta y un teclado con fundas a prueba de impactos como las que se utilizaban en el ejército. El tipo de chisme que Angel podría lanzar contra una pared con la seguridad de que no se iba a romper.

Junto al ordenador había unas gafas y una mascarilla con filtro de REI cubierta de costras, abandonadas en medio de un montón de polvo y arena, como si hubiera llegado con demasiadas prisas para tomarse siquiera la molestia de sacudirlas antes de ponerse a trabajar, desesperada por empezar a darle a la tecla.

Libros. Fotos. Algunas de ellas claramente sacadas por ella misma. Ventanas al colapso. Una familia que escapaba de Texas en camioneta, un puñado de niños de ambos sexos armados con un arsenal de escopetas y rifles, sentados en lo alto del

tanque de mil litros de agua de la familia. Ondeando la bandera de su estado. Angel se preguntó hasta dónde habrían conseguido llegar exhibiendo aquel grado de provocación.

Más imágenes: una tienda para la oración de los Merry Perry, gente de rodillas, implorando la salvación a su dios, flagelándose con ramas de ocotillo; una rutilante cadeneta de vehículos desfilando por la autopista, rodeada por un desierto de arenisca roja bajo el implacable firmamento azul. Tejanos, quizá, cruzando la frontera con Nuevo México bajo vigilancia. Tenía que ser antigua. Ahora la Guardia Nacional se encargaba de que uno se quedara en su sitio. No ayudaba a nadie a trasladarse a ninguna parte.

Le llamó la atención un marco digital en el que se sucedían lentamente las imágenes de unos niños y un sitio verde. Un sitio en el que la gente sonreía y tenía la piel tersa, suavizada por la humedad.

—¿Familia? —preguntó Angel.

Lucy no respondió de inmediato.

—Mi hermana.

Una mujer de tez muy clara, con la cabeza apoyada en el hombro de un tipo moreno que, a ojos de Angel, podría ser originario de Oriente Medio o de la India.

La mujer compartía las facciones de Lucy, pero no la profundidad ni la dureza de su mirada. Lucy había descendido a lo más hondo de la madriguera de conejo del sufrimiento y había regresado a la superficie, de una pieza pese a todas sus cicatrices. Esta otra mujer, en cambio, esta pálida versión de Lucy, pensó Angel, se haría añicos. Bastaba con una sola fotografía para darse cuenta de ello. La hermana de Lucy era frágil.

—Cuánto verde —observó Angel.

—Vancouver.

—Donde hasta la ropa interior se enmohece, por lo que tengo entendido.

Lucy se rio por lo bajo.

—Eso mismo le digo yo a Anna, pero ella se empeña en negarlo.

Libros en una estantería, una modesta colección de clásicos. Isak Dinesen, con encuadernaciones de cuero. *Alicia en el País de las Maravillas*, en una antigua edición ilustrada. El tipo de cosas con las que uno esperaba demostrar a las visitas lo listo que era. Utensilios con los que suplir la falta de personalidad. Pero ese título de ahí... un ejemplar de *Cadillac Desert*, añejo. Alargó la mano.

—No —lo detuvo Lucy—. Es una primera edición, autografiada.

Angel esbozó una sonrisita torcida.

—Cómo no. —Y añadió—: Para mi jefa es obligatorio que todos sus nuevos empleados lo lean. Le gusta que nos demos cuenta de que este desastre no se ha producido por accidente. Nos dirigíamos de cabeza al infierno y no hicimos nada por evitarlo.

—Jamie decía exactamente lo mismo.

—¿El abogado del agua? ¿Tu amigo?

—¿Tu jefa, Catherine Case?

La sonrisa de Angel se ensanchó.

—Da igual.

Se apoyó en la encimera. El silencio se prolongó.

—¿Te apetece un vaso de agua? —preguntó Lucy.

—Si te apetece a ti ejercer de buena anfitriona.

La mirada que le lanzó Lucy sugería que no estaba segura de si le apetecía ejercer de buena anfitriona o descerrajarle un balazo, pero cogió un vaso y abrió la espita del dispensador con filtro. La pantalla se iluminó cuando el agua empezó a caer en el recipiente.

108,2 litros... 107,8 litros...

A Angel no le pasó inadvertido el hecho de que la mujer estuviera utilizando una sola mano para llenar el vaso. Ni lo perdía de vista, ni había soltado aún la pistola. Por lo menos había dejado de apuntarlo con ella. Dedujo que hoy probablemente no iba a obtener más favores de ella.

—Antes eras más precavida con lo que escribías.

Lucy lo observó de soslayo, mordaz, mientras terminaba de llenar el vaso y se lo pasaba.

—¿Ahora resulta que también eres crítico?

Angel aceptó el vaso y brindó al aire, a modo de agradecimiento, pero sin beber.

—¿Sabes que los cazadores de tamarindos, en otros tiempos, siempre compartían el agua cuando se encontraban en el Colorado?

—Algo había oído.

—Competían por exterminar todo lo que absorbiera en exceso el agua del río. Tamarindos, álamos de Virginia, olivos de Bohemia... lo que fuera. Hablamos de antes de que California comenzase a canalizar la mayor parte del río, de modo que la competencia era feroz. Cuanto más terreno despejaban, más agua recibían a cambio en compensación. De modo que intercambiaban un trago cada vez que se cruzaban. Solo un poco. Una cantimplora por otra. Y después bebían juntos.

—Un ritual.

—Eso. Una especie de recordatorio. Una estrategia para no perder de vista el hecho de que compartían un objetivo en común, aunque lucharan por los mismos despojos. —Aguardó un momento—. ¿Quieres beber conmigo?

Lucy se lo quedó mirando.

—No nos conocemos hasta ese punto. —Sacudió la cabeza, al cabo.

—Como prefieras. —Angel brindó al aire de nuevo. La fuente de la vida, un regalo de manos de Lucy. Probó un sorbito—. Es como si perder a tu amigo Jamie te hubiera empujado a correr más de un riesgo. Ahora te asustas hasta de tu propia sombra y piensas que el diablo está tras tu pista. ¿A qué viene ese cambio?

Lucy apartó la mirada y pestañeó varias veces seguidas.

—Ni siquiera yo entiendo por qué me importa tanto —respondió cuando hubo recuperado la compostura—. Era un gilipollas de campeonato.

—¿Ah, sí?

—Era muy... engreído. —Lucy hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Le gustaba quedar por encima de los demás. Se creía más listo que nadie y le gustaba demostrarlo.

—Y por eso ahora está muerto.

—Intenté advertírselo.

—¿En qué andaba metido? —preguntó Angel.

—¿Por qué no me lo cuentas tú?

Ahí estaba otra vez, la misma aspereza de antes. Había vulnerabilidad debajo de ella, pero no para él. Ahora Lucy volvía a observarlo fijamente con aquellos ojos grises como el granito, encerrado a buen recaudo cualquier resquicio de fragilidad suyo.

—Supongo que estaría relacionado con los derechos del agua. —Angel se llevó el vaso de agua hasta el ordenador a prueba de impactos. Bebió otro sorbo—. Algo gordo. De valor. —Contempló el ordenador y sus cantos.

—Está candado.

—No pretendía fisgar.

—Chorradas. ¿Por qué asesinaron a ese amigo tuyo, Vosovich? ¿Para quién trabajaba?

—Si has averiguado su nombre, supongo que ya sabrás también quién le pagaba.

—En su ficha pone que trabajaba para el Proyecto del Río Salt —replicó Lucy, irritada—, pero eso evidentemente es una gilipollez. Quizá tuviera nómina allí, pero creo que en realidad estaba haciendo de topo para algún tercero.

—Un poco traído por los pelos, ¿no?

—¿Lo de que fuese un topo? —Lucy soltó una carcajada—. La ciudad de Los Ángeles secó el valle Owens en mil novecientos veintipico, y ya por aquel entonces tenía topos a su servicio. Si salía rentable dedicarse a eso en aquella época, ahora tiene que serlo todavía más, por narices.

—Tú eres la experta.

Angel regresó a la encimera de baldosas y posó el vaso. Se fijó en el monedero, las llaves y el teléfono que Lucy había dejado también allí. Su bolso era de cuero morado, con imbricados brocados de plata.

—Bonito bolso —comentó, acariciándolo.

—No has respondido a mi pregunta.

—Me sigue pareciendo bonito.

—Es un Salina. No tienes pinta de fanático de los trapos.

—CK Ballistic y poco más. —Angel se tocó la chaqueta—. Cumple su cometido, ya sabes.

Lucy parecía decepcionada.

—A Jamie le gustaba la ropa. Ese me lo compró él. Yo nunca tenía tiempo para ir de tiendas, pero él no dejaba de intentar regalarme cosas bonitas. —Se encogió de hombros—. Es lo que decía siempre. «Necesitas ponerte elegante, nena. Necesitas ponerte elegante.»

—A todo el mundo le gusta ponerse elegante. —Angel extendió una mano hacia el teléfono.

Lucy lo alejó de su alcance.

—Sigues sin responder a mis preguntas. —Fue a sentarse al diván y dejó la pistola a su lado. Cruzó las piernas.

Angel reparó súbitamente en su figura. Le iba, pensó. Le gustaban sus piernas, sus caderas y sus nalgas. Le gustaban aquellos ojos grises. Le gustaba que no estuviera dispuesta a dejarse amedrentar por él ni a soportar ninguna chorrada, y que estuviera dispuesta a arriesgarse a cambio de averiguar lo que quería.

—¿Y bien? —insistió Lucy—. ¿Quién era tu amigo, el de la morgue?

—¿En serio? —Angel encontró una silla y la arrastró para sentarse enfrente de ella—. Eres demasiado lista para tener que preguntar eso.

Lucy adoptó una expresión enojada.

—No me gusta jugar a las adivinanzas.

—Pues no lo hagas.

La mujer frunció el ceño, estudiándolo.

—Vegas —decidió—. Eres un cuchillo de agua y trabajas para Catherine Case. Eres uno de los suyos.

—Pensaba que ibas a decir 007 o algo por el estilo —bromeó Angel, riéndose.

—Me extrañaría que fueras lo bastante listo para hacer de 007. Un guarro sí, a juzgar por cómo me miras el culo, pero no lo bastante listo.

Angel se reclinó, esforzándose por disimular que aquello le había escocido.

—Los cuchillos de agua no existen —dijo—. No son más que invenciones de la gente. Una leyenda, ¿vale? Como el chupacabras. Un hombre del saco al que cargar las culpas cuando las cosas se van a la mierda. Catherine Case no tiene cuchillos de agua, solo un montón de personas encargadas de arreglar sus problemas. Abogados, informadores y guripas, todos los que quieras. Pero ¿cuchillos de agua? —Angel se encogió de hombros—. Ni uno.

La carcajada que soltó Lucy rezumaba sarcasmo.

—Entonces ¿no tiene gente que se infiltra en los departamentos de agua de otras ciudades?

—No.

—¿Ni gente que hace que los agricultores desaparezcan en plena noche como no le vendan sus derechos sobre el agua?

—Tampoco.

—¿Ni gente encargada de organizar y proporcionar armas a las milicias de la frontera del sur de Nevada para impedir que los de Arizona, Texas y Nuevo México

crucen el Colorado e intenten colarse en vuestro estado?

Angel no pudo evitar que una sonrisita aleteara en la comisura de sus labios.

—Ahora te estás acercando.

—Tampoco tendréis helicópteros negros como los que volaron la depuradora de Carver City, claro.

—Oh, eso sí que lo hicimos. Esa agua era nuestra.

—Así pues eres de Nevada. Y trabajas para Catherine Case.

Angel se encogió de hombros.

—No te hagas el evasivo ahora. Sabía que no eras de California. A esos les van más los trajes de calle.

—El corte es distinto —dijo Angel—, pero la tela sigue siendo antibalas.

Lucy sonrió sin despegar los labios.

—Por qué no me cuentas qué hacía con Jamie tu amigo, el que tampoco era ningún cuchillo de agua, cuando los dos se las apañaron para que los mataran.

—Seguro que ya lo has deducido también. Piensa. Coloca todas las piezas.

—¿En serio? ¿Te crees que puedes manipularme con tanta facilidad? Cada vez que acierto en algo contigo, lo utilizas para intentar averiguar algo a mí. —Lucy sacudió la cabeza—. De eso nada. No vas a presentarte en mi casa y sonsacarme de ese modo. O hablas conmigo, o ya puedes largarte.

—¿O de lo contrario qué, me disparas?

—Tú ponme a prueba.

Angel levantó las manos en actitud de disculpa.

—Adelante, pregunta.

—¿No estás harto de destruir cosas?

—¿Destruir cosas? —Angel se echó a reír—. Eso no es lo mío. Te confundes.

—¿Tú crees? Allí adonde vas, la gente sufre. —Lucy indicó sus ventanas con barrotes con un ademán—. ¿No te avergüenzas siquiera por lo que hiciste aquí, en Phoenix? ¿Alguna vez te has parado a pensarlo?

—Hablas como si tuviera poderes mágicos o algo por el estilo. A Phoenix yo no lo he hecho nada. Se lo ha hecho ella solita.

—Phoenix no voló el PAC. Eso lo hizo alguien con explosivos.

—Secesionistas mormones, según tengo entendido.

—La ciudad se quedó sin agua durante meses mientras lo reparaban.

—Mira. Phoenix se volvió vulnerable voluntariamente. Eso no es culpa mía, como tampoco lo es el hecho de que Carver City decidiera erigirse en mitad del desierto sin nada más que un puñado de derechos júnior. Simon Yu puede despotricar cuanto le dé la gana, pero esa ciudad nunca debió atreverse a bombear esas aguas.

—Fuiste tú, ¿verdad? —Los ojos de Lucy se abrieron de par en par—. Realmente fuiste tú el que pasó por Carver City. Tú fuiste uno de los que plantó aquellas bombas. Dios, seguro que lo del PAC también fue cosa tuya.

—Alguien tiene que derramar su sangre para que los demás beban.

—Hablas como los católicos.

—La Santa Muerte es más de mi devoción, pero ¿por lo que al sentimiento de culpa respecta? No. Eso no me atormenta. Si Vegas no empujase este lugar al vacío, lo haría California. —Inclinó la cabeza hacia el ejemplar de *Cadillac Desert* que Lucy tenía en la estantería—. Mucha gente sabía que construir una ciudad aquí era una idiotez, se sabía hacía tiempo, pero Phoenix se limitó a enterrar la cabeza en la arena y hacer como si el desastre no se cerniera sobre ella.

—Lo cual justifica que ni siquiera te lo pensaras dos veces antes de dinamitar su último suministro estable de agua —replicó Lucy.

—Te gusta remover el fango, ¿a que sí? Desenterrar las mentiras. Proclamar la verdad a los cuatro vientos, aunque eso te cueste la vida.

—Pues claro que... —Lucy dejó la frase a medias—. No. ¿Sabes qué? Que no. Las mentiras me importan un bledo. Puedo vivir con ellas. Verdad, mentira... de un modo u otro, al menos... —Se interrumpió de nuevo y sacudió la cabeza—. No son las mentiras, sino el silencio. El silencio es lo que más me fastidia. Todas las cosas que no se dicen. Todas las palabras que no se escriben. Eso es lo que acaba contigo. Tarde o temprano sencillamente te mata. Todas las historias que aprendes a dejar sin contar. Todas las verdades y todas las mentiras que no verás impresas jamás porque son demasiado peligrosas.

—Pero ahora te has subido a la azotea y has empezado a vociferar.

—Porque estoy harta. —Lucy meneó la cabeza—. No te creerías la de cosas sobre las que no escribo. —Se encogió de hombros—. O quizá sí. —Ensayó un gesto que denotaba cansancio—. Formas parte de ello.

—Si tú lo dices.

Lucy frunció el ceño.

—El cuchillo de agua de Las Vegas se cree muy gallito.

—Sé defenderme —dijo Angel.

—¿Tú crees?

—Aquí sigo. Y Vegas también.

—No. —Lucy sacudió la cabeza—. Tú juegas en segunda. —Se levantó de repente y se asomó a la ventana—. California. Allí está la liga de los grandes. Los Ángeles. San Diego. Las empresas de Imperial Valley. Esos sí que saben lo que es luchar por el agua. Corre por sus venas. Es su sangre. Llevan cinco generaciones asesinando lugares para robarles su agua. Se les da de maravilla.

Se acercó a otra ventana y volvió a asomarse. Paseó la mirada por el patio bañado por el sol.

—Catherine Case va a rebufo —dijo—. Antes pensaba que era un pez gordo. Los cuchillos de agua como tú os habéis convertido en sus hombres del saco gracias al PAC. —Sacudió la cabeza—. Pero en realidad no eres nadie. Ahora me doy cuenta.

—Por Jamie —añadió Angel—. Porque sospechas que lo asesinaron los calis.

Lucy lo observó de reojo.

—No tenían ninguna razón para hacerlo. Estaba proporcionándoles lo que querían... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire—. Di por sentado que había sido tu gente. Las Vegas.

—No fuimos nosotros, te lo aseguro, así que habrá tenido que ser California.

—Hace tiempo —dijo Lucy, como si no lo estuviera escuchando— entrevisté a un hombre. Un ejecutivo de una empresa que estaba realizando prospecciones de agua para el estado. Excavaciones, fracturaciones hidráulicas, análisis hidrológicos... cosas por el estilo. Tengo a este hombre sentado enfrente de mí y me imagino que vamos a hablar de plataformas de perforación, de bombas de agua o de la recarga de los acuíferos. Tal vez de esas investigaciones que estaban llevándose a cabo en Texas, donde intentaban desalinizar los depósitos naturales subterráneos en los alrededores de lo que quedaba de San Antonio. Tecnicismos para empollones. En el peor de los casos, temía que me fuera a comer la cabeza con todo ese tema del acuífero que supuestamente está enterrado a gran profundidad en algún rincón de Arizona, cómo el *fracking* iba a convertirnos en la nueva Dakota del Norte del agua o cualquier otra memez en el mismo plan. En vez de eso, me enseña el hemopasquín que estaba leyendo. Lo tira encima de la mesa. —Lucy hizo una pausa y miró a Angel—. Ya has visto los hemopasquines, ¿verdad?

Angel asintió con la cabeza.

—Anoche dijiste que no trabajabas para ellos.

—Es una buena manera de aparentar que eres inofensivo si te dedicas al periodismo —continuó Lucy—. Cubres los cuerpos, pero no las historias que se esconden tras ellos. Los cadáveres sin telón de fondo no dan problemas. —Impostó la voz—: Solo la sangre, señora. Nada más que la sangre. —Esbozó una sonrisa desprovista de humor—. Es lo que dice Timo.

—Tu amigo el fotógrafo, ¿no? He hablado con él.

—Se le da muy bien su trabajo. En cualquier caso, este sitio se está cayendo a pedazos. Todo el mundo sabe que los narcos tienen ya medio pie dentro, operan en los territorios ocupados. Pagan a los tejanos, los neomexicanos y a media Latinoamérica para que les hagan de mulos a fin de penetrar en el norte. El cártel del Golfo y el de Juárez se enfrentan por ver quién manda aquí, pero nadie escribe al respecto... —Dejó la frase sin terminar, aparentemente absorta en sus pensamientos, antes de continuar—: En fin, que ahí está el hombre ese, sentado delante de mí con su hemopasquín. Trajeado. Con corbata. Gafitas. De las nuevas, ya sabes, esas con una capa de AugReal. Pues me mira y, en vez de ponerse a hablar de las prospecciones que está realizando, va y me suelta: «Escribes muchos artículos que se meten con California.»

Una risita amarga escapó de los labios de Lucy.

—Cualquiera diría que había conseguido llamar la atención del Ministerio de Información Pública de Beijing o algo, pero qué va. Allí solo estábamos yo, el tipo aquel y su hemopasquín.



—¿Y este ejecutivo trabajaba para una empresa de sondeos?

—Sí.

—¿No se trataría de Ibis?

—Se me ha olvidado ya —respondió Lucy, inexpresiva—. Cuando te apetezca contarme en qué empresas se ha infiltrado Las Vegas, a lo mejor recuerdo cuáles utiliza California.

—*Touché* —dijo Angel—. Así que estás hablando con un ejecutivo de Ibis, y este va y...

A Lucy se le escapó una carcajada.

—Sabes que Arizona está jodida cuando California posee las empresas que supuestamente deberían ayudarle a buscar agua. —Se volvió a reír—. Total, que sí, el ejecutivo de Ibis me hizo una oferta. Podría escribir sobre el tema que se me antojara, siempre y cuando dejase de interesarme por lo que California hiciera o dejase de hacer y empezara a invertir más tiempo en ocuparme de otros asuntos. Podría concentrarme en las revisiones del Pacto del Río Colorado, por ejemplo, o en el baile de sillas del Departamento del Interior. O en Nevada. —Señaló a Angel con un ademán—. Podría escribir sobre los misteriosos cuchillos de agua de Las Vegas. O sobre el hecho de que, en Estados Unidos, la FEMA carezca del personal necesario para hacer frente a los huracanes del Golfo, los tornados del Medio Oeste, los desbordamientos del Mississippi y las olas gigantes que azotan Manhattan. Las historias de interés humano son estupendas, me dice. Escribe sobre cómo hace mella el cansancio en el personal de la FEMA, por ejemplo, o sobre el gobierno federal, que ya no tiene fuerzas ni para encargarse del nuevo puñado de tejanos cuyas ciudades acaban de quedarse secas. Podría abordar tantos temas... Con la de cosas interesantes que están pasando en el mundo. —Se rio de nuevo, con amargura—. En ningún momento pretendía decirme lo que debía escribir, claro. Me sugería, tan solo, que quizá me conviniera pensar un poquito más en todas esas otras historias tan fascinantes que estaban esperando a que alguien se fijase en ellas.

»Dicho lo cual, empujó en mi dirección un fajo de yuanes que debía de medir como dos palmos de alto. Sin inmutarse ni nada. Dejó el dinero allí plantado, se levantó, me dio las gracias por mi tiempo y se fue.

»Y yo allí, a solas con aquel montón de billetes y con un hemopasquín en el que salía la foto de una muchachita rodeada de perros salvajes que se dedicaban a lamer los regueros de sangre que escapaban de ella y se escurrían por el desagüe de una piscina vacía. Allí plantada, como un pasmarote.

Miró a Angel.

—Así juega California a este juego. Catherine Case puede tener todos los agentes secretos del mundo, pero a la hora de la verdad es California la que dicta las normas. California no se anda con hostias.

—Te rajaste.

Lucy se quedó observándolo, pensativa.

—¿Sabes? A veces, cuando alguien te dice lo que debes hacer, tu reacción inicial es de enfado, ¿verdad? Te dan ganas de rebelarte. De demostrarles a todos que no tienes miedo. Así que te rebelas. Escribes otro artículo sobre Ibis Exploratory. Y otro sobre California, a lo mejor, que está intentando exprimir por la fuerza el lago Havusu. Unes los puntos que van desde un político de Arizona hasta un narco que forma parte de la junta de Ibis y acaba de darle cincuenta de los grandes al congresista Dwayne Reyner, quien da la casualidad de que está haciendo campaña a favor de invalidar el último acuerdo del Pacto del Río Colorado mientras le construyen su nueva casita de verano en Vancouver. De lo más esotérico, todo. Artículos más áridos de escribir que el desierto, porque hay que escarbar entre montañas de calendarios de viajes y transferencias de capital.

»Nadie presta la misma atención a un rollazo sobre trapicheos burocráticos que a las fotos de los hemopasquines, ¿verdad? Quiero decir, es que nadie se lee siquiera esas historias, aunque las escribas. Un año me nominaron al Pulitzer por uno de aquellos reportajes. Seguramente el menos leído de todos mis artículos. Pero, cuando me quiero dar cuenta, alguien me ha rajado los neumáticos y no llego a tiempo a la entrevista que tenía concertada esa mañana. Así es como te enteras de que al menos una persona sí que se está leyendo todas las cosas que escribes. Y ese seguidor es el que cuenta.

Lucy se encogió de hombros.

—De modo que te das por enterada. Como a los narcos no les gusta que hables de los cadáveres, dejas de hacerlo. O dejas de contar las historias que se esconden tras ellos, al menos. Como a los políticos no les gusta que hables de su dinero, tampoco lo haces. Y de escribir sobre los calis, olvídate, porque esos sí que se encargarían de que no volvieras a escribir sobre nada más en tu vida.

—Cuántas restricciones.

—Estoy harta de ellas.

—Así que ahora has decidido echarte tú sola a los perros. —Ladeó la cabeza en dirección a la pistola—. Y estás esperando a ver cuál es el primero que se te abalanza encima.

Lucy se rio con amargura.

—A lo mejor es que ya he perdido las ganas de seguir viviendo.

—Nadie pierde nunca las ganas de vivir —replicó Angel—. Habrá quienes lo afirmen en un momento determinado, pero cualquiera que haya visto la muerte de cerca sabe que eso es mentira.

Sonó el móvil de Lucy, que lo recogió.

—Lucy Monroe. —Se quedó escuchando. Su mirada se dirigió a Angel, primero, y después al suelo—. ¿Sí? ¿Penta? —Su interés se intensificó—. ¿Cómo has dicho? Vale. Lo tengo. No. Ahora mismo no. —Volvió a mirar a Angel, esta vez de soslayo—. Sí. Vale. De acuerdo. —Colgó—. Deberías marcharte.

—¿No vas a contarme en qué andaba metido tu amigo Jamie? —preguntó Angel.

—No. A decir verdad, sospecho que en estos momentos tu compañía me sobra. — Usó la pistola para darse unos golpecitos en el muslo, sin apuntarlo directamente con ella—. Vete ya.

—Creía que estábamos empezando a entendernos.

Lucy le dirigió una miradita extraña.

—Sois todos iguales. Nevada, California, todos. Venís aquí para saquearnos, buscando la manera de que el agua del río siga discurriendo solo para vosotros. — Incluyó la cabeza hacia el polvoriento perfil de Phoenix que se recortaba tras la ventana—. Dices que nunca le haríais a nadie lo que hicieron con Jamie, pero ya les habéis hecho cosas peores a toda la gente de ahí fuera.

—No fuimos nosotros los que construimos esta ciudad de forma tan nefasta. La culpa es únicamente de Phoenix.

—En tal caso me imagino que lo que le pasó a tu amigo, Vosovich, también fue únicamente culpa suya.

Lo apuntó con la pistola.

—Oye. —Angel levantó las manos—. ¿Hemos vuelto a la casilla de salida?

—Nunca salimos de ella. —Lucy empuñaba la pistola con mano firme—. Arreando. Y como vuelva a cruzarme contigo, te meto un balazo. Este ha sido mi último aviso.

Hablaba en serio.

Antes no, pero ahora, después de esa llamada, se había convertido en una fiera letal.

Angel posó el vaso con delicadeza y se incorporó.

—Cometes un error —dijo—. Podríamos haber sido amigos.

Por un instante pensó que aún tenía alguna posibilidad de llegar hasta ella, pero el momento pasó. Lucy utilizó la pistola para indicarle dónde estaba la puerta.

—No necesito amigos —dijo—. Ya tengo un perro.

—Está en la Taiyang. Cinco-once-diez. Aparece como «M. Ratan». —La voz de Timo denotaba lo orgulloso que se sentía de sus pesquisas.

Lucy dejó la línea abierta mientras conducía la camioneta bajo el abrasador sol de Phoenix. Había comprobado los retrovisores más de una vez, pero seguía sin ver ni rastro del cuchillo de agua ni de su Tesla de color amarillo chillón.

«A menos que no viaje solo.»

Dio un par de rodeos, despacio, volviendo por donde había venido y zigzagueando entre los callejones sin salida de las subdivisiones abandonadas para cerciorarse de que Angel no estuviera siguiéndola, antes de pisar a fondo el acelerador y poner rumbo a la Taiyang mientras Timo parloteaba animadamente en su oreja.

—Es el mismo que buscabas, estoy convencido. Utilizó un carnet de conducir cali a modo de documento de identidad. Es un penta, como sospechabas.

El problema estribaba en que, si bien M. Ratan era un penta, Lucy seguro que no.

Los vigilantes apostados ante las puertas de las torres residenciales le dieron el alto en cuanto llegó a los atrios públicos de la Taiyang. Ni locos permitirían que una zonal de tres al cuarto empapada de sudor le hiciera una visita sorpresa a míster M. Ratan.

Por mucho que eso la cabreara, en realidad no era capaz de guardarles rencor a los vigilantes. Su trabajo consistía en mantener a raya a la chusma de Phoenix. El de Lucy consistía en burlarlos, pero en su precipitación por poner fin a la surrealista conversación con el cuchillo de agua de Vegas se le había olvidado prepararse adecuadamente para representar su papel.

Lucy no era ninguna penta. A los vigilantes les bastó con echarle un vistazo para darse cuenta de ello. Nada en ella la proclamaba expatriada, ni cali, ni siquiera humilde traficante de pompas llevada hasta allí por sus ilegítimas actividades. Estaba demasiado cubierta de polvo, demasiado tostada por el sol, demasiado nerviosa y desesperada.

Por lo que a los vigilantes respectaba, Lucy no era más que una nativa zonal pura y dura.

Circunstancia que a Timo le pareció desternillante, habida cuenta de la cantidad de veces que la había acusado de estar más verde que una panoja.

—A ver si vas a ser una de los nuestros y todo, al final. —Sus carcajadas resonaron en el auricular de Lucy mientras esta continuaba esforzándose por persuadir a los guardias.

—Si el señor Ratan la ha invitado —repitió uno de los vigilantes—, pídale que me llame, y programaré el ascensor para que la conduzca hasta él.

Lucy desistió de su empeño. Bastante había llamado ya la atención, insistiendo hasta en cuatro ocasiones para que le permitieran pasar.

—Probaré otra vez dentro de un rato —dijo—. Tenemos una reunión. Lo más probable es que aún no haya vuelto.

—Sin duda ese es el caso. —El guardia esbozó una sonrisita cordial—. Si responde, podremos preguntárselo.

Lucy dio la espalda a los tornos de acceso que comunicaban con la plaza pública de la arcología. Rodeó las fuentes y los estanques, salpicada por el agua de las cascadas que se precipitaban al vacío desde los pisos más altos. Fingió interesarse por las cafeterías y las boutiques que proliferaban a lo largo y ancho de todo el espacio, pero no dejaba de observar los ascensores de la residencia y a sus vigilantes, esforzándose por ver si había otra forma de subir.

51110. Cinco-once-diez.

Torre cinco. Undécima planta. Apartamento número diez.

Tenía un nombre y una dirección, pero no le servían de nada.

El exceso de celo de un segurata de alquiler había dado al traste con todas sus indagaciones.

Se sentó al filo del estanque de las carpas y contempló las pantallas planas de seis metros que, colgadas estratégicamente sobre el espacio público, mostraban noticias y lo que sucedía en distintos mercados de valores en inglés, español y chino, a la vez que informaban a los ocupantes de la hora que era y la temperatura que hacía en Shangai.

Ejecutivos y secretarias de Taiyang Solar Development reían y conversaban en el atrio, separados por sus paredes de cristal del mundo exterior, donde sus contratistas locales debían internarse en el desierto para instalar acumuladores solares y erigir nuevas instalaciones sobre cimientos de cuarzo y arenisca.

Nadie quería zonales en sus estados, pero sí que estaban dispuestos a aprovechar al máximo toda la luz que el sol quisiera echarles encima. Así, mientras que Phoenix debía soportar un apagón tras otro, las empresas privadas enviaban sus cargamentos de energía solar sobre las fronteras de Arizona al norte, el este y el oeste, con los zonales quietecitos en su sitio.

Lucy había escrito un reportaje al respecto. Sus esfuerzos se habían visto recompensados por una cantidad de visitas ridícula.

Uno de los vigilantes se paseó por delante de ella y, poco después, regresó para echarle otra ojeada. Lucy arrugó el rostro.

Al otro lado de los muros de la arcología, Phoenix se hundía en cualquiera que fuese el infierno que le deparaba el destino, pero la Taiyang no era así. Allí no les gustaba que los despojos del apocalipsis, como ella, se infiltraran en sus instalaciones.

Otro guardia de seguridad privado se paseó por delante de ella. Por lo general dedicaban su tiempo a perseguir a los chavales que intentaban colarse y beber de las atracciones acuáticas, por lo que resultaba relativamente comprensible que los emocionara la presencia de una intrusa como ella.

A su manera, la Taiyang ejercía sobre sus límites un control tan estricto como Nevada o California sobre sus fronteras. La recompensa para sus habitantes era un espacio que daba la impresión de estar completamente aislado del polvo, el humo y el colapso de la ciudad que se extendía a su alrededor.

Dentro de la Taiyang, sus inquilinos permanentes y sus huéspedes corporativos vivían cómodamente. Si uno se acicalaba lo suficiente y daba la impresión de estar allí por negocios, podría acceder a las plazas públicas y tomarse un café u organizar una reunión. O suplicar tal vez para que alguien bajara y lo escoltara al interior de una de las torres residenciales.

5-11-10.

Torre residencial cinco, undécima planta, apartamento número diez. Mejor que cualquier código postal. Una dirección de cinco dígitos. Cinco cifras. Un penta. Permiso para entrar en otro mundo.

Los guardias de seguridad estaban vigilándola, eso ya era innegable. Se había entretenido demasiado.

Lucy sacó el móvil y fingió hacer una llamada, pero saltaba a la vista que los seguratas de alquiler no estaban tragándose. Uno de ellos, que no le quitaba los ojos de encima, se llevó una mano a la oreja y oprimió el botón de su auricular, disparando una alarma que garantizaría su reconocimiento facial en el futuro y su salida a patadas de allí en el presente.

—¿Señorita?

Se sobresaltó. Otro vigilante de la Taiyang, que se le había acercado sin que ella se percatara, la observaba mientras se daba golpecitos en la pierna con el taser que llevaba en la mano.

—¿La trae algo en particular por aquí?

Eran buenos, eso había que reconocerlo. Ni siquiera lo había visto venir.

—Me... —Titubeó—. Me dirigía arriba.

El guardia de seguridad miró de reojo a su compañero, que asistía a su conversación sin inmiscuirse.

—¿Es usted residente, entonces? ¿Me podría enseñar su tarjeta? ¿O una invitación?

—Pues...

El vigilante aguardó, impertérrito.

—¿Quiere que llame a alguien por usted?

—No. Estoy bien así. Me había quedado embelesada con el agua, eso es todo.

—Si ha perdido la invitación, podemos consultar su nombre en la lista.

El hombre estaba demasiado acostumbrado a expulsar a la gente de allí. Demasiadas personas se colaban para disfrutar de ese lujo reservado a los señores del agua, que vivían rodeados de aire filtrado, libre de polvo y de humo, de cascadas cantarinas y de la penetrante fragancia de la vegetación y la tierra fecunda.

Estaba acostumbrado a ahuyentar a la gente, sí, pero con educación. Sin escenitas

incómodas que perturbaran la placidez de la Arcología Taiyang, prefabricada con tanto esmero.

Y si Lucy no cooperaba, en fin, siempre le quedaría el recurso del táser con el que seguía tamborileando distraídamente contra su muslo. Por lo menos no haría ruido mientras sus compañeros y él sacaban su cuerpo inconsciente del edificio y la dejaban tirada en la calle.

—No hace falta —dijo—. Ya me iba. Permítame recoger mis cosas.

—Cómo no, señorita.

Civilizado de la cabeza a los pies. Eran un dechado de educación, siempre y cuando te movieras en la dirección indicada. Mientras no tuvieran que guiarte a porrazos, podían ser hasta amables y todo.

Lucy reconoció su derrota. Vio por el rabillo del ojo que un grupo de pentas se acercaba a los tornos, un puñado de hombres trajeados. Conversando animadamente. Los amos del universo. Una retahíla de frases en chino y en español. Si lo hubiera calculado mejor, se les podría haber acoplado, pero con el guardia de seguridad pisándole los talones mientras caminaban hacia la salida, ya no podía hacer nada.

Tendría que buscar otra forma de llegar hasta Michael Ratan.

Un torbellino de llamas y negras columnas de humo engulló a Maria, consumiéndola.

Una criatura semejante a un perro negro y giboso se materializó en medio del incendio, gañendo, para devorarla como si del pit bull del mismísimo diablo se tratara.

Sarah estaba con ella.

Cuando Maria intentó alejarse de aquel ser infernal, se descubrió entorpecida por Sarah, que se movía demasiado despacio. Su mano no dejaba de escurrirse de la de Maria, pero esta no la soltaba. Hasta que perdió el contacto con sus dedos, imposibles de recuperar, y su ausencia le partió el corazón a Maria.

Se despertó jadeando, sin aliento, en el apartamento del hombre, empapada de sudor y con la boca seca, con el corazón martilleando en su pecho, sin poder dejar de pensar: «Gracias gracias gracias».

No era real, Sarah no estaba muerta. Solo era un sueño.

«Gracias gracias gracias».

Maria vio que tanto Sarah como el hombre le habían echado los brazos por encima. Normal que estuviera ardiendo. Se contorsionó para zafarse, procurando no molestarlos. Ahora que estaba despierta, se sentía mareada y hecha una pena. Tenía la cabeza como si alguien le estuviera clavando un destornillador en el ojo.

Se deslizó hasta el borde de la cama e intentó incorporarse. Apoyó una mano en la pared cuando la habitación empezó a dar vueltas a su alrededor. Se obligó a respirar acompasadamente, esforzándose por recuperar el equilibrio en la penumbra. La pareja entrelazada encima de la cama seguía durmiendo. Sarah y... su hombre.

Ratan.

Maria se rio de sí misma para sus adentros. Ignoraba si el hecho de no recordar su nombre de pila la asqueaba o la consternaba. Ni siquiera sabía si le importaba. Le había dicho cómo se llamaba mil veces, pero ella sencillamente no conseguía acordarse. Sarah tenía muchas esperanzas depositadas en él, en este hombre cuyo nombre de pila Maria era incapaz de conjurar del olvido.

Había perdido la virginidad con un desconocido. Tampoco tenía muy claro que eso debiera importarle. Cabía la posibilidad de que la hubiera perdido con Sarah, de hecho. Sí, había sido con Sarah. Le gustaba más esa opción. Su verdadera virginidad la había perdido con Sarah.

Había una botella de champán tirada en el suelo. Maria tampoco se acordaba de ella. O sí, aunque creía que había sido un sueño. Toda la noche anterior era un recuerdo turbio y surrealista. Sarah y ella, bebiendo y besándose, dejando que el líquido espumoso se derramara por sus cuerpos hasta caer en la lengua ansiosa del hidrólogo...

¿Sueño o realidad? ¿Recuerdo o premonición?

En fin, la botella estaba vacía. Eso era real.



Al verla allí, en el suelo, tan reluciente, echó de menos el subidón de las pompas. Sobria, aquel dormitorio de lujo estaba demasiado en silencio. Casi parecía un lugar abandonado. Las sábanas, arrugadas y empapadas de sudor. La botella, vacía. Los rubios cabellos de Sarah, desparramados por la almohada. Su brazo, estirado encima de la cama, rozaba el hombro del hombre en un gesto curiosamente íntimo que les confería el aspecto de algo más que meros amantes de pago.

Verlos a los dos así, en contacto, despertó otra oleada de sensaciones entremezcladas. Recuerdos fugaces. Los besos de Sarah. La corriente eléctrica que recorría todo el cuerpo de Maria. El deseo expreso de Ratan de sumarse a ellas, que Sarah enseguida había accedido a satisfacer. Sarah, concentrada en el placer de su hombre, cuando lo único que quería Maria era que Sarah volviera a besarla. Una y otra vez. Sentir la piel de su amiga contra la suya.

Maria recordó cómo le temblaban las manos de la emoción. Era como si alguien estuviera bombardeándola bajo la piel, detonaciones de anticipación desesperada que reverberaban por todo su cuerpo. Abrumándola. Estremeciéndola mientras buscaba a Sarah una y otra vez, tolerando la presencia del hombre.

Recordaba la avidez con la que lo observaba Sarah. Aquel era su billete para salir de Arizona, si a él le gustaba. Y también la mirada de Ratan sobre el propio cuerpo de Maria, la mano que se deslizaba por su muslo. Los tres, encadenados, eslabón a eslabón: Maria, obsesionada con Sarah; Sarah, obsesionada con el hombre. Y el hombre obsesionado, por último, no con la muchacha que estaba dispuesta a sacrificar incluso a su amiga con tal de viajar al norte, sino con la misma Maria.

En aquel momento a Maria no le había importado. Lo único que quería era estar con Sarah. Ahora, sin embargo, no podía por menos de sentirse desinflada por culpa de todos los apetitos que no había logrado satisfacer por completo.

Buscó el cuarto de baño. Encontró fríos suelos de mármol, espejos enmarcados en plata y turquesa, superficies de baldosas azules y blancas.

Contempló fijamente su reflejo. No vio que se hubiera operado ningún cambio en ella. Todavía estaba allí. Seguía siendo la misma. Había follado con un hombre y con una mujer, a la vez. El uno no podría importarle menos, pero la otra... Continuó mirándose. Era la misma de siempre. Su padre no habría sospechado jamás lo que había ocurrido anoche. En la calle nadie podría ver dónde, cómo ni qué había accedido a hacer a cambio de dinero, ni si le había gustado o no. Ni de quién estaba enamorada.

Se sentó en la taza, hiperconsciente del frío de la porcelana contra su piel mientras meaba, intentando recordar la última vez que no había usado la letrina que había detrás del sótano que les servía de refugio a Sarah y a ella, o al menos un sanitario portátil. La última vez que no había tenido que arrancar las páginas de un hemopasquín para limpiarse. Rememoró aquella ocasión en la que se había colado en el Hilton 6. Consiguió llegar hasta uno de los compartimentos antes de que apareciese una empleada para ahuyentarla. La mujer se había compadecido de ella y le había

permitido lavarse la cara y las manos en el lavabo, y beber hasta saciarse, antes de desterrarla nuevamente al calor y el polvo del exterior.

Maria tiró de la cadena. El agua salió a borbotones. Aquello era asombroso.

La recorrió un escalofrío de transgresión mientras iba a la cocina y registraba los armarios del hombre, como si fuese una ladrona. Llenó un vaso hasta arriba, sin dejar de observar el parpadeo rojo del monitor de consumo.

Maria se la bebió toda de golpe.

Se sirvió otro, sonriendo al pensar en lo que podrían cobrarle a ese hombre cuyo nombre había olvidado. Apretó el vaso helado contra su mejilla. También se lo bebió.

El agua rompió contra el vaso por tercera vez. No lograba saciarse. Ya estaba demasiado hinchada para tener sed, pero no podía parar. Se llevó el vaso al cuarto de baño y abrió la ducha. Litros, litros y más litros de agua se precipitaron sobre ella. Muchísima más agua que toda la que había recogido en el surtidor de la Cruz Roja resbaló por su cuerpo y se escurrió por el desagüe, sin más. Mientras se enjabonaba el cuerpo, la sobrevinieron nuevos recuerdos de Sarah y el hombre. La excitación, trepidante. El éxtasis de sus pieles en contacto. Las pompas. Le había gustado demasiado aquella droga, se temía. Ahora era como si todo cuanto tocaba fuese un poquito menos brillante, un poquito menos real que cuando estaba colocada. Se preguntó cómo podría comprar más pompas. Cómo las conseguía Sarah. Se sentía limpia. Dios, qué limpia se sentía.

Lavó a conciencia su ropa interior, arrepintiéndose de no haber traído al menos una muda limpia con ella. Sarah siempre lo planeaba todo con antelación cuando acudía a la Taiyang.

La cortina se deslizó a un lado con un traqueteo, revelando a Ratan, desnudo.

—¿Haciendo la colada?

Con una sonrisita extraña en los labios, observó a Maria mientras esta se quedaba paralizada, con las bragas en las manos, goteando agua.

—No pasa nada —la interrumpió cuando Maria empezó a tartamudear una explicación—. La empresa paga el apartamento y el agua. Puedes lavar el resto de tu ropa antes de irte. —Dicho lo cual, se metió con ella en la ducha.

Se enjabonó mientras recorría su cuerpo con la mirada. Maria se temía que intentase volver a follar con ella y esperaba que no lo hiciera. Pero sí. Aunque estaba escocida, consintió que la penetrara. No era nada. Esta vez era más fácil, si acaso, ahora podía fingir que le estaba gustando. Que Sarah estaba con ella.

Cuando acabaron, el hombre salió y le pasó una toalla. Maria cogió otra para el pelo, recordando cómo solían envolverse el cabello su madre y ella. Antes de que aparecieran los guripas y les explicaran que debían trasladarse a los refugios. Antes de que todo se estropeará.

Cuando Maria regresó al salón, Ratan había levantado ya las persianas. La luz del amanecer comenzaba a acariciar el firmamento, tiñendo de rojo la neblina cargada de polvo. No había dormido hasta tan tarde como pensaba.

El hombre se dirigió a la cocina. Ahora que ya no estaban en la ducha, parecía casi cohibido. Evitaba mirarla a los ojos.

—¿Estás...? —Vaciló—. ¿Estás bien?

Había hecho exactamente lo que quería, y lo había vuelto a hacer en el baño. Pero ahora que no la tenía dura, ni siquiera podía mirarla a la cara.

Sorprendida de que el hombre se sintiera tan abochornado, Maria se preguntó por qué a ella no le pasaba lo mismo. Si supieran lo que había hecho, a sus padres se les partiría el corazón. A ella, en cambio, no le importaba en absoluto.

—¿Te apetece desayunar?

Maria se arrebujó en la toalla y asintió con la cabeza, sin fiarse de su voz. Una ducha. Ropa limpia. Echó un vistazo al dormitorio por el rabillo del ojo. Sarah todavía estaba dormida.

—Se me ha olvidado tu nombre —confesó.

Aquello hizo sonreír al hombre, que pareció rejuvenecer, aliviado.

—Michael. Mike. —Le tendió la mano para que Maria se la estrechara—. Encantado de conocerte. —Se le escapó una risita azorada—. De nuevo, quiero decir.

Maria le devolvió la sonrisa. No quería que se sintiera incómodo.

—De nuevo.

El hombre sacó huevos de la nevera y los cascó en una fuente mientras Maria paseaba la mirada por el apartamento. No pudo por menos de sentirse impresionada por la opulencia de aquel lugar. Alfombras navajo sobre el suelo de madera noble de la sala de estar. Cuadros en las paredes. Libros de verdad en las estanterías, esmeradamente colocados en artísticos montoncitos intercalados con vasijas que a Maria le parecieron de aspecto japonés. El frigorífico ronroneaba satisfecho, alimentado por una fuente de energía fiable. Y el silencio... Qué silencio. No se oían discusiones de fondo. No estaba rodeada de ojos indiscretos.

El hombre abrió el grifo, dejó correr el agua y tiró las cáscaras de huevo al fregadero. Se percató de que Maria espiaba todos sus movimientos.

—No se desperdicia nada —le explicó—. Aquí se recicla todo. Desciende a los digestores de metano y después pasa por los estanques de las carpas y las granjas de caracoles. Una parte se filtra por osmosis inversa y vuelve a subir por las cañerías. El resto va a parar a la granja vertical de la cara sur.

Maria lo dejó hablar, maravillada tanto por las cosas que el hombre consideraba necesario explicar como por las que daba por sentado.

También ella había disfrutado de todas esas comodidades. Las cosas más básicas. Grifos. Una habitación propia. Aire acondicionado. Y todo lo había dado por sentado, igual que ese hombre.

El señor Ratan no se daba cuenta de lo mágica que era su vida.

Recordó a Maria, estrechándola entre sus brazos, susurrándole al oído mientras Mike la penetraba: «Va a pagar».

Pero el dinero no era lo más importante. Estar aquí... eso lo significaba todo.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

En cuanto aquellas palabras hubieron escapado de sus labios, Maria se percató de lo obvias que debían de parecer sus intenciones.

Mike la observó de soslayo, receloso. Ambos sabían que lo que buscaba Maria era la mejor manera de establecer una relación duradera.

—No sabría decirte —replicó el hombre, adoptando un tono estudiadamente neutral—. Ahora mismo están cambiando muchas cosas. —Bajó la mirada a los huevos—. Para mí lo de anoche fue una especie de celebración.

—¿Y qué celebramos?

El hombre le guiñó un ojo.

—Un golpe de suerte.

—Me vendría bien uno de esos.

Maria pretendía hacer un chiste, pero sus palabras sonaron demasiado cargadas de sinceridad y amargura. A juzgar por el modo en que se retrajo Mike, supo que estaba ensanchando la distancia que mediaba entre ellos. Debía convencerlo de que era una chica graciosa, no desesperada y necesitada.

—Perdona —dijo—. No es culpa tuya. No te preocupes. —Dios, no dejaba de empeorarlo cada vez más.

Mike siguió contemplando fijamente los huevos mientras se freían en la sartén.

—¿Qué harías si pudieras salir? —Levantó la cabeza, súbitamente pendiente de ella—. ¿Si alguien se fuera y quisiera llevarte con él, qué harías?

La pregunta pilló desprevenida a Maria, como si el hombre estuviera leyéndole el pensamiento. No sonaba hipotética.

—Pues no sé... ¿Buscar trabajo? —Ignoraba cuál era la respuesta correcta, pero presentía que, si daba con ella, le podría abrir puertas—. ¿Retomar los estudios, a lo mejor?

—Sabes que no todo es coser y cantar al otro lado de la frontera, ¿verdad?

—Mejor que aquí.

—Ya. Pero, si pudieras ir a cualquier parte, ¿qué destino elegirías? Si tuvieras todos los rincones del mundo a tu disposición, ¿con cuál te quedarías?

Era como si le hubiera dado una fijación extraña. Parecía casi uno de esos pastores que prometían la salvación a sus Merry Perry.

—¿Si pudieras ir a donde quisieras, hacer lo que quisieras y convertirte en quien quisieras... qué harías?

—Pero es que eso no es real —dijo Maria—. Nadie puede hacer eso.

—Pero ¿y si pudieras?

Maria decidió responder de todas maneras, por irritante que le pareciera aquel empeño por hablar de imposibles.

—China. Mi padre decía que deberíamos ir a China. Viajaría a China y aprendería chino. Mi padre me contó una vez que cerca de Shangai hay ciudades flotantes. Viviría allí. Flotaría en el océano.

—Tú eres de Texas, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Cómo acabaste aquí?

Maria se preguntó si explicándoselo conseguiría que se compadeciera de ella. Quizá fortaleciera su relación con ella y con Sarah. Necesitaba algo más que sexo para engancharlo. El sexo era tenue. En la calle había demasiadas chicas dispuestas a hacer lo que fuese a cambio de una ducha y un puñado de billetes con los que rellenarse el sujetador. No bastaba con tirárselo. Necesitaba que Sarah y ella le cayeran bien, como fuera. Necesitaba que las viera como individuos. Como personas. Personas que importaban.

De modo que le contó su historia, sin adornarla. Le habló de los guripas que habían llegado a su ciudad, en las afueras de San Antonio, para anunciar que debían evacuar la zona porque ya no iban a llegar más cisternas de agua. Le habló de cómo habían cruzado Texas en dirección al oeste porque todo el mundo sabía que en Oklahoma estaban ahorcando a la gente y Luisiana estaba repleta de refugiados que huían de los huracanes. Le habló del infierno que era Nuevo México. Cadáveres inertes sobre las vallas de alambre de espino, convoyes de Merry Perry y puestos de ayuda humanitaria de la Cruz Roja. Le habló de la chikunguña que le había costado la vida a su madre.

También le habló de sus planes. Del agua que había vendido junto al puesto de Toomie. Describió cómo había intentado poner en práctica sus consejos sobre el agua.

El hombre se rio al escuchar aquello, impresionado, y su reacción reavivó las esperanzas de Maria. Quizá estuviera ganándose. Si conseguía que ese hombre se vinculara a Sarah y a ella, podría llevárselas a cualquier parte.

—¿Sabías que Catherine Case empezó dedicándose a la venta de agua? —le preguntó Mike.

—Esa es la que controla el agua de Las Vegas, ¿verdad?

—Más o menos. Empezó vendiendo el agua de las granjas a las ciudades; consiguiendo los mejores precios, las transferencias de agua entre el campo y la ciudad despegaron en serio. Cuando hubo exprimido Las Vegas hasta la última gota, la contrataron para que les hiciera lo mismo a los demás. Siempre buscaba la opción más ventajosa. Es célebre por los acuerdos a los que llegaba.

—Lo mío no se parece en nada.

Mike se encogió de hombros.

—Tampoco hay tanta diferencia. Se trata de llevar el agua a donde la gente sepa apreciar su valor. Mientras que Case trabaja con miles de metros cúbicos, tú lo haces con unos cuantos litros. Pero el juego es prácticamente el mismo.

Sorprendió a Maria apagando el fuego en el que se estaban friendo los huevos. Se acercó a las estanterías y cogió un viejo libro de papel. Le lanzó una miradita de reojo, con expresión calculadora, y pasó rápidamente las páginas, sacando los papeles

encajados que había entre ellas.

—¿Has leído esto? —le enseñó el libro.

Maria lo cogió y se tomó su tiempo en examinar el título.

—*Cadillac Desert*... ¿Va de coches o algo por el estilo?

—De agua, en realidad. Vendría a explicar cómo hemos llegado al punto en el que nos encontramos. Hay más libros. Después se publicaron muchísimos. Puedes leer online a Fleck, Fishman o Jenkins. —Inclinó la cabeza hacia el libro que Maria tenía en las manos—. Pero siempre le recomiendo a todo el mundo que empiece por este. Cuando del agua se trata, es como la Biblia.

—Conque la Biblia, ¿eh?

—El Antiguo Testamento. El principio de todo. Cuando pensábamos que podríamos transformar los desiertos en vergeles y que el agua siempre iba a estar ahí, a nuestra disposición. Cuando nos creíamos capaces de alterar el curso de los ríos y controlar el agua, en vez de dejar que esta nos controlara a nosotros.

—Qué interesante. —Maria hizo ademán de devolvérselo, pero Mike lo rechazó con un gesto.

—Te lo puedes quedar.

El modo en que lo dijo...

—Te marchas, ¿verdad? Por eso accediste a pagarnos tanto a Sarah y a mí.

—Es posible —reconoció Mike, incómodo.

—¿Cuándo?

El hombre agachó la cabeza.

—Depende —replicó, sin mirarla a los ojos—. Supongo que pronto.

Maria le plantó el libro en las manos.

—Quédate con tu libro.

—Me parece que no lo entiendes.

—Sí, claro que lo entiendo. Es un libro. No necesito ninguno para darme cuenta de lo tonta que es la gente. Eso ya lo sabía. Si tienes alguno que te explique cómo cruzar la frontera sin que te pillen los drones, ese sí que me haría falta. O alguno que trate de cómo evitar que los coyotes te rajen el cuello, como todas esas personas que están desenterrando en la tele.

Clavó la mirada en Ratan.

—No necesito libros que hablen de cómo eran antes las cosas. Todo el mundo se acuerda. Lo que necesito son libros que me digan cómo debería vivir ahora. A menos que tengas alguno, paso de cargar con más lastre. —Agitó la mano hacia el volumen, abandonado ahora en lo alto de la encimera—. En serio. Es un montón de papel.

El hombre adoptó una expresión dolida.

—Es una primera edición —dijo, a la defensiva—. Hay gente que pagaría mucho por él. Puedes venderlo, si quieres.

Pero a Maria ya todo le traía sin cuidado. De repente se sentía harta de él. Harta de mostrarse educada con un tío que pretendía regalarle un libro para que no le

remordiera tanto la conciencia por habérsela tirado mientras esperaba a largarse de Phoenix lo antes posible.

—Mejor guárdalo tú.

—Perdona —musitó el hombre—. Pensé que te podría interesar. —Volvió a guardar los papeles entre las hojas del libro y devolvió este a su sitio.

—Bueno. No pasa nada. —Maria titubeó—. ¿Me dejas que lave la ropa?

—Claro que sí. —Ratan asintió con la cabeza, aparentemente igual de cansado y derrotado que ella—. Hay un albornoz en mi cuarto. Te lo puedes poner mientras se seca tu ropa. También puedes lavar la de Sarah, si quieres.

—Gracias.

Maria se obligó a esbozar una sonrisa, mucho más alegre de lo que en realidad se sentía, esforzándose por reparar aquel momento tan embarazoso, y el hombre pareció animarse un poquito. Quizá no fuera a llevárselas con él cuando se marchase, pero eso no significaba que Maria no pudiera sacarle una buena propina. U otra noche de comodidad para Sarah y para ella.

Maria regresó al dormitorio y dejó caer las toallas mientras buscaba el albornoz. Sarah se dio la vuelta, estirando un brazo y una pierna, ocupando toda la cama, pero no se despertó.

Maria hizo una pausa y contempló fijamente a su amiga, con afecto. Alegrándose de verla dormida, a pierna suelta, para variar.

«¿Estaré enamorada de ella?», se preguntó.

Sabía que la deseaba. Y sabía que no deseaba a Mike en absoluto. No del mismo modo que parecía desearlo Sarah. Mike era agradable. Todos los chicos que habían pasado por la vida de Maria habían sido agradables, pero contemplar a Sarah le producía una sensación tan abrumadora y prohibida como cuando su madre la pescaba tocándose con los resultados sobre la actriz Amalie Xu que habían arrojado las búsquedas en su tableta. Estar con Sarah la electrizaba como si hubiera tocado un cable de alta tensión. No quería quedarse sin ella, eso era lo único que sabía con absoluta certeza.

Maria revolvió el amasijo de sábanas en busca del resto de su atuendo. Le dio un golpecito a Sarah.

—¿Dónde se ha metido tu falda?

Sarah farfulló algo ininteligible y la apartó de un empujón.

—Vale. Ya te lavarás tú la ropa.

Sonó un timbrazo, procedente de la sala de estar. Maria se quedó paralizada, súbitamente consciente de su desnudez. ¿Dónde estaría el albornoz de Mike?

Se asomó a la puerta del dormitorio, entreabierta.

—Hombre, Mike, hijoputa —dijo una voz—, ¿cómo va eso?

—Pero ¿qué coño haces tú aquí? —replicó Mike—. Te dije que nos veríamos más tarde.

—Decidí acortar la espera.

—¿Qué...? —Resonó un palmetazo, seguido de gritos. Más golpes. Jadeos.

—Me cago en la puta, Mikey, tienes la cara durísima. Y ahora, a ver, ¿qué te parece si hablamos de...? ¡Ah, no, ni se te ocurra!

Una tos apagada. Maria atisbó a Mike trastabillando de espaldas, agarrándose el hombro con una mano. A continuación, apareció un hombre que lo apuntaba con una pistola.

—¡Espera! —jadeó Mike—. ¡Teníamos un trato!

—Ya lo creo que sí. El trato es que me des lo que quiero y te largues de Phoenix cagando hostias.

Mike se abalanzó sobre el hombre de la pistola. La pistola tosió de nuevo. La cabeza de Mike estalló en medio de una nube de sangre. Se desplomó de espaldas.

Maria se tiró encima de Sarah.

—¡Levántate! —siseó—. ¡Escóndete! —Intentó sacarla a rastras de la cama.

—*Jammééé* —gimió Sarah—. *Jaménpaz*.

Voces procedentes de la habitación contigua:

—¿Por qué cojones te lo has cargado?

—Habría tenido que hacerlo igualmente tarde o temprano, ¿verdad?

—¡Todavía me tenía que decir dónde están los derechos!

—Lo siento, tío. Cosas que pasan.

—Me cago en la puta, joder. Regístralo todo.

Maria agarró a Sarah de la muñeca y tiró. Oyó que alguien se aproximaba, pasos sobre el suelo de madera noble. Cada vez más cerca.

Maria se tiró al suelo junto a la cama al tiempo que se abría la puerta.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Sarah.

La pistola tosió.

Maria se arrastró bajo la cama mientras el arma disparaba de nuevo. Se quedó quieta como una estatua, esforzándose por no sollozar, encajonada en los estrechos confines de su escondrijo.

—La puta que me parió, menudo desastre —dijo una voz masculina.

—¿Qué pasa? —sonó otra en la sala de estar.

—Una bangbang tejana. —Los pasos se alejaron.

—No hacía falta que te la cepillaras también a ella.

—Es que se me echó encima, la muy zorra.

El corazón de Maria martilleaba tan fuerte en sus oídos que apenas si conseguía distinguir las voces. El sonido de la conversación se redujo mientras los desconocidos deambulaban por el apartamento, conversando plácidamente en un subibaja de parloteo ininteligible.

Acababan de asesinar a dos personas, pero hablaban como si hubieran quedado para tomar un café. Asuntos de negocios. Oyó las carcajadas de uno. Puertas de armarios, abriéndose. Se reanudó la conversación.

Regresaron los pasos.



«Por favor no, por favor por favor por favor...»

—Qué bien viven estos hijoputas de Ibis —comentó el hombre.

—La empresa corre con todos los gastos.

Maria podía ver sus zapatos. Botas de cowboy negras, tan cerca que podría alargar la mano y tocarlas. Lustrosas y caras. Las botas se detuvieron. Maria dio un respingo cuando la pistola escupió una vez más.

¿Querría cerciorarse de que Sarah había muerto? ¿O estaría haciéndolo por diversión?

Maria se dio cuenta de que estaba llorando. Podía sentir las lágrimas que se escurrían por sus mejillas. Se le empañó la vista. Debajo de la cama, paralizada de miedo, se estremeció, pero de sus labios no escapó ni un sonido.

Lloró en silencio, quietecita como un ratón, rezando para que el hombre de las botas no se percatara de que había demasiadas prendas de vestir femeninas desperdigadas por la habitación, demasiados zapatos de tacón esparcidos sobre la alfombra.

Maria lloraba de terror y de dolor, sintiendo aún el cálido contacto de la mano de Sarah en la suya, cómo habían resbalado sus dedos entre los de Maria cuando esta se puso a cubierto de un salto.

Lloraba en silencio y sin esperanza, sabedora de que sus sueños eran reales. Fuera lo que fuese aquello que le susurraba al oído, ángel, demonio, santo o fantasma, había cometido una estupidez al desoír las advertencias de sus pesadillas, y ahora era demasiado tarde para hacer nada salvo implorar salvación y perdón.

En la habitación de al lado continuaban los golpetazos y el arrastrar de muebles.

—Aquí no hay nada —dijo uno de los hombres—. Mira en el dormitorio.

«Por favor no por favor por favor por favor.»

El guardia caminaba al mismo ritmo que Lucy, asegurándose de que se fuera realmente.

Había sido testigo de expulsiones en el pasado, pero nunca desde el punto de vista de la persona expulsada.

Estaba sentada en la cafetería Saguario, en el extremo más alejado de la plaza, reunida con un ingeniero chino especializado en biodiseño. El hombre le había contado que el estanque junto al que se encontraban en realidad formaba parte de la estructura general del tratamiento de las aguas, que cada una de las algas y los peces se habían diseñado y seleccionado meticulosamente para ejecutar una serie de labores de depuración específicas.

En medio de la conversación, Lucy había visto cómo los vigilantes se llevaban a alguien. Se quedó mirando mientras tomaba un sorbito de café. Compadeciéndose de aquella persona, pero sin sentir realmente su desesperación.

Ahora era ella la que estaba siendo escoltada fuera de las instalaciones mientras los clientes de la cafetería fingían no ver lo que ocurría.

Un hombre exhaló de golpe a su espalda. El sonido fue tan exagerado que Lucy se dio la vuelta.

Medio esperaba encontrarse con que habían apuñalado a alguien, a juzgar por el ruido. Pero en vez de eso el hombre estaba inmóvil como una estatua, con la vista fija en las alturas. Resonaron más jadeos mientras cada vez más personas se incorporaban de golpe, boquiabiertas. Una oleada de asombro se propagó por toda la plaza de la Taiyang. Sorpresa y alarma, y todas las miradas puestas en el cielo. No, en el cielo no...

En los monitores. Las gigantescas pantallas de televisión colgantes que se distribuían a lo largo y ancho del atrio.

Lucy siguió la dirección de todas aquellas miradas.

—Pero ¿qué...?

El vigilante quiso propinarle un empujón, invitándola a reanudar la marcha, pero Lucy se lo sacudió de encima.

—Espera.

El hombre hizo ademán de ir a tocarla de nuevo, pero también él se detuvo y, así de fácil, dejaron de ser guardia de seguridad e intrusa para convertirse en dos personas viendo la tele. Dos desconocidos, juntos, hermanados de golpe y porrazo merced a un imprevisto giro de los acontecimientos.

En los televisores parpadeaban las imágenes de un lago, plácido e inmenso. Un dique. Identificado por el texto que podía leerse bajo la sucesión de distintas escenas.

«Reserva de Blue Mesa. Gunnison, Colorado.»

Una joya de color azur engarzada en una cadena de colinas de arcilla dorada, precipicios escarpados y conjuntos de artemisa.

En un extremo ahusado del lago, una muralla de peñascos taponaba un profundo cañón escarpado, conteniendo las aguas azules del otro lado.

Solo que la cara rocosa del dique estaba supurando agua. Tres cascadas distintas. Los borboteantes surtidores parecían estar ensanchándose.

Lucy distinguió personas que se apresuraban a bajar de la presa, a la carrera, hormiguitas diminutas en comparación con las brechas que se habían abierto. Un coche circulaba a gran velocidad por la autopista que se extendía en lo alto del dique.

Había equipos de técnicos colgados de cuerdas de rappel, oscilando en suspensión contra la cara del dique, intentando averiguar qué se suponía que...

La presa empezó a ceder.

La mano del guardia cayó del brazo de Lucy. Alguien lanzó un grito a su espalda, horrorizado. El dique escupía cada vez más agua. De su fachada se desprendían monolíticos pedazos de material que se precipitaban al vacío. El agua se abría paso a empujones a través de las brechas, a borbotones. Cada vez más cantidad, cada vez más deprisa. Las personas eran motas que jaspeaban los límites de la estructura, huyendo despavoridas. La escala era tan inmensa que desafiaba la comprensión, la gente se veía insignificante junto a los surtidores que, a presión, escapaban del dique.

Una de las secciones superiores de la presa se desmoronó. Con ella cayó una mezcladora de cemento, rodando hasta detenerse, encajonada en los estrechos confines del cañón. Un juguete zarandeado por las aguas, cuyo caudal en aumento terminó por sacarlo a flote y arrastrarlo con sus remolinos.

Alguien activó el sonido de los monitores. La voz de un presentador, sin aliento, inundó el atrio, enumerando la larga lista de ciudades vulnerables a la crecida del agua:

«¡Se ignora hasta dónde podría llegar! La Oficina de Reclamaciones espera que caigan también las reservas de Morrow Point y Crystal. El Cuerpo de Ingenieros del Ejército recomienda la alerta de evacuación para las localidades de Hotchkiss, Delta, Grand Junction, Moab... La zona afectada se podría extender hasta Glen Canyon.»

El presentador desgranó unos cuantos nombres más mientras las cámaras se trasladaban de la presa dañada al angosto interior del cañón, invadido por un aluvión de encrespadas aguas fangosas. Peñascos tan grandes como casas flotaban en el tumulto, oscilantes. Los presentadores estaban calificándolo de acción terrorista, pero se corrigieron y dijeron que podría deberse a un error en la construcción. La presa llevaba en pie casi cien años, y ahora se estaba muriendo. Los surtidores de agua embarrada no dejaban de ensancharse.

Se desplomó una porción de la pared del cañón, socavada por las aguas torrenciales. Un gigantesco pedazo de granito resquebrajado se separó del dique girando sobre sí mismo, llevándose un puñado de observadores con él. Las personas-hormigas se alejaron del borde en desbandada. El presentador se desgañitaba: «¡Hay gente ahí arriba!», como si no saltara a la vista, pero él se obstinaba en repetirlo una y otra vez, sin aliento, aterrado. «¡Hay gente ahí arriba!»

«La Oficina de Reclamaciones nos informa de que el dique se había evacuado recientemente y se consideraba seguro. El emplazamiento estructural y geológico era idóneo. Jamás en la historia se había desmoronado espontáneamente ninguna presa tras existir en condiciones estables durante tanto...»

«Entonces tiene que tratarse de un atentado», dijo alguien más.

Pero el presentador aún se resistía a utilizar esa palabra.

Lucy se preguntó si el hombre tendría alguna relación con California. Si lo habrían presionado para no arremeter contra ese estado, como habían hecho con ella. Si también a él le habrían dado a elegir entre la plata o el plomo.

El dique se derrumbó, arrollado por una avalancha de aguas embravecidas.

Se precipitaría por los cañones, cruzaría las líneas divisorias de los estados, inundaría ciudades, barrería cualquier rastro de actividad humana que hubiera en sus márgenes, y pese a todo el presentador se esforzaba por no articular lo que el mundo entero sabía que debía ser cierto: que California se había aburrido de negociar para obtener su parte del río y había decidido tomar cartas en el asunto. Quería su agua, y la quería ya.

En el atrio de la arcología todo el mundo se había puesto en pie y contemplaba las noticias sin parpadear. De repente, Lucy comprendió que aquella era la suya.

Solo tenía que actuar mientras todos los demás se quedaban paralizados.

Se separó del guardia de seguridad y empezó a deslizarse entre la muchedumbre, plácidamente y sin prisas, caminando mientras todo el mundo seguía mirando hacia arriba, hipnotizado.

Era casi como si ni siquiera existiese. Era un fantasma.

Sorteó los tornos de un salto y llegó a los ascensores. Entró en uno de ellos tras los pasos de un hombre con aspecto de no dar crédito a lo que veían sus ojos y dejó que lo activara con su tarjeta. Pulsó uno de los botones.

Mientras se cerraban las puertas, entrevió un último resquicio de todos aquellos pentas acaudalados, la casta privilegiada de la Taiyang, todos ellos hechizados por las noticias. Empequeñecidos por la magnitud del poder que acaba de desplegar California.

«Marchaos por favor por favor marchaos por favor.»

Pero los hombres, lejos de irse, seguían cuchicheando y gastándose bromas. Revolviendo los cajones, descolocando vasos y platos. Maria, paralizada bajo la cama, pugnaba por no emitir ni un sonido.

Se meaba. Cuanto más intentaba decirse que no necesitaba ir al baño, mayor era la presión acumulada. Toda el agua que con tanta avidez había ingerido regresaba ahora para traicionarla. No dejaba de rezar para que los hombres se fueran.

En vez de eso, seguían allí, discutiendo.

—Que no lo puedo abrir, gilipollas. Ya te lo he dicho.

—Es un lector de huellas digitales. Usa su puto dedo. —A continuación, más golpes y el sonido de lo que Maria dedujo que sería el cuerpo de Mike, arrastrado. Utilizado.

—Todavía está encriptado —dijo uno de ellos—. ¿Quieres que nos lo llevemos? ¿A ver si conseguimos descifrar la clave?

—Prueba con la fecha de su cumpleaños.

—Ya lo he hecho. Su cumpleaños. El nombre de su madre. Las cosas más fáciles, todas. Llevará tiempo encontrar la clave. Con suerte, podríamos intentar echarle un par de diccionarios, pero seguirá llevando su tiempo.

—No tenemos tiempo.

—Querrás decir que tú no lo tienes.

Sonó el teléfono del apartamento.

—¿Quieres que lo descuelgue?

—No, no quiero que lo descuelgues, pendejo. Lo que quiero es el código del puto ordenador.

El teléfono dejó de sonar, desactivado por uno de los asesinos, asumió Maria.

—El tiempo se agota.

—Pues mira a ver si dejó alguna lista de contraseñas apuntada en alguna parte.

Unos pasos se aproximaron al dormitorio de nuevo. Maria contuvo el aliento. Ahora estaban de caza. Mirarían debajo de la cama mientras buscaba lo que estuviesen buscando. Lo sabía. Ya podía ver las botas del hombre, agachado, sus manos, a escasos centímetros de su rostro. Maria reprimió el impulso de moverse, de alejarse a rastras.

Las manos recogieron los pantalones de Mike y hurgaron en los bolsillos.

«Por favor, Dios, no permitas que me capturen. Santa Muerte. María, madre de Dios, por favor por favor por favor.» Mientras sus labios pronunciaban aquel ruego, en silencio, no pudo evitar que su vejiga se aflojara mientras las manos registraban los pantalones y encontraban una cartera.

—A ver si hay algo aquí dentro.

Un charco de orina caliente comenzó a extenderse entre sus piernas. El sonido

que producía la alfombra al empaparse resonaba como un alarido en sus oídos. Continuaba orinando, a chorro. Intentó contenerse, sin éxito. El dolor que sentía en la vejiga era como un navajazo. Procuró mear en silencio, odiándose por ello, deseando terminar de una vez, pero su cuerpo se empeñaba en desafiarla, no dejaba de salir cada vez más, toda aquella agua, consumida sin pensar en las consecuencias. Y los hombres continuaban hablando, conversando animadamente, con absoluta despreocupación.

Oyó cómo se abría la puerta del frigorífico.

—¿Te apetece un zumo de naranja?

Comprendió que no iban a irse nunca. Aquellos dos demonios se sentían como en casa, rodeados de cadáveres.

Algo húmedo y frío cayó sobre su espalda desnuda. Una gota. Otra.

«Pero ¿qué es...?»

Otra gota.

«Dios mío.»

La sangre de Sarah, saturando el colchón. Derramándose sobre su espalda, glacial. Combatió el impulso de salir a gatas de debajo de la cama, de escapar de la sangre muerta de Sarah, mientras los pasos regresaban al dormitorio.

El armario se abrió con estruendo. Desde donde se hallaba tumbada, Maria no alcanzaba a verles los pies, pero podía oírlos deambulando por la habitación, registrándolo todo. Dando vueltas. Iban a descubrirla. Solo era cuestión de tiempo que se les ocurriera mirar bajo la cama.

—El muy cabrón sabía darse un capricho, ¿eh?

—Mala suerte, la pobre puta.

—Bonita, eso sí.

—¿Qué, te la vas a tirar ahora?

—No necesito cargarme a ninguna tía para meterme en sus bragas. Ese eres tú, puto psicópata.

Su interlocutor se carcajeó.

—No digas que no te gusta si no lo has probado. Las muertas luego no van por ahí lamentándose porque ya no las llamas.

«Marchaos ya, que os marchéis», imploró para sus adentros Maria.

—¿Sabes?, esto sería un huevo de fácil si no te lo hubieras cargado.

—¿Qué quieres que te diga? El hijoputa tenía genio. Pocos se me habían echado encima de la pistola de esa manera.

Los dos estaban revolviendo el armario.

—Todavía quería hacerle unas cuantas preguntas —protestó el primero.

—Tienes su ordenador, su tableta y su móvil. Seguro que te las apañas.

—Si doy con la clave.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

Los dos hombres enmudecieron de golpe.

Maria contuvo el aliento con ellos.

Otro golpe.

Los hombres salieron del dormitorio sin hacer ruido, súbitamente sigilosos sus pasos.

«La poli», pensó Maria, aliviada. Habrían oído algo.

Iban a rescatarla. Iba a escapar. Se refugiaría con Toomie. Desaparecería. El orgullo le había impedido confiar en él antes, pero ahora sabía que estaría dispuesta a hacer lo que fuera con tal de cobijarse bajo su ala. Toomie era una persona decente. Se confundiría con las sombras de la zona oscura de la ciudad. Nada iba a devolverle a Sarah, pero Maria aún podía ponerse a salvo. Seduciría a Toomie. Le daría lo que quisiera. Le obligaría a poseerla. Le obligaría a quererla. Le obligaría a ser feliz junto a ella. Daba igual que el sentimiento no fuese correspondido. Lo importante era que él la quisiera.

«Lo que sea. Haré cualquier cosa. Por favor, Dios. Ayúdame. Santa Muerte. Ayúdame. Rezaré todos los rosarios del mundo. Haré lo sea.»

Llamaron otra vez a la puerta.

—Vaya, hay que joderse —se rio uno de ellos.

Maria oyó que la puerta se abría.

—Michael... —empezó a decir una mujer, pero su voz se truncó con un golpetazo y un chillido de dolor.

La puerta se cerró de golpe. A continuación, gruñidos y golpes amortiguados, sordos, lejanos y colmados de horror.

La mujer se desgañitaba pidiendo ayuda, pero Maria sabía que no le serviría de nada. Se rompió algo de cristal... la mesa de centro, quizá. Uno de los hombres gritó de dolor y empezó a vociferar a su vez.

—¡Agárrala! ¡QUE LA AGARRES!

Más golpes.

La mujer dejó de gritar.

Durante unos instantes interminables, no se oyó nada más procedente de la sala de estar.

Al cabo, uno de los hombres dijo:

—Me cago en la puta. Tenemos que largarnos de aquí. —Su voz sonaba entrecortada y exhausta.

—¿Y qué hacemos con ella?

—¿Después del jaleo de tres pares de cojones que has montado, quieres decir?

—Conseguir que alguien se desplome sin hacer ruido no es tan fácil como parece. ¿Quieres que la liquide? ¿La dejo en un montón con la bangbang?

—¡No, coño! Quiero que me cuente qué sabe. Ya tengo un cadáver al que no voy a poder sonsacar ninguna información práctica. Cógela. Yo llevo el ordenador.

Otro gruñido. Otro trompazo.

—¡Cuidado con la cabeza!

—Vale. —Risas—. Lo que tú digas. Los muertos pesan un huevo.

—Más te vale que no se haya muerto, pendejo.

La puerta se abrió y se cerró. El apartamento se quedó en silencio.

Maria permaneció inmóvil, resistiéndose a creer que realmente se hubieran marchado. Transcurrieron varios minutos. Por fin, agarrotada, se arrastró hasta salir de debajo de la cama. Le escocía la espalda. Se la había desgarrado hasta dejársela en carne viva al embutirse en su escondrijo. Intentó incorporarse. Le picaba toda la piel, irritada por la orina.

Sarah yacía en la cama, entre las sábanas empapadas de sangre. Maria contempló fijamente su cuerpo inerte. También ella debería estar muerta. Tan muerta como Sarah. Le sobrevino un mareo. Se sentó en el suelo mientras combatía la negrura que se cernía sobre la periferia de su visión, pugnando por respirar, por sobreponerse al pánico. Había mantenido la calma durante toda la crisis, pero ahora descubrió que ni siquiera era capaz de ponerse de pie. Dejó caer la cabeza entre las rodillas. Se obligó a acompasar la respiración. La oscuridad se replegó.

Fuera, en la sala de estar, la espectacular vista todavía seguía en su sitio. Los vasos de agua de los que Mike y ella habían bebido aún estaban en la encimera. La fuente en la que él había batido los huevos se había hecho añicos contra el suelo de la cocina, reflejos diamantinos a la luz del sol, poniendo de relieve la sangre que manchaba las baldosas.

Al acercarse, vio que Mike había recibido un disparo en la cara. Le faltaban la nariz y un ojo, y donde debería estar la parte posterior de su cabeza ahora solo había un boquete inmenso. Salpicaban la alfombra blanca fragmentos de cabello, cráneo y cerebro, como esquirlas de arcilla. Un brochazo de sangre se extendía por las baldosas y la alfombra, señalando el lugar por donde lo habían arrastrado.

Le faltaba un dedo.

Aquella fue la gota que colmó el vaso.

Maria se dirigió corriendo al cuarto de baño, conteniendo a duras penas las arcadas.

Aquella mano la había tocado. La mano de un cadáver, mutilada ahora, se había deslizado por su piel.

Vomitó. Una mezcla acuosa de bilis y terror escapó a borbotones de ella. Vomitó sin dejar de temblar y llorar, convulsionándose su estómago, retorciéndose sus entrañas hasta que ya no quedó nada, desgajados de su ser el miedo y el dolor que sentía. Purgados, hasta el último vestigio de ellos.

«Raspados», pensó débilmente.

Apoyó la frente en la fría porcelana del váter.

«Corre. Lárgate. Vete con Toomie.»

«No. Sé lista.»

Maria se obligó a meterse en la ducha. Se lavó meticulosamente, restregándose para eliminar toda la sangre, el orín, el sudor y el terror, obligándose a no pensar en



los cadáveres que yacían al otro lado de la puerta del baño.

De nuevo en el dormitorio, evitó mirar a Sarah mientras buscaba el vestido y se lo ponía, aborreciendo ahora el tacto contra su piel, la indefensión que le hacía sentir aquella tela tan ceñida. Encontró los zapatos, aquellas cositas tan ridículas de tacón alto que, según Sarah, a Mike le gustaría que se pusiera.

«Sé lista.»

Maria registró el bolso de Sarah. En su interior encontró un par de píldoras del día después, otra ampolla de pompas y un par de sellos impregnados de algo que, al menos que ella supiera, no habían llegado a probar. Además de veinte dólares y una moneda de cinco yuanes.

Maria rememoró el modo en que la había estrechado Sarah entre sus brazos mientras se besaban.

«Nos va a pagar, va a pagar...»

Dinero.

Maria acudió a la sala de estar y registró la cartera de Mike, tirada en el suelo. Solo tarjetas, nada de efectivo. Por otra parte, quizá no hubiera querido llevárselo al club. O a lo mejor se lo habían llevado sus asesinos. Sarah le había asegurado que siempre cobraba por adelantado. Pero Mike era un cliente habitual. Quizá Sarah se fiase de él y le permitiera pagar al final.

Maria paseó la mirada por la sala de estar, intentando dilucidar dónde podría guardar el dinero para sus chicas un cali forrado de pasta como Mike. Se armó de valor y volvió a entrar en el dormitorio, evitando mirar a Sarah. Registró los cajones de Mike, revolvió calcetines y calzoncillos, pantalones, camisas impresas con el logotipo estilizado de un ave y las palabras «Ibis Exploratory»... Ni rastro de efectivo. Miró en el armario y buscó en los bolsillos de los trajes de Mike, se puso de rodillas para examinar sus zapatos uno por uno...

Oyó un sonido procedente de la sala de estar. Una mezcla de tintineos y arañazos. Se quedó petrificada, escuchando. Nada. Salió a la sala de estar. Sigilosa, esforzándose por dilucidar qué era lo que había oído. Seguramente nada. Pero, así y todo, ya se había entretenido demasiado en el apartamento. Tenía la inquietante impresión de que el tiempo apremiaba. Habrían sido imaginaciones suyas. Había llegado el momento de irse. Camino de la puerta atisbó el libro que había dejado en la encimera. *Cadillac Desert*. Mike le había dicho que podía venderlo. A la gente le gustaban los libros antiguos. No habría encontrado efectivo, pero al menos...

Otra vez los mismos arañazos de antes.

Se trataba de la puerta principal, comprendió. Había alguien al otro lado, manipulando la cerradura. Alguien cauto. Discreto. Maria tragó saliva con dificultad. Sintió deseos de salir corriendo, pero estaba paralizada, con la mirada fija en la puerta mientras continuaban los forcejeos.

«Han vuelto», pensó. «Han vuelto. Han...»

La manija giró. Maria corrió a la cocina.

—¡Eh, tú! —gritó uno de los hombres.

Maria agarró un cuchillo, pero los asesinos eran rápidos. Uno de ellos la embistió por la espalda, le inmovilizó la mano y la descargó contra la encimera. Una vez. Dos. El cuchillo se alejó deslizándose. Alguien estaba gritando. Maria comprendió que los alaridos provenían de su garganta. Se abalanzó sobre otro cuchillo, pero el hombre la levantó en vilo, dejándola con las piernas pedaleando en el aire.

Maria levantó las piernas y se impulsó hacia delante, desequilibrándolos a ambos, arrojándose al suelo junto con su captor.

Las baldosas ascendieron volando a su encuentro.

Apenas si le dio tiempo a notar una punzada de dolor cuando su cabeza impactó contra ellas.

Lucy se despertó con una bolsa por encima de la cabeza y las manos de alguien explorando su cuerpo.

—Tengo el teléfono —dijo el que estaba cacheándola.

—Saca la batería —replicó una segunda voz.

—¿Quieres que me deshaga de él?

—No. Me gustaría revisar sus contactos, pero no antes de llegar a un sitio blindado. Lo que menos necesitamos es que nos sigan la pista.

Se encontraba en el interior de un vehículo, en marcha. Notaba las vibraciones. Una cintilla le sujetaba las manos inmóviles a la espalda. Estaba encajonada en un espacio atestado, tendida encima del asiento más incómodo del mundo.

¿Una camioneta? La parte trasera de un taxi ampliado, supuso, encerrada con un tío que olía a cartuchos de marihuana y sudor. Este terminó de registrarla, le pellizcó una teta, con fuerza, y se echó a reír ante el respingo que pegó Lucy.

—Limpia —anunció el desconocido.

Lucy intentó sentarse, pero el hombre se lo impidió de un empujón.

—Ah, no, de eso nada. Las ventanas tintadas tienen un límite, guapa.

—Como si a alguien le importara una mierda —dijo el otro. El conductor, a juzgar por el lugar del que provenía su voz—. Se pensarán que estamos secuestrando a una de Texas.

—Nunca se sabe. Últimamente los de Texas se están poniendo intratables. Ahora les ha dado por formar bandas y la hostia, los muy cabrones. A lo mejor así se creen que tienen más güevos o algo. —Le dio unos golpes en la sien a Lucy, una serie de toquitos secos con los nudillos—. Los hijoputas no saben cuál es su sitio.

—No soy de Texas —dijo Lucy.

Sus palabras le reportaron otro coscorrón.

—Como si me importara una mierda.

Entre el calor y el aire enrarecido de la bolsa, Lucy se sentía como si estuviera ahogándose. Su cuerpo le pedía a gritos hiperventilar y sucumbir al pánico.

«Tranquilízate. Respira. No vas a asfixiarte.»

—Así que el viejo Ratan y tú os traíais algo entre manos, ¿no?

Ese era el conductor, pensó Lucy. Su voz sonaba más lejana que la del otro. Proyectada en otra dirección. Intentó recordar el rostro de los hombres que habían abierto la puerta y se habían abalanzado sobre ella. Uno de ellos le resultaba conocido. ¿Sería porque habían estado espiándola? ¿Siguiéndola? Le habían parecido muy familiares. La impresión al reconocerlos... Se acordó de la camioneta roja que había pasado en más de una ocasión por delante de su casa. ¿Habrían sido ellos?

El individuo que estaba sentado a su lado le pegó otro pellizco.

—Te han hecho una pregunta.

—No conozco a Ratan —dijo Lucy.

—¿Entonces qué hacías allí, de visita? Como si en la Taiyang dejasen entrar a cualquiera.

—Podría preguntaros lo mismo.

Unas manos se cerraron sobre su garganta, atirantando la bolsa que le cubría la cabeza. Lucy pugnó por llenarse los pulmones de aire.

—Nos llevaremos mucho mejor si nos dejas las preguntas a nosotros y tú te quedas con las respuestas.

«No voy a salir viva de esta», comprendió de repente. «He visto sus caras.»

Rememoró la escena del apartamento: Ratan, tumbado en el suelo; los dibujos geométricos de su alfombra navajo empapada de sangre. Ese era el destino que la aguardaba.

El hombre la soltó tan deprisa como la había agarrado. «Me está bien empleado, por no escuchar a Anna», pensó Lucy mientras tosía y absorbía una bocanada entrecortada de aire tras otra.

La camioneta trazó una curva y empezó a acelerar. Estaban incorporándose a una autopista, pensó.

—¿Qué queréis? —preguntó cuando hubo recuperado el aliento—. Decidme qué es lo que queréis y os ayudaré en todo lo que pueda.

—¿De qué conocías a Ratan?

—Ya os lo he dicho, no lo conocía de nada. No lo conozco. Me pareció que podría estar relacionado con un amigo mío.

—¿De quién estamos hablando?

Lucy titubeó.

—Jamie... James Sanderson.

El conductor se echó a reír.

—Conque Jamie... James Sanderson. El abogado del agua sobre el que tanto te gusta escribir.

—¿Conocéis mi trabajo?

Otra carcajada.

—¿Nos tomas el pelo? ¿Lucy Monroe? Pero si eres famosa, bonita. Venga a acaparar titulares, echándoles todo tipo de mierda encima a tus difuntos amigos. — Una pausa—. El bueno de James Sanderson acabó pero que bien jodido, ¿eh?

Lucy rememoró las palabras de Christine, mientras señalaba las heridas de Jamie: «La adrenalina sugiere que lo reanimaron... Traumatismo rectal... Solo las manos y los pies le fueron amputados en vida... Lo demás se lo arrancaron cuando ya estaba muerto».

El conductor seguía hablando.

—La confianza en sí mismo que tenía ese chico era para quitarse el sombrero, ¿eh? Mira que pensar que nos iba a poder tocar los cojones. Manipularnos como si fuéramos tan imbéciles como la gente de Agua de Phoenix.

—No.

Pero sí, era cierto. Jamie rebosaba confianza en sí mismo. Todavía podía verlo sentado en su apartamento, borracho y regodeándose. Planeando su gran golpe.

—Lo mejor de todo —le había dicho— no es ni siquiera que me vaya a salir el dinero por las orejas. Lo que más me gusta es la cantidad de gente a la que voy a dar por el culo. Se la pienso meter doblada a Zeno, de contratos, y a Mira, de litigaciones. A Norris, con sus cutres aspiraciones para que el Verde volviera a fluir. A Márquez, que me destinó al quinto coño para escarbar entre documentos de reservas y esquivar viudas negras. Cuando haya terminado de petarles el ano, no van a poder ni sentarse.

—Me alegra comprobar que sigues siendo tan encantador como siempre.

—Pues tú ríete, pero ¿sabes a quién me muero de ganas de reventarle el culo? A Catherine Case. Antes de irme pienso follarme a la loba feroz de Las Vegas hasta dejarla con los dientes temblando. —Se carcajeó—. Los zonales deberían darme las gracias por eso, al menos.

Sus palabras habían despertado en Lucy una alarma creciente.

—Creía que estabas en negociaciones con California.

Jamie le lanzó una miradita de reojo, taimada.

—¿Qué haces con Vegas, Jamie?

—¿Quién, *moi*? Nada, saldar unas cuantas deudas, eso es todo.

Qué seguro había estado de conocer todas las reglas del juego y ser capaz de manipular a todos los jugadores.

—¿Trabajáis para Las Vegas? —les preguntó Lucy a sus secuestradores—. ¿Se trata de eso? ¿Os paga Catherine Case?

Recibió otro golpe en la cabeza.

—Que las preguntas no las haces tú, ya lo sabes.

—Solo...

La silenció un nuevo impacto, más violento que antes.

Maria abrió los ojos en el infierno, ante la imagen de un hombre que estaba siendo pasto de las llamas.

Emanaba de él una humareda satánica, envuelto como estaba en lenguas de fuego infernal semejantes a las de los cuadros que acostumbraba a pintar su madre, cuando aún practicaba sus aficiones artísticas.

El diablo llameante se cernió sobre ella, voraz, como si se dispusiera a arrancarle el corazón y alimentarse con él.

«He muerto», comprendió Maria. «He muerto y he ido al infierno por abandonar a Sarah.»

Entonces el diablo pronunció las siguientes palabras:

—Toma, bebe un poco de agua.

La visión se desvaneció, reemplazada por un hombre de aspecto sobrecogedor, cubierto de cicatrices bajo su chaqueta antibalas. El sol resplandecía cegador a su espalda, envolviéndolo en un halo de luz roja, fulgurando sobre Phoenix, teñido de ámbar mientras atravesaba los filtros automáticos de las ventanas panorámicas del apartamento.

Maria contuvo una arcada.

—Con calma, bonita —dijo el hombre—. Te has pegado un buen trompazo.

Maria se tanteó la frente. Un huevo blando y enorme palpitaba encima de su ojo derecho. El hombre de la cicatriz se inclinó sobre ella. Volvió a apartarse, con las manos en alto, al ver que Maria daba un respingo.

—No te voy a hacer daño, ¿de acuerdo? —Lo repitió en español—: ¿Me entiendes? ¿Hablas español? ¿Inglés? ¿Me estás entendiendo? ¿Comprendes?

—Con el inglés me vale.

—Bueno. De acuerdo. Deja que te eche un vistazo a los ojos.

Titubeante, Maria se sometió a su inspección. Pese a su aterradora apariencia, el hombre se conducía con delicadeza. Sus manos, grandes y ásperas, le sujetaron el mentón. Sus dedos trazaron el contorno de la magulladura y se deslizaron por su cabello, presionando con suavidad contra su cráneo. Se asomó a sus ojos.

Maria no podía apartar la vista de la cicatriz del hombre, que se descolgaba de su quijada para discurrir por todo su cuello hasta desaparecer bajo la chaqueta antibalas. Un surco irregular, oscuro y fruncido, sobre el telón de fondo de su piel atezada.

El hombre le soltó la cabeza y se echó atrás.

—Tienes una conmoción cerebral. Tómalo con calma. No te dediques a corretear por ahí. Te convendría dormir un rato. —A Maria ya se le estaban cerrando los ojos, pero el hombre le dio un golpecito—. Pero ahora no. No te puedes dormir ahora. Todavía no. Antes deberíamos asegurarnos de que te vas a despertar otra vez. Te diste un buen golpe al caer.

—Al intentar escapar de ti, querrás decir —lo acusó Maria.

El hombre de la cicatriz esbozó una sonrisa carente de remordimientos.

—No podía permitir que me rajaras, ¿no crees? Por mucho que las mujeres sean mi debilidad, no me gusta que vayan por ahí lanzándome puñaladas. —Se rio por lo bajo y se acarició el cuello marcado—. Se pasa mal, ¿sabes?

Maria lo observó con expresión seria.

—Te habría rajado, sí. Te lo aseguro.

—¿Por lo que les pasó a tus amigos? ¿Creías que estabas a punto de correr la misma suerte?

Maria echó un vistazo de reojo a Mike, tendido a su lado, con los sesos desparramados por toda la alfombra y un charco de sangre a su alrededor. Tragó saliva con dificultad. Asintió con la cabeza.

—¿Estabas presente cuando los asesinaron?

—Me había escondido debajo de la cama.

El hombre de la cicatriz se quedó callado ante eso, aparentemente conmocionado. Maria continuó:

—Dejé que le pegaran un tiro mientras yo me escondía. Dejé que le dispararan.

El hombre asintió con la cabeza, procesando la información.

—Tuviste suerte.

—¿Seguro? —Maria aún podía sentir la mano de Sarah, escurriéndose entre sus dedos—. ¿Eso es tener suerte? ¿Que disparen a tu... a tu mejor amiga sin que se les ocurra mirar a ver si había otra chica con ella?

—Pues sí. —La expresión del hombre era solemne—. Una suerte de la hostia. Cuando la Flaca llama a tu puerta y se vuelve con las manos vacías, eso es tener suerte.

Por el modo en que lo dijo, parecía un verdadero creyente. Como un Merry Perry en su tienda para la oración, concedor de Dios y de la verdad de un modo que la gente de fuera no podría experimentar jamás.

El hombre de la cicatriz pareció ablandarse por un segundo, pero a continuación preguntó:

—¿Viste quién lo hizo? —Y aquella impresión se desvaneció. No era más que otro monstruo sobrecogedor, como todos los demás, agazapado junto a ella en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Maria apartó la mirada.

—Solo pude verles los pies. Estaba escondida bajo la cama.

—¿Había también una mujer? Con el pelo corto, castaño. Anglo. De unos treinta y pico o así. ¿No vino para hablar con ellos? ¿O con ese de ahí, con tu hombre?

—No era mi hombre.

—No estoy juzgando a nadie.

Maria sacudió la cabeza.

—Se la llevaron.

—¿Había una mujer, entonces?

—Sí. —Maria meneó la cabeza de nuevo—. La golpearon. Estaban buscando algo en el ordenador de Mike.

—¿Lo encontraron?

Maria hizo memoria antes de contestar.

—Me parece que no. Necesitaban una contraseña.

El hombre puso cara de contrariedad mientras paseaba la mirada por el apartamento. Se levantó y recogió un bolso de mujer. Extrajo algo con la punta de los dedos y se lo guardó en el bolsillo. Pilló a Maria observándolo.

—Estaba siguiendo a esa mujer —le explicó—. Había colocado un localizador en su bolso y en su camioneta. —Exhaló un suspiro—. No se me ocurrió que pudiera meterse de cabeza en una trampa.

El hombre se acercó a Mike y se quedó mirándolo, despatarrado como estaba, con el albornoz entreabierto.

—Ibis —dijo, sujetando una tarjeta profesional para leer el nombre que constaba en ella—. Un cadáver de Ibis. —Volvió a observar a Mike—. ¿Y qué se traía Ibis entre manos, Michael Ratan?

—Buscaba agua —replicó espontáneamente Maria.

—¿Te lo contó él?

A oídos de Maria, la pregunta sonó como si el hombre de la cicatriz pretendiera burlarse de ella, lo cual no le hizo ni pizca de gracia.

—Me dijo que perforan y realizan fracturas hidráulicas en busca de agua, intentando descubrir nuevos acuíferos. —Lo fulminó con la mirada y añadió—: Y también que no lo iban a conseguir.

El hombre de la cicatriz soltó una risita siniestra.

—Bueno, al menos en eso llevaba razón. —Se guardó la cartera de Mike y volvió a registrar el apartamento con la mirada—. ¿Tienes alguien que vele por ti? —le preguntó a Maria—. ¿Algún sitio donde descansar sin temor a que te abran la cabeza? ¿Alguien que pueda vigilarte y cerciorarse de que despiertes?

—¿Y eso a ti qué te importa?

El hombre puso cara de sorpresa, primero, y a continuación adoptó una expresión pensativa.

—Pues también es verdad. Me trae sin cuidado.

Echó un último vistazo rápido por todo el apartamento y salió por la puerta, dejando a Maria a solas con toda la sangre.



Angel no tenía ningún motivo para preocuparse por la bangbang, pero sí todos los del mundo para largarse de allí cagando leches.

Ignoraba qué había ocurrido exactamente dentro de aquel apartamento, pero le ponía la carne de gallina. No por los cadáveres, ni por la sangre; había visto ya más que de sobra. Sino porque allí adonde iba, siempre llegaba después que los asesinos que se había cargado a las personas que podrían haberle proporcionado alguna respuesta.

«En Phoenix no llueve nunca, salvo cuando llueven cadáveres.»

Y la lluvia de cadáveres comenzaba a adquirir ya tintes de diluvio. Putas de Texas, ejecutivos de Ibis, espías de Las Vegas, abogados del agua de Phoenix y periodistas tercas como mulas. Le recordaba al ambiente que se respiraba en México antes de que los Estados de los Cárteles se hicieran con el control por completo. La gente moría delante de los restaurantes y los concesionarios de coches, colgaba de los pasos elevados, y muchos, igual que la correveidile, desaparecían sin que nunca más volviera a saberse nada de ellos.

«Tendría que haberla seguido más de cerca.»

Cuanto más lo pensaba Angel, menos encajaban las piezas del puzle. Cualesquiera que fuesen los derechos que James Sanderson estaba vendiendo, eran un secreto muy bien guardado; de ninguna manera conseguiría Angel desenterrarlos como no encontrase otra pista.

El pasillo de la residencia lo llevó a una galería con vistas a uno de los múltiples atrios de la Taiyang.

El diseño de la Arcología Taiyang era muy parecido al de las instalaciones Cypress de Catherine Case, con profundos túneles que se adentraban en el frescor del subsuelo para purificar el aire y numerosos atrios frondosos que, además de procesar el agua, permitían el acceso de la claridad natural a las residencias del complejo.

Llegó a un parque elevado y tomó una senda que descendía lánguidamente en espiral a través de los distintos niveles. Vegetación y humedad, la fragancia de los cítricos... La sensación le resultaba tan familiar que sospechó que la Taiyang debía de haber contratado a los mismos estudios de biotectura que Vegas.

Resultaba casi desorientador saber que estaba en Phoenix, gozando del mismo frescor agradable del que disfrutaba en su apartamento de Cypress, mientras al otro lado de los cristales polarizados el desierto de Sonora se cocía a cincuenta grados centígrados.

Angel estaba tan distraído que a punto estuvo de no detectar a los calis.

Fue una simple mirada al azar, fruto de su tradicional paranoia, lo que lo llevó a fijarse en la pareja de caballeros, acicalados y trajeados, que en esos momentos rodeaban los profundos estanques diez pisos más abajo.

Podrían haber pasado por hombres de negocios, de visita aquí para firmar algún

acuerdo con los inversores de Shangai, si no fuese porque uno de ellos era el mismo tío del que se había desembarazado en la morgue.

El mismito cabrón.

Angel se apartó de la barandilla y examinó el atrio, comprobando las pistas de footing que atravesaban los niveles ajardinados y zigzagueaban entre las terrazas descubiertas de los restaurantes y las cafeterías. Oteó los balcones de las residencias que se extendían sobre su cabeza y a sus pies.

«Ahí», se dijo.

Otros dos calis se habían estacionado en una pasarela que salía de la torre residencial en dirección al distrito de compras y negocios de la Taiyang. Se esforzaban por no parecer una pareja de centinelas, pero saltaba a la vista que estaban de cacería, utilizando sus gafas con visor de datos para escanear a las personas que se cruzaban con ellos. Angel se preguntó si serían unas facciones que encajaran con su retrato robot lo que buscaban.

Descubrió a otro cali vestido con mallas de footing, haciendo estiramientos en un banco del parque.

«Son como las putas cucarachas.»

Y otro más, tomándose un café con leche a sorbitos en una terraza. Angel no se habría fijado en él en absoluto de no ser porque las pantallas de televisión que había junto al local estaban emitiendo la destrucción de un dique en Colorado y el cali era el único que no les hacía ni caso. Todos los demás estaban como hipnotizados con las imágenes, pero él se había sentado de espaldas a los monitores para poder controlar los jardines.

Angel volvió sobre sus pasos, preguntándose cuántas salidas estarían siendo vigiladas y si no acabaría de haberse metido en una trampa.

«Bonito embrollo, joder.»

Desanduvo el camino y recorrió de nuevo el mismo pasillo, buscando algún cartel que le indicara dónde estaba la salida de emergencia más próxima, temiéndose que lo hubieran acorralado.

Vio a la prostituta algo más adelante, saliendo del apartamento del cali.

—Aguanta esa puerta. —Angel se coló como una exhalación, arrastrándola con él.

—Pero ¿qué...?

—Unos tipos muy malos merodean por los alrededores, y tú me vas a ayudar a esquivarlos.

Recorrió el apartamento con la mirada mientras se quitaba la chaqueta antibalas. Llamaba demasiado la atención. Necesitaba algo de corte más conservador. Algo que no desentonara con...

—¿Y si me niego? —se encrespó la muchacha.

—Acabará mil veces más jodida que el fiambre de tu amiguita. Esa gente no se anda con remilgos.

Angel se sintió fatal al ver cómo la muchacha ponía los ojos como platos, aterrorizada. No le costaba nada ponerse en su lugar. Un individuo amenazador, cubierto de cicatrices y armado, la zarandeaba y amenazaba con morir torturada como no obedeciera. Hacía que se sintiera como un miserable. El polo opuesto de Tau Ox, siempre tan heroico.

«Eso es porque aquí tú no eres el héroe, pendejo. Sino el diablo.»

Y ahora el diablo necesitaba salvar el pellejo.

Se dirigió al armario de Michael Ratan y agarró una chaqueta de vestir. Le quedaba grande. Ratan estaba un poquito rechoncho. Gajes de disfrutar de la paga extra que asignaba California a sus expatriados. Angel se alisó la chaqueta. Debería bastar.

—¿Quién viene? —preguntó la muchacha.

—Calis. Y quiero que me digas si los reconoces.

—¿Es que voy a verlos? —El terror que sentía le atipló la voz.

Sombreros. A Ratan le gustaban los westerns, estaba claro. Angel cogió un sombrero de cowboy y se lo puso. Tampoco le quedaba tan mal. Eligió un cinturón con una hebilla de plata y turquesa tan grande que prácticamente apestaba a dinero. Sí, qué cojones. Adjudicado.

—¿Lista? —preguntó Angel mientras recogía el bolso de Lucy de la encimera. Guardó dentro la chaqueta antibalas, deseando poder llevarla puesta. No le apetecía recibir ningún tiro sin ella.

«Como se produzca un tiroteo, de todas formas, ya puedo darme por muerto.»

Los chinos cerrarían la arcológia a cal y canto y le echarían encima hasta la última medida de seguridad que tuvieran.

La muchacha abrazaba contra su cuerpo un bolso pequeño y un...

A Angel se le escapó la risa.

—¿Vas a llevarte un libro?

—Sé leer, ¿vale?

Angel se lo arrebató de las manos. *Cadillac Desert*.

—Hay que joderse.

—Me lo regaló él —protestó la muchacha, a la defensiva.

—Seguro que sí.

—¡De verdad!

—Me da igual. —Angel lo metió en el bolso de Lucy y se lo tendió a la muchacha—. Llévalo tú. Quedaría raro si me vieran con él.

Podía sentir que se les agotaba el tiempo. Los calis llamarían a la puerta de un momento a otro. No había otra explicación. Seis calis merodeando por la Taiyang a la vez eran demasiados para tratarse de una coincidencia. Se dirigían allí. La muchacha terminó de embutir sus cosas en el bolso de Lucy, distendido al máximo.

—Vale, ya está —anunció.

Angel estudió su apariencia. Con su ceñido vestido de fiesta, encajaría bien. Y a

su lado, él pasaría inadvertido. Otro narco ricachón con botas de vaquero y una fulana de Texas colgada del brazo. Podría funcionar. Lástima de chichón, sin embargo. O quizá eso no hiciera sino dotarla aún de mayor credibilidad, reflexionó Angel con amargura.

—En menudo mundo de mierda te ha tocado vivir, guapa.

—¿Qué?

—Nada. En marcha.

La muchacha parecía preocupantemente tambaleante, ya fuera por el golpe que había recibido en la cabeza o por el horror de haber presenciado tantas muertes. Angel le ofreció el brazo.

—Apóyate en mí.

La muchacha ni siquiera se resistió cuando la estrechó contra su cuerpo y la condujo fuera del apartamento. Se aferraba a él como si Angel fuese su caballero de brillante armadura. Estaba fatal, no le cabía la menor duda al respecto.

Frente a ellos, los calis doblaron la esquina.

Angel la apretujó contra él.

—Tú haz como si yo te gustara —murmuró—. Como si fuésemos novios y estuvieras loca por mí.

La muchacha se pegó más a él. Angel agachó la cabeza para mirarla a los ojos, dejando que el ala del sombrero los resguardara de la mirada de los calis.

—A lo mejor nos vamos de discoteca esta noche, ¿eh, guapa? —dijo, sobeteándola posesivamente mientras los calis pasaban de largo—. ¿No te gustaría bailar otra vez para mí?

Aunque podía notar el terror que temblaba bajo su piel, la muchacha le sonrió y respondió, con voz cálida y seductora:

—Claro que sí, papi. ¿Quieres verme bailar? ¿Eso te gusta, papi? —Una liturgia de alentador coqueteo, pronunciada con tanta convicción como si fuera la chica más dichosa de Phoenix. Una bangbang tejana encantada de haber pescado a su penta.

Aun sepultada bajo la montaña de pavor que sentía, la muchacha tenía hielo en las venas.

Los pasos de los calis se alejaron a sus espaldas. Angel condujo a Maria hasta el atrio, atento a la aparición de más calis. Cogieron un ascensor, pero, mientras bajaban, divisó a otros dos calis vigilando la salida principal. Más agresivos que sus compañeros. Estaban utilizando sus placas para dar el alto a la gente y examinar todos los rostros, uno por uno. Angel aporreó un botón y consiguió detener el ascensor en el nivel cinco.

—¿Qué ocurre?

—Un contratiempo de nada. —La saco del ascensor y empezó a hablar para distraerla—. ¿Tienes algún sitio al que ir después de esto?

La muchacha parecía asustada, pero asintió con la cabeza.

—Sí. Conozco a alguien. Un... hombre.

—¿Es majo? —Angel examinó las otras salidas. En todas había algún cali apostado.

—Me cuida.

Angel le indicó que se sentara en uno de los bancos del parque. Se encontraban justo al lado de un pequeño estanque lleno de koi, parte de los sistemas de reciclaje de la Taiyang. El agua se derramaba por el borde y caía en cascada a lo largo de cuatro plantas hasta verterse en otro estanque, tachonado de nenúfares. Desde allí, Angel vio que las aguas fluían hasta adentrarse en una cueva artificial.

Se trataba casi con toda seguridad de la misma agencia de biotectura que se había encargado de las instalaciones de Cypress. El agua que tenían al lado desembocaría en las entrañas de la Taiyang, donde se filtraría y regresaría en forma de agua potable.

Contempló el estanque y el río viviente, con sus hojas de nenúfar y sus peces luminiscentes, y sintió una punzada de envidia. El agua podía escapar de este parque, de estos jardines; pero él, no. No mientras los calis controlaran todas las salidas con sus dichas plaquitas.

Angel paseó la mirada por los alrededores, en busca de alguna salida de emergencia, pero no encontró nada. Sobre sus cabezas, los televisores impartían atronadores la última hora sobre aquella presa que se había destruido en Colorado.

—Mira la tele —dijo Angel.

—¿Por qué?

—Porque es lo que están haciendo todos y no nos interesa llamar la atención.

El destrozo era inmenso. La presa de Blue Mesa, más las de Morrow Point y Crystal. Todo en el Gunnison. El río en el que había estado Ellis, intentando apalabrar unas compras.

Case se iba a cabrear de lo lindo.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó la muchacha, con la mirada fija en las ruinas del dique.

El mismo interrogante que debía de estar planteándose Catherine Case, con el incisivo añadido de «¿y por qué nadie me había avisado?».

Angel no envidiaba la suerte de Ellis, si es que alguna vez volvía a dar señales de vida. Case le clavaría la cabeza en una estaca por no haber previsto algo así.

—California, seguramente. Lo negarán todo, pero el agua era suya. Colorado no estaba enviándosela como debía.

—¿A qué te refieres?

—Cultivos que se secan, reses que mueren... Lo de costumbre.

—¿Y California va y hace saltar la presa por los aires?

—Eso parece.

Angel echó un vistazo a las personas que lo rodeaban, esforzándose por encontrar una salida del atolladero en el que se encontraba, pero no vio ninguna ayuda en la mezcla de expertos técnicos chinos y ejecutivos financieros zonales absortos en el calvario de Colorado.

El cali que se hacía pasar por deportista seguía enfrascado en sus estiramientos. Nadie parecía estar buscando a Angel en particular. O quizá se debiera a que su atuendo y la acompañante que se había echado bastaban para despistarlos a todos. Los dos calis con los que se habían cruzado antes estaban bajando de nuevo; los vio montar en el ascensor de cristal.

—Hazme un favor —le pidió Angel a Maria—. Fíjate como quien no quiere la cosa en el ascensor que está descendiendo ahora mismo. ¿Reconoces a alguno de esos dos tíos? ¿Son los que asesinaron a tu amiga?

La muchacha echó un vistazo de reojo antes de volver a concentrarse en los televisores.

—Es... es que en realidad no los vi bien. Solo sus zapatos.

—¿Y no coinciden?

—No. —La chica arrugó el entrecejo—. Uno de ellos llevaba botas de cowboy. Y vaqueros. Nada de trajes de oficina.

—Pero ¿fueron dos tíos los que se llevaron a la mujer? ¿Estás segura de eso? ¿Alguno de ellos iba trajeado?

—No lo sé. Me parece que no. Aunque básicamente los oí más que los vi.

—Sin embargo, ¿estaba viva cuando se la llevaron?

—Creo que sí. Querían interrogarla.

Angel se fijó de nuevo en los calis.

—Lo de las botas de cowboy... ¿Estás segura?

—Sí. —Parecía convencida.

Angel se reclinó en el banco, decepcionado. Ninguno de los seis calis que había descubierto hasta la fecha iba vestido de manera informal. Por un segundo había abrigado la esperanza de descubrir alguna pista sobre el paradero de Lucy. Si no estaba muerta ya, no tardaría mucho. Los profesionales no dejaban testigos.

—¿Eras amigo de la mujer?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—No. ¿Por qué?

—No sé. Se me ocurrió que a lo mejor era tu novia o algo. Como te preocupas tanto por ella...

Angel se quedó pensativo.

—Era... tenía hielo en las venas. Era una tía dura de cojones. Eso me gustaba de ella. —Se encogió de hombros—. Por otra parte, para ser una correveidile tenía unos principios de lo más elevados. Y con mierdas así solo consigues que te liquiden.

—Qué estupidez —convino la muchacha.

—Pues sí —suspiró Angel—. Te sorprendería saber la de gente que se hace la picha un lío a la hora de establecer prioridades.

Los calis habían empezado a agruparse, formando un corrillo, y de repente todos miraron en la dirección de Angel, con los dedos apoyados en los auriculares para hablar con sus compañeros.

—Me parece que nos han descubierto —murmuró Angel.

Se puso de pie muy despacio, desperezándose; como cabía esperar, los calis se pusieron en movimiento. Despreocupadamente, igual que Angel. Pero sin pausa.

Angel paseó la mirada por el atrio una vez más, estudiando el estanque allí donde el agua lo desbordaba y se precipitaba al vacío. La cascada, el río, los filtros, las granjas...

Se acercó a la barandilla del mirador. Cuatro pisos hasta un fondo de estanques tapizados de nenúfares.

Los calis estaban desplegándose. Portarían placas. Placas de verdad que aplacarían las sospechas de los guardias de seguridad de la Taiyang.

Miró de reojo a Maria.

—¿Sabes nadar?

Lo más aterrador de aquellos hombres era la profesionalidad con la que se desenvolvían.

Con adusta eficiencia la obligaron a atravesar el calor caminando ante ellos, la metieron en un edificio de un empujón y la ataron a una silla sin darle la menor oportunidad de escapar, ni de forcejar siquiera.

Cuando por fin le quitaron la bolsa de la cabeza, descubrió a uno de ellos desplegando toda una artillería de instrumentos de tortura sobre la encimera de una cocina.

El otro se había sentado a horcajadas en una silla y la observaba con una sonrisita en los labios.

—Hola, Lucy Monroe.

El hombre se había quitado la chaqueta antibalas y la había dejado colgada en el respaldo de otra silla, a su lado. La camiseta de tirantes que llevaba puesta dejaba al descubierto una colección de tatuajes que le cubrían los brazos: un dragón enroscado en uno y en el otro una imagen de la Santa Muerte, la parca, retratada en todo su intrincado esplendor.

—¿Te gustan mis tatus? —preguntó el hombre al reparar en la dirección de su mirada.

Lucy puso a prueba sus ligaduras; habían hecho un trabajo concienzudo. Tenía los tobillos sujetos a las patas de la silla, los brazos inmovilizados a la espalda, y nudos en los codos y en las muñecas. Las cuerdas, que se le clavaban en la piel, se atirantaron con sus movimientos. Le hormigueaban los dedos a causa de la reducción del flujo sanguíneo.

Su captor continuaba observándola con la misma sonrisita de antes, como si supiera exactamente lo que intentaba hacer.

«Tatuajes. Perilla...»

—Te conozco —comprendió Lucy—. Tú eres el de la morgue. Uno de los que se hacían pasar por polis. —Tragó saliva con dificultad—. Trabajas para Las Vegas. —Miró a su compañero, que seguía sacando tenazas y objetos cortantes. No se trataba del otro cuchillo de agua. Parecía más bien un cholobi cualquiera de los muchos que se podían ver en las calles. Cubierto de tatuajes, tanto corporales como faciales. Con la cabeza afeitada y unos ojos penetrantes, voraces—. ¿Dónde está tu amigo?

El hombre de la perilla se carcajeó.

—Le está costando un poquito pillarle el tranquillo a esto de cómo funcionan las cosas en Phoenix. Esta fiesta vamos a celebrarla sin él.

Estaban en la cocina de alguna casa de las afueras. Plano de diseño abierto. Baldosas de terracota. Detrás del hombre, unas puertas correderas de cristal enmarcaban el horno abrasador que era el desierto de Arizona, cortado por una línea de altas vallas de tela metálica coronadas por rollos de alambre de espino. Tras ellas,



crestas de dunas tachonadas de matas de gobernadora y saguaros disecados, festoneados de Clearzac que rutilaban al sol.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lucy.

—¿Acaso tiene eso alguna importancia?

Pues no. No, la verdad. Solo era su cerebro de reportera, que de alguna manera todavía estaba intentando hilvanar una historia, mientras el final de la suya se cernía sobre ella.

El cholobi dejó un serrucho en la encimera, junto a un rollo de tubos médicos de goma.

—¿Tienes tú algún tatu? —preguntó su secuestrador.

La valla de tela metálica que se extendía al otro lado de las puertas correderas de cristal le resultaba extrañamente conocida. Divisó un atisbo de color celeste más allá de la valla. ¿Un río? No...

El PAC.

Lo que veía era el canal del Proyecto de Arizona Central. Un río artificial que discurría a menos de treinta metros de distancia, plácido, azul... lo cual la situaba o bien al norte o bien al oeste de la ciudad, al filo de la mole urbanística de Phoenix.

Lo cual no le servía absolutamente de nada.

La valla de tela metálica y los rollos de alambre de espino estaban allí para impedir que la gente accediera a las aguas que discurrían al aire libre por el canal revestido de cemento. Cuando Lucy aún era una recién llegada a Phoenix, había escrito artículos sobre los refugiados que cortaban la barrera y acababan abatidos a tiros por las milicias de la ciudad. Ahora las vallas estaban cubiertas de carteles de advertencia y descargaban corrientes eléctricas de alta tensión, las sobrevolaban patrullas de drones y la gente evitaba la tierra de nadie que se extendía entre ellas.

Lucy se preguntó si habría alguna manera de utilizar las medidas de vigilancia del PAC en su provecho. Algún modo de conseguir que el personal de seguridad de la Oficina de Reclamaciones se dignara mover al menos un dedo por ella. Llamar la atención de algún dron de los que revoloteaban por el cielo...

—¿Nada? ¿Ningún tatuaje?

El interés de su interrogador parecía sincero.

—¿Por qué? —Lucy tenía la voz pastosa. Carraspeó para aclararse la garganta—. ¿A ti qué más te da?

—No, por nada. —El hombre apoyó la barbilla en el respaldo de la silla, con los ojos oscuros entrecerrados, contemplativo—. Estaba pensando que seguramente habría que cortártelos para que no puedan identificarte.

Su compañero se acercó y le entregó un cuchillo de cocina. Comprobó que estuviera afilado y asintió con la cabeza. Se levantó de la silla y la empujó a un lado.

Lucy notó que empezaba a hiperventilar. Quería ser fuerte y no derrumbarse, pero lo único que podía sentir era su corazón, latiendo cada vez más deprisa mientras el hombre se aproximaba con el cuchillo. Forcejeó con las ligaduras, desesperada por

liberarse.

El cuchillo se acercó un poco más, y Lucy profirió un alarido. Puro reflejo. Pero, una vez desencadenado el pánico, ya no fue capaz de parar. Gritó y se revolvió contra las cuerdas que la inmovilizaban, intentando alejarse del cuchillo amenazador. Chilló con todas sus fuerzas, con la esperanza de que sus voces llegaran a oídos de alguien más allá de los muros de la casa, de que alguien, cualquiera, la oyera y decidiera intervenir.

El hombre le puso el cuchillo delante de un ojo.

Lucy se arrojó hacia atrás. Perdió el equilibrio y se estrelló contra el suelo, de espaldas, amarrada aún a la silla.

Sus secuestradores se carcajearon. Se agacharon, la levantaron y colocaron la silla recta otra vez. La asentaron con firmeza en el suelo de baldosas.

—Eso ha tenido que doler —dijo el hombre.

Su ayudante se situó detrás de ella y le plantó las manos en los hombros. Le clavó los dedos, sujetándola. Lucy oyó su respiración, entrecortada y excitada.

El hombre del cuchillo arrastró su silla para acercarla a la de ella.

—Te amordazaría, pero el problema es que necesito respuestas. Así que, si te quedan ganas de seguir desgañitándote, adelante. Quiero decir, estamos en el último suburbio desierto de la última carretera desierta en el quinto coño del mundo, pero si tienes que gritar, lo entiendo. —Se inclinó hacia delante—. Gajes del oficio, ¿verdad?

Lucy ya había terminado de gritar. Sabía lo que iba a pasar. Intentó armarse de valor para enfrentarse a lo que vendría a continuación, deseando que su final fuera rápido, aun a sabiendas de que estos hombres no iban a hacerle ese favor. Se preguntó si podría abalanzarse sobre el cuchillo. Quitarse la vida ella misma y privarlos de esa satisfacción.

«Nunca volveré a ver a Anna.»

—Todos tenemos nuestro cometido —estaba diciendo el hombre de la perilla—. Yo tengo que hacerte daño y tú tienes que gritar. Igual que gritó tu amiguito, Jamie. —Sonrió de oreja a oreja—. Huy, Jamie... aquel sí que tenía un buen par de pulmones. Pero tú no vas a morir así, ¿sabes? No vas a acabar con el palo de una escoba metido en el culo. Ni siquiera vas a sufrir más de la cuenta. —El hombre deslizó un dedo por el filo de su cuchillo—. Habla en vez de chillar, y para todos será mucho más fácil.

Lucy se descubrió deseando ser capaz de enviarles un mensaje a Anna y los niños. Decirles... algo. ¿Que no se preocuparan por ella? ¿Que los quería? ¿Qué tipo de mensaje debería dejar una cuando sabía que iban a torturarla y asesinarla?

Absurdamente, Lucy pensó en Anna y en sus tarjetas hechas a mano.

«Jamás volveré a sentir la lluvia en la piel.»

Comenzaba a asimilarlo, cada vez más. Terminaría siendo una foto más en cualquiera de los hemopasquines de Timo. Como toda esa gente que acababa sus días en el fondo de una piscina vacía. Otro cadáver, nada más. Otro aliciente para seguir

pinchando en los enlaces de una publicación voyerista cualquiera.

#Piscineros

#PhoenixAlCarajo

#SumaDeCuerpos

#ReporterosSinFronteras, si alguien conseguía identificarla.

—¿Qué queréis? —preguntó Lucy—. Os diré lo que queráis. Pero, por favor, no me hagáis daño.

—¡Buena chica! —El hombre sonrió—. Empecemos por ese amigo tuyo, James Sanderson. Quería vender unos derechos del agua.

Lucy asintió con la cabeza.

—Sí.

—Tengo entendido que estos derechos son sénior que te cagas. Los más antiguos que existen. Más viejos que Matusalén. ¿Todo esto te suena de algo?

—Sí.

—¡Bien! Gracias. —El hombre volvió a sonreír—. Veamos... ¿existen realmente?

—Jamie decía que sí.

El hombre no se esforzó por disimular su contrariedad.

—¿No los has visto?

Lucy sacudió la cabeza.

—Jamie no era tan abierto.

—Joder, y que lo digas. Anda que no me hizo sudar ni nada, el hijoputa. O sea, ahí me tienes a mí, pensando que nos iba a apañar unos derechos sobre el agua que te cagas de buenos, y termino yéndome con las manos vacías porque resulta que el muy cabrón ya se los había vendido a California. —El hombre prorrumpió en carcajadas—. Es que me la metió dobladísima, el tío.

—Le dije que iba a cometer una estupidez.

—¿Tú estabas al corriente? —El hombre sonrió—. También yo le dije que jugar a dos bandas nunca trae cuenta, mientras le arrancaba los ojos. —Hizo una pausa—. ¿Quieres agua? ¿No tienes sed?

Lucy tragó saliva. Negó con la cabeza. Su interrogador miró al cholobi apostado tras ella.

—Mi colega, ahí detrás, se muere de ganas por verte sufrir, pero le he dicho que nos contendríamos mientras me contaras la verdad.

—Estoy diciéndote la verdad.

—Bien. —El hombre se inclinó hacia delante, estudiando sus rasgos—. Eso está bien.

El cuchillo, que colgaba distraídamente en su mano, se posó como por accidente entre las piernas de Lucy, contra la cara interior de uno de sus muslos.

—Verás —dijo—, te voy a explicar en qué consiste el dilema este que tengo. Mientras le sacaba los ojos a tu amiguito, me contó que les había vendido esos derechos a los calis. —El cuchillo empezó a moverse con parsimonia, acariciándola

—. No es que yo me lo tomara a pecho ni nada... quiero decir, sabemos que esos hijos de puta están podridos de dinero. Pero, he aquí algo curioso. Resulta que los calis tampoco saben dónde se han metido esos derechos. Están removiendo cielo y tierra, buscando lo mismo que yo. Tu amigo Jamie me juró que se los había vendido a California, pero allí nadie los tiene. —Su sonrisa se ensanchó mientras continuaba acariciándole el muslo con el cuchillo—. Así que me da por pensar, ¿sabes?, que no dejo de tropezarme contigo. A donde van los calis, allí estás tú. A donde iba el bueno de Jamie, allí estabas tú. Lo cual me lleva a pensar, como te decía, que lo mismo estás mucho más metida en el ajo de lo que parece.

—¡No! Yo no sé nada. A mí Jamie también me contó que había vendido unos derechos. Estaba timando a Las Vegas. Quería pegársela a Catherine Case. ¡Es lo único que sé!

—El chaval era ambicioso, eso hay que reconocerlo. —El cuchillo se deslizó por el muslo de Lucy, hasta presionar contra su entrepierna, y se quedó allí, prometiendo violencia. A continuación, la hoja ascendió por su vientre y se coló bajo su camiseta. La punta le laceró la piel.

—¡Pregúntame lo que sea! ¡Te lo diré! ¡No hace falta que me lastimes! ¡Quiero ayudarte!

—No te preocupes. Ya llegaremos a eso.

El hombre proyectó el cuchillo hacia arriba de golpe, desgarrándole la camiseta de un solo tajo y dejándola expuesta.

—Bonitas tetas —murmuró. Se volvió hacia su ayudante—. Pásame el rollo de cable. No me apetece bañarme entero de sangre.

—¡Pero si no sé nada! —protestó Lucy.

—Que no te preocupes, en serio. Tómatelo como una reunión de negocios.

Para cuando el hombre hubo terminado con los latigazos, el cuerpo de Lucy estaba cubierto de verdugones abrasadores y se estremecía, incontrolable, atenazado por espasmos de puro terror. Se había quedado ronca de tanto gritar.

Su torturador se enjugó la frente, sonriendo de oreja a oreja.

—¡La puta que la parió! Pues no que estoy sudando y todo.

Se dirigió a la cocina y utilizó un bidón de agua para llenarse un vaso. Bebió. Regresó junto a Lucy con el vaso.

—¿Tienes sed? ¿Te apetece un sorbito antes de que volvamos al tajo?

Lucy hizo acopio de todo el odio que la embargaba y le escupió al ojo. Su torturador se echó bruscamente hacia atrás, sorprendido. Lucy contuvo la respiración, esperando una represalia violenta, pero el hombre se limitó a sonreír, lo cual fue casi peor, y se limpió el salivazo del rostro. Se examinó los dedos mojados antes de utilizar la mejilla de Lucy para secárselos. Lucy probó a arrearle un bocado, pero el hombre retiró la mano demasiado deprisa, como si supiera exactamente que lo iba a

intentar.

—No pasa nada —dijo—. Sé que necesitabas sacarte eso del pecho. Si ahora vas y me proporcionas la información que necesito, es posible que lo deje correr. Pero, si te digo la verdad... no sé, si los azotes de antes no te han gustado, como me siga ensañando contigo va a ser mil veces peor. Mira que todavía no hemos pasado de los ejercicios de calentamiento.

—Pero si es que no sé nada —protestó Lucy—. De verdad que no.

El hombre bebió otro trago de agua y dejó el vaso en la encimera, entre las tenazas, los cuchillos y las agujas.

—¿Sabes?, me sentiría tentado de creerte, lo que pasa es que, cuando le metí una escoba por el culo a tu amigo Jamie, este empezó a contarme muchas cosas sobre las que hasta entonces había jurado y perjurado no saber nada. La gente tiene la puñetera manía de morderse la lengua, ¿no crees? Jamie tardó un buen rato en decidirse a declarar con pelos y señales. Me llevó lo mío persuadirlo. Fue muy frustrante, porque California hace las cosas a conciencia. Utiliza un montón de tapaderas y hombres de paja, con lo que uno nunca puede estar seguro de quién paga qué y quién cobra cuánto. Así no hay manera de saber muy bien las preguntas que debería hacer uno. Pero si persistes sin tirar la toalla, tarde o temprano todo sale a la luz. —Inclinó la cabeza en dirección a su compañero—. Como sigas obligándome a perder el tiempo, le pediré a Kropp que se entretenga un rato contigo. A lo mejor él consigue darse más maña que yo.

—Lo único que sabía era que Jamie intentaba vender aquellos derechos a California. Y que planeaba estafar a Las Vegas. Tenía la agenda repleta de citas y se vanagloriaba de lo listo que era.

—¿De qué conocías a Ratan?

—De nada. Solo era una pista. Intentaba averiguar quién asesinó a Jamie.

—Y ahora heme yo aquí, ayudándote a resolver esa incógnita. —Sonrió—. ¿Crees que nos llevaremos un Pulitzer por lo original de este reportaje?

Lucy no dijo nada.

—¿Por qué no me echas una mano tú a mí? Explícame en qué consistía realmente tu conexión con Ratan.

—Ya te lo he dicho. No existía tal conexión.

—¿Sabes?, si Ratan estuviera aquí, vivo y eso... —Apuntó a Kropp con una miradita elocuente—. Quizá te creyera. El problema es que tuvo que poner la cara para detener una bala. Y eso me vuelve suspicaz, porque conocías al tío que vendió los derechos del agua. Y conocías a Ratan, el tío que se los compró. Y, entre unas cosas y otras, me da por pensar que tú estás en el ajo, no sé por qué. A lo mejor es que la que los tiene ahora eres tú.

—¡Que no! ¡No! ¡Los tenía Jamie! ¡No yo!

—Verás, llevo tres días correteando de aquí para allá, intentando averiguar dónde cojones se habrán metido esos putos derechos. Quiero decir, me tomo la molestia de

emboscar a tu amiguito, Jamie, y a mi socio, Vosovich, ¿y total para qué? Para nada. No me sirve de nada, porque tu amigo Jamie ya ha vendido los derechos y se dedica a mangonearnos como si fuéramos la novia tonta con la que uno no tiene la menor intención de casarse. Todo lo cual me coloca en una posición delicada. Al principio pensé que podría apañar el dinero que le sacó a California tu amigo Jamie, solo que al arrancarle los ojos al muy hijoputa me quedé sin la posibilidad de superar los escáneres de retina que podrían haberme franqueado el acceso a sus cuentas. Es que, joder, ¿cómo iba a saber yo que necesitaría sus ojos? Así que ahora me he quedado sin nada, debo preocuparme de borrar mis huellas y, para colmo de males, me tengo que comer con patatas el hecho de que mi oportunidad de forrarme se haya ido a la mierda.

Sonrió de oreja a oreja.

—Pero, entonces, ¿a que no sabes lo que pasa? Pues que el bueno de Michael Ratan surge de la nada proclamando a los cuatro vientos que tiene una cosita especial que le gustaría vender. Que le gustaría hablar, dice. Hummm. ¿Qué será? ¿Qué podría querer venderle a Las Vegas un cali tan arregladito como Ratan? ¿No se tratará de algo tan asquerosamente valioso que preferiría que sus jefes no se lo llevaran de gratis, por casualidad? —Se carcajeó y sacudió la cabeza—. El muy hijoputa pretendía gastarles la misma jugada que habría ensayado yo si de repente me hubiera visto en posesión de esos derechos. Es que te tienes que reír, en serio. Quiero decir, mírame, exprimiendo al máximo mi red de contactos, desesperado por ver si alguien sospecha siquiera dónde han podido meterse esos derechos, y de repente el bueno de Ratan va y se me echa encima con la noticia de que tiene algo gordísimo y le gustaría venderlo, siempre y cuando Vegas le garantice un salvoconducto y una puta tonelada de pasta en digital. —Su sonrisa se ensanchó—. Solo que Ratan es gilipollas no, lo siguiente, cuando de manejar mierdas de estas se trata, así que... —Se encogió de hombros—. En fin, ya sabes. Se me ocurrió hacerle una visita antes de lo esperado. —El hombre se inclinó hacia delante—. Pero va el hijo de la gran puta y se me mata, dejándome con su portátil, pero sin las contraseñas.

—Entonces ¿eso es lo que buscas? —Lucy se echó a reír sin poder contenerse—. Yo no tengo ninguna contraseña. Pero si ni siquiera conocía a Ratan. —No podía parar—. Como sea eso lo que realmente quieres, estás jodido hasta el fondo, porque yo no te puedo ayudar. —Sus carcajadas se convirtieron en sollozos. Se odió por ello, pero no podía evitarlo—. Yo no sé nada —gimoteó—. No puedo ayudarte. Lo siento. Lo siento, no puedo ayudarte.

—Mierda. —El hombre arrugó el entrecejo—. Sospecho que me estás contando la verdad. —Exhaló un suspiro—. No obstante, tengo que cerciorarme. —Apresó el rostro de Lucy, empapado de lágrimas, con una mano—. No te preocupes. Te liquidaré rápido en cuanto haya acabado.

Se enderezó y regresó a la cocina. Recogió el cuchillo de la encimera.

«Dios, no. No, no. Por favor, no.»

Los gritos de Lucy empezaron antes de que el hombre hubiera cubierto siquiera la mitad de la distancia que los separaba.

Tardaron una eternidad en apagarse.

El agua parecía una pared de hormigón cuando Maria se estrelló contra ella. Se hundió, aturdida, y empezó a patallar buscando la superficie.

El hombre de la cicatriz le había preguntado si sabía nadar y, un abrir y cerrar de ojos más tarde, el muy capullo la había tirado por la barandilla, arrojándola al estanque que había cuatro pisos más abajo.

Salió a la superficie manoteando con torpeza, enfurecida y aliviada de seguir aún con vida. Hacía años que no nadaba. Desde aquel verano en el que fue a visitar un lago con su familia. Prepararon un picnic y Maria se bañó en las aguas fangosas, pero después el lago se secó y aquello fue todo.

El hombre de la cicatriz se hundió en el agua, junto a ella. Las olas la zarandearon. La agarró al reemerger, tirando de ella hacia un túnel recubierto de musgo por el que las aguas se perdían de vista.

Maria se resistió, aterrada y atemorizada a partes iguales.

—¿Qué te propones?

—Salvarnos. O terminar de matarnos. —Se movían con la corriente, que los empujaba hacia el interior de la cueva. El hombre se adelantó y empezó a manipular la cerradura electrónica de una reja metálica—. ¿Nos siguen los calis?

Maria entendió a quiénes se refería. Los tíos trajeados. Se asomó a la boca del túnel. Los vio corriendo hacia los ascensores. Bajando.

—Pues sí.

El hombre se sacó una pistola del cinturón, se la pasó y continuó oprimiendo los botones del teclado de la cerradura.

—Dispara contra el primero que asome la cabeza.

—¿Lo dices en serio?

Maria no obtuvo respuesta porque ahora el hombre, que había abierto la reja, tiró de ella para llevarla al otro lado y le arrebató la pistola.

Los calis se lanzaron al agua y empezaron a anadear hacia ellos. El hombre disparó una vez, sin precipitarse. Todos sus perseguidores se apresuraron a ponerse a cubierto. La corriente, cada vez más fuerte, arrastró a Maria y a su acompañante hacia el corazón de la arcología.

Al canal por el que nadaban se sumaron otros, aumentando su impulso. Maria pugnó por mantener la cabeza fuera del agua. Tras ellos, atisbó a los calis bloqueados por la reja, incapaces de traspasarla. Chocó con el hombre de la cicatriz. Este se agarró a ella y, por un segundo, Maria temió que fuera a lanzarla de nuevo al vacío. En vez de eso, la levantó del agua para acercarla a una pasarela.

—¡Sujétate bien!

A Maria le costó engarfiar los dedos, resbaladizos como estaban, pero encontró asidero en un borde y se encaramó a lo alto de la pasarela. El hombre la imitó y se dejó caer a su lado, empapado y jadeando sin resuello.



—¿Dónde estamos?

—En los sistemas de tratamiento del agua. —Se incorporó y la ayudó a ponerse de pie—. Vamos. Los vigilantes de la Taiyang ya deben de estar buscándonos. Tenemos que largarnos de aquí antes de que bloqueen todas las salidas. —Apretó el paso en dirección a otra pasarela que discurría en paralelo a las aguas embravecidas.

—¿Cómo sabes adónde vamos?

—Estoy improvisando, en realidad.

—¿Y cómo has abierto la reja de ahí atrás?

El hombre se echó a reír, aparentemente muy satisfecho consigo mismo.

—Los biotectos que han diseñado este entramado de reciclaje son los mismos que se encargaron del de Las Vegas. Utilizan contraseñas estándar. A nadie se le habrá ocurrido cambiarlas. Suele pasar.

Maria se preguntó qué habría hecho si no hubiera podido abrir la reja, aunque supuso que la pistola resolvía la incógnita.

El hombre la condujo a lo largo del canal hasta llegar a otra pasarela. A sus pies, las aguas convergían, se expandían y se derramaban en una serie de tanques. La caverna en la que se encontraban, inmensa, olía a pescado y vegetación. Había musgo y algas por todas partes. En los bajíos centellaban bancos de peces. Toda una gruta subterránea, rebosante de agua y de vida.

Maria se detuvo de golpe, estupefacta.

Era el acuífero. Los detalles no se correspondían punto por punto con los de sus sueños, pero, así y todo, tenía que serlo. Su padre había sido reemplazado por el hombre de la cicatriz, ella estaba cruzando pasos elevados en vez de viajar en barca y las estalactitas del techo eran ahora monitores electrónicos que colgaban sobre los estanques y hundían sus sensores en las aguas. Sin embargo, estaba segura de que este era el lugar con el que había soñado. Era el mismo remanso de frescor y vitalidad, y aunque estuviera plagado de operarios armados con espumaderas gigantes para rastrillar la superficie de los tanques de algas, era su acuífero. Había soñado con este sitio, y aquí estaba ahora. Esperaba que se tratara de un buen presagio, pero no le dio tiempo a preocuparse demasiado porque el hombre de la cicatriz ya estaba tirando de ella de nuevo.

Apretó el paso, obligándole a imitarlo. Uno de los técnicos levantó la cabeza de la pantalla parpadeante en la que estaba absorto, sobresaltado por su presencia.

A Maria no le habría extrañado que el hombre le volara la cabeza de un tiro, pero en vez de eso se limitó a enseñarle una placa.

—Departamento de Policía de Phoenix. Se ha producido una incidencia. —Apartó al desconcertado operario de un empujón y prosiguió su camino.

—¿Eres poli? —le preguntó Maria.

—Para él, sí.

Traspusieron un doble juego de puertas y desembocaron en un pasillo de servicio tenuemente iluminado. El hombre de la cicatriz observó el techo con el ceño

fruncido. Cámaras.

—¡Por aquí! —Tiró de ella y se internaron por otro pasillo.

Más puertas. Las cruzaron y, de golpe y porrazo, descubrieron que ya estaban en el exterior.

Maria parpadeó y entornó los párpados, deslumbrada por el fulgor, pero el hombre tiró de ella sin concederle un respiro. El polvo se arremolinaba a su alrededor, azotado por el viento y el tráfico. Frente a ellos, las puertas de un Tesla amarillo chillón comenzaron a abrirse.

—Para nosotros. —La dejó en la plaza del copiloto de un empujón y rodeó el vehículo, que se cerró y cobró vida en cuanto él se hubo instalado en el asiento del conductor.

Instrumentos relucientes en el salpicadero, destellos electrónicos... y ella dentro, sentada, sintiéndose como un gato en remojo, chorreando agua sobre la tapicería de cuero. Se activó el aire acondicionado, glacial contra su piel y su vestido empapados. Se separaron de la acera, y Maria se hundió en el asiento cuando el vehículo aceleró. Miró atrás, esperando que los persiguieran, pero no daba la impresión de que nadie se hubiera fijado en ellos.

—¿Los hemos despistado? —preguntó.

—De momento.

Ahora que ya no estaba corriendo, la adrenalina comenzó a abandonarla, dejándola exhausta y congelada, arrojada por el aire acondicionado. Descubrió que estaba temblando. No recordaba haber pasado tanto frío en su vida.

—¿Te importaría quitar el aire?

Las corrientes heladas cesaron, dejándolos conducir en silencio.

—¿Me dijiste que tenías a donde ir? —preguntó el hombre.

—Sí. Conozco a alguien. Está muy cerca de aquí. A la altura de las obras. Vende pupusas.

—¿Seguro que no prefieres alejarte un poco más?

El hombre actuaba como si se preocupara por ella. Como si le importara una mierda. A Maria aquello la sacaba de quicio.

—¿Y a ti qué más te da? Me has tirado por una barandilla.

Le dolía la cabeza, el movimiento del coche la mareaba, y además estaba cabreada con él. El tío este se creía que podía mangonearla a su antojo. Empezó a rebuscar en su bolso, el bolso que él le había obligado a llevar, con su puñetera chaqueta antibalas dentro. La sacó de un tirón. Estaba prácticamente seca, claro. El ejemplar de *Cadillac Desert*, en cambio, estaba empapado.

—¡Joder!

—Ya se secará —dijo el hombre de la cicatriz, mirándola de reojo.

—Quería probar a venderlo. Mike me dijo que hay gente que compra estas mierdas.

El hombre titubeó antes de insistir, poco convencido:

—Seguro que seca.

Todo el calvario por el que había pasado, y tenía las manos vacías. Con la mirada clavada en el libro, hecho una sopa, Maria luchó por contener las lágrimas. «Todos mis esfuerzos se van siempre a la mierda.»

—Ya casi hemos llegado —dijo—. Déjame aquí.

El hombre aparcó junto a la acera y hurgó en su cartera. Sacó un puñado de yuanes y se los tendió.

—Siento lo del... —Inclinó la cabeza en dirección al libro.

—Da igual. No pasa nada. —Maria descubrió que le costaba renunciar al lujoso refugio del Tesla—. Siento lo de tu chica.

—No era mi chica.

—Pensaba que sí. Como no dejabas de preguntar por ella.

El hombre apartó la mirada, y por un momento adoptó una expresión honda y sorprendentemente triste.

—No se puede salvar a quien está empeñado en que se lo carguen.

—¿Eso hacía ella?

—Le importaba mucho lo que ella consideraba que era justo y lo que no. Esa obsesión la cegaba. No dejaba de buscarse problemas.

—Les pasa a muchos —replicó Maria—. Lo de ponerse esa venda en los ojos, quiero decir.

—A algunos, sí.

—Pero a ti no.

—No, por regla general no.

Sus palabras sonaron cargadas de amargura. Aunque se resistiera a expresarlo de viva voz, para Maria estaba claro que su difunta amiga había sido importante para él.

—¿Por qué me has salvado la vida? —preguntó—. Podrías haberme abandonado a mi suerte... Habría sido lo más fácil.

El hombre de la cicatriz la observó de reojo, con el ceño fruncido.

Transcurrió tanto tiempo que Maria pensó que no iba a obtener ninguna respuesta, pero al final dijo:

—Estuve en tu pellejo hace tiempo. En México, ¿sabes? Vi algo que no debería haber visto. Estuve así de cerca de un asesino. —Indicó la distancia que los separaba a ambos en el interior del vehículo—. Por aquel entonces yo no era más que un chiquillo. Tendría ocho o diez años. Estaba delante de una bodeguita, en Guadalajara, comiendo un helado...

El hombre hizo una pausa y dejó vagar la mirada por el bulevar de Phoenix que se extendía tras el parabrisas, absorto en sus pensamientos.

—Este sicario... ¿sabes lo que es un sicario?... Un asesino a sueldo. Bueno, pues va este sicario y se carga a un tío justo delante de mis narices. Detiene la camioneta, se apea, da unos pasos y bang. Balazo en la cara. Otros cinco en el cuerpo. Otro más en la cabeza, por si las moscas. Y yo allí plantado, como un pasmarote.

El hombre de la cicatriz frunció el entrecejo.

—A continuación, el muy hijoputa va y me apunta con la pistola. —Observó a Maria de soslayo, enarcando las cejas—. Tiene gracia que no recuerde absolutamente nada de la cara de aquel sicario, pero sí que recuerdo sus manos. Llevaba el nombre de «Jesús» tatuado en los nudillos. Es lo único que recuerdo de él. Pero todavía puedo ver aquella mano, y aquella pistola apuntándome, como si hubiera pasado ayer.

El hombre se encogió de hombros, como si quisiera sacudirse de encima el recuerdo.

—Fuera como fuese, el caso es que estabas en el lugar equivocado, en el momento menos indicado. He pasado por lo mismo. No podía abandonarte sin más.

Estiró un brazo y le abrió la puerta a Maria.

—Procura pasar inadvertida. No llames la atención. No vuelvas a tu antiguo hogar. No sigas ninguna de tus costumbres habituales. Si eres discreta, se olvidarán de ti.

Maria se quedó mirándolo fijamente, esforzándose por entender cuáles eran sus motivaciones. Su historia contenía un detalle que le había llamado la atención, en cualquier caso.

Los nudillos del asesino...

—Los hombres —dijo—. Uno de ellos tenía un tatuaje.

—Los hombres que se llevaron a tu chica... los que mataron... —La muchacha tragó saliva. Se recogió un negro mechón de cabello detrás de la oreja—. Uno de ellos estaba registrando los armarios del dormitorio mientras yo me escondía bajo la cama, y pude verle la mano. Tenía un tatuaje, como lo que decías sobre ese otro tío. Aquel sicario que viste.

Angel sintió como si su niñez volviera a cernirse sobre él, amenazadora. Aún podía ver la mano del sicario, y a sí mismo, esforzándose incongruentemente por deletrear la palabra tatuada en sus nudillos, mientras la pistola del hombre le apuntaba a la cabeza.

—¿Letras?

Recordaba al sicario sonriendo, haciendo como que disparaba, dejando que la pistola brincara en su mano. Imitando el sonido de los disparos igual que hacía Angel cuando jugaba con sus amigos, Miguel y Raul.

—Pum.

Angel había apretado el cucurucho de su helado con tanta fuerza que lo trituró con los dedos. Estaba tan asustado que se meó encima; su vejiga, comprimiéndose como un globo desinflado; el reguero caliente que se empezó a deslizar por su pierna...

La muchacha seguía hablando.

—No. Ninguna letra. Era como una cola de caracol. Le rodeaba la mano y desaparecía bajo la manga de su chaqueta. Lo vi. Era una cola de caracol.

Angel estaba tan abstraído en sus reminiscencias que ni siquiera fue capaz de interpretar la información de inmediato. Al instante siguiente, de súbito, todo eran piezas de rompecabezas que encajaban de golpe en su sitio, ensamblándose sin fisuras, una por una, hasta componer una imagen diáfana.

—¿No sería una serpiente?

Se rodeó la muñeca con los dedos de la otra mano.

—¿Crees que podría haber sido una cola de dragón? ¿Tenía escamas? ¿De colores, quizá? —No quería incitarla a recordar algo que no existía, pero conocía la respuesta de antemano. Sabía lo que iba a decir la muchacha, mucho antes de que despegara los labios—. Verde no, pero tal vez de otro color.

—Rojo y dorado.

«Hay que joderse.»

Orden puro, absoluto, emergiendo del caos.

—¿Te sirve de algo?

Angel se contuvo para no darle un beso. Esta chica inocente, triturada por los engranajes del mundo, estaba ofreciéndole el don de la comprensión. Una madre virgen, enseñándole la forma del mundo. Debería ir vestida de azul, como la Virgen de Guadalupe, bendiciéndolo con todas las piezas que le faltaban.

—Sí, claro que me sirve. —Angel rebuscó en uno de sus bolsillos—. Ya lo creo. —Lo sobrevino la abrumadora necesidad de reparar todo cuanto de irreparable había en el mundo—. Toma. —Sacó todo el dinero que llevaba encima, sin molestarse en contarlo—. Acéptalo. Llévate todo. Me has ayudado muchísimo.

La muchacha cogió el dinero con los ojos como platos, impactada, pero Angel no se quedó a ver qué ocurría a continuación. Se le agotaba el tiempo. Agarró el teléfono, volvió a darle las gracias con un ademán, y la chica ya estaba cerrando la puerta. Una vez a solas, marcó un número de memoria.

Catherine Case veía el mundo como si fuera un mosaico. Invertía todo su tiempo en recabar información, para después componer con ella la imagen que más se ajustaba a su criterio. Pero Angel no era así. Él no necesitaba componer ninguna imagen, se conformaba con ver la que ya estuviera compuesta. Los mosaicos hacían que uno abrigara la esperanza de ser capaz de recolocar las piezas para crear una imagen inexistente, en vez de permitir que todas esas fichitas encajaran una detrás de otra, clac-clac-clac, exactamente en el lugar que les correspondía. En vez de permitirles informarte de lo que tenías justo delante de las narices.

Rojo y dorado. Una cola como de serpiente.

O de dragón.

En el teléfono de Julio saltó directamente el buzón de voz.

Angel masculló una maldición y se separó de la acera. Puto Julio. Huidizo, furtivo. Protestando por lo mal que lo estaba pasando, atascado en Phoenix. Quejándose de lo elevado del riesgo y lo miserable de la recompensa.

Rojo y dorado. Una cola enroscada en su muñeca que se perdía de vista brazo arriba.

La muchacha lo había tomado por el tatuaje de una serpiente, pero Angel sabía qué era lo que realmente había visto. Si la chica hubiera podido ver el resto del brazo de Julio, hasta el hombro, como había tenido ocasión de hacer Angel tantas veces en sus excursiones a los ríos, con el objetivo de arrebatarse sus derechos sobre el agua a un paleta cualquiera, vestidos los dos con camisetas de tirantes y sudando a mares, no habría dicho que se trataba de una serpiente roja y dorada. Habría dicho que era un dragón.

El número de personas que controlaban el agua era muy reducido. Acicalados agentes de California, burócratas federales en la Oficina de Reclamaciones y el Departamento del Interior. Los responsables municipales de las distintas ciudades que dependían de los derechos sobre el agua interconectados en el oeste de Estados Unidos...

Julio.

Había ido un paso por delante de Angel desde el principio. Lo había manipulado desde el primer momento. Eliminando a las personas con las que Angel quería hablar. Borrando sus huellas antes de que él apareciera. Ganándole por la mano a... ¿qué?

«¿A qué estamos jugando, hijo de puta?»

Angel recordó a Julio en pie en la habitación del hotel, enfrascado en la pantalla de su teléfono, contándole no sé qué chorradas sobre la lotería, fingiendo estar asustado. Recordó cómo se había burlado Julio al oír el nombre de James Sanderson, sin mostrar por él el menor interés.

«Un perfecto don nadie... No encaja con el perfil... Me extrañaría que Vos lo tuviera en su nómina, me lo habría dicho.»

En el teléfono de Julio volvió a saltar el buzón de voz.

«¿Dónde coño te has metido, sabandija?»

Asumiendo que Julio necesitara información de la correveidile, buscaría un sitio tranquilo donde interrogarla. Sin vecinos. Un lugar que él considerara seguro.

Angel se preguntó si Julio tendría los santos cojones de utilizar uno de sus propios pisos francos. Tal vez, siempre y cuando no sospechara que alguien le seguía la pista. Jamás se imaginaría que ese alguien pudiera ser Angel, eso seguro. Que él supiera, Angel todavía andaba persiguiendo espejismos por media Phoenix, dichosamente ignorante de todo mientras Julio se dedicaba a aumentar la distancia que los separaba.

Angel decidió que Julio todavía debía de sentirse a salvo. Lo cual significaba que su cubil podría estar en algún rincón de la arrasada periferia de Phoenix, en la zona oscura, donde la gente escaseaba a causa de la falta de agua y electricidad. Quizá se hubiera instalado en uno de los bonitos pisos francos de Vegas que normalmente empleaba para reunirse con sus agentes y sus informadores. Pisos que los cuchillos de agua como Angel podían utilizar cuando necesitaban desaparecer del mapa una temporada.

Allí terminaría lo que hubiera empezado con Lucy Monroe.

Para esa operación Angel había memorizado el emplazamiento de media docena de pisos francos. Solo unos pocos estaban muy cerca. No serían los únicos que Julio hubiera montado para los efectivos de Vegas, pero valía la pena empezar por ahí.

Angel pisó el acelerador hasta el fondo, ignorando las protestas del Tesla mientras rodaba como una exhalación sobre los montones de polvo y los baches del asfalto.

El tiempo apremiaba. Pronto la correveidile no sería más que otro amasijo de carne picada, igual que Vosovich y Sanderson.

En los dos primeros pisos francos en los que miró Angel no había ni rastro de vida. Pero la camioneta de Julio estaba aparcada justo delante del tercero.

—Mira qué bien, gilipollas.

La arrogancia de aquel hombre resultaba irritante. Por si Angel abrigara aún alguna duda de que Julio lo tenía por un redomado pendejo, tropezarse con su camioneta abandonada a la vista de todos frente a uno de los pisos francos de Las Vegas era confirmación suficiente.

Se alejó calle abajo, aparcó y contempló el escenario. Polvo y arbustos rodantes, nada más. Silenciosas casas de estuco agrietado, la mayoría de ellas desvalijadas de cualquier objeto metálico y de sus paneles solares desde hacía tiempo.

«Nada que ver, nada de interés. Circulen.»

Las casas eran grandes. Angel se preguntó si sus antiguos propietarios se habrían sentido como ricachones en aquellas opulentas viviendas con cinco dormitorios y tres cuartos de baño. Seguramente se cabrearían un montón cuando Phoenix les cortó el agua. Tanto dinero invertido en detalles como una encimera de granito, pensando en aumentar su valor de cara a una posible reventa, para al final encontrarse con una plancha de roca pulida que a nadie le importaba una mierda.

Angel recargó la SIG Sauer. Introdujo el cargador y apuntó a la camioneta de Julio.

—Pum —susurró, imaginando que la pistola brincaba en su mano.

Conocía el plano del piso franco gracias a las visitas de reconocimiento que había realizado con el software de formación. Tenía pinta de ser exactamente igual que en el programa de realidad virtual, solo que ahora el sol llameaba a su espalda mientras Angel se acercaba al edificio.

Había una cerradura con teclado adosada a la puerta. Angel tecleó la clave, conteniendo la respiración, rezando para que Julio no hubiera cambiado los códigos de acceso... La puerta se abrió con un chasquido.

Dio un paso atrás ante el asalto de los alaridos que escapaban por el resquicio. Entrecortados. Bestiales. Recorrió el pasillo en dirección a la cocina, asomándose a todas las habitaciones que encontró por el camino. Los gritos cesaron, reemplazados por unos hondos resuellos. Angel espió desde detrás de una esquina. Lucy estaba atada a una silla, desnuda de cintura para arriba. Tenía los labios rotos y ensangrentados, cubiertos de surcos los pechos. Sobre ella se cernían Julio y quien debía de ser algún cholobi sacado de las calles de Phoenix, con la cara llena de tatuajes, empuñando sendos cuchillos mientras Lucy gimoteaba y se estremecía.

Angel cruzó la puerta.

—Julio, te hacía en Las Vegas.

Julio soltó el cuchillo y desenfundó una pistola. El cholobi se parapetó tras Lucy y le puso el filo en el cuello. Angel sintió la presencia de la muerte, como si sus



negras alas batieran el aire. Angel y Julio levantaron sus armas a la vez, pero Angel disparó primero. La cabeza del cholobi se desintegró. Se desplomó, lejos de Lucy. La bala de Julio impactó en el hombro de Angel, empujándolo hacia atrás como la coza de un caballo. Angel intentó apuntar con el arma de nuevo y apretar el gatillo, sin éxito. El proyectil debía de haberle dejado el brazo inutilizado. Ni siquiera podía levantar la mano.

—Te lo advertí —dijo Julio—, deberías haberte largado de aquí.

Apretó el gatillo otra vez. Al tiempo que restallaba la detonación, Lucy se impulsó hacia delante. Cayó de bruces, atada todavía a la silla, encima de Julio. La bala, cuyo destino era el ojo de Angel, pasó silbando junto a su oído.

Lucy y Julio se desplomaron en un amasijo, enredados. Julio profirió una maldición mientras se desembarazaba de la correveidile y su silla de una patada. Angel se pasó la Sig a la mano izquierda y utilizó la pared como punto de apoyo. El arma de Julio volvía a elevarse, buscándolo, pero demasiado despacio.

Angel disparó.

Un boquete ensangrentado se abrió en el pecho de Julio. Angel siguió apretando el gatillo. La figura de Julio se cubrió de cráteres. En el pecho. En la cara. En el vientre. Empañó el aire una neblina formada de gotas de sangre y esquirlas de hueso.

Julio soltó la pistola y se desplomó. Rodó de costado, intentando recuperar el arma. Angel se acercó con paso tambaleante y la apartó de un puntapié. El torso de Julio era una colección de rosetas carmesíes. Su mentón había volado en pedazos. Cada bocanada de aire bombeaba un nuevo borbotón de sangre fuera de su cuerpo. Angel se acuclilló junto a su antiguo amigo.

—¿Para quién trabajas? —preguntó—. ¿Por qué has hecho esto?

Agarró a Julio y le dio la vuelta, con la mirada fija en la sonrisa erizada de dientes rotos del hombre. Julio intentaba decir algo, pero su voz no era más que un ronco susurro. Angel lo incorporó a medias y pegó una oreja a sus labios.

—¿Por qué? —insistió, pero Julio se limitó a toser, salpicándolo con una rociada de dientes y sangre, y murió.

Angel se dejó caer de rodillas y se sentó sobre los talones, taponándose la herida del hombro con una mano, esforzándose por comprender los motivos de aquella traición.

—¿Pue... des a... yudarme?

Lucy todavía estaba tendida en el suelo, atada a la silla.

—¿Qué? Claro. Perdona.

Angel fue a buscar un cuchillo. Encontró uno en la encimera. Serró como pudo las ligaduras de Lucy, con la mano izquierda, hasta liberarla.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella, con voz ronca—. Sobreviviré.

Moviéndose rígidamente, Lucy se separó con esfuerzo de la silla volcada y se hizo un ovillo. Contempló fijamente a Julio y al cholobi muerto.

—¿Estás bien?

Se quedó inmóvil, acurrucada, abrazándose las rodillas. Con la respiración entrecortada y la mirada intensamente fija en sus secuestradores.

—¿Lucy?

Al cabo, aspiró una honda bocanada de aire que la estremeció de la cabeza a los pies y sus ojos, por fin, parecieron volver a enfocarse.

—Estoy bien.

Se levantó con esfuerzo, sin dejar de temblar, y fue a recoger su camiseta. Examinó la prenda, reducida a un harapo lleno de desgarrones, y la arrojó lejos de sí. Se acercó al cadáver del cholobi y se acuclilló junto a él. Empezó a tironear de su camiseta de tirantes. Mientras se la ponía, Angel se preocupó de torcer la cabeza.

—No te molestes —murmuró con voz ronca Lucy—. Solo son tetas.

Angel se encogió de hombros, pero siguió sin mirarla. Oyó cómo se le cortaba la respiración cuando la tela se posó sobre los estragos que había sufrido su piel.

—Vale, ya estoy decente. Gracias por rescatarme.

—Te dije que podía ayudarte.

—Cierto. —Una risita entrecortada escapó de los labios de Lucy—. Eres muy apañado.

Lucy arrastró su silla hasta enderezarla. Al sentarse, una mueca de dolor le crispó las facciones. La camiseta de tirantes comenzaba ya a saturarse de sangre. Contempló fijamente las manchas mientras usaba dos dedos para despegarse la tela de la piel. Le temblaban las manos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te planté un localizador en la camioneta. Y otro en el bolso.

—No llevo encima mi bolso.

—Alguien te vio siendo abducida por Julio. Tuve la suerte de que utilizara uno de sus antiguos pisos francos. Debería haberlos renovado más a menudo, pero no lo hizo.

—Creía que estabais todos relacionados.

Angel contempló el cadáver de Julio, sin pestañear.

—También yo.

Lo enervaba reconocer cuántas pistas se le habían pasado por alto. Debía haberlo visto venir. Si no en la conducta de Julio, al menos en los detalles que lo rodeaban. Se le habían escurrido entre los dedos piezas enteras del rompecabezas. Aquello hizo que se preguntara qué más se le podría estar escapando.

—¿Qué sabes de todo esto que no quisieras contarme antes? —le preguntó Angel a Lucy.

—¿Por qué debería contártelo ahora?

—¿Aparte de porque acabo de llevarme un tiro por ti?

—No lo has hecho por mí, sino por Vegas. Por la señorita Catherine Case.

Angel arrugó el entrecejo.

—¿En ese plan te vas a poner?

—¿Me amenazas? ¿Estás pensando en pegarme un repasito, igual que tus amigos?

Lucy sonreía con los labios apretados. Angel vio que tenía una pistola en la mano. ¿Cómo...?

El arma de Julio. La había recogido aprovechando que él estaba distraído. No se le escapaba ni una.

—Porque me apuesto lo que sea a que yo soy más rápida —murmuró Lucy. Sus ojos eran dos duras esquirlas, frías y grises.

Angel le lanzó una mirada iracunda.

—No soy como ellos. Acabo de cargarme a un amigo por ti —dijo—. Creo que me merezco saber por qué.

Lucy se lo quedó mirando fijamente, con las mandíbulas apretadas. Asintió con la cabeza, al cabo, y apuntó con los ojos a Julio.

—Este es el que asesinó a Jamie y a ese otro hombre, Vosovich. Pretendía quedarse para él solo con los derechos sobre el agua que Jamie quería vender. Creo que organizó una reunión para tenderles una emboscada a Jamie y a su propio hombre, a fin de echarles el guante. Sin embargo, el tiro le salió por la culata. Jamie ya había vendido los derechos a California.

—¿Nunca tuvo la menor intención de vendérmolos a nosotros?

—Jamie odiaba Las Vegas. Solo estaba tomándoos el pelo. Le dije que se iba a meter en un lío.

—Entonces ¿se los vendió a Michael Ratan?

—Eso creo. Tu... «amigo»... quería saber si yo podría acceder al ordenador de Ratan. Por lo que pude inferir, Ratan intentaba hacer exactamente lo mismo que Jamie. Vender los derechos al mejor postor. Así que se puso en contacto con el comprador más probable: Vegas. —Lucy esbozó una sonrisita—. Tu amigo estaba desesperado por entrar en el ordenador de Ratan.

—¿Puedes hacerlo?

—Lo dudo. La seguridad de Ibis es a prueba de bombas. —Miró a Angel—. Estás sangrando.

—Como te decía —replicó él, exasperado—, acabo de llevarme un tiro por ti.

A Lucy se le escapó una carcajada.

—Mi héroe. —Se levantó y fue a la cocina. Regresó con un puñado de trapos—. Déjame ver.

Angel la apartó con un ademán.

—Estoy bien. Háblame del acuerdo al que pretendía llegar tu amigo Jamie.

—No. Déjame ver. —Su voz no admitía réplica. Angel cedió y se quitó la chaqueta. Lucy aspiró una bocanada de aire entre los dientes—. Y la camiseta.

Con un rictus de dolor, Angel dejó que lo despojara de ella.

La mirada de Lucy vagó por las cicatrices y los tatuajes que le cubrían el torso.

—¿Pertenece a alguna banda?

—Hace mucho de eso. —Se encogió de hombros y volvió a torcer el gesto, dolorido—. Antes de que empezase a trabajar para Case. Antes de llegar a Nevada.

Lucy concentró toda la atención en su hombro.

—La chaqueta absorbió la mayor parte del impacto. Pero sigues teniendo la piel como si alguien le hubiera pasado un rallador por encima.

—A Julio le gustaban las fragmentadoras. Balas que estallaban en una nube de proyectiles. Una mierda contra los blindajes.

—Da gracias por que tu chaqueta fuera antibalas.

—Gajes del oficio.

—¿Siempre andas metiéndote en tiroteos?

—No si puedo evitarlo —se rio Angel—. Las balas matan a la gente.

Lucy frunció el ceño.

—Aquí hay un montón de metralla. —Regresó a la cocina, rebuscó en los cajones y volvió con una botella de tequila y un cuchillo. Angel puso cara de circunstancias—. ¿Qué pasa? —preguntó Lucy, desafiante—. ¿Preferirías ir a un hospital? ¿A ver si la policía de Phoenix se interesa por ti?

Angel tiró la toalla.

Lucy era eficiente. Cortó, hurgó y tanteó. Vertió tequila en la herida, y Angel apretó los dientes y lo toleró sin rechistar. Lucy no se disculpó en ningún momento, ni se puso melodramática. Se limitó a restañar sus heridas, como si escarbar en el hombro de la víctima de un tiroteo tuviera tanto misterio como recoger la mesa después de cenar.

Era buena. Angel la observó mientras sondeaba la carne hecha trizas de su hombro, con el ceño fruncido por la concentración, absorto en la tarea sus distantes ojos grises.

—¿Tienes mucha experiencia con balas?

—Algo. Solíamos ir a un bar, una terraza, donde el entretenimiento consistía en abatir coyotes a tiros. Después bajábamos a por ellos y los despellejábamos.

—¿Coyotes?

—De los peludos.

—¿Extraíais los proyectiles de los animales que habíais matado?

—No. Eso lo he hecho por un amigo. Un fotógrafo que conozco, una vez consiguió que le metieran un par de balazos. Se vio atrapado en pleno escenario del crimen cuando los asesinos regresaron para efectuar una segunda pasada.

—El fotógrafo con el que estabas en la morgue.

—Buena memoria. Sí. Timo. —A Angel se le escapó un siseo entre dientes cuando el cuchillo se hundió en su carne. Lucy lo miró de reojo—. Perdona.

—No me he quejado.

Lucy esbozó una sonrisita burlona.

—Tipo duro, ¿verdad?

—Qué remedio. Es lo primero que te enseñan en los cursos de formación para convertirte en cuchillo de agua.

—Pensaba que los cuchillos de agua no existían.

—Cierto. —Angel rechinó los dientes para soportar el dolor—. Somos un espejismo.

—Producto de la delirante imaginación de Phoenix —murmuró Lucy.

A Angel le gustaba. Había algo en su eficiencia, en su manera de no andarse por las ramas, que lo atraía sin poder evitarlo. Cualquiera otra persona estaría flipando ahora mismo, tras pasar por lo que había tenido que soportar ella. Lucy, en cambio, aun torturada, se había levantado y había vuelto a entrar en el terreno de juego directamente, sin pensárselo dos veces.

Mientras evaluaba la gravedad de sus heridas, Angel pensó que a lo mejor se había enamorado de aquellos ojos. No dejaba de desear que lo miraran. Anhelaba el reconocimiento que le parecía encontrar en ellos.

—¿No has visto nunca a alguien por primera vez y has pensado que ya lo conocías de antes?

Lucy lo observó de soslayo, burlona.

—Pues no.

Sin embargo, antes incluso de que aquellas palabras terminaran de escapar de sus labios, Angel supo que la reportera mentía. Su mirada se prolongó durante un instante de más, y cuando reanudó las labores de excavación en su hombro, un tenue rubor le teñía las mejillas.

Angel sonrió para sus adentros, satisfecho. Eran idénticos y ambos lo sabían. Había visto los mismos ojos en otras personas. Algunos polis. Algunas prostitutas. Doctores y paramédicos. Narcos. Soldados. Incluso el sicario que le había dado un susto de muerte que no era más que un chiquillo. Siempre la misma mirada. Una tribu especial cuyos miembros habían visto demasiado y ya estaban hartos de fingir que el mundo fuese algo más que un desastre. Lucy Monroe, al igual que él, pertenecía a esa tribu. Lucy también se daba cuenta de las cosas. Eran iguales.

La quería. La quería como no había querido jamás a ninguna otra mujer.

«¿Será por eso que disparé primero al cholobi?»

Preocupante incógnita.

No se había detenido a seleccionar su blanco, en el frenesí del momento, pero estaba claro que debería haber eliminado primero a Julio, que empuñaba una pistola, y después al individuo del cuchillo que había tomado a Lucy como rehén. En vez de eso, había invertido la prioridad de sus objetivos.

Lucy le afectaba, sin que él se diera ni cuenta, y eso había estado a punto de costarle un balazo entre las cejas.

—Tienes un montón de cicatrices —comentó Lucy.

—Se van sumando, es inevitable. —Angel decidió cambiar de tema—. Has dicho que tu amigo se estaba pasando de listo.

—Sí. —Lucy terminó de arreglarle el hombro y se sentó sobre los talones. Se encontraba arrodillada junto al cadáver de Julio, pero no parecía importarle—. Jamie tenía un plan para enriquecerse y emigrar a California —dijo—. Yo iba a escribir sobre ello, más adelante. Sería una exclusiva. Material para el Pulitzer. La historia secreta de cómo una pila de derechos sobre el agua sin explotar cambió la suerte de la mitad del oeste americano. —Suspiró—. Hasta que se dejó llevar por la codicia y decidió que, ya que estaba, por qué no intentar joder también a Las Vegas.

—¿Qué pasa con esos derechos? ¿Qué tienen de especial?

—¿Has oído hablar de la tribu de los pima?

—¿Indios?

—Nativos americanos —lo corrigió Lucy, con aspereza—. Sí, los pima. Descienden de los hohokam, quienes cultivaban estas tierras allá por el siglo trece.

Lucy recogió el cuchillo y los paños ensangrentados y se dirigió a la cocina, sin dejar de hablar por encima del hombro.

—Hace años firmaron un acuerdo con Phoenix para traspasar a la ciudad todos los derechos sobre el agua que aún ostentaba la tribu. Los pima habían recibido derechos sobre el agua del Proyecto de Arizona Central en compensación por algunas afrentas sufridas a lo largo de su historia. Phoenix necesitaba el agua, puesto que los ríos de la zona habían comenzado a secarse, de modo que todos salieron ganando. Phoenix recibió el agua que necesitaba para seguir creciendo, y los pima obtuvieron una suculenta compensación económica que invirtieron en comprar tierras en el norte.

Angel esbozó una sonrisita burlona.

—Donde sí que llueve.

Lucy utilizó el bidón de agua para limpiar el cuchillo y lavarse las manos, que se secó en los vaqueros mientras volvía de la cocina.

—Efectivamente. A largo plazo, el Colorado no tenía pinta de ser una apuesta segura. De nada sirven unos documentos que te otorgan los derechos sobre un río si luego este se muere.

—Así que los pima vendieron sus derechos sobre el agua y se esfumaron. ¿Y después?

Lucy se sentó en otra silla, a su lado.

—La tribu pensaba que lo que poseía era una porción del suministro del Proyecto de Arizona Central, ¿vale? Una fracción de la parte del Colorado que pertenecía a Arizona. Como derechos júnior, si se tiene en cuenta el río en su conjunto, no están nada mal. Pero mucha gente disfruta de derechos sénior, con más pedigrí, por lo que siempre se corre el riesgo de que alguien aparezca y anule los tuyos. Por eso se fueron.

»Jamie siempre andaba sepultado bajo una tonelada de documentos antiguos. No solo archivos relacionados con el agua, también había más cosas. Registros de la Oficina de Gestión Territorial. La Oficina de Reclamaciones. El Cuerpo de Ingenieros

del Ejército. La Oficina de Asuntos de los Nativos Americanos... Son tantas las jurisdicciones que se solapan, los veredictos contradictorios y los acuerdos sobre el agua que entran en conflicto unos con otros, que es como excavar en una montaña de espaguetis. Para que te dejen ver algo hay que presentar solicitudes amparadas en la Ley de la Libertad de Información como para parar un tren, solicitudes que en la inmensa mayoría de los casos se traspapelan o caen en el olvido, cuando no están redactadas de tal modo que resultan prácticamente inservibles. Se tarda una eternidad en sonsacarle aunque solo sea una migaja de información a cualquier organismo gubernamental, así que, a menos que tenga uno la personalidad que tenía Jamie, llegar muy lejos es tarea imposible.

—Pero tu amigo tenía la personalidad necesaria —dijo Angel.

Lucy hizo una mueca.

—Jamie era uno de esos engréidos con trastorno obsesivo compulsivo que siempre tienen que quedar por encima de los demás. Lo cual no te granjea ni muchas amistades ni muchos ascensos. Antes bien, lo que se consigue así es que a uno lo destierren a las viejas reservas indias con la misión de husmear en un montón de archivadores infestados de viudas negras, serpientes de cascabel y escorpiones, mientras tus jefes se descojonan de ti y se pegan la vida padre en la Taiyang.

»También se consigue, eso sí, que un montón de documentación poco menos que histórica pase por tus manos. Como todos los acuerdos entrecruzados que, hace generaciones, firmaron los pima con los federales y con la Oficina de Asuntos de los Nativos Americanos. Estamos hablando de cuando se organizaron las primeras reservas. Los derechos de los pima se remontan a mucho antes. Y Jamie estaba metido hasta el cuello entre todos aquellos archivadores repletos de documentos.

—Y en uno de ellos encontró unos derechos sobre el agua.

—Pero no sobre un agua cualquiera. Sobre la del río Colorado.

—¿Qué fecha?

—Finales del siglo diecinueve.

Angel lanzó un silbido.

—Antiguos.

—Sénior. Unos de los derechos más sénior de los que se tenga constancia.

—¿Cómo es posible que nadie se fijara antes en ellos?

—Jamie sospecha... sospechaba... que la Oficina de Asuntos de los Nativos Americanos los había enterrado a sabiendas. Se trataba de un pacto inoportuno al que la oficina lamentaba haber accedido. Una tribu cualquiera, perdida en mitad de la nada, les importaba un comino. Durante algún tiempo, además, seguramente ni siquiera tuvieran la menor relevancia, puesto que por aquel entonces Arizona no tenía motivos para interesarse por el Colorado.

Sin poder evitarlo, Angel descubrió que la historia lo intrigaba cada vez más.

—Solo que ahora existe una cosita llamada Proyecto de Arizona Central. Un gigantesco canal diseñado para transportar el agua directamente a través del desierto.

Lucy estaba asintiendo con la cabeza.

—Lo que significa que Phoenix y Arizona tienen preferencia sobre California. Los calis poseen los derechos sénior sobre cinco millones de metros cúbicos de agua, pero si se quedaran sin ellos... Toda la cuenca de Imperial Valley y cincuenta millones de almas dependen de esas aguas.

—Necesitan esos derechos para que su muerte sea rápida y discreta.

—Y no solamente California. Como Phoenix aparezca en los tribunales, ondeando esos derechos sénior sobre el agua de los pima, cambiará todo. Para todos. Phoenix podría ordenar que la Oficina de Reclamaciones drenara el lago Mead. Podría desviar toda el agua al lago Havasu, para el uso personal de Phoenix. Podrían detener las bombas de Los Ángeles y San Diego. O podrían vender el agua al mejor postor. Podrían construir una coalición contra California y retener toda el agua en los Estados de las Cuencas Bajas.

—Y entonces California volaría el PAC, igual que ha saltado por los aires esa puñetera presa de Colorado.

—Sí, solo que ahora los drones de los federales sobrevuelan el PAC. Esta vez lo verían venir. Incluso California se lo pensaría dos veces antes de desencadenar una verdadera guerra civil. Apelar a la Ley de Independencia y Soberanía Estatal para que te permitan patrullar las demarcaciones territoriales con la Guardia Nacional es una cosa. Incluso dinamitar un dique para obtener el agua que te pertenece entra dentro de la legalidad... hasta cierto punto. Pero ¿una declaración de guerra con todas las letras? Estados Unidos se tambalea, pero aún resiste en pie.

—Lo mismo decía la gente de México. Hasta que un buen día abrimos los ojos y nos encontramos con que ahora vivíamos en los Estados de los Cáteles.

—Que el ejército no dé abasto no significa que Washington vaya a consentir que estalle una guerra abierta por el control del agua.

—¿Has llegado a ver esos derechos? ¿Los has leído?

—Jamie no quiso enseñarme nada. Estaba... paranoico. Se había vuelto muy reservado. No dejaba de prometerme que me desvelaría todos los detalles en cuanto hubiera cerrado el acuerdo. —Lucy exhaló un suspiro—. Creo que le preocupaba que pudiera traicionarlo. Aunque él lo negara, al final ya no se fiaba de nadie.

—Me parece razonable, habida cuenta de cómo reacciona la gente cuando les echa el guante a esos derechos. Tu amigo Jamie los consigue y decide lucrarse con ellos. Julio oye rumores y le pasa lo mismo. Incluso Ratan, nada más tenerlos en su poder, empieza a buscar la manera de sacarles partido. En cuanto la gente huele esos derechos, lo primero que hace es intentar exprimirlos.

—Es como si estuvieran malditos.

—Con maldición o sin ella, la pregunta del millón es: ¿dónde están?

Ambos posaron la mirada en el portátil que Julio le había robado a Michael Ratan. Angel estiró el brazo en su dirección, pero Lucy se le adelantó.

—Ni hablar —dijo mientras lo recogía—. Esta es mi historia. Estoy dentro.



Quiero saber.

—Muchas personas han acabado muertas alrededor de estos derechos.

Lucy apoyó una mano en la pistola que había dejado en la encimera.

—¿Eso es una amenaza?

—¿Quieres soltar eso? Lo único que digo es que este juego es peligroso.

—No tengo miedo. —Lucy miró a Julio y al cholobi muerto—. De todas formas, ya estoy metida hasta las trancas.

A Angel le preocupó descubrir que, en el fondo, se alegraba de que la mujer estuviera dispuesta a luchar por conseguir su historia en vez de escapar.

«Las mujeres entontecen a los hombres», que solía decir su padre. En los buenos tiempos, antes de que la vida de Angel se desmoronara.

—De acuerdo —dijo Angel—. Pero tenemos que escondernos, y no me apetece utilizar ninguno de los pisos francos que conozco. Si Julio estaba dispuesto a matar a uno de los suyos por esto, resulta imposible saber a quién o qué más traicionaría durante el tiempo que pasó en activo aquí abajo.

—¿Crees que se habría convertido en un agente doble?

Angel contempló fijamente el cadáver del hombre al que había cosido a balazos.

—Lo que creo es que lo poseía la codicia. Con eso me basta. Necesitamos salirnos del mapa. Encontrar un lugar al que normalmente no acudiríamos ninguno de los dos.

—Tengo amigos —dijo Lucy—. Nos ayudarán.

—Las cucarachas son cortesía de la casa —dijo Charlene.

El suelo crujía bajo los pies de Lucy, apuntalado apenas lo suficiente para no desplomarse sobre el piso okupa de abajo. Habían tenido que trepar por una escalerilla compuesta de peldaños reciclados para llegar hasta allí, y Lucy podía oír los ecos de los pasos de la familia de la planta de arriba. Había más okupas a los lados, hacinados, apelotonados y amontonados, instalados en el perímetro del surtidor de ayuda humanitaria de la Cruz Roja/Camaradería China.

El piso se componía de dos habitaciones. En la primera, la diminuta lámpara LED que colgaba del techo proyectaba su desapacible luz mortecina sobre una mesa de madera cubierta de cuchilladas.

—Hay un hornillo —añadió Charlene, dubitativa.

En la otra habitación, un par de colchones desvencijados se encargaban de ocultar el suelo por completo.

A través de las paredes se filtraba el murmullo de las conversaciones y los programas de entretenimiento. La mezcla de melodramas y vídeos musicales que resonaba en los lastimosos altavoces de las tabletas hackeadas de origen chino se mezclaba con los distintos idiomas y acentos de los refugiados. Personas procedentes del Golfo, desterradas por los huracanes. Personas procedentes de los Estados de los Cárteles, ahuyentadas por la sequía y la violencia de los narcos. Personas arracimadas que esperaban algo mejor, encajonadas entre los implacables muros de la Ley de Independencia y Soberanía Estatal.

—Os he traído sábanas —concluyó Charlene.

—Bien —replicó Lucy—. Mejor que bien. Estupendo.

Un bebé lloraba en la vivienda de al lado. Sus berridos trepanaban las paredes.

—Os podéis quedar con toda la ropa que se dejaron los antiguos inquilinos. — Charlene apuntó con el dedo a una montaña de bolsas de basura de plástico y maletas abandonadas—. Hay cosas de calidad ahí dentro. A la última. De diseño y la hostia. —Sonrió de oreja a oreja, desplegando todos los dientes que le faltaban—. Te puedes vestir tope elegante. Prada, Dolce & Gabbana, Michael Kors, YanYan... hay de todo. Yo me hago trapos con la mayoría, pero si encuentras algo que te guste...

—¿De dónde sacas tantas cosas?

—La gente las tira. No pueden llevárselo todo cuando cruzan a Cali o intentan llegar al norte. Oye, ¿seguro que no prefieres quedarte conmigo? —preguntó Charlene—. Tengo una casa de verdad. No hace falta que duermas en esta pocilga.

«¿Tú crees?»

Del piso okupa de abajo ascendió una vaharada que olía a huevos recalentados. Lucy prácticamente podía sentir la opresión de la humanidad que pesaba sobre ella, claustrofóbica. Pero el cuchillo de agua se había mostrado inflexible al respecto: necesitaban un refugio ilocalizable.

—Esto es perfecto, no hace falta que te preocupes. Necesito un sitio tranquilo, eso es todo. —Lanzó una miradita elocuente a Charlene—. Un sitio lejos de las personas que conozco.

—Ya. Vale, lo entiendo. Pero, a título informativo nada más, no es el mejor momento para rodearse de tejanos. Andan todos de uñas con eso de los cadáveres de los Coyotes Asesinos que han desenterrado en el desierto. —Se encogió de hombros—. Se lo han tomado como algo personal.

—¿Personal hasta qué punto?

—Hasta el punto de saltar a la mínima. Si ves que las cosas empiezan a ponerse feas, tú sal zumbando, no te digo más.

—¿Debería tener cuidado con algo en particular?

—Qué sé yo, cualquier excusa es buena para liarla. Las discusiones en la cola del surtidor están a la orden del día. A veces aparece alguna banda e intenta darles una lección a los tejanos, con los consiguientes disturbios. Con no tener que fregar tu sangre del suelo, me conformo. No bajas la guardia.

—No lo haré.

Charlene, sin embargo, seguía mostrándose titubeante.

—¿Te inquieta algo?

Charlene la observó de reojo antes de articular lo que Lucy comprendió que había estado reuniendo valor para decir durante todo este tiempo:

—No sé qué artículo habrás escrito para cabrear a tanta gente... —Levantó las manos—. Ni quiero saberlo. Pero no olvides que este es el territorio del Vet. Por aquí todo el mundo le lame las botas a ese psicópata, se entera de todo. Les regala botellas de agua y golosinas a los chavales para que lo mantengan al corriente de lo que pasa. Nunca se sabe a quién puede tener en nómina.

Lucy pensó en los niños del piso okupa de abajo. En la solemnidad con la que la habían observado mientras subía por la escalerilla junto a Charlene.

—No tiene nada que ver con los narcos —dijo—, por si te lo estabas preguntando. No me he metido con ningún narco.

Charlene no ocultó el alivio que le produjeron esas palabras.

—Fiú. Vale. En tal caso, no creo que le moleste. —Asintió con la cabeza, complacida, y le entregó a Lucy las llaves del candado de la trampilla—. Te puedes quedar aquí todo el tiempo que quieras. —Rebuscó en los bolsillos de sus vaqueros y sacó otro juego de llaves—. También te he conseguido un carro. Dijiste que lo necesitarías, ¿verdad? —Lucy empezó a darle las gracias, pero Charlene la atajó con un gesto—. Es una tartana de Metrocar, pero te hará el apaño. Y es híbrido pero la batería no recarga, así que procura no quedarte sin gasolina. Tampoco te fíes de lo que marque el depósito. Está hecho un desastre. Si te das un paseo hasta Guadalupe, allí encontrarás un viejo Target. El Vet tiene gente que vigila los coches en el aparcamiento, y yo tengo un trato con ellos. Evitarán que te lo desmonten para chatarra hasta que lo necesites.

—Charlene, eres asombrosa.

Charlene soltó una carcajada.

—Bueno, todavía tiene las matrículas de Texas, así que no me des mucho las gracias. Te juro que es como si anduviera con una diana en la espalda cuando conduzco ese trasto. No te creerías la de miradas asesinas que me lanza la gente. —Sacudió la cabeza—. Nunca me había parado a pensar seriamente en la puta mierda que es ser tejano hasta que me puse al volante de ese condenado cacharro.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Como todo. Inquilinos. Se lo compré antes de que siguieran su camino hacia el norte. —Se encogió de hombros—. Es un truño, pero pensé que podría vendérselo al desguace. Además, me daban mucha pena. Viajaban con un par de críos, así que estaba claro que cruzar la frontera iba a salirles por un ojo de la cara. No tuve estómago para regatearles demasiado. Es una mierda como una casa, eso sí.

—Me vendrá de perlas.

—A ver si todavía dices lo mismo cuando te pase rozando la primera bala.

Dicho lo cual, Charlene bajó por la escalerilla y se fue, seguramente a dismantelar más casas abandonadas en los suburbios y transportar los materiales saqueados a los alrededores de las bombas de ayuda humanitaria, donde construiría aún más campamentos okupas, contribuyendo así a ampliar la ya de por sí desparramada y dispersa periferia de Phoenix.

Lucy echó otro rápido vistazo al piso. Charlene tenía un don para la construcción, eso había que reconocerlo. El improvisado apartamento contaba incluso con una diminuta ventana. Se asomó al cristal, cubierto de churretones y polvo. El emplazamiento era bueno, cerca del surtidor, y con vistas a la parte de atrás, cuya puerta comunicaba con el callejón que se extendía entre las viviendas apiladas. Aun con las limitaciones propias de un arrabal tan superpoblado como ese, era posible ver si se acercaba alguien.

Minutos después de que Charlene se marchara, Lucy divisó al cuchillo de agua, abriéndose paso entre la multitud que rodeaba la bomba.

Lo perdió de vista y volvió a encontrarlo, apoyado ahora en una pared. Rumiando un mondadientes, atento. Su inmovilidad era tal que la mirada de Lucy no dejaba de desviarse hacia cualquier otro tipo de actividad: los vendedores de alimentos, la gente que hacía cola ante el surtidor, los que exponían barritas energéticas y raciones humanitarias del mercado negro en mantas extendidas alrededor de la plaza.

El hombre sencillamente se mimetizaba con el entorno. Se había sentado junto a otra pareja de hombres y, mientras Lucy lo observaba, se inclinó hacia ellos y consiguió que uno le diera fuego a cambio de tabaco. Después les ofreció el cigarrillo encendido a su vez, compartiéndolo, y en ese momento se desvaneció por completo. Ya no era ningún individuo solitario, sino que formaba parte de un colectivo; tres amigos sentados con la espalda apoyada en la pared, conversando apaciblemente. Uno más, invisible. Podría haber sido cualquiera. Mexicano, tal vez. Quizá tejano. Un

jornalero. Uno de los matones a sueldo del Vet. O a lo mejor nada más que un padre de familia cansado, camino del norte, desesperado por salir un rato del cajón en el que vivía y alejarse de los llantos de su bebé. Tan solo otra persona cubierta de polvo cualquiera, con sus penurias a cuestas y, por eso mismo, invisible.

El sol comenzaba a ponerse, una llameante bola roja sobre el humeante y polvoriento horizonte. La gente volvía de trabajar. Hacía cola para comprar sus litros de agua. Algunos llenaban las botellas que acarreaban y regresaban al final de la fila para evitar los elevados precios resultantes de bombear grandes volúmenes.

Lucy había dedicado los últimos diez años a documentar la vida de estas personas, y ahora era una de ellas. Parte de la historia, como siempre había sabido que acabaría ocurriendo.

Anna le habría dicho que era una imbécil. Incluso Timo, que se pasaba tanto tiempo rodeado de muerte, por lo menos había aprendido a nadar al filo del remolino sin permitir que este lo aspirara. Timo poseía un desarrollado instinto de supervivencia. Cuando las cosas se salían de madre, era el primero en largarse cagando leches.

Y aquí estaba ella, en cambio, sumergiéndose cada vez a mayor profundidad.

¿Qué era lo que andaba mal con ella? ¿Cómo podría explicarle a Anna que había acudido a la Taiyang tras el rastro de los últimos contactos de Jamie? ¿Siguiendo las pistas de una muerte que únicamente podrían ponerla en peligro?

«Tú solita te ataste a esa silla.»

Rememoró cómo le había contado a su torturador todo lo que sabía, desenterrando hasta el último detalle de su memoria, desesperada por detener su sufrimiento. Se sintió sucia ahora, al pensar en su afán por congraciarse con él, por satisfacerlo con sus recuerdos.

«Tienes buena memoria», le había dicho el hombre.

Y después había reanudado el castigo.

«No es nada personal.»

Aquello era lo más espantoso de todo. No era nada personal. No tenía absolutamente nada que ver con ella. Para él Lucy no era más que un pedazo de carne con boca que podría proporcionarle o no la información que buscaba.

Y a pesar de todo seguía sin cejar en su empeño, aun después de haber visto lo peligroso que era. Anna no lo entendería jamás.

Llamaron a la trampa. Lucy franqueó el paso al asesino de Julio. Se movía con rigidez, pero no se quejaba del dolor. Se limitó a examinar el piso, entrando y saliendo de cada una de las habitaciones.

—Háblame de la doña que te ha dejado este sitio.

—Charlene es legal. Hace mucho que la conozco. Me fío de ella.

—También yo me fiaba de Julio.

El hombre se acercó a la ventana y oteó los alrededores del surtidor, a sus pies.

—Estás paranoico.

—Soy paranoico —replicó él, con una sonrisita burlona—. Julio sabía muchas cosas de mí. Conocía los códigos de identificación de mi coche. Conocía uno de los alias que utilizo cuando vengo aquí abajo.

—¿Cómo te llamas, por cierto?

El hombre se encogió de hombros.

—Como tú prefieras.

—¿De verdad?

El hombre volvió a registrar el piso.

—Aquí no creo que vayas a encontrar ningún micro.

—No busco micros. Háblame de tu amiga. ¿Quién es?

—Hace años escribí un reportaje sobre ella —dijo Lucy—. Desmantela edificios para reutilizar los materiales. Me ayudó a conseguir mis paneles solares. Es de fiar, en serio.

—¿Quieres decir que te ayudó a robarlos? —El hombre dio una vuelta arrimándose a las paredes, deteniéndose de vez en cuando para pegar una oreja a la madera de segunda mano—. Y yo que pensaba que eras de los buenos. —Sacó la pistola y usó la culata para dar unos golpecitos en el tabique de cartones prensados, escuchando el sonido hueco con atención. Se dirigió al dormitorio y pisó los colchones para tantear las paredes también allí.

—Charlene lo llama reutilizar —replicó Lucy, a su espalda.

—¿Ah, sí?

Todavía recordaba cómo había bajado los paneles de un tejado al amparo de la noche, con el corazón martilleando en su pecho. Esperando que los agentes de la Patrulla Basura la pillaran de un momento a otro, ensayando mentalmente las excusas que podría darles.

—Charlene dijo que no me permitiría escribir sobre ella a menos que la acompañase y la ayudara a hacer su trabajo. Antes de coger los paneles solares ignoraba que su intención fuese dárme los.

—El reportaje te dejó una buena propina, entonces.

—Procuro que los profesores que tuve en la escuela de periodismo se sientan orgullosos de mí.

El hombre salió del dormitorio y volvió a asomarse al agrietado cristal de la ventanita, examinando el cable eléctrico de confección casera que salía del poste de la luz, atravesaba la ventana y desembocaba en una heterogénea colección de enchufes para, a partir de ahí, extenderse en todas direcciones a través de los agujeros perforados en el suelo, el techo y las paredes, distribuyendo la corriente entre el resto de los apartamentos amalgamados.

—¿Y ahora es la casera de este sitio?

—Estos alojamientos los empezó a construir hará un par de años. La gente necesitaba vivir cerca de los surtidores. Muchas personas ya no pueden permitirse el lujo de mantener un vehículo, así que buscan sitios que les pillen cerca de alguna

parada de autobús y donde puedan conseguir agua sin tener que caminar demasiado.

—¿A quién tiene que untar?

—Hay un gánster al que llaman el Vet. Este es su territorio. ¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—Había un cholobi con Julio. Ignoro de dónde salió. Quizá solo fuera un matón, quizá Julio tuviese otros amigos. Quizá esos amigos quieran vengar su muerte.

—De todas formas, no sabrían nada de nuestra existencia.

—A menos que Julio hubiera hablado con alguien. —El hombre no dejaba de dar vueltas por el piso. A Lucy empezaba a sacarla de quicio. Era como un perro extraño, venga a husmear. De repente se quedó inmóvil en el centro de la habitación. Escuchando—. No sé. Este sitio me pone nervioso.

—Sí que eres un paranoico. Si querías desaparecer del mapa, esto es perfecto.

—Es que no paro de pensar en Julio, y no me gusta. Me he desembarazado del coche y he destruido mi móvil.

—¿El Tesla?

—Alguien estará paseándose con él por toda la ciudad ahora.

—Lo dices en serio... ¿Te has deshecho de ese cochazo? Charlene te lo habría comprado.

El hombre meneó la cabeza.

—Ni hablar. No quiero que nadie relacione ese trasto conmigo.

—Estás paranoico, en serio.

—No. Estoy vivo. —El hombre se acercó a la portezuela y se asomó a la creciente oscuridad—. Servirá —dijo, al cabo, y la cerró con gesto decidido. Aseguró el lugar pasando el candado por los ganchos de la cara interior de la trampilla. Si se hubiera tratado de Sunny, con esa cara, a estas alturas ya habría conseguido mearse en todos los neumáticos y en todas las bocas de incendios en un radio de cien metros a la redonda.

Sobresaltada, Lucy cayó en la cuenta de que Sunny todavía estaba en casa.

—Mi perro.

El hombre le lanzó una mirada de advertencia.

—Pídele a otro que vaya a echarle un vistazo. Pero que sea alguien que no conozca nuestro paradero.

—¿Qué crees tú que pasará ahora?

—No lo sé. —El hombre sacudió la cabeza, frustrado—. Ojalá tuviera más información acerca de lo que hacía Julio aquí abajo. Estaba dispuesto a matar a su propio compañero a cambio de dinero, lo que me lleva a pensar que también estaría dispuesto a hacer otras cosas. Quizá hubiera vendido su red de contactos a los calis. Quizá se hubiera asociado con algún narco... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire mientras paseaba la mirada por el piso—. Servirá —repitió, más que nada para sí mismo.

Se instaló en una silla, colocó el portátil del difunto cali encima de la mesa y

empezó a toquetearlo.

—¿Sabes ya lo que estás haciendo?

—Nada, comprobar unas cosas.

—Mira... —Lucy hizo una pausa.

«Pero ¿qué narices hago yo con este tío?»

—No puedo ayudarte sin saber al menos cómo te llamas. Miente, si te apetece, pero proporcióname un nombre. Lo que sea.

El cuchillo de agua levantó la cabeza y la miró, con la sombra de una sonrisa aleteando en los labios.

—Vale. Puedes llamarme Angel.

—¿En serio? —Lucy estuvo a punto de tomárselo a broma, pero vio algo en los ojos del hombre que le hizo cambiar de opinión. «Se llama así de verdad»—. Angel.

—Angel —repitió el hombre, pronunciándolo en español esta vez. Al percatarse del escepticismo que denotaba la expresión de Lucy, añadió—: Mi madre debía de pensarse que iba a salirle mejor de lo que le salí al final.

—¿En México?

—Hace mucho. —El hombre se quitó la chaqueta, despacio, con un rictus de dolor. El vendaje improvisado por Lucy estaba teñido de sangre seca, oxidada. No parecía importarle. Volvió a concentrarse en el ordenador.

—Y perteneciste a una banda —insistió Lucy—. Como demuestran esos tatuajes.

—Hace mucho —repitió él, sin levantar la cabeza—. Pero no en México.

—Y ahora eres cuchillo de agua.

El hombre se encogió de hombros mientras continuaba manipulando el ordenador.

—¿Todavía ves a tu madre?

—Murió.

—A ver si lo adivino... ¿Hace mucho?

Lucy no obtuvo respuesta.

Menuda conexión, la suya. Se acercó a la ventana y se entretuvo contemplando el tráfico que rodeaba el surtidor. Personas yendo y viniendo. Tejanos haciendo cola con jarras vacías. Gente tumbada al calor del pavimento, conformándose con un trocito de acera cerca del agua.

—No consigo entrar en esto. ¿Conoces por aquí a alguien que se dedique a la seguridad informática?

Lucy lo observó de reojo, sorprendida.

—Pensaba que tú tendrías un montón de contactos de esos.

—Ayer te habría dicho que podía conseguir lo que necesitara, cuando lo necesitara. Ahora tengo el presentimiento de que este sitio está infestado de topes. Si recurro a alguien de la antigua red de contactos de Julio, podría llamar una atención que no nos conviene. Así que, ¿sabes de alguien que nos pueda abrir esto o me tengo que llevar el ordenador a Las Vegas tan solo para ver lo que hay dentro?

Lucy frunció el ceño.



—Tengo un amigo. Trabaja para los hemopasquines. Quizá él sepa de alguien.

—¿El tal Timo?

—Ese mismo.

—Pero que sea discreto, ¿de acuerdo? No me apetece salir en ninguna primera plana.

—¿Te fías de mí o no?

Lucy obtuvo una sonrisita por toda respuesta.

Maria observó a Toomie, que volvía a casa después del trabajo, traqueteando por la calle mientras el sol rojo, abrasador, se hundía sobre la subdivisión abandonada.

Jamás en toda su vida se había alegrado tanto de ver a alguien. En aquel momento le gustó hasta el último detalle relacionado con Toomie. Su calva, resplandeciente al sol. Su vapuleado carrito de pupusas, con la sombrilla roja y blanca atravesada en lo alto. Su delantal, el cual se había quitado y había doblado con esmero, con lo que no era más que un hombre cualquiera vestido con holgados pantalones vaqueros que empujaba su carro. Incluso la rueda descentrada, que no dejaba de traquetear, componía música para sus oídos.

Toomie se sobresaltó al verla sentada en el escalón de su entrada, pero no reaccionó como si le extrañara verla allí. Se acercó y se sentó a su lado con un gruñidito.

—Hola, princesa.

Había delicadeza en su voz, como si no quisiera hostigarla. Como si supiera ya que las cosas se habían torcido para ella. Le ofreció agua de una botella con la etiqueta de Coca-Cola raspada. Agua que en realidad era la que pensaba beberse él, como bien sabía Maria. Recogida en los surtidores más próximos a la ciudad, antes de emprender el largo camino hacia mitad de ninguna parte.

Maria la sorbió con cuidado, esforzándose por contener su ansia, combatiendo la avidez que sentía.

Sabía lo que veía Toomie. Otra mocosa patética, intentando hacerse pasar por mujer. Maria secó la boca de la botella con la palma de la mano y se la devolvió. Mientras Toomie la recogía, se fijó en lo grandes que eran sus manos. Manos que habían construido casas. Estas casas.

Toomie bebió un sorbo de la botella y se la ofreció de nuevo.

—Adelante. Tengo de sobra.

Maria sacudió la cabeza.

—Sarah está muerta.

Le sorprendió que no se le truncara la voz. Se sentía desgarrada por dentro, hecha añicos, pero tenía los ojos secos como la arena. Era como si su cuerpo supiera que el porvenir todavía le deparaba demasiado dolor para malgastar ahora sus lágrimas. Como si supiera que las iba a necesitar más adelante.

Toomie encajó la noticia sin manifestar ninguna sorpresa. Cuando el silencio se prolongó, dijo:

—Sarah era esa chica que siempre iba contigo, ¿verdad?

—Sí. La del culo escurrido. Una vez me dijiste que no estaba jugando bien sus cartas. —Maria se encogió de hombros—. Debería haberte hecho caso.

Toomie se quedó callado un buen rato.

—Lo siento.

Maria sabía que estaba fijándose en ella. Como sabía también que, a ojos de Toomie, su exiguo vestido negro y sus tacones de aguja significaban que ella había empezado a jugar a lo mismo que Sarah.

Contempló obstinadamente la calle polvorienta, sin pestañear, evitando la mirada de Toomie. No le apetecía ver en sus ojos lo que opinaba. Ni de su atuendo, ni de Sarah, ni de lo estúpida que había sido. No quería ver a nadie juzgando a Sarah.

«Lo siento», pensó, disculpándose con su amiga. Su novia. Su... «Lo siento.»

Maria hundió los hombros y se encorvó, sintiéndose diminuta y vulnerable con su vestido de fiesta, sentada junto a ese gigantón con su camisa pulcramente abotonada. Ese hombre que, de alguna manera, se las apañaba para mantener el orden en todo cuanto le concernía. Era como una isla de calma en medio del caos. Incluso ahora, cuando todo a su alrededor se desmoronaba, Toomie exudaba una serenidad que ella llevaba años sin experimentar.

—Tenías razón —insistió Maria—. No debería haber ido con ella.

—Lo siento —repitió Toomie por toda respuesta.

—¿Por qué lo sientes? —replicó Maria—. No fuiste tú el que le metió una bala en el cuerpo. Ella solita se buscó que la reventaran a tiros, por zorra y por gilipollas.

Toomie se echó de golpe hacia atrás, como si acabasen de abofetearlo.

Maria no pretendía ahuyentarlo, pero tampoco lo podía evitar. Era como si deseara suscitar en él alguna reacción. Que la castigara. Que la insultara. Que la humillara. Que reaccionara de alguna manera, como fuese, en vez de quedarse allí sentado sin más.

Le lanzó una mirada iracunda.

—Se jodió ella sola, ¿no? Ella misma ponía su culo a la venta y al final le dieron por él. Se lo merecía. Otra furcia tejana sin dos dedos de frente, ¿verdad? Le está bien empleado, por imbécil.

—No —dijo Toomie, con delicadeza—, ella no tuvo la culpa de nada. Y no, tampoco se lo merecía.

—Se dedicaba a vender su cuerpo, y ahora está muerta.

Toomie apartó la mirada. Empezó a decir algo, pero se contuvo. Quiso hablar de nuevo. Silencio. Al final, se limitó a exhalar un suspiro y dijo:

—No ha sido así siempre.

—Hablas como mi padre —se carcajeó Maria, mordaz—. Siempre estaba diciendo que antes las cosas eran distintas. Que tarde o temprano todo volvería a la «normalidad».

De repente se sentía furiosa. Con Toomie, con su padre y con todos los que hablaban de cómo eran antes sus vidas, pero nunca de cómo eran ahora.

—Sí que ha sido así siempre —dijo—. Y siempre lo será. Siempre.

Descubrió que ahora sí que podía mirar al viejo directamente a los ojos, sin importarle lo desnuda que se sentía con el vestido que le prestara Sarah; ni lo mucho que le dolían los pies, embutidos en aquellos zapatos de tacón; ni el modo en que

había permitido que su amiga muriera sola porque ella no fue capaz de esconderla bajo la cama a tiempo, no fue capaz de salvarla, y quizá se alegrara incluso de que Sarah hubiese estado allí para recibir aquellos disparos, porque si no hubieran descubierto y asesinado a Sarah, habrían seguido buscando a las chicas a las que pertenecía toda aquella ropa desperdigada por todas partes, y entonces Maria también estaría muerta.

—Es como si no pudieras ver lo que está pasando. Hablas de cómo eran antes las cosas, pero yo no entiendo a qué te refieres. Tuvieras lo que tuvieses entonces, es algo que yo no he tenido nunca.

—No pretendía... —empezó a decir Toomie, pero Maria levantó la voz para silenciarlo.

—Todas las personas que conozco están muertas. Mi madre, mi padre, ahora Sarah... y... y... —Se le escapó un hipido. Un sollozo.

«Estoy tan cansada...»

—Y... —No le salían las palabras. Por fin había llegado el dolor. Todo, de golpe, inundándola. Desbordándola.

Empezó a llorar por todo cuanto había perdido. Por Sarah. Por su familia. Por su soñada casita perfecta en Texas. Las literas. La escuela. La preocupación de si alguna vez le permitirían comprarse un sujetador deportivo. La duda de si Jill Amos querría ser o no amiga suya. La expectación del baile de fin de curso. Detalles insignificantes, estúpidos. Todo aquello ya se había esfumado.

Cuanto quedaba ahora era exclusivamente ella. Maria Villarosa. El último vestigio de todo cuanto habitaba en su memoria. Una personita sentada en el corazón de una ciudad devastada junto a un viejo negro que la observaba apenado y era lo más parecido a un amigo o a un familiar que le quedaba en el mundo entero.

Toomie le pasó un brazo por los hombros.

Al contacto, los sollozos de Maria arreciaron. Así de insoportable era el alivio que le producía su abrazo.

Su llanto amainó, a la larga, y cesó. Maria apoyó la cabeza en el pecho de Toomie, sintiéndose agotada y vacía por dentro.

—Lo único que quería era ganar un poco de dinero —susurró—. Perdí el dinero de Sarah, así que se lo debía. Ahora le debo un montón de dinero al Vet.

—Chis —dijo Toomie—. Tú no tienes la culpa de nada.

Sus palabras consiguieron que Maria rompiera a llorar otra vez.

Un rato después, por fin, sus lágrimas se secaron del todo. El dolor era una roca dura, carbonizada. Podía sentirlo dentro de ella. No había desaparecido, sino que parecía haberse enterrado en su seno, bajo sus costillas. Desactivado pero latente.

Maria se reclinó contra Toomie. Dejaron transcurrir el tiempo en silencio.

El sol carmesí se hundía sobre los hogares saqueados que Toomie había erigido con sus grandes manos y su optimismo. A Maria le sorprendió sentirse a salvo. Se preguntó por el origen de aquella sensación, por qué la sobrevenía ahora, y hasta

cuándo se prolongaría. Al final, decidió que carecía de sentido hacerse tantas preguntas.

Una figura canina cruzó como una exhalación la calle desierta. Un coyote, que se perdió de vista por un callejón. Corría con agilidad, una mancha borrosa sus patas en movimiento. Pardo y gris, decidido y esbelto. Surcando veloz el ocaso creciente.

Toomie se revolvió ligeramente.

—La guardia está por ahí. —Apuntó calle abajo con un dedo.

—¿Hay muchos? —preguntó Maria.

—Cuatro o cinco, por lo menos. —Toomie se quedó callado un momento—. Pensaba vender esa casa por 359.000 dólares. Ahora intento averiguar la manera de conseguir que un puñado de criaturas salvajes me paguen el alquiler.

Como chiste dejaba mucho que desear, pero Maria se rio de todas formas. Lo miró.

—Me... —empezó a preguntar, pero se descubrió incapaz de pronunciar las palabras. Torció la cabeza para no verle los ojos—. Me preguntaba si te... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire, demasiado azorada para continuar.

Su padre siempre había dicho que uno debía ser capaz de sostenerse en pie por sí mismo, sin suplicar. Sin pedir favores.

—Me preguntaba si te importaría que me quedase contigo —farfulló atropelladamente. Apretó los labios con fuerza durante un momento, antes de añadir —: Tengo algo ahorrado, te lo podría dar. Puedo trabajar. Puedo ayudar. Haré... Puedo hacer lo que sea preciso. —Lo abrazó—. Puedo... —«Haré todas las cosas que Sarah me dijo que debería hacer»—. Te...

Toomie la apartó de un empujón.

—No. Ya hemos hablado de eso.

—Perdona. No debería haber... Siento que...

—No te creas que no me siento halagado. —Toomie sacudió la cabeza—. Si fuese más joven, o quizá si tuviera menos principios, entonces sí, claro, en menos que canta un gallo. —Se rio con expresión azorada—. Pero no.

—Me voy —dijo Maria, sintiéndose como una imbécil.

Toomie adoptó una expresión de perplejidad.

—¿Y eso por qué?

—No me quieres. Lo entiendo.

—Joder, chiquilla. Pues claro que sí. —Estiró un brazo y la estrechó contra él—. Por supuesto que te quiero. Pero no así. Quiero que consigas todo lo que te mereces. Quiero que te labres un porvenir. Y una vida. Quiero que salgas de aquí.

Maria soltó una risita desprovista de humor.

—Hablas igual que mi padre. No hay ninguna salida. El Vet vendrá a por mí, y cuando me pille, me echará de comer a sus hienas.

—Bueno, eso ya lo veremos. Conozco a unas personas que podrían ayudarte a largarte de aquí. A cruzar la frontera.

Maria rebuscó en el bolso.

—No tengo dinero para eso. —Escarbó en el bolso de la mujer muerta, apartando a un lado la Biblia empapada de Ratan, y sacó los yuanes que le había dado el hombre de la cicatriz—. Este es todo mi capital. Habría más si me hubieran pagado, pero por si sirve de algo...

Por alguna razón, aquello hizo que la expresión de Toomie se tornara todavía más apenada.

—Debería haberte acogido en cuanto murió tu padre.

—¿Por qué?

La mera idea de que pudiera haber habido alguien que se ocupara de ella volvió a dejarla con el corazón en un puño.

—No dejaba de pensar que podría ayudarte —suspiró Toomie—. Te veía en la calle y pensaba que lo haría. Pero tenía miedo. Así que no dejaba de posponerlo. No quería hacer ninguna promesa que no fuese capaz de cumplir. No quería decepcionarte. Me parecía que ya eran demasiadas personas las que te habían prometido de todo para luego dejarte en la estacada.

A Maria le sorprendió ver que a Toomie se le habían empañado los ojos.

El hombre tomó las manos de Maria entre las suyas, envolviéndolas firmemente junto con el dinero que sostenían.

—Vamos a sacarte de aquí —declaró, con vehemencia—. No vas a morir aquí abajo, y puedes estar segura de que tampoco vas a seguir viviendo aquí. No si yo puedo hacer algo al respecto, por lo menos. —Toomie se levantó y le hizo una seña—. Vamos, adentro, te encontraremos un hueco. Trazaremos un plan. Nos tomaremos nuestro tiempo y pensaremos bien las cosas. Será algo práctico. Nada de fantasías. Buscaremos a alguien que te lleve al otro lado del río. Tú déjame a mí.

Maria se lo quedó mirando fijamente, desconcertada. Era como si le hubiera lanzado un hechizo, un sortilegio que lo impelía a cometer disparates. Nada de cuanto decía tenía el menor sentido. ¿A qué venía ese repentino afán de ayudarla?

«Deja de preocuparte por eso. Alégrate.»

Esa era la voz de Sarah. Pragmática. Sarah siempre aceptaba lo que le ofrecían, sin preguntarse por qué.

«Y mira cómo ha acabado.»

A pesar de todo, Maria siguió a Toomie al interior de la vivienda y dejó que le friera una pupusa en el hornillo de la cocina. Después se limitó a observar mientras le preparaba la cama en uno de los muchos dormitorios vacíos que había en la casa.

—¿Por qué? —preguntó finalmente—. ¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? Es absurdo. No soy tu mujer. No somos familia.

—Todos estamos emparentados. Todos somos los guardianes de nuestros hermanos. A veces se nos olvida. Cuando todo se desmorona, es fácil que la gente lo olvide. Pero ¿al final? Todos estamos en el mismo barco. Sí que somos familia, Maria. No albergo la menor duda al respecto.

—La mayoría de la gente no opinaría lo mismo.

—Ya. —Toomie exhaló un suspiro—. Verás, una vez conocí a un indio. Un tipo escuálido, había recorrido un largo camino desde su país. No tenía esposa, ni familia de ningún tipo. Quizá se hubieran quedado en la India, no lo recuerdo. En cualquier caso, en cierta ocasión me dijo algo que se me quedó grabado: que aquí, en Estados Unidos, la gente está sola. Todos estamos solos. Nadie confía en nadie más que en sí mismo, solo confiamos en nosotros mismos. Por eso, decía, esperaba que la India sobreviviera a toda esta mierda del apocalipsis, mientras que Estados Unidos no. Porque aquí nadie sabe quiénes son sus vecinos. —Se le escapó una carcajada—. Todavía recuerdo cómo meneaba la cabeza a un lado y a otro mientras hablaba. «Nadie conoce al vecino.»

Toomie se encogió de hombros.

—Decía que esta ciudad era el lugar más frío en el que hubiera vivido nunca y, cuando veía los arrabales, no se explicaba por qué sus habitantes no colaboraban y construían algo juntos, por qué no se apoyaban más los unos a los otros. Sospechaba, añadió, que tal vez fuera porque en Estados Unidos todo el mundo había dejado su hogar atrás, en otros lugares. Quizá por eso se nos hubiera olvidado lo que significaba tener vecinos.

Maria pensó en su hogar. En su antigua vida. En los amigos de la escuela a los que llevaba años sin ver. En las personas con las que había viajado en pos del sueño que alimentaba las esperanzas de su padre. En la California a la que no habrían de llegar nunca. Recordó a Tammy Bayless, despidiéndose de ella con la mano cuando su familia y ella compraron su pasaje al norte porque tenían el dinero necesario, mientras que Maria no. Tammy le había regalado toda su ropa, puesto que ya no podía llevársela, mientras sus respectivos progenitores esperaban con impaciencia, azorados por la brecha que acababa de abrirse entre sus hijas.

—No tengo niños —dijo Toomie—. Mi esposa o yo, no lo sé. Nunca nos preocupamos de investigar por qué no podíamos... Da igual. —Se encogió de hombros—. Pero, si los hubiéramos tenido, seguramente serían como tú. De tu edad, quizá un poquito mayores. —Indicó la ventana con un gesto—. Y este es el mundo que les habríamos legado. Los querríamos a rabiar, pero los habríamos traído al infierno.

Suspiró.

—Nada más verte, supe que debería haberte acogido. Pero tenía miedo. Me asustaba... —Se encogió de hombros—. No sé, que no tendría suficiente para compartirlo contigo. Que no saldría bien. Quizá por eso no llegamos a tener hijos, en realidad. Resultaba mucho más sencillo no exponerse al fracaso.

Salió de la habitación y regresó con algo de ropa. Una camiseta de hombre que le quedaba como una tienda de campaña a Maria.

—No es de tu talla, pero al menos está limpia.

Maria se la pasó por la cabeza y se quitó el vestido de fiesta de Sarah, que se

desprendió de su cuerpo como la piel de una serpiente. Cuando golpeó el suelo, se alegró de haberse librado de él.

Toomie sonrió al verla con la camiseta.

—Te encontraremos ropa de verdad. Mi esposa no era mucho más alta que tú. Más gruesa, eso sí. Abriré sus cajas esta noche.

—¿Toomie?

—Dime.

—¿Qué ha cambiado? ¿Por qué me ayudas ahora?

—Joder. —El hombre sacudió la cabeza—. Qué sé yo. Se piensa uno que lo más fácil es aislarse de todo. Mirar para otro lado. Pero ¿sabes?, empiezo a creer que lo único que hacemos es intentar engañarnos. Un poquito de amabilidad no le hace daño a nadie. Siémbrela, y a ver qué cosechas. Si tuviera hijos, te aseguro que rezaría para que alguien se ocupara de ellos. Para que nadie estuviera tan ocupado consigo mismo para consentir que les pasara alguna desgracia. Una y otra vez, sin hacer nada al respecto.

Se dirigió a la puerta.

—¿Necesitas luz por la noche? Tengo un cacharrito solar.

Maria le lanzó una miradita cargada de reproche.

—Eso es para los críos.

—Ah. —Toomie pareció entristecerse de nuevo, pero no dijo nada más. Asintió con la cabeza y se fue.

Maria se tumbó en el colchón. Por la ventana abierta entraba una brisa cargada con el olor de las fogatas y de las cenizas de los bosques que ardían en las montañas lejanas. Puntitos llameantes, rutilantes como estrellas.

—Por la mañana nos vemos —llamó Toomie desde otra habitación.

—Oye, Toomie —dijo Maria.

El gigantón regresó.

—Dime, princesa.

—Que gracias.

—No, princesa —replicó Toomie—. Gracias a ti.



Lucy se reunió con Timo en un club que acababa de ser el escenario de un tiroteo. Luces estroboscópicas rojas y azules, policías por todas partes, un hervidero de actividad... y Timo en medio de todo ello, inmortalizando la sangre derramada sobre el pavimento, viscosa ya, evaporándose a marchas forzadas a causa del aire, seco y caliente.

Los cadáveres que yacían desperdigados componían un cuadro heterogéneo. Mujeres con escotes de vértigo y acompañantes que, por su aspecto, se dividían en narcotraficantes y calis de turismo en los bajos fondos se peleaban por ver algo tras los cordones policiales, curiosos y parlanchines mientras la policía intentaba tomar declaración a los testigos.

—Esto tiene mala pinta —dijo Timo—. A los chinos no les gusta que el fuego cruzado se lleve a uno los suyos. —Inclinó la cabeza en dirección a la horda de agentes de policía—. El ayuntamiento intenta dar la impresión de que todo está controlado, pero me extrañaría que los de relaciones públicas tuvieran en mente utilizar una ristra de cadáveres para ilustrar la campaña de RENACE PHOENIX.

Lucy paseó la mirada por el montón de cadáveres diseminados hasta encontrar al chino en cuestión. Acaudalado, sin duda, tendido encima de un charco de sangre, con las gafas con visor de datos Ray-Ban ONU hechas añicos sobre la cara. Una mujer yacía cerca de él, cubierta de alhajas, los dedos ensortijados de diamantes y una maraña de cadenas de oro en el cuello. Lucy no sabría decir dónde había recibido el impacto. Su aspecto era incólume, pero no se movía mientras su sangre y la de su acompañante confluían en un charco que empezaba ya a coagularse.

Lucy vio que tenían los dedos entrelazados. Habían muerto cogidos de la mano. Menudo estropicio.

Timo terminó de sacarle fotos al difunto chino.

—Demasiado fino para los hemopasquines, pero en Xinhua les encantan las historias ambientadas en una América sin ley. Si consigo enfocarlos desde el punto de vista de los chinos, debería sacarme un buen dinerito.

Lucy contó los cadáveres. Ocho... no, diez. Dios, once. Un batiburrillo de atuendos de gala y refugiados de aspecto andrajoso.

—Pero ¿aquí qué coño ha pasado? ¿Un ajuste de cuentas entre narcos o algo?

—Tejanos, aunque te cueste creerlo. Los muy pendejos están de uñas a cuenta de esa fosa común de los coyotes. En la zona oscura solo se habla de devolver el golpe. Crear milicias tejanas, equipos de protección mutua y mierdas por el estilo. Este es el cuarto tiroteo por el que me paso esta noche. Los de #SumaDeCuerpos no van a dar abasto hoy. Ni en toda la semana, seguramente. Los tejanos están empeñados en vengarse.

—¿De quién?

—Ni puta idea. Dice Flynn que el tiroteo este comenzó porque había alguien

haciendo cola para entrar en el club y, cuando abrió la boca, a alguien se le atravesó su acento. Tuvieron unas palabras. Se sumaron más tejanos al fregado, ya sabes, por solidaridad, y de buenas a primeras... ¡pum!, la gente empezó a caer como moscas.

—Un montón de moscas.

—Pues sí. Lo gracioso del asunto es que el responsable de todo esto todavía sigue con vida. El hijoputa ni siquiera es de Texas, sino de Atlanta, en Georgia, para colmo de males.

Lucy contempló fijamente los cuerpos. Una verdadera montaña de malentendidos. Era como si la ciudad fuera a hacer implosión en cualquier momento.

—¿Querías algo? —le preguntó Timo.

—¿Qué? —A Lucy le costó apartar la mirada de los cadáveres—. Ah, sí. Me preguntaba si no sabrás tú de alguien que pudiera entrar en un disco duro por mí.

—¿Buscas fotos comprometedoras o algo por el estilo?

Lucy sacudió la cabeza.

—Es personal. Solo necesito la contraseña.

—Conque personal, ¿eh? En fin, podría conseguir que alguien le echara un vistazo. —Le indicó que lo siguiera, por señas, y Lucy lo acompañó. Los polis les franquearon el paso, bromeando animadamente con Timo. Él y la brigada de homicidios, una alegre cuadrilla que brincaba de baño de sangre en baño de sangre. Disfrutando de su mutua compañía, rodeados de cadáveres desmadejados.

Aquello le hizo pensar en Torres, antes de que terminara protagonizando uno de los reportajes gráficos de Timo.

—No habrás reconocido al chino, por casualidad.

Lucy volvió a echarle un vistazo al cadáver.

—Pues no. ¿Por?

—No sé. Me da la impresión de que se han reunido más polis de lo que cabría esperar. Aun para tratarse de un espectáculo de relaciones públicas. —Inclinó la cabeza en dirección a la pareja de investigadores de homicidios con ropa de paisano que estaba interrogando a los testigos—. Los detectives no suelen darse tanta prisa por llegar a ningún escenario. Se me ocurre que podría tratarse de algo político.

—¿Y si lo fuera?

—Las fotos tendrían más valor. En Xinhua podrían estar dispuestos a pagar más de lo pactado, todo depende de que encuentre el enfoque adecuado.

—Lo miraré.

—Gracias.

Timo le arrebató el portátil de las manos y ahuyentó con un gesto al camarero cuando este se acercó a ellos. El hombre lo observó con cara de pocos amigos, pero se fue. Timo ya estaba examinando las fotos que tenía en la cámara, asintiendo con la cabeza para sí mismo. En los televisores instalados sobre sus cabezas, un par de cadenas informaban de las últimas noticias. La presa de Colorado había desaparecido por completo, al igual que todas las demás a partir de ella, río abajo.

Timo siguió la dirección de la mirada de Lucy y murmuró:

—Dios, menudo estropicio, ¿no?

Lucy asintió en silencio, fascinada. Estaban ocurriendo tantas cosas en su vida que se le había olvidado que, a su alrededor, el mundo seguía yéndose al carajo. Una buena porción de una ciudad llamada Delta parecía haber quedado completamente arrasada por las aguas, que habían salido del cañón disparadas, desplegándose en un abanico arrollador. Las imágenes aéreas daban cuenta y razón de la magnitud de la catástrofe.

—Habrás sido California, seguro —dijo Timo mientras trasteaba con el ordenador—. Esto es del gobierno —musitó. La miró de reojo, con preocupación—. No será de ningún poli, ¿verdad?

—No.

—Bueno, como si lo fuera. Le falta la llave.

—Por eso te quería ver.

Timo arrugó la nariz.

—No puedo entrar. Está diseñado para activarse mediante algún tipo de chip codificado, seguramente una tarjeta corporativa... o un teléfono, a lo mejor. Podría tratarse incluso de un alfiler de corbata, algo por el estilo, cualquier cosa serviría para transmitir la información. El código entra por un lado y sale por otro. Si tienes la llave, funciona. Y si no, pues no.

—¿No hay ninguna manera de entrar sin la llave?

Timo se encogió de hombros. Volvía a mirar la tele.

—¿No te da nunca la impresión de que todo se está yendo a la mierda? —Lucy no pudo contener la risa, pero eso no disuadió a Timo—. En serio. —Inclinó la cabeza hacia las imágenes de los diques, reducidos a ruinas. Lagos vacíos rodeados de muros de contención. Unos cuantos charcos de barro en el fondo de los cañones era cuanto quedaba de las reservas de rutilantes aguas azules que estaban allí el día antes.

La televisión cambió a las imágenes tomadas desde un helicóptero que sobrevolaba en círculos un inmenso volquete amarillo, retorcido y deforme, escupido en la ribera por las aguas a ochenta kilómetros de donde se había derrumbado la presa. La violencia de la corriente lo había aplastado, zarandeado y arrastrado hasta dejarlo reducido a una gigantesca pepita redondeada.

—Te apuesto lo que quieras a que ahora irán a por la de Glen Canyon —dijo Timo.

—No. California ya tiene el control del lago Powell. Dejarán correr el agua.

—Así y todo, no me haría gracia poseer tierras al pie de ningún dique hoy en día.

—Ni en la playa.

—Amén, hermana.

Timo volvió a concentrarse en el ordenador.

—Mira, tengo una amiga que a lo mejor sabe falsificar esas llaves. Le llevará tiempo, eso sí. ¿Puedo quedarme con esto unos días?

Lucy titubeó.

Timo puso los ojos en blanco.

—¿Qué, te crees que voy a intentar pisarte la exclusiva o algo?

Lucy se esforzó por no perder los nervios ante la perspectiva de perder de vista el ordenador, siquiera temporalmente.

—Es muy valioso.

—Confía en mí. La chica a la que voy a llevárselo se encarga de la seguridad de varios microblogueros. Se dedica a evitar que la gente como nosotros acabe tiesa a manos de los narcos. Es de las buenas, y es de los nuestros.

Lucy se obligó a desoír todos sus malos presentimientos y consiguió esbozar una sonrisa.

—Te lo agradezco.

—No es nada. Y avísame con lo que averigües del chino ese. Si es un pez gordo, seguramente podría sacarles el triple a los de Xinhua por unas fotos chorreantes de sangre.

Timo agarró el portátil y la cámara, y se dirigió a la puerta.

Lucy se quedó mirando cómo se alejaba el ordenador.

En cuanto Lucy se fue a reunirse con Timo, Angel levantó el campamento para ponerse en contacto con Catherine Case.

A última hora de la tarde, la ciudad irradiaba calor, unas décimas por debajo de los cuarenta.

Alrededor de la bomba de agua se había erigido un mercadillo nocturno. Diminutas lanternas solares se mecían como luciérnagas sobre los hombres y mujeres que utilizaban el papel impreso de los hemopasquines para envolver sus burritos, pupusas y tacos.

Angel, que había pasado tiempo más que de sobra en barrios marginados como para conocer su ritmo, debería haberse sentido cómodo en medio de ese paisaje de chabolas de cartón, bicicletas de montaña aseguradas con cuatro cadenas, y puertas y ventanas protegidas del polvo por cortinas confeccionadas con jirones de Gore-Tex. Pero ni siquiera ahora, con una base de operaciones establecida y todas sus huellas borradas a tiros, era capaz de escapar por completo a los alfilerazos de la paranoia.

Notaba el ambiente enrarecido, tan cargado de malévolas electricidades el aire seco como el vientre de un nubarrón.

Angel se apoyó en una de las defensas de hormigón que rodeaban el surtidor de la Cruz Roja y observó a la gente que hacía cola para recoger sus raciones nocturnas. Camisetas mugrientas. Pantalones cortos confeccionados a tijeretazos. Espinazos encorvados por el agotamiento. Monedas y tarjetas introducidas en la máquina, jarras llenándose al son de su tintineo. Personas que volvían a refugiarse en las ratoneras de sus residencias ocupadas ilegalmente.

No muy lejos de allí, un anciano había extendido una manta en el suelo. Sobre ella una colección de teléfonos desechables, ClearSacs y tabletas hackeadas de origen chino se mezclaba con los últimos ejemplares del *Río de Sangre*, cajetillas de tabaco y pellas de hachís.

Angel compró uno de los teléfonos.

Le llevó un rato, pero al final consiguió establecer línea directa con Case.

—¿Dónde cojones te habías metido?

—He estado liado.

¿Qué tenía este lugar que le ponía los pelos de punta? Entre la multitud no había nadie que pudiera reconocerlo. Ningún cali iba a salir súbitamente de un salto de detrás de los puestos de tacos. Entonces ¿por qué lo enervaba tanto este sitio? ¿Se trataría de algún sexto sentido, o no serían más que los posos de la descarga de adrenalina fruto del intercambio de disparos con Julio?

—¿Dónde estás ahora? —quiso saber Case.

Al otro lado de la plaza al aire libre estaban acosando a un chico negro que llevaba puesta una sudadera de los Dallas Cowboys. Un grupo de pandilleros de medio pelo se estaba metiendo con él, buscando pelea sin el menor disimulo con

aquel gilipollas que osaba enarbolar los colores de Texas. Angel se metió en el callejón que discurría entre dos hileras de refugios apilados, esperando que se abalanzaran sobre él de un momento a otro. En vez de eso, la gente se arracimó en torno al fan de los Cowboys, hombres y mujeres por igual, levantándose la ropa para que los cholobis vieran las pistolas que llevaban debajo.

—Estoy en el centro de un puto polvorín —masculló Angel mientras los cholobis se subían las camisas a su vez, revelando sus armas. Se adentró un poco más en el callejón.

—¿Cómo dices?

—Nada. —Angel intentó dividir su atención entre Case y el desastre que se fraguaba—. Tenemos un problema.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

—Tiré el teléfono.

—¿Por qué? También hemos perdido tu coche. Te dábamos por muerto.

Para sorpresa de Angel, los cholobis estaban rehuyendo el conflicto, amenazadores pero conscientes de que se hallaban en inferioridad de condiciones, rodeados de más tejanos de lo que esperaban. Se preguntó si el seguidor de los Cowboys no les habría tendido aquella trampa a propósito.

—También me deshice del coche.

—¿Por qué?

—Porque ha sido un día lleno de sorpresas, y no me apetece llevarme ninguna más.

—Cuéntamelo todo —replicó Case. Su voz crepitaba por culpa de la estática, tan deplorable era la calidad de la conexión. Angel se preguntó si serían las viviendas okupas lo que generaba tantas interferencias. La mujer dijo algo más, pero la estática se tragó sus palabras. Angel presionó el teléfono contra la oreja.

—Repite eso.

La pelea había terminado antes de empezar, pero a Angel le extrañaría que los cholobis dejaran estar las cosas así. Salió al descubierto de nuevo, atento a la menor señal de problemas.

La voz de Case regresó envuelta en chasquidos.

—Que por qué te has desembarazado del coche y del móvil.

Parecía molesta. A Angel le pareció oír que sonaba música de fondo. Algún tipo de cuarteto de cuerda, componiendo una melodía civilizada en el prístino mundo de Catherine Case, dentro de Cypress, mientras él esperaba a que en cualquier momento estallase un tiroteo.

—Escucha, no sé cuánto tiempo...

—Un momento.

La oyó hablando con otra persona, en la misma habitación que ella, y reprimió una punzada de frustración. ¿Dónde se habrían metido los pandilleros? Oyó voces amortiguadas en el teléfono, risas. El ruido de fondo desapareció, precediendo el

regreso de Case, ya más concentrada.

—¿Qué sabes de los diques?

—¿Los diques? —A Angel le costó entender de qué estaba hablando—. ¿Te refieres al del Colorado?

—Ya ascienden a tres. El de Blue Mesa, el de Crystal y el de Morrow Point. Han caído todos. Ahora toda esa agua se dirige al lago Powell y a Glen Canyon.

—Las reservas de Powell son bajas. Dará igual, ¿no?

—Esperemos. El máximo se alcanzará otro día. Glen Canyon está derramándose, eso seguro. Lo cual a nosotros nos beneficia, en cierto modo. Hacía años que el Mead no estaba tan lleno. —Más ruido de fondo—. Dame un momento.

—Pero ¿dónde cojones estás?

—Un momen... —Más conversaciones amortiguadas. Angel se contuvo para no colgar sin más. Detestaba estar así, al descubierto, pero no quería perder la conexión. El tío de los Cowboys seguía paseándose por allí, ondeando su sudadera como el capote de un matador.

«Están eligiendo bando», pensó. «Eso hacen todos ahora, elegir bando.»

Case se dignó reaparecer.

—Estoy en la fiesta de inauguración del Cypress 5. Todavía no hemos cortado la cinta y ya está reservado por completo. He venido en representación de la AASN, para que todo el mundo sepa que respaldan plenamente el proyecto. Cien años sin sequía garantizados y cosas por el estilo.

—Suenan de fábula.

El tono de Case se endureció.

—Salvo por el pequeño detalle de que aquí me tienes, rodeada de inversores, sonriendo mientras me veo obligada a contarles que claro que sabía que California pensaba hacer este movimiento sobre el dique de Blue Mesa... cuando en realidad no tenía ni la más mínima idea.

—¿Crees que vendrán a por nosotros también? ¿Atentarán contra el lago Mead?

—Mis analistas me aseguran que eso no va a pasar. Sería como desencadenar un efecto dominó, se llevaría por delante todas las presas que haya corriente abajo. Además, creemos que la región del norte de California no permitiría que su estado se viera arrastrado a una guerra por el agua de Los Ángeles y San Diego. Todavía estamos a salvo.

—¿Uno de esos analistas no será Braxton, por casualidad?

—Déjalo ya, Angel. Lo he investigado. Está limpio.

—O es muy listo.

—Eres tú el que no respondía a mis llamadas. A Braxton lo puedo tener controlado.

—¿Desde cuándo no te fías de mí?

—Desde que empecé a encontrar serpientes debajo de cada piedra que levanto. Se suponía que Ellis iba a vigilar los movimientos de California, y no me dio el menor

aviso. Así que aquí me tienes ahora, en plena ceremonia de relaciones públicas, rodeada de inversores, tan sumida en la ignorancia como los gilipollas que se van a comprar un ático aquí. No me vengas con que me paso de desconfiada.

—Joder. ¿Crees que los calis habrán comprado a Ellis?

—A estas alturas me lo imagino en San Diego, en la playa, hinchándose de piñas coladas.

—A lo mejor está muerto.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque a Julio sí que lo habían comprado.

Silencio.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Intentó volarme la tapa de los sesos.

—¿Por qué?

—¿Por qué me disparó?

—Por qué se cambió de bando.

—Por dinero, diría yo. Intentaba sacar tajada de los derechos sobre el agua con los que se había hecho aquí uno de sus hombres. Creo que aspiraba a llevarse una buena suma. —Titubeó—. Es muy posible que nos estuviera vendiendo a los calis. Empiezo a pensar que, por el precio indicado, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Dios. Debería haberlo sacado antes de Phoenix, lo sabía. Ese sitio está corrompido.

—Pues sí. Eso podría haberle salvado la vida.

—Espera. ¿Está muerto?

—Y bien muerto.

—Le devolviste el disparo.

—Y acerté, además.

—Habría estado bien hacerle unas cuantas preguntas. Si nos vemos expuestos por su culpa...

Angel prácticamente podía oír cómo giraban los engranajes en la ágil mente de Case, absorbiendo la información, elaborando planes de contingencia. Ajustándose. Adaptándose. Esperó sin impacientarse, sabiendo que no tardaría en recibir instrucciones.

En vez de eso, no obstante, Catherine Case exhaló un suspiro y, cuando volvió a hablar, su voz sonaba apagada y exhausta.

—Cada vez que pienso que estamos haciendo progresos, va y pasa algo así. Acabo de comprometerme a realizar una expansión de Cypress de cuatro mil unidades en nombre de la AASN, y ahora ni siquiera sé si habrá agua en el río cuando se complete el proyecto.

—¿En serio? —Resultaba intranquilizador percibir aquella nota de duda en la voz de Case. La Reina del Colorado, tan abatida como cualquier terrateniente del norte de



Texas, lamentándose porque estaban robándole el agua de su dichoso río. La misma mujer que había removido cielo y tierra para sacar de la cárcel a un pandillero como él y le había puesto una pistola en las manos sin mostrar la menor sombra de duda ahora daba muestras de preocupación.

Peor aún, daba muestras de debilidad.

—Seguro que Julio actuaba a las órdenes de California —dijo Case.

—Lo dudo. —Angel se acordó del cadáver de Ibis, en su lujoso apartamento, y de los matones californianos con los que se había tropezado en la morgue y en la Taiyang—. Tengo el presentimiento de que los calis tampoco saben nada. Julio trabajaba con un solo compinche, un cholobi zonal. Sospecho que nadie lo respaldaba en firme.

—¿Iba por libre, entonces?

—Parece que basta con olisquear esos derechos para que todo el mundo se vuelva de lo más emprendedor.

—¿En qué consisten?

—El tío que quería venderlos aseguraba que eran los derechos sénior de una tribu india, propiedad de Phoenix, pero sin que esta tuviese ningún control sobre ellos.

—¿Sin control sobre sus propios derechos del agua? —Case se echó a reír—. ¿Cómo se las han apañado para llegar a ese extremo?

—No subestimes nunca la incompetencia de los asalariados del gobierno —dijo Angel—. Se los encontró por casualidad uno de sus abogados del agua, un tal James Sanderson. Intentaba vendérselos a California, pero lo venció la codicia y quiso tentarnos también a nosotros con ellos, lo cual puso a Julio sobre su pista y le terminó costando la vida. Lo más gracioso de todo es que al tío de Ibis que adquirió los derechos en representación de California también le dio por empezar a ir por libre. En cuanto alguien les echa el guante, es como si le entrara la fiebre por independizarse.

—¿Cómo de sénior son esos derechos?

—Si lo que dicen de ellos es cierto, más sénior que Dios. Abarcarían un buen pedazo del Colorado. Podrían anteceder incluso a los de California.

A Case se le escapó una carcajada.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Ya no sé qué creer. Cada vez que alguien les pone las manos encima, se comporta como si acabara de encontrar el Santo Grial. Justo antes de intentar vendérselos al mejor postor.

—¿Sabes todo lo que hice por Julio?

—Lo sacaste del infierno. Lo has hecho con todos nosotros.

—Todo el mundo quiere ponerse a cubierto —dijo Case—. Por eso pasan estas cosas. Las ratas abandonan el barco.

—La tentación tuvo que ser irresistible. Esos derechos probablemente valen millones.

—Miles de millones —se rio Case—, si son tan antiguos como aseguras.

Aquello le dio que pensar.

¿Cuánto valía la supervivencia de una ciudad? ¿De un estado entero? ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar alguien para que el agua siguiera fluyendo? ¿Cuánto estaría dispuesta a pagar Phoenix ahora mismo, con tal de volver a levantar cabeza? ¿Cuánto estaría dispuesta a pagar cualquier otra ciudad, con tal de no acabar como Phoenix?

—¿Alguna pista sobre el paradero de esos derechos? —preguntó Case.

—Creo que los archivos están codificados dentro de un ordenador que ha caído en nuestras manos. Julio tenía mucha prisa por descifrar las claves de acceso.

—Lástima que no pudieras conformarte con lastimarlo —dijo Case—. Habría estado bien averiguar la magnitud del daño que haya podido hacernos.

—Si quieres voy y le pego un meneo, aunque no creo que sirva de nada.

—Me alegra ver qué te lo estás tomando con filosofía.

—No nos pasará nada. Tenemos el ordenador. Tenemos gente capaz de descifrar la...

—¿Tenemos?

Angel tardó unos instantes en responder.

—Ahora también hay una correveidile implicada.

Case emitió un gemido de exasperación.

—Esto se pone cada vez mejor.

—Es una historia muy larga. Está metida en todo este enredo. Había escrito varios reportajes sobre el descubridor original de los derechos, un tipo que trabajaba para Agua de Phoenix. Ahora cuesta desenredarla.

—No entiendo por qué.

Angel titubeó.

—¿Sientes algo por ella?

—Está ayudándome, ¿vale?

—Vale. Lo que tú digas. Buscaré a alguien que te pueda descifrar esa clave. ¿Te puedo llamar a algún número que...?

—No —la interrumpió Angel—. No pienso acercarme a ninguno de los nuestros. No hay forma de saber a quién delató Julio. Todos los agentes que tenemos aquí abajo podrían estar en la lista de sospechosos de California o Phoenix. La correveidile esta con la que ando dice que conoce a alguien capaz de abrir el ordenador. Me imagino que será lo bastante neutral para no tener que preocuparme de que me peguen más tiros.

—Periodistas. —La voz de Case destilaba repulsa.

—Esta es distinta... —Angel dejó la frase inacabada flotando en el aire, resistiéndose a expresar con palabras lo complicado de sus sentimientos hacia Lucy—. Es de las que merece la pena cuidar. Lista, ya sabes.

—Estoy familiarizada con la teoría —fue la desabrida respuesta de Case.

El clamor de los aplausos en su extremo de la línea empezó a ahogar la conversación.

—Te tengo que dejar —dijo—. Necesito ponerme delante de las cámaras mientras duren los discursos. —Hizo una pausa—. Quiero esos derechos.

—Lo dicho, estoy en ello.

—Tú y esa correveidile. ¿Cómo se llama?

—Lucy Monroe. Búscala en Google. Ha ganado un Pulitzer.

—Qué maja.

—Yo sí me fío de ella —declaró Angel, en un intento por combatir el escepticismo que denotaban las palabras de Case.

La mujer respondió con un gruñido de desdén.

—¿Y crees que ese ordenador contiene la información que nos interesa?

—Te llamaré en cuanto lo averigüe.

—Hazlo, sí.

Las voces de fondo aumentaron en intensidad. Estalló otra ronda de aplausos, y la conexión se cortó cuando Case fue engullida por el evento.

Angel dejó caer el teléfono en el suelo y lo pisoteó hasta que se rompió el plástico. Se agachó, buscó el chip y lo trituró con el talón. Extrajo la batería. Reunió todos los trozos y recorrió los claustrofóbicos meandros de madera contrachapada hasta desembocar en los bulevares abiertos.

Encontró un sanitario móvil estacionado en la calle. Metió una moneda y, tras vaciar el vientre en sus compostadores de metano, tiró al retrete los restos del móvil.

Salió y se quedó mirando cómo se alejaba la camioneta, tocando su sirena de letrina de alquiler mientras circulaba en la penumbra crepuscular del bulevar, llevándose consigo cualquier posibilidad de que alguien rastreara la ubicación de Angel.

Solo se sintió realmente a salvo cuando el sanitario móvil hubo doblado la esquina. Julio se había pasado diez años presidiendo Phoenix, sentado en el sillón de la banca, repartiendo todas las cartas. Quizá acabara de cambiar de bando hacía solo un par de semanas, tentado por los suculentos derechos sobre el agua que el destino había puesto en su camino, pero a Angel no le apetecía jugarse la vida por esa posibilidad.

Sopesó las implicaciones mientras regresaba al corazón del poblado. Tendrían que repasar cada operación malograda, cada lamentable accidente, cada ejemplo de información distorsionada y dilucidar si la culpa había sido suya o de Julio, que los intentaba apuñalar por la espalda. Podían dar por perdidas las redes de contactos que Case había establecido en Phoenix. Tendrían que reconstruirlo todo desde los cimientos.

Angel se detuvo frente a un vendedor de tabaco. El hombre se lo había montado a lo grande, con una neverita de cristal alimentada mediante una combinación de batería y paneles solares en la que se enfriaban botellas de Coca-Cola y Negro Modelo. Junto a él, un anciano con una visera de John Deere utilizaba una tableta para ver las noticias. Junto a él había un montón de ejemplares de *Río de Sangre*, y

también un pequeño altar en honor de la Santa Muerte.

La foto que adornaba la primera plana del hemopasquín era obra de Timo, el amigo de Lucy. Había retratado a un tejano, crucificado contra las puertas de una comunidad al sur de Phoenix. Al cadáver le habían aplicado el tratamiento de la Santa Muerte, rodeándolo de botellitas de licor y rosas negras; una advertencia para todo aquel que intentara asaltar los muros de la comunidad.

El vendedor de cigarrillos se fijó la dirección de la mirada de Angel.

—Se ha abierto la veda —dijo.

—A lo mejor también yo soy de Texas —replicó Angel.

El vendedor de hemopasquines se carcajeó.

—Te queda mucho por padecer para eso.

Angel compró otro teléfono mientras observaba distraídamente la catástrofe del dique de Blue Mesa en la tableta del hombre. Una repetición a cámara lenta del derrumbamiento de la pared de peñascos, turbios torrentes de aguas embravecidas y escombros precipitándose cañón abajo. Más imágenes. Una localidad ribereña barrida por las inundaciones. El agua, imparable; el desbordamiento era tan colosal que resultaba imposible aplicarle una escala.

El anciano le devolvió el cambio en una mezcla de dólares y monedas de yuan. Angel depositó una en el altar de su amiga, la Santa Muerte. Titilantes velas votivas, un par de calaveras pintadas, ofrendas de tabaco y licor. Más una rata muerta de propina.

Eso constituía una novedad para Angel.

Por lo general no se le ofrendaban animales a la Flaca.

Dejó un yuan en el plato que contenía el roedor. Con la esperanza de que mejorara su suerte, pero sin apostar nada por ello.

Cuando Lucy subió por la escalerilla que conducía al piso ocupado, se encontró con la puerta sin candar y las habitaciones en penumbra.

—¿Hola?

Empujó la trampilla para abrirla un poco más, intentando divisar a Angel. La oscuridad ya era casi absoluta. Las cortinas filtraban algo de claridad, procedente de las tiendas que la Cruz Roja había instalado en la plaza, pero resultaba insuficiente. Lucy abrió los ojos de par en par, obligándolos a ajustarse lo antes posible, y la asaltó el presentimiento de que allí dentro había alguien, al acecho. Esperando para apresarla y terminar lo que Julio había empezado.

Se dio la vuelta, dispuesta a volver sobre sus pasos, pero, en ese momento, alguien tosió a su espalda. Lucy giró en redondo y a punto estuvo de caerse de la escalera.

Vio a Angel encaramado en lo alto, un par de escalones por encima de ella, oculto entre las sombras. Observándola.

—¡Me cago en la puta! ¡No hagas eso!

—Chis —dijo Angel, que bajó para reunirse con ella.

Una vez dentro, Lucy le propinó un puñetazo en el hombro.

—¿Por qué cojones has hecho eso?

Sin inmutarse, Angel encendió una linterna diminuta, barrió la oscuridad con su luz y encendió la pequeña lámpara que colgaba sobre la mesa. La bombilla proyectó danzarines haces cegadores por toda la estancia. Lucy entornó los párpados, deslumbrada.

—¿Por qué has hecho eso? —insistió.

—Estaba montando guardia.

—¿Por qué?

—No me siento seguro en este sitio, la verdad. —Angel se asomó a la ventana.

—No te hacía tan tiquismiquis.

—No se trata de eso. Es algo... —El hombre se encogió de hombros—. Es como si estuviera a punto de desatarse un incendio en el bosque.

—Charlene dice que los ánimos están muy crispados.

—Se nota.

Se veía que lo notaba. No dejaba de deambular de un lado a otro, yendo de la ventana a la puerta, escudriñando el claustrofóbico callejón a sus pies y volviendo de nuevo a la ventana para echar otro vistazo en dirección al surtidor. Para sorpresa de Lucy, en su última ronda, Angel se agachó junto a la ventana y recogió un par de cervezas. Abrió una con la chapa de la otra y se la ofreció.

—Perdón por el susto.

El modo en que lo dijo hizo que Lucy pensara que lo sentía realmente, aunque su estilo dejase mucho que desear.

Angel se sentó a la mesa con un gesto de dolor. Al verlo, Lucy se acordó de sus propias cicatrices y magulladuras. Sentía todo el cuerpo como si lo hubieran pasado por una picadora.

—Es como si me hubieran echado un mal de ojo o algo —dijo Angel—. Hacía mucho que no me sentía así. Como si todo estuviera a punto de irse a la mierda.

—¿Cuándo fue la última vez?

El hombre frunció el ceño, preocupado.

—Hace mucho, mucho tiempo.

—¿Trabajabas ya para Case?

—Antes de eso. En México. Los narcos iban detrás de mi familia. —Se encogió de hombros—. Mi padre era poli, y alguien decidió que constituía un problema. Él ni siquiera sabía qué había hecho, a quién había cabreado. Cabe la posibilidad de que persiguieran a la persona equivocada. Que se les cruzaran los cables y no supieran muy bien a quién debían matar. —Pegó un trago de cerveza—. Así que aparecieron y se cargaron a mi madre y a mis hermanas mientras se acercaban a la casa. Las ejecutaron. Yo estaba dentro. Las vi caer y salí corriendo. Escapé por la puerta de atrás, salté por encima de un muro, me corté con unos cristales y me quedé allí tirado, en el suelo. Podía oír los disparos desde el otro lado. Cuando volví, tan sigiloso como pude, descubrí allí a mi padre, llorando. En cuanto me vio aparecer, me agarró y me dijo que nos íbamos al norte.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo tendría diez años o por ahí, creo. Por aquel entonces la frontera del sur todavía significaba algo. La gente tenía que cruzar el río Grande a nado o atravesar el desierto a patita. Mi padre era un representante de la ley... —Angel no terminó la frase—. Recuerdo cómo íbamos por la autopista, a todo gas. Los badenes no dejaban de frenarnos. ¿Has estado en México? Utilizan unas bandas transversales enormes para limitar la velocidad en las autopistas, para que no te pasees a mil por hora por ninguna población de tres al cuarto. Recuerdo que mi padre no dejaba de maldecir. Que si «chingado» por aquí, «mierda» por allá... Él, que nunca decía ni un taco, se pasó todo el camino jurando. Aquello era lo más aterrador de todo. Que maldijera sin cesar, pero no porque estuviese enfadado. Lo que estaba era asustado, cagado de miedo... —Volvió a dejar la frase inacabada, flotando en el aire.

Lucy se dio cuenta de que llevaba un buen rato sin acordarse de su cerveza. Se le había quedado caliente en la mano. Le apetecía beber, pero no quería que Angel dejase de hablar. Nunca le había oído decir tantas cosas de seguido. Podía sentirse a sí misma esperando, allí sentada, expectante, esperando a que Angel continuara.

—Me escondió en el maletero para cruzar. A los guardias fronterizos les contó que iba a hacer unas prácticas. Pasó sin más, con su coche patrulla. No sé a quién sobornó. Cómo lo hizo. Cuando uno se dirige al norte, claro está, hay que recorrer la mayor distancia posible. Mi viejo era lo suficientemente listo para saber que necesitaba poner tierra de por medio, pero no contaba con que lo persiguieran. La

gente de los cárteles es conciencizada. Hoy en día son de los pocos que se preocupaban de hacer bien las cosas, parece.

—¿Seguro que no era un narco? —preguntó Lucy—. Se tomaron demasiadas molestias para tratarse de alguien que no había hecho nada.

—Él decía que no. Por otra parte, entre la verdad y la mentira... —Angel se encogió de hombros e hizo otra mueca de dolor. Se masajeó el hombro—. A saber qué cojones podría contarle uno a un mocoso de diez años. —Se rio y empinó la cerveza—. El cali aquel tenía una chica.

El cambio de tema desconcertó a Lucy.

—¿Te refieres al empleado de Ibis? ¿Ratan?

—Ese. El bueno de Mike Ratan se quiso dar un gustazo.

—Oí decir a Julio algo de que se la había cargado.

—No. —Angel sacudió la cabeza—. Solo vio a una, pero había otra escondida debajo de la cama. Así di contigo. Una adolescente, prostituyéndose para llegar a fin de mes. Terminó salpicada por toda esta mierda. —Hizo otra mueca—. Debería haberle dado más pasta. —Se tocó el hombro y crispó las facciones—. Menudo estropicio todo.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor que Julio.

A Lucy se le escapó una risita macabra, acordándose de cómo había irrumpido Angel, pistola en mano, y el... ¿qué era lo que había sentido?

Alivio.

Una mezcla de alivio y sorpresa al ver que ese desconocido, ese hombre cubierto de cicatrices, hubiera ido a buscarla. Que alguien estuviera allí para detener el dolor.

Se puso de pie y se acercó a él.

—Déjame ver.

Angel se apartó ligeramente, al principio, antes de permitir que Lucy le levantara la camisa y le quitase las vendas. Tenía el hombro hecho polvo. Lucy paseó la mirada por el interior del piso hasta encontrar unas jarras vacías, sin duda propiedad de sus antiguos ocupantes.

—Me hará falta agua. Enseguida vuelvo.

Agarró una jarra y bajó a la pompa, donde se puso a la cola como todos los demás para esperar su turno. Pensó en utilizar la tarjeta, pero al final decidió rebuscar en los bolsillos y sacó unas monedas. Permanecer en el anonimato sería lo mejor. Estaba pelada de billetes, pero aún le quedaban un par de yuanes en metálico. Le pareció que con eso bastaría para llenar la jarra, al menos, pero calculó mal y el recipiente acabó desbordándose. Tuvo que cederle el resto a la persona que tenía detrás.

De nuevo en el apartamento, le sorprendió que Angel estuviera esperándola pacientemente, sin moverse de donde lo había dejado.

—¿No vas a volver a emboscarme?

—Estaba observándote desde la ventana.

Cómo no.

—No podemos malgastarla —le advirtió Lucy—. Por lo menos hasta que consiga más efectivo.

—Eres prudente con el agua —observó Angel. Parecía complacido.

—Una no pasa tanto tiempo en Phoenix como el que he pasado yo sin aprender una o dos cosas.

«Obviemos el excedente que acabo de dilapidar en la bomba.»

Se preguntó por qué le estaría ocultando ese hecho.

«¿Qué intento demostrar?»

Empapó la camisa con un poco de agua y le enjugó la herida, entorpecida por las sombras que proyectaba la lámpara. Le arrebató a Angel la linterna que sostenía en una mano e inspeccionó el destrozo de sus heridas.

—Creo que conseguí extraer toda la metralla. Me parece que saldrás de...

Se le truncó la voz. Los ojos de Angel, imposiblemente oscuros, estaban clavados en ella. Lucy se descubrió incapaz de apartar la mirada.

Ay.

Sintió los dedos de Angel en su camiseta de tirantes, tirando, atrayéndola hacia él.

—Ay —repitió, en alto esa vez.

Ay.

—Bueno, qué hostias.

Se dejó estrechar contra él. Los brazos de Angel se deslizaron por su cuerpo, rodeándola. Era fuerte. Aquella fuerza, combinada con la voracidad que centelleaba en sus ojos, debería haberla aterrado. Lo único que sentía, sin embargo, era seguridad. Consintió que la sentara en su regazo. Procuró acomodarse encima de él con delicadeza, por consideración a sus heridas.

Lucy le enmarcó el rostro con las manos, con la mirada fija en sus ojos hambrientos. Lo besó. Besó sus cicatrices, sus mejillas, sus labios, sin dejar de contemplar fijamente aquellos ojos oscuros. Angel la estrechó contra su cuerpo, con una fuerza increíble. Lucy no podría haberse apartado aunque hubiera querido, pero no le importaba.

«Ni siquiera lo conozco.»

Y, sin embargo, estaba desesperada por sentir sus manos sobre su cuerpo.

Angel la levantó en vilo. Dios, sí que era fuerte.

—No te hagas daño —se oyó susurrar Lucy, entre beso y beso, y Angel se rio mientras ella seguía intentando devorarlo. Se desplomaron juntos encima del colchón, sin dejar de besarse y acariciarse.

Lucy notó que las manos de Angel envolvían sus pechos, deslizándose sobre los pezones, tironeando tentativamente de su camiseta sin mangas, izándola. Sí. Lucy alargó los brazos y le levantó la camisa a su vez, consciente de la exhibición de su cuerpo, de las magulladuras, los verdugones y los cortes que Julio había infligido en su piel, ni preocupada ni temerosa de mostrarse ante Angel. Orgullosa, incluso.



«Mírame. Mira lo que he soportado. Mira a lo que he sobrevivido.»

Los dos estaban cubiertos de cicatrices. Eran iguales.

Lucy lo vio forcejear con la camisa.

—Déjame a mí —se oyó murmurar.

Se la quitó. Las manos de Angel se abatieron sobre su cintura para tirar de los vaqueros, arrastrándolos hacia abajo sobre sus caderas mientras Lucy forcejeaba febrilmente con la hebilla de su cinturón. Sintió que las manos del hombre le apretaban el culo, presionándola contra él, y en un abrir y cerrar de ojos volvieron a estar besándose, una y otra vez. Lamiéndose. Mordiéndose.

El cinturón de cuero de Angel se liberó al fin, deslizándose entre las trabillas. Lucy percibió lejanamente que su pistola caía al suelo de golpe —¿de dónde había salido?— un pensamiento pasajero, sin importancia, mientras le desabrochaba la bragueta y enterraba una mano en el interior de sus pantalones, desesperada por sentir su polla.

Dios, cómo lo deseaba. Era aterrador, pero no podía obligarse a parar. Estaba chorreando. Ni siquiera la había tocado todavía, y ya estaba empapada. Los vaqueros de Angel cayeron al suelo. Los de ella también. Y sus bragas.

Se abrazaron, desnudos. Las manos de Lucy recorrieron todo su cuerpo, su torso. Sus músculos tensos. Sus cicatrices. Sus antiguos tatuajes de pandillero. Tanteó de nuevo en busca de su polla para asirla con fuerza, regodeándose con su dureza, y antes de darse cuenta Angel se abalanzó sobre ella para tumbarla de espaldas y besarle el cuello mientras recorría todo su cuerpo con las manos, asumiendo el control. Besándola y lamiéndola, mimando sus senos torturados, mordisqueando la hondonada de su garganta, deslizando los labios por la línea de su mentón. Lucy se arqueó para pegarse aún más a él, ansiosa por notar la piel de Angel contra la suya, su sudor mezclándose con el de ella, la presión de su polla tensa en el coño.

La pistola de Angel yacía en el suelo, a escasos centímetros de la mano extendida de Lucy. Podía verla, tendida boca arriba como estaba, abandonada sobre las cicatrices del suelo de madera prensada. La pistola con la que Angel había disparado a su amigo. El artífice de los moratones que besaban ahora sus labios. El roce de Angel era doloroso y placentero a la vez. La prueba fehaciente de que Lucy seguía con vida. Sus cortes y sus cardenales confeccionaban el mapa de su supervivencia, una orografía delineada ahora por los labios, los dientes y la lengua de Angel.

Lucy lo atrajo hacia sí, sosteniéndole la cabeza contra el estrago de sus pechos, solazándose en el dolor que la poseía. Se había pasado la vida entera persiguiendo la muerte, aunque fingiera eludirla. Por mucho que lo negase, estaba desesperada por sumergirse en su vórtice, y por fin ahora había conseguido adentrarse en sus profundidades. Se sentía más asustada y viva que nunca.

Deslizó las manos por los músculos y las cicatrices de la espalda del cuchillo de agua mientras la lengua de Angel bajaba por el tobogán de su vientre. Gimió.

Sí.

Ansiosa por que aquella lengua descendiera más todavía y se introdujera entre sus piernas para besarla, lamerla...

Ahí.

Lucy se arqueó como si hubiera recibido una descarga, apresando con los muslos la cabeza de Angel, cuya lengua respondió aleteando contra su clítoris. Lucy se oyó jadear y gritar, sin importarle qué refugiados pudieran escucharla a través de las finas paredes que los rodeaban. Estaba mojada. Dios, estaba empapada. Cómo le gustaba su lengua...

Angel salió a la superficie con una sonrisa, deslizándose por todo su cuerpo, y Lucy lo abrazó con todas sus fuerzas para besarlo, ansiosa por capturar su propio sabor en aquellos labios extraños, por presionar sus abruptas facciones morenas contra las de ella y deleitarse con la áspera caricia de su barba en las mejillas.

La erección de Angel palpitaba contra su muslo. Sobrevino a Lucy una oleada de placer ante la desesperación que parecía sentir por penetrarla. Él la aplastó contra el colchón y ella separó las piernas al tiempo que engarfiaba los dedos en sus nalgas, alentándolo, arqueando la espalda a medida que Angel se abría paso en su interior, inundándola. Se le cortó la respiración un instante —«Eso es. Así. Sí»— y de repente Angel la ocupó por completo.

Entrevió la pistola de nuevo por el rabillo del ojo, olvidada en el suelo. No podía dejar de mirarla mientras seguían follando. Hipnotizada, cada vez más embriagada de placer a medida que Angel la penetraba, sintiéndose ferozmente viva en comparación con aquel instrumento mortífero que, abandonado, acechaba a su lado.

En cuestión de un instante, fue como si su vida cobrara sentido. Eso era lo que siempre había necesitado. Vivir al límite, en la delgada y retorcida línea que separaba ambas cosas. La vida de la muerte. Siempre había sido así. Anna era incapaz de entenderlo. Su familia era incapaz de entenderlo, pero ahora, mientras follaba, a Lucy le dio la impresión de que la ciudad mutilada que ella consideraba su hogar por fin tenía sentido.

Hasta sus oídos llegaban los silbidos con los que las bangbang tejanas pretendían seducir a sus clientes, el tintineo de los surtidores de la Cruz Roja cuando terminaban de llenar las jarras de agua de los refugiados. El llanto de los niños hacinados en aquel laberinto de pisos improvisados y los gritos de los jugadores de la lotería del recuento de cadáveres, arracimados en torno a sus teléfonos, soñando con ganar el premio gordo. Vida, todo cuanto la rodeaba. Todos bregaban, se esforzaban y luchaban con uñas y dientes por sobrevivir a los horrores que infestaban el mundo.

Al filo de ese precipicio escarpado se sentía viva.

Se aferró a ese hombre llamado Angel, el cual estaba seguro de que terminaría siendo su muerte, y lo enterró hasta lo más hondo de su ser. Con la respiración entrecortada, intentó llenarse por completo, empujando contra él, inundándose de él, desbordándose, pero seguía sin ser suficiente.

Tomó las manos de Angel entre las suyas y las colocó en su garganta.

—Asfíxiame —susurró.

Los dedos del hombre se crisparon sobre su cuello.

—Sí —jadeó Lucy, un murmullo apenas audible, mientras la presa de aquellos dedos se intensificaba—. Así.

Los dedos apretaron aún con más fuerza, truncándole la voz por entero.

Se había quedado.

Había llegado a Phoenix esperando ver una ciudad moribunda, pero se había quedado por los vivos. Empeñada en encontrar algo significativo en el sufrimiento de ese lugar. ¿Cuál era el aspecto de un sitio que se desmorona? ¿Qué significaba?

«Nada.»

«No significa nada.»

«Lo único que demuestra es hasta qué punto ansío vivir.»

Estaba follando en la zona oscura, rodeada de personas que se enfrentaban a la rugiente sierra mecánica del colapso, apremiando al cuchillo de agua para que sus recias manos surcadas de cicatrices continuaran estrangulándola mientras la cabalgaba. Los dedos de Lucy presionaron contra los de Angel, alentándolo, espoleándolo. Deleitándose en su fortaleza.

Así.

Aquellas manos tan poderosas que la inmovilizaban y se habían cobrado ya innumerables vidas la controlaban ahora mientras Angel continuaba hundiéndose en ella, cada vez más adentro, como si supiera exactamente lo que ella necesitaba.

—Más —susurró.

Más.

Los dedos de hierro de Angel se adueñaron de su aliento. Lucy sentía su corazón atronando contra la presa. Era la muerte. La poseía del mismo modo que la muerte poseía todas las cosas. Volvió a penetrarla de golpe y Lucy se arqueó contra él, enloquecida de necesidad. «No importa», se dijo. Estaba rodeada de muerte. «No hay escapatoria.»

—Más.

Eso era lo que necesitaba. Perderse por completo. Dejarse aniquilar. Ardía de deseo. Estaba desesperada por sentirse viva. Por saber que lo había arriesgado todo y aun así seguía con vida. El sudor de Angel era como un baño de ácido en sus tetas laceradas, sus costillas, su vientre, mientras continuaba embistiéndola. Invadiéndola. Utilizándola. Era lo que Lucy quería. Dios, cómo lo quería. Se lo imaginó traspasándola de lado a lado. Empalándola así, con las manos cerradas sobre su garganta.

—Más.

Su voz era un suspiro ronco. La presión de los dedos de Angel era aplastante. La vida de Lucy estaba en sus manos. Controlaba su respiración. Podría matarla si lo deseaba.

Ya no quedaba nada de ella. Se había esfumado, como el aire que ya no llegaba a

sus pulmones. Los latidos de su corazón martilleaban en sus oídos. Toda su vida dependía de aquellos dedos que le oprimían el cuello.

Arrebatándole el aire, con su consentimiento.

La confianza era esto. Esto era la vida.

—Más —jadeó.

Más.

La sensación de bienestar y seguridad de Maria duró exactamente un día: hasta que la gigantesca camioneta negra de Esteban y Cato se materializó con un rugido frente a la casa de Toomie.

En cuanto los vio, Maria corrió a refugiarse dentro y cerró la puerta con llave, pero a Esteban no pareció importarle. Su colega y él se dirigieron a la parte trasera de la camioneta, abrieron la portezuela y sacaron algo de la caja de carga.

Toomie se estrelló de bruces contra el pavimento.

Esteban y Cato lo recogieron y cargaron con él hasta la puerta principal, mientras Maria los observaba sin pestañear tras los barrotes de la ventana. De la sien de Toomie manaba un reguero de sangre. Le habían partido los labios a golpes y tenía un ojo amoratado, cerrado por la hinchazón. Los dos matones habían utilizado una cintilla para inmovilizarle las manos a la espalda. Lo llevaron a rastras hasta el escalón de la entrada y lo dejaron caer en el suelo de cemento.

—¡Oye, Maria! —exclamó Esteban—. ¿Tienes mi dinero?

Maria contuvo la respiración, esforzándose por no hacer nada de ruido. Fingiendo que nadie la había visto esconderse justo detrás de la puerta.

—¡Vamos, guapa! Abre ya y suelta la pasta.

«No digas nada. No digas nada y se irán.»

—¡Sabemos que estás ahí dentro! —Resonó un golpe, seguido de un gruñido—. ¡El gilipollas este nos ha contado que estabas aquí, así que hazle un favor a Míster Pupusa y asoma el culito donde yo pueda verlo!

«No digas nada. Calladita como un ratón. Enseguida se irán...»

—¿Te crees que somos idiotas? —exclamó Esteban de nuevo—. ¿Que no sabemos que te abriste de patas por dinero hace dos noches?

—Tampoco hace falta emplear ese vocabulario —oyó Maria que decía Toomie—. Podemos hablar de negocios tranquilamente.

—¿Hablar de negocios? ¿Eso es lo que quieres? —Esteban soltó una carcajada—. Vale. Te voy a dar yo negocios.

Maria oyó otro golpe y otro gruñido. Y otro golpe. De puntillas, se acercó al monitor de vídeo que daba al exterior de la casa.

—¡Último aviso, bonita!

Esteban apoyó una pistola en la rodilla de Toomie y apretó el gatillo. El alarido de Toomie se mezcló con la detonación.

—¡Me cago en la puta! —se rio Esteban—. ¡Eso tiene que doler que te cagas!

Se volvió hacia la cámara y clavó los ojos en ella, sonriendo de oreja a oreja para Maria a través de la pantalla, con la cara cubierta de salpicaduras de sangre mientras Toomie se retorció sobre el cemento a su espalda.

—Negocios —dijo Esteban—, eso quería. Como no salgas ahora mismo tendré que seguir negociando con la otra rodilla. A ver cómo se las apaña el muy hijoputa

tullido para empujar su carrito de pupusas sin piernas.

—¡Huye, Maria! —exclamó Toomie—. ¡Corre! ¡Lárgate! ¡No te preocupes por mí!

Esteban le descargó un golpe en la coronilla, aturdiéndolo. Sonrió de nuevo para el monitor.

—Lo único que quiero es que me pagues, bonita. En efectivo o con sangre, sin olvidarnos de ese culo tejano.

Toomie escupió un salivazo sanguinolento.

—¡No lo hagas, Maria!

—Si quieres que tu amigo siga con vida, sal ahora mismo. De lo contrario, me lo cargo, y después iré a por ti de todas formas.

—¡Vale! —gritó Maria a través de la puerta—. ¡Tengo el dinero! ¡No le hagas más daño!

—Eso es lo que quería escuchar.

—¡No lo hagas! —protestó Toomie, pero Maria ya había empezado a correr en dirección al escondite en el que había dejado la modesta cantidad de dinero que le diera el hombre de la cicatriz. No bastaría con eso, pero... Introdujo el dinero por la rendija para las cartas. Esteban se puso en cuclillas, lo recogió y lo contó.

—Me parece que no llega, bonita.

—¡Es todo lo que tengo!

—¿Ah, sí? —Esteban se arrodilló junto a Toomie y le metió el cañón de la pistola en la boca—. Qué curioso, porque alguien iba por ahí contándoles a nuestros coyotes que quería comprar un billete para largarse de aquí, así que, a menos que pensaras llegar al norte usando pupusas como moneda de cambio, me da en la nariz que tenemos un problema.

—¡No tengo más! —insistió Maria a través de la puerta—. Iba a pagarlo con su dinero. ¡No con el vuestro!

—Las cosas no funcionan exactamente así, bonita, y lo sabes. Te siguen quedando deudas que saldar. Ahora bien, si sales y me pagas, te prometo que dejaré los sesos de tu amigo dentro de su mollera.

—¡No! —gritó Toomie—. ¡No lo hagas!

Pero Maria solo podía pensar en Sarah, ejecutada en la cama porque ella había preferido esconderse. La abandonó, y eso le había costado la vida a su amiga.

Con los ojos cuajados de lágrimas, empezó a descorrer los cerrojos. Esteban sonreía de oreja a oreja cuando se abrió la puerta. Estaba disfrutando con eso.

—Dejadlo en paz —dijo Maria—. No es culpa suya.

Toomie tenía el rostro cubierto de sangre. Respiraba entrecortadamente, taponada la nariz por burbujas de sangre, jadeando sin aliento con el cañón del arma aún en la boca.

«Él no. Por favor, él también no.»

—No tengo más dinero, pero me iré con vosotros.

Por un segundo pensó que Esteban iban a pegarle un tiro a Toomie de todos modos, pero al final sonrió y le sacó la pistola de la boca. Por señas, le ordenó a Cato que montase en la camioneta.

Maria se acuclilló junto a Toomie, que susurró:

—No... No te vayas con ellos.

—No puedo. —Maria parpadeó para enjugarse las lágrimas—. No puedo consentir que mueras por mi culpa.

—Lo siento —dijo Toomie—. Creía conocer un coyote que no me delataría.

—No es culpa tuya. —Maria se frotó los ojos con una mano.

—No hagas esto. No...

Horrorizada, Maria vio que Toomie estaba preparándose para pelear de nuevo. Para intentar defenderla, aunque así solo consiguiese que lo asesinaran. Se disponía a abalanzarse sobre Esteban. Maria se le echó encima y lo abrazó con todas sus fuerzas, estrechándolo contra su pecho para que no cometiese ninguna locura.

—Tú no tienes la culpa de nada —le susurró al oído, y se incorporó. La sangre de Toomie le había ensuciado la blusa, pero no le importó—. No podéis hacerle nada —dijo para Esteban—. Haré lo que queráis. Ganaré como preferáis el dinero que os debo, pero a él ya no podéis hacerle más daño.

—Me parece muy bien. El Vet solo te quiere a ti. El tío de las pupusas se la trae floja.

—No te preocupes —dijo Maria, dirigiéndose a Toomie—. Volveré en cuanto le haya pagado al Vet lo que le debo.

—Eso. Volverá. —Esteban esbozó una sonrisita burlona—. En cuanto haya pagado.

Agarró a Maria del brazo y tiró de ella hacia la camioneta.

Maria miró atrás por encima del hombro y vio que Toomie había conseguido sentarse en el suelo, aferrándose todavía la pierna.

—No le haréis daño —repitió—. Tenéis que prometérmelo.

—Deberías preocuparte más por ti, bonita. El Vet te dispensó un trato especial y la cagaste. Te retrasaste con el pago, y encima vas e intentas fugarte. —Esteban se carcajeó mientras metía a Maria en la camioneta de un empujón—. Lo del tío de las pupusas es un paseo por el parque en comparación con la que te tiene preparada el Vet.

Sentada entre los dos hombres, dejándose conducir a su destino, Maria se dijo que no iba a permitir que nadie viera lo asustada que estaba. Cuando el vehículo se internó en el territorio del Vet, sin embargo, y empezó a trazar las curvas de la subdivisión, sintió que el terror que la atenazaba se intensificaba cada vez más.

Las hienas descubrieron la camioneta y se situaron a su par mientras cruzaba las puertas con un rugido. Los recintos vallados que las contenían abarcaban cuatro o cinco propiedades. Algunos de los animales asomaron el hocico por las puertas abiertas y las ventanas rotas, ávidos y depredadores, cuando Cato tocó el claxon para

que les franquearan el paso.

Una vez dentro del complejo, algunos de los esbirros del Vet levantaron la cabeza ante la llegada de Esteban; la mayoría de ellos holgazaneaban bajo grandes sombrillas de vivos colores, enfrascados en sus partidas de cartas o dominó.

Las hienas llegaron trotando a la demarcación que separaba sus recintos de las zonas habitadas y aplastaron el morro contra las vallas de tela metálica.

El Vet salió de su residencia mientras su secuaz sacaba a Maria a rastras de la camioneta. Esteban le dio el dinero. El Vet se quedó sopesándolo con una mano, contemplativo, antes de posar la mirada sobre la muchacha.

—¿Esto es todo lo que has ganado trabajando para mí? ¿Esto?

Maria, que no se fiaba de su voz, se limitó a asentir con la cabeza.

—Intenté ayudarte, ¿sabes?

El Vet aguardó, aparentemente esperando una respuesta. El silencio se prolongó entre ambos. Tras la barrera de tela metálica y alambre de espino, las hienas no dejaban de pasear inquietas de un lado a otro.

—Tuve que... —empezó a decir Maria, al cabo.

—Tuviste que ir e intentar escapar en vez de fiarte de mí y permitir que me ocupara de ti.

Maria cerró la boca de golpe.

Los ojos del Vet se clavaron en ella como alfileres.

—Habría dejado que cruzases el río si te lo ganabas, bonita. ¿No te das cuenta?

—Le sujetó la barbilla—. Quería ayudarte. Me gustabas.

Ladeó la cabeza, con el ceño fruncido.

—Una jovencita tan lista. Pensé: «Ah. Esta. Esta chica se merece una segunda oportunidad. La tomaré bajo mi protección. Le brindaré la oportunidad de ganar ese dinero por sus propios medios, y luego, cuando haya trabajado lo suficiente, podrá emigrar al norte con un buen fajo de billetes en el bolsillo, así recordará siempre lo bien que me porté con ella».

—Lo siento.

—He vuelto a preguntarle a la Santa Muerte por ti. —Agitó una mano en dirección a su altar, resplandeciente de botellas de tequila vacías—. Esta vez no me ha dicho que te salve. A ella tampoco le gustan las personas que incumplen sus promesas.

Las hienas gañían y se reían al otro lado de la valla, como si presintieran una oportunidad en las palabras de su amo.

—Sarah está muerta —intentó explicarle Maria—. Me entró el pánico...

—Sarah no me importaba —la interrumpió el Vet—. Tú, sí. A la Flaca también le importabas. Pero no hiciste lo que te pedimos.

—Puedo ponerme a trabajar ahora. Te puedo devolver el dinero.

El Vet adoptó una expresión complacida.

—La deuda ya es irrelevante, sospecho. Ahora se trata de expiar lo que has hecho,



y la expiación consiste en algo más que realizar una ofrenda de dinero. —Irguió la espalda y miró a Esteban y a Cato—. Encargaos de ella.

Sus secuaces la agarraron por los brazos y la arrastraron en dirección a las jaulas de las hienas. Maria forcejeó, pero aquellos hombres estaban acostumbrados a vérselas con personas que luchaban por su vida y la redujeron sin esfuerzo.

Las hienas se pusieron como locas, profiriendo grititos de excitación, levantándose sobre las patas traseras y riendo mientras se aproximaban. Salieron más de entre las sombras de las casas abandonadas, saltando por las ventanas abiertas y corriendo hacia el trío mientras Esteban y Cato arrastraban por el polvo a Maria.

La muchacha plantó los pies en el suelo, desgañitándose. Esteban y Cato se carcajearon. La arrojaron contra la valla; las hienas se abalanzaron sobre ella, pero Maria rebotó y salió disparada hacia atrás. Gateó de espaldas mientras los animales cargaban contra el cercado, introduciendo el hocico en los huecos de la tela metálica en su empeño por atravesarla.

Esteban y Cato la acorralaron y la empujaron en dirección a la valla, levantándola en vilo, cada vez más cerca.

—¿Te gustan, puta? Porque tú a ellas sí.

No podía zafarse. Todas las hienas se apelotonaban ya contra la valla, al menos una docena de ellas. Esteban y Cato continuaron empujándola. Colmillos. Espumarajos de saliva. Pelajes encrespados. Un remolino frenético de fascinación y voracidad. Las hienas no dejaban de penetrar la valla con el morro, desesperadas por llegar hasta ella. El clamor era ensordecedor. Esteban cerró los dedos sobre las muñecas de Maria y se las sujetó con firmeza.

—Vamos a darles un aperitivo.

Maria se descubrió chillando, luchando por liberarse, viendo cómo sus dedos se aproximaban cada vez más a la valla y a los dientes que entrechocaban al otro lado de la endeble barrera.

No podía detenerlos. No podía zafarse.

Sus dedos rozaron la tela metálica. Formó un puño con ellos, pero Esteban le estrelló violentamente la mano contra la valla, y allí estaban las hienas, esperando a desgarrarla a mordiscos.

Maria profirió un alarido cuando desaparecieron sus dedos, engullidos por aquellas fauces hambrientas.

Tras dos días esperando a recibir noticias de Timo, Lucy estaba que se subía por las paredes de preocupación.

—Me voy —anunció.

El sol entraba a raudales por la ventana de su piso okupa aquella mañana, el interior era un horno y lo único que a Lucy le apetecía era escapar de aquel reducto, lóbrego y sofocante, pero Angel se oponía. Tras dos días sin alejarse de su escondrijo, se sentía como si fuera a perder la cabeza.

—Me voy —repitió, con más firmeza esta vez.

—No sería nada descabellado que hubiera alguien vigilando tu casa —señaló Angel.

—Sunny es mi perro. Tengo que recogerlo. Es mi responsabilidad.

Angel se encogió de hombros.

—Tendrías que haberlo pensado antes.

Lucy lo fulminó con la mirada.

—¿Y si mando a Charlene?

Angel levantó la cabeza de la tableta de baratillo que estaba mirando.

—Si no queda otro remedio, por lo menos envía a alguien que desconozca tu paradero actual.

—Ni siquiera sabemos si nos están buscando.

Angel guardó silencio, pensativo, pero al final sacudió la cabeza.

—No. Seguro que nos siguen la pista.

—¿Cómo lo sabes?

Aquellos ojos oscuros se clavaron en ella.

—Porque es lo que haría yo, en su lugar.

Terminaron llegando a un acuerdo. Lucy le pidió a Charlene que encargara a uno de los chicos de la calle que recogiese a Sunny y se lo llevara con él.

No era su opción preferida, pero al menos Sunny estaría bien.

No dejaba de preocuparse. No dejaba de deambular de un lado a otro.

A Angel no parecía afectarle la espera. Daba la impresión de sentirse como en casa. Le recordaba un poco a uno de esos budas, tan serenos ellos, aguardando el momento. Preparado para todo, pero paciente. Conformándose con quedarse sentado, viendo la tele y controlando la ventana del piso por si detectaba la menor señal de problemas.

Angel se había encontrado una tableta china abandonada en la calle y había pagado a unos chavales de los que merodeaban por los alrededores de las bombas de agua para que modificasen los controles de descarga, así que ahora, en vez de funcionar dibujando *hànzi* con el dedo y reproducir exclusivamente vídeos de aprendizaje de idiomas y etiqueta para principiantes, emitía un episodio antiguo de *Impávido* tras otro, con su sonido de latón y sus imágenes borrosas. Con eso Angel,

sin embargo, se conformaba más que de sobra.

La sacaba de quicio que la espera no pareciera afectarle lo más mínimo. Lucy se preguntó si no tendría algo que ver con el tiempo que había pasado en la cárcel, o con su vida en México, o con alguna otra parte de su pasado que aún no se hubiera tomado la molestia de compartir con ella. No lo entendía en absoluto. Se sentía tan intensamente atraída por él como repelida e irritada por su serenidad.

En esos momentos parecía perfectamente completo. Allí sentado, con aquella tableta extranjera modificada, ofrecía incluso un aspecto rejuvenecido. Cuando algo de lo que ocurría en la pantalla le arrancaba una sonrisa, era casi como si Lucy pudiese ver una antigua versión suya agazapada tras todas sus cicatrices. Una versión más inocente. El muchacho que había sido antes de convertirse en cuchillo de agua.

Se ovilló encima del colchón, junto a él. Dios. Otro episodio de *Impávido*.

—¿No te cansas de ver siempre lo mismo?

—Me gustan las primeras temporadas. Son las mejores. Todo seguía siendo un misterio.

En la pantalla, un grupo de Merry Perry elevaban alabanzas al Señor y se preparaban para entrar en Nevada cruzando el río. Rezaban para que su dios infundiera compasión en los corazones de los Perros del Desierto que los esperaban al otro lado y que, hasta la fecha, les habían impedido cruzar.

—Nadie es tan imbécil —masculló Lucy.

—Te sorprendería lo gilipollas que pueden llegar a ser los Merry Perry.

Aquellas palabras bastaron para que el muchacho se esfumara. De repente, Lucy volvía a estar acurrucada contra un asesino que actuaba a las órdenes de Catherine Case.

—¿Los conoces?

—¿A quién? ¿A los Merry Perry?

—¿A ti qué te parece? No, a los otros. A los Perros del Desierto.

Angel hizo una mueca.

—Ellos no se denominan así.

—Tú ya me entiendes. Has trabajado con ellos, ¿verdad que sí?

Angel congeló la imagen en la pantalla y la observó de reojo.

—Hago lo que Case necesite que haga. Eso es todo.

—Esos tíos son unos sanguinarios.

Angel frunció el ceño. Sacudió la cabeza.

—No. Están asustados.

—Le arrancan el cuero cabelludo a la gente —señaló Lucy.

Angel se encogió de hombros.

—A veces se les va un poco la mano. No es culpa suya. —Continuó reproduciendo el vídeo.

—¿Que no es culpa suya? —A Lucy le costó controlar la voz—. He estado en la frontera. He visto lo que hacen. —Tapó la pantalla con una mano, intentando atraer la

atención de Angel—. He visto las cabelleras.

Angel congeló de nuevo la imagen y la miró a los ojos.

—¿Has oído hablar de ese experimento psicológico en el que un tío invitó a un grupo de personas a dividirse en dos grupos y actuar como si fuesen reos o carceleros, y al final todos empezaron a comportarse como reos y carceleros de verdad? ¿Te suena?

—Claro, el experimento de la prisión de Stanford.

Angel reactivó la reproducción del episodio de *Impávido* y apuntó con el dedo a la pantalla, donde los Perros del Desierto habían comenzado a masacrar a los Merry Perry.

—Pues esto es lo mismo. Dale a la gente algo que hacer, y lo hará. Los seres humanos somos así. —Se encogió de hombros—. El trabajo mueve nuestros hilos, no al revés. Pon un grupo de personas en la frontera, diles que mantengan a raya a los refugiados, y se convertirán en una patrulla fronteriza. Ponlas al otro lado e implorarán pidiendo clemencia y se dejarán arrancar el cuero cabelludo y dar por el culo como hacen los Merry Perry. Ninguna de esas personas eligió ese trabajo, pero terminaron metidas en él. Algunas nacieron en Nevada y les tocó jugar a ser Perros del Desierto. Otras nacieron en Texas, así que aprendieron a arrastrarse por el suelo y rogar por sus vidas. Los Merry Perry rezan y cruzan el río como rebaños de ovejas, y los Perros del Desierto se ceban con ellos como las presas que son. Si los de un lado hubieran nacido en el otro, ocurriría exactamente lo mismo.

—¿A ti también?

—A cualquiera. Si vives en una casa bonita, eres un tipo de persona. Si te toca nacer en el barrio, te metes en una pandilla. Si vas a la cárcel, te comportarás como cualquier otro preso. ¿Que te alistás en los guripas? Pues actuarás como un soldado más.

—¿Y si te recluta Catherine Case?

—Te dedicas a cortar lo que te pida.

—Entonces ¿no crees que las personas puedan ser nada por sí mismas, algo inherente a ellas? ¿No crees que nadie pueda trascender los límites de la cuna en la que le tocó nacer?

—Joder, y yo qué sé. —Angel se echó a reír—. No soy tan profundo.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Dártelas de ignorante.

Los labios de Angel se comprimieron por un instante, en un fugaz arrebato de irritación. Era evidente que lo asaltaba el impulso de contradecirla. Lucy esperaba que perdiera los estribos, que arremetiera contra ella, pero el impulso se desvaneció tan deprisa como había venido, reemplazado por la misma serenidad de antes.

—Bueno. —Angel se encogió de hombros—. A lo mejor sí que podemos elegir. Pero por lo general hacemos aquello que nos empujan a hacer. Si nos atacan, huimos

en estampida. —Inclinó la cabeza en dirección a la pantalla y reinició el vídeo—. Y si las cosas empiezan a irse a la mierda, pero de verdad, en fin... Quizá seamos capaces de colaborar durante algún tiempo, pero no cuando la situación es realmente desesperada. Una vez leí un artículo sobre uno de esos países africanos... Uganda, el Congo u otro por el estilo. Lo estaba leyendo, pensando en lo hijos de puta que somos los unos con los otros, y llegué a una parte en la que se describía cómo unos soldados...

Observó a Lucy por el rabillo del ojo. Apartó la mirada.

—Total, que entraron en una aldea y lo jodieron todo a su paso. —Se encogió de hombros—. Exactamente igual que unos milicianos con los que trabajé una vez hicieron con un grupo de Merry Perry que intentaban llegar a Nevada cruzando el río a nado. Y exactamente igual que hicieron los cárteles cuando ocuparon definitivamente Chihuahua.

»Siempre es lo mismo. Las mismas violaciones. Las mismas pollas cortadas metidas a presión en la garganta de sus antiguos propietarios, los mismos cuerpos desfigurados con ácido o inmovilizados con neumáticos, rociados de gasolina y quemados. Siempre la misma mierda, una y otra vez.

A Lucy se le revolvió el estómago mientras lo escuchaba. Era una visión del mundo en la que se esperaba lo más espantoso de la gente porque esta siempre estaba a la altura. Y lo peor de todo era que ella ni siquiera le podía llevar la contraria.

—Como si hubiese algo en nuestro ADN —murmuró— que nos convirtiera en monstruos.

—Sí —dijo Angel—. Todos llevamos dentro el mismo monstruo. Quizá el azar nos empuje en una dirección o en otra, pero si las cosas se tuercen, enderezarlas e intentar convertirnos en algo distinto resulta prácticamente imposible.

—¿Crees que podría existir también otra versión de nosotros?

—¿Te refieres a que, si somos demonios, también podríamos ser ángeles? —Se dio unos golpecitos en el pecho, señalándose a sí mismo.

Lucy sonrió sin poder evitarlo.

—Seguramente tú no seas el ejemplo más indicado.

—Seguramente, no.

En la tableta, Tau Ox intentaba convencer a otro grupo de Merry Perry para que no se fiaran de los coyotes que se disponían a conducirlos al otro lado de la frontera. Nadie le estaba escuchando.

Angel soltó un resoplido y asintió con la cabeza en dirección a la pantalla.

—Creo que nos gustaría ser buenos —dijo—. Se siente uno bien deseando poder ser tan bueno como él.

Lucy contempló el show de televisión, miró a Angel de nuevo y se sintió asaltada una vez más por aquella inquietante impresión de ingenuidad.

A veces Angel parecía tan duro que se diría esculpido en granito, a golpes. Pero luego, mientras veía a Relic Jones tendiendo sus trampas para los traficantes de

personas, Angel se volvía inocente casi por completo.

Embelesado.

Alejado de su habitual cinismo.

—Les va a dar para el pelo a esos coyotes —dijo Angel. A Lucy le pareció un chiquillo cautivado, hipnotizado por las hazañas de su héroe favorito.

No pudo contener una carcajada.

—¿En serio te gusta este programa?

—Claro. Está guay. ¿Por?

—Porque es propaganda pura. Más de la mitad de los fondos con los que se rueda este show provienen del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados.

—¿En serio? —La perplejidad de Angel no parecía fingida.

—¿No lo sabías? —Lucy meneó la cabeza, asombrada—. Querían que los americanos de los estados del norte simpatizaran con los refugiados tejanos. Elaboré un perfil de los productores que subvencionan más de la mitad del programa. ¿De verdad que no tenías ni idea?

Se le escapó la risa de nuevo, sin poder evitarlo, y sus carcajadas arreciaron al ver la cara de estupefacción de Angel.

—Perdona —jadeó—, pensaba que lo sabrías. Creía que a los cuchillos de agua como tú, tan feroces y temibles, no se les escapaba nada. —Sacudió la cabeza con la voz entrecortada, esforzándose por contenerse pero incapaz de parar de reír.

Angel contemplaba la pantalla con expresión dolida.

—Me sigue molando la serie —dijo—. A pesar de todo, está chula.

Se veía tan apenado que Lucy no pudo por menos de apiadarse de él. Se mordió la lengua para reprimir una última carcajada.

—Pues sí —dijo—, está muy chula. —Volvió a acurrucarse contra él y apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Tienes más episodios?

La llamada de Timo se produjo una hora más tarde.

—Bueno, tengo lo que querías. Reúnete conmigo en el Hilton. En el bar.

—¿En serio? —preguntó Lucy—. ¿Conseguiste la contraseña?

—Sí, la conseguí. —Timo titubeó antes de añadir—: Pero no te va a gustar lo que he encontrado.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Reúnete conmigo dentro de una hora. Y, por el amor de Dios, no le digas a nadie que vamos a vernos.

Lo cual le dio tiempo a Lucy para preocuparse y seguir cociéndose un poco más antes de dirigirse al centro en el vapuleado Metrocar que le había prestado Charlene, recibiendo miradas de desaprobación por culpa de sus matrículas de Texas todo el camino.

La iluminación del bar del Hilton 6 era tenue. El resplandor del sol del desierto,

filtrado por los ventanales tintados de graduación automática, sumía el local en una penumbra ambarina.

Junto a una de esas ventanas la esperaba ya Timo, sentado en un reservado con el portátil de Ratan. La luz filtrada le prestaba un aire etéreo. Era como si un crepúsculo perpetuo bañara todo cuanto había en el bar.

Timo la vio, pero sus labios continuaron apretados, formando una línea tensa, mientras Lucy se aproximaba.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al deslizarse en el asiento de enfrente—. ¿Qué has descubierto?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Pues claro, Timo. ¿Qué pasa?

Timo tamborileó con los dedos sobre el portátil de Ratan.

—Esto es muy feo, bonita.

Lucy se lo quedó mirando fijamente, desconcertada.

—¿Qué sucede?

—Cuando me pediste que le echara un vistazo a esto, pensé que sería... —Timo bajó la voz—. No me contaste que California era nuestro oponente.

—¿Importa eso?

—¿Sabes qué? Te diría que no... si no fuera por la visita que me han hecho un par de tíos esta mañana. Me enseñaron fugazmente unas tarjetas profesionales de Ibis Exploratory. Gente maja, ¿sabes? Dos tíos normales, tan simpáticos ellos, que me preguntaron sin tenía intención de seguir viviendo en Phoenix mucho más tiempo. Auténticos hijos de puta de los de plata o plomo, ¿sabes?

—¿Ibis? —Lucy sintió un escalofrío—. ¿Ibis se ha metido contigo?

—Si llego a saber que nos estábamos metiendo en cosas del agua, habría pedido ayuda a cualquier otro. Pensaba que esto iba de narcos.

—¿Ibis sabe que tienes el ordenador?

Timo adoptó una expresión compungida.

—No, en realidad saben que lo tienes tú. —Empujó el portátil en dirección a Lucy y se incorporó.

—¿En serio? —siseó Lucy.

—Me amenazaron, Lucy. A Amparo y a mí. ¿Qué esperabas que hiciera? —Titubeó—. Solo quieren hablar contigo, eso es todo. —Dicho lo cual, Timo dio media vuelta y se fue, caminando tan deprisa como eran capaces de transportarlo las piernas, dejándola sola en el reservado.

En la encerrona.

Una sombra se cernió sobre la mesa, impecable, y se instaló cómodamente en el sitio de Timo, alisándose la corbata al tiempo que se abría la chaqueta.

Lucy lo reconoció en cuanto se hubo sentado. Era el mismo ejecutivo que la había abordado hacía años. El hombre de Ibis. El hombre que, hacía tanto tiempo, le había dicho: «Escribes muchos artículos que se meten con California».

Lo recordaba empujando el hemopasquín hacia ella, junto con una pila de dinero chino. Explicándole cuáles eran las reglas del juego que le permitirían seguir trabajando en Phoenix.

El hombre sonrió mientras se adueñaba del reservado. No parecía haber envejecido ni un solo día. Lucy se esforzó por recordar cómo se llamaba.

—Kota —dijo—. Tu nombre es David Kota.

—Muy bien —replicó Kota, sin perder la sonrisa—. Siempre hemos pensado que eras buena en lo que hacías. Tenías un don para recordar los nombres correctos. Para llevar una lista mental de las personas que conocías, sin artilugios de ningún tipo. Señal de que te funciona bien la cabeza. Aunque eso a veces dificultara saber qué te proponías, con tantas ideas bullendo a la vez. —Usó un dedo para dar un golpecito en sus gafas, cuyas lentes se emborronaron con una nube de información. Una ventana empañada a sus pensamientos—. La mayoría de la gente necesita ayuda para desenterrar sus recuerdos.

Tras las gafas de datos, los ojos de Kota se veían extrañamente acuosos. Prácticamente líquidos. Delicuescentes ojos celestes, ribeteados de rojo. Eran tan antinaturales que Lucy se preguntó si no estarían modificados. Las diminutas cabezas de alfiler negras de sus pupilas se contrajeron en el centro de la diana de sus iris azules. Reenfocándose.

—Tengo muchas alergias —dijo el hombre—. Este polvo... —Se encogió de hombros—. Cuesta encontrar alivio aquí, aun con los filtros de la Taiyang. Todo el mundo intenta recortar donde puede. En California no tolerarían jamás semejante chapuza. Nadie invierte realmente a largo plazo. Ni siquiera los chinos. Al menos no aquí. Después de todo, este lugar tiene los días contados.

—No pienso aceptar ningún soborno —susurró Lucy—. No quiero vuestro dinero.

—Bien —replicó Kota—. Ya te pagué en su día.

—¿Queréis que deje de escribir sobre algo? —Lucy indicó el ordenador con un gesto—. ¿Se trata de eso? ¿Los derechos del agua? ¿La tribu de los pima? ¿No podéis dejar las cosas como están?

El hombre esbozó una sonrisa.

—Lo que escribas o dejes de escribir nos trae sin cuidado esta vez. —Los dos contemplaron el portátil que tenían delante—. Se trata de este ordenador.

—Es tuyo. Llévatelo.

—No hay nada de valor dentro.

Lucy tardó unos instantes en reponerse de la sorpresa.

—¿No?

—En fin, es un ordenador de la empresa. Me extrañaría que su contenido pudiera suponer alguna sorpresa.

—Pero ahí es donde están los derechos.

Kota la amonestó levantando un dedo torcido.



—No juegues con nosotros. —Clavó los ojos en ella—. ¿Dónde están nuestros derechos del agua? Pagamos por ellos. Los queremos. Ratan compró algo, después dijo que lo habían estafado, pero ahora sabemos que eso no es cierto. Sabemos que los derechos obraban en su poder. Dónde. Están.

—Pero... —Lucy tragó saliva con dificultad mientras miraba fijamente el ordenador—. Pero si creía que estaban en el portátil. —Volvió a tragar saliva—. Todos lo creíamos.

La expresión de Kota se deformó. Se inclinó hacia delante.

—He perdido hombres por culpa de esto —siseó—. De los buenos. ¿Esperas que me crea que no los tienes tú?

—¡Pero si es que yo no tengo nada!

—Ah, así que los derechos deben de haberse evaporado, ¿verdad? Se habrán esfumado, sin más. —Sus párpados aletearon sobre aquellos ojos inyectados en sangre—. Voy a darte una última oportunidad, Lucy, y me gustaría que te la tomaras en serio. No querrás que sea tu amiguito Timo el que te saque las últimas fotos, ¿verdad? En el fondo de una piscina vacía, sola. No querrás terminar así, ¿a que no?

—Eres un animal.

Kota afectó sentirse dolido.

—¿Crees que me gusta hacer esto? Quiero lo que nos vendió James Sanderson, eso es todo.

—Y yo ya te he dicho que no lo tengo.

—¿Qué hay de ese cuchillo de agua? Angel Velasquez. ¿Los tendrá él? Seguro que obran en su poder, ¿a que sí? Debe de llevarlos encima.

—Si fuera así, ya habría vuelto a Las Vegas.

—A menos que esté intentando repetir la jugada que hizo Sanderson con Phoenix, lo mismo que hizo Ratan con nosotros. Hemos notado un inquietante denominador común relacionado con esos derechos: cada vez que alguien les pone las manos encima, se los ofrecen al mejor postor e intentan lucrarse con ellos.

—Que no los tengo, te lo repito.

Kota se disponía a replicar algo, pero se lo pensó mejor. Empezó a tocarse la corbata, acariciándola en un movimiento que bajaba desde la garganta hasta el vientre por todo su pecho, contemplativo.

«Está recibiendo instrucciones», comprendió Lucy. Estaba leyendo la información que se deslizaba por sus lentes de datos. En aquel reservado había más personas con ellos, escuchando cuanto decían.

—Ah... Vale, de acuerdo. No descarto la posibilidad de creerte.

Pero tampoco la perdía de vista. Sobrevino a Lucy una oleada de terror. «Debería levantarme, debería salir de aquí cuanto antes.» Kota se disponía a decir algo más, y Lucy sabía que iba a ser espantoso.

«Debería irme. Debería largarme corriendo.»

Se quedó allí, sin embargo, paralizada, incapaz de resistir el instinto de periodista

que la impelía a averiguar adónde conducía esa historia.

«¿Qué queréis? ¿Qué os proponéis?»

Estaba demasiado implicada. Llevaba enganchada desde que Jamie le confesara sus planes. Por mucho que intentara engañarse a sí misma y decirse que aún estaba a tiempo de marcharse, de escapar, en realidad necesitaba llegar hasta el final.

—¿Qué queréis? —preguntó, ya en voz alta.

Su interlocutor tocó de nuevo las gafas con visor de datos. Lucy se preguntó qué estaría viendo y qué clase de personas empuñarían la correa de un monstruo como David Kota.

—Digamos que ciertas personas con las que trabajo saben muchas cosas acerca de ti. Tus idas y venidas, tus contactos. Digamos que lo saben todo sobre ti. Casi como un vecino que cuidara de tu casa cuando tú no estás, que le diera de comer a tu perro en tu ausencia y que te avisara si estás en peligro.

Sunny.

—¿Esto es otra amenaza?

Kota negó vehementemente con la cabeza.

—Digamos que ese vecino es de lo más cordial. Solo es alguien que vela por ti.

Otra pausa.

—El cuchillo de agua ese con el que andas —continuó Kota—. Tu vecino opina que te convendría llevarlo a un sitio determinado, a una hora determinada.

—No pienso hacer nada por el estilo.

—Hay una estación de servicio —siguió hablando Kota, como si Lucy no lo hubiera interrumpido— que se encuentra justo al límite de la zona oscura. La reconocerás por la tienda de los Merry Perry que hay en la esquina. Una auténtica congregación. Un montón de tejanos. Todos los nativos de Phoenix que se han convertido a su fe, allí reunidos, cantando, pisoteando el suelo al compás y buscando el amor de su dios.

—No pienso hacerlo.

Kota no dio muestras de haberla oído.

—Estaremos esperándote allí mañana por la tarde. Digamos que a las dos y cuarto.

Lucy sabía que llevaba demasiado tiempo escuchándolo. Tenía que irse. Ahora mismo, tenía que levantarse y huir. Tenía que avisar a Angel y escapar con él, pero los acuosos ojos azules de Kota la mantenían paralizada en el sitio.

—Me preocupa —prosiguió el hombre, inexorable— que no estemos sintonizando la misma onda.

—No podéis amenazarme. Me da igual lo que hagáis conmigo. No podéis intimidarme. Ya no.

—¿Amenazarte? —Las facciones de Kota no denotaban ninguna emoción—. Pues claro que no. No somos como ese animal que te secuestró. Nosotros nunca te haríamos daño. —Se inclinó hacia delante—. Nos gustan mucho las historias que

teclean esos deditos. Sería una pena romperlos.

Introdujo una mano en el bolsillo de la chaqueta y desplegó un puñado de fotografías sobre la mesa.

—Pero esta es tu hermana, ¿no?

A Lucy se le cortó la respiración. Anna, en Vancouver. En las imágenes se la podía ver recogiendo a su hijo, Ant, en el centro de día, poniéndole el cinturón de seguridad en el interior de su pequeño Tesla de color azul, con el cielo gris cubierto de nubes de lluvia y un exuberante fondo de árboles verdes tras ellos.

Más fotos, un escorzo de Stacie en el encuadre, de lado en su asiento para ver a mamá abrochándole el cinto a su hermano. La escena era tan íntima, tan nítida, que el fotógrafo lo mismo podría haberse encontrado directamente de pie al lado de Anna. Lucy alcanzó a distinguir incluso las salpicaduras de agua que rociaban el cabello de su hermana, como gotitas diamantinas.

Se le revolvió el estómago mientras contemplaba fijamente las fotos, sin parpadear.

Se había mentido a sí misma desde el principio, fingiéndose capaz de pasearse entre los refugiados, los piscineros, los traficantes y los narcos sin que nada de todo aquello la afectara en absoluto. Como si negándose a mirar de frente a la bestia, esta accediera a no mirarla tampoco a ella a su vez.

Pero se engañaba. La chica tirada en el fondo de una piscina vacía daba paso al poli con la cabeza reventada de un tiro en el camino de acceso de su casa, y este al amigo acribillado delante del Hilton, y este a Anna, sonriendo a sus niños.

Anna, tan inofensiva, segura y feliz. Anna, la cual creía que el vórtice quedaba muy lejos sin entender que todos los hilos del mundo estaban conectados y que, cuando Lucy se viera arrastrada a las turbulentas profundidades, también ella y sus hijos podrían terminar devorados.

Esa era la fantasía a cuya sombra Lucy había decidido vivir: la idea de que podría mantenerse aislada de todo y de todos.

Pero al empezar a publicar artículos firmados con su nombre se había convertido en otro pedazo de madera a la deriva en la vorágine, esforzándose tan desesperadamente como cualquiera por mantener la cabeza fuera del agua y evitar que el remolino se la tragara para siempre. Había tardado más que otros en darse cuenta de ello, eso era todo.

Lucy tragó saliva con dificultad.

—Vais a asesinar a Angel, ¿verdad? Por eso queréis que os lo entregue.

—Te equivocas —sonrió Kota—. Solo queremos conocerlo en persona. Hasta ahora siempre ha conseguido eludirnos, nada más que eso. Si nos traes al cuchillo de agua... —Se encogió de hombros—. Entonces podrás seguir aporreando tus teclas y produciendo artículos, y todos olvidaremos que esta conversación alguna vez tuvo lugar. Es lo más sencillo del mundo. Prácticamente una minucia, en realidad.

Lucy encontró a Angel tendido en el sofá cuando regresó al piso, estirado cuan largo era. La miró y preguntó:

—¿Y bien?

Se le formó un nudo en la garganta. Le faltaban las palabras. Lo único que podía hacer era contemplar fijamente las heridas de bala y las cicatrices que cubrían su cuerpo. Recordó el comentario del hombre de Ibis: «Hasta ahora siempre ha conseguido eludirnos». Cicatrices sobre cicatrices. Y ahora, las recientes marcas de metralla en el hombro. El disparo que había recibido mientras la rescataba.

—¿Y bien?

Se dio cuenta de que podía ver sus costillas. Así de delgado estaba. Nada más que huesos y músculos, fuerza pura. La observaba sin pestañear.

—¿Has averiguado algo?

—Sí. Claro.

Se dirigió a la jarra de agua. Llenó un vaso surcado de churretes que alguien se había dejado atrás. Utensilios que la gente había considerado indignos de llevar más al norte. Bebió ansiosamente, con avidez. El agua no alivió la sequedad que sentía en la boca. Volvió a llenarse el vaso de agua, mareada, sin saber qué más podía hacer.

—Tenemos una dirección —anunció al fin.

—¿Sí?

Le sorprendió la naturalidad de sus palabras. Debería sonar como una mentirosa. Angel era tan bueno en su trabajo que la descubriría, sin duda. Pero en su voz no había ni rastro de nerviosismo. Absolutamente nada.

«Esto es lo que hace el miedo», pensó. «Te convierte en la embustera perfecta.»

—Ratan guardaba el material con el que trabajaba en un sitio. Un piso franco que utilizaban los calis, creo. Al parecer los derechos están allí.

Angel ya se había levantado y estaba poniéndose la chaqueta antibalas.

Lucy vio cómo se vestía.

—¿No te da calor llevar tanta protección encima?

Angel esbozó una sonrisa que rejuveneció sus facciones.

—¿Me tomas el pelo? Vestido así es como consigo que todas las chicas suspiren por mí.

Lucy se obligó a sonreír. Angel se lo tomó como una invitación. Salvó la distancia que los separaba y la atrajo hacia él. Cuando empezó a besarla, a ella le sobrevino un presentimiento sobrecogedor.

«Lo sabe, tiene que saberlo.»

Combatió el impulso de apartarse, temerosa de que Angel detectara su traición. Volvió a besarla, más apasionadamente esta vez, con más ímpetu, y de súbito Lucy se descubrió rendida en sus brazos, besándolo a su vez, con una mezcla de fogosidad y desesperación. Saboreando su lengua. Deslizándose las manos por la llanura de su vientre hasta el cinturón, forcejeando con la hebilla, enloquecida de repente, febril de deseo.

«Todos morimos. Todos habremos muerto al final, da igual lo que hagamos.»

No había nada que temer. Nada de lo que arrepentirse.

Se estrecharon con más fuerza, hambrientos el uno del otro, ansiosos por prolongar sus vidas un poco más.

«Da igual. Es lo mismo. Al final nada tiene importancia.»

Maria yacía enjaulada, encogida en posición fetal alrededor de su mano mutilada. La sangre se había coagulado ya, dejando unos pequeños muñones palpitantes en el lugar que antes ocupaban sus dedos anular y meñique. Se preguntó si se le podrían infectar las heridas, pero después decidió que seguramente eso carecía de importancia. No sobreviviría lo suficiente para tener que preocuparse por eso. El sol caía a plomo sobre ella, abrasador, y el viento incesante que azotaba el complejo del Vet la castigaba descargando latigazos de arena sobre su piel.

Su jaula lindaba con la zona vallada que ocupaban las hienas, que la observaban con la lengua fuera, intrigadas tras haber probado ya su sabor. Cada vez que se movía, acudían trotando para olisquear la tela metálica, regresando una y otra vez, como si esperasen que la barrera se hubiera debilitado de una ocasión a otra.

Infatigables.

Una parte de ella deseaba morir de deshidratación, disecarse hasta quedar reducida a un cadáver momificado. Al menos entonces el Vet, Esteban y Cato se sentirían decepcionados. Así no podría servirles de distracción. No se divertirían viéndola gritar y correr delante de las hienas. Contempló la mejor manera de ahorcarse, o de cortarse las venas y desangrarse, pero no había ningún instrumento a su disposición.

—Toma. Deberías beber.

Damien, en pie junto a su jaula, sosteniendo una botella de agua y un plato de comida. Esa era la primera vez que lo veía. Antes siempre habían venido otros.

—No quiero nada.

Damien se puso en cuclillas con un suspiro. Empezó a empujar la comida hacia el interior de la jaula.

—¡Que no quiero nada!

Los gritos de Maria atrajeron la atención de los soldados del Vet. Esteban se levantó y se acercó a ella, pavoneándose, con una sonrisita en los labios.

Damien lanzó una mirada iracunda a Maria.

—¿Ves lo que has hecho?

Maria se carcajeó.

—¿Crees que todavía le tengo miedo? ¿Qué va a hacer? ¿Echarme de comer a las hienas?

—El Vet solo quiere que corras —dijo Esteban—. Mientras no te desangres, puedo hacer un montón de cosas contigo.

—Déjala en paz —terció Damien—. Ya has hecho bastante.

—No me gusta cómo me mira.

—Que la dejes.

—A mí no me des órdenes, pendejo. Si no quieres que te eche ahí dentro con ella. Damien retrocedió.

Esteban cogió el plato de arroz con judías y lo deslizó por el suelo hasta el interior de la jaula.

—Venga, putita. Come algo. No podrás correr si no tienes fuerzas. —Hizo un gesto en dirección a las hienas—. Ya sabes cómo funciona, ¿verdad? Te soltaremos en un extremo de las jaulas, y si consigues llegar al otro lado sin que te alcancen las hienas, el Vet dejará que te vayas. Tienes una oportunidad, solo necesitarás velocidad y una pizca de suerte. Pero antes debes reponer fuerzas.

Maria lo fulminó con la mirada, imaginándose abatingo por la manada de hienas.

—Venga, bonita. La comida está ahí mismo. ¿Por qué no entierras la cara en el plato? Cómetelo todo como la perra que eres.

Se imaginó su cuello convertido en un surtidor de sangre.

Esteban arrugó el entrecejo y se alejó.

Damien reapareció con una botella de agua.

—Bebe algo, en serio.

—¿A ti qué más te da?

Al menos el hombre tuvo el detalle de adoptar una expresión avergonzada.

—No... no pensaba que acabaría así.

—¿Cuánto falta para que me... echéis a las hienas?

—Lo que decida el Vet. —Damien lanzó una mirada de soslayo a Esteban, que se había reunido con algunos de los soldados del Vet a la sombra de un toldo. Estaban jugando a las cartas—. Le gusta que la gente te vea. Así los demás saben a lo que se arriesgan.

Empujó la botella a través de la rendija que había en la valla.

—Quizá no tarde mucho. Harías bien en comer y beber mientras puedas.

Maria contempló la posibilidad de seguir negándose, pero una parte de ella rehusaba darlo todo por perdido, y al final se impusieron el hambre y la sed que sentía. Bebió con avidez y devoró la comida ayudándose con la mano sana, famélica, incapaz de continuar denegándose el sustento.

Esteban regresó para observarla.

—¿Cómo es que a él sí le haces caso y a mí no? No estarás resentida por lo de los dedos.

Maria hizo una pausa para apuñalarlo con la mirada.

Todos sus pensamientos giraban en torno a cómo le encantaría verlo morir, no había lugar para nada más en su cabeza. Retorciéndose entre alaridos. Que pagara por lo que le había hecho. Si pudiera echarle las manos al cuello... Se preguntó si habría alguna manera de engatusarlo para que entrase en la jaula con ella. Algún modo, el que fuera.

—Lárgate, Esteban —dijo Damien—. Ya te has divertido bastante.

—Al contrario. La diversión no ha hecho más que empezar. —Parecía que Esteban se dispusiera a añadir algo más, pero entonces lo llamó Cato:

—¡Esteban! ¡Que vamos a llegar tarde!

—Luego te veo, bonita. Retomaremos la conversación cuando vuelva.

Se alejó para reunirse con Cato en su enorme camioneta negra. Salieron del complejo dejando una estela de polvo a su paso.

Damien volvió a acuclillarse junto a Maria. A escasos metros de distancia, los curiosos ojos amarillos de las hienas no se separaban de ella. Voraces e intrigados. Sin parpadear. Maria se preguntó si Esteban le habría dicho la verdad, si sería cierto que disponía al menos de una oportunidad de escapar. Siquiera la más mínima posibilidad...

—¿Qué cojones te pasa por la cabeza? —preguntó Damien.

Maria le lanzó una mirada de repugnancia.

—Estaba pensando que necesito salir de este sitio de mierda.

—Te imaginaba más lista.

—Vete a tomar por culo, Damien.

—Oye. Perdona. Es que no sospechaba siquiera que pudieses terminar aquí. Creía que conocías mejor las reglas del juego. Tu chica, Sarah... esa sí que sabía lo que se hacía. Deberías haberte quedado con ella.

—Está muerta.

La expresión de sorpresa de Damien parecía sincera.

—¿Qué? —se burló Maria—. ¿No lo sabías? Hizo exactamente lo que tú querías. Salimos a ganar dinero, como nos sugeriste, y eso le costó la vida. Hicimos lo que querías. Las dos. Y ahora ella está muerta. —Lo fulminó con la mirada—. Tú nos empujaste a eso. Así que mira, sí, decidí que sería preferible intentar escapar.

Damien se chupó el labio, un gesto que deformó aún más sus ya de por sí feas facciones morenas, quemadas por el sol. Maria se enjugó el sudor que le irritaba los ojos. Sentía el cabello negro pesado y sofocante a causa del sol. Estaba cociéndose allí. Casi cincuenta grados y ella expuesta al aire libre, tostándose al filo de la muerte. Damien adoptó una expresión de culpabilidad.

—Ayúdame —susurró Maria.

—¿Qué has dicho?

—Déjame salir.

Damien soltó una risita nerviosa.

—Las llaves están ahí mismo —lo apremió Maria—. Las he visto. Esta noche. Podrías dejarme salir. Nadie se enteraría siquiera. Además, sabes que me debes una por haberme metido en este fregado.

Damien miró de reojo en la dirección que indicaba Maria. Los pistoleros del Vet seguían jugando a las cartas, sin que nada les importara una mierda aparte de beber tequila y reírse a carcajadas cada vez que su dinero cambiaba de manos.

Mientras Damien los observaba, Maria casi podía sentir cómo empezaba a ablandarse.

—Te caen igual de bien que a mí —dijo.

Y era verdad. Lo veía. Ocupaba el último escalafón de su jerarquía. Nervudo y



duro de pelar, pero no uno de ellos, en realidad no. Solo era el recadero del Vet.

—Podríamos marcharnos los dos. Podríamos ir juntos al norte.

La conexión se evaporó de repente.

—No puedo —dijo Damien, sacudiendo la cabeza—. Como intente algo así, acabaré ahí dentro contigo. Los dos correríamos delante de las hienas.

—Ni siquiera se enterarían. Podrías hacerlo esta noche.

Pero la conexión se había perdido, y Maria lo sabía. Ahora solo hablaba por hablar. Cualquiera que fuese el influjo que hubiese podido ejercer sobre él, ya no existía.

—Me lo debes —insistió—. Estoy aquí por tu culpa.

Damien ni siquiera podía mirarla a los ojos.

—Si quieres —dijo—, te puedo conseguir una dosis de pompas. Podrías colocarte a placer. Con la cantidad suficiente, apenas lo notarás cuando... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire, observando de reojo a las hienas.

—¿Cuando me descuarten? —lo provocó Maria—. ¿Era eso lo que querías decir? ¿Quieres que me coloque antes de que me coman viva? ¿Crees que eso solucionará algo?

—¿Quieres las pompas o no? —replicó Damien, azorado.

Maria se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Lo siento —musitó el hombre. Empezó a darse la vuelta.

—¿Damien?

Se volvió.

—¿Sí?

—Que te den.

—¿Por qué paramos aquí? —preguntó Angel cuando Lucy metió el Metrocar en la cochambrosa gasolinera de un LocoMart.

—Necesito tabaco —respondió ella, con un hilo de voz.

—No sabía que fumases.

—Si sobrevivo al próximo par de semanas, lo dejo. Otra vez.

Angel bajó del coche también, provocando que Lucy se volviera para mirarlo, sorprendida.

—¿Qué haces?

—Se me ha antojado algo dulce.

—¿En serio?

—Totalmente. Tengo hambre.

Angel se adentró en el pasillo de las golosinas mientras Lucy regateaba el precio de las distintas cajetillas con el dependiente. No tenían gominolas. Eligió un tubo de Spree y regresó al mostrador. Lucy al final se decantó por el Mist y un paquete de recargas de Marlboro Bubblegum.

—Sabía que fumarías de liar. A la antigua. —Dejó el tubo de caramelos encima del mostrador—. Pago yo —dijo cuando Lucy hizo ademán de sacar la cartera. Lucy asintió con la cabeza por toda respuesta. Tenía la vista puesta en la calle, atenta al Metrocar, como si temiera que se lo fuesen a robar.

Angel pasó la tarjeta y obtuvo un pitido de rechazo.

—Pero ¿qué cojones? —La volvió a pasar.

—¿No tiene otra tarjeta, caballero?

Angel miró al dependiente, pensando: «Tengo como cincuenta, pendejo». Pero el hecho de que esa en particular no funcionase le molestaba.

Intentó pasarla de nuevo, y la máquina volvió a rechazarla.

—No te preocupes —dijo Lucy—. ¿Puedes vigilar el coche? Me he dejado las llaves en el contacto. —Sacó un puñado de efectivo—. Te invito a los caramelos.

Angel agarró el tubo de Spree y regresó al Metrocar, preguntándose por qué su tarjeta habría estirado la pata de repente. En esa cuenta debería haber decenas de miles de dólares.

Hizo memoria, intentando recordar cuándo la había utilizado por última vez. ¿Hacía dos días? Antes de lo de la Taiyang, eso seguro. ¿Cenando en el Hilton? ¿De copas con Julio?

De nuevo en el interior del vehículo, sacó un Spree y se dedicó a chupar distraídamente el caramelo. Entre el sol y los deslumbrantes reflejos de las ventanas del LocoMart, la silueta de Lucy ante el mostrador resultaba apenas visible. Le gustaba. Le gustaba cómo se movía. Cómo se conducía.

Al otro lado de la calle, los Merry Perry habían erigido una gigantesca tienda para la oración en el aparcamiento de un supermercado Fry desvalijado. Los carteles que

enarbolaban, en inglés y en español, prometían botellas de agua a todo el que acudiera a uno de sus servicios y expusiera su testimonio. El abrasador viento del desierto los azotaba e intentaba arrebatárselos de las manos.

A un lado del aparcamiento había un tío meando en un ClearSac. Terminó y empinó la bolsa sobre su boca, apretando y chupando a la vez, con cara de felicidad. Al principio la gente era reacia a usar los ClearSac, pero a la larga incluso los más reticentes habían terminado agradeciendo el invento.

Angel repasó mentalmente sus identidades. Si la tarjeta de Mateo Bolívar no funcionaba, tendría que probar las otras. Eso y volver a ponerse en contacto con la AASN para averiguar dónde estaba el problema. Era imposible que Julio conociera todos sus alias, por lo que no había ningún motivo para anular los documentos de identidad que llevaba encima y las tarjetas de crédito asociadas. Se habría producido algún incidente en la AASN.

«Puta burocracia de los cojones.»

Incluso desde el otro lado de la calle Angel podía oír a los ocupantes de la tienda de los Merry Perry, declamando sus pecados ante Dios y realizando sus ofrendas. Las rondas de vítores y aplausos arreciaban y amainaban en oleadas.

Un par de personas salieron de la tienda aferrando los símbolos que colgaban de su cuello, señal de que se habían prostrado de hinojos, como si sus espaldas ensangrentadas no demostrasen fehacientemente que se habían purificado.

Había quienes no sabían qué hacer para expiar sus pecados. Seguramente no estarían contentos hasta morir a causa de los azotes.

Morir...

¿Por qué la habría palmado esa tarjeta? Había algo en todo aquello que le daba mala espina. Debería funcionar. Sus alias siempre estaban operativos.

Lucy, que aún no había salido del LocoMart, lo miraba a través del cristal. Lo miraba...

—Ay, mierda.

Angel se volvió justo a tiempo de ver cómo irrumpía en el aparcamiento una gigantesca camioneta negra, envuelta en los rugidos de su motor de explosión. Tras ella apareció otra, igual de atronadora.

—Me cago en la...

Una tormenta de balas se desató sobre él. Las ventanillas saltaron en pedazos. Una granizada de diminutos mazazos lo empujó contra el cinturón de seguridad. Dolor. Más impactos.

Angel intentó echarse la chaqueta antibalas por encima de la cabeza mientras se abalanzaba sobre la palanca de cambios. Engranó y se tiró al suelo al tiempo que oprimía el acelerador con la mano.

El Metrocar respondió con un chirrido. Tenía los brazos bañados de sangre. Los pedales estaban empapados. Más balazos. Más martillazos secos por todo el cuerpo. Las ventanillas no dejaban de agrietarse y hacerse añicos, proyectando sobre él una

cascada de cristales. El vehículo se detuvo de golpe. Los airbags explotaron contra su cara, aturdiéndolo.

«Voy a poner el airbag perdido de sangre», pensó estúpidamente Angel mientras manoteaba buscando la puerta a tientas. La abrió de un empujón, forcejeó con el airbag, se zafó del cinturón de seguridad y se dejó caer fuera del vehículo. Sabía que no serviría de nada, llegarían de un momento a otro para rematarlo. Pero, así y todo, no podía menos que presentar batalla. Rodó de costado, cegado por el dolor, e intentó localizar a sus agresores. El Metrocar había girado en redondo al chocar. Le costaba orientarse. Entornó los párpados, deslumbrado por el sol abrasador.

«¿Dónde se ha metido todo el mundo?»

Empuñó la SIG y tiró, pero al mirar vio que su mano estaba vacía. Se quedó contemplando fijamente los regueros de sangre que discurrían por la palma extendida. La culata del arma se le había escurrido entre los dedos. Resbaladizos.

Tanteó de nuevo en busca de la SIG, acordándose del sicario que, hacía tanto tiempo, había abatido a su objetivo delante de él. Lo recordaba como si hubiese ocurrido ayer. Recordaba cómo el asesino se había acercado a su víctima y le había llenado el cuerpo de plomo. Recordaba cómo se había estremecido el cuerpo con el impacto de las balas.

Angel desenfundó al fin. Intentó levantar el brazo, apuntar y estar preparado. El sol le daba directamente en los ojos. Se acercaban. Sabía que se acercaban, igual que se había acercado el sicario. El sicario que se había colocado junto al hombre y le había metido una última bala entre las cejas. Vendrían a por él, para cerciorarse.

Se esforzó por oír sus pasos sobre sus propios resoplidos entrecortados. Recordaba cómo el sicario le había apuntado directamente con la pistola. El dedo de Dios, señalándolo, decidiendo sobre su vida y su muerte. Recordaba cómo había sonreído, cómo había fingido apretar el gatillo. Jugando a ser Dios.

Restallaron disparos al otro lado del vehículo. Múltiples estampidos simultáneos. Angel se aplastó contra la rueda del Metrocar, intentando adivinar de dónde procedían. Hostia puta, el dolor. Empuñó la SIG con ambas manos y se esforzó por acompañar la respiración. Cada nuevo aliento era un suplicio.

«¡Vamos! Venid, cabrones. Venid a buscarme antes de que me desangre.»

No soportaba la idea de que pudiera estar muerto cuando lo encontraran. Ni siquiera habría tenido la oportunidad de responder a sus disparos.

Claro que, por otra parte, a lo mejor era así como funcionaba esa mierda. Uno no elegía su forma de morir. Lo decidían por ti. Siempre había alguien que tomaba ese tipo de decisiones por ti.

Resonaron alaridos a la altura de los surtidores. Algún pobre diablo, atrapado en el fuego cruzado. Más estampidos, más detonaciones. Más cristales rotos.

Le temblaban las manos y no podía hacer nada por evitarlo. Se moría. En el fondo, era casi un alivio. Desde que aquel sicario le plantase la pistola en la cara, Angel siempre había sabido que estaba marcado. La muerte se había llevado a todos

los miembros de su familia, uno por uno, y ahora por fin había venido a por él. Ahí.

La sombra de la muerte. Un hombre con una pistola y la cara cubierta de tatuajes. Angel apretó el gatillo.

La sombra se desplomó y el sol volvió a deslumbrar a Angel.

Rodó de costado con un gruñido, esperando toparse con otro asesino procedente de la dirección opuesta. Repiquetearon más disparos al otro lado del Metrocar, pero no cerca de él.

Apoyó la espalda en uno de los neumáticos y se le escapó un siseo de dolor. Clavó la mirada en el orbe al rojo vivo del sol, respirando con dificultad. Empapado de sudor.

Ya debería haber muerto.

«Pues lárgate echando hostias, pendejo.»

Se dio la vuelta y empezó a gatear, arrastrándose por el cemento abrasador cubierto de esquirlas de vidrio.

Se sentía como si se le estuvieran saliendo las tripas del cuerpo. Tenía las costillas rotas y astilladas, cuchillas que le desgarraban el pecho.

Superó como pudo el bordillo de una acera. Sin detenerse. Otro hijoputa testarudo, demasiado imbécil para darse por vencido. Demasiado estúpido para dejarse caer y morir como debería. Demasiado terco.

Siempre lo había sido. Había sido un niño terco en la escuela, delante de los profesores. Lo había sido en los calabozos del Servicio de Inmigración de El Paso. En los correccionales de Houston. Siempre había sido igual de terco. Lo suficiente para sobrevivir hasta que el huracán Xavier arrasó aquella prisión y los dejó en la calle a él y a todos los demás deportados, en medio de las lluvias torrenciales y los árboles arrancados de cuajo. Lo suficiente para arrastrar su obstinado culo hasta Las Vegas.

«Por eso te permití vivir», le susurró al oído el sicario.

—Que te follen.

Angel siguió arrastrándose.

«A tu espalda, pendejo.»

Angel se dio la vuelta y, efectivamente, la muerte se cernía ya sobre él.

Disparó a su asesino en la cara. Volvió a tenderse boca abajo y continuó gateando.

El sicario se echó a reír. «¡Qué malo eres! Sabía que lo llevabas en la sangre, cabrón. Hasta cuando te estabas meando en los pantalones, con esa colita diminuta, sabía que algún día tendrías los cojones de un toro. Se te notaba en la cara. Como putos balones de fútbol, tus *güevos*.»

El sicario siguió hostigándolo, pero por encima de sus puyas y sus chanzas, Angel podía oír el susurro de unas plegarias. Tardó un instante en comprender que eran sus labios los que pronunciaban aquellos avemarías entrecortados. Continuaron incluso cuando intentó morderse la lengua, una liturgia para Dios, para la Santa Muerte, para la Virgen María, hasta para el puñetero sicario, que parecía haberse empeñado en asesorarlo.

Angel se arrastró hasta un callejón inundado de arbustos rodantes. Tenía las manos encostradas de sangre y tierra, y la camisa empapada. Al mirar atrás, vio el extenso rastro de sangre que había dejado a su paso.

Sentía la pistola resbaladiza en la mano. La dejó caer en un intento por soltar lastre, renunciando a la vida y a la muerte, y siguió arrastrándose.

Restallaron más disparos a lo lejos, pero el tiroteo no iba con él. Ya no.

Angel encontró un muro medio derruido de bloques de hormigón y se coló por la grieta, jadeando y gruñendo.

«¿Para qué me molesto?», se preguntó. «Ríndete ya y muérete de una vez.»

Tenía las tripas en llamas. Habría sido lo más sencillo, tumbarse en el suelo y morir. Por lo menos así cesaría el dolor.

Se obligó a continuar, gimoteando.

«Siempre fui un mierdecilla obstinado.»

Le habían dado en el vientre, pensó, hacia el costado, y el proyectil había traspasado limpiamente la tela antibalas. Algún tipo de munición antiblindaje, lo más probable. Dios, qué calor. Estaba sudando a mares. El sol caía sobre él como una presencia física, opresiva.

Triturándolo, Dios. Aplastante.

«Arriba, joder», se dijo.

El sicario se negaba a tirar la toalla.

Angel vio que yacía en la rojiza grava ornamental del patio trasero de alguna vivienda. Se le había dormido la cara. Se palpó el mentón, y sus dedos tocaron el hueso. Se acordó de Julio, escupiendo los dientes, y se preguntó cuánto quedaría de sus facciones. Otra ronda de disparos lo espoleó y reanudó la marcha, sin dejar de jadear y gruñir. Más despacio que antes, sin embargo. Cada vez más despacio.

El calor pesaba sobre él como una losa. Se impulsó hacia delante. El sol resplandecía violentamente, aplastándolo contra el suelo como un puño de plomo.

Angel vio la casa abandonada tras un velo de sangre y sudor. «Solo tienes que llegar hasta su sombra. Bastará con que te refugies de este calor.» Cuando el sol dejase de aporrearle la espalda, entonces podría descansar.

Continuó arrastrándose con un último esfuerzo de voluntad. Encontró un asidero, se aferró a él. Y se precipitó al vacío.

Pero ¿qué...?

Rodó hasta aterrizar como un fardo, de golpe. Tenía un brazo retorcido a la espalda y las piernas colgando sobre la cabeza. Lo único que sentía era dolor.

Una superficie de hormigón de color turquesa le raspaba la mejilla.

«Una piscina. Una puta piscina de mierda», renegó.

Angel se carcajeó de sí mismo. Iba a acabar como un piscinero de Phoenix cualquiera. Más sal en la herida.

Se obligó a ponerse de costado. Lo consiguió con esfuerzo. Se quedó tendido de espaldas, sin resuello. El dolor arreciaba y amainaba en oleadas, al compás de los

débiles latidos de su corazón.

Tenía la boca seca. Aunque intentase salir de la piscina, las paredes eran demasiado escarpadas. Se le habían agotado las energías. Era como una cucaracha atrapada en el fondo de una bañera. Se moría de sed.

«Sería como pasarla por un colador, gilipollas. Te han hecho demasiados boquetes.»

Qué gracia. Se imaginó los chorros de agua escapando a presión de su cuerpo, como un surtidor. Como en los dibujos animados que veía de pequeño, en los que las balas se limitaban a practicarle inofensivos agujeritos, sin matarte.

El tiroteo continuaba a los lejos. Sonaba como si hubiera estallado una guerra. El mundo se desmoronaba. Se alegró de no estar allí para verlo. Se quedó tumbado, inmóvil, con la mirada fija en el sol, esperando a que su corazón se parara.

Una sombra se cernió sobre él. La muerte, por fin. La Santa Muerte había acudido a su encuentro. La Flaca venía a buscarlo.

Volvía a estar a su merced, igual que lo estuvo hacía ya tanto tiempo, cuando aquel sicario le plantó la pistola en la cara.

Angel tenía diez años de nuevo, paralizado de la cabeza a los pies. La muerte no se había olvidado de él. Tan solo estaba esperándolo.

Llevaba esperándolo desde el principio.

En el interior del LocoMart todo el mundo se tiró al suelo, asumiendo que los disparos que atronaban en la calle formaban parte de algún ajuste de cuentas. Únicamente Lucy se quedó de pie, contemplando lo que había desencadenado.

Se habían detenido dos camionetas enormes, una junto al Metrocar y otra detrás, con las cajas de carga repletas de hombres en pie, armados con rifles automáticos.

Abrieron fuego contra el coche, acribillándolo. Las ventanillas del Metrocar se hicieron pedazos.

El pequeño vehículo saltó hacia delante de golpe, intentando escapar. Aceleró, derrapando, encajando más balazos, se estrelló contra una antigua boca de incendios y se detuvo girando en redondo. Las dos camionetas lo seguían como una pareja de tiburones.

Los hombres desmontaron de un salto y se acercaron al Metrocar, dispuestos a rematar la faena.

«Esto es obra mía», pensó Lucy, pero la idea llegó acompañada por la certeza de que habrían hecho lo mismo con Anna y los niños.

«Entonces ¿por qué estoy llorando?»

Era mejor así. Lucy desaparecería del mapa, y Anna continuaría adelante con su vida de ensueño en Vancouver. Ant y Stacie crecerían sin sospechar siquiera que las frías manos esqueléticas de la muerte les habían acariciado la mejilla. Ellos sobrevivirían, y Lucy se perdería de vista. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Necesitaba largarse de Phoenix. Escapar mientras pudiera...

Divisó a dos hombres que empuñaban sendas pistolas, agazapados tras el estante de las golosinas. Uno de ellos estaba hablando por el móvil. El otro le guiñó el ojo.

—No te preocupes, bonita —declaró con acento sureño—. Esto no va a quedar así como así. Si se meten con alguien de los nuestros, se meten con todos.

Su amigo y él cruzaron la puerta a toda velocidad y cargaron sobre los asesinos, abriendo fuego a discreción.

«¿Alguien de los nuestros? Pero si ni Angel ni yo somos tejanos.»

El coche. Las matrículas de Texas.

Los asesinos se desbandaron para ponerse a cubierto y respondieron a los disparos, pero no antes de que los tejanos eliminaran a uno de los suyos.

Lucy tuvo la precaución de arrojar al suelo cuando los tejanos regresaron de un salto a la tienda de comestibles, aullando de júbilo bajo una lluvia de plomo. Las ventanas volaron por los aires. Las balas silbaban y rebotaban por todo el establecimiento.

—¡Os está bien empleado, hijos de puta! —exclamó uno de ellos—. ¡Nadie se mete con Texas!

El otro había sacado el móvil de nuevo y estaba llamando a más amigos, solicitando refuerzos.



Al otro lado de la calle, los Merry Perry salían en desbandada de su tienda para la oración. La mayoría de ellos se escabullían como cucarachas expuestas a la luz, pero algunos cruzaban el amplio bulevar a largas zancadas, en dirección a la gasolinera, empuñando rifles y pistolas.

Más ruido de cristales rotos cuando los asesinos incrementaron el fuego. Las balas perdidas zumbaban por todas partes. Las bolsas de patatas fritas y galletitas saladas explotaron, reventadas. La pareja de tejanos se arrastró por el suelo, impulsándose con los codos. Se incorporaron para responder a los disparos.

—¡Vete! —le gritó uno de ellos mientras vaciaban los cargadores—. ¡Sal de aquí! ¡Nosotros nos encargamos!

Lucy se arriesgó a echar otro vistazo por encima de los estantes de golosinas. Los asesinos estaban dividiéndose: algunos de ellos se dirigían hacia el Metrocar para rematar a Angel; los demás, hacia la tienda, agazapados y sin dejar de apretar el gatillo. Ninguno de ellos parecía haberse percatado de la presencia de los Merry Perry que se cernían tras ellos, disparando a su vez.

Lucy se puso a cubierto. Los proyectiles sacudían el interior del establecimiento. Las balas perdidas zumbaban como avispones. Reptó sobre las baldosas, abriéndose paso a rastras entre una montaña de restos de comestibles.

Los demás clientes del LocoMart comenzaban a desaparecer por una salida señalada como SOLO PARA EMPLEADOS. Lucy estiró el brazo, empujó la puerta para abrirla de par en par y la atravesó rodando. Los disparos la siguieron, atronadores.

Alguien empezó a gritar en el interior de la tienda. Lucy se incorporó de un salto y empezó a correr. Los surtidores de gasolina comenzaron a explotar a su espalda.

El aire se estremeció. Una nube negra con forma de hongo engulló la estación de servicio, entreverada de llamas anaranjadas. Más disparos. Más estampidos y detonaciones. El castañeteo de las armas automáticas.

Lucy hizo una pausa, jadeante, con las manos apoyadas en las rodillas, contemplando fijamente la nube que continuaba elevándose. El aullido de sirenas, aún lejanas. Tenía que largarse de allí. Tenía que esconderse en alguna parte.

Le dolía el brazo. Al bajar la mirada, descubrió que una bala le había trazado un surco incandescente en la piel. Un reguero de sangre se descolgaba goteando de su codo. Se quedó mirando fijamente la herida, desconcertada. Había recibido un disparo y ni siquiera lo había notado.

Ahora que lo veía, sin embargo, le dolía de cojones.

Se quitó la camiseta sin mangas y se quedó en sujetador mientras el sonido de los disparos continuaba flotando en el aire abrasador. Rasgó la tela y utilizó un jirón para vendarse la herida, torciendo el gesto de dolor. Por lo menos no parecía que el brazo estuviera roto.

«Solo es un rasguño», pensó, y tuvo que reprimir un ataque de risa histérica. Cómo dolía.

—No es nada —se dijo—. No es nada. Estás bien. Tú sal de aquí, eso es lo más importante. —Estaba hablando sola. Hablando sola para dominar el pánico mientras volvía a ponerse la camiseta hecha pedazos—. Lárgate ya, eso es todo. Estás bien. No te pasará nada. Has hecho lo que querían. Pero vete de una vez. Márchate. Recoge a Sunny y fuera de aquí.

La densa humareda negra que flotaba sobre la gasolinera parecía aumentar de tamaño. Lucy formó visera con una mano para protegerse los ojos mientras contemplaba las ondulaciones del humo. Sí que era más grande que antes.

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

Lucy giró sobre los talones y se encontró con otro grupo de personas armadas. Más tejanos.

Muchos más.

—Estoy bien.

Se aferró el brazo mientras asentía con la cabeza, sabiendo que debería alejarse pero sintiendo que su cerebro de periodista comenzaba a tomar el timón.

—¿Qué hacéis? —preguntó a la columna de tejanos que desfilaba junto a ella.

—Vengarnos —respondió una mujer, sin detenerse—. Se han cargado a uno de los nuestros.

«Se refieren a Angel.»

Lucy comenzó a seguirlos sin poder evitarlo. Llegaron a la parte trasera de la tienda de comestibles. El edificio era pasto de las llamas, pero sus bloques de hormigón aún podrían servirles de parapeto. El calor y las cenizas se arremolinaban sobre sus cabezas.

Lucy se asomó a la esquina con los demás. El fuego estaba devorando una de las camionetas. Los asesinos estaban acorralados. Vio tejanos con sus móviles pegados a la oreja, emitiendo y recibiendo instrucciones.

—¿Qué es esto?

—Los Primeros Patriotas de Texas —dijo la mujer. Un par de hombres se tocaron el ala del sombrero—. Devolviéndole a la comunidad todos los favores que nos han hecho.

Un coro de risitas siniestras resonó en el seno del grupo de tejanos, que acto seguido salieron de detrás de sus parapetos abriendo fuego a discreción, cercando a los abrumados asesinos a sueldo. Dispuestos a hacerles pagar por todas las humillaciones que habían sufrido.

A lo lejos aullaban cada vez más sirenas. Los cuerpos de policía y bomberos respondían a la negra columna de humo que no dejaba de elevarse por los aires. El viento arreciaba, y el incendio con él. Sobre el vecindario caía una lluvia de chispas y escoria.

Un par de camionetas cargadas de pandilleros aparecieron rugiendo calle abajo. Abrieron fuego, acribillando a los Merry Perry mientras pasaban derrapando frente a su tienda para la oración. La estación de servicio continuaba ardiendo. El cielo azul

vomitaba una cascada de restos en llamas. Al otro lado de la calle, las chispas prendieron en una casa que se incendió abruptamente. El edificio adyacente no tardó en seguir su ejemplo.

El viento, seco y abrasador, transportaba remolinos de ceniza y papeles en combustión. Lucy se descubrió deseando que Timo estuviera presente para grabarlo todo. Él sabría capturar ese momento. Una chispa diminuta, después del vasto incendio, después la vorágine...

Desde donde se encontraba aún podía ver el Metrocar con sus matrículas de Texas, acribillado a balazos. La chispa. Para su sorpresa, la puerta del copiloto parecía estar abierta. No había nadie en su interior.

Un cadáver yacía junto al vehículo, pero no era el de Angel.

Por extraño que pareciera, abrigaba la esperanza de que Angel hubiera conseguido escapar. Aunque la supervivencia de Anna dependiera de la muerte del cuchillo de agua, no pudo por menos de celebrar su huida. Era duro de pelar. Quizá saliera de esta.

«Pero, si lo hace, volverá a por mí.»

Aquel pensamiento le heló la sangre en las venas, aun envuelta como estaba en las oleadas de calor que rugían a su alrededor, abrasadoras. Los disparos y las detonaciones eran omnipresentes. El tiroteo había entrado en metástasis. Las llamas se apoderaron de otra vivienda. El viento caliente arreció, arremolinando el humo. El fuego se elevó con un rugido, crepitante, cada vez más alto.

Sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, Lucy comenzó a acercarse al pequeño vehículo destrozado por los proyectiles, con los párpados entornados para protegerse los ojos del calor y el viento cargado de polvo. Si Angel estaba vivo, vendría a por ella. La mataría. Lucy continuó aproximándose a pesar de todo.

Hostia puta.

Un rastro de sangre se alejaba del coche. Lucy lo siguió hasta el cadáver de un segundo asesino muerto en el callejón. Su temor se intensificó. Angel había sobrevivido. Sintió un alfilerazo de superstición. Quizá ni siquiera pudiese morir. Parecía capaz de superar todos los obstáculos, con sus asombrosas historias acerca de cómo había sobrevivido a su huida de México para ganarse la confianza de Catherine Case. Quizá ni siquiera fuese humano en absoluto, sino algún tipo de demonio inmortal. Bendecido por la Santa Muerte y, por tanto, indestructible.

Cada vez más nerviosa, Lucy se adentró en el callejón siguiendo el rastro de sangre. Encontró la pistola de Angel en la brecha de un muro de bloques de hormigón medio derruido. La recogió. Estaba cubierta de sangre, resbaladiza. Pesada en su mano. Se coló por el boquete de la pared.

El rastro la condujo hasta el borde de una piscina sin agua. En el fondo, Angel yacía en medio del lago en expansión que formaba su propia sangre.

Por un instante, Lucy lo dio por muerto. Ni siquiera parecía ya una persona, sino una marioneta rota, como tantos otros piscineros de los que había visto desde que

llegó a Phoenix. Entonces Angel parpadeó.

Levantó una mano, como si quisiera apuntarla con una pistola invisible. La sostuvo en alto durante un segundo antes de que su brazo cayera de nuevo, sin fuerza.

Lucy sopesó la pistola que tenía en la mano.

«Remátalo. Acaba con él, con todo.»

En vez de eso, descendió para reunirse con el moribundo.

—¿Lucy?

—Chis. No te muevas.

Deslizó las manos con delicadeza por todo su cuerpo. La chaqueta antibalas había absorbido una cantidad de daño considerable, pero las balas eran demasiadas, disparadas desde demasiados ángulos distintos, para que pudiera escapar ileso. Uno de los proyectiles le había rozado el cráneo. Otro, el mentón. Apartó la chaqueta. Se le cortó la respiración. Angel tenía la camisa empapada de sangre, rezumante y viscosa. Introdujo las manos bajo la chaqueta, intentando encontrar el punto de entrada.

Angel protestó con un gemido.

—Creía que me habías matado.

—Ya. —Lucy exhaló un suspiro—. Yo también.

—Patéticos —susurró Angel—. Esos pistoleros... De medio pelo.

Lucy parpadeó para enjugarse las lágrimas. La pistola descansaba a su lado, en el suelo. Un tiro y todo habría acabado. «No tenía elección. Esto es lo que habrían hecho con Anna.» Meterle ahora la bala de gracia en el cuerpo sería incluso misericordioso.

Angel sufrió un ataque de tos.

—Oye, Lucy.

—Dime.

—Menudo momento para ponerse a fumar.

—No soy yo. Es que se ha desatado un incendio.

Un incendio de dimensiones descomunales, además. La lluvia de ceniza que caía sobre ellos parecía un diluvio. Enormes pavesas negras de papel y materiales aislantes, tan grandes como su mano. Ahora que se fijaba, Lucy vio que eran dos los focos de llamas que lamían el firmamento. Las ráfagas de viento que los azotaban, abrasadoras, estaban cargadas de humo.

Lucy acunó la cabeza de Angel. La pistola estaba allí mismo. ¿Por qué no podía descerrajarle un tiro, sin más? Le estaría haciendo un favor.

Ella formaba parte de esto. De esta vorágine. Toda la maldad que existía en el mundo estaba en sus manos. Su peso la aplastaba. Empujándola a convertirse en otro de sus agentes. Otra criatura al servicio de su horror, produciendo un simple piscinero más en una ciudad desbordada de ellos.

Lucy se puso de pie. Deslizó los brazos bajo las axilas de Angel y empezó a arrastrarlo en dirección al extremo menos profundo de la piscina.

—Ayyy —protestó Angel.

—Chis. Tenemos que sacarte de aquí.

Angel se quedó inerte en sus brazos, y Lucy comprendió que se había desmayado. Eso, o acababa de exhalar su último aliento. Reanudó la marcha. Era como tirar de una plancha de hormigón.

—¿Por qué tienes que pesar tanto?

Jadeaba cuando llegó al filo de la piscina, empapada de sudor. Lo impulsó por encima del borde y se agachó para sujetarle las piernas. Hacia arriba. Hacia fuera. Consiguió sacarlo con esfuerzo de la hondonada, rodando, y salió trepando a su vez, sin resuello, sudando profusamente. Las cenizas seguían lloviendo sobre ellos. Angel no se movía. Quizá estuviera muerto de verdad.

Le tomó el pulso. No. Su corazón todavía latía.

Se sentó en el suelo y se preguntó cómo iba a llevárselo de allí, cuando a duras penas había conseguido sacarlo de la piscina.

—¿Lucy? —Un susurro. Se había despertado de nuevo.

Se agachó sobre él.

—Dime.

—¿Cómo te convencieron? —preguntó Angel—. ¿A quién le contaste que estaba contigo?

—No le conté nada a nadie. Ya lo sabían.

—¿Te presionaron de alguna manera?

Lucy ladeó la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Mi hermana. Me amenazaron con lastimar a mi hermana.

—Buena amenaza.

El humo ondeaba sobre sus cabezas. Las llamas estaban cada vez más cerca. Lucy pensó en los incendios forestales que se desataban en las montañas. En los animales que huían en estampida del rugiente asalto de la devastación. Y ahí estaba ella, moviéndose a paso de tortuga.

Levantó a Angel de nuevo. Consiguió arrastrarlo hasta el boquete del muro. El sudor se le metía en los ojos. Goteaba de su nariz y su barbilla. Salpicaba la cara de Angel. Se acuclilló tosiendo, entre arcadas, mareada por la densa humareda.

Angel volvía a observarla.

—Vete —dijo. Estiró el brazo y le acarició la mejilla—. No pasa nada. En serio. Sin rencor.

«No se puede deshacer lo que ya está hecho.»

Con un rugido, una hilera de apartamentos comenzó a arder no muy lejos de ellos. Si el estuco hubiera estado intacto podría haber resistido el fuego, pero había demasiadas ventanas rotas, demasiadas puertas derribadas a patadas. La zona entera era una caja de cerillas. Demasiadas vigas desnudas, expuestas, demasiados huecos y recovecos para que el fuego y las chispas los lamieran y se instalaran en ellos.

El incendio se expandió, saltando de los bloques de apartamentos a las casas, y de

allí a más complejos. El viento seco abrazaba y avivaba las llamas, cuyo rugido era como el estruendo de un mercancías que estuviera a punto de descarrilar sobre ellos.

—Corre —susurró Angel.

Lucy divisó una carretilla abandonada. Maldiciéndose por cabezota, corrió para hacerse con ella. Su espalda protestó cuando intentó aupar a Angel dentro de ella. La carretilla estuvo a punto de volcar, pero la agarró a tiempo. Lo acomodó en su interior como mejor fue capaz.

La rueda estaba sin aire. Cómo no, claro. ¿Quién iba a molestarse en inflarla?

Explotó otra casa, engullida por las abrasadoras llamaradas que parecían provenir de su mismo interior. La estructura de madera al completo prendió fuego con un bramido, en un abrir y cerrar de ojos, fruto de una combustión espontánea provocada por el calor que envolvía el edificio.

Lucy agarró las asas de la carretilla y empezó a empujar a Angel calle abajo, tambaleándose. El número de casas incendiadas no dejaba de aumentar.

La envolvía un calor asfixiante.

Angel yacía inerte en la carretilla, como si ya hubiera muerto.

«Pero mira que soy imbécil.»

Tras lanzar una última mirada atrás, por encima del hombro, apretó el paso como mejor fue capaz.

Una cortina de fuego inundaba el firmamento a su espalda, gigantesca y voraz. Aunque corriera, no podría ser más veloz que las llamas eternamente, y no había forma de rodearlas. Frente a ella, la carretera de la subdivisión terminaba en un callejón sin salida.

Jamás podría atravesar con Angel todas las casas y los patios que se interponían entre ella y el fuego. Con una maldición, soltó la carretilla y regresó corriendo hacia las llamas.

Pequeñas lenguas de fuego se propagaban ya por doquier, alimentadas por los escombros inflamables. Lucy agarró un trozo de madera y lo introdujo en las llamas.

Esgrimiendo su improvisada antorcha, desanduvo sus pasos tan deprisa como se lo permitían las piernas.

«Como esto no dé resultado, estamos listos.»

Dejó atrás a Angel, arrumbado contra la caja de la carretilla como un títere al que le hubieran cortado los hilos, y empezó a prender fuego a los edificios que se extendían ante ellos.

Incendió todas las casas que formaban el fondo del callejón sin salida, corriendo de un lado a otro por su interior, avivando las llamas, pasando de una residencia a otra. Y a otra más.

El fuego ondeaba y crecía, intensificándose sus rugidos.

Regresó junto a Angel. Ahora estaban emparedados entre dos gigantescos muros de llamas, uno frente a ellos, el otro detrás. El aire era sofocante. Abrasador. Sacó a Angel de la carretilla y se tendió junto a él en el pavimento. Entrelazó los dedos con

él.

En cierta ocasión, hacía tiempo, había entrevistado a unos bomberos. Por aquel entonces aún demostraban siquiera un ápice de interés por controlar los gigantescos incendios que devoraban las laderas boscosas.

Uno de ellos le contó cómo su equipo y él habían estado a punto de perecer calcinados cuando el incendio que intentaban sofocar se volvió contra ellos conforme corrían montaña arriba. Mientras las llamas los perseguían, devorando la hierba, se le ocurrió prender la vegetación que tenían delante. Avivaron el fuego y huyeron ladera arriba, persiguiendo el incendio que ellos mismos habían provocado, corriendo por la tierra calcinada, ya incombustible, que se extendía ante ellos.

Había salvado la vida de todos sus hombres.

El calor que los rodeaba se intensificó. Angel gimió junto a ella. Había perdido una cantidad excesiva de sangre. «Soy tonta», pensó Lucy, pero se mantuvo en el sitio.

La vorágine transformaba a las personas en bestias. Había estado a punto de hacerlo con ella. Pero ahora, por fin, creía entenderlo. El miedo podía empujar a cualquiera a convertirse en menos de lo que en realidad era. A descuartizar a tus vecinos. A colgarlos de las alambradas.

Pero ahora por fin creía entender al contado número de personas que plantaban cara a los narcos y a los cholobis, que se enfrentaban al dinero, a los cuchillos de agua, a las milicias... Creía entender a todas aquellas personas que elegían el camino correcto en lugar del camino más fácil. Más seguro. Más inteligente.

La vorágine amenazaba con devorarla, pero eso a Lucy ya no podría importarle menos. Mientras las llamas se encabritaban sobre ella, estrechó la mano del cuchillo de agua que iba a morir por su culpa.

Decidió que ya no iba a seguir huyendo. Ardería ahí, consumida por el horror que había contribuido a crear, o saldría ilesa de él, purificada.

El cerco de fuego se abalanzó sobre ella.

La piel de Lucy empezó a crepitar.

Maria olió el humo mucho antes de que se manifestaran las llamas, pero incluso entonces supo que algo iba mal. Lo vio en la forma en que todos los soldados del Vet miraban hacia el oeste, así como en la forma en que todos comenzaron a correr de un lado a otro. Lo vio en la forma en que todos dejaron de meterse con ella.

Damien pasó corriendo junto a su jaula.

—¿Qué ocurre?

—¡Se está produciendo un tiroteo de tres pares de cojones! —respondió Damien—. Tenemos que poner en su sitio a un hatajo de Merry Perry.

—¿Y todo ese humo?

Damien se carcajeó.

—¡El mundo está que arde!

Un grupo de soldados del Vet subió de un salto a las camionetas que los esperaban, comprobando los cargadores de sus armas automáticas sobre la marcha. Los hombres se desplegaban en estampida, levantando nubes de polvo que el viento abrasador se encargaba de dispersar en todas direcciones.

—¡Déjame salir! —imploró Maria.

—¿Te falta un tornillo?

—Tírame la llave, solo eso. ¡Nadie se dará cuenta!

Damien miró en rededor.

—Lánzame la llave y considéralo una ofrenda a la Flaca. Si vas a disparar a alguien, sabes que alguien disparará también contra ti.

El Vet apareció en la puerta de su mansión. Damien se encogió de hombros, en señal de impotencia.

—Lo siento, Maria. No puedo.

Corrió hasta una de las camionetas, se encaramó de un salto a la caja y se agazapó mientras el vehículo rugía al abandonar el complejo. El Vet pasó justo por delante de Maria y montó en su vehículo personal con tracción a las cuatro ruedas. Instantes después el silencio se había adueñado de las instalaciones, roto tan solo por los resoplidos de las hienas junto a Maria.

Absolutamente a nadie le importaba lo que fuese de ella.

La humareda se intensificó. El sol escarlata se puso sobre las llamas. Nadie regresó al complejo. Surgieron más incendios a lo lejos. El fuego estaba devorándolo todo.

Las hienas no perdían de vista la devastación, fascinadas, con las orejas tiesas y el hocico arrugado, azotadas por las nubes de humo. Deambulaban por toda la jaula, recorriéndola sin cesar de un extremo a otro. Buscando una salida, comprendió Maria.

Resonaron disparos en la distancia, despertando ecos en los tejados. Maria intentó decidir si eso era buena o mala señal. Anocheció, y seguía sin regresar nadie. El



tiroteo continuaba.

Sobre su cabeza, los remolinos de humo oscurecían el aire y las chispas lo iluminaban. Los Clearzac en llamas revoloteaban por el firmamento en alas del viento caliente, como titilantes velas de plástico. El tiempo pasaba y la humareda seguía espesándose. Maria se acurrucó en el suelo, como las hienas, atentas todas al horizonte, al menor indicio de lo que las aguardaba. De la suerte que no iban a poder evitar.

—¿Quieres salir de ahí?

Una sombra, moviéndose al amparo de la noche.

—¿Toomie?

Salió renqueando de la oscuridad. En su mano resplandecía un gigantesco revólver plateado. Un Magnum 44. Maria pensó que no se había alegrado tanto de ver a alguien jamás en toda su vida.

—¿Qué haces aquí?

—Alegrarme de que estés sola y de que el Vet se olvidara de cerrar la reja principal al salir. —Se acercó cojeando a la jaula—. ¿Cómo se abre esto?

—Hay una llave por ahí.

Toomie se acercó al lugar donde los matones del Vet habían estado jugando a las cartas. Esperar a que regresara se le antojó una eternidad a Maria, pero instantes después la había liberado ya y la abrazaba con fuerza.

—Vamos —la apremió Toomie—. Tenemos que largarnos de aquí. Hay disturbios por todas partes. No quiero que nos pillen en ningún fuego cruzado.

Ahora que Maria podía verlo bien, se dio cuenta del aspecto tan lamentable que ofrecía Toomie. Desaliñado y exhausto. Una pesada férula improvisada le envolvía la pierna, y tenía las facciones contraídas de dolor.

—Apóyate en mí —dijo Maria.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Nada. Estoy bien. —Condujo a Toomie fuera de las instalaciones—. Espera un momento.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca?

Desoyendo sus protestas, Maria regresó corriendo al interior del complejo. Agarró las llaves de las jaulas de las hienas. Abrió todos los candados. Los animales se pusieron en tensión, expectantes, ante el tintineo que produjeron las cadenas al caer al suelo. Maria salió corriendo.

Las hienas eran más rápidas.

«Santa Muerte y la puta que las parió», que si eran rápidas.

Las oyó golpear la valla. La tela metálica traqueteó y se combó con un repiqueteo ensordecedor.

Toomie levantó el arma.

—¡Cuidado!

Maria cruzó la reja principal de un salto, y Toomie la cerró de golpe a su espalda.

El pestillo encajó en su sitio con un chasquido. Las hienas se estrellaron contra los barrotes de hierro, que se estremecieron. Maria retrocedió con un grito, temblando de la cabeza a los pies.

—Estás loco, chiquilla.

—Loca —lo corrigió distraídamente Maria—. Estoy loca. Si el Vet vuelve alguna vez, a lo mejor se lleva una sorpresa. —Rodeó la cintura de Toomie con un brazo—. Vamos —le dijo—. En marcha.

Los incendios se extendían en todas direcciones. Habían llegado incluso a las colinas. Maria podía ver las líneas de fuego que devoraban ya las laderas, dejando saguaros encendidos como teas en la oscuridad, cientos de llameantes Jesucristos crucificados que se desplomaban y se fundían junto con todo lo demás.

Toomie se apoyaba pesadamente en ella, respirando con dificultad a cada paso renqueante que daban.

Las aspas de los helicópteros batían el aire sobre sus cabezas, veloces en pos del fuego y el repiqueteo de las armas automáticas.

—Es como si el mundo entero estuviera siendo pasto de las llamas —murmuró Maria.

—Eso parece —replicó Toomie—. Han cortado todas las líneas de telefonía móvil, para que los Merry Perry no puedan seguir organizándose.

Montañas y edificios. El firmamento mismo parecía haberse incendiado. En el aire flotaban Clearsac y hemopasquines en llamas, brillantes estrellas anaranjadas en un cielo invadido por el humo.

«Esto es el infierno.»

Así era el infierno, tal como se lo habían descrito cuando todavía iba a misa. Ese era el lugar al que iban a parar los pecadores. Solo que parecía estar devorándolos a todos por igual, sin importarle que en él hubiera personas como Toomie y ella atrapadas junto a monstruos como el Vet.

Continuaron avanzando, abriéndose paso con esfuerzo a través de la noche incendiada. Se cruzaron con bandas de merodeadores en dos ocasiones. La primera vez eran zonales; Toomie habló con ellos, conciliador, y les dejaron pasar. La segunda eran tejanos, armados con antorchas y prendiendo fuego a las casas, y Maria los convenció de que no eran Toomie ni ella de quienes debían vengarse.

—Entre los dos formamos un buen equipo —observó Toomie cuando se refugiaron en un portal para recuperar el aliento.

El eco de los estampidos y las detonaciones de los rifles y las pistolas se multiplicaban sobre los tejados. El fuego continuaba arrasándolo todo a su paso.

Maria se enjugó el sudor y el hollín de la cara.

—¿Crees que tus casas seguirán en pie todavía?

—Ya lo averiguaremos.

Toomie tenía el rostro bañado en sudor. Un rictus de sufrimiento le crispaba las facciones.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, princesa. Perfectamente. Deberíamos seguir.

Maria le impidió levantarse.

—¿Por qué fuiste a buscarme? No tenías que hacerlo.

Toomie se rio e hizo una mueca de dolor.

—Estuve a punto de no hacerlo.

—Pero lo hiciste.

El hombretón contempló el revólver que tenía en las manos.

—A veces uno se da cuenta de que vivir sin arriesgar nada puede ser peor que morir.

—Yo quiero vivir —dijo Maria.

—Lo mismo que todos.

—Tenemos que salir de aquí.

Toomie se rio de nuevo.

—Después de esto... —Sacudió la cabeza—. Puedes estar segura de que los calis y los guripas de Nevada vigilarán la frontera con más celo que nunca. —Abarcó la ciudad en llamas con un ademán—. Esto de aquí es una lección para todo el que quiera aprenderla.

—Ahora los tejanos no serán bien recibidos en ningún sitio, ¿verdad?

Toomie se incorporó con esfuerzo.

—¿De qué te extrañas? —Le tendió el arma—. Toma, míralo bien. Sujétalo. Cuando dispare, brincará en tu mano.

—¿Por qué me enseñas esto?

Toomie la miró con expresión seria.

—Porque si nos persigue alguien y debemos salir corriendo, quiero que seas tú la que logre escapar.

—Lo conseguirás.

Cuanto más caminaban, sin embargo, y cuantas más escaramuzas se veían obligados a esquivar, mayores eran las dudas que asaltaban a Maria.

El calor combinado del anochecer y los incendios constituía una manta asfixiante y, sin agua, era como si vagaran sin rumbo por el desierto. Cuando por fin llegaron a un campamento okupa, próximo a los surtidores de la Camaradería, solo encontraron cenizas y escombros. Todas las viviendas improvisadas. Todas las tiendas de la Cruz Roja. Todo se había esfumado.

De los cadáveres se elevaban penachos de humo. El olor a carne asada impregnaba el aire. Los animales rebuscaban entre los escombros, perros salvajes y coyotes, ensañándose con los cadáveres e intercambiando gruñidos.

Mientras sorteaban los escombros, Maria y Toomie intentaron ver si las bombas aún funcionaban. Toomie empuñó la pistola, apuntándola contra las manadas de bestias, y Maria se preguntó qué harían si los animales decidían abalanzarse sobre ellos. Eran demasiados para abatirlos a todos.

Toomie observó los surtidores desde el límite de la plaza.

—Me parece que no funcionan. Seguramente se les fundirían todos los circuitos cuando empezó esto.

Maria contempló fijamente las bombas inertes, con añoranza, arrepintiéndose de no haber sacado ni una gota de agua del complejo del Vet.

Las manadas de perros continuaban cebándose con los cadáveres.

—Tenemos que largarnos de Phoenix.

Toomie profirió una carcajada desprovista de humor.

—¿E ir adónde?

—Al norte. A California. A donde sea, pero lejos de aquí.

—¿Cómo piensas hacerlo? El Vet controla a casi todos los que saben cómo cruzar el Colorado ilegalmente. —Toomie sacudió la cabeza—. Ya me pescaron así una vez, ¿recuerdas? Habrá ordenado que nos busquen.

—A lo mejor está muerto.

—¿Tú crees?

No, en realidad no. El Vet era inmortal. Era un demonio. Él y sus hienas. No moriría jamás.

—De todas formas —continuó Toomie—, estamos sin blanca, y la tarifa habrá subido para los tejanos. La gente estará más desesperada que nunca por irse. Los precios se habrán puesto por las nubes. Tenemos que ganar tiempo y ahorrar algo de dinero, entonces podremos dar el siguiente paso. Ayúdame a levantarme. Nos refugiaremos en mi casa y trazaremos un plan.

—¿De verdad crees que tu casa aún sigue en pie? —preguntó Maria.

Toomie respondió con una carcajada siniestra.

—Y yo qué coño sé.

Un escuadrón de helicópteros rasgó el aire sobre sus cabezas, pájaros negros recortados contra el naranja de los incendios y los remolinos de polvo en el cielo.

Maria los vio pasar, abalanzándose como exhalaciones sobre algún objetivo que para ella siempre sería un misterio. Quizá fuesen chopperes antiincendios que intentaban controlar el fuego. O quizá pertenecieran a la Guardia Nacional y se dispusieran a poner a la gente en su sitio.

—Me parece que voy a intentar cruzar de todos modos —dijo—. Sin guía.

—Morirías ahí fuera.

Maria se echó a reír.

—Aquí también. Sería más lento, eso es todo.

Un transporte blindado pasó a toda velocidad, diminuto y solitario en las calles desiertas. Irrelevante frente a las llamas que no dejaban de propagarse por el horizonte.

—Entonces ¿qué te propones? ¿Atravesar a pie quinientos kilómetros de desierto y cruzar el Colorado nadando? Ni siquiera los profesionales consiguen pasar siempre a todo el mundo.

—Como bien has dicho antes, los profesionales seguramente me entregarían al Vet de todas maneras. Y si me quedo... —Maria se encogió de hombros—. El Vet saldrá de esta más fuerte que nunca, y cuando se entere de que aún sigo por aquí, sin duda intentará capturarme de nuevo.

—Pero podrías ocultarte conmigo. Ahora sabemos que deberíamos tener más cuidado. Lo conseguiríamos.

Toomie hablaba igual que su padre, prometiendo lo imposible porque quería creer. Y ahora, ante sus garantías de protección y seguridad, Maria se descubrió deseando creer en él a su vez. Creer que, de alguna manera, podía contar con que aquel hombre, mayor y con más experiencia, velase por ella, cuidara de ella y resolviera todos sus problemas. Exactamente igual que se había puesto en manos de papá cuando era pequeña. Exactamente igual que Sarah se había puesto en manos de Mike Ratan.

—Nos podemos ir juntos —le ofreció—. Podríamos marcharnos los dos.

Toomie se dio una palmadita en la pierna.

—No sé yo si estoy para cruzar muchos desiertos a pie ni muchos ríos a nado. Y esa mano tuya tampoco es que tenga muy buena pinta.

Maria formó un puño palpitante con ella y se lo colocó a la espalda, donde él no pudiera verlo.

—Encontraríamos la manera.

—¿Y ahora quién es la que intenta convencerse con bonitas historias?

Maria guardó silencio. Toomie le dio un apretón en el hombro.

—Espera un par de días antes de partir, por lo menos.

—¿Para qué? ¿Para que puedas convencerme de que me quede?

—No. —Toomie se incorporó con un gruñido de esfuerzo—. Para que te pueda enseñar cómo se dispara este chisme.

Angel volvía a estar con su madre. La mujer estaba preparando tamales, envolviendo rojas tiras de cerdo en hojas y harina de maíz. De fondo sonaba un antiguo tema de Don Omar, y su madre reía, sonreía mientras cocinaba, moviéndose al compás de la música. Angel se había puesto de puntillas para espiar lo que ocurría en la encimera.

—Coge una silla. Desde ahí abajo no verás nada.

Angel se encaramó junto a ella.

Su madre le enseñó a envolver la masa de harina de maíz. «Sushi de maíz», la llamó él, y ella se echó a reír y le dio un abrazo. Prepararon juntos el sushi de maíz mientras ella bromeaba y le sugería que debería aprender japonés y dedicarse a los negocios si tanto le gustaba el pescado crudo. Angel se sintió más unido a ella que nunca mientras esperaban a que sus hermanas volvieran de clase.

Recordaba el calor que irradiaba la olla en la que se estaban cocinando al vapor los tamales. Recordaba las baldosas de la encimera, podía recordarlo todo, los olores, el delantal rojo que llevaba puesto su madre...

Le apenaba saber que no era más que un recuerdo, que su madre ya estaba muerta, y México con ella, al igual que Aya y Selena. Al igual que su padre. Pero daba igual, decidió. Por lo menos ahora podría estar con mamá. Estaba a salvo, envuelto en el aroma a harina de maíz que flotaba en el aire, en la calidez del vapor. Solo que los ingredientes habían empezado a quemarse. Podía oler el humo.

Mamá lo miraba con extrañeza. Angel se dio cuenta de que se estaba quemando.

Sentía el cuerpo entero al rojo vivo.

Mamá no dejaba de repetir que tenían que llevarlo al médico.

Angel quería decirle que no pasaba nada. Todo moría tarde o temprano. Ella misma había muerto, al fin y al cabo, así que, ¿por qué debería preocuparse por él? Pero su madre rezaba y le imploraba a la Virgen que lo protegiera mientras él intentaba explicarle otra vez que en realidad ya no quedaba nada que salvar, que la Virgen, Jesús y él se habían separado hacía tiempo, solo que ella se había arrodillado ya junto a él y no dejaba de rezar, obcecada...

—Despierta. Venga. Despiértate ya.

Estaba besándolo, insuflándole aliento. Angel boqueó de repente. Intentó sentarse. El dolor, desgarrador, lo empujó de espaldas de nuevo.

Lucy se sentó sobre los talones, cubierta de mugre y sudor, contemplándolo con sus preciosos ojos de correveidile, su ángel de la guarda particular.

Bonita forma de despertar.

Salvo por el dolor. Joder, el dolor. No podía moverse ni un milímetro sin que le doliera algo. Y había un hombre arrodillado junto a él, con una jeringuilla en la mano.

—Vaya, parece que todavía respira —bromeó el desconocido.

—Aguanta —murmuró Lucy, estrechando la mano de Angel.

Le habría gustado decirle que lo estaba lastimando, que no le apretase la mano

con tanta fuerza, pero en ese momento el hombre introdujo la aguja bajo su piel.

Angel perdió el conocimiento.

\*

Se encontraba en una sillita de plástico, junto al sicario, velando el cadáver del hombre asesinado por este. Angel sabía que el sicario no era de fiar, que corría un peligro espantoso en su compañía, pero al hombre parecía gustarle la presencia de Angel, y este no se atrevía a salir corriendo.

El sicario tenía una botella de mezcal en la mano. La utilizó para señalar a la víctima que acababa de acribillar a balazos.

—Así es como pienso morir —dijo—. Quien a hierro mata a hierro muere, ya sabes. —Miró a Angel con gesto grave—. Recuérdalo, *mijo*. A hierro matamos y a hierro moriremos. Paga tus deudas con plomo, con plomo deberás rendir cuentas.

Angel sabía que, bajo aquella piel, el hombre era su padre. El sicario era su verdadero padre. No el agente de policía junto al que Angel había huido al norte hacía años, con la promesa de que todo iba a solucionarse, de que no era nadie para que los narcos se fijaran en él. El hombre que había perdido a toda su familia porque no supo darse cuenta a tiempo de que las tornas se habían vuelto en su contra.

El sicario, ese asesino que no dejaba que los espejismos le impidieran ver el mundo, era el verdadero padre de Angel.

—Moriré a hierro —continuó el sicario—, pero no hace falta que ese sea también tu destino. Dirígete al norte. Empieza de cero. Se acabó el pagar las deudas con plomo.

—Pero ¿qué pasa con mamá y con Aya?

—No puede acompañarte nadie, ¿lo entiendes? —El sicario agitó la botella en señal de advertencia—. Acéptalo o quédate aquí y sigue matando a hierro hasta morir igualmente a hierro. Vete al norte, vive con rectitud. Aquí abajo hace demasiado calor para ti.

—Ni siquiera sé a qué te refieres con todo eso de matar y morir a hierro.

—Tú ahora no te preocupes por eso, *mijo* —replicó el sicario, entre carcajadas—. Ya lo entenderás algún día.

Se agachó y empezó a pinchar a Angel por todo el cuerpo con el gollete de la botella de mezcal. A cada nuevo contacto con la boca de vidrio aparecía milagrosamente en su piel un orificio por el que comenzaba a manar la sangre. Angel contempló los agujeros de bala. No tenía miedo. Las heridas eran dolorosas, pero no le parecían fuera de lugar. Como si siempre hubiera estado escrito que terminaría luciéndolas.

—Parezco un colador —murmuró.

El sicario pegó un trago de mezcal y se echó a reír.

—Pues pídele a tu mujer que te remiende.

—Ya lo está haciendo.

—Esa no. —El sicario adoptó una expresión exasperada—. ¡La que te los hizo! —Empinó otra vez la botella y se la clavó a Angel de nuevo, practicándole otro agujero de bala—. Pero si es que eres tan tonto que no te mereces vivir. Pazguato. Mequetrefe. —Otros dos picotazos. Otros dos orificios.

—Tu español está desfasado.

El sicario se carcajeó.

—Qué sabrás tú, con la de tiempo que llevas fuera. —Sus labios se curvaron en una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Quieres un consejo, *mijo*? No cabrees a las mujeres. Antes vivir en un páramo desolado que con una mujer enfadada. ¿Entiendes lo que te digo? Ahí lo tienes, *mijo*, una verdad como un templo. Me da igual que sea en México, en el cártel de Chihuahua o aquí arriba en el norte. Tú enemístate con una mujer, que ya verás cómo te corta los huevos y te deja trinando como un gorrión.

—Pero si ni siquiera estoy casado.

El sicario esbozó una sonrisita de complicidad.

—Eso dicen todos los pandilleros que se dedican a ir por ahí saltando de flor en flor. —Levantó un dedo en señal de advertencia—. Pero las chicas lo saben. Conocen tus intenciones. Se enteran de todo, aunque no digan ni pío. ¡Mírame a mí! —Se señaló con un ademán, y Angel vio que también él estaba cubierto de agujeros de bala—. ¿Has visto lo que hizo conmigo mi mujer? La muy puta, y ahora resulta que hasta le componen canciones y todo. Debería haber sido mi corrido, pero se lo dedicaron a ella. ¿Y yo qué? Un par de estrofas antes de que la zorra de ella me deje así y a volar.

Se inclinó sobre Angel, apuñalando el aire con la botella.

—¿Y eso que cantan de que la zurré hasta escupir sangre? ¡Falso! Te lo juro por mi madre. Vale, sí, a lo mejor a veces me daba por zarandearla un poquito, pero nunca le levanté la mano en serio. —Sacudió la cabeza, solemne—. Mentiras para adornar su canción, eso es todo.

Angel se rio de sus excusas.

—Menos mal que no estás en el norte. Allí las mujeres no tienen paciencia con todas esas chorradas.

—¡Eso es lo que intento explicarte, *mijo*! —se desesperó el sicario—. No engañes a las mujeres del norte, que te joderán vivo.

Angel se lo quedó mirando fijamente, desconcertado.

—Pero si nos acabamos de conocer.

El sicario elevó las manos al cielo, exasperado.

—Ay, madrecita Flaca, que se merece morir de lo tonto que es. Yo intento avisarle, pero he visto cholobis con más dedos de frente. Por favor, déjame que le meta un balazo. Será lo mejor para todos.



Angel se despertó boqueando, sin aire.

Lucy estaba inclinada sobre él, acariciándole la frente con una mano, con ternura. Se sentía como si le hubiera pasado un tren por encima, con el cuerpo reducido a un amasijo de moratones y carne picada.

Se encontraba en una habitación de madera contrachapada a medio construir, visibles aún los remaches. De uno de los clavos de la pared colgaba una bolsa de suero. Junto a ella, Britney Spears lo miraba sin parpadear desde un póster arrugado, atiborrada de bótox y desdentada, prometiéndole *baby, baby, granny time*.

Se asaba de calor. Intentó quitarse la sábana de encima, pero solo encontró su propia piel, resbaladiza de sudor, transformada en un mapa delineado con nuevas cicatrices de bala y puntos de sutura. La crónica de todos los errores que había cometido en su vida.

Alguien se había dedicado a escarbar en su pecho y en sus entrañas. Nuevas costuras le fruncían la piel. Recordó el momento en que había conocido a Catherine Case, cómo se había levantado la camisa mientras le aseguraba que no le daban miedo las balas. Exhibiendo sus cicatrices.

«Ahora tengo unas cuantas más.»

Probó a incorporarse, pero el esfuerzo resultó ser excesivo y volvió a desplomarse de espaldas, temblando.

Lucy apoyó una mano en su pecho, tranquilizándolo.

—Tómalo con calma. Tienes suerte de estar vivo.

Angel intentó hablar, sin éxito.

—Agua —consiguió articular por fin, con un graznido apenas audible—. Por...  
Obstinado.

—Por favor —susurró con dificultad—. Agua.

—Solo tengo Clearzac.

—Me vale.

Lucy le acercó a los labios una bolsa con una pajita, pero las retiró mucho antes de que Angel hubiera tenido ocasión de saciarse.

—¿No hay más? —preguntó.

—Podrás beber todo lo que quieras en cuanto los tejidos injertados hayan terminado de regenerarse.

Angel intentó protestar, pero se sentía demasiado agotado. A juzgar por el tono de su voz, en cualquier caso, Lucy no iba a dar su brazo a torcer.

—¿Cuánto he estado... fuera de combate?

—Una semana.

Angel asintió con la cabeza. Dejó que se le cerraran los ojos. Lo asaltaron recuerdos de su sueño: el sicario, cubriéndolo de agujeros de bala con una sonrisita perversa. El malvado y su botella de mezcal, hecho una furia, despotricando sobre las mujeres y la lealtad.

Abrió de nuevo los ojos y contempló fijamente el techo, pensando en deudas y

traiciones. Asesinos a sueldo y antiguos corridos. Canciones llenas de violencia y venganza. Aún seguía con vida. Asombroso. Y Lucy estaba sentada a su lado. La responsable de que le hubieran disparado.

—Entonces —susurró—, primero me matas... y luego... —Tragó saliva con dificultad. Sentía la garganta áspera como la lija—. ¿Y luego me salvas?

Lucy soltó una risita azorada.

—Eso parece.

—Eres... —Angel tragó saliva de nuevo—. Una zorra que está fatal de la cabeza, ¿lo sabías?

Para su sorpresa, las risas de Lucy se intensificaron. Y a continuación él empezó a carcajearse también, una serie de vahídos sin resuello tan dolorosos que a punto estuvo de cortársele la respiración por completo. La sensación de ser capaz de reírse, a pesar de todo, era maravillosa.

Extendió el brazo para tocarla.

—Eres... lo mejor que me ha despertado nunca.

—¿Aunque estés cosido a balazos?

—Sobre todo por eso.

Se sostuvieron la mirada. Lucy fue la primera en volver la cabeza.

—No quería convertirme en parte de esto —dijo. Se levantó de improviso y empezó a recoger las jeringuillas, las bolsas de suero y los botes de desinfectante desperdigados que rodeaban a Angel. Atareada. Evitando mirar en su dirección.

—¿Parte de qué?

—De esto —respondió Lucy, sin detenerse, rehuyendo aún su mirada—. De Phoenix. —Agitó una mano en el aire—. Pensaba que podría cubrir cuanto sucedía en este lugar sin que me afectara. Pero de golpe y porrazo me veo metida hasta el cuello y, ¡zas!, ya formo parte de todo. Parte de las mentiras. De las traiciones. —Observó fugazmente a Angel de reojo, avergonzada—. De los asesinatos. Formo parte de ello. Y ni siquiera lo vi venir.

—Amenazaron a tu familia. Es una medida de presión convincente.

—Me creía inmune. —Lucy se rio con amargura—. Pensaba que conocía este lugar, y ahora resulta que sigo estando tan verde como cuando llegué para cubrir mi primer encargo. Creía que era mejor que estas personas, pero resulta que soy igual que cualquiera.

—Todo el mundo se puede romper —dijo Angel—. Solo hay que encontrar su punto débil.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

—Es mi trabajo. —Le tendió la mano con un gesto de dolor—. Ven aquí un momento.

Lucy parecía un animal acorralado, deseosa de hacer cualquier otra cosa antes que aproximarse a él, pero se acercó de todos modos. Se arrodilló a su lado.

Angel la tomó de la mano.

—Solo hay que ejercer la presión adecuada para romper a cualquiera. Dale una paliza a alguien y hablará. Amenázalo y actuará. Intimídalo y firmará.

—Yo no soy así.

Angel le apretó la mano.

—A nadie le importaría que me dejases morir. Quizá te convirtieras incluso en un héroe. —Enlazó los dedos entre los suyos—. Estoy en deuda contigo.

—No. No me debes nada. —Lucy evitó mirarlo a los ojos.

Angel prefirió no seguir insistiendo.

Quizá Lucy comparase la magnitud de su deuda con el sentimiento de culpa que la atenazaba, pero él no le tenía en cuenta que lo hubiera traicionado. No se puede juzgar a nadie por sucumbir a la presión; solo por las contadas ocasiones en que la suerte le permite elegir a uno.

Lucy le había salvado la vida cuando podría haberse marchado sin mirar atrás. Si todavía se sentía culpable por sus traiciones, en fin, ese era su código. Angel tenía el suyo propio, y su código decía que las traiciones se cometían continuamente, sin importar que la razón fuese grande o pequeña.

Traiciones.

El sicario, despotricando contra la mujer que lo había llenado de plomo. Advirtiéndole a Angel que no engañara a su chica.

—¿Le has hablado a alguien de mí? —preguntó—. ¿Le has dicho a alguien que trabajábamos juntos? Antes de que te presionaran los calis. ¿Has hablado con alguien?

—Ya me lo has preguntado antes. Insisto, no he hablado con nadie.

—No iba a mosquearme ni nada. Solo necesito conocer la verdad.

—¡Que no!

—Me cago en la puta.

—¿Qué ocurre?

—¿Conservas la camioneta?

—Claro que sí. Regresé a la Taiyang y la recogí. Supuse que nadie le seguiría la pista después de...

—Vale. De acuerdo. —Angel se llenó los pulmones de aire—. Ayúdame a levantarme. Tengo que vestirme.

—¿Me tomas el pelo? Ni siquiera se te han secado los puntos. Aún te estamos regando los injertos con suero.

—No hay tiempo. Desenchúfame. —Se incorporó con un gemido.

—Pero ¿te has vuelto loco? —protestó Lucy—. Necesitas descansar. Tienes injertos en los pulmones. Y en los riñones.

—Ya.

Angel se sentía como si le hubieran cambiado las tripas por una picadora erizada de cuchillas y engranajes roñosos. La agonía era insoportable, pero consiguió incorporarse y se sentó, jadeante y tembloroso, mientras esperaba a que remitiese el

dolor.

—¡No puedes precipitarte!

—En realidad lo que debo hacer es darme todavía más prisa. —Angel combatió la oscuridad que se cernía sobre su campo de visión y el impulso de desplomarse, y recogió los pantalones ensangrentados—. Me parece que mi jefa me ha puesto una diana en la espalda.

Le indicó el camino, guiándola para cruzar la ciudad en dirección a las afueras arrasadas.

Angel, a ojos de Lucy, ofrecía un aspecto espantosamente débil; cuanto más tiempo pasaba en pie, en movimiento, más se preguntaba si aquel hombre no estaría intentando suicidarse.

—Sigue sin tener el menor sentido —dijo Lucy mientras trazaba otra de las largas curvas de la subdivisión. Se habían dedicado a conducir por toda la ciudad, atravesando los restos calcinados de un suburbio tras otro. Varios de los escombros ennegrecidos humeaban aún, braseros obstinados que se resistían a morir—. Fueron los calis los que me amenazaron. Que yo sepa, Nevada y California no es que mantengan una relación precisamente cordial.

—Eso es lo que me desconcierta. No dejo de pensar en algo que ocurrió justo antes de que me dispararan. Intenté pagar con una tarjeta de crédito, pero no funcionó. Como si estuviera anulada. Como si alguien me hubiera borrado ya de su lista, ¿sabes? California no podría hacer algo así. —Angel soltó una risita siniestra—. Pero mi gente, sí.

Apuntó hacia una desviación con el dedo.

—Esa. Por ahí. Donde no se ha quemado nada.

—¿Qué estamos buscando aquí fuera?

Angel adoptó una expresión misteriosa.

—Respuestas.

—En serio, ¿ahora te vas a poner a hacerte el gracioso?

—¿Qué pasa, quieres la exclusiva?

—¿Te importa?

—Vale. Sin mis identidades alternativas, puedo darme por muerto. No tengo dinero ni van a dejarme cruzar ninguna frontera. Estoy tan jodido como cualquier tejano de tres al cuarto. Se me echarán encima en cuanto salga a la superficie. Así que debo encontrar la manera de congraciarme con Catherine Case.

—Pero ¿qué has hecho para cabrearla?

—Tuvo que ser Braxton. El muy hijoputa no puede ni verme. La habrá puesto en mi contra. —Ante la expresión de extrañeza de Lucy, Angel apostilló—: Dirige el Departamento de Asesoramiento Jurídico de la AASN. —Se encogió de hombros—. Nunca hemos hecho buenas migas.

—¿Hasta el punto de poner precio a tu cabeza?

—Bueno, ya sabes. —Angel volvió a encogerse de hombros—. Si se me hubiera presentado la ocasión, yo habría hecho lo mismo con él. Siempre he sospechado que jugaba a dos bandas. Quizá estuviera vendiéndole información a un tercero.

—¿Hasta en Vegas hay topos?

—Todo el mundo intenta lucrarse. —Angel señaló al frente—. Ahí. Ya hemos

llegado.

Lucy detuvo el vehículo, sin ver nada en la subdivisión abandonada que la distinguiera de cualquier otra. Los recicladores ya habían pasado por todas las casas, arrancando los cables, la madera aprovechable e incluso algunas ventanas. Se preguntó si sería obra de Charlene. El trabajo parecía lo suficientemente meticuloso para llevar su firma.

—¿Qué es este lugar?

—Una reserva de emergencia. Ayúdame a salir. —Angel se apoyó en ella y apuntó con el dedo en dirección a una de las viviendas desvalijadas—. Tenemos de estas por toda la ciudad —gruñó—. Por si las moscas. En caso de que alguno de nosotros se meta en apuros.

—¿Cuántas hay?

—Como una veintena, que yo sepa. Seguramente más.

—Estabais completamente infiltrados en Phoenix, ¿verdad?

—Hacíamos lo que podíamos. Sobornábamos a empleados de todos los departamentos municipales. Les prometíamos todo tipo de cosas. Trasladábamos a sus familias a las instalaciones Cypress del norte. Esos eran los mejores soplones. —Miró a Lucy de soslayo—. La gente se vuelve de fiar cuando su familia está en juego.

Lucy descubrió que aún era incapaz de mirarlo a los ojos.

—Oye. —Angel le tocó el brazo—. Ya te lo he dicho, que no fue culpa tuya.

Sus palabras, sorprendentemente amables, denotaban la empatía de quien había estado sometido a controles externos y sabía con qué facilidad podían pulverizarse los ideales de una persona. Ante el perdón implícito en su voz, sobrevino a Lucy una oleada de gratitud casi insoportable.

—Eso fue lo que hizo Jamie, ¿verdad? Abordó a alguien de su oficina que trabajaba para vosotros. Uno de vuestros topos.

—Tendrías que preguntárselo a Julio o a su chico, Vosovich. Son los únicos que lo saben a ciencia cierta. —Angel se arrodilló despacio, jadeando, y tiró de la esquina de una alfombra. Estaba pegada al suelo—. Échame una mano —le pidió a Lucy, casi sin resuello—. Sigo sin estar en... plenitud de facultades.

La alfombra se desprendió con un sonido desgarrador, revelando una trampilla.

—Es como la cueva del tesoro de unos piratas.

—Oculta bajo la chatarra que no quieren ni los chatarreros. —Angel se encogió de hombros—. Además, hay tantas reservas de estas que, aunque perdiéramos unas cuantas, no supondría la menor diferencia.

—¿Aunque la mitad de Phoenix fuera pasto de las llamas, quieres decir?

—Algo por el estilo. —Angel levantó la trampilla, revelando unos escalones empinados que descendían hasta perderse de vista en la oscuridad—. Ayúdame a bajar.

Lucy se adelantó y lo guio con cuidado hasta el sótano, donde Angel pulsó un interruptor. Los bañó la luz mortecina de un puñado de diminutas bombillas.

—Los generadores todavía funcionan —suspiró, aliviado.

«Está fingiendo», comprendió Lucy mientras paseaba la mirada por los estantes repletos de garrafas de agua y packs de ClearSac.

Angel se conducía con confianza para que ella pensara que tenía la situación controlada, pero lo cierto era que el hombre estaba que se caía, empeñado en invertir sus últimos restos de energía en agarrarse a un clavo ardiendo que, francamente, parecía escurrirse cada vez más lejos del alcance de su cuerpo vapuleado mientras revolvía el equipo almacenado en el sótano.

Sacó una pistola y comprobó que el mecanismo aún funcionara. Empezó a hacer acopio de cajas de munición y cargadores. Gestos cómodos, ensayados mil veces. Extrajo una chaqueta antibalas de otra caja y se la lanzó, resoplando a causa del esfuerzo.

—Esa es para ti.

—¿Alguien va a intentar dispararme?

Angel le dedicó una sonrisa por encima del hombro.

—¿Si estás a mi lado? Lo más probable. —Sacó otra chaqueta—. ¿Una mano? —Estiró el brazo—. No consigo...

Lucy le ayudó a embutirse en el blindaje a prueba de balas y empezó a inspeccionar a su vez los estantes. Las cajas de munición, metálicas y selladas, compartían espacio con barritas de proteínas y lotes de suplementos rehidratantes en polvo. Abrió uno de los paquetes y lo encontró lleno. En un rincón encontró una garrafa de doscientos litros de agua. Suficiente para sobrevivir durante meses, quizá más, si se contaban también los ClearSac.

—Esto es el sueño de cualquier survivalista —musitó.

Angel resopló, desdeñoso.

—Putos survivalistas.

—¿Tienes algún problema con ellos?

—Solo cuando se les secan los pozos —se rio Angel, burlón—. Nunca he entendido a la gente que se creía que podría sobrevivir a cualquier desastre por su cuenta y riesgo, como si nada. Todos ahí, sentaditos en sus búnkeres, imaginándose que podrían escapar indemnes del apocalipsis sin ayuda de nadie.

—A lo mejor habían visto demasiadas pelis de vaqueros.

—Nadie puede sobrevivir por sí solo. —La vehemencia de Angel indujo a Lucy a sospechar que no se refería exclusivamente a los survivalistas.

Angel estaba examinando unas cajas de medicamentos, leyendo las etiquetas.

—Analgésicos. Ah. —Se metió un par de pastillas en la boca y se las tragó a palo seco—. Mucho mejor.

Continuó registrando frenéticamente los suministros almacenados. Cogió un teléfono móvil y abrió un paquete de pilas. Cargó el dispositivo y marcó. Apenas un instante después comenzó a hablar en clave con alguien al otro lado de la línea: cadenas de cifras y letras. Su voz adoptó un timbre preocupado. No dejaba de sonreír

a Lucy, pero la desesperación y el pánico teñían sus palabras.

—Necesito un equipo de evacuación —concluyó, jadeando—. Estoy en... el Oasis Azteca. Por favor... daos prisa. Me desangro. —Soltó el móvil—. Ven —dijo, agarrando el brazo de Lucy—. Hora de irse.

—¿Qué vamos a hacer?

—Poner a prueba una teoría. —Tiró de Lucy en dirección a los escalones, sin aliento. Se apoyó en ella con fuerza para subirlos.

Una vez en el exterior de la casa, Lucy hizo ademán de ir a buscar la camioneta, pero Angel tiró de ella en la dirección opuesta.

—¡No! Eso no. Demasiado evidente.

—¿Evidente para quién?

Angel renqueaba ya calle abajo.

—Este edificio está bien.

A pesar de lo cual atravesó su interior sin detenerse, cruzó el patio trasero y deambuló por otra calle desierta antes de colarse en otra vivienda distinta.

—Esta debería valer —dijo, tosiendo. Se limpió en los vaqueros, distraídamente, la sangre que acababan de expulsar sus pulmones—. Sí. Servirá. —Apuntó hacia la planta de arriba.

—¿Quieres subir ahí?

—¡Necesito verlo!

Se le salían los ojos de las órbitas, enloquecidos.

Se habría desplomado cuando solo llevaban recorrida la mitad de la distancia si Lucy no se hubiera apresurado a sujetarlo. En lugar de detenerse, sin embargo, Angel reanudó la marcha arrastrándose.

Tras superar el último rellano, se dedicó a explorar todos los dormitorios, sin resuello, inspeccionándolos uno por uno hasta encontrar el único que conservaba una ventana intacta.

Se acercó a ella, renqueando, se dejó caer en el suelo y clavó la mirada en el exterior. Tenía la respiración entrecortada, abiertos de par en par los ojos, vidriosos a causa de los narcóticos, el dolor y el esfuerzo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde que llamé por teléfono!

—No sé, cinco minutos o así.

—Vale, de acuerdo. —La agarró y tiró de ella en dirección al fondo de la habitación—. Aquí estaremos bien.

—¿El armario? Pero ¿tú qué te has metido?

Por un segundo Lucy pensó que Angel se proponía tirársela; que, de alguna manera, se había colocado tanto con aquellas pastillas que debía de creerse que ahora era el mejor momento del mundo para echar un polvo. Angel, sin embargo, ni siquiera estaba mirando en su dirección mientras tiraba de ella para que se agachase;



sus ojos no se apartaban de la ventana.

Se agazapó a su vez, respirando fatigosamente. Lucy oyó cómo se esforzaba su pecho lastimado, el borboteante pitido de las heridas de bala y la sangre encharcada en lo más profundo de sus pulmones.

—Chis —la atajó Angel cuando intentó interrogarlo de nuevo—. Escucha —susurró—. Están en camino. Vienen a por mí. —Sus palabras sonaban casi reverenciales.

—No...

Fue un susurro, al principio. Un zumbido lejano, cada vez más intenso, seguido de un repentino alarido.

La ventana saltó en pedazos. Los bañó una lluvia de fuego y cristal. La casa se estremeció. Lucy se encogió mientras el aire que los envolvía entraba en combustión. Se pegó a Angel, con las retinas inundadas de fuego. Sentía la piel inflamada.

Pero ¿qué...?

Otra oleada de calor y conmoción golpeó el edificio. La metralla desgarró las paredes, una devastadora vorágine de llamaradas.

A duras penas consiguió distinguir a Angel en medio de aquella tormenta de fuego. Sonreía. Feliz. Complacido y satisfecho, como si acabase de hacerle un regalo.

Lucy hizo ademán de incorporarse, pero Angel tiró con brusquedad de ella hacia abajo y la envolvió en su chaqueta.

Otra andanada. La onda expansiva pasó sobre ellos como una ola gigante.

—Les gusta cerciorarse —susurró Angel, sin dejar de abrazarla.

Sin dejar de sonreír. En medio de la hecatombe anaranjada provocada por el impacto de los misiles, parecía ferozmente vivo, como un creyente enfervorizado ante la irrefutable manifestación de su divinidad.

Lucy comenzó a recuperar el oído, muy poco a poco. No volvieron a caer más misiles del cielo. Se puso en pie con dificultad y se acercó a la ventana, triturando esquirlas de cristal con las botas.

A dos calles de distancia, una gruesa columna de humo se elevaba en espiral por los cielos, entreverada de lenguas de fuego.

—Pues sí que te la tiene jurada tu gente —murmuró.

—Ya —dijo Angel—. Empieza a darme esa impresión.

Llegaron al anochecer para cerciorarse de que su objetivo estuviera realmente muerto.

Angel cerró los ojos, armándose de valor al tiempo que los neumáticos del vehículo suburbano apisonaban el manto de cristales rotos y el gemido eléctrico de su motor se apagaba.

Las puertas se abrieron con un chasquido y volvieron a cerrarse de golpe. Los hombres comenzaron a intercambiar murmullos audibles mientras los haces de sus linternas se deslizaban sobre los escombros.

Angel se arrebujó un poco más, ocultándose entre los cascotes calcinados, esperando que Lucy estuviese a la altura de lo que necesitaba que hiciera. Cuando las cosas se ponían feas, las personas se volvían impredecibles. Había conocido a Perros del Desierto incapaces de empujar a los refugiados al otro lado de la frontera, y a guripas de Nevada que rompían a llorar en medio de un tiroteo. Había visto a cholobis disparando intencionadamente a fallar para no cobrarse otra víctima.

Y Lucy, al final y al cabo, ya le había perdonado la vida una vez.

Ruido de pasos sobre los inestables cascotes. El destello de las linternas sobre las esquirlas de vidrio y baldosas de cerámica ennegrecida.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó uno de los hombres.

—Trozos y restos.

—Puaj.

—Deja de quejarte.

Dos. Angel sintió una punzada de alivio. Con dos podría apañárselas, pensó. Aun tan hecho polvo como estaba.

—Lo que me gustaría saber es por qué no dejan de endilgarme los encargos más asquerosos. El piso de Ratan también tuve que limpiarlo yo. ¿Tú sabes lo que cuesta limpiar una alfombra cubierta de sesos?

—Las alfombras con manchas de sangre no se lavan, gilipollas. La quitas y pones otra.

—Y me lo dices ahora.

—Por eso no vas a ascender en la vida.

—Ayuda —gimió Angel—. Ayudaaa —repitió, alargando la palabra. Implorante.

—No jodas.

Los hombres siguieron el sonido hasta su posición. Los cegadores destellos led le perforaron los ojos. Angel entornó los párpados frente al fulgor. Extendió una mano hacia ellos. «Espacio. Muy espacio», se dijo. Una víctima. Un trozo de carne, abrasado y al filo de la muerte.

—Pero si es nuestro amiguito especial de Las Vegas.

Angel podía imaginarse lo que veían. El horror de una víctima de los misiles, abrasada y medio enterrada bajo una montaña de hollín y fragmentos de loza. Lucy le

había quemado el pelo, fundiéndolo en una masa informe. Él había agarrado un trozo de cristal y se había rajado la frente, dejando que la sangre y las cenizas confluyeran en una pasta fangosa.

Los hombres se acuclillaron junto a Angel, bañando su cuerpo semienterrado con la luz de sus linternas.

—¿Seguro que es él?

—Está un poco más jodido que la última vez que lo vi, pero en la Taiyang me quedé bien con su cara.

—¿Te refieres a cuando te dio esquinazo como si fueras un pardillo?

—El hijoputa tiene un montón de recursos, qué quieres que te diga.

Con los ojos entrecerrados para protegerlos del resplandor, Angel solo podía discernir sus contornos. Dos hombres fornidos. Trajes de vestir. Corbatas. La insinuación de sus pistolas bajo la chaqueta. A juzgar por sus comentarios, dedujo que se trataba de los mismos calis que ya habían jugado al gato y al ratón con él antes, primero en la morgue y después en la Taiyang.

Y aquí estaban ahora, haciéndole el trabajo sucio a Catherine Case.

El que parecía ser el más novato de los dos empezó a retirar los escombros que cubrían a Angel, mientras el más veterano se situaba junto a él en cuclillas.

—¿Cómo va eso? —preguntó en tono tranquilizador mientras deslizaba las manos por la camisa empapada de sangre de Angel, cacheándolo—. ¿No tendrás unos documentos para nosotros? ¿O será que los has escondido en alguna parte?

—Se habrán incinerado.

—Ayudadme... —susurró Angel.

—Claro que sí —replicó el cali—. Enseguida. Tú dinos dónde están esos papeles y te sacaremos para llevarte a la Cruz Roja. ¿Trato hecho?

Angel dejó escapar el aliento en un prolongado suspiro mientras se le ponían los ojos en blanco.

—Mierda. Lo perdemos. ¡Regístralo bien!

Angel permitió que le dieran la vuelta. Enterró una mano bajo los escombros calcinados. Cuando el veterano se agachó para seguir buscando debajo de él, Angel lo apresó.

Desestabilizado, el hombre se desplomó. Angel gruñó de dolor cuando el cali aterrizó sobre él. Estuvo a punto de perder el conocimiento, pero consiguió extraer la pistola de debajo de los cascos y encajarla bajo la barbilla del hombre.

El novato hizo ademán de desenfundar a su vez.

—¡Quieto! —ordenó Lucy—. ¡Ni un movimiento más o te vuelo la puta tapa de los sesos!

El hombre se quedó paralizado.

Angel sonrió sin poder evitarlo. Lucy emergió de las sombras, pisando con cuidado entre los escombros. Angel clavó el cañón del arma un poco más en el cuello de su cautivo.

—Tengo unas cuantas preguntas para ti, grandullón.

—Que te follen.

—Otra respuesta como esa y le pegamos un tiro al novato ese de ahí —dijo Angel—. Es lo bueno de que hayáis venido en pareja. Así tenemos un cuerpo de más al que interrogar.

Lucy desarmó a su prisionero y se apresuró a dar un paso atrás para interponer distancia entre ellos. Se quedó en pie, vigilante, empuñando con firmeza la pistola.

—Serán solo un par de preguntas —continuó Angel—. Si las cosas van bien, a lo mejor salimos todos de aquí por nuestro propio pie.

—Cómo no. Lo que quieras.

Angel, que sabía que el tío solo intentaba ganar tiempo, deseó que el cali no se diera cuenta de lo debilitado que estaba.

—¿Para quién trabajáis?

—¿No lo sabes?

A Angel no le gustaba la oscuridad que traía consigo el anochecer. Deseó que sus ojos pudieran acostumbrarse mejor a la penumbra. Le hacía sentir vulnerable.

—Puede que sí, puede que no. Puede que te meta una bala entre las cejas la próxima vez que me respondas con evasivas. ¿Trabajáis para Case?

El silencio se prolongó.

—Sí.

Lucy soltó un resoplido de escepticismo.

—Ya, claro.

Disparó al novato en la pierna. El hombre se desplomó con un alarido.

Ay, mierda.

El veterano dio un salto para alejarse de Angel, que se mantuvo en pie a duras penas, sintiendo como si se le estuvieran desgarrando las tripas. Incrustó la pistola en el cuello del hombre, arrancándole un gorjeo estrangulado.

—¡Quédate quieto! —exclamó cuando el hombre intentó resistirse. El veterano se quedó paralizado, pero el novato cometió la torpeza de abalanzarse sobre Lucy. Aun herido como estaba, era rápido.

Lucy le golpeó en la cabeza con la culata de la pistola, tirándolo al suelo. Se arrodilló encima de su espalda y le clavó el cañón del arma en la nuca.

—Como te muevas, pinto el suelo con tu cerebro.

Angel dejó de preocuparse por si Lucy sería capaz de cubrirle las espaldas o no y empezó a preguntarse si no estaría a punto de sucumbir a un frenesí asesino.

—¿Lucy?

—Dime.

—¿Crees que podrás dejarlos con vida?

—Estos hijos de puta amenazaron a mi hermana. Iban a lastimar a Stacie y a Ant.

—Estos dos en concreto, no —le recordó Angel.

—Sabes que se lo habrán hecho a alguien. —La voz de Lucy sonaba tan

desprovista de toda emoción que a Angel le preocupó que no hubiera forma de controlar la situación.

—Necesito a estos tíos con vida, Lucy.

—Me parece bien. Les permitiré vivir si dejan de engañarnos.

Presionó con la pistola contra el cráneo del cali, enterrándole el rostro entre los escombros. Angel sintió cómo se tensaba todo el cuerpo del hombre, pensando que no había manera de sobrevivir. La situación empezaba a salirse de madre. Dijo:

—Queremos respuestas, eso es todo.

—Nos mataréis de un modo u otro.

—¿Recuerdas cuando no era así? —preguntó Angel—. ¿Cuando no nos lanzábamos los unos al cuello de los otros?

—Hace mucho de eso.

—Venga ya. Yo soy un peón. Tú eres un peón. No hay motivo para que te sacrifiques por ningún gilipollas de Los Ángeles. No somos más que un puñado de peones, charlando, aquí y ahora. Nada nos impide salir de aquí caminando tranquilamente, como si toda esta mierda nunca hubiera tenido lugar. Tomémonoslo como una reunión de negocios.

—¿Y qué pasa con ella?

—¿Lucy?

Lucy no respondió. Angel se preguntó en qué estaría pensando. ¿Cuánto enfado, rabia, miedo y catártica necesidad de arremeter contra todo se acumularía en su seno? ¿Cuántos años llevaba aquí abajo, mirando atrás por encima del hombro, temiendo encontrarse con asesinos como estos?

—¿Lucy?

—¿Qué?

—Son simples soldados —dijo Angel—, como yo. Hacen su trabajo. Recogen su paga. Esperan que sus familias puedan quedarse en California. Engranajes diminutos en una maquinaria gigantesca, nada más.

—Engranajes peligrosos.

—No. —Angel sacudió la cabeza, cansado—. Para ellos esto solo es otra misión. Nada por lo que merezca la pena morir. —Hizo una pausa—. Y quizá algún día, cuando les encarguen eliminarnos a ti o a mí, recuerden que les hicimos un favor y consigamos escapar con vida en vez de terminar enterrados en el desierto.

Lucy no respondió de inmediato.

—Vale, Angel —dijo, al cabo—. Haz tus preguntas. Si nos dicen la verdad... dejaré que se vayan.

—¿Por qué deberíamos fiarnos de tu palabra? —preguntó el cali.

—No tientes a la suerte.

Pero el timbre de su voz había cambiado, como si su rabia ya hubiera dejado de tomar las decisiones por ella. Angel supuso que los calis también habían detectado el cambio, porque sintió que su cautivo se relajaba.

—¿Puedo levantarme? —preguntó el novato.

Lucy se quitó de encima de él y se apartó rápidamente unos pasos. El hombre se quitó la chaqueta y empezó a vendarse la herida.

—Preguntadnos lo que queráis.

—Sois calis, ¿verdad?

—Sí. Claro. —El veterano exhaló un suspiro—. De Los Ángeles, como has dicho antes.

—¿Y qué cojones hacéis aquí abajo, trabajando para Las Vegas?

—La orden vino de arriba, es lo único que sé. Debíamos peinar una casa, buscar el cadáver de un cuchillo de agua de Vegas y unos documentos con derechos sénior sobre el agua, a ver si nos sonreía la suerte por fin. Eso es todo.

—¿Documentos? —se extrañó Angel—. ¿De papel? ¿En formato físico?

—Sí, estoy seguro. En el ordenador de Ratan no había nada, pero sabemos que llegó a un acuerdo por esos derechos. Tras repasar todas sus comunicaciones, empezó a cobrar sentido la idea de que los documentos estuvieran en formato físico, sin digitalizar ni nada. Así que, sí, son papeles lo que buscamos.

Angel soltó una risita cansada. Por supuesto. Se imaginó a un grupo de soldados de la época de la Guerra Civil, sentados a una mesa frente a los indios que acababan de masacrar, redactando sus acuerdos en gavillas de pergamino. Cada hombre pasando una pluma al de al lado, mojando la dura punta del cálamo en tinta, garabateando su nombre sobre el papel.

Papel antiguo para unos derechos antiguos.

—No tengo esos papeles —dijo Angel.

—Venga ya, todos te vimos salir corriendo de la Taiyang. Y sabemos que Ratan los tenía, por mucho que lo negara ante todos a un extremo y otro de la cadena de mando. Sabemos que no se separó de ellos en ningún momento mientras intentaba engañarnos. Solo que hemos registrado su apartamento con lupa, y lo único que faltaba de él era lo que fuese que llevabas encima cuando te largaste a toda pastilla. Si sumamos dos y dos, lo que tenemos es a ti huyendo con los derechos después de cargarte a Ratan.

—No. No fui yo. Yo no asesiné a Ratan —dijo Angel—. Fue otro de los nuestros, intentando sacar tajada a su vez. Planeaba embolsarse una buena cantidad vendiendo esos derechos por su cuenta y riesgo.

—Ya, Ratan quiso jodernos de la misma manera. No dejaba de decirnos que le habían vendido una falsificación, seguramente fruto de alguna estafa de Phoenix, y que no había ni la más remota posibilidad de recuperar el dinero porque el tipo había muerto en no sé qué ajuste de cuentas de los narcos. La clásica pantalla de humo de mierda de siempre. Quiero decir que sí, vale, al principio nos lo tragamos, era demasiado estrambótico todo para que se lo hubiera inventado... pero al final la historia empezó a hacer aguas por todas partes. Lástima, porque era un tío decente. En fin, ya da igual. Tú fuiste el último que pasó por aquel apartamento antes de que

llegáramos nosotros, así que...

—¿Así que ahora pensáis que intento repetir la jugada? ¿Forrarme los bolsillos yo solo?

—Eres el único que queda en pie.

—Pues me cago en la puta.

Angel podía imaginarse a Catherine Case, uniendo los dispares puntos de información recabados hasta la fecha, formando el dibujo de su traición. A Braxton, cagándola en asuntos demasiado evidentes pasarlos por alto, había que sumarle también a Ellis, Colorado, vendido al enemigo o muerto, obviando decirle que los diques iban a saltar por los aires. A Julio, instalándose por su cuenta. Mil cosas más, todas ellas torciéndose a la vez. Traiciones. Mentiras.

Y luego el propio Angel, desapareciendo del mapa justo antes de informarle de que los famosos derechos del agua no aparecían por ninguna parte.

No le costaba nada imaginársela en Vegas, rodeada de analistas. Repasando toda la información. Escuchando no solo los informes de Angel sino también los de todos los topos y los chivatos que su gente hubiera plantado en Ibis y en California.

Podía imaginársela oyéndole decir que él no tenía los derechos, y a California convertida en un avispero cabreado tras enterarse de que alguien que encajaba punto por punto con la descripción de Angel acababa de escaparse de la Taiyang con sus preciados papeles.

Si Julio no los tenía y California tampoco, eso dejaba únicamente a Angel, engañándola.

Tenía sentido. Case se fijaba en las pautas. Tomaba decisiones basándose en ellas. Y todas las pautas que habían surgido hasta la fecha apuntaban a la traición.

—Todo el mundo se guarda las espaldas como puede hoy en día —musitó Angel.

—¿Cómo dices?

—Nada. Dame el teléfono. Tengo que hacer una llamada.

El veterano titubeó antes de sacar su móvil ante la atenta mirada de Angel, que se alejó rodando de su cautivo, aumentando la distancia que los separaba. Marcó con un ojo puesto en el cali. Se sentía mareado, casi, sabiendo que al menos ese problema tenía fácil solución.

La respuesta llegó al tercer tono.

—Aquí Case.

—¿Desde cuándo trabajas con California?

Silencio.

—Vaya, Angel, supongo que iba siendo hora de que me diese cuenta de que mucha gente resulta no ser de fiar. Si hay algo con lo que pueda contar, sin embargo, es con que California proteja sus intereses. Y mientras nuestros intereses coincidan, eso hace que sean más de fiar que mi propia gente.

—Todavía estoy vivo, así que tan de fiar no serán.

Podía oír el ruido de una cascada de fondo. Case debía de estar en las oficinas de

la AASN, en el balcón de su despacho, contemplando el pozo de refrigeración principal. Disfrutando de los jardines colgantes. Rodeada por el exuberante mundo que ella misma había creado.

—Siempre supe que eras uno de los mejores.

—Los derechos del agua tampoco obran en mi poder.

—Eso ya me cuesta creérmelo un poco más.

—¿Ha sido idea de Braxton? —preguntó Angel—. Ya sabes que ese pendejo me odia.

Un instante de vacilación.

—¿Fue él? —insistió Angel.

—¿Qué más da?

—¿Y si encuentro esos derechos sobre el agua? —Los calis se pusieron en tensión al oír eso, pero Angel no reaccionó—. ¿Y si te los llevara?

—¿Porque al final sí que obran en tu poder y pensabas venderlos como intenta hacer todo el que les pone las manos encima?

—¡Porque todavía trabajo para ti! Como siempre.

—Ojalá pudiera creerte.

—Antes confiabas en mí.

—Hoy en día confío en que todo el mundo vela por sus propios intereses. Está resultando ser una ascunción de lo más certera, comprobado.

—Pero yo no. Por eso me enviaste aquí abajo. Yo no hago esas cosas.

Catherine Case se carcajeó.

—Vale. De acuerdo, Angel. Por los viejos tiempos. Si me entregas esos derechos, estoy dispuesta a olvidar todo lo ocurrido. Retiraré el precio que le he puesto a tu cabeza y podrás volver a Cypress, a casa. Nos lo tomaremos como un gigantesco malentendido.

—Me vale.

La voz de Case se endureció para añadir:

—Pero como acaben en las manos de otro, sabré que has sido tú, y te juro que bajaré ahí para darte caza personalmente junto con California y Arizona durante el resto de tu vida.

—Capto la idea. —Angel aguardó un momento antes de continuar—: ¿No podrías reactivar mis alias? Me vendría bien para completar la misión.

—¿Te fiarías de mí si te dijera que sí? —preguntó Case. Angel podía oír la sonrisa en su voz.

—Nunca he dejado de trabajar para ti.

—Me caes bien, Angel, pero no consentiré que me ridiculices. Consígueme esos derechos y hablaremos de sacarte del reino de los muertos.

Case cortó la comunicación.

El veterano soltó una risita.

—Tu jefa y el mío serían tal para cual.



—Ya. Es muy poco romántica.

—Lástima. Porque si tú no tienes los derechos, y nosotros no tenemos los derechos, puedes darte por muerto.

—No. —Angel se incorporó con dificultad—. Sé dónde están.

—¿¡Que qué!?! —Lucy y los calis se quedaron mirándolo fijamente, estupefactos.

—Todo el mundo anda tras la pista de un montón de papeles —dijo Angel—. Y yo ya los he visto.

Lo malo de los mapas era que nunca te decían lo que realmente había en el suelo, pensó Maria.

Qué fácil les había parecido a Toomie y a ella mientras lo planeaban.

Podían aumentar y reducir el zoom de las imágenes por satélite de las ciudades que jalonaban las riberas del Colorado. Ver los diques. Ver todas las masas de agua y su distribución. Ver tanto las reservas que aún estaban repletas como aquellas que se habían drenado y convertido en abruptos cañones, prácticamente inaccesibles.

Lo tenían todo a su alcance, para examinarlo y trazar sus planes en consecuencia, y Maria había reunido meticulosamente su equipo. Tenía los flotadores que iba a utilizar y la ropa que se pondría esa noche, de tela negra, para confundirse con el entorno. Había calculado la altura a la que debería flotar en las plácidas aguas cuando cruzase la reserva, apenas por encima de la superficie, frío su cuerpo a los telescopios de infrarrojos.

Se podía hacer. Podía hacerlo.

Con ayuda de Toomie, cerca de la frontera montaría en el vehículo de unos ingenieros solares chinos que frecuentaban su puesto de pupusas. Les había parecido interesante ayudar a una chica a cruzar la frontera, para ellos no sería más que una breve aventura carente de riesgos dejar que los acompañara cuando salieran a inspeccionar sus instalaciones fotovoltaicas; todo estaba desarrollándose con tanta facilidad que Maria ya casi podía verse llegando al otro lado sin sufrir el menor contratiempo.

Pero eso había sido antes de llegar a Carver City y encontrarse con que el caos reinaba en las calles. Las milicias patrullaban la orilla lejana del río, iluminada ahora por los destellos de las miras telescópicas de los francotiradores. Era como si la mitad de Nevada y California se hubiera dado cita para evitar que los desesperados habitantes de Carver City intentasen llegar al otro lado.

Las tiendas de la Cruz Roja estaban repletas de convalecientes, personas que habían enfermado al fallar los sistemas de suministro de agua. La ciudad era una cloaca, y el número de sanitarios móviles resultaba de todo punto insuficiente para cubrir las necesidades de cien mil personas. Y ahora, por si fuera poco, la Guardia Nacional había irrumpido como si de un momento a otro se propusiera expulsar a todo el mundo de allí.

Al anoecer, furtiva, Maria se acercó a las aguas de la reserva sobre la que se elevaba Carver City.

La reserva estaba baja. Descendió por una ladera de arenisca erosionada por los elementos, terrones de arcilla y fragmentos de magma.

Se adentró por una estrecha quebrada y, en la oscuridad, encontró rocas anotadas con declaraciones de amor y marcas de spray. «Joey x Mei.» «Spring Break para siempre.» «Aquí estuvo Kilroy.» Corazones traspasados por flechas. Caritas.

Solo que aún le faltaba mucho para llegar a la orilla del lago.

En algún momento, comprendió, hubo gente que acudía en barca a estos emplazamientos; gente que amarraba aquí y daba cuenta por escrito de sus veranos, sus vacaciones, sus romances... Hasta que las aguas, drenadas por debajo de este punto elevado, añadieron un segundo anillo de memorias y recordatorios al canto de bañera con manchas de humedad que era el contorno de la reserva, a cuyas orillas antes debía de haber habido incluso quienes pudieran acceder a nado.

Maria se adentró más aún en la quebrada, trastabillando y machándose los dedos de los pies. Su calzado no era el más indicado para caminar por ese terreno. Le latía la mano, inflamada; aunque procuraba manejarse con los dedos que le quedaban, todavía era torpe con ella.

Se puso a hinchar los manguitos, negros como la noche, en cuanto llegó al borde del agua, y se recogió el pelo con un pañuelo del mismo material. Toomie le había dicho que era la caña. Negro al noventa y nueve por ciento. Absorbería toda la luz. Maria sería menos que una mancha, aunque brillase la luna en el cielo. Se desplazaría nadando muy despacio, de espaldas. Sin romper apenas la superficie, como una tortuga.

Rebuscó entre sus pertenencias y seleccionó lo que iba a llevarse y lo que debería dejar atrás. Embutió unos pocos artículos en tres capas de viejas bolsas de plástico, con la esperanza de que estas no traspasaran. El dinero en efectivo que le había dado Toomie. Unas cuantas mudas de ropa. Clearsac y barritas energéticas. El viejo y pesado volumen de papel que le regalara Mike Ratan y que ella había cogido por impulso.

Sostuvo el libro en la mano, sopesándolo. Sí que pesaba un montón, y la distancia que debía cruzar a nado era considerable.

Tendría que haber intentado venderlo, la verdad. Según Ratan, era valioso. El dinero le sería de utilidad; aquel libro, no.

Se acuclilló en la orilla del río, con la mirada fija en el otro lado. En alguna parte, allí enfrente, habría alguien también al acecho. Alguien cuyo trabajo consistía en capturarla.

Contempló sin parpadear aquella ribera lejana. También sus perseguidores irían vestidos de negro, pensó. También ellos intentarían confundirse con el entorno.

Se sentó sobre los talones, acomodándose para vigilar la orilla.

«Montaré guardia durante una hora. Transcurrido ese tiempo, como no haya detectado ningún movimiento, me meto en el agua...»

—Así que le regalaste a una desconocida unos derechos del agua que valen millones de dólares.

—Miles de millones, seguramente. Las regiones agrícolas de Imperial Valley producen eso y más ellas solitas.

—Y tú dejaste que la chica se largara con ellos, sin más —insistió Lucy.

—En aquel momento tenía a los calis pisándome el culo. Aquel ladrillo de papel era la menor de mis preocupaciones.

—No me extraña que tu jefa se dedique a tirarte misiles a la cabeza —se rio Lucy—, porque sí que suena a excusa barata.

Se habían apostado frente a la Taiyang al amparo de una violenta tormenta de polvo que zarandeaba la destartada camioneta por la que Angel había insistido en cambiarle a Charlene el suburbano que les habían requisado a los calis, a los que habían dejado varados en la remota subdivisión.

Angel se encontraba ahora arrumbado contra el interior de la puerta, con los ojos cerrados, acunando una bolsa de nutrientes médicos con la respiración entrecortada mientras los aceleradores regenerativos se introducían lentamente, gota a gota, en sus venas.

—Tú también habrías dejado que se largara con el libro —dijo—. No sirve ni para empapelar la pared. Hasta el último encargado de gestionar el agua, hasta el último chupatintas... hasta tú has escrito un puñetero libro. Qué gracia me hacéis todos, con vuestras bonitas primeras ediciones en copia física, haciendo como si supierais de lo que estáis hablando. —Abrió los ojos pitañosos—. Como si hubierais visto venir toda esta mierda.

Cerró los ojos de nuevo y se recostó contra la puerta.

—Ahora bien, el tío ese, Reisner... ese sí que veía las cosas tal como eran. Porque se molestaba en mirar a su alrededor. Pero ¿toda esta gente? ¿Los que ahora se dedican a exhibir su libro en las estanterías como si fuese un trofeo? Esos son los primeros que se quedaron de brazos cruzados y dejaron que pasara lo que pasó. Ahora lo ensalzan como si fuera un profeta, pero antes no le hacían ni caso. Antes a nadie le importaba tres cojones lo que tuviera que decir ese hombre. —Estrujó el saco hasta dejarlo seco y lo desacopló de la aguja que tenía clavada en el brazo—. ¿Nos quedan más bolsitas de estas?

—Ya te has metido tres.

—¿En serio?

—Dios. Pero si estás que te caes. Deberías descansar un rato.

—Lo que debería hacer es recuperar esos derechos. Tú ten los ojos bien abiertos por si aparece el tío de las pupusas. La chica dijo que tenía un amigo que se dedicaba a venderlas.

—No puedes ir por ahí metiéndote aceleradores regenerativos en vena y pensar en

serio que así te vas a curar.

—Lo que no puedo hacer es dejar que esa chica se escape y pensar en serio que así van a dejarme seguir viviendo.

—¿No te parece irónico que la clave de tu supervivencia esté en manos precisamente de una refugiada tejana?

Angel la fulminó con la mirada.

—Te lo estás pasando pipa con esto, ¿a que sí?

—A lo mejor un poquito.

Como periodista, cuando investigaba una historia, en ocasiones Lucy se había sentido como si merodease en la oscuridad alrededor de un edificio cuyas ventanas encostradas de polvo le impedían discernir nada, salvo el fluctuar de las sombras en el interior.

Presentía lo que hacían aquellos combatientes inmersos en su lucha por el poder, y por qué, pero nunca había sabido exactamente en qué consistían sus movimientos. La mayoría de las veces se iba igual que había venido, sin tener ni la menor idea de lo que significaba lo que había entrevisto.

Alguien como Jamie perdía la vida.

Algún político vendía sus acciones de la Taiyang.

Ray Torres le recomendaba que se abstuviera de informar sobre algún cadáver en particular.

Había escrito sobre numerosos sucesos, pero aquella ventana encostrada de polvo rara vez le permitía distinguir la finalidad que se ocultaba tras ellos. Siempre había dado por sentado que debía de haber algo más de lo que se apreciaba a simple vista, solo que a los agentes implicados se les daba demasiado bien disimular las razones que justificaban sus actos.

Pero ahora, allí apostada enfrente de la Taiyang, sumergida en una tormenta de polvo que no daba muestras de querer amainar, ante los ojos de Lucy se materializó una imagen del mundo radicalmente distinta.

«No tienen ni la más remota idea de lo que se traen entre manos. Las personas que supuestamente mueven todos los hilos en realidad se dedican a ir improvisando sobre la marcha.»

—Despiértame si ves al tío de las pupusas. —Angel cerró los ojos.

Pupusas. El destino de granjas, pueblos, ciudades y estados enteros dependía de que a un vendedor ambulante se le ocurriera acudir a su puesto de trabajo en medio de una tormenta de polvo.

Resultaba tan desconcertante y extraño como la suerte que habían corrido aquellos vecindarios al sur de Phoenix, arrasados ahora, destruidos en el transcurso de un intento de asesinato que no había salido según lo planeado.

Los incendios resistían aún en las colinas del parque de South Mountain, donde los vetustos saguaros que deberían haber sido inmunes al fuego continuaban reduciéndose alegremente a cenizas. Y todo porque a una burócrata de Las Vegas se

le había metido entre ceja y ceja la sospecha de que uno de sus cuchillos de agua la había traicionado.

Por no hablar de Angel, medio enloquecido a causa de la fiebre que lo devoraba, convencido de que lo único que necesitaba para hacer las paces con la Reina del Colorado era encontrar el regalo indicado.

De no ser porque había tantas vidas en juego, podría haber pasado por el argumento de una comedia.

—¿Sabes?, lo más probable es que a estas alturas su escondite ya haya sido pasto de las llamas, con todos los papeles dentro.

Angel abrió los ojos.

—Y yo que intentaba mostrarme optimista.

—¿Qué harás con esos papeles cuando los encuentres?

—Llévalos a mi jefa. ¿Por qué? —Con el rostro encendido, empapado de sudor, Angel escudriñaba el aire turbio con la mirada puesta en un grupo de vendedores ambulantes que estaban montando sus puestos.

—¿En serio vas a dárselos a la misma mujer que te ha lanzado un misil a la cabeza?

—Dos misiles. Y no era nada personal.

—¿Sabes?, si tuvieras esos derechos, se los podrías entregar a Phoenix.

—¿Por qué cojones querría hacer algo así?

Con un ademán, Lucy abarcó la ciudad devastada, envuelta en una neblinosa cortina de polvo cada vez más espesa.

—Le vendría bien que alguien le echara una mano.

Angel se rio y cerró los ojos de nuevo.

—Phoenix está muerta. Además, Catherine Case removerá cielo y tierra hasta darme caza como no me presente ante ella con esos derechos. No pienso chuparme una bala por Phoenix.

—¿Ni siquiera para detener todo este sufrimiento?

—No me confundas con Jesucristo. Yo no necesito ir de mártir, y menos por Phoenix. Además, todo el mundo sufre. En todas partes. Así son las cosas.

—Ya, pero ¿qué hay de estas personas de aquí?

Pero Angel ya se había quedado dormido, ovillado alrededor de la última bolsa de aceleradores regenerativos. El aspecto que ofrecía no podría ser más inofensivo. Un hombre cansado, nada más, víctima de la misma picadora de carne que los estaba triturando a todos.

Lucy recordó las dudas que le había expresado Charlene cuando se presentaron ante ella con la intención de cambiarle el suburbano de los calis por uno de sus vehículos. Les advirtió que no es que estuvieran haciéndole ningún favor, precisamente, habida cuenta de que Angel abrigaba la sospecha de que el coche debía de estar infestado de rastreadores y, en cuanto los calis se pusieran en contacto con sus líderes, comenzarían a seguirle la pista.

No es que aquello amedrentase a Charlene, pero, así y todo, tenía sus dudas.

—¿Estás segura de esto? —le había preguntado a Lucy—. ¿Vale la pena?

Acababa de regresar de una operación de salvamento destinada a conseguir materiales reutilizables con los que aumentar el número de alojamientos improvisados, aprovechando que empezaban a calmarse los ánimos. Al hablar, actuó como si estuviera manteniendo una conversación de negocios. Pero Lucy sabía que en realidad estaba hablando de Angel, quien ya se había colado a rastras en la camioneta de Charlene, donde se había picado una vena con el primer chute de acelerador regenerativo y yacía ahora despatarrado en el asiento, prácticamente inconsciente, acunando la bolsita mientras el estimulante penetraba gota a gota en su cuerpo.

«¿Vale la pena?»

La mayor historia de su carrera. ¿Valía la pena arriesgarse?

Pero es que, Dios, menuda historia. El mero hecho de haber sido testigo ocular, en tiempo real, de cómo media Phoenix ardía por culpa de un intento de asesinato fallido era oro puro. Por no hablar del resto.

Y sin embargo aquí estaba Charlene, metida todavía en su cabeza, preguntándole si merecía la pena. Otra historia. Otro artículo. Más visitas. Más clics. Más ingresos. ¿Y después qué?

¿#PhoenixAlCarajo?

—Es peligroso —había observado Charlene.

—Tampoco es para tanto. Además, ahora casi no puede ni levantar los brazos.

—No me refiero a eso. Tú y él...

—Ya soy mayorcita. Sabré apañármelas, hazme caso. —Lucy le enseñó a Charlene la pistola que les había arrebatado a los calis—. Armada y peligrosa. —Ante lo cual Charlene había dejado al descubierto todos los dientes que le faltaban en una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora me siento mejor.

También Lucy, sentada junto al cuchillo de agua dormido, se sentía mejor llevando encima aquella pistola. La tormenta de polvo zarandeaba la camioneta, cada vez más intensa. Se sentía como si estuviera dentro de una extraña burbuja, a salvo de las inclemencias del tiempo. Los filtros siseaban con delicadeza, purificando el aire. Después de todas las bolsas de nutrientes médicos que se había metido, Angel volvía a parecer casi humano. Demacrado, pero operativo.

—Qué haríamos sin la medicina moderna —había dicho mientras exprimía la primera bolsa—. Si hubiera existido este potingue cuando era más joven, seguro que ahora no tendría ni cicatrices.

Una nueva ráfaga de viento sacudió la camioneta. Al otro lado de las ventanillas, Phoenix daba la impresión de estar abocada a correr la misma suerte que los hohokam.

Sobre sus cabezas resplandecía un cartel con la leyenda de RENACE PHOENIX,

pero el vendaval debía de haber provocado un cortocircuito en la pantalla, que no dejaba de parpadear. Algún tipo de sobrecarga eléctrica. Resultaba irritante, porque los destellos no seguían ninguna pauta. Ahora se encendían las luces. Ahora se apagaban. Ahora se volvían a encender, cegadoras, y resistían unos segundos parpadeando muy tenuemente.

Tras el cartel se erguían las cristaleras de las oficinas de la Arcología Taiyang, con sus granjas verticales bañadas por el deslumbrante fulgor de las lámparas de incubación de espectro total. En la Taiyang no parpadeaba ninguna luz. Los que vivían y trabajaban allí quizá ignorasen incluso que se avecinaba una tormenta. Parapetados tras la refrescante y cómoda barrera de sus filtros de aire, con sus climatizadores y sus purificadores de agua, quizá ni siquiera les importase que el mundo estuviera desmoronándose al otro lado de sus ventanas.

La Taiyang había sobrevivido a los incendios y a los tumultos, e incluso ahora continuaba expandiéndose, a pesar de la tormenta de polvo que la envolvía.

Una muchacha apareció tambaleándose en medio de la tormenta, delicada, inclinada hacia delante para resistir los embates del viento. Hispana. El trapo con el que se cubría la cara solo dejaba al descubierto unos ojos entornados para protegerse del polvo.

—¿Es esa la chica que buscas? —Lucy le dio un golpecito a Angel, que abrió los ojos, adormilado.

—No. Solo si está con el de las pupusas.

—Si es que le da por venir hoy.

—Vendrá. —Angel apuntó con un gesto al otro lado del parabrisas, a las obras de la Taiyang, donde los haces de las linternas frontales asaeteaban la bruma de la tormenta—. Si esos trabajadores han venido, también él lo hará.

Hoy todos los obreros utilizarían mascarillas antipolvo integrales, aspirando y expeliendo el mismo aire húmedo una y otra vez, pero Angel tenía razón. Habían venido todos, a pesar de la tormenta.

—Aparecerá —insistió Angel—, ya lo verás. Uno tiene que comer.

—No hemos hecho más que escapar de una por los pelos y ya estamos metidos en otra —refunfuñó Lucy—. Cualquiera diría que nos hemos ganado un respiro.

—Me da que los respiros se han terminado. A partir de ahora, todo va a ser una gigantesca tormenta de polvo.

—Hohokam —dijeron Lucy y Angel al unísono—. Todo agotado.

Intercambiaron sendas miraditas irónicas.

—Me pregunto cómo nos llamará la gente cuando nos desentierren los arqueólogos dentro de otro par de miles de años —dijo Lucy—. ¿Tendrán algún nombre para nosotros? ¿Para este período histórico? ¿Seremos «federalistas», a lo mejor, porque el país todavía funciona? ¿O será este el Declive de los Americanos?

—Quizá se refieran a esta época como la Edad de la Sequía, sin más.

—Quizá nadie nos desentierre jamás. Quizá no quede nadie para llamarnos de



ninguna manera.

—Tú no tienes mucha fe en eso de la captación y reutilización del carbono, ¿verdad?

—Creo que el mundo es enorme, y aun así hemos conseguido cargárnoslo. —Lucy se encogió de hombros—. Jamie se pasaba el día disertando sobre este tema. Cómo vimos la que se nos venía encima y preferimos quedarnos mirando. —Sacudió la cabeza—. Dios, cómo nos despreciaba.

—Si tan listo era, debería haber visto también la que se le venía encima a él. A lo mejor aún seguiría con vida.

—Se puede ser listo de muchas maneras.

—Que yo sepa, solo de dos: vivo o muerto.

—Dice el mismo que hace nada estaba esquivando misiles Hellfire.

—Y todavía estoy vivo.

—Jamie siempre andaba quejándose de que nos quedamos de brazos cruzados cuando era evidente que deberíamos haber hecho algo. Ahora... —Lucy hizo una pausa—. Ahora ya no sé qué pensar. Sería más fácil prepararse si dispusiéramos de una especie de mapa que nos dijera a qué tenemos que enfrentarnos a continuación, solo que ya hemos esperado tanto que nos quedaríamos fuera de cualquier mapa. Me pregunto si alguien conseguirá sobrevivir a esto.

—La gente está diseñada para sobrevivir —replicó Angel—. Siempre hay alguien que lo consigue.

—No sabía que fueses tan optimista.

—No digo que vaya a ser fácil, pero alguien... alguien se adaptará. Aparecerá una nueva cultura que sea...

—¿Más lista?

—O capaz de diseñar un Clearzac de cuerpo completo.

—Me parece que ya existe: se llama Taiyang.

—Ahí lo tienes —dijo Angel—. Gente que consigue adaptarse y sobrevivir.

La Taiyang relucía seductora en medio de la turbia penumbra de la tormenta. Desde la posición de Lucy se distinguían las siluetas de los atrios y parte de la vegetación de su interior. Un exuberante vergel en el que cualquiera podría intentarse y establecer un refugio. Quizá en el exterior las condiciones fuesen adversas, pero de puertas para adentro la vida aún sería tolerable.

Con climatizadores, filtros de aire industriales y un nivel de reciclaje del agua hasta del noventa por ciento, la vida podía ser tolerable incluso en el infierno.

«Quizá sea ese el nombre que nos pongan los arqueólogos. La Edad del Aire Libre. Cuando la gente todavía vivía en la calle.»

Quizá dentro de mil años todo el mundo viviera bajo tierra o en arcologías, sin nada más que sus invernaderos en la superficie, recogiendo y almacenando escrupulosamente hasta la última gota de humedad. Quizá dentro de mil años la humanidad terminaría convirtiéndose en una especie subterránea, a salvo en túneles

excavados para...

—Ahí está nuestro hombre —señaló Angel.

Al otro lado de la calle, un individuo entrado en años renqueaba en dirección a la boca de la sección en obras de la Taiyang, empujando un carrito de pupusas, encorvado frente a los azotes del viento cargado de polvo.

—¿Cómo leches piensa vender nada con el tiempo que hace?

Pero Angel ya se había tapado la cara con la camisa y estaba bajando de la camioneta, en la que se apresuró a entrar una ráfaga de aire arenoso.

Lucy agarró su mascarilla y desmontó a su vez, sujetándose las correas de cualquier manera mientras Angel cruzaba cojeando la calle. Le dio alcance y le pasó un brazo bajo la axila. Por un momento pensó que iba a oponer resistencia, pero no tardó en apoyarse en ella.

—Gracias —jadeó a través de la camisa. Empezó a toser.

—¡Usa mi máscara! —exclamó Lucy.

Antes de que a Angel le diese tiempo a protestar, Lucy se la quitó de la cara y la puso en la suya. Ajustó las correas.

«Menuda pareja», pensó. «Yo con las gafas y él con la mascarilla.»

Se acercaron al corrillo de vendedores ambulantes, que, equipados con filtros y gafas a su vez, los observaban con los ojos saltones que les conferían las lentes. Como extrañas criaturas alienígenas, atentos a todos sus movimientos con la esperanza de estar a punto de realizar una venta.

Lucy ayudó a Angel a llegar renqueando hasta donde el hombre de las pupusas, que ya había empezado a montar su puesto, estaba sacando unas varillas y una ondeante cubierta de plástico con las que al parecer se proponía resguardar la cocina.

Se volvió al verlos. Ladeó el rostro cuando Angel intentó preguntarle algo a través de la máscara. El hombre sacudió la cabeza, sin entender nada, levantó su propia mascarilla y los miró con los párpados entornados.

—¿Qué has dicho?

—¡Estamos buscando a una chica! —gritó Lucy—. ¡Nos han dicho que estaba contigo!

El hombre adoptó una expresión suspicaz.

—¿Quién os lo ha dicho?

—La ayudé una vez —dijo Angel.

Al ver que el hombre al parecer seguía sin entenderlo, se levantó la máscara y le gritó al oído:

—¡Que la ayudé una vez! ¡Hace un par de semanas! Me habló de ti. Me contó que tú la pondrías a salvo.

—Conque eso te contó, ¿no? —El hombre parecía apesadumbrado. Le volvió la espalda—. ¡Ayudadme a montar esto! Entonces podremos hablar.

Los tres aunaron fuerzas para lidiar con las varillas de la tienda, insertándolas una por una frente a la resistencia del viento, y sujetaron la cubierta de Gore-Tex a los

ganchos. Una vez instalada, lo que obtuvieron fue un reducido espacio bajo el que todos pudieron resguardar la cabeza mientras el hombre preparaba el hornillo. Se quitaron las máscaras y las gafas.

—¿Está aquí esa chica? —preguntó Angel—. Necesito hablar con ella.

—¿Por qué?

—Tiene algo muy valioso —dijo Lucy—. Algo extraordinariamente valioso.

Al hombre se le escapó una carcajada.

—Lo dudo.

—Podría ofrecerte una recompensa —dijo Angel—. De las gordas.

El hombre lo observó con cinismo.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Puedo llevaros a los dos al otro lado del Colorado e instalaros en uno de los desarrollos de Cypress que hay en Las Vegas.

El hombre se carcajeó en su cara. Al ver que Angel no lo acompañaba, sin embargo, cerró la boca de golpe. Adoptó una expresión sorprendida. Se volvió hacia Lucy.

—¿Está hablando en serio?

Lucy hizo una mueca.

—Sí, creo que sería capaz. Pero si puedes ayudarnos, seguramente también podrías conseguir más que eso. Mucho más. No te quedes con su primera oferta.

—Bueno —se impacientó Angel—, ¿puedo hablar con ella?

—Lo siento —replicó el hombre, apenado—. Ya no está aquí. Se fue hace días.

Angel se quedó demudado.

—¿Adónde? —preguntó Lucy.

—Pensaba hacer autostop hasta la frontera —dijo el hombre—. Quería cruzar el río.

Angel se inclinó sobre el carrito, febril.

—¿Dónde? ¿Sabes por dónde planeaba cruzarlo?

—Miramos los mapas. Nos pareció que tendría más posibilidades en las afueras de Carver City.

Lucy empezó a troncharse de risa, sin poder evitarlo, mientras Angel mascullaba una maldición entre dientes.

—¿Seguro que se llevó el libro con ella? —preguntó Angel mientras cambiaba de posición en la atestada cabina de la camioneta.

Entre el vendedor de pupusas, que por lo visto respondía al nombre de Toomie, y Lucy, que conducía, no había mucho sitio para ponerse cómodos, y tras tres horas sin descanso en la carretera a Angel le tiraban y le picaban los puntos.

Se preguntó si se sentiría igual de dolorido si el día estuviese despejado y estuvieran conduciendo más deprisa. En vez de eso avanzaban pesadamente entre remolinos de polvo, con la mirada fija en el aire turbio, oscilante y marrón, que limitaba la visibilidad a menos de quince metros.

Lucy redujo la marcha cuando empezaron a descender por una inclinación sinuosa.

Los refugiados emergían como fantasmas de entre la neblina parduzca, arrastrando los pies, iluminados por los potentes faros de la camioneta. Inquietantes siluetas encorvadas que se alejaban trastabillando de la devastación de Carver City en dirección al incierto refugio de Phoenix, un torrente de miseria constante que les obligaba a avanzar a paso de tortuga.

Les había parecido buena idea salir de la interestatal para adentrarse en ese antiguo tramo de la ruta 66, con lo que evitarían las vías principales, controladas por la patrulla del estado de Arizona. Lo que menos necesitaba Angel era que les dieran el alto y los detuvieran cuando sus documentos de identidad falsos lo dejaran en la estacada.

Pero la ruta estaba atestada de tráfico, y ahora circular por ella era como intentar navegar en un exasperante mar de melaza.

Angel se acordó de las bandas transversales que habían frenado la huida de su padre hacía ya tanto tiempo, cuando salieron de México. Era una de esas cosas en las que uno no pensaba nunca, que nunca te molestaban hasta que estabas seguro de que ese último badén sería el que iba a frenarte tanto que los asesinos que estaban persiguiéndote te alcanzarían y te coserían el culo a balazos.

—¿Estás seguro de que Maria se llevó el libro con ella?

—Lo has preguntado ya veinte veces.

—Lo tenía cuando se fue de Phoenix —dijo Toomie, sin impacientarse—. Quizá a estas alturas ya se haya deshecho de él o lo haya vendido. Para ella no sería más que un lastre cuando intentase cruzar el río a nado.

A Angel no le costaba nada imaginársela en la carretera, vendiéndoselo a cualquier prestamista de los que proliferaban en las cunetas. Uno más de los cientos que se cebaban con los desplazados, ofreciéndoles migajas en efectivo o incluso botellas de agua y alimento a cambio de sus objetos de valor.

Angel se obligó a reclinarsse en el asiento y fingir que se relajaba. Ya no estaba en sus manos. Lucy llevaba el volante. Maria estaba ahí fuera, en alguna parte. Él había

jugado todas las cartas que tenía. Ahora todo se reducía a descubrir cuál era el destino que la Santa Muerte le había reservado.

Lucy redujo otra marcha mientras se abrían paso a través de la masa de refugiados que cubría el asfalto. Eran como las reses que protagonizaban las grandes migraciones de antaño, desparramadas por toda la carretera sin orden ni concierto, de cualquier manera.

La gente se asomaba a sus ventanillas, rostros distorsionados por los filtros y las lentes, con sus máscaras para el polvo confiriéndoles gigantescos ojos saltones. Criaturas alienígenas que los observaban fijamente, sin parpadear.

—¡Os habéis equivocado de dirección! —les gritó alguien sobre la marcha.

—Y que lo digas —musitó Lucy.

Giró el volante para esquivar un Tesla averiado, medio fuera de la carretera, hundido en la arena.

—No había visto una carretera como esta en mi vida.

—Cuando miramos los mapas —dijo Toomie—, no sabía que las cosas estuvieran así aquí fuera.

—Es Carver City —murmuró Angel, conteniendo a duras penas la frustración que lo martirizaba—. Ya iba siendo hora de que se secara.

—¿Y eso? —preguntó Toomie.

—Les cortaron el agua hace tiempo.

—Querrás decir que Las Vegas les cortó el agua —lo corrigió Lucy—. Tú les cortaste el agua.

—Hace semanas de aquello —dijo Toomie.

—Ya. —Angel inclinó la cabeza—. Pero la gente suele tardar en darse cuenta de lo jodida que está. Cuando se presentan los servicios de emergencia, se aferran un poco más a los cubos de agua, a los surtidores de la Cruz Roja y a los Clearpac que consiguen llenar ellos solitos.

»Pero los servicios de tratamiento de residuos ya no funcionan, puesto que no hay agua con la que alimentar los sistemas, así que las enfermedades empiezan a ser un problema. No hay suficientes Clearpac para todos y los sanitarios móviles no dan abasto.

»Entonces es cuando aparece la Guardia Nacional. La gente prueba a sacar agua del río por sus propios medios, surgen redes de distribución clandestinas, pero entre las epidemias y los guardias que no les dejan en paz, no tardan en darse cuenta de que conformándose con cagar en calderos no van a llegar muy lejos.

»Así que los negocios hacen las maletas, y los puestos de trabajo desaparecen.

»Ahora que ya no hay dinero, la gente por fin empieza a verle las orejas al lobo. Quienes viven de alquiler siempre son los primeros en irse. No tienen nada que los ate a un lugar donde el agua no sale de los grifos, así que ponen pies en polvorosa. Los propietarios resisten, al menos un poco más, pero incluso ellos acaban tirando la toalla. Primero unos cuantos, después más... y, al final, esto. —Angel hizo un gesto

en dirección a la oleada de refugiados que cubría la carretera—. Una ciudad entera yéndose a tomar por culo.

—¿Cómo leches vamos a encontrar a esa chica en medio de todo esto? —preguntó Lucy.

—Si consiguió llegar al otro lado, sé por dónde pensaba cruzar —respondió Toomie.

—Ese «si» es lo que me preocupa. —Lucy frenó de nuevo y se echó a un lado para ceder el paso a una columna de coches sepultados bajo el cargamento de enseres que transportaban.

Al frente, un humvee de la Guardia Nacional escoltado por soldados vigilaba el paso de los refugiados, cerciorándose de que su éxodo transcurriera sin incidentes. Lucy reanudó la marcha despacio, abriéndose paso a través de la muchedumbre, obligando a la gente a apartarse. El polvo se arremolinaba a su alrededor en gigantescas nubes fluctuantes.

Angel tamborileaba con los dedos en las rodillas, sabiendo que no podía hacer nada por acelerar su avance frente al torrente de humanidad que se oponía a ellos en la carretera. Un camión de la Guardia Nacional de Arizona se cruzó con ellos, atronador, desbordado de personas agarradas donde podían.

—¿Tienes la pistola a mano? —le preguntó a Lucy.

—No hará falta llegar a ese extremo.

Angel decidió que no valía la pena ponerse a discutir por lo que la gente era capaz de hacer cuando lo había perdido todo. Lucy seguía empeñada en pensar bien de las personas. Perfecto. Los optimistas hacían buena compañía. No intentaban comérselo vivo a uno.

—Es imposible que Maria haya pasado a través de todo esto —insistió Lucy.

—Esa chica es una superviviente —dijo Angel—. Llegó a Phoenix procedente de Texas, y también esas carreteras son malas. Peores, algunas de ellas. Los neomexicanos se dedican a secuestrar a la gente a lo largo y ancho de todo su estado. Cuelgan a los Merry Perry de los postes de las vallas a modo de declaración de intenciones.

—Entonces no viajaba sola —replicó Lucy—. Todavía estaba con su familia.

—Lo conseguirá —sentenció Toomie, vehemente—. Como tu novio bien dice, es dura de pelar.

—No es mi novio.

Toomie se encogió de hombros.

—Que no lo es.

Angel se alegró de percibir una nota de incertidumbre en la voz de Lucy, reflejo del desconcierto que sentía él cuando se paraba a pensar en lo que realmente significaban el uno para el otro.

Pasaron frente a un puesto médico atendido por trabajadores de la Cruz Roja y representantes de CamelBak que estaban repartiendo suministros de ayuda

humanitaria entre los refugiados. La Guardia Nacional vigilaba que la gente esperase su turno y guardase fila ordenadamente antes de recoger kits de rehidratación, ClearSacs y barritas energéticas de manos de los voluntarios.

A escasa distancia, alguien había dejado aparcada su camioneta y ofrecía traslados a Phoenix, garantizando alojamiento cerca de los surtidores de la Cruz Roja y preferencia a la hora de conseguir un empleo a media jornada trabajando en las obras de la Taiyang. El lote completo solo costaba quinientos dólares por persona.

Junto a ese vehículo podía verse un humvee con camuflaje para el desierto, un par de guardias armados y un enorme cartel que rezaba:

COMPRAMOS JOYAS. LOS MEJORES PRECIOS.

—¿Creéis que alguien picará con esas ofertas? —preguntó Toomie.

—Constantemente —respondió Angel.

—Me parece fatal. Aprovecharse así de la gente...

—Así es la vida.

Lucy le lanzó una mirada cargada de reproche.

—No te regodees, por lo menos.

—Las cosas están como están —dijo Angel—. Es absurdo desear que las personas fuéramos de otra manera. Así solo puedes conseguir que te maten.

—A veces la gente defiende ideales que merecen la pena —observó Toomie.

Angel se encogió de hombros.

—Puede. Pero no es ningún ideal de esos que tanto merecen la pena lo que te va a conseguir acceso a una de las instalaciones de Cypress.

Toomie le lanzó una mirada glacial y se dio la vuelta para seguir hablando con Lucy.

Los dos estaban haciendo mejores migas de lo que Angel habría pensado. Se preguntó si sería algo propio de la gente de Phoenix, si sería normal que los zonales congeniasen siempre tan rápido, o si habría algo en él que los repelía.

—Jamás conseguirá cruzar a nado ese río —dijo Angel—. Como lo intente, ya la hemos perdido.

—Es lista —replicó Toomie—. Trazamos un plan. Tenía flotadores.

—No. —Angel sacudió la cabeza—. Ahí termina su viaje. Las únicas personas que logran cruzar son las que untan de lo lindo a las milicias. Quienes intentan ir por su cuenta y riesgo no lo consiguen. Nunca.

—Seguro que tú lo sabes mejor que nadie —observó Lucy.

Angel hizo oídos sordos al reproche que destilaba su voz.

Intentaba enfocar el problema desde todos los ángulos. Preguntándose si debería cobrarse alguno de los favores que le debían al otro lado del río. Pedirles a algunos de los guripas y milicianos de Nevada que estuvieran atentos por si veían a Maria. Ignoraba si había caído tanto en desgracia como para que eso lo expusiera al riesgo

de que empezasen a darle caza más personas aquí, en Arizona.

Lucy estaba ocupada explicando el papel que había desempeñado Angel en la creación de la Milicia Soberana de Nevada.

—¿También fuiste el responsable de eso? —preguntó Toomie, consternado—. ¿De verdad pusiste a todas esas personas en la frontera para impedir que nadie más entrara?

—Nevada no sobreviviría si se inundara de zonales y tejanos. —Angel se encogió de hombros—. Además, California hace cosas peores.

—Tendría guasa que la chica esta terminara despellejada gracias a ti —dijo Lucy—. Al final pondrán precio a tu cabeza por culpa de la gente que tú mismo contrataste.

—No te creas que no lo había pensado.

Toomie parecía asqueado.

—Si Maria no me importase tanto, diría que eso sería un verdadero caso de justicia poética.

Tal para cual, sus compañeros de viaje. Angel volvió a concentrarse en los refugiados que desfilaban al otro lado de la ventanilla, esforzándose por hacer oídos sordos al murmullo de las acusaciones que resonaban en el fondo de su conciencia.

Jamás lo reconocería en voz alta, pero sentía un escalofrío supersticioso cada vez que salía el tema de las cosas que había hecho a las órdenes de Catherine Case, como si estuviera a punto de pagar el precio de sus pecados. Como si hubiera alguien juzgándolo: quizá Dios, quizá la Santa Muerte, quizá un gigantesco matamoscas kármico a la antigua usanza budista... algo, en cualquier caso, algo debía de estar a punto de echarse encima, cabreado, exigiéndole que expiara todo lo que había hecho.

«Quizá se trate de que, tarde o temprano, el cuchillo siempre termina cortándote a ti.»

Se acordó del sicario. Quien a hierro mata a hierro muere. Llámese ironía. Llámese justicia poética. Ese río de refugiados que le impedía llegar hasta su objetivo le parecía algo personal. Como si estuvieran castigándolo por sus pecados.

«Todos estos refugiados son obra mía.»

«Quien a hierro mata a hierro muere.»

—Creo que la tormenta empieza a amainar —dijo Lucy.

Continuaron recorriendo la sinuosa carretera que descendía entre las colinas, abriéndose paso contra la corriente de refugiados. Coronaron una elevación y empezaron a bajar por el otro lado, avanzando ya de forma más continuada. Los primeros rayos de sol despuntaban entre la neblina marrón. El aire estaba cada vez menos cargado de polvo, como un velo que estuviera retirándose ante sus ojos, reemplazado por un sol radiante en el firmamento azul, cegador casi tras la penumbra de la tormenta de polvo.

Angel intentó determinar su posición.



Lucy apuntó con el dedo.

—¡Ahí está el PAC!

Una fina línea azul, recta como una regla, que transportaba el agua del río Colorado a través del desierto abrasador.

Rutilaba a la luz del sol. La última vena de Phoenix. Impulsada mediante bombas ladera arriba y encauzada por los túneles que atravesaban las montañas. Casi quinientos kilómetros de canales que abastecían de agua a una ciudad arrasada en medio de un desierto implacable.

—Qué pequeño —dijo Toomie—. Pensaba que habría agua de sobra para toda una ciudad.

—A veces no es suficiente —observó Angel.

—Sobre todo si lo dinamitas —dijo Lucy.

—¿Eso también fue obra tuya? —preguntó Toomie—. Joder, tienes que rendir cuentas por un montón de cosas.

—Si me hubiera negado, Case habría buscado a otro que estuviera dispuesto a hacerlo y yo me habría quedado sin trabajo.

—Sin trabajo te has quedado de todas maneras —le recordó Lucy.

—De momento.

—Sigo sin entender por qué te fías de ella.

—¿De Case? —se rio Angel—. También me fío de ti, y mira cómo estoy por tu culpa.

—Es verdad. Estás loco.

Angel no se tomó a pecho la puya. Ahora que la tormenta comenzaba a disiparse, lo embargaba un optimismo renovado. El mero hecho de haber escapado del polvo, de ser capaz de ver lo que se extendía ante él...

Trazaron una curva y el terreno se expandió a sus pies, revelando el río Colorado y, junto a él, su destino.

Lucy pisó el freno hasta el fondo mientras todos clavaban la mirada en el parabrisas mugriento.

—Dios —murmuró—. Ahí tienes tu ciudad muerta.

Se apearon. A lo lejos, a sus pies, los refugiados abandonaban Carver City en oleadas. Ríos de diminutas hormigas, ahuyentadas de sus hogares. Las aspas de los helicópteros batían el aire sobre sus cabezas. Los humvees de la Guardia Nacional montaban guardia a intervalos regulares en la autopista, imponiendo orden. Convoyes enteros salían de la ciudad.

Al otro lado del río, los guripas de California habían instalado pequeños búnkeres desde los que vigilar el curso fluvial. El sol arrancaba destellos a las lentes de las miras telescópicas de largo alcance, revelando la ubicación de los francotiradores. Las milicias, seleccionando sus objetivos. El zumbido de sus rotores anunciaba la presencia de los chopperes que sobrevolaban el río de arriba abajo.

—Dios. —Toomie estudió la actividad utilizando una mano para evitar que el sol

lo deslumbrara—. Es imposible que haya conseguido esquivar todo esto.

—No pensaría cruzar justo por aquí, ¿verdad? —preguntó Angel, esforzándose por disimular su preocupación.

—No. —Toomie apuntó hacia atrás con un dedo, en dirección al Colorado—. Se nos ocurrió que, si iba por tierra más o menos por allí, corriente arriba, donde no hubiera tanta gente, encontraría menos patrullas.

—¿Cómo es de decidida, en tu opinión?

—Mucho.

Angel contempló fijamente la ciudad que había asolado. Una marea de refugiados y patrullas de la Guardia Nacional cubría por completo la carretera. En algún lugar, allí abajo, en medio del caos, sus derechos del agua se le escurrían entre los dedos.

¿Ironía? ¿Justicia poética?

Decidió que ninguna de ambas opciones le gustaba especialmente.

Lucy intentó entrar en Carver City con la camioneta, pero la patrulla de carreteras de Arizona los echó para atrás.

—¡La carretera está cerrada! —gritaron—. ¡Dad media vuelta! ¡Solo se puede circular en ese sentido!

—Quieren evitar que entren los saqueadores —dijo Angel.

Parecía desanimado, pensó Lucy, como si asomarse a esa nueva ventana a los horrores que él mismo había desencadenado por fin le estuviese pasando factura.

Dio la vuelta con la camioneta y regresó a la misma atalaya de antes. A sus pies, la policía y los guripas continuaban controlando el tráfico. Unos cuantos agentes levantaron la mirada hacia ellos, como si se quisieran quedar con sus caras.

—Como sigamos por aquí mucho más —dijo Lucy—, acabaremos teniendo problemas. Esos policías no van a dejarnos en paz.

—Ya. Y como me detengan, adiós. —Angel arrugó el entrecejo mientras contemplaba el torrente de tráfico que circulaba en su dirección, tan concentrado que Lucy pensó que intentaba distinguir a Maria entre todas las demás hormigas que formaban aquella oleada de refugiados—. Creo que podríamos conseguirlo —anunció de repente.

—¿Conseguir qué? —preguntó Toomie—. No puedo ir a pie hasta ahí abajo.

—Ya somos dos —dijo Angel—. Tenemos que vender la camioneta.

—¿Me tomas el pelo? —Lucy lo miró con enfado—. No es mía.

En los labios de Angel se dibujó una sonrisita burlona.

—Querrás ver cómo termina esto, ¿verdad?

Era desquiciante que te leyeran el pensamiento.

Lucy acabó cambiando la camioneta de Charlene por un par de modestas bicis de montaña eléctricas que Angel encontró buceando en la marea de refugiados que abandonaba la ciudad.

—Charlene me va a matar —refunfuñó Lucy mientras se despedía de las llaves. Observó a Angel con expresión torva—. ¿Sabes cuántos coches he perdido ya desde que te conocí?

Angel tuvo el detalle de, por lo menos, adoptar una expresión compungida.

—Te lo devolveré todo en cuanto haya vuelto a Las Vegas.

—Ya —dijo Lucy—. Seguro que tienes una cuenta de gastos impresionante cuando tu jefa no está intentando asesinarte.

Toomie se las apañó para montar en una de las bicicletas, y Angel y Lucy cogieron la otra.

—Apiádate de mí —dijo Angel—. No me veo con fuerzas para aguantar muchos baches.

Emprendieron la marcha por tierra, rodeando los puestos de control, rodando como exhalaciones por la tierra amarillenta. Sortearon matas de gobernadora y altos

tallos espinosos de ocotillo, cruzándose con yucas y, en una ocasión, incluso con un árbol de Josué solitario.

El paisaje estaba cambiando, pensó Lucy. Habían salido del desierto de Sonora y se adentraban en el Mojave. Áridos primos que confluían y se fusionaban, y ellos tres estaban atravesando la zona de transición.

Las bicicletas eléctricas anunciaban su paso con un chirrido artificial, pero en el desierto no se movía nada salvo los vientos.

Pusieron rumbo corriente arriba cuando llegaron al Colorado, siguiendo el abrupto terreno, buscando sendas que condujesen a la orilla y pistas que les indicaran por dónde podría haber decidido cruzar Maria.

Continuaron durante horas, manteniéndose cerca del borde del agua, sin encontrar ni rastro de la muchacha. Después de que los accidentes del terreno les obligaran a separarse del río, descendieron de nuevo en cuanto se lo permitieron las colinas y los senderos.

Las bicicletas empezaron a quedarse sin batería. Lucy detuvo la suya.

—¿Qué ocurre? —preguntó Angel.

—Nos queda media reserva —dijo Lucy—. No hemos traído paneles para recargarlas, ni siquiera un poquito.

—Habría que dar un buen paseo para volver —observó Toomie.

—Podéis regresar ya, si queréis —dijo Angel—. Seguiré solo. No hace falta que continuéis. —Estaba demacrado y empapado de sudor, con los ojos hundidos en las cuencas, ensombrecidas por el cansancio.

Toomie negó con la cabeza.

—No, no volveré a dejar que se vaya. —La determinación que rezumaban sus palabras hizo que Lucy se preguntara cuál era el sentimiento de culpa que necesitaba expiar aquel hombre.

«Todos hemos venido para expiar algo», pensó. «Ninguno de nosotros va a dar media vuelta.»

—Cabe la posibilidad de que ya haya cruzado —dijo Angel—. Seguramente ya esté muerta a estas alturas.

—Aun así, debo buscarla —replicó con firmeza Toomie.

Lucy sacudió la cabeza a su vez.

La sonrisa de Angel se ensanchó.

—No puedes dejar que se te escape esta historia, correveidile.

—Algo así.

—Bien —suspiró Angel—, porque me está costando aguantar. No sé si resistiré encima de la bici todo el camino de vuelta sin romperme en pedazos.

Se abrazó con más firmeza a la cintura de Lucy, que arrancó la bici de nuevo, pensando en lo extraño que resultaba que alguien que hasta hacía poco la atemorizaba se hubiera vuelto tan dependiente de ella.

Aceleraron de nuevo, rebotando y dando tumbos, surcando el desierto marchito,

serpenteando a lo largo de la orilla del río.

Las reservas de energía de la bicicleta se consumían inexorablemente, y Lucy empezó a plantearse en serio la incógnita de cómo iban a regresar. Habían cubierto varios kilómetros de distancia. ¿Cuántos días tardarían en volver a pie a Carver City? El sol comenzaba a abrasarle la piel, que no tardaría en oscurecerse, ampollarse y sangrar.

«¿Podría haber llegado hasta allí esa muchacha?»

Lucy se imaginó a Anna, en Vancouver, meneando la cabeza. Consternada por el modo en que tomaba sus decisiones. Los riesgos que corría y las razones que la empujaban a ello. Prácticamente podía oír su voz, diciéndole: «No eres una de ellos. Puedes irte cuando te dé la gana. Eres la única que puede salir de ahí cuando quiera. Lo que haces es un suicidio».

En el fondo, Lucy no podía por menos de darle la razón a su hermana. Había docenas de reglas que respetaba siempre que salía al desierto, de todo tipo, desde acordarse de llevar una máscara para el polvo, protector solar y el doble de agua de la que debería necesitar, hasta no alejarse nunca más allá de donde pensara que podría regresar si surgía algún contratiempo. Docenas de reglas, y ahora estaba incumpléndolas todas.

¿Y por qué? Por no dejar de seguir una historia, por seguir jugando al filo del precipicio...

Toomie lanzó un grito y aceleró.

Angel se sujetó con fuerza con una mano y utilizó la otra para apuntar con el dedo. Lucy le oyó musitar algo, palabras de gratitud en español, pero hablaba demasiado rápido y su discurso quedaba distorsionado por el silbido del viento. Le dio la impresión de que se trataba de una plegaria, en cualquier caso.

Ahí.

Lo que había visto Toomie. Unas cuantas prendas de vestir, abandonadas. ClearSacs y envoltorios de barras energéticas.

Los últimos vestigios de la chica que se había metido en el río.

Lucy fue la primera en detenerse junto a las provisiones abandonadas.

—Mierda, mierda, mierda... —no dejaba de decir Toomie—. ¡Estas eran sus cosas! ¡Pasó por aquí!

Lucy paseó la mirada por los bajíos fangosos y los sauces, por las solitarias matas de tamarindo. El río fluía lánguidamente tras la vegetación.

«Así que esto es todo. Aquí se acaba la historia. Después de tantos esfuerzos, este es el fin.»

Lucy no sabía decir si se sentía decepcionada o aliviada.

Oteó la orilla lejana, preguntándose si divisaría a la milicia que Angel había contribuido a crear. Las mismas personas que habrían hecho picadillo a la refugiada antes de arrojarla al agua para que bajase flotando hasta Carver City, a modo de lección para los demás.

No había ni rastro de actividad. Tan solo las ondulaciones del río y una brisa, fría y húmeda, que provenía del agua.

«Aquí se acaba la historia.»

Angel deambulaba renqueando de un lado a otro, con la mirada desorbitada fija en las aguas, frenético. Por su aspecto se diría que había llegado al filo del abismo impulsado por una visión, implorando y rezando a la Virgen para que lo salvara, para finalmente no obtener ninguna respuesta. Se dejó caer de rodillas, jadeante, consumida hasta la última brizna de esperanza que le quedaba.

No todas las gestas se saldaban con éxito. Antes bien, la paranoia y la codicia provocaban que la gente cometiera errores estúpidos. Las personas morían, se lastimaban y luchaban con todas sus fuerzas para, al final, terminar con las manos vacías.

Era una historia tan propia del desierto que Lucy se preguntó qué la habría inducido a pensar que podría terminar de otra manera.

De las profundidades del cañaveral emergió una chica cubierta de barro, cargada con una mochila.

—¿Toomie?

—¡Maria!

Toomie abrió los brazos de par en par y salió corriendo a su encuentro.

Angel profirió un grito de alivio y se incorporó a su vez, con esfuerzo.

Mientras Maria y Toomie se abrazaban, Angel se arrodilló junto a la muchacha y empezó a hurgar en el interior de la mochila.

—¡Oye! —protestó Maria—. ¡Suelta mis cosas!

—Está aquí —dijo Angel—. ¡Está aquí!

Sacó un libro, lo sostuvo en alto y comenzó a pasar las páginas. Extrajo un puñado de papeles con una sonrisa de oreja a oreja, triunfal.

Lucy se acercó a mirar por encima de su hombro. Vio un par de papeles viejos y sellos. No era lo que se esperaba. Dos páginas de nada, eso era todo. Secas y llenas de arrugas. Unos derechos por escrito que podían cambiarlo todo. Para alguien, al menos. Extendió la mano hacia los papeles, pero Angel los retiró de golpe.

Lucy lo fulminó con la mirada.

—¿En serio? ¿A cuántos coches y camionetas he renunciado por ti?

Angel claudicó a regañadientes.

—Qué viejos son.

—Tienen más de ciento cincuenta años.

Lucy no pudo evitar sujetarlos con veneración.

—Cuesta creer que se hayan perdido tantas vidas por esto —murmuró mientras leía los documentos.

El Departamento del Interior, la Oficina de Asuntos de los Nativos Americanos, las firmas de los líderes de cada tribu... Promesas líquidas. Compromisos simbólicos para un momento que nadie creía que llegara a producirse jamás. Millones de metros

cúbicos de agua. La última pieza de un rompecabezas que permitiría que las bombas del Proyecto de Arizona Central volvieran a la vida con un rugido. Con esos derechos se podrían excavar nuevos canales, más profundos. Se podría recanalizar el Colorado lejos de California, lejos de Nevada. Verter agua en otros desiertos, en distintas ciudades.

Aquellas simples hojas de papel tenían el poder de transformar a Phoenix y Arizona, eriales de aflicción y desolación que ahora podrían recuperar las riendas de su destino.

Una promesa de renovada prosperidad para las personas como Toomie, Charlene y Timo, que, junto con todos los refugiados que allí se hacinaban, soñaban con la manera de llegar al norte.

Lucy exhaló un suspiro, sabiendo lo que tenía que hacer. Jamie estaba en lo cierto. Se había vuelto nativa. Ignoraba exactamente cuándo, pero, en algún momento, Phoenix se había convertido en su hogar.

Angel intentó recuperar los papeles, pero Lucy dio un paso atrás, asombrosamente veloz. En su mano rutilaba el cañón de una pistola. La misma que él le había dado.

—Lo siento, Angel —susurró.

Toomie y Maria contuvieron la respiración.

—Pero ¿qué...?

Angel levantó las manos, despacio, mientras se esforzaba por amoldarse a esa nueva situación.

—Lucy, ¿qué ocurre? ¿Por qué haces esto?

—No consentiré que le des estos documentos a Catherine Case, eso es todo —respondió Lucy.

Angel intentó que el pánico que lo atenazaba no se reflejara en su voz mientras evaluaba todas sus posibles opciones.

—Esos papeles son mi tabla de salvación —dijo—. Los necesito.

—¿Qué pasa? —preguntó Toomie.

—Nada, una pequeña discrepancia de opiniones —replicó Angel.

Llevaba su pistola encima. Solo tenía que encontrar el momento oportuno para desenfundarla. Alguna manera de distraer a Lucy. Solo que no le hacía ni pizca de gracia el modo en que Lucy empuñaba su arma.

La primera vez que le apuntó con una pistola, de lo cual parecía que hubiese transcurrido ya una eternidad, estaba seguro de que podría razonar con ella. De que sus palabras conseguirían apaciguarla.

Ahora, sin embargo, aquellos ojos grises se mostraban duros como esquilas de piedra.

Era buena tiradora. La había visto acertar prácticamente a oscuras en la pierna de aquel cali. Como desenfundara, no dispondría de una segunda oportunidad.

—Empiezo a sospechar que somos incapaces de aguantar ni dos días seguidos sin que se produzca algún encontronazo entre nosotros. ¿A qué se deberá eso?

—Lo siento, Angel.

Por el modo en que lo dijo, la creyó. No quería hacer eso. Podía ver el dolor que le producía allí mismo, a flor de piel, junto con su determinación.

—Venga, Lucy. Es la última aventura en la que tendrías que embarcarte. Esos papeles son nuestro billete para cruzar la frontera. Con ellos puedo llamar al Camel Corps, enviarán un chopper a recogerlos y llegaremos a Vegas a tiempo para cenar.

—En tal caso, supongo que lo mejor será que me deis los teléfonos.

—No puedes abandonarnos aquí —protestó Toomie.

—A vosotros dos, no —dijo Lucy—. Solo a él.

—¿Qué pretendes hacer con esos papeles? —preguntó Angel.

—Devolvérselos a la ciudad. Estos documentos son suyos. Los derechos son suyos. Ellos son sus legítimos propietarios, no California, ni Nevada. Y mucho menos



Las Vegas o tu jefa.

—¡Pero si Phoenix ni siquiera sabe que existen! Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Insinúas que los habitantes de Phoenix no sienten nada? Estos derechos sobre el agua les devolverán la vida a muchas personas —dijo Lucy—. Phoenix podrá empezar a reconstruir. Con agua, las cosas no tendrán por qué seguir siendo como hasta ahora.

—¡Venga ya, Lucy! Pase lo que pase, esa ciudad está sentenciada. Pero nosotros aún podemos ir al norte. Todos. También tú. Hay sitio para todos. Incluso podemos encargarnos que transporten a tu perro hasta allí, si es eso lo que te preocupa.

—No es así de sencillo, Angel. He pasado demasiado tiempo con esas personas, demasiado tiempo con todo su sufrimiento, para dar media vuelta y largarme sin más cuando por fin puedo hacer algo para ayudarlas.

—Si dejas esos documentos en manos de la ciudad, lo único que conseguirás es cambiar el sufrimiento de sitio. ¿Te crees que Vegas no va a sufrir si haces esto? Se secará hasta desaparecer, barrida por el viento.

Dio un paso al frente, buscando alguna manera de sujetarla. Le dolería, pero pensó que podría aguantarlo.

—No me obligues a disparar, Angel.

Lo decía en serio.

—Vale, entonces hablemos.

—No hay nada que hablar.

—Bueno... ¿y ahora qué? ¿Vas a dejarme aquí, abandonado? —preguntó Angel—. ¿En serio?

—Dejaré tu teléfono a un par de kilómetros de aquí. Cuando lo encuentres podrás llamar para pedir ayuda.

—Nadie querrá ayudarme como no tenga esos papeles.

—Pues acompáñame —imploró Lucy—. Devuelve estos derechos a Phoenix, conmigo. Allí te cubrirán las espaldas.

Angel se carcajeó sin poder evitarlo.

—¿Ahora quién se inventa los cuentos de hadas? ¿Tú sabes la de putas que les he hecho?

—¿Es que mi opinión no cuenta para nada? —preguntó con aspereza Maria.

No obtuvo respuesta por parte de Lucy.

—Me parece que ya es un poquito tarde para eso —dijo Angel, concentrado con todo su ser en Lucy y el arma. En la ferocidad que destellaba en sus ojos. La intensidad de sus convicciones.

Phoenix volvía loca a la gente, decidió. A veces transformaba a las personas en demonios, tan sanguinarios que su naturaleza humana resultaba irreconocible. Y a veces las transformaba en unos santos insoportables.

«Qué suerte la mía, que he tenido que ir a tropezarme con la última puñetera santa

que quedaba en toda la puñetera Phoenix.»

Casi podía oír al sicario, riéndose de él a mandíbula batiente.

«Quien a hierro mata a hierro muere, ¿recuerdas, *mijo*? Si te ganas la vida cortándole el agua a la gente, los platillos de la balanza tendrán que equilibrarse de alguna manera tarde o temprano.»

Simetría. Simetría pura y dura.

Alguien tenía que desangrarse para que los demás pudieran beber. Así de sencillo. Y ahora había llegado su turno.

Durante un efímero instante, quizá, se había dejado engañar. Envuelto en el frescor de Cypress 1, cortando el agua de los demás, disfrutando del aire acondicionado y de los saltos de agua, imaginarse que el único juego que importaba era al que estaba jugando él había sido lo más fácil del mundo.

—No se trata de nada personal —dijo Lucy—. De verdad que me gustas, Angel.

—Ya. —Se descubrió esbozando una leve sonrisa—. Ya lo sé. —Se encogió de hombros—. No somos más que diminutos engranajes en una maquinaria gigantesca. Lo entiendo. A veces giramos porque no nos queda más remedio. Porque la máquina está así diseñada.

Y era verdad. Descubrió que no podía tomárselo a pecho. Solo eran un puñado de ruedecitas, girando sin parar. Él, los calis, Carver City, Catherine Case... distintas piezas y componentes todos ellos, tan solo eso.

A veces dos piezas encontraban la manera de engranar durante algún tiempo, quizá incluso de girar en la misma dirección, como habían hecho Lucy y él. A veces uno sencillamente no encajaba. A veces uno era la parte más importante de toda la máquina.

Y a veces uno se quedaba obsoleto.

Angel se preguntó si Simon Yu se habría sentido igual cuando apareció él para cortar el suministro de agua de Carver City.

Bajó lentamente las manos.

—De acuerdo —suspiró—, adelante. Si eso es lo que quieres hacer, hazlo.

Lucy buscó la bicicleta con la mirada. Angel desenfundó la pistola. Lucy lo volvió a apuntar con la suya.

—¡No lo hagas!

Angel sonrió, apretando los labios.

—Aún no he hecho nada.

—¡Suéltala!

—Venga ya, Lucy. No eres ninguna asesina. No quieres mancharte las manos de sangre. Tú eres la santa. Yo soy el demonio, ¿recuerdas?

—¡Dispararé como intentes detenerme!

—¡Solo iba a pedirte que me escucharas!

—¡No tenemos nada más que decirnos!

—¿No eras tú la que tanto confiaba en el poder de las palabras?

Lucy se lo quedó mirando fijamente, atemorizada, aterrada por una fracción de segundo, pero no tardó en dibujarse una sonrisa en sus labios.

—No me vas a disparar.

—Lo haré como no me escuches —gruñó Angel.

Lucy se limitó a sonreír.

—No. No lo harás. —Pasó una pierna por encima de la bici.

—¡No lo hagas! —exclamó Angel—. ¡No me obligues a disparar!

—No lo harás. Te gusto demasiado. Además, me debes una, ¿recuerdas?

—No te debo esto.

—Deja que me vaya —susurró Lucy—. Déjame.

Angel la observó sin parpadear mientras activaba la combinación de la bici. En su mente retumbaban los conceptos de la redención y la deuda, el recuerdo de Lucy arrodillada junto a él, rescatándolo del reino de los muertos. Se preguntó cuánto valía una promesa. Todas las mentiras que se decía la gente, todas las promesas que se hacían los amantes.

—Por favor —dijo—. Te lo suplico.

—Lo siento, Angel. Demasiadas personas dependen de esto. No puedo darles la espalda.

—Ay, joder. —Angel bajó la pistola—. Pues lárgate ya. Sigue siendo una santa. —Enfundó el arma y se dio la vuelta.

A su espalda, la bicicleta eléctrica empezó a rodar, aplastando la arena. Se descubrió atento al sonido, deseando que Lucy cambiara de opinión, que regresara a su lado, aunque sabía que eso no iba a ocurrir.

Quien a hierro mata a hierro muere.

En su cabeza comenzaban a fraguarse ya planes de emergencia. Necesitaba encontrar alguna manera de excusarse ante Case cuando Phoenix se presentara en los tribunales esgrimiendo esos papeles.

No. Jamás daría resultado. Lo que necesitaba era huir. Irse lo más lejos y lo más deprisa posible. Con Case tras su pista y una recompensa por su cabeza...

Un estampido seco perturbó el silencio del río.

Una explosión de aves en desbandada, arremolinándose despavoridas, inundó el cielo.

Angel impactó contra el suelo.

El retroceso del arma era más violento de lo que Maria esperaba, pero la mujer se cayó de la bicicleta y aterrizó en el polvo.

—Pero ¿qué...? —Toomie giró sobre los talones y se quedó mirando fijamente a Maria, conmocionado.

Maria no le hizo caso. Sentía como si tuviera las muñecas en llamas, hormigueando a causa del retroceso del 44, pero aún no había terminado.

Se acercó a la mujer con cautela, sosteniendo la pistola con las manos entumecidas, esperando a ver si se movía.

Como intentara devolverle el disparo, Maria sabía que no iba a quedarle más remedio que rematarla, pero la mujer se había quedado tirada en medio del polvo, a una decena de metros de donde la bicicleta, tras bambolearse, se había estrellado por fin. No vio que intentara moverse.

Oyó el ruido de unos pasos a la carrera, a su espalda. Maria se giró en redondo y levantó el revólver. Era el tío de las cicatrices, el cuchillo de agua.

—¡Eh! —El hombre levantó las manos—. Tranquila, chica. No te voy a hacer nada. Estamos del mismo lado.

Maria titubeó.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que esos papeles podrían sacarnos de aquí? ¿Llevarnos a Las Vegas?

—Sí. —El hombre asintió con gesto solemne—. Sí, totalmente en serio.

—Y me llevarías contigo, ¿verdad? ¿Ese es el trato?

—Correcto. Hasta Las Vegas. Hasta las arcologías. Cypress 4 ya está casi terminada. Hay sitio de sobra para ti.

—¿Prometido? —preguntó con voz ronca Maria.

El cuchillo de agua asintió de nuevo con la cabeza, vehemente.

—No dejaré atrás a nadie.

—Vale. De acuerdo. —Maria bajó el 44.

El hombre pasó corriendo junto a ella, como una exhalación, hasta arrodillarse junto a la mujer que yacía inerte en el polvo. Maria también se acercó, más despacio. La mujer no se movía. El cuchillo de agua sostenía su cabeza en el regazo, acunándola, e intentaba tranquilizarla emitiendo ruiditos, como si fuera un bebé. Los pálidos ojos grises de la mujer se posaron en Maria, desconcertados.

—¿Me has disparado tú?

—Sí. —Maria se arrodilló a su lado—. Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó la mujer, casi sin voz.

—¿Por qué? —Maria la observó fijamente, esforzándose por entender a qué se debía que todas esas personas vieran el mundo como lo hacían—. Porque no tengo la menor intención de regresar a Phoenix. Quizá tú creas que esos papeles podrían cambiar algo, pero ni ese sitio va a volverse mejor, ni yo pienso regresar.

El cuchillo de agua le lanzó una mirada de soslayo.

—Siempre hacia delante, ¿verdad?

—Te puedas apostar lo que quieras —dijo Maria.

—Mierda. —El hombre sacudió la cabeza mientras esbozaba una sonrisa—. A Catherine Case le vas a caer de puta madre.

Antes de que Maria pudiera preguntarle a qué se refería con eso, el hombre llamó a Toomie y le pidió que le prestara el teléfono. Instantes después estaba hablando con alguien, recitando una ristra de códigos alfanuméricos.

Toomie se acercó a ella por la espalda y la rodeó con los brazos. Maria esperaba que la reprobara por la atrocidad que acababa de cometer, pero el gigantón se limitó a estrecharla con fuerza.

Con la mirada fija en la mujer, Maria se preguntó si sobreviviría. Si se sentiría culpable por haber eliminado una vida. Si el trueque era justo.

Se imaginaba que el sufrimiento de la mujer haría que se sintiera peor, pero en realidad no era así, y eso hizo que se planteara nuevos interrogantes sobre sí misma. Se preguntó si se habría roto algo en su interior ahora, después de todas las cosas que había visto, de todo lo que había hecho, pero al final tampoco pudo obligarse a que eso la inquietara de veras. Todos sus pensamientos giraban en torno a lo mismo: por fin iba a cruzar el río. Por fin vería las fuentes de Las Vegas, en las que cualquiera podía hundir su copa para saciar la sed cuando se le antojara; donde Tau Ox conducía un Tesla espectacular y todo el mundo vivía en gigantescas y relucientes arcologías en las que no hacía falta pasarse el día chupando polvo ni asándose de calor.

Se zafó de las manos de Toomie con un encogimiento de hombros y fue a sentarse en la orilla embarrada, a solas con sus cavilaciones.

El sol comenzaba a ponerse.

Hasta sus oídos llegaba con absoluta nitidez el cricrí de los grillos mezclado con el canto de los gorriones, que aleteaban y trazaban tirabuzones en el aire; e incluso el chapotear de los peces que, de hito en hito, rompían la superficie del río. Los murciélagos y las golondrinas capturaban insectos en la penumbra crepuscular, cabriolando y revoloteando, incansables.

Maria dejó vagar la mirada sobre el sereno caudal, dejándose acariciar por la brisa balsámica que nacía allí donde el viento besaba las aguas.

Suave. Qué suave era el aire de la ribera.

No recordaba haber sentido jamás una brisa tan placentera.

El crujir de unas botas contra la arena la alertó de la llegada del cuchillo de agua antes de que este se sentara también en la orilla, junto a Maria, sin decir nada. El hombre se limitó a contemplar las aguas del río a su vez.

—Siento haber disparado a tu chica —rompió Maria el silencio, al cabo.

—Ya, bueno —suspiró el cuchillo de agua—, tampoco es que te dejase mucha elección.

—Sus ojos eran muy viejos —dijo Maria—. Mi padre tenía el mismo problema.

—¿Sí?

—Se cree que el mundo debería ser de una forma determinada, pero no lo es. Los tiempos han cambiado, y ella no se da cuenta porque solo ve cómo eran antes las cosas. Antes, cuando todo era viejo.

Titubeó con una pregunta en los labios, sin saber muy bien si le apetecía conocer la respuesta, pero obligada a formularla de todas maneras.

—¿Sobrevivirá?

—Bueno, es dura de cojones. —El hombre sonrió sin despegar los labios—. Supongo que, si resiste hasta Las Vegas, por lo menos tendrá alguna posibilidad.

Aquello resultaba comprensible para Maria. Más que cualquier otra cosa que ningún adulto le hubiera dicho en los últimos años.

—Entonces supongo que estamos todos en las mismas.

Aquello le arrancó una carcajada al cuchillo de agua.

—Supongo que sí —dijo—. Y tanto.

El hombre se levantó, se sacudió los vaqueros y, con paso renqueante, fue a reunirse con la mujer y con Toomie. Maria volvió a quedarse a solas con el canto de los grillos y el murmullo del agua que discurría entre los cañaverales.

Dejó que la brisa del anochecer le llenase los pulmones de aire, tan limpio y helado que era casi como aspirar el mismísimo río. Lo absorbió y lo retuvo en su seno mientras escuchaba el cricrí de los grillos y admiraba el revolotear de los murciélagos sobre las aguas.

Hasta sus oídos llegó un nuevo sonido, aún lejano: el zumbido de unos helicópteros que remontaban los sinuosos meandros del Colorado. El eco de los rotores abofeteaba la superficie del agua y las paredes del cañón, ahogando la natural sinfonía nocturna del río.

Un sonido distante que no dejaba de aproximarse, cada vez más cercano.

Cada vez más real.

## Agradecimientos

*Cuchillo de agua* es una obra de ficción, aderezada con todas las invenciones y modificaciones de conveniencia que la etiqueta conlleva. Dicho lo cual, las raíces de este futuro desolador se nutren de las rigurosas investigaciones y los minuciosos informes de un gran número de periodistas científicos y medioambientales a los que hace años que conozco y admiro. Si queremos saber qué nos depara futuro, vale la pena seguir a quienes se dedican a informar en detalle sobre las tendencias que tan drásticamente definen nuestro mundo en estos momentos. El periodismo de calidad no se limita a hablar del presente, sino que profundiza asimismo en la forma que podría adoptar el futuro, y me siento en deuda con todos los escritores y periodistas cuyo trabajo me ha servido de fuente de inspiración.

Me gustaría dar las gracias en particular a Michelle Nijhuis, Laura Paskus, Matt Jenkins y Jonathan Thompson, así como al noticiario *High Country News*, el cual plantó la semilla que habría de germinar en forma de esta novela mucho antes incluso de que yo sospechase siquiera que algún día iba a escribir sobre la escasez de agua. Mención especial a Greg Hanscom por animarme a escribir «El cazador de tamariscos», relato que con el tiempo crecería hasta convertirse en *La chica mecánica*. Gracias también a todos aquellos que me brindan la oportunidad de espiar sobre su hombro en Twitter, entre los que se incluyen Charles Fishman @cfishman, John Fleck @jfleck, John Orr @CoyoteGulch, Michael E. Campana @WaterWired y la web de noticias relacionadas con el agua @circleofblue, sin olvidar a tantos otros particulares y organizaciones que comparten historias y anécdotas bajo etiquetas como #coriver, #drought y #water.

Me siento igualmente en deuda con el escritor y editor Pepe Rojo, que me prestó una más que necesaria ayuda con mi defectuoso español; con mi amigo e ilustrador John Picacio; con C. C. Finlay, quien me presionó sin compasión para que me concentrara en esta novela; con Holly Black, encantadora sin parangón de tramas argumentales, la cual me hizo ver que, aunque poseía todas las piezas del rompecabezas narrativo, no estaba colocándolas en el orden correcto; con mi editor en Knopf, Tim O'Connell, por los sabios consejos que me prestó a las puertas del borrador definitivo; y con mi agente, Russell Galen, por ayudarme a encontrar el mejor hogar posible para este libro.

También me gustaría dar las gracias muy especialmente a mi esposa, Anjula, por su apoyo incondicional durante tantos años.

Como en todas mis obras, cualquier error u omisión que pudieran contener estas páginas será responsabilidad única y exclusivamente mía.



PAOLO BACIGALUPI es una de las estrellas actuales del género de ciencia ficción. Inició su andadura editorial con sus relatos, reunidos en la colección *La bomba número seis y otros relatos* (Fantascy, junio 2013). El libro fue galardonado con el premio Locus a la mejor antología y seleccionado como uno de los mejores libros del año por Publishers Weekly.

A continuación, su primera novela, *La chica mecánica* (Plaza & Janés, 2011), fue elegida uno de los mejores libros de 2009 por Time Magazine, Publishers Weekly y Library Journal.

Al año siguiente se llevó todos los premios de literatura fantástica: Hugo, Nebula, Locus y John W. Campbell Memorial. También ha gozado de reconocimiento internacional al ser premiado con el Ignotus (España), el Kurd-Laßwitz-Preis (Alemania), el Prix Planète-SF des Blogueurs (Francia) y el Seiun Award (Japón).

Le siguió una novela destinada a público juvenil y adulto, *El cementerio de barcos* (Plaza & Janés, 2012) ambientada en ese mismo futuro que imaginaba en *La chica mecánica*, que ganó los premios Locus y Michel L. Printz y fue finalista del National Book Award. La secuela, *The Drowned Cities*, fue finalista del Los Angeles Times Book Prize y figuró entre la selección de los mejores libros juveniles de 2012 de Kirkus Reviews.

El cuento *El jugador*, que figuró en la antología *Terra Nova 3* (Fantascy, noviembre 2014), se llevó el premio Ignotus al mejor relato extranjero.



Paolo Bacigalupi vive en una pequeña ciudad de Colorado, en Estados Unidos, con su esposa y el hijo de ambos.